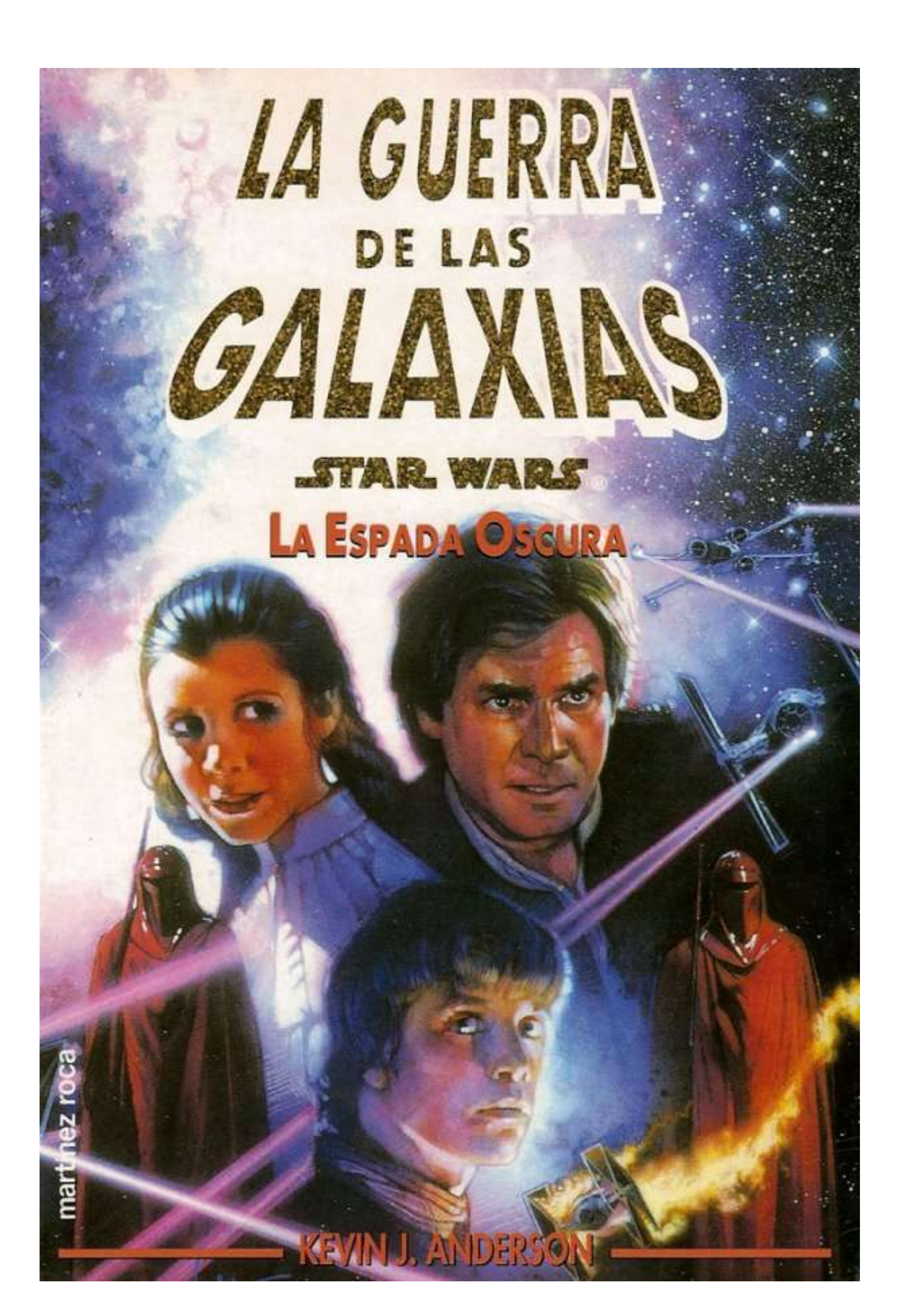

LA GUERRA
DE LAS
GALAXIAS
STAR WARS
LA ESPADA OSCURA
martínez roca
KEVIN J. ANDERSON

Los malévolos hutts, los señores del crimen galáctico, están fabricando una superarma secreta: una reconstrucción de la Estrella de la Muerte original que será conocida con el nombre de Espada Oscura. Ese poder capaz de aplastar planetas, estará en las implacables manos de Durga el hutt, una criatura que no conoce la compasión y carece de conciencia.

Pero hay noticias todavía peores: el Imperio vive. La hermosa almirante Daala ha unido sus fuerzas a las del derrotado vicealmirante Pellaeon, antiguo lugarteniente del gran almirante Thrawn. Juntos están reuniendo fuerzas imperiales para acabar con la Nueva República.

Entretanto, Luke, Han, Leia, Chewbacca, C3PO y R2D2, con al ayuda de nuevos caballeros Jedi, deberán recurrir a toda su inteligencia para superar en dos frentes a los enemigos más formidables de toda la galaxia.



La espada oscura

Kevin J. Anderson



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Darksaber*

Este libro sería el intermedio del trío de novelas unitarias conocido informalmente como la «trilogía de Callista».

Autor: Kevin J. Anderson

Arte de portada: Drew Struzan

Traducción: Albert Solé

Publicación del original: 1995

12 años después de la batalla de Yavin

Maquetación: Bodo-Baas, jukogo (para epubgratis)

Revisión: jukogo

Versión 1.1

24.02.20

Base LSW v2.22

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

A Lillie E. Mitchell, que hace gran parte del trabajo invisible en estos libros, que me permite la libertad y la energía para contar mis historias tan rápido como ellas quieren salir de mi cabeza

Agradecimientos

Me gustaría transmitir mi especial agradecimiento a Barbara Hambly, por ayudarme con Calista y proporcionarme en su novela *Los hijos de los Jedi* un trampolín tan perfecto para *La Espada Oscura*.

Estoy especialmente en deuda con la imaginación y las obras de arte de Ralph McQuarrie. Gran parte de esta novela está estrechamente vinculada al trabajo que desarrollamos durante la creación de *The Illustrated Star Wars Universe*, de donde he obtenido abundante inspiración.

Nar Shaddaa y Nal Hutta no serían lo mismo sin el trabajo realizado por Tom Veitch y Cam Kennedy en sus novelas gráficas *Dark Empire*.

Kenneth C. Flint ayudó con la parte de «Tatooine» de la historia; Timothy Zahn me dio orientación con «Pellaeon»; Bill Smith y West End Games proporcionaron material de antecedentes detallados sobre los Hutts y Crix Madine. Los sospechosos habituales —Tom Dupree, Lucy Wilson, Sue Rostoni, Allan Kausch— hicieron posible este proyecto en primer lugar y ayudaron en el camino.

Y mi esposa, Rebecca Moesta, ayudó mucho más, de manera obvia y no tan obvia, de lo que podría describir en el resto de esta página. Te quiero.

Han pasado ocho años desde la batalla de Endor.

El Gran Almirante Thrawn y el Emperador resucitado han sido derrotados y sus fuerzas se han dispersado, dejando solo a los señores de la guerra para luchar por los restos de la maquinaria de guerra imperial en lo profundo de los Sistemas del Núcleo, muy por detrás de las líneas enemigas. Se cree que la renegada almirante Daala está muerta, pero con su único Destructor Estelar restante ha conseguido regresar al refugio del maltrecho Imperio, donde espera algún día poder regresar a la lucha por el territorio imperial perdido…

En Yavin 4, Luke Skywalker ha formado una academia para restablecer a los Caballeros Jedi, ex guardianes de la Antigua República, y ha enseñado a muchos estudiantes cómo usar sus poderes con la Fuerza. Llegan más candidatos, mientras que otros deciden salir y ayudar a salvaguardar la frágil alianza de la Nueva República.

En los últimos meses, Luke ha destruido un acorazado automatizado, el Ojo de Palpatine, *y ha rescatado el espíritu de la joven Jedi Calista, que estuvo atrapada en la computadora del acorazado durante décadas. Luke se ha enamorado profundamente de ella, que ahora habita el cuerpo de una de sus estudiantes. Aunque Calista ahora está viva nuevamente y es libre de amar a Luke Skywalker, inexplicablemente ha perdido todos sus poderes Jedi.*

Luke está desesperado por encontrar alguna forma para que Calista recupere sus habilidades. No importa a dónde lo lleve la búsqueda…

TATOOINE

CAPÍTULO 1

Los banthas avanzaban en una larga hilera, dejando únicamente un estrecho sendero de pisadas a través de las dunas.

Los soles gemelos descargaban su abrasadora luz sobre la comitiva. Oleadas de calor ondulaban como escudos de camuflaje, volviendo borrosa la lejanía y convirtiendo el Mar de las Dunas en un verdadero horno. Las criaturas indígenas buscaban refugio en cualquier sombra que pudieran encontrar hasta que la tempestad de fuego de la tarde se fuera disipando poco a poco para convertirse en el más fresco crepúsculo.

Los banthas se movían sin hacer ningún ruido aparte de los crujidos ahogados de su caminar sobre la arena. Envueltos en tiras de tela, los incursores tusken montados sobre las enormes y peludas bestias volvían la mirada de un lado a otro en una continua vigilancia.

Envuelto desde la cabeza hasta los pies en vendajes, y aun así todavía no muy seguro de que el disfraz fuese efectivo, Han Solo miró por los estrechos tubos metálicos que servían para proteger sus ojos de las partículas que flotaban en el aire. Un filtro metálico corroído por la arena cubría su boca. El filtro contenía un pequeño humidificador interno para hacer que el abrasador aire de Tatooine fuera un poco más respirable. El Pueblo de las Arenas contaba con diminutos ventiladores incrustados en sus vestimentas del desierto. Sólo los más fuertes sobrevivían para llegar a la edad adulta, y se enorgullecían de ello.

Han cabalgaba sobre su bantha, esperando pasar desapercibido en el centro de la fila. La bestia peluda se bamboleaba de un lado a otro con cada paso, y Han trataba de no agarrarse a las curvas de sus cuernos en espiral más a menudo de lo que lo hacían los otros incursores tusken. Las protuberancias óseas de la espalda del bantha estaban cubiertas de mechones enmarañados, y la incomprensiblemente delgada silla de montar hacía que el viaje resultara casi insoportablemente incómodo.

Han tragó saliva, tomó otro sorbo de su preciada agua y reprimió una queja. Después de todo, aquella loca sugerencia había partido de él. Sencillamente no había esperado que Luke Skywalker estuviera de acuerdo, y Han se encontraba atrapado en su propia trampa. La misión era vital para la Nueva República, y tenía que seguir adelante.

El incursor que abría la marcha murmuró una orden a su bantha para que fuese más deprisa. La hilera siguió avanzando sobre los finos granos de arena, moviéndose en una serpenteante progresión a lo largo de la cima de una duna que se alzaba como un gigantesco centinela en el árido océano. Han no fue consciente de las enormes dimensiones de la duna hasta que llevaban casi una hora de ascenso sin llegar a la cima.

Los rayos de los soles gemelos se volvieron todavía más calientes, si es que tal cosa era posible. Los banthas tosían y resoplaban, pero el Pueblo de las Arenas estaba decidido a alcanzar su objetivo.

Han tragó saliva, intentando aliviar la sequedad de su garganta reseca. Llegó un momento en el que no pudo permanecer callado por más tiempo y empezó a hablar en susurros por el transmisor de onda corta implantado en su mascarilla respiratoria.

—¿Qué está pasando, Luke? —preguntó—. No sé qué traman, pero me da mala espina.

Luke Skywalker tardó un momento en responder. Han vio cómo el delgado jinete que avanzaba dos banthas por delante de él se ponía un poco más erguido: Luke parecía sentirse mucho más cómodo con su disfraz que Han. Luke había crecido en Tatooine, naturalmente, pero cuando por fin le respondió a través del receptor vocal que Han llevaba en la oreja, la voz del joven parecía estar llena de cansancio.

—No tiene nada que ver con nosotros, Han —dijo—. Algunos jinetes del Pueblo de las Arenas tenían vagas sospechas, pero todavía no las han centrado en nosotros. Estoy utilizando la Fuerza para distraer a cualquiera que pueda prestarnos demasiada atención. No, esto es algo totalmente distinto. Una gran tragedia… Ya lo verás. —Luke hizo una larga inspiración a través de su mascarilla respiratoria—. Ahora no puedo hablar. He de concentrarme. Espera hasta que estén ocupados, y ya te lo explicaré.

Luke volvió a encorvarse delante de él, inclinándose hacia adelante bajo su disfraz. Han sabía que su amigo estaba consumiendo una increíble cantidad de energía para influir sobre el Pueblo de las Arenas y conseguir que ignorase la presencia de aquellos dos invitados no deseados. Luke era capaz de usar sus poderes para nublar las mentes de individuos débiles, pero hasta aquel momento Han nunca le había visto manipular tantas mentes a la vez.

El truco consistía en impedir que el Pueblo de las Arenas se diera cuenta de que estaban allí, y una vez conseguido eso a Luke le resultaba bastante fácil desviar unos cuantos pensamientos casuales. Pero si alguien daba la alarma y todo el Pueblo de las Arenas concentraba su atención en los intrusos, ni siquiera un Maestro Jedi podría seguir manteniendo aquella mascarada. Entonces habría jaleo.

Han llevaba su viejo y querido desintegrador escondido debajo de sus harapientos ropajes. No sabía si él y Luke podrían acabar con todo el grupo de incursores, pero si las circunstancias les obligaban a luchar harían todo el daño posible.

El primer jinete llegó a la cima de la montaña de arena. Los enormes pies del bantha pisotearon el borde aguzado por el viento que coronaba la duna. La atmósfera estaba totalmente encalmada, como aturdida. Las arenas destellaban incesantemente con la luz de un millón de novas en miniatura.

Han ajustó los filtros corroídos sobre sus ojos. Los otros banthas siguieron avanzando con su lento y pesado caminar hasta que rodearon a su líder, quien alzó un brazo envuelto en tela que empuñaba un bastón gaffa de aspecto temible. Detrás del líder de los tusken, su único pasajero permanecía inmóvil y aparentemente encogido sobre sí mismo, aunque

siempre resultaba bastante difícil entender el lenguaje corporal de aquellas extrañas criaturas enmascaradas.

Han percibió de alguna manera inexplicable que aquel pasajero distante y callado era el centro de la ceremonia. Han se preguntó si se le estaba confiriendo alguna clase de honor, o si estaría siendo exilado de su tribu.

El pasajero se dejó resbalar de la grupa del bantha del líder y descendió de la bestia peluda. Se aferró al pelaje lanudo como en un gesto de desesperación, pero ningún sonido brotó de su rostro vendado, ni siquiera los gruñidos y resoplidos guturales que el Pueblo de las Arenas usaba como lenguaje. Con la cabeza baja, los tubos oculares dirigidos hacia la arena removida donde las pisadas de los banthas habían alterado la lisura de la duna, el pasajero permaneció abatidamente inmóvil delante del jinete que había abierto la marcha.

El líder aguardó junto a su montura, sosteniendo en alto su bastón gaffa. Los otros jinetes del Pueblo de las Arenas bajaron de sus banthas y enarbolaron sus armas. Han y Luke imitaron los gestos, intentando no llamar la atención.

Luke se movía con cansada lentitud bajo su disfraz. Aquella misión estaba siendo agotadora para el Caballero Jedi, y Han esperó que no tardaran demasiado en llegar a su destino.

El pasajero melancólico y silencioso titubeó junto al borde de la duna y su mirada recorrió el gigantesco océano de arenas que se extendían hasta el horizonte. El Pueblo de las Arenas permaneció inmóvil, con sus bastones gaffa alzados hacia el cielo.

La voz de Luke zumbó en el oído de Han mientras se concentraban en la intensidad de aquel momento.

—De acuerdo, ya están distraídos —dijo—. Ahora puedo explicártelo. Ese incursor tusken perdió su bantha hace tres días. Un dragón krayt lo mató, y por desgracia nuestro amigo logró escapar con vida.

—¿Qué quieres decir con eso de «por desgracia»? —farfulló Han, esperando que los sonidos de la agitación del Pueblo de las Arenas ahogarían su voz.

—Los incursores tusken mantienen una relación muy estrecha con sus banthas, Han —dijo Luke—. Es un vínculo mental, una simbiosis, casi como un matrimonio… El bantha y el tusken se vuelven parte el uno del otro. Cuando un miembro de la pareja muere, el otro queda incompleto… Es como si hubiera sufrido una amputación. —Luke flexionó su mano cibernética sin darse cuenta de lo que hacía—. Ese incursor ya no tiene ningún lugar en la sociedad de los tusken, aunque es más objeto de compasión que de odio. Muchos creen que tendría que haber muerto con su bantha fueran cuales fuesen las circunstancias.

—Así que ahora van a matarle, ¿no? —preguntó Han.

—Sí y no —respondió Luke—. Creen que el espíritu del bantha muerto debe decidir qué será de él. Si el espíritu desea que establezca un nuevo vínculo con otra montura, nuestro amigo encontrará un bantha salvaje en el desierto, se unirá a él y volverá triunfante a la tribu, donde será plenamente aceptado… e incluso altamente reverenciado.

Pero si el espíritu del bantha quiere que su jinete se reúna con él en la muerte, entonces el exiliado vagará sin rumbo por el desierto hasta que muera.

Han meneó la cabeza en una sacudida casi imperceptible.

—Parece como si no tuviera muchas probabilidades de salir con vida.

—Probablemente no, pero son sus costumbres —dijo Luke.

El Pueblo de las Arenas estaba aguardando a que el exiliado hiciera el primer movimiento. Finalmente, con un breve alarido lleno de angustia que tanto podría haber sido un grito de triunfo como un desafío, el incursor empezó a bajar por la empinada y resbaladiza pendiente de la duna. Los jinetes del Pueblo de las Arenas alzaron sus cabezas hacia el cielo abrasador y dejaron escapar un prolongado grito ululante que hizo estremecerse a Han.

Después los incursores tusken agitaron sus bastones gaffa en el aire para desear buena suerte a su compañero. Los banthas alzaron sus peludas y angulosas cabezas y gritaron al unísono, emitiendo una mezcla de gruñido y rugido que hizo vibrar el Mar de las Dunas.

El incursor solitario siguió bajando por la abrupta pendiente. Una polvareda de arena dorada se agitó a su alrededor mientras sus piernas y sus pies se hundían en la duna. Sus harapos aleteaban detrás de él, acompañándole en su avance. El incursor tropezó, se tambaleó y agitó los brazos, y acabó hundiendo su bastón gaffa en aquella superficie traicionera, con un brazo extendido para conservar el equilibrio, y fue dejando una estela de arena removida detrás de él.

El incursor exiliado volvió a incorporarse. La arena goteó de sus capas de vendajes y trapos, pero siguió avanzando sin mirar hacia atrás. Unos cuantos banthas volvieron a lanzar el mismo grito de antes. El sonido fue engullido por la inmensidad vacía del desierto. Los harapos descoloridos del tusken expulsado de la tribu no tardaron en hacer que se confundiera con el paisaje.

El líder de los jinetes giró sobre sí mismo y subió a su bantha con un ágil salto. Los otros jinetes del Pueblo de las Arenas treparon a sus sillas de montar. Los banthas resoplaron y pisotearon las arenas.

Han volvió a instalarse en su silla de montar. Luke fue el último en subir a su montura, y cuando se equilibró sobre ella el líder de los jinetes ya había hecho volver grupas a su peluda bestia y estaba empezando a bajar por la pendiente menos empinada de la parte de atrás de la duna. El Pueblo de las Arenas le siguió, avanzando en una apretada fila para ocultar sus huellas.

Han se atrevió a echar una mirada por encima del hombro. Apenas si pudo distinguir al incursor exilado empequeñeciéndose en la lejanía, avanzando con lenta decisión mientras las ondulaciones del calor iban ocultando su diminuta silueta. El exilado no tardó en quedar totalmente engullido por las implacables fauces del Mar de las Dunas.

El calor del día parecía no terminar nunca y Han siguió cabalgando en una especie de estado de trance, apenas consciente de lo que le rodeaba y como si se hubiera hipnotizado a sí mismo mediante una letanía de pasos bamboleantes. Luke seguía erguido sobre la silla de montar de su bantha por delante de él, aunque se tambaleaba de vez en cuando. Han se preguntó a qué clase de reservas de energía estaba recurriendo el Caballero Jedi.

El grupo acampó en un laberinto de eriales rocosos puntuado por agujas de piedra medio erosionada que surgían de la arena barrida por los vientos. La oscuridad descendió rápidamente sobre ellos con el doble crepúsculo, y la temperatura cayó en picado. Las rocas siguieron palpitando durante un rato con el calor que habían almacenado, pero se enfriaron rápidamente.

El Pueblo de las Arenas montó el campamento entre una algarabía de gruñidos y bufidos de su incomprensible lenguaje. Cada jinete conocía sus obligaciones sin importar cuál fuera su sexo. Han no sabía cuáles eran machos y cuáles hembras, y Luke le dijo que sólo los compañeros de una pareja establecida podían verse el uno al otro con los rostros al descubierto.

Dos de los incursores más jóvenes rodearon una parte plana del suelo con rocas y fueron amontonando ladrillos de lo que Han comprendió debía de ser excremento de bantha seco, la única fuente de combustible de la que se podía disponer en aquel erial.

Han y Luke deambularon de un lado a otro, intentando parecer muy ocupados. Los banthas, que no serían encerrados en un aprisco ni atados, fueron llevados a un cañón lateral en el que podrían descansar durante la noche. Otros incursores abrieron paquetes de correosa carne seca. Han y Luke tomaron su ración y se acuclillaron sobre unos peñascos.

Han levantó cautelosamente su mascarilla respiratoria de metal y se metió un trozo de carne en la boca. Lo masticó y desperdició varios tragos de agua mientras intentaba conseguir que el tasajo se volviera lo suficientemente tragable.

—¿Qué es esta cosa? —murmuró por el micrófono vocal. Luke respondió sin mirarle.

—Creo que es flanco de antílope del desierto secado y salado.

—Sabe a cuero —masculló Han.

——Es más nutritivo que el cuero… creo —dijo Luke.

Volvió sus tubos oculares hacia Han, que no pudo detectar ninguna expresión en el rostro envuelto por los vendajes. Si volvía la cabeza demasiado deprisa mientras estaba mirando por los pequeños agujeros de los tubos oculares, Han se mareaba un poco.

Los jinetes del Pueblo de las Arenas terminaron su cena y se fueron congregando alrededor de la hoguera mientras un incursor muy alto se acurrucaba allí donde las llamas daban más luz. La lentitud con la que se movía y la cautela con que desplazaba sus miembros —por no mencionar la silenciosa reverencia que le otorgaban los otros incursores— hicieron que Han tuviese la impresión de que se encontraba ante un tusken muy anciano.

—Es el narrador —dijo la voz de Luke en su oído.

Otros incursores trajeron largos palos y desplegaron estandartes de clan multicolores surcados por curvas y trazos rectos que parecían alguna especie de violento lenguaje escrito. Debían de ser tótems, símbolos que el mundo exterior no veía jamás.

Un incursor joven, delgado y nervudo se sentó junto al narrador. Otros volvieron de las sillas de montar de sus banthas trayendo consigo trofeos, ayudas visuales para la historia, y sostuvieron en sus manos tiras de áspera tela y una bandera ensangrentada. Han vio cascos de soldados de las tropas de asalto agrietados y llenos de abolladuras exhibidos como si fueran los cráneos de enemigos caídos; y una gema de un luminoso blanco lechoso del tamaño de su puño, que reconoció con un respingo de sorpresa como una perla de dragón krayt, uno de los tesoros más raros procedentes de Tatooine.

El viejo narrador alzó una mano envuelta en vendajes y empezó a hablar. Los otros incursores permanecieron totalmente inmóviles, paralizados por la fascinación mientras las historias iban siendo narradas con gruñidos ahogados y sonidos apenas reconocibles que podrían haber sido palabras.

Luke fue traduciendo para Han.

—Está contando sus hazañas, cómo acabaron con todo un regimiento de las tropas de asalto hace muchos años… Cómo mataron a un dragón krayt y sacaron las perlas de sus entrañas. Cómo derrotaron a otro clan del Pueblo de las Arenas, mataron a todos sus adultos y adoptaron a sus hijos e hijas en su clan, con lo que consiguieron ser más numerosos.

El narrador terminó su recitado y se encogió un poco más sobre sí mismo, llamando al aprendiz con un gesto de la mano. El chico se volvió hacia él. Dos incursores lo flanquearon, sosteniendo sus bastones gaffa con las hojas en forma de hacha inclinada hacia abajo y dirigida hacia el aprendiz. El narrador alzó una mano temblorosa y la mantuvo inmóvil en el aire como si fuese un cuchillo. El aprendiz titubeó durante un momento, y después empezó a hablar lentamente.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Han.

—Ese chico está siendo adiestrado para convertirse en el próximo narrador del clan —dijo Luke—. El Pueblo de las Arenas tiene una gran fe en la inflexibilidad de la tradición. Cuando una historia ha quedado fijada como sendero oral, debe permanecer inalterada por siempre jamás. Ese chico ha aprendido la historia: ahora está contando una incursión contra un granjero de humedad que intentó que hubiera paz entre los humanos, los jawas y el Pueblo de las Arenas.

—Pero ¿por qué las armas? —preguntó Han—. Parece como si estuvieran a punto de cargarse al pobre chico.

—Y lo harán si comete aunque sólo sea un error. Si el chico altera una sola palabra, el narrador bajará la mano y los incursores matarán inmediatamente al aprendiz. Creen que recitar las historias de cualquier manera distinta a como fueron contadas originalmente supone una gran blasfemia.

—Los errores no están permitidos, ¿verdad? —preguntó Han.

Luke meneó la cabeza. Los otros incursores tenían toda la atención concentrada en el discurso del chico.

—El desierto es un sitio muy duro, Han. No te permite equivocarte. El Pueblo de las Arenas es un producto de ese entorno. Sus costumbres son duras y salvajes, pero esa dureza y ese salvajismo les han sido impuestos por el lugar en el que viven.

El chico terminó su recitado y el viejo narrador alzó la otra mano en un gesto de felicitación. El joven aprendiz se encogió sobre sí mismo temblando de alivio, y los jinetes del Pueblo de las Arenas expresaron su apreciación con murmullos.

Pasado un rato la hoguera fue cubierta con piedras para que ardiera en forma de rescoldos durante la noche. Los incursores se fueron acostando.

—Voy a ver si descanso un poco —dijo Han—. Llevas dos días sin dormir, Luke. ¿No puedes esperar hasta que todos se hayan quedado dormidos y dormir un rato entonces?

Luke meneó la cabeza.

—No me atrevo a hacerlo. Si dejo de vigilar sus pensamientos y aflojo el control que estoy ejerciendo sobre sus mentes, podrían darse cuenta de repente de que no hay ninguna razón por la que debamos estar con ellos. Si alguien da la alarma, estamos perdidos. Además, un Jedi puede resistir mucho tiempo sin descansar.

—Lo que tú digas, amigo —murmuró Han.

—Mañana deberíamos llegar al palacio de Jabba —dijo Luke con cansada esperanza.

—Oh, ardo en deseos de llegar —respondió Han—. Ya sabes lo bien que lo pasamos la última vez que estuvimos allí.

CAPÍTULO 2

Los jinetes del Pueblo de las Arenas se fueron levantando en la gélida oscuridad antes de que el primero de los soles gemelos de Tatooine se deslizara sobre el horizonte. Han se estremeció, no encontrando ningún calor en los vendajes que envolvían su cuerpo. Luke se movía todavía más despacio y más cansadamente que antes.

Han estaba muy preocupado por su amigo. Además del agotamiento. Luke padecía una profunda frustración ante su incapacidad para ayudar a Calista, la Jedi a la que amaba, a recuperar sus poderes perdidos. Después de varios días sin dormir y viviendo continuamente en el filo del peligro, escondiéndose entre feroces nómadas del desierto, las reservas de energía de Luke estaban acercándose a un nivel peligrosamente bajo.

Los incursores tusken ensillaron sus banthas y las bestias peludas golpearon impacientemente el suelo con las patas, como si estuvieran deseosos de ponerse en marcha antes de que el calor del día cayera sobre ellos. El Pueblo de las Arenas empezó a avanzar silenciosamente por el desierto, con los bastones gaffa y los rifles desintegradores obtenidos en sus incursiones preparados para ser usados, mientras el cielo se iba llenando de un púrpura que se fue aclarando para volverse de un color amarillo salpicado por motas de oro fundido.

El primer sol subió por el cielo, y Han notó que la temperatura ascendía a toda velocidad en cuestión de momentos. La máscara impregnaba el aire que respiraba de un olor metálico, pero Han lo soportó en silencio.

Pensó en Leia y en sus tres hijos, que estaban en Coruscant, Y se llenó la cabeza con fantasías sobre la existencia tranquila y apacible de un pequeño comerciante que se ganaba holgadamente la vida. Pero enseguida torció el gesto detrás de los vendajes: una vida tan pacífica y previsible sería una tortura peor que cualquier salvaje castigo que el Pueblo de las Arenas pudiera llegar a concebir.

A mediados de la mañana los incursores tusken llegaron a la cima de un promontorio rocoso y sus miradas cruzaron las sombras distendidas y el desierto pintado para posarse sobre las ruinas del palacio de Jabba el Hutt. La ciudadela, silenciosa y monolítica, se alzaba entre las cañadas. Han se estremeció nada más verla.

—Te dije que nos traería hasta aquí —murmuró la voz de Luke por el receptor vocal.

—Todavía no estamos dentro, chico —respondió Han.

—Cuando me separe del grupo, sígueme —dijo Luke—. Distraeré a los jinetes del Pueblo de las Arenas para que ni siquiera se den cuenta de que nos estamos alejando de ellos. En cuanto estemos lo bastante lejos para no ser vistos podré dejar de controlarles… y te aseguro que será un alivio.

Muy lejos de ellos, en el gigantesco océano de arena, los vientos que se mezclaban unos con otros formaban un pequeño torbellino de arena parecido a los que solían aparecer en los eriales y barrerlos, pero Luke lo utilizó en su beneficio.

El jinete que abría la marcha soltó un gruñido y señaló con su bastón gaffa, y después hizo volver grupas a su bantha para observar el torbellino de arena. El resto del Pueblo de

las Arenas también se volvió hacia esa dirección, desusadamente fascinado por el remolino de polvo. Los jinetes empezaron a parlotear entre ellos, soltando gruñidos y bocinazos ahogados a través de sus mascarillas respiratorias.

Luke utilizó la diversión para impulsar a su bantha hacia la derecha, separándose de la hilera de incursores tusken. Han tiró del cuerno toscamente tallado de su montura. No podía creer que el truco fuese a funcionar, pero Luke y él avanzaron el uno al lado del otro y pronto se encontraron bajando al trote por la pendiente arenosa. Los banthas atravesaron el gran cuenco vacío, levantando nubecillas de polvo a cada paso, y entraron en el cañón rocoso que llevaba al palacio de Jabba.

Han lanzó una nerviosa mirada hacia atrás, pero ni un solo incursor tusken se volvió en su dirección. El Pueblo de las Arenas seguía señalando el torbellino con sus bastones, gritando como si fuera un ejército que se aproximaba a ellos.

Luke hizo avanzar a su bantha por entre los muros de rocas color óxido hasta llegar a un lugar en el que las sombras del cañón cayeron sobre ellos. Peñascos rotos por el calor se alzaban a cada lado, y la arena saturada de azufre y el barro recocido por los rayos de los soles gemelos resonaron bajo ellos como una calzada de duracreto cuando sus monturas trotaron hacia la entrada inferior del palacio de Jabba.

En cuanto estuvieron lo bastante lejos para no ser vistos, Luke dejó escapar un largo suspiro y se apoyó en su silla de montar.

—¡Lo conseguimos! —exclamó—. No deberían acordarse de nosotros.

—Sí —dijo Han—, y hemos logrado recorrer todo el trayecto desde Punta de Ancla sin que nadie se fijara en nosotros: ni espías, ni testigos, ni registros… Ahora podremos averiguar si hay algo de verdad en esos rumores y volver a casa.

Un viento reseco silbaba por el cañón, gimiendo al pasar por entre los minaretes del palacio de Jabba. Las grandes torres de observación mostraban las manchas negras de las ventanas abiertas en ellas, que parecían brechas en una calavera sonriente. Han alzó la mirada y vio las señales que los haces desintegradores habían dejado sobre los ladrillos fundidos. Unos cuantos lagartos correteaban aquí y allá, yendo de un bolsillo de sombra a alguna grieta oscura y fresca.

Los tubos oculares redondos de la envoltura facial tusken no le permitían ver lo suficiente. Se quitó los vendajes con una mueca de irritación y apartó las coberturas metálicas, arrojándolo todo al suelo. Después tragó una honda bocanada de aquel aire cargado de polvo y tosió.

—Chico, cómo me alegra poder librarme de esto… comentó.

El disfraz tusken que envolvía el rostro de Luke le daba un aspecto monstruoso, pero el Maestro Jedi se lo fue quitando con meticulosa lentitud y guardó los harapos debajo de su maltrecha túnica del desierto.

Han meneó la cabeza mientras contemplaba las ruinas. Jabba no había sido el primer habitante de aquel inmenso palacio. La colosal estructura había sido construida varios siglos antes de que el señor del crimen hutt naciera, o fuese empollado… o lo que fuera que se hacía con los bebés hutts cuando venían al mundo.

Hacía mucho tiempo unos monjes exiliados de la Orden de B'omarr habían fundado un conventículo en el remoto mundo de Tatooine y habían construido allí su gigantesco monasterio, permaneciendo envueltos en un halo de misterio y manteniéndose alejados de los otros habitantes del planeta. Algún tiempo después el bandido Alkhara había irrumpido en el monasterio y había utilizado partes de él como escondite mientras lanzaba sus incursiones contra los granjeros de humedad. Pero la presencia de Alkhara no había parecido importar en lo más mínimo a los monjes de la Orden de B'omarr, que la habían ignorado por completo.

Desde aquel entonces, una sucesión de indeseables había instalado su cuartel general en partes del monasterio de B'omarr, y el último de ellos había sido Jabba el Hutt. Después de que Jabba muriese en el Gran Pozo de Carkoon, estalló una guerra civil entre sus esbirros: todos trataron de adueñarse de las posesiones del señor del crimen hutt, y saquearon el palacio.

Con el imperio del crimen de Jabba en ruinas, los silenciosos y misteriosos monjes aprovecharon aquella ocasión para reclamar lo que había sido suyo y destruyeron a los seguidores de Jabba que no supieron huir lo suficientemente deprisa. El palacio se había convertido en un lugar temido, un recinto encantado que era evitado por todos salvo los más osados.

Pero recientemente algunos de los que Leia llamaba sus «impresentables» amigos del pasado habían hecho llegar a oídos de Han rumores un tanto inquietantes de que otros hutts estaban husmeando en el palacio abandonado, buscando algo… y ese algo era lo bastante importante como para que hubieran corrido el riesgo de volver allí.

Luke bajó de su bantha y le dio unas palmaditas en un costado cubierto de lanudo pelaje. El bantha soltó un resoplido de confusión y pateó el suelo. El bantha de Han también estaba olisqueando el aire.

La puerta corroída se alzaba delante de ellos, una barrera de duracero repleta de cicatrices dejadas por los haces desintegradores, algunas brillantes y nuevas y otras ya casi invisibles y con décadas de antigüedad. Luke y Han fueron hacia ella. Los cableados de control se habían cortocircuitado o averiado con el paso de los años, y la pesada barrera había empezado a subir y había acabado quedándose atascada a medio metro del suelo. La arena se había ido acumulando en el hueco. Una brisa fría que olía a moho brotaba de los pasillos interiores repletos de sombras.

—Supongo que podríamos arrastrarnos por debajo de la puerta —dijo Han sin mucho entusiasmo mientras deslizaba los dedos sobre la gruesa plancha de duracero.

Luke fue hacia el panel exterior, que estaba cubierto de líquenes.

—Podría caer de repente y aplastarnos como hizo con el rancor de Jabba. Creo que antes probaré suerte con estos controles.

Apenas pulsó uno de los botones, un panel se abrió en el centro de la puerta y un ojo artificial brotó de ella, balanceándose de un lado a otro sobre un zarcillo de metal oxidado: aquel ojo era el sistema de vigilancia de Jabba. Las palabras que surgieron de la

máquina sonaron pastosas y deformadas, como si su programación se hubiera deteriorado.

Han estaba harto de todo aquello, y el tono de reproche del sintetizador vocal fue más de lo que podía tolerar. Metió la mano entre los pliegues de su túnica del desierto, extrajo su pistola desintegradora y convirtió el artefacto en una masa de astillas humeantes y alambres que soltaban chispas.

—¡Oh, cierra el pico! —dijo, y después se volvió hacia Luke con una sonrisa maliciosa en los labios—. No me gustaba la forma en que nos miraba.

Luke empezó a trabajar en los controles de la puerta, y finalmente ésta subió otro metro con una especie de tos y volvió a atascarse en sus guías.

—¿Te parece suficiente? —preguntó después.

Antes de que Han pudiera replicar, un haz desintegrador cayó sobre la puerta con un gemido estridente y creó otra reluciente cicatriz plateada.

—¿Qué pasa? —gritó Han, girando sobre sus talones.

Sus dos banthas lanzaron un bufido de saludo. Otro haz desintegrador surcó velozmente el cañón y creó un agujero en la túnica del desierto de Han, fallando su pecho por un par de centímetros. Han alzó la tela oscura y contempló el agujero humeante con cara de perplejidad.

Todo el grupo de jinetes del Pueblo de las Arenas estaba avanzando por el cañón en un galope atronador, agitando bastones gaffa mientras espoleaban a sus banthas hasta lanzarlos a un frenesí de velocidad. Los incursores dispararon sus rifles desintegradores, y los banthas de Han y Luke se encabritaron.

—Parece que has dejado de distraerlos demasiado pronto, chico —dijo Han, corriendo hacia la puerta parcialmente abierta—. Deben de haber visto nuestras huellas.

—Supongo que esta puerta ya está lo bastante abierta —dijo Luke, y se apresuró a meterse entre las sombras por detrás de Han—. Y ahora, si consiguiese averiguar cómo cerrarla…

Más haces desintegradores chocaron con la puerta, llenando de ecos los corredores, que olían a moho y haciendo que vibraran. El Pueblo de las Arenas lanzaba chillidos de rabia, y sus banthas armaron un considerable estrépito mientras se agitaban alrededor de la puerta.

Luke encontró los controles interiores de la puerta y agarró un manojo de cables retorcidos y medio corroídos. Una chispita brotó de ellos, y después todo el panel de control quedó inutilizado.

—¡Será mejor que hagas algo deprisa, Luke! —gritó Han, agazapándose con su desintegrador en la mano.

Un incursor tusken disparó contra las sombras del interior. El haz de energía rebotó en las losas del suelo, y se perdió en la oscuridad por detrás de Han y Luke. Han disparó

su desintegrador contra los pies vendados que podía ver. Un incursor tusken soltó un chillido y retrocedió de un salto.

Luke decidió olvidarse del panel de control y se quedó inmóvil con las manos colgando junto a los costados. Sus puños se tensaron, y se relajaron un instante después cuando se concentró en la Fuerza.

Las guías gimieron cuando Luke hizo mover los mecanismos que mantenían inmovilizada la gruesa puerta metálica. La plancha cayó de repente con un tañido atronador, eructando nubes de polvo viejo y sumergiendo la sala en la oscuridad.

—Bueno, eso ha sido muy divertido —dijo Han—. Supongo que no te habrás acordado de traer un iluminador portátil, ¿verdad?

Luke hurgó entre los pliegues de su túnica.

—Un Jedi siempre está preparado —dijo, y sacó su espada de luz y pulsó el botón activador. La vibrante hoja verde surgió de la empuñadura con una mezcla de siseo y chasquido, una vara de luz incandescente que obligó a Han a protegerse los ojos—. No es el uso más impresionante que puedo dar a mi espada de luz —comentó Luke—, pero servirá.

Se fueron internando por las catacumbas serpenteantes del palacio y avanzaron hacia la sala del trono de Jabba. No sabían con exactitud qué andaban buscando, pero los dos confiaban en que sabrían darse cuenta de si había algo raro escondido en aquel lugar.

—No tenía mucho mejor aspecto cuando Jabba vivía aquí —dijo Luke.

—Puede que todos los androides del servicio doméstico estén averiados —dijo Han.

Una vez dentro de la sala del trono abandonada en la que la masa hinchada y deforme del hutt había juzgado a sus víctimas indefensas en el pasado, la espada de luz de Luke iluminó los muros con un resplandor que hizo que las sombras saltaran y ondularan. Animales carroñeros de todos los tamaños emitieron ruidosos chillidos en la gran estancia, que por lo demás estaba tan silenciosa como una tumba. Unos cuantos guijarros se desprendieron de un bloque medio suelto de una pared.

—Esos monjes tan raros siguen aquí —dijo Han—. Pero parece como si no tuvieran mucha prisa por reclamar las salas que usó Jabba.

—Tengo la impresión de que nadie puede afirmar que entiende a la Orden de B'omarr —respondió Luke—. Por lo que he oído decir, cuando llegan a la fase final de máxima iluminación interior, cada monje se somete a alguna clase de operación quirúrgica en la que se le extrae el cerebro para colocarlo dentro de un recipiente de apoyo vital. Eso evita que se dejen atraer por las distracciones físicas, y les da una libertad total para meditar sobre los grandes misterios.

Han soltó un bufido y clavó la mirada en los ojos azul claro de Luke.

—Es una suerte que los Jedi no crean en esa clase de tonterías. Luke sonrió a su amigo.

—Me parece recordar que cuando nos conocimos dijiste que los Jedi eran una «religión de pacotilla» o algo por el estilo.

Han desvió la mirada, sintiéndose un tanto avergonzado.

—Bueno, he aprendido unas cuantas cosas con el paso del tiempo.

Un repentino estrépito mecánico resonó con la ensordecedora potencia de una serie de explosiones lejanas en la sala repleta de ecos. Los dos compañeros giraron sobre sus talones, Luke con su espada de luz preparada para atacar y Han alzando su pistola desintegradora. Los servomotores y las patas articuladas que zumbaban y siseaban se fueron acercando en una veloz aproximación de muchos pies que chasqueaban como picahielos sobre las losas de los suelos. Han sintió que un escalofrío de repugnancia le erizaba el vello cuando se acordó de las arañas cristalinas de energía que vivían en las negras minas de especia de Kessel.

Pero la criatura que apareció ante ellos no era ni del todo androide ni del todo viva. Han y Luke vieron un conjunto de delgadas patas mecánicas que se movían en un avance tambaleante, como si tuvieran problemas de control muscular: estaban ante un insecto de acero automatizado que entró pesada y torpemente en la sala del trono. Suspendido debajo de las patas, allí donde habría estado el cuerpo hinchado de una araña, había un recipiente esférico lleno de un fluido transparente que burbujeaba y gorgoteaba, transmitiendo el palpitar del sistema de apoyo vital a la forma esponjosa y recubierta de circunvoluciones de un cerebro humano.

—¡Oh, oh! —exclamó Han—. Esa cosa es uno de los monjes. ¿Quién sabe qué pueden querer?

Alzó el desintegrador y apuntó el cañón hacia el recipiente del cerebro.

—No —dijo una átona voz procesada.

La palabra sintetizada había surgido de un diminuto altavoz incrustado en el juego de patas mecánicas.

Luke alzó su mano libre.

—Espera, Han… Sólo capto confusión. No hay ninguna amenaza.

—¿Sois… amigos de Jabba? —preguntaron las patas de araña.

—Tengo bastante mejor gusto a la hora de escoger mis amistades —replicó Han—. ¿Quién eres?

Las patas de araña bailotearon de un lado a otro, como si el cerebro hubiera dejado de concentrarse y hubiese perdido el control de ellas.

—Soy Maizor. Hubo un tiempo en el que era rival de Jabba. Tuvimos una… confrontación, y yo fui el perdedor.

La voz sintetizada hizo una pausa, como si estuviera procesando sus próximas palabras.

—Jabba ordenó a los monjes que me operasen y colocaran mi cerebro dentro de este recipiente.

Más reflexión, más palabras átonas de la voz mecánica.

—Utilizo estas patas cuando deseo ir de un lado a otro. Necesité todo un año para dejar de aullar en silencio y adaptarme a mis nuevas circunstancias. Jabba me mantenía en su palacio como una especie de chiste viviente, para poder reírse de la patética criatura en la que me había convertido.

Las patas de araña temblaron y se bambolearon, pero la voz se volvió más potente y adquirió un matiz de desafío.

—Pero ahora Jabba está muerto. El palacio está vacío, y yo soy quien ríe el último.

Han y Luke se miraron. Han fue bajando poco a poco su desintegrador.

—Bueno, cualquier enemigo de Jabba es amigo mío —dijo después. De hecho, estábamos en el Gran Pozo de Carkoon cuando mataron a Jabba.

—Tengo una deuda enorme con vosotros —dijo Maizor.

Un parpadeo de luces bailoteó alrededor de los sistemas del recipiente de apoyo vital del cerebro.

—Entonces tal vez puedas ayudarnos —dijo Luke, hablando con voz tranquila y llena de poder Jedi—. Estamos buscando información. Hemos oído algunos rumores. Si has estado en este palacio tanto tiempo, tal vez hayas visto lo que necesitamos saber.

—Sí —dijo Maizor—. Muchos desconocidos han venido aquí recientemente. Ha habido mucha actividad, y muy misteriosa.

—¿Puedes decirnos quiénes eran, y qué buscaban? —preguntó Han, asombrado ante la facilidad con que había llegado la respuesta—. Necesitamos saber qué están tramando los hutts.

—Hutts —dijo la voz mecánica—. Desprecio a los hutts. Muchos hutts han venido aquí para entrometerse y husmear.

—¿Y qué buscaban? insistió Han.

—Información. Buscaban la información de Jabba. Jabba tenía muchos conocimientos almacenados en bancos de datos secretos. Tenía espías por todas partes, y sus espías acumulaban datos para usar o vender. Jabba no sólo era un gran señor del crimen, sino que también sabía muchas cosas sobre la Alianza Rebelde… aunque el Imperio se negó a pagar un precio lo suficientemente elevado a cambio de su información. Jabba también conocía muchos secretos imperiales.

Las patas de araña se flexionaron en un lento subir y bajar.

—Secretos imperiales —dijo la voz mecánica—. Eso es lo que buscaban los hutts.

—¿Secretos imperiales? —preguntó Luke—. Pero el Imperio ha caído. Hace años que no sabemos nada de ellos. ¿De qué utilidad puede serles a los hutts esa información imperial?

—Información imperial —repitió Maizor—. Centro de Información Imperial, la gran base de datos en Coruscant… Jabba conocía la contraseña secreta. Podía acceder a la información más celosamente protegida del Emperador.

Han dio un respingo.

—¿Quieres decir que los hutts pueden acceder a nuestros ordenadores?

—¡Imposible! Hemos bloqueado y cerrado todos esos archivos.

—Jabba tenía formas de acceder a ellos —replicó Maizor.

—¿Puedes decirme si los hutts encontraron lo que andaban buscando cuando vinieron aquí?

—Sí —replicaron las patas de araña—. Pretenden crear su propia fuerza militar y obtener un arma invencible para tomar parte en el gran juego. El sindicato del crimen de los hutts será más poderoso que los rebeldes o lo que queda del Imperio. —El cerebro de Maizor tembló dentro de su recipiente—. Odio a los hutts.

Han soltó un gemido.

—Oh, no… ¡Otra superarma no!

—¿Conoces algún detalle de su plan? —preguntó Luke, inclinándose sobre el recipiente del cerebro—. ¿Puedes decirnos algo más sobre él?

—No —contestó Maizor—. Ya tienen la clave que buscaban, y ahora pasarán a la siguiente fase de su plan.

Han asintió con expresión sombría y miró a Luke.

—Tenemos que volver a Coruscant para informar a Leia ——dijo—. La Nueva República debe estar alerta.

Luke desconectó su espada de luz, con lo que sumergió la sala en un mar de espesas sombras aceitosas, pero se inclinó hacia adelante para deslizar los dedos sobre el recipiente que contenía el cerebro de Maizor. Un diminuto hervor de burbujas seguía enroscándose a través de los fluidos nutritivos, pero el cerebro estaba inmóvil dentro del líquido.

—¿Hay algo que podamos hacer por ti? —preguntó—. Quizá podría ayudarte a hallar la paz en tu existencia.

Una especie de áspero eructo entrecortado brotó del sintetizador vocal.

—No, Jedi. Los monjes de B’omarr ya me han proporcionado todo el alivio que podían. Lo que debéis hacer por mí es detener el plan de los hutts. Humilladles. —Las patas de araña oscilaron de un lado a otro—. Yo permaneceré aquí en soledad… y seguiré riéndome de Jabba. Ésa es mi recompensa.

CAPÍTULO 3

La huida de sus banthas los había dejado atrapados sin medios de transporte en el palacio de Jabba, por lo que Han sugirió a Luke que investigaran los hangares de vehículos de los niveles inferiores. Trabajando en equipo, los dos tal vez fueran capaces de usar piezas y sistemas sueltos que todavía funcionaran hasta montar un deslizador que les permitiría alejarse rápidamente de las ruinas. Luke se mostró de acuerdo, aunque en realidad no paraba de pensar en la verdadera razón por la que había querido venir a Tatooine.

Han empezó a examinar los subsistemas mecánicos de los vehículos dañados bajo la claridad parpadeante de viejos paneles luminosos. Los motores y las partes del casco eran todo lo que quedaba después del frenético éxodo masivo de los esbirros de Jabba. Los rumores y el miedo supersticioso habían hecho que los jawas y demás carroñeros de la chatarra no se hubieran atrevido a ir hasta allí para robar lo que quedaba, por lo que el hangar de mantenimiento estaba lleno de esquifes y aerodeslizadores medio desmantelados que habían ido siendo utilizados para obtener piezas de repuesto.

Han y Luke trabajaron codo a codo, y fueron extrayendo componentes y haciendo modificaciones en lo que tenían a mano. Cuando hubieron terminado abrieron una ruidosa puerta mecánica lateral y permitieron que los chorros de amarilla luz solar barrieran el sucio hangar. Después subieron a dos viejas y maltrechas plataformas monoplaza que recordaron a Luke las motos aéreas que él y su hermana Leia habían pilotado tan temerariamente a través del bosque de Endor.

Luke se instaló en el asiento metálico lleno de abolladuras, intentando ponerse lo más cómodo posible sobre el acolchado casi petrificado.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez en que hice este tipo de cosas —dijo Luke—. Resulta muy agradable volver a hacerlo.

—Igualito que en los viejos tiempos, chico. —Han conectó los haces repulsores y éstos cobraron vida con un suave zumbido— Volvamos al espaciopuerto de Mos Eisley para poder largarnos de aquí.

—Espera, Han —dijo Luke con expresión pensativa—. Hay algo que he de hacer antes. Tenemos que hacer un pequeño viaje a los Eriales de Jundlandia.

Han le miró, frunció los labios y acabó asintiendo.

—Ya. Tu forma de comportarte ya me había hecho pensar que te traías algo más entre manos. ¿Está relacionado con Calista? Luke asintió, pero no dio detalles.

—Supongo que a estas alturas ya debería saber que cuando estoy con un Jedi todo acaba complicándose más de lo previsto —dijo Han.

Mientras los acontecimientos continuaban produciéndose a su alrededor, Luke se obligó a seguir en movimiento y a dar el siguiente paso, consolándose con la esperanza de que encontraría alguna pista en su próximo destino. La revelación de que los hutts estaban

tramando un plan secreto le había alarmado, pero estar separado de Calista le resultaba terriblemente doloroso. Luke anhelaba estar con ella y poder ayudarla.

Él y Calista habían seguido hebras de la Fuerza y habían establecido una fuerte conexión entre sus respectivas personalidades desde el primer momento. Habían encajado el uno con el otro igual que dos piezas de un rompecabezas muy exacto. Calista era la mujer ideal para Luke, y Luke era el hombre ideal para ella. Siendo Jedi, ambos lo sabían de una manera que muy pocos enamorados podían entender.

Calista había nacido décadas antes que Luke, pero su espíritu había quedado atrapado dentro del ordenador del acorazado automatizado Ojo de Palpatine. Luke se había enamorado de la luminosa silueta de Calista, hasta que la joven Jedi volvió a la vida dentro del cuerpo de una de sus estudiantes más brillantes, que se había sacrificado para destruir el acorazado.

Calista había recuperado su integridad física. Era una mujer de carne y hueso, y era muy hermosa. Podían estar juntos.

Pero una devastadora ironía del destino había hecho que Calista perdiera todas sus capacidades Jedi durante la transformación. Volvía a estar viva, pero no de la misma manera que antes: Calista no estaba del todo allí. Ya no podían establecer aquella conexión entre ellos que había unido sus mentes y sus espíritus. Sólo les quedaba el recuerdo de aquellos días inolvidables y maravillosos durante los que habían estado atrapados juntos a bordo del Ojo de Palpatine.

Pero eso bastaba para galvanizar el profundo amor que existía entre ambos y hacer que siguieran tratando de hallar una respuesta. Luke nunca se rendiría hasta que encontrase una manera de recuperar a Calista por completo…

Luke estaba inmóvil delante de la precaria cabaña medio derrumbada que en tiempos lejanos había sido el hogar de Obi-Wan Kenobi y la contemplaba, sintiéndose tan solo y nervioso como un hijo pródigo que por fin hubiera vuelto al hogar.

Han esperaba junto a su plataforma volante, bebiendo los últimos sorbos de agua que les quedaba. Luke había renunciado a su ración, y había ido aumentando su energía mental a través de la concentración. Ocurriera lo que ocurriese en las ruinas de la morada de Obi-Wan, pronto estarían en el espaciopuerto de Mos Eisley.

Luke tragó saliva y dio un paso hacia adelante, oyendo el crujido de sus pies en el silencio. Habían pasado muchos años desde la última vez que estuvo allí. La puerta se había desprendido de sus goznes, y una parte del muro de arcilla delantero se había desmoronado. La entrada estaba medio obstruida por peñascos y restos de adobe. Un par de diminutos y chillones roedores del desierto le amenazaron con un ruidoso chasquear de mandíbulas y luego huyeron a toda prisa en busca de refugio. Luke los ignoró.

Se agachó cautelosamente y entró en el hogar de su primer mentor.

Rayos de luz se filtraban en una trayectoria diagonal por las grietas de las paredes. Motas de polvo flotaban como polvillo de oro a través de los haces de claridad. El interior de la cabaña olía a moho, sombras vacías e fantasmas. Pero a diferencia de lo ocurrido en el palacio de Jabba, allí los saqueadores no habían vacilado en limpiar la morada de Obi-Wan Kenobi de todo lo que tuviera el más mínimo valor. Las unidades de calefacción y de cocina habían desaparecido, dejando únicamente huecos en los muros de arcilla. El catre en el que dormía Ben había quedado reducido a un soporte astillado. Tiras de tela, convertidas ya hacía mucho tiempo en nidos para roedores e insectos, se amontonaban en los rincones.

Luke se detuvo en el centro de la cabaña y respiró profundamente mientras iba girando en un lento círculo, tratando de percibir la presencia que tan desesperadamente necesitaba ver. Aquél era el lugar en el que Obi-Wan Kenobi le había hablado de la Fuerza. El anciano le había dado su primera espada de luz en aquella cabaña, y era allí donde había murmurado sus primeras alusiones a la verdad sobre su padre «desde cierto punto de vista», disipando el engaño protector que le había contado el tío Owen al mismo tiempo que plantaba las semillas de sus propios engaños.

Luke sacó su espada de luz de entre los pliegues de su túnica y la empuñó, pero no la conectó. Después de haber perdido el arma de su padre en la Ciudad de las Nubes, Luke había construido una nueva espada de luz que le pertenecía únicamente a él y a nadie más, y que ya no era un artefacto del pasado. Luke había ido forjando su propio camino en ausencia de sus maestros.

Obi-Wan y Yoda habían empezado a prepararle, cierto, pero luego le habían dejado solo con tantas preguntas, con tanto conocimiento por aprender… y Joruus C'baoth, en su locura, sólo podía transmitirle perversiones de lo que un verdadero Jedi necesitaba saber. El Emperador le había mostrado los caminos del lado oscuro, pero Luke necesitaba entender muchas cosas que todavía no podía comprender. Tenía que averiguar cómo podía salvar a Calista.

—Ben… —dijo.

Cerró los ojos, y llamó tanto con su mente como con su voz. Intentó atravesar los muros invisibles de la Fuerza y llegar hasta el ser luminoso de Obi-Wan Kenobi, que había visitado a Luke en numerosas ocasiones antes de decirle que nunca más podría volver a hablar con él.

—Te necesito, Ben —dijo Luke.

Las circunstancias habían cambiado. No se le ocurría ninguna otra manera de superar los obstáculos a los que se enfrentaba. Obi-Wan tenía que responder. No se necesitaría demasiado tiempo, pero podía proporcionarle la clave que Luke deseaba con todo su corazón.

Luke esperó y escuchó y percibió…

Pero no sintió nada. Si no podía invocar al espíritu de Obi-Wan allí, dentro de aquella morada vacía en la que el anciano había vivido durante tantos años en el exilio, Luke no creía que pudiera volver a establecer contacto nunca más con su antiguo maestro.

Repitió las palabras que Leia había empleado hacía más de una década para llamarle.

—Ayúdame, Obi-Wan Kenobi —murmuró Luke—. Eres mi única esperanza.

Volvió a esperar, temblando de una manera casi imperceptible. Había utilizado todos los métodos que conocía. Calista había pasado por otro adiestramiento durante sus años de aprendizaje Jedi. Sabía cosas que Luke nunca había llegado a imaginar, pero ni siquiera ella conocía una forma de desgarrar la manta invisible que la oprimía, aquella ceguera que le impedía utilizar la Fuerza.

—¡Ben, por favor! gritó Luke.

Su cuerpo estaba temblando, tal era la intensidad de la desesperación que sentía al ver cómo sus esperanzas se iban desvaneciendo. La choza vacía que sólo contenía recuerdos siguió inmóvil y silenciosa a su alrededor.

Nada.

Silencio.

Vacío.

Obi-Wan no estaba allí. El anciano Maestro Jedi no vendría. Luke se arrodilló sobre el polvo que cubría el suelo y hundió los dedos en él, buscando algún signo, algún otro mensaje, mientras la verdad se iba abriendo paso en su mente.

No obtendría ninguna ayuda de Obi-Wan.

Luke tragó saliva para deshacer el nudo de su desesperación, y se juró que nunca se rendiría. Después levantó el mentón y unió los labios hasta que formaron una sombría línea llena de decisión.

Quizá el mensaje fuera precisamente ése: el silencio de Obi-Wan, que le demostraba que Luke era un Caballero Jedi. No podía confiar en Ben Kenobi, en Yoda o en otros para que le ayudaran. Luke controlaba su propio destino. Ya no era un simple estudiante. Luke tendría que resolver sus propios problemas. La decisión que había tomado se fue volviendo más firme dentro de él. No, no lo había probado todo. Recorrería la galaxia con Calista. Encontraría la respuesta, de una manera o de otra.

Luke se puso en pie y volvió a colgarse la espada de luz del cinturón. No necesitaba empuñarla. Volvió a mirar a su alrededor con una última punzada de esperanza, confiando en que vería una silueta resplandeciente y al anciano asintiendo, confirmándole que la respuesta que acababa de darse a sí mismo era la correcta. Pero no percibió nada.

Cuando salió de la cabaña, la cegadora luz de los soles gemelos cayó sobre él como un diluvio purificador. Luke respiró hondo y fue hacia Han.

Han Solo estaba inmóvil en la sombra al lado de su plataforma volante y se limpiaba el sudor de la frente.

—¿Y bien, chico? —preguntó—. ¿Encontraste lo que andabas buscando?

—No… —respondió Luke— y sí.

Han meneó la cabeza.

—Muy típico de un Jedi: nunca te darán una respuesta clara.

—En este caso, Han, no hay ninguna respuesta clara. Ya no tengo nada que hacer en Tatooine —dijo Luke—. Podemos volver al espaciopuerto de Mos Eisley. Tenemos que advertir a la Nueva República de lo que están tramando los hutts.

CINTURÓN DE ASTEROIDES DE HOTH

CAPÍTULO 4

Una tempestad de rocas volaba por el espacio, agitándose y temblando con la fuerza suficiente para aplastar peñascos —o naves espaciales— y reducirlas a polvo.

El Cinturón de Asteroides de Hoth era la pesadilla de un navegante. Unos cuantos fragmentos chocaron con los escudos deflectores delanteros de la nave de Minas Celestes Orko y se desvanecieron, convirtiéndose en chorros resplandecientes de polvo vaporizado.

Durga el Hutt, que parecía una enorme tajada de carne cruda, descansaba sobre su plataforma levitatoria en la cubierta principal mientras observaba el espacio a través de los visores de mando. Durga sólo veía una cosa mientras contemplaba los asteroides que colisionaban entre sí: recursos, inmensas cantidades de recursos sin explotar que contenían metales y minerales de todas clases que podían ser de gran utilidad para el nuevo proyecto secreto de los hutts.

—Aumenten la potencia de los escudos deflectores —dijo Durga, hinchando las mejillas y rascándose la marca de nacimiento que cubría el lado izquierdo de su cabeza.

Sus esbirros se apresuraron a obedecer. Weequays, gamorreanos, esclavos humanos y criaturas de otras especies se apelotonaron alrededor de los controles de la nave expedicionaria y empezaron a discutir sobre cuál era la mejor manera de poner en práctica la orden. Durga no estaba nada impresionado por la inteligencia o la capacidad para pensar por su cuenta del personal a su servicio, pero no los había contratado por esas cualidades.

El general imperial Sulamar, que estaba inmóvil junto a la masa de babosa gigante del hutt, apartó la mirada de una pantalla de situación y se colocó en posición de firmes. El general, siempre obsesivamente atento al protocolo, mantenía su uniforme impecablemente limpio y planchado con unos filos tan agudos que podrían haber cortado el hierro mandaloriano. La parte izquierda de la pechera de su uniforme estaba recubierta por lo que parecía el contenido de todo un cofre del tesoro, un sinfín de medallas otorgadas por campañas anteriores en las que había obtenido la victoria (y sobre las que nunca paraba de parlotear). Sulamar —un hombre de rostro cetrino y ojos duros como el pedernal que parecía inexplicablemente pequeño dentro de su uniforme, como si en realidad sólo fuera un muchacho asustado atrapado dentro de un disfraz de adulto— curvó los labios en una hosca sonrisa.

—El Explotador de Mineral Alfa ya ha iniciado su rutina de búsqueda y procesado —dijo—. El Explotador de Mineral Beta acaba de ser lanzado. —Sulamar hizo entrechocar los negros tacones de sus botas—. Confío en que los beneficios de Minas Celestes Orko subirán considerablemente este trimestre, ¿no?

—Más vale —replicó Durga—. Haga que avancemos un poco para que pueda observar las actividades de minería —añadió, moviendo una mano pequeña y viscosa.

Minas Celestes Orko no era más que una empresa-tapadera que el imperio criminal hutt había creado para disfrazar sus gastos, y consistía meramente en una falsa operación comercial que explotaría las riquezas vírgenes del Cinturón de Asteroides de Hoth. Los hutts querían encontrar un lugar remoto y recursos ilimitados para su proyecto secreto. El increíblemente complejo y caro Explotador de Mineral era el primer paso en lo que acabaría siendo el dominio de la galaxia por los hutts.

—Estamos siguiendo la trayectoria de Beta, señor —dijo uno de los técnicos humanos—. Avanzamos para poder verlo.

—Asegúrese de que se mantiene alejado de esos asteroides, navegante —ordenó secamente el general Sulamar, haciendo que su voz sonara más ronca y áspera, como hacía siempre que daba órdenes.

Durga soltó un gruñido gutural.

—Yo estoy al mando de esta nave, general, y yo daré las órdenes.

Sulamar se inclinó ante el hutt, visiblemente avergonzado, y dio un paso hacia atrás.

—Le pido disculpas, noble Durga.

Durga entrecerró sus enormes ojos color rojo cobre y se volvió hacia el navegante.

—Ya ha oído al general —dijo—. ¡Haga lo que dice!

La nave expedicionaria de Minas Celestes Orko serpenteó por entre las rocas que chocaban unas con otras, y Durga se inclinó hacia adelante. El hutt abrió y cerró los gruesos párpados que cubrían sus ojos, intentando localizar el puntito metálico en el panorama estelar.

A medida que se iban acercando pudieron ver con creciente claridad la descomunal unidad procesadora de mineral, que brillaba y centelleaba en un veloz revoloteo de movimientos. «Una máquina magnífica», pensó Durga mientras contemplaba la estructura consistente en un gigantesco contenedor de carga en cuya parte delantera había una serie de bocas mecánicas y torretas turboláser para convertir los asteroides en cascotes. La máquina metía los cascotes en una enorme boca procesadora, y luego los masticaba, escupía la escoria inservible y almacenaba en su interior los preciados lingotes de metales valiosos. Los Explotadores de Mineral Automatizados eran un diseño muy reciente que tenía una misión muy sencilla: sensores altamente sofisticados dirigían a los leviatanes en su cacería de las concentraciones de metal más puras y elevadas del cinturón de asteroides, y los guiaban para desmantelar las rocas y explotar el tesoro.

—Parecen estar funcionando a la perfección —dijo Sulamar, volviendo a ponerse en posición de firmes después de haber estudiado la pantalla de diagnóstico—. ¿Confía plenamente en sus capacidades?

Durga dejó escapar una ruidosa carcajada desde las profundidades de su enorme estómago.

—¡Naturalmente! Fueron diseñados por Bevel Lemelisk, y Lemelisk es mi científico particular. Quizá haya oído hablar de sus otros trabajos… —El hutt se inclinó hacia

adelante hasta que su enorme cabeza quedó muy cerca del rostro cetrino del general Sulamar—. Cuando estaba sometido a la voluntad del Emperador, Lemelisk dirigió la construcción de las dos Estrellas de la Muerte.

Las cejas de Sulamar subieron velozmente, indicando lo impresionado que estaba.

—Bevel Lemelisk diseñó estos Explotadores de Mineral, y también se esforzará al máximo supervisando la construcción de nuestra nueva arma.

—Bien, parece como si hubieran encontrado al hombre ideal para el trabajo —asintió Sulamar, y después se volvió hacia adelante para contemplar cómo el Explotador de Mineral Beta seguía operando.

La máquina acabó de devorar un asteroide de tamaño mediano y lanzó al espacio la escoria fundida, que se fue endureciendo para formar una estela de pequeños fragmentos voladores detrás de ella. Los sensores de la máquina barrieron el cinturón de asteroides en busca de un nuevo objetivo.

—Beta está captando una concentración de metal muy alta —dijo uno de los diagnosticados devaronianos—. Es asombrosamente pura.

El Explotador de Mineral alteró su curso y aceleró hacia su nuevo objetivo. Durga contempló su avance con creciente placer.

—¡Aquí fuera debe de haber todavía más recursos de lo que habíamos esperado! —exclamó otro técnico—. El Explotador de Mineral Alfa también ha encontrado una fuente muy rica. El objetivo parece estar siguiendo un curso bastante extraño para lo que es habitual en estos asteroides, pero los registros indican que es metal puro. Nunca habíamos visto una masa de mineral tan soberbia.

Durga soltó una risita de satisfacción.

—Si estos Explotadores de Mineral continúan encontrando tales riquezas, tal vez no necesitemos a los otros dos que aún están en proceso de construcción.

El piloto de la nave expedicionaria hutt aumentó la potencia de los escudos mientras seguían al Explotador de Mineral Beta a través del cinturón de asteroides.

—El Alfa también viene hacia aquí —dijo el técnico humano. El general Sulamar frunció el ceño.

—¿Cree que pueden haber elegido el mismo objetivo?

—Oh, oh —dijo el supervisor de controles devaroniano.

Durga se irguió sobre su plataforma repulsara y volvió a hinchar sus mejillas de aspecto gomoso.

—Ese tono no me gusta nada, supervisor de controles.

—Y a mí no me gusta nada lo que estoy viendo —respondió el devaroniano de cornuda cabeza mientras alzaba sus manos-garras en un gesto de pánico—. Alfa y Beta no han escogido el mismo objetivo… ¡Se han detectado el uno al otro!

—Bien, pues entonces desconéctelos —dijo Durga—. Sólo es un fallo de programación inesperado. No podemos permitirnos perder todo ese equipo.

El devaroniano introdujo instrucciones en sus paneles de control con un veloz martilleo de sus manos-garras. Los otros técnicos trabajaron frenéticamente… sin obtener

ningún resultado. Los guardias gamorreanos estaban paralizados por la perplejidad, parpadeando e intercambiando miradas llenas de confusión.

El devaroniano acabó golpeando el panel con los puños.

—¡No puedo, señor! ¡No dispongo del código de anulación!

—Bien, ¿y quién tiene ese código? —aulló Durga.

—Sólo Bevel Lemelisk, señor.

—¡Tráiganlo aquí! —gritó Durga.

—Pero es que pidió que no se le molestara, señor —dijo el devaroniano.

Durga recibió la respuesta con un gorgoteo de rabia y presionó un botón de control de su plataforma repulsora. El asiento del técnico devaroniano estalló en una repentina erupción de fuego eléctrico, y arcos de un voltaje letal se deslizaron por las manos y los brazos de la víctima, reptaron a lo largo de su columna vertebral y bailotearon de un lado a otro dentro de su cráneo. La piel del alienígena se ennegreció y se quemó. El devaroniano abrió su boca llena de colmillos para gritar, pero lo único que salió de ella fue un relámpago azulado.

El devaroniano se derrumbó en cuestión de segundos, convertido en un cadáver esquelético que empezó a soltar humo mientras las escamas de ceniza caían sobre la cubierta de la nave expedicionaria.

—Y ahora, ¿hay alguien que tenga la bondad de traerme a Bevel Lemelisk? —retumbó la voz de trueno de Durga—. ¡Antes de que sea demasiado tarde!

Un técnico humano se levantó de un salto de su asiento y fue corriendo al turboascensor.

El general Sulamar chasqueó los dedos y dos guardias gamorreanos avanzaron para llevarse el cuerpo calcinado del devaroniano. Los gamorreanos rozaron la piel chamuscada con las puntas de los dedos para asegurarse de que toda la corriente eléctrica se había desvanecido y después se apresuraron a hacer desaparecer el cuerpo, que parecía estar a punto de desintegrarse.

A pesar de su estallido de rabia, Durga sabía que nunca conseguirían traer al ingeniero de armamento lo suficientemente deprisa para que su presencia sirviera de algo. El hutt contempló con escandalizado horror cómo las dos máquinas gargantuescas se aproximaban la una a la otra, con cada Explotador de Mineral considerando al otro como una fuente primaria de riqueza metálica. Los dos colosos incapaces de pensar siguieron la misma programación: 1) sujetar el objetivo; 2) desmantelar mediante los cortadores láseres, y 3) procesar todas las materias primas.

Las gigantescas máquinas se enzarzaron en una masacre totalmente irracional, lanzándose haces de energía sobre las planchas del casco, arrancando brazos metálicos y metiéndolos dentro de las fauces procesadoras. Todo un desastre carente de consciencia se fue desarrollando ante los ojos de Durga.

Los Explotadores de Mineral eran muy eficientes. Menos de diez minutos bastaron para que se hicieran pedazos el uno al otro hasta quedar convertidos en restos incapaces de seguir operando, meros cascarones de componentes arrancados y lingotes medio

derretidos. Los despojos metálicos se fueron separando poco a poco, impulsados por la deriva espacial para ir ocupando su propio lugar en el cinturón de asteroides.

Durga sintió un incontenible hervor de furia en lo más profundo de su ser y dejó caer los puños sobre los paneles de control. Miró a su alrededor, buscando algún técnico del que pudiera prescindir para echarle la culpa de lo ocurrido… pero todos ellos se habían levantado de un salto de los asientos cableados que podían matarles y estaban rígidamente inmóviles junto a sus paneles, lo bastante lejos de sus sillones como para hallarse a salvo.

CAPÍTULO 5

Bevel Lemelisk tenía el ceño fruncido mientras avanzaba por los pasillos de la nave de Minas Celestes Orko, resoplando a causa del esfuerzo y de la irritación que le producían las continuas exigencias de Durga. Entró en el turboascensor que llevaba a la cubierta del puente hablando en voz baja consigo mismo, mascullando cosas que jamás se atrevería a decir delante de la enorme masa hinchada del señor del crimen hutt. Durga siempre quería lo imposible, y siempre lo quería inmediatamente.

El turboascensor se puso en marcha con una sacudida, llevando a Lemelisk hacia arriba. El científico tropezó con la pared y se agarró a la barandilla y después contempló los controles con el ceño fruncido, como si éstos le hubieran hecho perder el equilibrio intencionadamente.

Lemelisk se dio unas palmaditas en su redonda barriga mientras su estómago emitía unos gruñidos. Se había vuelto a olvidar de comer. Siempre se le estaban olvidando las cosas. Se pasó las manos por las mejillas y sintió el cosquilleo de una ya algo larga barba canosa, y comprendió que también llevaba dos días sin afeitarse. Lemelisk suspiró, riñendo a sí mismo. Normalmente se acordaba de ocuparse de su higiene personal antes de comparecer ante Durga, pero el insistente guardia gamorreano no le había dado ocasión de pensar. Lemelisk deslizó una mano por entre los tiesos mechones de su blanca cabellera, asegurándose de que quedaban bien rectos. Era su peinado favorito, aunque dudaba mucho de que la gorda babosa a la que debía obedecer se fijara jamás en el aspecto de un humano.

El turboascensor se detuvo con otra sacudida repentina, pero esta vez Lemelisk estaba preparado. El científico fue alimentando su indignación mientras esperaba a que se abrieran las puertas. No soportaba que le molestaran mientras se estaba concentrando. Había dado órdenes muy claras de que nadie debía entrar en sus habitaciones, pero aquel guardia tan grosero había hecho precisamente eso: el gamorreano había entrado con su caminar torpe y pesado justamente cuando Lemelisk estaba dando los últimos toques a un rompecabezas cristalino tridimensional muy difícil de montar. Todos los planos de Lemelisk habían brillado con un fugaz resplandor iridiscente y se habían disuelto, devolviéndole de golpe al punto de partida.

Bevel Lemelisk se juró que esta vez no sería el científico dócil y servil de siempre. Entró en el puente de mando, y respiró hondo para que su pecho pareciese más grande que su barriga aunque sólo fuera durante unos momentos.

—¿Qué significa todo esto, Durga? —preguntó, permitiendo que el desprecio impregnara su voz.

Todo el personal del puente de mando giró en redondo al oír sus palabras, y todos se encogieron sobre sí mismos como si acabaran de recibir una severa reprimenda. Lemelisk vio que no había ni un solo técnico sentado en su puesto. Captó el olor de la carne quemada flotando en el aire, como si a alguien se le hubiera ido la mano preparando las salchichas del desayuno, y su estómago vacío volvió a gruñir.

El general Sulamar se inclinó hacia adelante mientras iba hacia Lemelisk. Las medallas e insignias que relucían sobre su pecho tintinearon con un deslumbrante despliegue de reflejos y colores. El general imperial —con todo su presuntuoso discursear sobre hazañas militares como la Masacre de Mendicat, la Subyugación de Sinton y la Carga de Rustibar— no era más que un fanfarrón al que no había que tomar en serio. Después de todo, Lemelisk había supervisado la construcción de la estación de combate conocida como Estrella de la Muerte. ¿Qué eran unas simples hazañas militares en comparación con eso?

En cuanto vio al ingeniero de armamento, Durga dejó escapar un rugido inarticulado de pura furia e irritación que parecía un cruce entre un eructo y la explosión de una gran caldera. Lemelisk se quedó inmóvil a mitad de una zancada llena de firmeza y decisión. Nunca había oído una ira semejante en la voz del hutt.

Lemelisk abrió y cerró los ojos, de un azul tan claro que era casi incoloro, y su atención fue atraída por los ventanales del puente. Vio las veloces órbitas circulares que trazaban los restos rocosos del cinturón de asteroides, y un instante después sus ojos se posaron en los restos de los dos Explotadores de Mineral Automatizados que se habían hecho pedazos el uno al otro. Lemelisk tuvo la impresión de que una mano invisible acababa de llenarle la garganta con duracreto de secado rápido.

—Oh, oh ——dijo.

Durga dirigió su plataforma repulsora hacia Lemelisk, quien permanecía paralizado por el estupor mientras intentaba dar con una excusa antes de que el hutt pudiera hacer algo que Lemelisk tal vez lamentara enormemente.

—No estoy nada contento con tu trabajo, Lemelisk —gruñó Durga, con su marca de nacimiento visiblemente oscurecida y latiendo en un palpitar muy amenazador.

Lemelisk se estremeció violentamente, y unos recuerdos tan terribles como nítidos volvieron a su mente. El Emperador había dicho exactamente esas mismas palabras antes de que hiciera ejecutar a Bevel Lemelisk por primera vez…

Poco después del momento en el que se esperaba que la Estrella de la Muerte aplastara la base rebelde de Yavin 4, Bevel Lemelisk había sido convocado ante la presencia personal del Emperador Palpatine en las profundidades del palacio imperial.

Lemelisk había sido flanqueado por guardias imperiales de armadura que lo metieron en una lanzadera especial de alta velocidad y lo llevaron por los caminos celestes de la ciudad que cubría todo el planeta. Los millones de ventanas iluminadas parpadeaban como otras tantas gemas coruscas. Cada punto de luz parecía ser otra antorcha que celebraba su triunfo.

Lemelisk se frotó las mejillas, y se sintió muy complacido al comprobar que esta vez sí se había acordado de afeitarse. Los guardias imperiales de la armadura rojiza no hablaban, y permanecían en posición de firmes con una inmovilidad digna de estatuas. Lemelisk canturreó en voz baja y rodeó sus protuberantes rodillas con los dedos mientras la lanzadera se aproximaba a la enorme pirámide del palacio imperial.

Los guardias lo llevaron por el pasillo tan deprisa que sus grandes capas carmesíes se arremolinaban a su alrededor. Cuando el grupo llegó a la puerta de los aposentos privados del Emperador, los guardias se pusieron en posición de firmes con las picas de energía levantadas y sus cascos de plastiacero carentes de rasgos ocultando cualquier expresión que pudiera haber en sus rostros.

Lemelisk entró con paso rápido y decidido en la cámara abovedada, y se sintió complacido al ver la silueta envuelta en el manto negro del Emperador aguardándole. Palpatine estaba encogido en su sillón, y sus amarillentos ojillos de reptil brillaban a través de las sombras aceitosas proyectadas por su capuchón. El Emperador parecía estar teniendo serios problemas de salud: su piel estaba cubierta de ampollas y se iba replegando sobre sí misma, arrugándose igual que un tapiz blancuzco arrojado por encima de sus huesos, como si la podredumbre hubiera llegado mucho antes que la muerte.

Pero en aquellos momentos no había ningún pensamiento desagradable que fuera capaz de afectar a Lemelisk. El científico se quedó inmóvil sobre las losas de piedra pulimentada y ejecutó la inclinación de obediencia prescrita.

—Mi Emperador… —dijo—. Confío en que a estas alturas ya habréis sido informado de que nuestra Estrella de la Muerte ha destruido la base secreta rebelde.

—He sido informado —dijo Palpatine, y movió una mano de largos dedos que parecían garras.

Lemelisk alzó la mirada al oír un extraño repiqueteo metálico y vio cómo una jaula de alambres flexibles era soltada desde las bóvedas del techo que se curvaban sobre él. Intentó esquivarla, pero la jaula cayó justo encima de él y se posó en el suelo como si Palpatine la estuviera dirigiendo mediante poderes invisibles. La jaula estaba hecha de unos cables finísimos, y el entramado formaba una rejilla tan apretada que apenas le permitía meter el dedo meñique por los huecos.

—Disculpadme, Emperador, pero… ¿Hay algo más de lo que deseéis hablar conmigo? —preguntó Lemelisk—. ¿Otro proyecto, tal vez? ¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer por vos?

Lemelisk volvió a tragar saliva.

—Sí, sirviente mío —dijo Palpatine—. Puedes morir por mí.

—Oh —murmuró Lemelisk, no ocurriéndosele nada más que decir.

—La verdad es que me esperaba otra cosa —añadió, atontado por el terror.

Palpatine le fulminó con la mirada.

—Acabo de saber que tu Estrella de la Muerte ha sido destruida en Yavin. Una insignificante banda de rebeldes que pilotaban unos cuantos cazas anticuados encontró un punto débil en tu diseño… una portilla de escape térmico que permitió que el piloto de un ala X asestara un golpe fatal. ¡Un solo piloto aniquiló toda una estación de combate!

Lemelisk frunció los labios.

—Una portilla de escape térmico, ¿eh? Ya sabía que se me debía de haber olvidado algo. Tendré que eliminar ese defecto en el nuevo diseño.

—Sí, lo harás —dijo Palpatine con voz gélida—. Pero antes morirás por mí.

Lemelisk abrió y cerró rápidamente sus acuosos ojos azules y alargó una mano para rozar los delgados pero resistentes cables de su jaula. Miró a su alrededor, y el nerviosismo bailoteó en torno a él como una tempestad invisible. Se había afeitado, pero empezó a sentir un feroz picor en el cuello.

El Emperador permanecía completamente inmóvil, pero aun así debió de manipular unos controles porque de repente unas minúsculas aberturas aparecieron en el suelo de piedra junto a los pies de Lemelisk. Los orificios, que surgieron de la nada con un seco chasquido, daban acceso a una negrura desconocida. Lemelisk oyó crujidos y nuevos chasquidos, y el arañar de unas patas duras y afiladas.

—No estoy nada contento con tu trabajo, Lemelisk —dijo el Emperador.

Bevel Lemelisk intentó apartarse a un lado cuando algo pequeño pero iridiscente surgió de una abertura era alguna clase de escarabajo. El insecto de ocho patas y duro caparazón brilló con destellos azul oscuro al emerger bajo la luz, y después se detuvo para examinar el aire con una agitación de antenas. Cinco escarabajos idénticos surgieron de otras aberturas. Los insectos movieron sus élitros y emprendieron el vuelo, zumbando velozmente por el angosto interior de la jaula. Lemelisk le lanzó un manotazo a uno, pero el escarabajo detectó el movimiento y se precipitó sobre él, hundiendo unas mandíbulas recubiertas de dientes de sierra tan afilados como navajas de afeitar en la carne de su palma.

—¡Ay!

Lemelisk agitó frenéticamente la mano de un lado a otro hasta que el escarabajo perdió su presa. El científico lo pisoteó, resquebrajando su caparazón. Pero el olor de la sangre atrajo hacia él a los otros escarabajos. Lemelisk contempló con horrorizada fascinación cómo una docena de insectos más emergían de los agujeros del suelo, movían sus élitros en un rápido aleteo y zumbaban hacia él.

—Son escarabajos piraña —dijo el Emperador, recostándose en su negro sillón giratorio—. Son nativos de Yavin 4, y los consideré demasiado valiosos para que se extinguieran cuando se esperaba que tu Estrella de la Muerte destruyera la luna. Por eso los rescaté.

El enjambre de escarabajos ya estaba revoloteando alrededor de Lemelisk. El científico empezó a gritar y manotear, y apenas si prestó atención a las palabras de Palpatine.

—¡Detenedlos! —chilló.

—Todavía no —dijo el Emperador.

Los escarabajos se abrieron paso a través de sus ropas y llegaron a la piel de los brazos, los muslos y el pecho de Lemelisk, añadiendo sus mordeduras a las de aquellos que ya habían atacado sus mejillas. La sangre fluyó sobre su cuerpo, empapando sus ropas destrozadas. El científico pronto perdió la cuenta de las nuevas heridas que iba sufriendo. Nuevos enjambres de escarabajos, centenares de ellos, surgieron de los

orificios y revolotearon frenéticamente de un lado a otro, chocando con los alambres de la jaula.

—Pero estos magníficos insectos no corren ningún peligro de extinguirse después de todo —dijo Palpatine—, ¡dado que tu Estrella de la Muerte no ha hecho lo que se esperaba de ella! Me has fallado, Bevel Lemelisk —añadió, hablando muy despacio. Sus labios resecos y de apariencia gomosa subieron para formar una sonrisa demoníaca—. Y ahora voy a contemplar cómo estos escarabajos te van devorando bocado a bocado. Están muy hambrientos, y no se satisfacen con facilidad. Pero si el banquete que se están dando hace que empiecen a calmarse… Bueno, no debes preocuparte porque tengo muchos más.

El Emperador soltó una carcajada glacial, pero Lemelisk ya no podía oír.

Los escarabajos zumbaron dentro de sus oídos, desgarrando su carne, sus cabellos y sus ropas. Lemelisk se golpeó a sí mismo, y lanzó su cuerpo contra los alambres de la jaula. Eso hizo que algunos de los escarabajos quedaran aturdidos y que sus compañeros se lanzaran sobre ellos, abriéndose paso a través de los caparazones iridiscentes para masticar los blandos órganos que contenían.

Lemelisk gritó y suplicó… sin que le sirviera de nada. La agonía creció y creció hasta ir más allá de su comprensión y de su imaginación. El mundo se volvió negro después de que los escarabajos piraña devoraran sus ojos, pero el dolor siguió durante mucho tiempo después de eso…

Lemelisk había despertado un rato más tarde, sintiéndose completamente desorientado. Abrió y cerró sus ojos restaurados y se encontró en la misma cámara abovedada, vestido con un impecable uniforme blanco. Su cuerpo era joven y fuerte, sin la barriga y las grasas resultado de haber pasado demasiado tiempo trabajando en proyectos dentro de su mente y dedicando un esfuerzo demasiado reducido a mantener un buen estado físico.

Lemelisk dobló los brazos y se contempló las manos, parpadeando de puro asombro y sin poder creer en lo que veía. Oyó un débil zumbido y unos ruiditos metálicos, y alzó la mirada para encontrarse con la jaula de alambres todavía llena de escarabajos piraña que zumbaban y crujían mientras subían y bajaban velozmente por los cables haciendo chasquear sus mandíbulas. Manchas de sangre recién derramada formaban arcos a lo largo de las paredes de la jaula. Dentro de ella Lemelisk vio los despojos de un ser humano que había quedado reducido a huesos mordisqueados y tiras de ropa… la ropa que había llevado puesta hacía tan sólo unos instantes.

—Te acostumbrarás a tu clon dentro de un momento —dijo el Emperador, deslizando sus dedos marchitos y nudosos por encima de un extraño artefacto de aspecto muy antiguo—. Confío en que todos tus recuerdos habrán sido transferidos correctamente, por supuesto… Es un arte difícil y un tanto imprevisible incluso en las circunstancias más favorables, y el Jedi al que le robé la técnica no se mostró nada dispuesto a instruirme en todos sus misterios. Pero parece funcionar.

Lemelisk asintió débilmente, queriendo desmayarse pero sabiendo que no se atrevería a hacerlo.

—Y ahora no vuelvas a fallarme, Lemelisk —dijo el Emperador—. No me gustaría nada tener que pensar en una ejecución todavía peor para la próxima vez.

Y entonces, mientras se enfrentaba a Durga el Hutt y al general imperial Sulamar, Lemelisk encontró una reserva de fortaleza oculta en lo más profundo de su ser. Los Explotadores de Mineral se habían destruido el uno al otro en una debacle horriblemente embarazosa.

—No es una catástrofe insuperable —se apresuró a decir—. Sí, creo que puedo alterar nuestros planes de tal manera que el esquema general no sea afectado.

Durga se inclinó hacia atrás, abriendo y cerrando sus enormes ojos color rojo cobre.

—¿Cómo?

—Los otros dos Explotadores de Mineral Automatizados ya casi están terminados. Es una pérdida realmente trágica, desde luego —dijo Lemelisk, señalando el ventanal—, pero tenemos que esperar unos cuantos tropiezos. Admito que estamos ante un caso muy claro de planificación inadecuada, pero puedo programar a las otras máquinas para que nunca se vuelva a producir un fallo de estas características.

El general Sulamar irguió los hombros y le fulminó con la mirada.

—Tiene toda la razón —dijo—. ¡Esto no volverá a ocurrir!

Lemelisk descartó su observación con un gesto de la mano, intentando mostrar una seguridad en sí mismo muy superior a la que sentía en realidad.

—Considérelos como dos prototipos de prueba —dijo—. Alfa y Beta podían ser sacrificados. Ahora sabemos en qué consiste el error.

Pero mientras tanto Lemelisk se estaba asestando feroces patadas mentales a sí mismo por haber permitido que una falta de previsión tan estúpida estuviera a punto de costarle la vida. Empezó a temblar y controló sus músculos con un terrible esfuerzo de voluntad, obligándose a permanecer inmóvil. No tenía ningún deseo de volver a ser ejecutado —eso ya había ocurrido suficientes veces—, aunque estaba convencido de que Durga el Hutt nunca podría igualar la crueldad de Palpatine.

—Prometo rectificar el problema, noble Durga —dijo mientras le hacía una reverencia—. Pero mientras yo hago eso, vos debéis concentraros en nuestro objetivo principal. Antes de que empecemos a pensar en los recursos de construcción, debemos obtener esos planos del Centro de Información Imperial y ésa ha de ser nuestra primera prioridad.

Durga gruñó, emitiendo un prolongado sonido gorgoteante.

—Usted no es quien para dictar… —empezó a decir el general Sulamar.

Durga interrumpió al siempre pomposo soldado imperial dejando caer una mano de gordos dedos sobre la pechera de su uniforme.

—Ya he hecho todos los preparativos necesarios para enviar una expedición a Coruscant, Lemelisk —dijo—. Pronto tendrás esos planos que tanto deseas.

CAPÍTULO 6

Leia Organa Solo se estaba arreglando a toda prisa, e iba y venía de un lado a otro por los lujosos aposentos de la jefe de Estado de la Nueva República en un frenético esfuerzo por estar presentable. Mientras tanto Han Solo luchaba con las presillas de su camisa y maldecía a las diminutas insignias resplandecientes que intentaba colocar sobre su elegante atuendo diplomático.

—Odio este tipo de cosas, Leia —dijo—. Te amo lo suficiente para hacer esto, pero no me gusta nada tener que vestirme de gala ni siquiera para recibir a personas que me caen bien. —Han por fin consiguió colocar las insignias y pasó la mano por la pechera de su camisa—. Y, francamente, esa especie de gusanos del barro superdesarrollados no figuran entre las personas que me caen bien.

Leia le puso la mano en el hombro.

—Pues te hago saber que esto me gusta tan poco como a ti. —Leia recordaba con toda claridad los días de encarcelamiento que le había infligido el repugnante Jabba el Hutt, cuando la había obligado a llevar un vestido humillante y a sentarse delante de él, sujeta por una cadena para que pudiera acariciarla con su enorme lengua gomosa—. No hace mucho tiempo los hutts todavía ofrecían una recompensa por nuestras cabezas, pero Durga ha hecho algunos gestos bastante prometedores. Tenemos que recibir a esa oruga obesa y escuchar lo que tenga que decir, Han: es una necesidad diplomática.

—Una necesidad diplomática… —resopló Han—. No confiaría en una de esas montañas de viscosidad ni aunque fuese el último ser vivo que quedara en el universo. Mantén un desintegrador escondido debajo de tu túnica.

Leia se inspeccionó a sí misma en el espejo multidireccional. Tenía un aspecto perfecto, y sus mejores galas la envolvían en una aureola de tranquila majestuosidad.

—Lo haré, Han, no te preocupes.

Cetrespeó entró en la habitación acompañado por los suaves zumbidos que emanaban de sus servomotores.

—Discúlpeme, ama Leia —dijo—. Creo que ya estoy preparado para esta importante reunión diplomática. He sacado brillo a todas mis planchas, he aceitado mis engranajes y he puesto al día mi programa de protocolo y etiqueta.

—Estupendo —dijo Han—. Entonces puedes ocupar mi sitio. ¿Te parece bien?

¡Amo Han! —exclamó Cetrespeó—. No creo que fuera lo más indicado. Oh, pero si…

—Está bromeando, Cetrespeó —dijo Leia, fulminando a Han con la mirada.

—Claro, Cetrespeó. Sólo bromeaba.

—Los niños desean darles las buenas noches —dijo Cetrespeó—. El ama Invierno ya está aquí y ha hecho los preparativos necesarios para contarles un cuento. —El androide extendió sus brazos dorados en el equivalente a un encogimiento de hombros mecánico—. No consigo entender por qué, pero los niños nunca parecen disfrutar cuando yo les cuento un cuento antes de que se acuesten. Lo encuentro sencillamente inexplicable, créanme.

Leia prestó muy poca atención a la letanía de quejas del androide.

—Bueno, a veces los niños son sencillamente imposibles de entender —dijo.

Los gemelos, Jacen y Jaina, ya tenían tres años y empezaban a meterse en todos los líos imaginables. El pequeño Anakin, que ya casi tenía dos años, seguía siendo muy callado y tranquilo: dormía mucho, y apenas intentaba hablar. El niño de cabellos oscuros y enormes ojos color azul hielo pasaba la mayor parte del tiempo viviendo en su mundo privado, mientras que los gemelos insistían en ser el centro de toda la atención.

—Estoy todo lo preparado que voy a estar —dijo Han, dando un último golpe de cepillo a sus cabellos castaños y dejando escapar un largo suspiro—. Sigo sin poder creer que me esté poniendo guapo para un hutt.

—Dudo mucho que el noble Durga fuera a darse cuenta de ello, señor —dijo Cetrespeó, siempre deseoso de ayudar e informar—. Verá, los hutts tienen unos patrones de belleza muy distintos a los de los humanos. De hecho, he descubierto que…

—Ahora no, Cetrespeó dijo Han, y le ofreció su brazo a Leia para escoltarla hasta la puerta.

—En algún otro momento, quizá —dijo Cetrespeó, ti se apresuró a seguirles.

Invierno estaba sentada en un sofá de la sala común con los tres niños tumbados en el suelo, y les contaba un cuento muy detallado que se había aprendido palabra por palabra.

La servidora personal de Leia la había ayudado a superar muchos momentos difíciles y había protegido a los niños durante los primeros años de sus vidas, aquellos en los que eran más vulnerables debido a su sensibilidad a la Fuerza. Invierno tenía una memoria perfecta y nunca necesitaba ningún tipo de ayudas mentales, pues era capaz de recordar palabra por palabra todo lo que había oído o leído durante su existencia. Su calma impasible y la falta de emociones que caracterizaban su comportamiento no impedían que Invierno profesara la más profunda e inconmovible lealtad a Leia y a la Nueva República.

Invierno parecía disfrutar con su papel de guardiana de los tres niños mientras Leia y Han se mantenían enormemente ocupados con los asuntos de estado. Su nueva posición le permitía seguir aconsejando a Leia en calidad de confidente más adecuada a su rango, y permanecer entre bastidores a pesar de ello.

Jacen y Jaina se levantaron de un salto y fueron corriendo a recibir a Leia y Han.

—¡Eh! —gritó Han, y rodeó a los gemelos en un abrazo de oso.

La cabellera castaña de Jacen estaba despeinada —como siempre—, y la de Jaina colgaba en impecables mechones lisos alrededor de su rostro. Anakin permaneció educadamente sentado sin armar jaleo y esperó pacientemente a que Invierno siguiera con su cuento. El pequeño se levantó cuando le tocó el turno de recibir un abrazo.

—Invierno cuidará de vosotros —dijo Leia, mirando a los niños—. Mamá y papá tienen una reunión muy importante con un hutt.

Los niños soltaron una risita. Han se volvió hacia Leia con las cejas enarcadas y vio que su rostro había adoptado la expresión ya-te-lo-había-dicho más burlona de todo su repertorio.

—Venga, Chico de Oro —le dijo a Cetrespeó—. No queremos llegar tarde a nuestra «necesidad diplomática».

Salieron de sus aposentos, y una pareja de guardias permanentemente apostados en la entrada los escoltó por el pasillo. Cetrespeó empezó a parlotear a toda velocidad mientras caminaban.

—Me estaba preguntando si el disponer de una cierta información general no le resultaría útil en las negociaciones que se dispone a llevar a cabo, ama Leia. He cargado recientemente en mis bancos de datos…

—No sabemos si va a haber alguna negociación, Cetrespeó —dijo Leia—. Los hutts son la peor pandilla de criminales de toda la galaxia. Me capturaron, y luego trataron de matarnos a todos. No creo que debamos esperar muchas delicadezas por su parte.

—Sí, sí, pero les resultaría muy útil contar con una comprensión básica de la filosofía hutt, tal como yo la interpreto según la, admito que no muy abundante, información que he conseguido encontrar —dijo Cetrespeó.

»Originalmente los hutts proceden de un sistema llamado Varl, cuya estrella sufrió alguna clase de desastre. Eso hizo que se vieran obligados a trasladarse a otro sistema planetario. Se adueñaron de todo un planeta mediante acuerdos comerciales fraudulentos, hasta que consiguieron expulsar a sus anteriores habitantes y reclamar el mundo para ellos. Lo llamaron Nal Hutta, que en su lenguaje significa “gema gloriosa”. La luna de Nal Hutta recibió el nuevo nombre de Nar Shaddaa, pero comúnmente es conocida como Luna de los Contrabandistas.

—Hemos estado allí, Cetrespeó —dijo Han, visiblemente aburrido.

—¡Oh, sí! Lo había olvidado. Bien, en cualquier caso los hutts tienen un sistema de clanes extremadamente complicado, y nadie que no pertenezca a él puede llegar a conocer el nombre familiar de ningún hutt. La consecuencia de todo ello es que el nombre del clan de Jabba sólo era conocido por sus parientes.

—Muy interesante —murmuró Han mientras doblaban la esquina e iban hacia la parte de atrás de la sala de recepciones presidencial—. Te aseguro que no consigo entender por qué los niños prefieren que sea Invierno quien les cuente los cuentos en vez de oírtelos contar a ti.

—Vaya, eso es muy amable por su parte… ¡Muchas gracias, amo Han! —exclamó Cetrespeó, sin captar en lo más mínimo la ironía de Han—. La verdad es que se sabe muy poco sobre cómo interactúan entre sí los clanes de los hutts, aunque ciertos incidentes y desastres han llevado a algunos estudiosos a especular sobre guerras de clanes internas en las que las familias hutts más fuertes aniquilan a las demás.

El guardia que había permanecido inmóvil delante de una gran puerta que daba acceso a la sala de recepciones se hizo a un lado. Leia cruzó el umbral, caminando junto a Han.

—Gracias, Cetrespeó. Eso será todo —dijo.

—Ah, pero es que tengo muchas cosas más que contarles… —siguió diciendo el androide.

—Aprende a entender las indirectas, Chico de Oro —dijo Han en un tono de voz más alto del que había empleado su esposa.

—Yo… Eh… Comprendo lo que quiere decir, amo Han —dijo Cetrespeó, y después les siguió en silencio al interior de la sala de recepciones con un suave zumbido de servomotores.

Leia se inclinó hacia su esposo y le habló en susurros mientras atravesaban la gran sala llena de ecos.

—El imperio del crimen hutt es muy poderoso, Han, y tendremos que tratarles con la máxima cortesía diplomática. Tendremos que fingir que somos corteses.

Han puso los ojos en blanco y después acercó el codo a su costado, pegando la mano de Leia a sus costillas en un gesto lleno de afecto.

—¿Fingir? —replicó—. Da la casualidad de que siempre se me ha dado muy bien fingir. Ya verás cómo te dejo impresionada.

Un nuevo grupo de escoltas los flanqueó y fue siguiendo a Han y Leia sobre las losas pulimentadas que formaban una pequeña avenida terminada en un par de sillones de aspecto realmente impresionante. A Leia nunca le había gustado mucho toda aquella exhibición de frivolidad. Parecía demasiado majestuosa, demasiado imperial… pero las apariencias eran muy importantes en los espectáculos públicos y los asuntos de estado. Los senadores y líderes militares formaban la columna vertebral del poder, pero Leia era la jefe de Estado y presidía el Senado. Era el rostro visible de todas las decisiones tomadas en nombre del gobierno, y eso la obligaba a interpretar su papel con gracia y carisma.

Leia había tenido algunas dificultades con ciertos miembros del consejo, especialmente con aquellos que deseaban que pasara todo su mandato sin moverse de su mundo y que no se aventurase a visitar los diversos planetas esparcidos por toda la galaxia que habían expresado algún interés por unirse a la Nueva República. Pero ésa no era su manera de hacer las cosas, y Leia lo haría todo a su manera.

Se sentó en el sillón de la jefe de Estado y trató de poner algo de orden en sus pensamientos. Han se removió nerviosamente junto a ella, cruzando y descruzando los brazos sobre la pechera de su camisa primero y tensando las manos sobre las tallas de los brazos del sillón después. Ya parecía profundamente aburrido.

Una fanfarria electrónica resonó fuera de la cámara. Las puertas del otro extremo se abrieron con un gemido bajo el tirón de varios androides de servicio, unos mecanismos muy sencillos que se reducían a torsos cuadrados que sostenían gruesas piernas y brazos especialmente concebidos para llevar a cabo trabajos pesados.

Cuando las puertas se abrieron y el séquito de Durga entró en la sala de recepciones, Leia vio que el señor del crimen hutt también conocía el valor del espectáculo.

La gigantesca criatura, que parecía un enorme gusano hinchado, estaba reclinada sobre una gran plataforma que flotaba por encima del suelo mediante un colchón de haces repulsores. Pero Durga avanzaba gracias a los esfuerzos de una cuadrilla de esclavos gamorreanos conectados a la plataforma flotante por cordoncillos de terciopelo rojo. Los guardias de aspecto porcino mantenían sus ojillos entrecerrados y clavados en las losas del suelo. Gotitas de humedad cayeron sobre el suelo, ya fuese porque los gamorreanos estaban transpirando abundantemente o simplemente porque babeaban.

Unos lagartos que desempeñaban la función de sirvientes entraron en la cámara de audiencias precediendo a los guardias gamorreanos. Iban tan inclinados hacia adelante que sus cabezas triangulares casi rozaban el suelo mientras se llevaban a los labios sintetizadores de música electrónica y siseaban en los receptores vocales. Después el ordenador procesaba y transmitía los ruidos bajo la forma de una magnífica música de recepción diplomática.

Durga el Hutt se irguió sobre su plataforma, como si pretendiera subrayar todavía más su importancia. Durga parecía estar todavía más gordo que Jabba, suponiendo que eso fuera posible. Su cabeza era un enorme montículo de carne viscosa que se iba agrandando a medida que se aproximaba al cuerpo y estaba medio cubierta por alguna clase de marca de nacimiento, como si alguien le hubiera arrojado un chorro de tinta verde a la cara. Sus enormes ojos redondos hacían pensar en dos frutas medio podridas. Sus manos, diminutas e infantiles, parecían fuera de lugar en su cuerpo hinchado.

Pero lo que hizo que Leia contuviera la respiración fue la presencia de las docenas y docenas de criaturas peludas que se agitaban sobre Durga y su séquito como un enjambre de grandes piojos simiescos. Las criaturas tenían más o menos la longitud del antebrazo de Leia, estaban cubiertas de un espeso pelaje gris amarronado y poseían unos ojos muy grandes y llenos de curiosidad. Cada una tenía cuatro brazos muy esbeltos y ágiles que terminaban en dedos de gran destreza. Las dos piernas parecían lo bastante flexibles para poder ser usadas como un tercer par de brazos y manos en caso de que surgiera la necesidad. Las criaturas cambiaban de postura continuamente, igual que parásitos muy nerviosos, y no paraban de abrir y cerrar sus ojos y mirar en todas direcciones como si estuvieran dominadas por un voraz anhelo de acumular información.

Cetrespeó dio un paso hacia adelante y empezó a pronunciar su discurso preprogramado.

—La Nueva República saluda al poderoso Durga —dijo, pero su personalidad básica enseguida emergió a la superficie—. Y, si se me permite preguntarlo, ¿qué son esas criaturas… peludas que le acompañan?

—¿Acaso permitís que un androide de protocolo hable en vuestro nombre? —preguntó Durga con su profunda voz de bajo.

—Nos gustaría que su pregunta fuera respondida —dijo Leia—. Soy Leia Organa Solo, la jefe de Estado.

—Antes que nada, debo presentar mis disculpas por las… infortunadas relaciones que habéis tenido con los hutts en el pasado —dijo Durga—. Somos unas criaturas muy longevas, por lo que se ha sabido de casos en los que mi pueblo ha mantenido vivo durante mucho tiempo el recuerdo de los agravios sufridos.

—¿Sí? Bueno, Jabba no vivió tanto tiempo —murmuró Han.

Leia movió una mano para pedirle que guardara silencio.

—Los tiempos cambian —siguió diciendo Durga, juntando sus manecitas delante de él—. A muchos de los miembros de mi clan les preocupa que deba hablar con la jefe de Estado de la Nueva República, pero esto significa mucho para mí. Estoy dispuesto a permitir que los asuntos del pasado se desvanezcan y pasen a ser meras sombras en pro de la mejora y el beneficio de nuestras situaciones. Agradecería que pudierais hacer lo mismo, al menos en bien de estas conversaciones.

Leia asintió, altiva y distante.

—Estoy de acuerdo por el momento —dijo—, pero todavía no has respondido a la pregunta de mi androide. A mí también me interesan tus peludos acompañantes. Nunca habíamos visto unas criaturas parecidas.

—Ah, os ruego que me disculpéis —dijo Durga—. Estos seres son los taurills, criaturas seminteligentes, diligentes trabajadores y muy buenas mascotas. Superaron todos los exámenes de cuarentena cuando llegaron a Coruscant. Son insaciablemente curiosos, y les encantaría poder explorar. No pretenden hacer ningún daño.

Leia utilizó una técnica que le había enseñado Luke cuando intentaba convencerla de que por lo menos debería aprender a usar su sensibilidad para la Fuerza en los asuntos diplomáticos aunque no tuviera intención de someterse al adiestramiento completo de los Caballeros Jedi. Se trataba de una capacidad que Leia no podía permitirse el lujo de ignorar, y mientras permanecía inmóvil y con el rostro lleno de calma su mente empezó a trabajar velozmente, tratando de percibir el auténtico propósito oculto detrás de la misión de Durga.

Detectó reacciones distantes procedentes de los guardias gamorreanos, que no sabían prácticamente nada sobre su situación. Los taurills eran una masa borrosa y confusa de tenues impresiones… pero Durga el Hutt siguió siendo como una pared desnuda para ella. O su mente era lo bastante poderosa para resistir al sondeo de Leia, o quizá los hutts contaban con una protección genética, porque se acordó de que Luke tampoco había podido leer la mente de Jabba el Hutt o manipularla.

—Si mis mascotas hacen que os sintáis incómodos —dijo Durga en un tono conciliador—, no me importará en lo más mínimo apartarlas de mi persona.

Dio una palmada y los taurills se dispersaron, bajando de su plataforma y saltando a los hombros de los guardias gamorreanos. Leia supuso que debía de haber como mínimo un centenar de aquellas criaturitas que se movían frenéticamente de un lado a otro. Los taurills se esparcieron por las losas del suelo para examinar alcobas, estandartes planetarios y objetos de arte. Uno de ellos fue corriendo hasta Cetrespeó y se puso a estudiarlo, y el androide dorado intentó apartarlo.

—Durga, debo insistir en que controles… empezó a decir Leía.

—No les prestéis ninguna atención —dijo Durga en voz alta e imperiosa—. No causarán ningún daño. Y ahora, vayamos al motivo de mi visita.

Han, sentado junto a Leia, recorrió nerviosamente la sala con la mirada mientras los taurills iban de un lado a otro, husmeando en los rincones y metiéndose detrás de los asientos.

Leia se vio obligada a recuperar su compostura para poder superar las astutas maquinaciones del señor del crimen hutt. Creía saber lo que estaba intentando conseguir Durga con todo aquello: quería ponerles nerviosos, y distraerla para obtener algo de ella… pero Leia no estaba dispuesta a permitir que la manipulase. Adoptó una expresión de pétrea impasibilidad y fingió que aquellas criaturas tan molestas no estaban allí, sabiendo que eso irritaría a Durga.

—Sí, Durga —dijo—. Estoy muy interesada en saber algo más sobre la misión que te ha traído a Coruscant. ¿Qué trae a un señor del crimen hutt a una audiencia con el legítimo gobierno de la Nueva República?

Durga extendió los brazos hacia los lados.

—Señora Presidenta, vuestras palabras me hieren. No empecemos estas conversaciones con definiciones de lo que son los señores del crimen y lo que es el legítimo gobierno. Todos estamos intentando hacer lo que más nos conviene y beneficia. El kajidic hutt, el sistema comercial de clanes que mis hermanos y yo hemos establecido, abarca muchos mundos… y me atrevería a decir que una fracción bastante significativa de vuestra Nueva República.

»Los hutts no quieren la guerra, ni comercial ni librada con las armas, y tampoco creo que vuestro joven gobierno pueda permitirse una contienda prolongada. A diferencia del Imperio, los hutts disponemos de una red invisible de influencias y relaciones en lugares que no podéis ni imaginar. Todo eso supone mucho más que una simple guarnición militar a la que podáis atacar. —El hutt abrió y cerró sus pesados párpados—. Sin embargo, no he venido aquí para amenazar, sino para hacer una oferta de paz. Aunque os habéis referido a nuestras actividades empleando las palabras «un imperio criminal», estoy aquí para ofrecer un final a toda esa hostilidad tan desagradable.

»Nuestra solución, la más sencilla de todas, es la legitimidad. Propongo que los hutts formen una alianza con la Nueva República, y que se conviertan en socios comerciales suyos. Si legalizáis nuestras actividades, entonces ya no somos un imperio criminal y pasamos a ser una empresa respetada y legal. ¿Acaso no es verdad? —preguntó, señalando el techo como si quisiera indicar hasta dónde llegaban sus esperanzas.

»Los hutts sólo podremos proseguir nuestras actividades si ya no hay ninguna necesidad de actuar en secreto y con las máximas medidas de seguridad posibles, y eso nos permitiría incrementar enormemente nuestros beneficios. Pagaríamos las tasas y tarifas adecuadas, y la Nueva República también se fortalecería como resultado de ello. Entonces podríais dirigir vuestras defensas contra vuestros verdaderos enemigos, en vez de contra simples competidores comerciales como nosotros.

—¿Y ésa es la única razón? —preguntó Leia, intentando evitar que el escepticismo que sentía resultara perceptible en su voz. Los taurills seguían con su incansable hurgar, husmear e investigar, pero Leia mantuvo la mirada clavada en Durga.

—Los hutts tenemos nuestro orgullo —respondió Durga—. Lo que más deseamos en estos momentos es llegar a ser auténticos comerciantes respetables, en vez de poderosos forajidos como somos en la actualidad.

—Comprendo —dijo Leia.

Utilizó la máscara de su adiestramiento diplomático para sonreír, pero mientras lo hacía se juró a sí misma que todas las estrellas de la galaxia se consumirían hasta convertirse en frías cenizas antes de que ella se aliara con los hutts.

Y en aquel momento uno de los guardias de honor de la Nueva República, que había estado haciendo valientes esfuerzos para permanecer inmóvil durante las negociaciones, intentó quitarse de encima a dos taurills que habían empezado a trepar por su cuerpo como si fueran arañas mamíferas. Los taurills siguieron subiendo por el uniforme del guardia a pesar de que éste les lanzó un manotazo para ahuyentarlos. El guardia agitó su rifle desintegrador ceremonial, tratando de librarse de los animales.

Un taurill se agarró al arma como si fuese la rama de un árbol y se deslizó hasta el final del cañón. El otro taurill trepó por el antebrazo del guardia y llegó al botón de disparo del desintegrador, y accidentalmente —aunque Leia tuvo la extraña impresión de que la acción podría haber sido intencionada— presionó el botón de disparo. El rifle lanzó un haz de energía desintegradora, convirtiendo al infortunado taurill que se había instalado al final del cañón en una bola llameante de pelos calcinados.

La enorme boca de Durga se abrió tan repentinamente como una trampilla. Los otros taurills empezaron a chillar, súbitamente dominados por el pánico. El guardia bajó la mirada hacia su rifle desintegrador y lo contempló con consternación.

—¡Ha sido sin querer! —exclamó.

Los cien taurills que se habían dispersado por la cámara de recepciones huyeron en todas direcciones con una ensordecedora salva de chillidos de terror, lanzándose hacia la puerta y los conductos de ventilación o escondiéndose detrás de los sillones y en cualquier rincón oscuro.

—¡No dejéis que escapen! —aulló Durga—. Son mis mascotas, y me disgustaría enormemente perder a alguna de ellas.

El hutt clavó los ojos en el pobre guardia de la Nueva República, lanzándole una mirada tan enfurecida como si quisiera echárselo de alimento a los rancors.

Los guardias de honor rompieron instantáneamente su formación y empezaron a correr de un lado a otro para capturar a las mascotas de muchos brazos. Los gamorreanos corrían en círculos y hacían entrechocar sus colmillos, dejando muy claro con su actitud que no habían entendido lo que acababa de ocurrir. Cetrespeó agitó sus brazos dorados y echó a correr en pos de varias criaturas.

Leia solicitó más ayuda, pero sabía que los vastos corredores llenos de ecos del enorme palacio imperial ofrecían todo un infinito de lugares donde podían esconderse los taurills.

Han se recostó en su sillón con una sarcástica sonrisa torcida en los labios.

—Ya te dije que no deberíamos habernos molestado en ponernos tan elegantes —murmuró.

* * *

La confusión general permitió que tres taurills llegaran a su destino sin ninguna dificultad. Las ágiles criaturas serpentearon por los conductos de ventilación, se deslizaron entre muros y a lo largo de cañerías y descendieron a las profundidades del antiguo palacio imperial hasta llegar a las cámaras secretas blindadas abiertas en los niveles inferiores del lecho rocoso.

Los tres taurills habían llegado al Centro de Información Imperial.

Los taurills formaban una mente colectiva, un solo organismo con miles y miles de cuerpos que compartían una consciencia igualmente colectiva. Cada una de las criaturas era un mero conjunto de ojos, orejas y manos que existía únicamente para obedecer las órdenes de la Mente Superior que controlaba a todos sus miembros.

Durga había descubierto a los taurills en el Borde Exterior y había pagado un precio bastante elevado a cambio de información sobre cómo explotar a la dispersa mente colectiva. Después Durga había hecho ejecutar lo más discretamente posible al único explorador y xenobiólogo que había descubierto el secreto de los taurills. Esa ejecución había hecho que Durga fuese el único que sabía de qué eran capaces aquellas graciosas criaturas peludas.

Había hecho un pacto con los taurills, prometiendo enormes riquezas y poder a la Mente Superior… pero en realidad la Mente Superior sólo quería desplegarse por todos los confines de la galaxia, dispersando a sus miembros en distintos sistemas estelares para así poder crecer. Durga aceptó encantado su parte del acuerdo.

Y así, mientras docenas de taurills permanecían en la sala de recepciones diplomáticas creando una diversión y ofreciendo un espectáculo de confusión y miedo impecablemente inocentes, aquellos tres comandos taurills se introdujeron en el complejo secreto de ordenadores y bases de datos compilados por el mismísimo Emperador Palpatine.

La habitación olía a metal, estaba fría y había sido minuciosamente esterilizada. Las puertas estaban protegidas por androides asesinos fuertemente armados. Descifradores mecánicos permanecían encorvados sobre las terminales de información, conectados a ellas y totalmente concentrados en su trabajo.

Los taurills surgieron de diminutas aberturas de acceso, encogiéndose hasta conseguir que sus cuerpos se volvieran lo suficientemente pequeños para poder pasar por ellas. Después corretearon sobre sus ágiles patas a través de las frías planchas del suelo,

balanceando sus cuatro brazos hasta que los tres hubieron llegado a otras tantas terminales de acceso independientes.

Los taurills treparon por las unidades y empezaron a trabajar en los distintos puestos de control, tecleando oscuros menús de funciones y encontrando la información que necesitaban obtener. El sistema estaba muy bien protegido y resguardado mediante numerosas claves y contraseñas, pero los taurills introdujeron las frases y códigos especiales que habían sido obtenidos de los depósitos de información secreta de Jabba. Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, los taurills ya habían logrado abrirse paso a través de las barreras protectoras.

Uno de ellos insertó un pequeño cilindro de información y empezó a cargar los valiosos planos en él. Los datos entraron a enormes velocidades en el diminuto recipiente compacto. La misión de los taurills quedó completada en cuestión de segundos.

Los taurills extrajeron su cilindro de datos, y los tres comandos peludos volvieron rápidamente a las aberturas de acceso, moviéndose como un solo ser.

La Mente Superior sabía con toda exactitud lo que se había hecho, y transmitió aquella información a Durga a través de uno de los cuerpos de los taurills vueltos a capturar y ya calmados de la sala de recepciones.

Durga acarició a la criatura y dejó escapar un atronador gruñido de placer.

Leia se sostenía la cabeza con las manos en la cámara de recepciones, preguntándose cómo podía evitar que aquel incidente se convirtiera en una catástrofe diplomática… pero también intentando contener la risa. Que la dignidad de Durga hubiera sido ofendida no era algo que la preocupase especialmente.

Uno de los sirvientes reptilianos volvió a lanzar un canturreo por su sintetizador musical, haciendo brotar de él una delicada pero potente nota musical que hizo vibrar los dientes de Leia. Pero el estallido de sonido pareció servir como una llamada para los taurills. Las criaturas corrieron hacia la música, ronroneando y chillando como si estuvieran siendo arrastradas por correas invisibles. Los taurills fueron hacia la plataforma de Durga, docenas y docenas de ágiles animalitos que surgieron de sus escondites como una plaga de alimañas.

—Si había un remedio tan sencillo, ¿por qué Durga no se ha limitado a usar esa llamada musical en el primer momento? —se preguntó Leia en voz alta.

Los gamorreanos empezaron a contar a los taurills a medida que iban llegando, pero los estúpidos guardias porcinos perdieron la cuenta numerosas veces hasta que Cetrespeó intervino para ayudarles. El androide fue señalando rápidamente a cada una de las peludas criaturas que había que contar.

—Noventa y siete, noble Durga —dijo después—. Ése es mi recuento de los taurills.

El hutt soltó un gruñido.

—Vine aquí con noventa y ocho y vuestro hombre ha ejecutado a uno de ellos, por lo que creo que no falta ninguno. —Volvió a fulminar con la mirada al nervioso guardia de honor—. Señora Presidenta, tal vez desee tomar en consideración la posibilidad de asignar otra función a ese escolta tan amante de apretar el gatillo y tan propenso a cometer actos que pueden perturbar muy aparatosamente una delicada negociación diplomática.

—Pensaré en ello, Durga —respondió Leia—. Pero por tu parte, tal vez deberías meditar en si no sería conveniente dejar a tus incontrolables mascotas en casa si planeas entablar «delicadas negociaciones diplomáticas». Y si tienes que traerlas contigo, quizá deberías mantenerlas rígidamente controladas cuando se encuentren cerca de armas peligrosas.

Durga se irguió como si se sintiera muy ofendido, y después dejó escapar una ruidosa carcajada directamente surgida de su enorme estómago.

—Me gustas, Leia Organa Solo. Me alegra saber que voy a tratar con una mujer fuerte y decidida que no se asusta por cualquier cosa. Deseo continuar estas negociaciones en algún momento futuro. Permíteme que te invite a visitar Nal Hutta cuando te resulte más conveniente, y que te diga que me encantaría recibirte allí.

Leia asintió con una inclinación de cabeza que no la comprometía a nada.

—Pensaré en ello, Durga —dijo—, si mis múltiples obligaciones me lo permiten.

Durga le hizo una reverencia desde lo alto de su plataforma repulsora y se despidió de todos.

Los guardias gamorreanos hicieron girar la plataforma y tiraron de sus cordoncillos de terciopelo rojo, remolcando la plancha flotante hasta sacarla al pasillo. Los androides de servicio rechinaron y crujieron mientras cerraban las pesadas puertas.

Leia se dejó caer sobre el respaldo de su sillón, y sólo entonces se dio cuenta de que estaba sudando profusamente. Han le dio unas palmaditas en la mano.

—Sí, creo que realmente deberíamos pasar más tiempo con los hutts ——dijo—. Parecen una especie tan agradable… Y ahora, ¿qué me dirías de ir a comer algo?

YAVIN 4

CAPÍTULO 7

Calista estaba sola en la jungla mientras la noche iba cayendo sobre Yavin 4. Un pálido resplandor procedente del gigante gaseoso que se iba poniendo rápidamente manchaba el cielo cerca del horizonte. Los árboles massassi se alzaban hasta alcanzar grandes alturas, desplegando sus siluetas de muchas ramas sobre el telón de fondo del púrpura que se ennegrecía poco a poco. Las estrellas no tardaron en hacerse visibles, lucecitas que parpadeaban encima de una capa de negrura.

No se había alejado mucho del Gran Templo en el que Luke Skywalker había fundado su Academia Jedi. La pirámide de varios niveles llevaba miles de años en pie, y se elevaba hacia el cielo como un recortable negro de líneas angulosas rodeado por la oscuridad crepuscular.

Calista estaba sentada en el suelo, con sus largas piernas cruzadas delante de una hoguera hecha con las ramas secas que había ido reuniendo, concentrándose y sin permitirse ninguna distracción. Su cabellera rubia estaba despeinada y revuelta por el viento, pero sus ojos grises permanecían clavados en las llamas. El calor se iba difundiendo en oleadas, suaves pero insistentes, que hacían retroceder el húmedo frescor que se extendía por las planicies.

Calista clavó la mirada en las llamas y empujó, pero no sintió nada, ni siquiera un destello de sus antiguas capacidades. Lenguas de fuego delicadas como plumas lamían los troncos, tiñendo la corteza con un suave resplandor anaranjado. Chispas diminutas salían disparadas al aire para moverse en veloces espirales, como cazas estelares envueltos en una luminosa incandescencia que se perdieran en la nada. Calista torció el gesto y se esforzó un poco más, intentando tocar las llamas y mover las ascuas con su mente.

Pero no ocurrió nada. Calista no sintió ninguna comunión con el fuego.

Los otros estudiantes Jedi de Luke podían hacer bailar las llamas, apartándolas del fuego como láminas flexibles para crear rostros e imágenes, retorciéndolas hasta formar trenzas. Era uno de los ejercicios Jedi más sencillos. Calista había aprendido cómo hacerlo muchos años antes, y por aquel entonces ni siquiera había necesitado concentrarse. Pero por mucho que lo intentara en aquel momento, las llamas se negaban a responder. Sus poderes Jedi la habían abandonado.

Se puso en pie con un largo suspiro de frustración y separó los troncos a patadas para que la hoguera fuese muriendo poco a poco. Un chorro de chispas salió disparado hacia el cielo, como si una nueva batalla espacial acabara de estallar en el vacío, y las ascuas lucharon para mantener su brillo.

Calista volvió a la gran pirámide de piedra, caminando con paso lento y cansino y preguntándose cuándo regresaría Luke. El fuego emitió un último crujido detrás de ella y murió, apagándose con un último destello que no tardó en extinguirse.

Calista se estaba preparando para acostarse cuando respondió a una llamada a su puerta, y se sorprendió al ver a Tionne, otra Jedi, inmóvil en el pasillo.

—He encontrado algo en los archivos —dijo Tionne, con sus ojos color madreperla abriéndose y cerrándose rápidamente en su rostro lleno de nerviosa impaciencia. Tenía las facciones esbeltas y angulosas, el mentón puntiagudo, los pómulos bastante marcados y unos ojos muy grandes, y todo ello estaba rodeado por una larga cabellera plateada que le daba la apariencia etérea de un elfo—. No es gran cosa, pero pensé que te gustaría saberlo.

Su voz poseía una delicada cualidad musical, y no tenía nada de sorprendente que a Tionne le gustara mucho cantar, acompañándose con un instrumento de cuerda que ella misma había diseñado y construido.

Tionne no era una de las estudiantes más poderosas de Luke, pero había demostrado ser su ayudante más capaz y una de las mejores maestras de la Academia Jedi. Siempre se había sentido fascinada por las leyendas y tradiciones de los Jedi, y había compilado una gran historia de las mil generaciones de Caballeros Jedi que habían servido a la Antigua República.

—Entra —dijo Calista, invitándola a pasar con un gesto de la mano—. ¿De qué se trata?

Tionne enarcó sus cejas, tan rubias que eran casi blancas.

—Quizá te gustará saber que por lo menos no estás sola… No en la historia, en cualquier caso.

Calista se irguió y la miró con más atención.

—¿Otros Jedi han perdido sus poderes antes?

—Sí, hubo otro.

Tionne se sentó sobre las mantas arrugadas del catre en el que dormía Calista, y sus misteriosos ojos de un color perlino se abrieron un poco más. No había nada que le gustase más que contar las leyendas Jedi que tan bien conocía y tanto amaba.

—Se llamaba Ulic Qel-Droma, y era un gran señor de la guerra que combatió en la Guerra del Sith, luchando en el lado del mal junto con Exar Kun. Traicionó a Kun y llevó a los Caballeros Jedi hasta este lugar, donde aprisionaron al espíritu de Kun en los templos y devastaron toda la luna. Pero al volverse hacia el lado oscuro Ulic Qel-Droma se condenó a sí mismo para siempre, y fue despojado de sus capacidades para usar la Fuerza en una última confrontación.

—Pero ¿cómo? —preguntó Calista—. La Fuerza está en todas las cosas. ¿Cómo es posible que un Caballero Jedi prive a otro de la capacidad de utilizarla?

—Ulic no fue privado de nada —replicó Tionne—. Se podría decir que se le colocó una venda que le impedía ver la Fuerza. Ulic ya no tenía acceso a ella.

—Pero ¿cómo se me puede haber llegado a imponer esa especie de ceguera? —preguntó Calista—. ¿Fue meramente una consecuencia de que mi espíritu entrara en otro cuerpo?

—El cuerpo de Cray —dijo Tionne, y sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

Calista se acordó de que la Jedi de los cabellos plateados había conocido muy bien a Cray y de que había estudiado con ella en el pasado… y de repente el espíritu de Calista habitaba el mismo cuerpo, mientras que Cray había muerto en una misión suicida contra el Ojo de Palpatine.

—No puedo explicarlo —siguió diciendo Tionne con un encogimiento de hombros—. Lo único que puedo decirte es lo que he descubierto. Cada pequeño fragmento de información nos permite avanzar un poco más hacia la solución final. Algún día… —y Tionne puso sus largos y delicados dedos sobre el antebrazo de Calista— encontraremos la respuesta.

Calista asintió y se puso en pie para acompañar a Tionne hasta la puerta. El Gran Templo había quedado sumido en el silencio con la llegada del anochecer, y los otros estudiantes Jedi estaban durmiendo o meditando en sus habitaciones. El pequeño androide astromecánico Erredós avanzaba lentamente sobre las losas del pasillo, pareciendo perdido sin Luke Skywalker.

Calista se juró que seguiría intentándolo y que seguiría buscando. Tenía que haber alguna manera. Había esperado durante mucho tiempo dentro del ordenador y por fin había encontrado el amor de su vida en la persona de Luke, y haría cuanto estuviese en sus manos para no perderlo. Pero no podría ser parte de él, tal como una auténtica Jedi podía llegar a ser parte de un auténtico Jedi, hasta que recuperase su capacidad para usar la Fuerza. Hasta que llegara ese momento, Calista no podría dárselo todo.

Habían dispuesto de muy poco tiempo para estar juntos antes de ser bruscamente separados y la separación les había dejado a solas con su pérdida, para que cada uno mirase a los ojos del otro soportando la presencia de una barrera invisible interpuesta entre ellos que ninguno de los dos podía atravesar.

Calista tragó saliva, pero su garganta siguió estando reseca. A pesar de todas sus reservas, ardía en deseos de que Luke Skywalker volviera a estar junto a ella.

Cuando Luke regresó varios días más tarde, Calista supo al instante que no había tenido éxito en su búsqueda. No podía leer su mente de la manera en que antes había podido captar emociones gracias a su potencial Jedi, pero su expresión abatida y su manera de moverse le indicaron con toda claridad que no había encontrado las respuestas que buscaba.

Fue a recibir a Luke a la pista de descenso que se extendía delante de la pirámide. Los otros estudiantes fueron apareciendo uno a uno para dar la bienvenida al hogar a su Maestro Jedi. Calista corrió hacia él. Luke fue rápidamente hacia ella, encantado de verla. La rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho, pero no dijo nada.

Calista le besó y después le habló en susurros con los labios pegados a su oreja.

—¿El general Kenobi no respondió a tu llamada? —preguntó.

Luke la miró con cara de incomprensión, abriendo y cerrando sus ojos azul hielo, y después sonrió.

—Siempre se me olvida que llevas tanto tiempo siendo una Jedi que conociste a Obi-Wan cuando era un joven líder militar. —Luego desvió la mirada—. No, no respondió a mi llamada… Pero eso no significa nada —se apresuró a decir, como si quisiera tranquilizarla—. Voy a seguir intentándolo… y tú también.

—Puedes apostar a que lo haré —asintió Calista—. Haría cualquier cosa para que pudiéramos estar juntos.

—Yo también —dijo Luke—. Si al menos supiera qué he de hacer…

—Vamos a saludar a los demás. —Calista deslizó un brazo alrededor de su cintura. Luke le devolvió el gesto, y los dos fueron hacia el templo—. Siento que no encontraras la respuesta —siguió diciendo Calista—, pero el tenerte de vuelta aquí ya basta para hacer que me sienta muy feliz.

—Al menos eso sí puedo dártelo —dijo Luke—, pero espero que podamos tener más… muchísimo más.

—Lo tendremos —murmuró Calista.

CAPÍTULO 8

Un diluvio de agua caliente caía sobre la jungla y repiqueteaba en las relucientes hojas de la vegetación. El Maestro Skywalker lo ignoró, o lo aceptó, mientras guiaba a su grupo de estudiantes a lo largo de los senderos empapados que atravesaban la espesura en los alrededores del Gran Templo. Gotitas de agua que parecían brillar bailoteaban sobre sus túnicas Jedi.

Kyp Durron alzó la mirada hacia los retazos de cielo de un color gris plomo que se podían divisar por entre las copas de los enormes árboles. La lluvia acarició su rostro con dedos perlinos que fueron resiguiendo los contornos de su mentón y se deslizaron por el hueco de su garganta. Otros podrían haber considerado que la oscuridad y la tormenta eran un mal presagio, pero la lluvia traía vida a la luna de las junglas, y Kyp consideraba que suponía un cambio beneficioso después de tanto calor húmedo.

Cilghal, la Jedi de Mon Calamari, caminaba directamente detrás del Maestro Skywalker. Los pliegues de su túnica color azul océano ondulaban a su alrededor, ya empapados, aunque parecía como si la tela hubiera sido concebida para estar siempre mojada. Su piel color rosa salmón relucía y la calamariana abría y cerraba sus grandes ojos de pez, acogiendo la lluvia con visible satisfacción.

Kyp caminaba al lado de Dorsk 81, el clon alienígena cuya lisa piel aceitunada y rasgos redondeados le daban un aspecto curiosamente suavizado, como si un proceso inexplicable hubiera borrado todos sus ángulos y contornos afilados. Dorsk 81 tenía la piel de un delicado color verde claro, grandes ojos amarillos y un rostro franco e inocente. El clon alienígena llevaba mucho tiempo tratando de adquirir un poco de seguridad y confianza en sí mismo, y había tenido que luchar con generaciones de predecesores de su línea que eran absolutamente idénticos y carecían de todo talento. Durante el último año Kyp y Dorsk 81 se habían hecho muy amigos. Tenían personalidades totalmente opuestas y eso podría haber hecho que se llevaran mal, pero cada uno llenaba de alguna manera inexplicable los huecos del otro.

El Maestro Skywalker guió al grupo de estudiantes por entre las silenciosas masas de maleza, llevándolos a los lugares en los que incluso las aves y los insectos estaban callados y se escondían debajo de gruesas hojas para protegerse del aguacero.

Acabaron llegando a la orilla de un gran río que se abría paso a través de la jungla, una ancha cinta de agua verdosa que hervía de vida. La corriente fluía muy deprisa, y miles de pequeños alfilerazos puntuaban su superficie al ser golpeada por la lluvia.

Kyp miró más allá del río y a través de la lluvia, y pudo ver las ruinas de otro templo massassi, la enorme masa medio desmoronada del Templo del Cúmulo de la Hoja Azul. La gran estación generadora instalada cerca de él zumbaba y despedía nubes de vapor bajo el diluvio de aquel atardecer.

El Maestro Skywalker se detuvo en la orilla. Sus pies se hundieron levemente en el barro y extendió las manos junto a los costados como si estuviera dibujando líneas de Fuerza desde debajo de la superficie. Luke Skywalker se quitó el capuchón con un

encogimiento de hombros. Su cabellera de un color castaño muy claro se había oscurecido debido a la lluvia, y los mechones empapados estaban pegados al cráneo. Gotas de lluvia centellearon sobre sus mejillas cuando se volvió hacia los estudiantes Jedi.

—Me complace poder conmemorar este nuevo cambio —dijo—. El río fluye, al igual que lo hace la Fuerza, que nunca termina y siempre está en movimiento… Os traje a Yavin 4 para iniciar vuestra instrucción. Ahora lo único que puedo hacer es colocaros en el comienzo del camino del lado de la luz y abrir vuestras mentes a las posibilidades de la Fuerza. Todos tendréis que completar vuestro adiestramiento por vuestra cuenta. Cada uno de vosotros debe decidir cuándo ha llegado ese momento.

»La Nueva República necesita Caballeros Jedi para que difundan la paz y la estabilidad, por lo que no podemos permanecer indefinidamente en nuestra cómoda Academia Jedi. —El Maestro Skywalker contempló a los empapados candidatos y después bajó la mirada hacia su túnica, que también estaba empapada—. Bueno, puede que no siempre sea muy cómoda… —añadió.

Los estudiantes Jedi rieron en voz baja.

Kyp se sintió repentinamente nervioso. Llevaba mucho tiempo esperando con impaciencia el momento de su graduación, pero de repente se sentía como si estuviera poniendo fin a una de las épocas más importantes de su vida… aunque eso significara que estaba a punto de iniciar una fase todavía más crucial o emocionante.

—Tres estudiantes han decidido marcharse del *praxeum*, la Academia Jedi en la que aprendemos a actuar y vamos descubriendo los misterios de la Fuerza.

Kyp y Dorsk 81 avanzaron para detenerse junto a Cilghal, y se volvieron hasta quedar de cara a los otros estudiantes Jedi. Cilghal alzó la cabeza hacia el cielo, permitiendo que la lluvia chorrease sobre su cara.

—Han aprendido todas y cada una de las lecciones que he preparado para ellos —dijo Luke Skywalker—. Han construido sus espadas de luz y han completado su adiestramiento.

Cilghal sacó la empuñadura de su espada de luz de su túnica azul océano. Su arma era una delicada protuberancia plateada con sutiles protuberancias e indentaciones, como si fuese algo que hubiera crecido orgánicamente, y tenía un aspecto general muy parecido al de los colosales cruceros estelares de Mon Calamari. Kyp y Dorsk 81 también empuñaron sus espadas de luz, y los tres graduados activaron sus armas al unísono. El vapor siseó a su alrededor cuando las gotas de lluvia se evaporaron con un estridente chasquido al caer sobre las hojas resplandecientes.

—Los tres debéis partir y convertiros en guardianes de la galaxia, protectores de la Nueva República —dijo el Maestro Skywalker—. Debéis enfrentaros al lado oscuro y combatirlo en todas sus manifestaciones. Ahora sois Caballeros Jedi.

Cilghal clavó sus redondos ojos de pez en la hoja que zumbaba delante de ella.

—Volveré a mi mundo natal, donde desempeñaré la doble función de embajadora y protectora Jedi. Los habitantes de Mon Calamari son una raza inteligente e industriosa. Podemos aportar nuestros recursos a la mejora de la estabilidad de la Nueva República.

Dorsk 81 abrió y cerró sus ojos amarillos y lanzó una mirada llena de nerviosismo a Kyp, quien le animó a hablar con una casi imperceptible inclinación de cabeza.

—Yo también deseo volver a mi planeta natal —dijo el clon alienígena—. Volveré a Khomm, donde nuestra sociedad ha permanecido inmutable durante siglos. Mostrarles que he cambiado, que me he convertido en un Caballero Jedi, supondrá toda una conmoción para ellos. —Los delgados labios que enmarcaban la rendija de su boca se curvaron hacia arriba en una leve sonrisa—. Creo que necesitan que alguien vuelva a despertarlos.

Después el Maestro Skywalker miró a Kyp, quien se irguió hasta parecer tan alto como Dorsk 81.

—De momento iré con él —dijo—. Su mundo natal se encuentra muy cerca del centro de la galaxia, y está a muy poca distancia de los Sistemas del Núcleo. Me preocupa mucho que el Imperio haya estado tan poco activo durante los dos últimos años. Oh, claro, hemos tenido que enfrentarnos a la almirante renegada Daala y al Ojo de Palpatine…

El Maestro Skywalker torció el gesto de una manera casi imperceptible y volvió la mirada hacia Calista, que seguía irradiando afecto hacia él aunque estaba empapada y un poco harta de soportar el molesto aguacero.

—Pero sigo pensando que los señores de la guerra deben de estar planeando algo —dijo Kyp—. No puedo imaginarme ningún servicio más grande a la Nueva República que el averiguar lo que está ocurriendo. Me infiltraré en esos sistemas y espiaré al Imperio.

Kyp miró a los demás y vio inquietud o firme determinación. Tionne asintió apaciblemente. Kam Solusar, el Jedi duro e implacable, permanecía inmóvil bajo la lluvia y ni siquiera parpadeaba, como si nada pudiera afectarle. Kirana Ti, la guerrera de Dathomir, se alzaba orgullosa y segura de sí misma en su reluciente armadura de escamas rojas y verdes. Junto a ella estaba Streen, el ermitaño medio loco de Bespin, que contemplaba las gotas de lluvia que habían caído en sus manos y volvía velozmente la mirada de un lado a otro. Kirana Ti puso una robusta mano sobre su hombro, como si fuese repentinamente capaz de percibir sus dudas.

Los otros reaccionaron a su manera, mostrándose de acuerdo o desviando la vista. Kyp conocía muy bien al grupo original de estudiantes de Luke. Otros eran recién llegados que venían para ser adiestrados a medida que la noticia se iba difundiendo de un sistema a otro y se iban encontrando más Caballeros Jedi en potencia.

El Maestro Skywalker dejó caer las manos junto a los costados y se relajó. Kyp apagó su espada de luz, y la empuñadura engulló la hoja de energía plateada. Cilghal y Dorsk 81 también extinguieron el resplandor de sus armas.

Luke les sonrió a todos.

—Creo que ya nos hemos mojado lo suficiente —dijo—. Volvamos al templo.

Kyp sintió como la tensión se desvanecía súbitamente de la atmósfera, y de repente pareció como si fueran un grupo de compañeros que estuvieran de paseo en vez de estar asistiendo a una ceremonia tan importante que afectaría a toda la galaxia.

El Maestro Skywalker se unió al grupo de estudiantes y buscó a Calista. Le tomó la mano, y los dos enamorados se sonrieron el uno al otro mientras guiaban a los demás por un sendero medio oculto entre la maleza para volver al Gran Templo.

Dorsk 81 pilotaba la pequeña nave espacial que la Nueva República les había entregado. Iban hacia Khomm, y el clon alienígena contemplaba cómo el punto brillante que era su mundo natal iba creciendo delante de él.

—Aproximación a lo largo del vector estándar —dijo Kyp desde el asiento de pasajeros mientras conectaba el sistema de comunicaciones—. Kyp Durron y Dorsk 81 se aproximan a Khomm y solicitan coordenadas de descenso.

Unos instantes después la voz tranquila y pausada de un controlador del tráfico espacial proporcionó a Kyp los datos que necesitaba.

—¿Nos esperaban? —preguntó Kyp, lanzando una mirada llena de curiosidad a Dorsk 81.

El alienígena de piel aceitunada meneó la cabeza.

—No. Es sólo que raramente responden a ningún acontecimiento de una forma que se salga de lo habitual.

Kyp contempló al clon alienígena, y se acordó de una ocasión anterior en la que también habían viajado juntos. Mientras estaba bajo la influencia de Exar Kun, el antiguo Señor Oscuro del Sith, Kyp y Dorsk 81 habían ido a un templo abandonado de la jungla que era la fortaleza privada de la soledad de Kun. Una vez allí el negro espíritu del mal había intentado destruir a Dorsk 81 por puro capricho, meramente para hacer una demostración del poder del lado oscuro. Kyp le había salvado, aunque Dorsk 81 ni siquiera lo había sabido.

Después de la derrota de Kun, cuando Dorsk 81 se hubo enfrentado a sus temores y a sus carencias, el clon alienígena se había ido volviendo más fuerte gracias a haber aceptado sus propias limitaciones. Kyp nunca le había presionado, y había permitido que el alienígena de lisa piel aceitunada siguiera su propio camino.

La esfera verde pálido de Khomm fue haciéndose más y más grande, y acabó llenando todo el visor. Visto desde aquella distancia el planeta parecía apacible y borrosamente uniforme, como si careciese de particularidades o accidentes geográficos. No tenía satélites naturales, y ni siquiera fases de la luna que pudieran producir un cambio regular. La órbita de Khomm era prácticamente circular y la inclinación de su eje inexistente, por lo que no creaba ningún cambio de estaciones. Al estar tan cerca del centro de la galaxia, el cielo carente de lunas estaba repleto de estrellas muy brillantes.

—¿Tienes muchas ganas de volver a casa? —preguntó Kyp mientras Dorsk 81 manipulaba los controles de navegación para colocar su nave en una órbita de baja energía desde la que podrían iniciar un lento descenso hacia el espaciopuerto.

El alienígena asintió.

—Siento grandes deseos de volver a ver a mis duplicados —dijo.

Todos procedían de la misma serie de clones, por lo que obviamente Dorsk 81 no podía llamarles parientes o familiares, ya que genéticamente todos eran el mismo ser. Aun así, Dorsk 81 había experimentado un cambio muy sutil: esa alteración le había proporcionado la capacidad de sentir la Fuerza, una peculiaridad que ningún clon de su serie había mostrado hasta el momento.

—Y en particular tengo muchas ganas de ver a Dorsk 82 —añadió—. Creció a partir de mis genes, y probablemente ya habrá madurado durante el tiempo que he estado fuera.

Kyp parpadeó, bastante sorprendido. No sabía que Dorsk 81 tuviera un… niño, descendiente, duplicado más joven o lo que fuese.

—Yo también tengo muchas ganas de conocerle.

Mientras Dorsk 81 pilotaba la nave durante la maniobra de descenso, Kyp alzó los ojos hacia las masas de estrellas que creaban un gran río de luz extendido a través de la noche del espacio y se juró a sí mismo que averiguaría qué había estado haciendo el Imperio durante todo ese tiempo.

CAPÍTULO 9

La verdadera noche era imposible en los Sistemas del Núcleo. Las estrellas estaban tan cerca las unas de las otras que incluso las regiones más negras del espacio eran una sinfonía de llamaradas estelares y masas de gases calientes ionizados que se acumulaban en regiones antiguamente consideradas inhabitables. En un infierno navegacional como aquél, los restos del Imperio se escondían entre los sistemas todavía no cartografiados donde podían esperar y recuperarse… y guerrear entre ellos.

La almirante Daala caminaba con el cuerpo muy erguido, un orgulloso ejemplo de adiestramiento imperial que no necesitaba la compañía de nadie mientras los guardias de las tropas de asalto le proporcionaban una escolta armada durante su entrada en la fortaleza de Harrsk el Supremo Señor de la Guerra. Su rostro parecía haber sido cincelado a partir de un bloque de piedra. Seguía siendo hermoso, pero se había ido curtiendo poco a poco de tal manera que sus contornos acabaron por adquirir una terrible agudeza. Demasiados años de apretar los dientes y demasiados meses intentando unir a los señores de la guerra eternamente enfrentados entre ellos que se peleaban por los restos del poderío militar del Imperio, igual que sabuesos nek haciendo pedazos los restos de una presa, habían creado arruguitas casi imperceptibles alrededor de su boca.

Los ojos de Daala estaban llenos de sombras, recuerdos del fracaso y un ardiente deseo de venganza casi apagado, pero el verde de sus iris llameaba con reflejos de metal fundido cuando pensaba en lo sencillo que resultaría volver a asestar un golpe realmente efectivo a la débil y torpe Nueva República. Los rebeldes todavía no habían conseguido consolidar su dominio sobre la galaxia a pesar de que el Imperio les había dado muchos años para lograrlo.

Los soldados de las tropas de asalto formaron una apretada y reconfortante guardia de honor alrededor de Daala mientras avanzaba por los corredores abiertos en el lecho rocoso. El Supremo Señor de la Guerra Harrsk había establecido su fortaleza en un planeta rocoso que se movía en una órbita bastante cercana a una gigante roja. La corteza superficial del planeta siempre estaba blanda y repleta de grietas, y rezumaba lava como una herida incapaz de curarse.

Las gigantescas fundiciones solares que orbitaban el planeta proporcionaban energía y procesaban las materias primas para construir la flota personal de Destructores Estelares de la clase Imperial de Harrsk. Nada más llegar allí Kratas, el leal lugarteniente de Daala, había subido al Onda de Choque, el navío insignia, para inspeccionar el armamento. Hasta el momento Harrsk había construido doce Destructores Estelares, y para ello había utilizado todos los recursos que pudo arrancar a los sistemas estelares que se encontraban dentro de su radio de acción.

Daala pensó en toda la fortaleza militar por explotar oculta y protegida por las sombras del planeta de Harrsk, allí donde los temibles rayos de la gigante roja no podían dañar los sistemas de las naves. Cuando se le ordenó que protegiera la Instalación de las Fauces, Daala sólo había contado con cuatro Destructores Estelares… y había perdido tres de esas naves en su pequeña guerra privada con los rebeldes.

Sí, Daala podía consolarse a sí misma con el recuerdo de que había destruido una colonia rebelde, hecho pedazos un convoy que se dirigía a una nueva base militar y atacado y causado graves daños al mundo acuático de Calamari… pero en conjunto sus tácticas habían resultado lamentablemente anticuadas y pésimamente mal concebidas. Daala había permitido que las tinieblas de la ira la cegasen y le impidieran ver los puntos débiles de sus planes. También había padecido una suerte diabólicamente mala, pero no tenía ninguna intención de permitir que la suerte volviera a ser un factor a considerar.

Daala había renunciado a todo para volver arrastrándose al Imperio, y había conseguido sobrevivir dentro del maltrecho casco medio destrozado por la batalla de su último Destructor Estelar, el *Gorgona*. Cuando llegó al santuario que andaba buscando, quedó muy poco impresionada ante los débiles e infantiles señores de la guerra que habían pasado a tener el futuro del Imperio en sus manos. Las autoridades imperiales le habían quitado las tropas que le quedaban y las habían dispersado entre otras naves de sus flotas. Después habían desmontado el *Gorgona*, llevándose los escasos componentes utilizables para reconstruir otras naves.

Pero Daala no les había dado ocasión de que la reasignaran a un grupo de combate, y había preferido actuar como una especie de embajadora por cuenta propia, una pacificadora que visitaba a los señores de la guerra dispersos por entre los Sistemas del Núcleo. Cada uno de ellos se había inventado un título crecientemente ridículo para sí mismo, intentando superar a su competidor más cercano. Los títulos iban desde Gran Almirante a Líder de Combate Omnipotente, pasando por Súper Almirante y Comandante Supremo. La almirante Daala había conservado su sencillo rango original, no necesitando nuevas medallas o títulos. Su misión unificadora aún no había sido completada, y ella y el comandante Kratas viajaban de un sistema a otro, utilizando su reputación y hablando a oídos que, desgraciadamente, parecían estar llenos de duracreto.

El aire empezó a calentarse a su alrededor y no tardó en quedar impregnado por un olor sulfuroso que se filtraba a través de los túneles vitrificados. La melena rojiza de Daala fluía detrás de ella como la cola de un cometa.

Había intentado cortarse los cabellos para controlarlos, pero no le gustaba nada la apariencia severa que le daba llevar el cabello corto. Una parte de su ser necesitaba seguir siendo libre, confinada únicamente por los límites de lo que sabía era capaz de llegar a conseguir.

Los soldados de las tropas de asalto de Harrsk estaban alineados a lo largo de los corredores, formando un túnel de siluetas blancas por el que Daala debía avanzar. Unas enormes puertas de roca sintética se alzaban hasta el techo, y sus paneles estaban adornados con complicados dibujos que evocaban una antigua grandeza imperial. Un

soldado dejó caer el puño sobre un círculo de estaño incrustado en la roca y los amplificadores sónicos hicieron pasar su golpe a través de una cámara de ecos, reforzándolo de tal manera que acabó retumbando y reverberando como la llamada de una poderosa deidad.

Daala intentó ocultar su expresión de disgusto. El ceremonial recargado y las demostraciones pomposas y exageradas de un supuesto poder eran un mal presagio. El Supremo Señor de la Guerra Harrsk se consideraba muy importante… y a juzgar por las experiencias anteriores de Daala, eso probablemente significaba que no lo era.

Las puertas de roca sintética se abrieron con un lento rechinar, y Daala avanzó sin aguardar a ser anunciada. Sus botas negras chasquearon sobre el suelo de roca fusionada, y su mano se alzó en una salutación marcial.

—Saludo a Harrsk, Supremo Señor de la Guerra.

El Supremo Señor de la Guerra Harrsk había instalado hileras de paneles de observación en una gran cámara. Harrsk estaba sentado en un pequeño sillón flotante que osciló en el aire cuando su ocupante apoyó los pies en una estación de observación y se impulsó con ellos para ir de un panel a otro.

—Ah, almirante Daala… —respondió Harrsk.

La sonrisa que se estiró a través de su rostro era horrible. Toda la mitad izquierda de su cabeza estaba quemada y chamuscada, y el calor sólo había dejado una extensión de piel rosácea cubierta de burbujas y protuberancias, una gruesa masa de tejido cicatricial que carecía de toda sensibilidad. Su ojo había perdido la visión, pero Harrsk lo había sustituido por un sensor óptico sintético de androide que hacía que su cuenca ocular brillara con un resplandor amarillo.

Harrsk había estado a punto de morir debido a una explosión durante la batalla de Endor. Su Destructor Estelar quedó inutilizado, pero Harrsk consiguió escapar con parte de la flota y se dirigió a un punto de encuentro en los Sistemas del Núcleo justo después de haber visto estallar la Estrella de la Muerte. Harrsk podría haber reparado su piel mediante las técnicas médicas existentes, pero había elegido no hacerlo y conservar las horribles cicatrices como una especie de medalla del honor… y Daala pensó que sin duda también como un medio de intimidación.

Harrsk se removió en su asiento repulsor, y el sillón subió y bajó levemente con sus movimientos. Los cabellos de la mitad de su cabeza que no había sido afectada por la explosión eran negros y estaban pulcramente recortados y peinados, y Harrsk parecía equilibrar el desdén con que trataba a la parte cubierta de cicatrices con una meticulosa atención al lado intacto de su rostro.

—Su reputación la ha precedido —dijo—. Tener entre nosotros a tan legendaria heroína de la guerra es algo que me honra enormemente… y me complace que por fin haya venido a verme después de haber desperdiciado tanto tiempo con mis rivales, que son mucho más débiles que yo.

Harrsk señaló las pantallas de su pared con un gesto de la mano. Daala vio que tenía holocámaras instaladas en la infernal superficie planetaria, así como unidades remotas en

órbita y más satélites espía esparcidos en los lejanos límites del sistema. Una imagen mostraba una fisura que iba haciéndose más grande por momentos, y que estaba desmoronando un risco rocoso mientras la lava de un naranja carmesí se derramaba en una cascada incandescente. Harrsk señaló con una inclinación de cabeza la pantalla central, que mostraba a su docena de Destructores Estelares de la clase Imperial ocultos entre las sombras allí donde el planeta rocoso eclipsaba el sol.

—Estaba hablando con su comandante Kratas —dijo—. Parece que mi Onda de Choque le ha dejado muy impresionado.

Harrsk pulsó un botón y la escena cambió para mostrar a Kratas, que estaba inclinado sobre uno de los puestos de control del puente de mando de un Destructor Estelar. Sus oscuras pupilas brillaban, y sus gruesas cejas estaban enarcadas.

—¡Almirante! —exclamó Kratas, poniéndose en posición de firmes—. Es magnífico volver a estar en el puente… Esta nave es una máquina militar realmente soberbia. Después de todos los daños que sufrimos a bordo del *Gorgona*, ya había olvidado lo veloz y maniobrable que puede llegar a ser un Destructor Estelar.

Daala se recordó a sí misma que debía darle una buena reprimenda por exhibir semejante alegría infantil. Kratas debía comportarse de una manera más profesional. Pero había pasado por pruebas terribles junto a ella. Kratas había sido un lugarteniente muy eficiente y responsable al que podía exponer sus ideas para desarrollarlas y darles forma… aunque si hubiera tenido más temple y hubiera estado dispuesto a mostrar un poco más de coraje y decisión, Kratas quizá habría podido convencerla de que las tácticas que Daala empleaba contra los rebeldes no eran las más adecuadas.

—Me alegra que esté impresionado, comandante —dijo Harrsk—. Puede proseguir con su inspección. La almirante Daala y yo tenemos que hablar de unas cuantas cosas.

Kratas inició un rápido saludo militar, pero Harrsk cortó la transmisión sin devolvérselo y, de hecho, sin ni siquiera darle tiempo a terminarlo. Después giró sobre su sillón flotante hasta quedar de cara a su visitante. Daala le miró fijamente, clavando la mirada en su único ojo oscuro y su reluciente sensor óptico. Vio a través de sus cicatrices y no prestó ninguna atención a su rostro o su ojo androide, fijándose únicamente en el cerebro que dirigía e impulsaba toda aquella colección de sistemas que no estaban siendo empleados con toda la eficiencia deseable.

—No prolonguemos la discusión de una manera innecesaria —dijo Harrsk—. Conozco su misión. Ha dedicado el último año a hablar con otros líderes militares. Me parece admirable. Yo también he acabado hartándome de esta interminable guerra civil… pero está usando la táctica equivocada. Esas técnicas podrían haber dado resultado bajo la frágil democracia de la Antigua República, pero no tienen nada que ver con la manera de actuar imperial.

Cuando se puso en pie, Daala vio que el señor de la guerra era bastante más bajo que ella.

—Usted es una heroína, almirante Daala. Su palabra tiene un peso considerable, y ésa es la única razón por la que ha podido recorrer los territorios hostiles de los Sistemas del

Núcleo sin que le ocurriera nada. Pero ha llegado el momento de que ponga punto final a este, juego. Debe unirse al señor de la guerra más poderoso: yo, obviamente. Con usted como mi lugarteniente, tendré el poder que necesito para poner de rodillas a todos esos ridículos aspirantes al trono y convertirlos en una auténtica fuerza de combate. Tendremos que matar a los traidores, por supuesto, pero sospecho que muchos de sus leales soldados agradecerían que se produjera ese cambio en la cadena de mando. Todos nos sentimos bastante frustrados, ¿sabe?

Daala empezó a enfurecerse.

—Comprendo lo que está diciendo, Supremo Señor de la Guerra, y su flota es realmente impresionante. —Daala señaló la pantalla, que mostraba el grupo de Destructores Estelares escondido entre las sombras del planeta—. Pero todavía no estoy convencida de que pudiera imponerse con tanta facilidad a sus competidores. En cuanto se vuelva más fuerte, los demás formarán una alianza, y las batallas serán más sangrientas y encarnizadas que nunca.

»No, lo que debemos hacer es dar una meta común a todas las flotas. Actúe de manera independiente, si así lo desea, pero reúnase con los otros líderes y discuta una estrategia global para que podamos seleccionar los objetivos rebeldes más adecuados e inyectar nuestro veneno allí donde vaya a causar más daño. —Daala alzó un puño enguantado y clavó sus gélidos ojos verdes en Harrsk—. Los imperiales nunca conseguirán nada mientras se dediquen a pelear entre ellos.

Harrsk soltó una risita, pero su sonrisa se estiró únicamente a través de la parte intacta de su rostro mientras que la máscara de cicatrices permanecía inmóvil.

—Ahora comprendo por qué todas sus batallas terminaron con fracasos tan lamentables, almirante —dijo—. Es usted una comandante muy ingenua… No me extraña que el Gran Moff Tarkin la confinara allí donde no pudiera causar daño mientras los demás seguíamos librando la auténtica guerra en bien del Imperio.

La rabia estalló como un volcán dentro de Daala, pero las pantallas visoras empezaron a emitir un tintineo de alarmas antes de que sus palabras pudieran abrirse paso a través de la barrera de sus dientes apretados. Una de las cámaras espías más lejanas, que estaba instalada encima de la eclíptica, había detectado unos destellos muy intensos: eran las estelas de unos motores que se movían por el espacio a tal velocidad que los sensores no podían centrarse en ellas.

Harrsk fue rápidamente hacia las pantallas y acercó el rostro a una. Las holocámaras del interior del sistema enfocadas hacia el sol gigante mostraron más hileras de luz que se aproximaban.

La pantalla central se encendió de repente, y el comandante Kratas volvió a aparecer en ella.

—Almirante Daala… Eh… Discúlpeme, Señor de la Guerra Harrsk… Hemos detectado a un grupo de naves que se aproxima a gran velocidad. —Otras holocámaras del exterior del sistema hicieron sonar nuevas alarmas, esta vez indicando la

aproximación de una docena más de naves que llegaban por debajo del plano orbital—. He detectado setenta naves —dijo Kratas con incredulidad.

—¡Hagan sonar todas las alarmas! —gritó Harrsk.

Las bocinas de combate desgarraron el silencio de los túneles con sus estridentes alaridos.

Las imágenes se fueron volviendo más nítidas, y Daala contuvo el aliento al reconocer las esbeltas siluetas de setenta y tres Destructores Estelares de la clase Victoria, unos navíos de combate más pequeños que tenían la mitad del tamaño de un Destructor Estelar de la clase Imperial. Pero aquellas naves eran veloces y ágiles, y sus contornos estaban erizados de armamento. Sus cascos estaban hechos con planchas de una aleación carmesí, por lo que los navíos de la clase Victoria parecían colmillos ensangrentados que se dispusieran a caer sobre los Destructores Estelares de Harrsk.

—¿Es un ejercicio táctico? —preguntó Daala—. ¿Está intentando impresionarme?

—¡No! —replicó Harrsk, mirándola tan fijamente que incluso el lado cubierto de cicatrices de su rostro onduló con una mueca de disgusto—. Son las naves del Gran Almirante Teradoc. ¡Centren las miras en cualquier blanco visible y disparen! ——les gritó a los Destructores Estelares.

Largas hileras de luces se encendieron de repente, indicando la activación de los sistemas en los cascos blancos como el hueso de los Destructores Estelares eclipsados por el planeta de Harrsk. Los haces verdes de las baterías turboláser brotaron de ellos para atravesar las posiciones de los objetivos… pero los navíos de la clase Victoria se movían demasiado deprisa. Cinco naves carmesíes estallaron al recibir severos impactos, pero incluso esas pérdidas resultaban insignificantes dada la aplastante superioridad numérica de la flota atacante.

—Teradoc está intentando hacerme quedar en ridículo —dijo Harrsk.

Daala volvió la mirada hacia la pantalla y pudo ver a Kratas, que estaba cumpliendo con su deber como oficial de más alta graduación del puente, reaccionando instintivamente y empezando a dar órdenes. Daala se enorgulleció de que su lugarteniente hubiera asumido el mando al instante. Le había adiestrado bien.

—Concentren toda la potencia de fuego —dijo Kratas—. Seleccionen un blanco, destrúyanlo y pasen a otro blanco. Dispersar el fuego no servirá de nada.

Kratas colocó el navío insignia de Harrsk en la punta de una formación de falange. El Onda de Choque era más grande que los otros Destructores Estelares, y contaba con un mayor número de armas de alta energía. El Onda de Choque eligió otro objetivo y disparó, destruyendo un sexto navío de la clase Victoria. El Destructor Estelar volvió a apuntar su armamento y dejó gravemente dañado un nuevo objetivo, y la nave carmesí se oscureció y empezó a girar a la deriva.

Y entonces Daala, horrorizada, vio que el Onda de Choque era el objetivo principal del ataque combinado de un centenar de Destructores Estelares de la clase Victoria. Las naves carmesíes estaban convergiendo sobre él como limaduras de hierro atraídas por un imán, disparando una y otra vez.

—¡Está intentando destruir mi navío insignia! —gritó Harrsk, apretando los puños mientras seguía de pie junto a su sillón flotante—. Quiere humillarme. Ya se lo había dicho…

—Alto el fuego —le ordenó Kratas a la dotación del puente—. Deriven toda la energía hacia nuestros escudos. Tenemos que aguantar esta andanada.

Los destructores de la clase Victoria siguieron avanzando a toda velocidad. Los otros Destructores Estelares de la flota de Harrsk dispararon contra ellos y se anotaron unos cuantos impactos, pero las naves de combate carmesíes habían emprendido un ataque suicida, y ni siquiera parecieron notar la pérdida de sus camaradas. Las naves de la clase Victoria crearon una gruesa manta de fuego turboláser y dispararon una y otra vez, infligiendo un severo castigo a los escudos del Onda de Choque.

—No podremos aguantar mucho más tiempo —dijo Kratas, con la voz enronquecida por la tensión—. Los escudos están empezando a fallar. —Se volvió para lanzar otra mirada a la pantalla. Sus ojos oscuros, desorbitados por la repentina comprensión de lo que iba a ocurrir, parecían estar clavados en Daala—. Almirante, yo…

La pantalla se convirtió en una masa de estática gris. La imagen de una de las cámaras espía mostró cómo el Onda de Choque se hacía pedazos mientras géiseres de fuego al rojo blanco surgían de las brechas abiertas en el casco. El compartimiento motriz dejó escapar chorros de terrible energía incontrolada que se esparcieron en todas direcciones. El casco fue incapaz de seguir manteniendo su integridad.

Los Destructores Estelares de la clase Victoria siguieron disparando hasta que el Onda de Choque quedó reducido a una nube resplandeciente de restos y un recuerdo insoportable para la almirante Daala.

—Oh, Kratas —murmuró—. Lo siento.

Una vez aniquilado su objetivo, los navíos de la clase Victoria supervivientes —sesenta y dos, según el recuento que mostraban las pantallas de datos— invirtieron el curso y se lanzaron al hiperespacio en el mismo instante en que el resto de la flota de Destructores Estelares de la clase Imperial de Harrsk descargaba inútiles andanadas sobre su estela lumínica.

Daala permaneció totalmente inmóvil y sintió cómo una furia helada se iba adueñando de ella. El comandante Kratas ni siquiera había formado parte de la fuerza de combate de Harrsk. Había sido un mero espectador que se había visto atrapado por casualidad en una disputa infantil entre dos señores de la guerra enfrentados. Los labios de Daala se tensaron mientras la rabia se iba acumulando dentro de ella, como vapor a alta presión que circulara por sus venas.

—No vamos a quedarnos de brazos cruzados —gruñó Harrsk—. Esta vez nos vengaremos, y dispongo de los medios necesarios para ello… mediante usted, almirante Daala —dijo, alzando la mirada hacia ella con su dorado ojo androide echando chispas.

Sus palabras arrancaron a Daala de sus sombrías meditaciones.

—¿Qué?

Harrsk siguió hablando con voz entrecortada.

—¡Debemos aplastar a ese cobarde obeso con todo lo que tenemos! He estado reuniendo y reforzando mi poderío militar para lanzar precisamente ese tipo de ataque.

Daala le fulminó con la mirada.

—No tengo ninguna intención de ayudarle en esa ridícula disputa infantil, Harrsk. Acaba de hacerme perder al mejor comandante que he tenido jamás. No voy a perpetuar esta…

—¡Soldados! —gritó Harrsk, volviéndose hacia la puerta—. Vengan aquí inmediatamente con las armas preparadas para hacer fuego.

El contingente de soldados de las tropas de asalto entró en la gran sala de observación. Sus botas blancas retumbaron sobre las relucientes losas del suelo cuando se pusieron firmes. Los impenetrables visores negros y los cascos de plastiacero carentes de rasgos borraban todas las expresiones.

—Lleven a la almirante Daala a uno de mis Destructores Estelares——ordenó Harrsk—. Estará al mando de nuestro ataque de represalia contra el Gran Almirante Teradoc. —Harrsk la contempló con el ceño fruncido—. Si se niega, la ejecutarán inmediatamente por traición.

Daala estaba cada vez más furiosa.

—No permitiré que me maneje de esa manera.

—¡Mi rango es superior al suyo, y ya ha oído mis órdenes! —gritó Harrsk—. ¿Sirve al Imperio, o acaso tiene sus propios objetivos ocultos?

Los soldados de las tropas de asalto alzaron sus rifles y la apuntaron. Parecían un poco nerviosos, pero obedecieron las órdenes de su señor de la guerra. Daala pudo sentir cómo los mecanismos de puntería se centraban en los puntos más vulnerables de su cuerpo.

—Muy bien, Harrsk —murmuró. Todavía estaba aturdida por la pérdida de Kratas y bajo los efectos de la anestesia emocional producida por aquella ira para la que no había logrado encontrar un blanco. Daala le negó intencionadamente el título de Supremo Señor de la Guerra. Sus verdes ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas y brillaron con una luz calculadora— Concédame el mando de uno de sus Destructores Estelares y dirigiré su flota.

CAPÍTULO 10

Mientras las fuerzas del Supremo Señor de la Guerra Harrsk intentaban recuperarse del ataque, la almirante Daala se encontró en el puente de mando del Destructor Estelar de la clase Imperial *Tormenta de Fuego*.

Examinó la carnicería que habían causado las fuerzas del Gran Almirante Teradoc: los restos humeantes del navío insignia, los cadáveres congelados de todos los soldados perdidos en la explosión… Tres de los Destructores Estelares de Harrsk habían quedado lo suficientemente dañados como para necesitar complejas reparaciones que tardarían un tiempo considerable en ser llevadas a cabo. Daala no podría utilizarlos en su ataque de represalia.

Eso le dejaba ocho Destructores Estelares, el doble de las naves que le había dado el Gran Moff Tarkin para defender la Instalación de las Fauces. Bastarían.

Daala permaneció rígidamente inmóvil en el puente y clavó los ojos en el gigante rojo. Unos gruesos filtros habían sido colocados sobre los visores para que pudiera contemplar el océano de gases calientes sin parpadear. La conmoción de los preparativos de batalla siguió desarrollándose a su alrededor sin que Daala le prestara ninguna atención.

Un caldero de frustración hervía dentro de Daala. No quería luchar con Teradoc. No quería luchar con Harrsk. Quería que los dos, y todos los otros señores de la guerra que siempre estaban enfrentándose entre ellos, se unieran para luchar contra los malditos rebeldes. El comandante Kratas había muerto a causa de sus disputas. Los señores de la guerra eran una ofensa para la memoria del Imperio, y si aquello era todo lo que la idea imperial podía ofrecer… Bien, entonces quizá sería mejor que fracasaran.

Pero Daala no podía aceptar eso. Tarkin le había enseñado a no rendirse jamás. Juntó las manos detrás de la espalda, tensando sus guantes negros con tanta fuerza que le dolieron los huesos. Tenía que haber una manera mejor, incluso si tenía que obligar a entenderla a quienes gritaban y se peleaban.

La imagen ampliada de Harrsk llegó hasta ella a través del sistema de comunicaciones. El señor de la guerra mantenía su rostro medio repleto de cicatrices vuelto hacia la zona de transmisión, con lo que mostraba tanto la mitad horrenda como el lado que no había sufrido daños.

—Almirante Daala, estoy a bordo del Destructor Estelar *Torbellino*, en su flanco. Usted ocupará la punta en la formación de nuestro ataque, y confío en que ya habrá desarrollado una estrategia.

—Señor de la Guerra Harrsk —dijo Daala, contemplando la algo borrosa imagen de su rostro—, acabo de empezar a estudiar los datos concernientes a la fortaleza de Teradoc que han ido acumulando sus espías. Deme unos momentos para evaluar las posibilidades de ataque.

—No —insistió Harrsk—. El Gran Almirante nunca esperará que ataquemos con tanta rapidez. Cada segundo de retraso hace que vayamos perdiendo un poco más de

nuestro elemento de sorpresa. Lanzaremos un ataque frontal con todo el armamento escupiendo fuego. ¡Le asestaremos un golpe tan terrible que le hará tambalearse!

Daala frunció el ceño, e hizo varias inspiraciones lo más rápidas y controladas posible a través de sus dilatadas fosas nasales.

—He estudiado mis fracasos, y he comprendido que la causa de muchos de ellos tiene su origen directo en acciones imprudentes emprendidas bajo los efectos de la ira.

—Aun así seguirá mis órdenes y lanzará un ataque inmediato —replicó Harrsk—. No dispongo del tiempo o de la paciencia necesarios para tratar con su cobardía y su insubordinación. Si continúa discutiendo, la degradaré y la encerraré en el calabozo.

Daala se envaró. Quería librarse de aquel mando que en realidad sólo era una mascarada, desde luego, pero no quería ser encarcelada y juzgada por traición. Kratas había muerto. Su antigua tripulación había sido dispersada. Todas sus conexiones se habían ido encogiendo hasta la insignificancia, y Daala tenía que empezar a reconstruir sus capacidades por algún sitio. Aquello era un comienzo, y Daala decidió utilizar su imaginación para descubrir alguna manera de sacar el máximo provecho posible de la situación e impedir que terminara en una catástrofe.

—Muy bien, Supremo Señor de la Guerra —dijo, saludándole marcialmente—. Teniendo el mando supremo sobre este Destructor Estelar, haré cuanto pueda para asestar un golpe en nombre del Imperio.

—Bien. —Harrsk se frotó las manos—. Mi Destructor Estelar personal permanecerá en el flanco que ocupa actualmente para no atraer el fuego directo del enemigo. Les confundiremos haciendo que usted dirija la carga. No me falle.

—El Imperio está por encima de todo. Supremo Señor de la Guerra, y nunca le fallaré —dijo Daala.

Dio órdenes al navegante y el *Tormenta de Fuego* se colocó en primera línea de la formación de naves de guerra. Los tres Destructores Estelares dañados permanecieron dentro de la zona de eclipse planetario, escondidos entre las sombras del tórrido mundo de Harrsk. Las ocho naves restantes siguieron las coordenadas hiperespaciales de Daala cuando ordenó el lanzamiento hacia la fortaleza del Gran Almirante Teradoc.

Un cortejo de planetoides orbitaba un gigante gaseoso amarillo y blanco, formando un disco de rocas en el espacio. El sistema anular de peñascos medio desmoronados y cargados de hielo reflejaba la dorada claridad solar y era muy hermoso visto desde lejos, pero Daala lo veía como un mero desafío táctico. Los cascotes espaciales creaban decenas de millares de posibles objetivos, y cada uno de ellos era un sitio que el Gran Almirante podía haber elegido para esconder su fortaleza.

—Vamos a ver si sus espías le han proporcionado una buena información —dijo Daala por el sistema de comunicaciones sintonizado con Harrsk a bordo del *Torbellino*.

—Más vale que así sea, porque pagamos mucho dinero por ella —replicó Harrsk—. Una parte bastante significativa de mi presupuesto fue dedicada a sobornar a otros imperiales para conseguir esa información.

La expresión de Daala no cambió, aunque sintió cómo una oleada de disgusto se extendía por todo su ser. Nunca tendría que haber sido posible sobornar a soldados imperiales. Esa clase de conducta tan poco profesional había provocado la caída del Imperio, que acabó sucumbiendo al peso de la corrupción, la deshonestidad y una falta de visión tan tremenda que rozaba lo criminal.

—Muy bien, Harrsk —dijo—. Seguiremos un rumbo directo hacia el sistema anular y nos dirigiremos hacia el objetivo. Todas las baterías turboláser están activadas y preparadas para hacer fuego.

Los Destructores Estelares se sumergieron en el plano anular como proyectiles lanzados por un gigantesco cañón, y avanzaron velozmente hacia su objetivo. Enormes fragmentos de hielo y rocas reflectantes se desplazaban a su alrededor. La flota llegó a toda velocidad, esperando poder caer sobre Teradoc antes de que éste tuviera ocasión de volver a agrupar sus fuerzas.

Daala suponía que el Supremo Almirante Teradoc debía de estar celebrando su victoria y que sus comandantes estarían descansando, sin esperar una represalia tan pronto. Sonrió al pensar que iban a llevarse una gran sorpresa… igual que Harrsk.

Mientras Daala guiaba la ofensiva a máxima velocidad de los atacantes, dos planetoides del anillo estallaron. Las cargas de proximidad ajustadas para detectar el paso de naves hostiles instaladas en ellos habían actuado. Los restos llameantes de las detonaciones salieron despedidos en todas direcciones y llovieron sobre los Destructores Estelares de Harrsk, dejando seriamente averiado uno y destruyendo a dos.

«Quedan cinco —pensó Daala—. Qué desperdicio…»

Harrsk estaba gritando por el sistema de comunicaciones. Su voz sonaba frágil y quebradiza a causa de la excitación.

—¿Qué ha ocurrido, almirante Daala? ¿Por qué no previó esa eventualidad?

Daala cortó el sonido de la transmisión, y disfrutó con el espectáculo del rostro lívido del señor de la guerra mientras éste seguía lanzándole gritos inaudibles.

—Estamos llegando a la fortaleza de Teradoc, almirante —dijo el navegante.

Diagramas de alta resolución del sistema anular aparecieron en una pantalla delante de ella, y Daala contempló cómo una roca de dimensiones medianas que no tenía nada de particular empezaba a parpadear para indicar la situación de la fortaleza del Gran Almirante.

—¡Destructores Estelares de la clase Victoria aproximándose! —gritó el sargento de armamento.

Daala tensó las manos sobre la barandilla del puente y estudió todos los componentes de la situación. Vio que docenas de pequeños planetoides eran en realidad otras tantas guarniciones, rocas ahuecadas que servían como hangares para los navíos carmesíes de la clase Victoria. Las naves de guerra más pequeñas emergieron e iniciaron su persecución, algunas recién reparadas y aprovisionadas y otras todavía mostrando las cicatrices de combate sufridas durante el reciente ataque al mundo de roca fundida de Harrsk.

—No vamos a luchar con ellos —dijo.

El oficial táctico se irguió en su asiento, y un chispazo de sorpresa brilló en sus negros ojos.

—Disculpe, almirante, pero me temo que no la he entendido.

—He dicho que no vamos a luchar con ellos —replicó secamente Daala—. Esos navíos de la clase Victoria no son nuestro objetivo. Tenemos una misión mucho más importante que llevar a cabo, y no podemos permitir que esos intentos de aficionado con los que pretenden desviar nuestra atención nos aparten de ella.

Harrsk, que estaba detrás de la nave de Daala y avanzaba entre los maltrechos restos de su falange de Destructores Estelares, ignoró sus directrices y ordenó a los artilleros del *Torbellino* que empezaran a disparar contra los navíos de la clase Victoria que les perseguían. Dos naves de guerra más imitaron el ejemplo de Harrsk, pero Daala se apresuró a utilizar el sistema de comunicaciones interno de la flota.

—¡Alto el fuego! Necesitamos toda nuestra energía para emplearla contra el objetivo principal.

La imagen de Harrsk siguió aullando en silencio con el sonido desconectado. Daala la ignoró.

Se volvió y contempló a la dotación del puente que estaba bajo sus órdenes.

—Oficial táctico, quiero control personal de los sistemas de armamento.

—Pero almirante… ¿Está segura de que es prudente? —preguntó el sargento de armamento.

—Control personal —repitió Daala—. Tengo intención de disparar la primera andanada. —Después fingió una afable sonrisa, confiando en su reputación—. Llevo mucho tiempo luchando para ver llegar este momento. El sargento de armamento se apresuró a asentir.

Lanzas llameantes de fuego turboláser salieron disparadas de la fortaleza de Teradoc y fueron hacia ellos. La imagen amplificada de la pantalla que estaba contemplando Daala le permitió discernir baterías camufladas, y Daala sabía que el Gran Almirante probablemente estaría escondido en las profundidades de un búnker blindado, a salvo de la batalla, mientras sus enjambres de navíos de la clase Victoria actuaban como defensas móviles del perímetro.

Fue hacia la consola de armamento y el sargento le cedió su puesto, contemplándola con respetuoso temor mientras se apartaba. Daala se sentó y echó un vistazo a los controles, familiarizándose con ellos en un instante. Había pasado el último año aprendiendo a convertirse en parte del futuro del Imperio, en vez de conformarse con permanecer atrapada en su pasado.

—Estoy derivando toda la energía de las baterías turboláser para concentrar toda la potencia de nuestro primer ataque en el cañón iónico —dijo.

El oficial táctico tosió y la miró, visiblemente nervioso.

—Pero almirante… El cañón iónico sólo hace que los sistemas eléctricos y los ordenadores dejen de funcionar. ¿Está segura de que eso bastará para cumplir nuestro

objetivo? —preguntó, bajando la mirada hacia las lecturas de la fortaleza rocosa de Teradoc y contemplándolas con los ojos entrecerrados.

—Será suficiente para alcanzar mi meta —dijo Daala.

Los navíos de la clase Victoria se aproximaron, esquivando los restos helados del sistema anular, y Daala centró el cañón iónico del *Tormenta de Fuego* y puso un dedo sobre el botón de disparo.

—¡Almirante! —gritó el sargento de armamento—. Esas coordenadas corresponden a…

Daala desenfundó su arma y disparó una ráfaga aturdidora contra el sargento. Arcos de cegadora luz eléctrica rodearon al responsable del armamento, y su cuerpo se derrumbó sobre la cubierta en un amasijo de miembros. Daala disparó el cañón iónico antes de que los otros ocupantes del puente pudieran reaccionar.

El arma del *Tormenta de Fuego* eructó un estallido de energía disruptora que se esparció sobre la torre del puente del *Torbellino*, el Destructor Estelar de Harrsk. Relámpagos de terrible intensidad deslizaron un millar de dedos malévolos por encima del casco, desactivando sus sistemas de mando, ordenadores y armas.

La dotación del puente del *Tormenta de Fuego* saltó de sus asientos entre un estallido de gritos, y Daala se puso en pie.

—Estoy al mando de esta nave —dijo, alzando la voz para acallar las objeciones—, ¡y todos ustedes seguirán mis órdenes!

Después alzó su pistola desintegradora y colocó el dial de potencia en la posición MATAR.

—Cualquier persona que cuestione mis órdenes será ejecutada al instante por amotinarse contra la legítima comandante de esta nave —siguió diciendo—. ¿Lo han entendido?

Daala sólo les concedió un segundo para que la contemplaran en un temeroso silencio.

—Vamos a retroceder. Seguiremos un curso paralelo al del *Torbellino*. La nave de Harrsk no puede moverse, por lo que incrementaremos la potencia de nuestros escudos para protegerla en el caso de que alguna de las naves de Teradoc decida perseguirnos.

La aturdida dotación del puente apenas había empezado a moverse para obedecer sus órdenes cuando unos potentes golpes sordos reverberaron por todo el casco del *Tormenta de Fuego*. Dos de los tres Destructores Estelares de la clase Imperial restantes habían empezado a disparar contra la nave de Daala.

—Son leales al Señor de la Guerra Harrsk —dijo el navegante.

—No saben lo que están haciendo —respondió Daala—. Si alguno de ustedes sintiera el más pequeño amor por el Imperio, habría hecho esto hace mucho tiempo.

—Nuestros escudos están a máxima potencia, almirante —dijo un miembro de la dotación del puente con voz temblorosa—. Estamos a cubierto y mantenemos cubierto al *Torbellino*, pero el campo de los escudos es bastante difuso. No podremos soportar un

ataque a gran escala si los navíos de la clase Victoria, o los nuestros, deciden acabar con nosotros.

—Abran un canal de comunicaciones —dijo Daala—. Usen todas las bandas de transmisión. Quiero asegurarme de que nuestros Destructores Estelares escucharán el mensaje con tanta claridad como los de Teradoc… y los del Señor de la Guerra Harrsk.

Entró en la zona de transmisión y aspiró una profunda bocanada del aire procesado del puente. Las buenas naves imperiales tenían un acre olor a limpieza metálica, y ese olor dio nuevas fuerzas a Daala para seguir el camino que le marcaban sus convicciones.

—Aquí la almirante Daala —dijo—, al mando del Destructor Estelar de la clase Imperial *Tormenta de Fuego*. Sirvo al Imperio. Siempre he servido al Imperio, y nunca dispararé contra ningún leal servidor del Imperio. —Tragó saliva con expresión sombría—. He ejecutado un ataque preventivo contra el Destructor Estelar del Señor de la Guerra Harrsk para impedir que atacara otra fortaleza imperial. El ataque de Harrsk es una respuesta directa a una acción hostil emprendida por el Supremo Almirante Teradoc. También condeno esa acción. No puedo seguir tolerando que se desperdicien tantos esfuerzos y se malgasten tantos recursos que podrían emplearse de forma mucho más provechosa en la destrucción de bases rebeldes.

»Muchos de vosotros habéis oído hablar de mis intentos de destruir a la Alianza Rebelde, cuando yo sólo contaba con cuatro Destructores Estelares, información anticuada y ningún apoyo del Imperio.

La imagen de Harrsk la interrumpió entre un ruidoso estallido de estática. A Daala le sorprendió que hubiera conseguido volver a hacer funcionar su sistema de comunicaciones con tanta rapidez, pero también la complació.

—¡No la escuchéis! ¡Es una traidora y una renegada! —gritó Harrsk—. Ordeno a la tripulación leal del *Tormenta de Fuego* que reduzca a Daala usando la fuerza y que la ejecute. Sus crímenes son obvios.

Daala siguió empuñando la pistola desintegradora, pero permitió que su cañón se inclinara hacia abajo mientras barría a la dotación del puente con la mirada.

—¿Es realmente tan obvio mi crimen? —preguntó—. Lo único que quiero es detener esta guerra civil para que podamos enfrentarnos a nuestro verdadero enemigo. ¿De verdad creéis que el Señor de la Guerra Harrsk actúa en defensa de los intereses del Imperio… o meramente está interesado en su poder personal?

»No estoy intentando hacerme con el control de esta flota. No quiero poder personal o un liderazgo político. Lo único que pido es que se me permita mandar tropas. Serviré a las órdenes de cualquier líder que consagre todas sus fuerzas a la labor de derrotar a la Alianza Rebelde de una vez y para siempre.

Los dedos de Daala volaron sobre los controles del sistema de comunicaciones, y no tardó en abrirse paso a través de la transmisión cargada de interferencias para poder volver a dirigirse a todas las naves. Vio que estaban rodeados por un enjambre de docenas de navíos carmesíes de la clase Victoria, una acumulación de armamento lo

suficientemente poderosa para aniquilar a los Destructores Estelares de Harrsk… pero de momento no habían abierto fuego.

Daala fue hasta el puesto de mando del puente del *Tormenta de Fuego*, dando la espalda a la dotación para demostrar la confianza que tenía en ellos. Seguía estando extremadamente tensa, pero se negaba a permitir que se le notara. Vio por el rabillo del ojo cómo el navegante se levantaba lentamente de su asiento y empezaba a desenfundar su desintegrador reglamentario. Daala se preparó para girar sobre sus talones y disparar contra él sin ningún aviso previo, pero un jefe de operaciones puso la mano sobre el antebrazo del navegante y evitó que disparase. Un estremecimiento de alivio recorrió todo el cuerpo de Daala.

Tecleó los códigos de los sistemas de control principales del *Tormenta de Fuego* e introdujo su código de acceso, alegrándose de haber obligado a Harrsk a otorgarle plenos privilegios de acceso al ordenador antes de que consintiera en dirigir el ataque contra la fortaleza de Teradoc. Harrsk no había sospechado nada, y Daala había conseguido el derecho a decir la última palabra en cada decisión.

El ordenador del *Tormenta de Fuego* sólo reconocía a la almirante Daala. Sus dedos teclearon una orden en la que apenas se había atrevido a pensar ni siquiera cuando estaba a bordo de su nave. Daala la verificó, y después pulsó el botón de EJECUCIÓN.

Volvió a hablar por el campo de transmisión.

—Si esto es lo que mi Imperio ha acabado llegando a ser, ya no deseo seguir siendo su servidora —dijo—. Acabo de iniciar la cuenta atrás de autodestrucción del Destructor Estelar *Tormenta de Fuego*.

La conmoción en el puente fue más débil esta vez, como si la dotación aún no se hubiera recuperado de su perplejidad ante el primer acto de amotinamiento de Daala.

—La cuenta atrás ha empezado. La nave del Señor de la Guerra Harrsk está atrapada dentro de mis escudos deflectores y no puede hacer nada para escapar. La autodestrucción tendrá lugar dentro de quince minutos estándar a menos que Harrsk ordene el cese inmediato de todas las hostilidades.

El vicealmirante Pellaeon estaba sentado en su puesto del no muy espacioso puente de mando del Destructor Estelar de la clase Victoria 13X, y estudiaba aquel inesperado cambio en la situación sintiéndose tan complacido como perplejo. Su gorra ceñía impecablemente sus grises cabellos. Pellaeon tiró suavemente de su largo bigote rubio mientras iba meditando en las implicaciones del mensaje transmitido en la banda ancha del espectro.

Si el enemigo hubiera proseguido su veloz ataque por sorpresa, no cabía duda de que la flota de Destructores Estelares de la clase Imperial habría infligido serios daños a la fortaleza del Gran Almirante Teradoc. El enjambre de navíos de la clase Victoria de

Pellaeon habría podido acabar con las naves restantes, pero habría tenido que pagar un precio muy alto para conseguirlo.

Y entonces la líder de aquella represalia tan inesperada como repentina había iniciado una acción ofensiva contra una de sus propias naves. El Señor de la Guerra Harrsk no había encabezado la carga, algo que no tenía nada de sorprendente, y había preferido permanecer a salvo en uno de los Destructores Estelares de la retaguardia.

Pero aquella almirante Daala…

Pellaeon se echó hacia atrás hasta apoyar la espalda en el acolchado de su asiento. Había oído hablar de ella dos años después de que la derrota del Gran Almirante Thrawn hubiera significado la humillación y la caída en desgracia para Pellaeon. Daala había surgido de la nada y había lanzado un ataque en solitario contra los rebeldes. Con una flota tan pequeña no podía tener ninguna esperanza de acabar alzándose con la victoria, pero Daala sólo parecía interesada en causar daños realmente significativos lo más deprisa posible. No tenía ninguna estrategia global, únicamente un ardiente deseo de destrucción.

Pellaeon había admirado sus esfuerzos para actuar, especialmente porque los otros comandantes imperiales parecían preferir las luchas internas. Recorrió con la mirada la minúscula cubierta de control de un navío de la clase Victoria, la nave más pequeña que había mandado desde hacía mucho tiempo. Pellaeon creía en el plan de crear una enorme flota de naves más pequeñas y versátiles concebido por el Supremo Almirante Teradoc, pero aun así echaba de menos la grandeza de mandar el Quimera.

Pellaeon hizo que su flota se aproximara un poco más, con el armamento preparado pero sin abrir fuego, y su nave acabó deteniéndose sobre los Destructores Estelares de la clase Imperial varados en el espacio. Bajó la mirada hacia la nave de la almirante Daala, y contempló cómo había dejado incapacitado al *Torbellino* en la que viajaba el Señor de la Guerra Harrsk. Su repentino revolverse contra su líder había sido una táctica interesante, desesperada e inexplicable… pero Pellaeon admiraba la pureza de su propósito. Daala era una persona que, al igual que Thrawn, poseía la capacidad de centrar todas sus energías en un objetivo y consagrar todos los recursos y las tácticas a alcanzar esa meta. Comparados con ella, tanto el Supremo Almirante Teradoc como el Señor de la Guerra Harrsk parecían un par de niños maleducados que intentaban asustarse el uno al otro.

Oyó el apasionado discurso en el que Daala suplicaba un frente unificado contra el verdadero enemigo. Varios tripulantes de la nave de Pellaeon emitieron murmullos de asentimiento. Pellaeon se guardó sus opiniones para sí mismo, aunque también estaba de acuerdo con ella. Mientras contemplaba la imagen de Daala, Pellaeon se preguntó cuáles serían sus gustos en cuestiones artísticas.

—Vicealmirante Pellaeon, si su amenaza de autodestruir las naves es auténtica… Bueno, en ese caso tal vez deberíamos retroceder —dijo su navegante—. Si esos dos Destructores Estelares estallan seremos alcanzados por la onda expansiva y sufriremos graves daños, y eso suponiendo que no nos destruya.

Pellaeon permaneció rígidamente inmóvil durante un momento y después sacudió la cabeza en una envarada negativa.

—No, seguiremos donde estamos —dijo—. Abran un canal de comunicaciones.

La dotación de su puente le contempló con asombro.

—¿Desea que abramos un canal de comunicaciones con el *Tormenta de Fuego*, señor? —preguntó el oficial de comunicaciones.

—No, lo quiero en la banda abierta. Quiero que todas las naves oigan esto.

El oficial de comunicaciones parpadeó, y después asintió y obedeció la orden de Pellaeon.

Pellaeon se levantó lentamente de su sillón negro.

—Aquí el vicealmirante Pellaeon, comandante de la flota del Supremo Almirante Teradoc, enviando una orden específica de mantener la posición actual a todas mis naves.

Varios navíos carmesíes habían empezado a alejarse de su red de confinamiento. Los Destructores Estelares de Harrsk ya estaban retrocediendo, y se iban alejando más y más a cada momento que transcurría.

—Como gesto de buena fe y en señal de respeto a la petición de la almirante Daala, ordeno el cese inmediato de las hostilidades por nuestra parte. Una luz roja empezó a parpadear casi al instante en el panel de comunicaciones del 13X. El oficial se volvió hacia Pellaeon.

—Tengo un mensaje urgente del Supremo Almirante Teradoc, señor.

El oficial de comunicaciones enarcó las cejas, claramente intimidado y aguardando órdenes.

—Hablaré con él desde el puente —dijo Pellaeon, irguiendo los hombros—. Todos pueden escuchar.

La imagen de Teradoc apareció en la pantalla. Estaba resoplando y tenía el rostro enrojecido. La circunferencia de su barriga se había triplicado durante el último año.

—¿Qué cree estar haciendo, Pellaeon? —gritó—. ¡Le ordeno que aproveche su ventaja! Utilice esta oportunidad para acabar con los Destructores Estelares de Harrsk mientras están debilitados. Ahora podemos aniquilarle por completo.

Pellaeon frunció el ceño y pensó en el gordo Teradoc sentado en su búnker detrás de docenas de metros de blindaje de la mejor calidad, totalmente a salvo de los peligros mientras la batalla rugía en el exterior. Pellaeon no creía que un verdadero líder militar debiera mantenerse tan aislado.

—Con todos mis respetos, Almirante Supremo, debo decirle que no estoy de acuerdo con usted. El Señor de la Guerra Harrsk no es mi enemigo. Pienso que deberíamos hablar con la almirante Daala y oír lo que tenga que decirnos.

El rostro de Teradoc pasó del rojo al púrpura.

—Me da igual lo que piense. Si no abre fuego contra Harrsk, se habrá convertido en un traidor. ¿Ha olvidado su adiestramiento? Toda su vida habla del servicio al Imperio, de seguir las órdenes de sus oficiales superiores. Si no obedece a su legítimo comandante,

entonces no es más que un excremento. ¿Qué pensaría de usted el Gran Almirante Thrawn?

El fruncimiento de ceño de Pellaeon se volvió todavía más profundo mientras se encaraba con la imagen del gordo señor de la guerra. Teradoc tenía razón, al menos desde cierto punto de vista. Pellaeon había pasado muchas décadas de su vida sirviendo en la Armada Imperial. Había mandado Destructores Estelares. Después de la batalla de Endor, había asumido el mando del Quimera cuando su comandante murió durante las hostilidades. Pellaeon había dedicado los años siguientes a tratar de conseguir que el Imperio recuperase su poderío anterior a lo largo de una sucesión de gobernantes débiles, rendiciones que minaban sus fuerzas y pérdidas de territorio. Pellaeon había visto cómo aquel Imperio, que había sido tan magnífico en el pasado, se iba empequeñeciendo hasta quedar convertido en una mera isla en los que habían sido considerados como los territorios más remotos y menos importantes y en los sistemas anteriormente inhabitables cercanos al núcleo de la galaxia.

Pellaeon tuvo que esperar a que el Gran Almirante Thrawn volviera de los Territorios Desconocidos para encontrar un auténtico líder al que pudiera seguir y obedecer teniendo una verdadera posibilidad de recuperar la gloria perdida. Cuando Thrawn fue derrotado, Pellaeon volvió a perder las esperanzas y se limitó a servir a cualquier comandante imperial que el azar pusiera en su camino, obedeciendo las órdenes más como un autómata que como un verdadero soldado.

Pero la convicción y el entusiasmo de la almirante Daala, y el que estuviera dispuesta a arriesgarlo todo por la causa correcta, hicieron que algo volviera a agitarse dentro de él… y ese algo era muy poderoso.

Pellaeon respiró hondo y le habló a la hinchada imagen de Teradoc.

—Creo que sé qué pensaría de mí —dijo con amargura—, y usted, señor, no es ningún Gran Almirante Thrawn.

Cerró el canal del sistema de comunicaciones y se volvió hacia su tripulación.

—Preparen una lanzadera e informen a la almirante Daala de que subiré a bordo de su nave. No disponemos de mucho tiempo, y quiero hablar con ella cara a cara.

YAVIN 4

CAPÍTULO 11

Luke Skywalker salió corriendo del Gran Templo con Erredós rodando a toda velocidad delante de él para averiguar la identidad de su nuevo visitante. Los vientos habían desgarrado las nubes dejándolas convertidas en hilachas harapientas, y Luke parpadeó bajo la neblinosa claridad solar del atardecer de la jungla.

Casi todos los estudiantes Jedi estaban ejercitándose dentro de sus frescas cámaras o paseaban por las profundidades del bosque. Calista estaba estudiando las historias que Tionne compilaba para ella, aunque durante los últimos días no había encontrado nada que pudiera ayudarla a recuperar sus poderes.

Luke vio cómo una mujer alta y esbelta bajaba de una nave de diseño personalizado que lucía la insignia de la Alianza de Contrabandistas.

—¡Mara Jade! —exclamó—. ¿Qué he hecho para merecer el honor de tu presencia?

Mara le dirigió una fugaz sonrisa llena de salvaje energía.

—No lo mereces, Skywalker —dijo—, pero he venido de todas maneras.

Luke fue hacia ella y le estrechó la mano. Mara la retiró casi enseguida, y después contempló los tallos recortados que crecían en la pista de descenso y acabó alzando la mirada hacia las vertiginosas alturas de la vieja pirámide massassi.

—¿Quieres entrar? —preguntó Luke.

—No, vamos a dar una vuelta en mi nave —respondió Mara—. Hay algo de lo que debo hablarte.

Luke asintió con una lenta inclinación de cabeza.

—Ya me lo había imaginado. Normalmente no vienes aquí sólo porque estés aburrida.

Mara meneó la cabeza, y su melena rubio rojiza onduló en el aire como oleadas de una especia exótica.

—Nunca me aburro, Skywalker. —Señaló la cabina de su nave y el asiento de pasajeros, que estaba vacío—. Es una de las ventajas de mi forma de ver la vida.

Erredós soltó una larga serie de silbidos y trinos electrónicos mientras se mecía hacia atrás y hacia adelante, bamboleándose sobre sus soportes. ——Quédate aquí, Erredós —dijo Luke——. Si alguien pregunta por mí, diles que me he ido. No tardaremos mucho en volver —añadió, lanzando una mirada de soslayo a Mara.

Mientras Luke se instalaba en el asiento vacío y se colocaba el arnés de seguridad, Mara pulsó un botón de los controles de la cabina. La puerta basculante lateral bajó velozmente y emitió un silbido al quedar herméticamente sellada. Después Mara conectó los aceleradores antes de que Luke hubiera tenido tiempo de acabar de abrocharse el

cierre de su arnés de seguridad. La esbelta nave subió hacia el cielo con un estallido de energía de los haces repulsores y salió disparada por encima de las copas de los árboles.

Luke creyó oír el chirrido de las largas uñas de unas brujas cuando el fondo del casco rozó las ramas más altas de los árboles. Mara sonrió y aumentó la velocidad, haciendo que la nave subiera un poco más. La aceleración empujó a Luke contra el respaldo de su asiento, y el Maestro Jedi acabó decidiendo que tenía dos opciones: podía preocuparse… o podía relajarse y disfrutar del viaje.

Luke pensó en sus días de juventud, cuando pilotaba un saltacielos T-16 que aullaba a través del Cañón del Mendigo en Tatooine, esquivando los obstáculos y llevando a cabo temerarias maniobras aéreas. Mara estaba exhibiendo sus habilidades de pilotaje, y Luke decidió permitírselo. Probablemente quería asustarle un poco, pero el truco no funcionaría.

La gruesa capa de verdor parecía una nube de follaje que se extendía por debajo de ellos. Mara siguió volando a toda velocidad, con los ojos clavados en los controles. El templo massassi se fue empequeñeciendo en la lejanía, pero Luke no estaba preocupado. Mara había hecho repetidos intentos de matarle en el pasado, pero de eso ya hacía mucho tiempo y Luke confiaba en la nueva Mara. La ironía de su situación le hizo sonreír.

—Bien, ¿de qué querías hablarme? —preguntó Luke.

—Tengo alguna información para ti —dijo Mara, lanzándole una rápida mirada y desviando la vista con idéntica rapidez—. Cuando hago mi trabajo para la Alianza de Contrabandistas, siempre mantengo los ojos y los oídos bien abiertos. A veces oigo cosas que la Nueva República debería saber.

Luke enarcó las cejas.

—¿Como por ejemplo?

Mara fingió que fruncía el ceño.

—¿Esperas que te dé una información tan importante gratis?

Luke la contempló sin decir nada durante un segundo, y después sonrió.

—Sí —dijo—. Sí, eso espero.

Mara se rió.

—Es una respuesta que no me sorprende en lo más mínimo viniendo de ti, Skywalker —dijo—. De acuerdo. Ya sabes que la Alianza de Contrabandistas fue creada con el propósito específico de organizar un frente sólido contra algunas de las organizaciones criminales más poderosas, especialmente las de los hutts.

—Sí, lo sé —dijo Luke, sospechando adónde podía llevar todo aquello—. Procuramos mantenernos informados sobre las idas y venidas de los hutts, ya que son nuestros enemigos… o tal vez debería decir que son «la competencia». Bien, pues recientemente los hutts han estado creando bastantes problemas a nuestras fuentes de información habitual: han estado organizando lo que parece ser una fachada legítima y respetable consistente en varias corporaciones comerciales. La más importante de esas corporaciones es Minas Celestes Orko, un consorcio de explotación minera.

—¿Y no debería alegrarnos que los hutts estén intentando ser «respetables», para utilizar los términos que habría empleado Lando Calrissian?

—Debería alegrarnos… si pudiéramos creer en su sinceridad —replicó Mara, y después volvió a concentrarse en los controles cuando unas corrientes de aire caliente abofetearon la nave. El viento hizo temblar las ventanillas de transpariacero, y Mara viró hacia la izquierda para pasar junto a una protuberancia de roca volcánica y ascendió un poco más—. Pero tú sabes tan bien como yo que en realidad nunca puedes creer lo que digan los hutts. —Volvió a mirar a Luke—. Creo que están tramando algo, y creo que es algo serio.

Luke no se inmutó.

—Aunque sólo soy un Maestro Jedi, tengo algunas fuentes de información propias… y me siento inclinado a pensar que tus sospechas son ciertas, Mara Jade.

Mara parpadeó, visiblemente sorprendida.

—Ah. Así que no era necesario que viniera aquí después de todo. Luke meneó la cabeza.

—Que vengas a Yavin 4 nunca es innecesario. ¿Qué querías que hiciera con esta información?

—Pensé que podrías ir a Coruscant y comunicársela a tu hermana. Es la jefe de Estado, por lo que probablemente se le ocurrirá alguna idea para evitar que haya problemas.

Luke formó un puente con las manos, practicando un ejercicio consciente de relajación para poder soportar mejor la temeraria manera de pilotar de Mara.

—Podrías haber ido allí directamente —dijo después—. Venir a Yavin 4 sólo para entregar un mensaje te obliga a desviarte bastante de tu ruta, ¿no? Mara respiró hondo.

—Quería hacerlo de la manera más discreta posible. Desde que estoy con la Alianza de Contrabandistas, he de moverme con sigilo. Mi relación con ellos no debería resultar demasiado obvia. Talon Karrde me enseñó esa lección.

—Comprendo —dijo Luke—. ¿Qué tal está Karrde? ¿Sigue retirado de los negocios?

—¡Ja! —exclamó Mara—. Unos cuantos meses de descanso bastaron para llevarle hasta el borde de la locura y el aburrimiento. Ha vuelto al trabajo y está más ocupado que nunca: tiene metidas las manos en tantos planes y maquinaciones extrañas que ya he perdido la cuenta.

Mara dirigió su esbelta y veloz nave hacia estribor en un apretado círculo y avanzó a toda velocidad por encima de las copas de los árboles, volviendo al Gran Templo.

—La otra razón por la que he venido aquí —siguió diciendo en un tono un tanto vacilante— es que de vez en cuando, por alguna razón desconocida… Bueno, hay momentos en los que casi me apetece volver a verte, Skywalker. No es algo que ocurra muy a menudo… pero hay momentos en los que ocurre.

—¿Y éste es uno de ellos? ——preguntó Luke.

—Lo era —respondió Mara—. Será mejor que me vaya antes de que la magia del momento se disipe del todo.

Luke se rió.

—¿Por qué no te quedas unas horas más? Todos los estudiantes se reunirán en el comedor para la cena. Necesitas algo mejor que unas cuantas raciones rancias.

Mara accedió mucho más deprisa de lo que había esperado Luke.

—De acuerdo —dijo—. Una cena rápida, y luego me largo de aquí.

Calista estaba sola en una mesa, removiendo su comida junto al asiento vacío en el que se sentaba normalmente Luke. Pero Luke se había ido para preparar los alojamientos de dos nuevos estudiantes con potencial Jedi que habían llegado en un transporte de la Nueva República.

Con la mente llena de una mezcla de desinterés y frustración, Calista contempló a los estudiantes Jedi que llenaban la pequeña sala de piedra. El más débil de ellos poseía poderes que no estaban a su alcance… al menos por el momento. Ver cómo iban desarrollando sus capacidades a medida que jugaban con sus habilidades para emplear la Fuerza le resultaba muy doloroso. Eso era algo que le estaba negado a pesar de que lo había intentado una y otra vez. Calista era ciega y sorda a la Fuerza.

—Eh, ¿te importa si me siento aquí? —preguntó Mara Jade, que llevaba su uniforme de vuelo y sostenía en las manos una bandeja de estofado con verduras.

Calista asintió con una inclinación de cabeza apenas perceptible, y Mara se dejó caer en el asiento y colocó su bandeja sobre la mesa. Después cogió una rebanada de pan y la usó para hurgar en su estofado.

—Supongo que es mejor que las raciones empaquetadas, pero ya veo que no tenéis ningún androide con programación de gastrónomo trabajando en vuestra cocina. —Los luminosos ojos verdes de Mara chispearon—. Así que tú eres la nueva dama de Skywalker, ¿eh?

Calista deseó poder leer las emociones ocultas detrás del rostro de Mara. La comerciante era muy hábil a la hora de disimular sus expresiones, y Calista no tenía ni idea de qué pretendía con aquella conversación.

Sus cuerpos eran similares en edad, pero Calista había nacido décadas antes que Mara Jade. Sus poderes habían desaparecido, pero había sido una Jedi cuyas capacidades sobrepasaban con mucho cualquier capacidad de disimulo que Mara pudiera llegar a poseer jamás. Calista había oído hablar de conexiones pasadas entre Mara Jade y Luke, y decidió que sería preferible que tomara la iniciativa.

—Sí, lo soy —respondió—. Y tú debes de ser Mara Jade. He oído hablar de ti.

Mara se limitó a asentir, y Calista enarcó las cejas.

——También he oído rumores de que hubo un tiempo en el que tal vez estuviste bastante interesada por Luke.

Mara volvió a dirigir un fruncimiento de ceño a su estofado, pero engulló un gran bocado. Lo tragó, tomó un sorbo y después dejó escapar una breve carcajada.

—¿Quién ha dicho que estuve interesada en Luke Skywalker? Cuando le vi por primera vez, lo que más deseaba en el universo su era matarle. Seguí pensando de esa manera durante mucho tiempo. —Se encogió de hombros—. A veces me sigue pareciendo que sería una buena idea. —Mara se metió un poco más de estofado en la boca y lo masticó lentamente——. No me parece que sea una base muy sólida para una relación a largo plazo, ¿verdad?

Calista meneó la cabeza.

—No, supongo que no lo es. —Incluso sin sus poderes Jedi, Calista no estaba muy segura de creer la respuesta de Mara—. Ahora ves mucho a Lando Calrissian, ¿no? Oí decir que siempre estabais juntos.

—¿Calrissian? Tienes que estar bromeando. —Mara se sonrojó y volvió la cabeza para tomar otro sorbo antes de que la tos pudiera crearle problemas con el estofado que se había apresurado a tragar—. En estos momentos seguimos siendo socios en un negocio muy provechoso. Explotamos las minas de especia de Kessel, pero creo que Calrissian estaba más interesado en perseguirme que en alcanzarme… lo que es una situación perfecta en lo que a mí concierne.

Mara se limpió las comisuras de los labios.

Bien, ha sido un placer conocerte. —Se levantó y alisó las arrugas de su traje de vuelo—. Saluda a Skywalker de mi parte. He de irme. Sólo he venido a traer un mensaje.

Mara se fue sin ni siquiera una inclinación de cabeza a los estudiantes Jedi, y Calista empezó a preguntarse cuál sería su misterioso mensaje.

CORUSCANT

CAPÍTULO 12

Luke partió del Jedi y fue con Calista a Coruscant, donde había concertado una audiencia privada con su hermana. Se reunió con Leia nada más llegar y le transmitió la información que le había traído Mara Jade. Añadida a lo que habían averiguado en las ruinas del palacio de Jabba, hacía que los rumores sobre un plan secreto de los hutts se volvieran más amenazadores. Leia ya había reforzado su red de espías con la esperanza de que eso le permitiría descubrir más pistas y detalles.

Calista estaba sentada junto a Luke en la opulenta sala de recepciones presidenciales y mantenía las yemas de sus dedos sobre su antebrazo, pero Luke no podía sentir el vínculo de su presencia a su alrededor. Era como si Calista no tuviera existencia dentro de la Fuerza.

Luke clavó la mirada en los ojos castaños de su hermana y fue resiguiendo el trazado de las casi imperceptibles arruguitas de cansancio que habían empezado a formarse alrededor de ellos. El peso del liderazgo suponía una carga terrible para ella. La Nueva República era muy grande y se hallaba muy dispersa, y estaba acosada por centenares de problemas, pequeñas disputas internas y crecientes amenazas… y además Leia tenía tres niños de los que ocuparse, así como un esposo.

—Tengo una petición que hacerte, Leia —dijo Luke—. He de pedirte un favor muy importante.

Leia se irguió en su asiento y miró primero a Calista y después a su hermano.

—La última vez que me pediste un favor querías que permitiera que Kyp Durron destruyera el Triturador de Soles. —Leia se mordió el labio inferior—. Pero supongo que al final todo salió bien, ¿no?

Luke se relajó un poco.

—Esta vez no se trata de nada tan monumental —dijo—. Calista y yo tenemos muchos asuntos pendientes que resolver entre nosotros. Necesitamos estar algún tiempo a solas para poder consagrar toda nuestra atención a reanimar sus poderes Jedi. Si recupera su capacidad de emplear la Fuerza, Calista podría ser tina de nuestras Jedi más poderosas. Podría enseñarme muchas cosas, Leia… Creo que la única manera de que podamos abrir una brecha en esa muralla que la rodea es que Calista y yo trabajemos juntos, y con la máxima intensidad. —Le cogió la mano—. Necesitamos estar una semana a solas para concentrarnos en la recuperación de sus poderes sin tener que estar pensando continuamente en un millar de problemas más. Sin distracciones, ¿entiendes?

Leia sonrió melancólicamente.

——Sé muy bien cómo te sientes… —Después se puso seria—. No puedo darte órdenes, Luke. No hay ninguna necesidad de que solicites mi permiso.

Leia miró a Calista, y Luke pudo ver que su rostro contenía todo un conflicto de emociones encontradas: la necesidad de ver feliz a su hermano, el deseo de que Calista volviera a ser su igual, y su propia necesidad de mantener concentrada la atención de Luke en la dura labor de adiestrar nuevos Caballeros Jedi para que protegieran a la Nueva República y la fortaleciesen.

Pero Leia amaba muchísimo a su hermano, y su elección estaba clara.

—Tomaos todo el tiempo que necesitéis. Os deseo el mayor de los éxitos. —Leia alzó la mirada—. Aunque quizá debería decir «Que la Fuerza os acompañe», ¿no?

Un rato más tarde, todavía cogidos de la mano. Luke y Calista fueron a la plataforma de atraque de la zona superior oeste del antiguo palacio imperial. Estar tan por encima del nivel del suelo hacía que la atmósfera fuese muy tenue, y la brisa era fría y cortaba la piel.

Luke dio un suave apretón a la mano de Calista, y ésta se lo devolvió con el doble de fuerza. Luke no podía captar las emociones de Calista mediante sus sentidos Jedi, pero aun así percibió su clara impaciencia mezclada con un poco de reluctancia. Calista compartía las grandes esperanzas que Luke había puesto en aquel viaje en solitario, pero también temía que pudieran fracasar.

Leia, con los pliegues de su túnica de gala ondulando y chasqueando a su alrededor, había venido a despedir a Luke y tenía cogidos de las manos a Jacen y Jaina, mientras que Han sostenía al pequeño Anakin encima de su cadera. El niño de cabellos oscuros abrió y cerró sus ojos azul hielo, absorbiendo ávidamente todo lo que le rodeaba.

Cetrespeó y Erredós también estaban acercándose a la plataforma, moviéndose no excesivamente deprisa aunque el peludo wookie les apremiaba a que fueran más rápido.

—Ten paciencia, Chewbacca —dijo Cetrespeó—. No puedo ir más rápido, ¿comprendes? Si hubieras sustituido los servomotores de mis piernas la semana pasada, tal como sugerí, podría desplazarme de una manera mucho más eficiente.

El wookie se volvió hacia el androide dorado y le respondió con un gruñido intraducible.

Calista esperaba junto a Luke sobre la rampa de acceso a un yate espacial de un modelo muy corriente y sin nada de particular. Luke la veía de perfil: su rostro esbelto y alargado y sus generosos labios, sus cabellos rubios de luminosos reflejos que habían sido salvajemente recortados y que aún estaban creciendo después de que fuera sometida a su corte de pelo reglamentario para convertirse en soldado de las tropas de asalto a bordo del Ojo de Palpatine… En una ocasión Han la había llamado «la rubia de las piernas interminables», y Luke tenía que admitir que esa descripción no podía ser más acertada.

Calista le parecía tan hermosa… Pero eso no era todo. Muchas mujeres eran hermosas. Con la Fuerza, Luke había podido ver el interior de Calista. La conocía de una

manera en la que resultaba imposible conocer a la inmensa mayoría de las mujeres. Se habían enamorado incluso antes de encontrarse, cuando Calista no había sido más que una presencia errante y fugitiva. Calista había pasado a habitar otro cuerpo y el cuerpo era muy hermoso, desde luego, pero Luke la habría amado de cualquier manera. Los dos habían vivido momentos maravillosos en los sueños de Luke antes de que Calista se manifestara dentro del cuerpo de una de las antiguas estudiantes de Luke.

Y mientras estaban esperando delante del yate espacial, Luke contemplaba a Calista y veía cómo observaba con un anhelo melancólico a los hijos de Leia y Han. Los labios de Calista no temblaban y sus ojos seguían estando muy abiertos y límpidos, pero Luke sabía con toda exactitud qué estaba pensando.

Los niños… Luke y Calista habían hablado de tener hijos si llegaban a casarse. Calista insistía en que Luke, siendo el primer Maestro Jedi de su época, debía tener hijos poderosos que hicieran florecer el auténtico linaje de los Jedi… suponiendo que se estuviera dispuesto a enfocar el amor desde un punto de vista tan frío e imperial, claro.

Calista encontraba aterradora la mera idea de que sus descendientes pudieran sufrir la misma ceguera a la Fuerza si tenían hijos mientras ella careciese de acceso a sus poderes. Pero a Luke le daba igual: quería a Calista y la deseaba, aunque ella se negara a escucharle cuando intentaba tranquilizarla al respecto. Su única posibilidad consistía en romper las cadenas invisibles que la envolvían y abrirse paso a través de aquel horrible muro transparente.

Leia fue hacia Luke para abrazarle. El viento empezó a soplar con más fuerza en las alturas, y las brisas cayeron sobre los ojos azules de Luke para llenárselos de lágrimas y revolvieron su cabellera, empujándola en todas direcciones. Luke se inclinó y estrechó a los niños contra su pecho en un afectuoso abrazo.

—Y ahora, ¿puedo abrazar a Calista? —preguntó Han, y fue hacia ella para darle un breve abrazo mientras Leia se reía. Chewbacca soltó un balido wookie y Han agitó la mano en una rápida negativa—. No, Chewie… Si quieres, puedes abrazar a Cetrespeó.

—¡Oh, qué idea tan espantosamente inconcebible! —exclamó Cetrespeó.

Luke puso los pies sobre la plataforma de acceso con Calista junto a él.

Erredós dejó escapar un silbido quejumbroso, y su receptor óptico pasó del rojo al azul.

—No te preocupes, Erredós —dijo Luke—. Disfruta de estos días que pasarás con Cetrespeó. Calista y yo tenemos que estar solos durante algún tiempo.

Erredós respondió con un bocinazo electrónico, y Cetrespeó puso una mano sobre la cúpula del androide astromecánico.

—¡Bah! —exclamó después con indignación—. Pues puedo asegurar que yo no veo ninguna necesidad de que una pareja de enamorados rechace la compañía de un fiel androide. No consigo imaginarme por qué necesitan estar totalmente solos. —Cetrespeó dio unas palmaditas sobre la cúpula de su compañero mecánico—. Vamos, Erredós. Ya encontraremos algo útil que hacer.

Los androides fueron hacia el turboascensor, y Luke y Calista volvieron a agitar las manos en una última despedida y se prepararon para el lanzamiento.

* * *

Cetrespeó y Erredós pasaron por nueve controles de seguridad a medida que el turboascensor iba descendiendo hacia las profundidades de la corteza de Coruscant.

—Resulta obvio que somos androides, ¿no? —murmuró Cetrespeó—. Soy sencillamente incapaz de entender por qué tienen que someternos a semejante serie de indignidades para llegar hasta aquí. ¡Detección de virus, nada menos!

Las puertas acabaron abriéndose con un silbido, y Cetrespeó y Erredós entraron en las cámaras esterilizadas que albergaban los palpitantes ordenadores gigantes del Centro de Información Imperial.

—¿Te acuerdas de cuando tú y yo estuvimos aquí tratando de encontrar candidatos Jedi para el amo Luke, Erredós?

Erredós respondió con un breve pitido. Lo recordaba, por supuesto.

—Me temo que esta vez no se trata de nada tan terriblemente emocionante, pero mientras estaba estudiando ficheros de seguridad para el ama Leia, descubrí algunos fallos de ordenador bastante inquietantes para los que no consigo encontrar ninguna explicación. No pude encontrar ningún rastro de ellos anterior al día en que ese horrible hutt llamado Durga vino a visitarnos y el caos se adueñó del palacio. Al principio me preocupaba la posibilidad de que nuestros esfuerzos mitigadores pudieran haber causado algún daño en los núcleos de datos, pero los diagnósticos habituales no mostraron ningún problema. No he querido hablarle del asunto al ama Leia porque estoy seguro de que aún está preocupada por esa catástrofe.

Erredós rodó sobre las relucientes losas del suelo. Los androides asesinos dirigieron los desintegradores instalados en sus cuerpos hacia los dos recién llegados en cuanto sus sistemas de puntería detectaron un movimiento lo suficientemente importante como para reaccionar a él. Una batería de cámaras de observación estudió con fría objetividad a Cetrespeó y Erredós desde la unión del muro y el techo.

—Este lugar me produce escalofríos… O, mejor dicho, me produciría escalofríos si tuviera la capacidad física de sentirlos —dijo Cetrespeó—. Dada mi naturaleza, siento una mera… incomodidad en mis circuitos, pero… En fin, Erredós, si pudieras ayudarme de alguna manera te quedaría considerablemente agradecido.

El androide astromecánico ya estaba accediendo a una terminal y había empezado a solicitar más detalles. La toma de datos de Erredós se introdujo en la salida principal y giró velozmente. Cetrespeó iba de un lado a otro con su habitual caminar envarado y torpe, sintiéndose visiblemente incómodo. Los androides asesinos les miraban fijamente. Los androides descodificadores no les prestaron la más mínima atención.

—¿Te gustaría que te contara una historia para pasar el rato, Erredós? —preguntó Cetrespeó.

Erredós respondió con un enfático trompetazo de negativa.

—¡Vaya, esto es realmente inaudito! —Cetrespeó se inclinó sobre un teclado y detectó algo de lo más sorprendente. El androide de protocolo puso las doradas puntas de sus dedos sobre el teclado y las apartó sosteniendo un pequeño mechón de pelos grisáceos—. Oh, cielos, me pregunto cómo habrán llegado hasta aquí… Se supone que esta sala siempre se mantiene meticulosamente limpia.

Cetrespeó examinó el suelo e inspeccionó la pared. Sus sensores ópticos acabaron siendo atraídos hacia una pequeña abertura de ventilación empleada por los gigantescos ventiladores que hacían circular el aire súper refrigerado y lo impulsaban hasta los niveles inferiores del Centro de Información. La placa protectora estaba separada del marco, pero la abertura era demasiado pequeña para que ninguna criatura inteligente hubiera podido pasar por ella. Cetrespeó se preguntó si el Centro de Información Imperial podría estar habitado por alguna clase de roedor.

Erredós soltó un silbido de alarma, y Cetrespeó fue hasta la pantalla en la que el androide astromecánico había empezado a repasar las grabaciones de vídeo de las cámaras de seguridad. La fecha de las imágenes indicó a Cetrespeó que el metraje había sido grabado mientras el séquito de Durga era recibido por la jefe de Estado en las salas que se encontraban muy por encima de ellos. Pero los sistemas del Centro de Información Imperial no habían registrado ninguna infracción de las reglas de seguridad, por lo que nadie se había tomado la molestia de hacer más que un rápido repaso rutinario de las grabaciones.

Erredós manipuló las imágenes, mejorando su calidad y ºamplificándolas mientras eliminaba las sombras mediante un proceso de saturación con luz virtual.

—¡Pero si estas criaturas me son familiares! —dijo Cetrespeó.

Un movimiento situado justo en el borde de la imagen delató la presencia de tres taurills peludos de múltiples brazos que salían velozmente de los conductos de ventilación y empezaban a subir por las consolas de los ordenadores.

—¿Qué están haciendo? —exclamó Cetrespeó—. ¿Cómo se las han arreglado para llegar hasta aquí abajo? Recuperamos a todas las mascotas, ¿no?

Erredós soltó un chorro de parloteo electrónico, y después congeló otra imagen que mostraba a los taurills introduciendo deliberadamente órdenes en un teclado.

—Esto es altamente sospechoso —dijo Cetrespeó.

Los androides contemplaron cómo los tres taurills completaban sus secuencias de órdenes y copiaban un archivo en un cilindro de datos, que luego escondieron entre su pelaje antes de volver a los pozos de ventilación moviéndose con la velocidad del rayo.

—Parece ser que han copiado algo de nuestros archivos. ¿Qué podían querer? —murmuró Cetrespeó—. ¡Por supuesto que me gustaría que lo averiguases! —replicó después de oír la réplica musical de Erredós—. ¿Por qué otra razón iba a traerte aquí, tonto cubo de basura silbador?

Erredós volvió a pasar las imágenes a cámara lenta para registrar las secuencias de órdenes de los taurills, y después las introdujo en el sistema. Los ficheros protegidos

mediante aquellas contraseñas empezaron a desfilar por la pantalla, y resultaron inmediatamente reconocibles. De hecho, en una ocasión Erredós había transportado aquellos complejos diagramas dentro de su estructura.

—¡Debemos advertir inmediatamente al ama Leia! —gimió Cetrespeó.

El androide de protocolo corrió hacia las puertas del turboascensor haciendo sonar una estridente alarma. Erredós le siguió sobre sus ruedas. Los androides asesinos se irguieron y dirigieron sus armas hacia ellos.

—¡Llamad a Organa Solo! ¡Avisad a la jefe de Estado! —gritó Cetrespeó—. Esto es una emergencia. El destino de toda la galaxia está en juego.

Los androides asesinos no parecieron nada impresionados, y Cetrespeó incrementó el volumen de sus circuitos vocales.

—¿Es que no lo entendéis? ¡Han robado los planos de la Estrella de la Muerte!

CINTURÓN DE ASTEROIDES DE HOTH

CAPÍTULO 13

Cuando Durga el Hutt volvió triunfante al cinturón de asteroides, Bevel Lemelisk fue llamado a la cubierta inferior de la nave de Minas Celestes Orko, donde Durga estaba sentado en la burbuja de observación contemplando las estrellas. Lemelisk entró en la cámara acompañado por dos guardias gamorreanos, que enviaron al científico hacia Durga con un gruñido gutural y después se fueron con su pesado y torpe caminar para atender otros deberes.

Durga yacía sobre unos enormes cojines. Un sintetizador musical emitía extrañas notas discordantes que formaban una melodía de fondo rechinante pero hipnótica. Humaredas azules y rosadas ondulaban de un lado a otro como dedos en continua transformación a medida que los intercambiadores de aire de los dos extremos de la sala se alternaban en su función. El humo estaba impregnado por un acre olor a incienso, pues contenía un débil narcótico que afectaba a los hutts, pero que no produjo más efecto en Lemelisk que el de provocarle una sensación de ardor en las fosas nasales.

La risa atronadora de Durga retumbó por toda la burbuja de observación.

—¡Ah, Lemelisk, ya está aquí!

El general Sulamar se levantó del sillón en el que había estado sentado y alisó su uniforme, deslizando sus nudillos sobre las tintineantes hileras de medallas que cubrían su pecho.

—Le estábamos esperando, Lemelisk —dijo.

Durga se volvió hacia el imperial para fulminarle con la mirada.

—Usted esperará todo el tiempo que a mí me dé la gana, general Sulamar —dijo secamente el hutt—. Empezaremos cuando yo desee empezar.

—Sí, noble Durga —dijo Sulamar.

El imperial se apresuró a inclinarse ante el hutt y retrocedió un poco. Su rostro se volvió tan blanquecino como un queso viejo, y clavó la mirada en Lemelisk como si el científico hubiera hecho algo terriblemente incorrecto.

Lemelisk centró su atención en Durga, quien era el enemigo/aliado más importante en aquellos momentos.

—¿Ha conseguido los planos de la Estrella de la Muerte, noble Durga?

Lemelisk sintió que el corazón le subía velozmente hasta la garganta, y se frotó el vello de las mejillas y el mentón y se rascó los mechones de blancos cabellos que cubrían su cabeza sin darse cuenta de lo que hacía. Había trabajado durante mucho tiempo en aquellos planos y había dedicado una gran parte de su vida a ellos, primero trabajando con Qwi Xux en la Instalación de las Fauces para desarrollar el concepto y el prototipo, y

luego utilizando los recursos del Imperio durante muchos meses para construir la primera de las gigantescas estaciones de combate.

La enorme boca de Durga se estiró hacia arriba con tanta flexibilidad como si fuese de goma. El hutt alargó una de sus manecitas y metió el cilindro de datos en un lector medio escondido entre los cojines que había junto a él. El proyector empezó a brillar y envió haces de luz a través de la humareda azul y rosa. Un diagrama esquemático de los primeros planos de Lemelisk apareció en el aire, y el proyector mostró una esfera tridimensional cuya lenta rotación permitía ver capas y más capas de planos de cubiertas, centros de ordenadores, instalaciones defensivas, áreas de almacenamiento de energía… y el súper láser destructor de planetas que ocupaba todo el eje de la estación de combate.

El general Sulamar se restregó las manos, y su rostro volvió a parecer el de un muchacho. Su sonrisa le daba el aspecto de un roedor de cara estrecha y alargada.

—Excelente ——dijo— Los trabajos deben empezar al instante.

Durga se volvió hacia él y le contempló con el ceño fruncido.

—General Sulamar, soy yo quien está al frente de este proyecto.

—Por supuesto, noble Durga —dijo Sulamar… pero sus ojos permanecieron codiciosamente clavados en los planos de la Estrella de la Muerte.

Bevel Lemelisk decidió explotar aquel momento en ventaja propia.

—Noble Durga, si se me permite hacer una pregunta… ¿Cuál es el propósito exacto de la presencia del general imperial entre nosotros?

Sulamar irguió los hombros en un movimiento idéntico al de un pájaro resoplador cuando estaba irritado y se volvió hacia Durga.

—Aporto prestigio imperial a su proyecto. Utilizaré mis conexiones para obtener algunas de las cosas que necesita y los códigos de seguridad que debe poseer. Y cuando inicie su reinado del terror hutt por toda la galaxia… —Sulamar sonrió—, piense en cuánto más efectivo resultará si está acompañado por el famoso y temido general Sulamar, el Azote de Celdaru, el hombre que llevó a cabo con éxito la Masacre de Mendicat sin perder ni un solo soldado de las tropas de asalto. Tenía un centenar de mundos en mi mano… y la cerré. Toda la galaxia aprendió a temblar ante la mención de mi nombre.

Lemelisk frunció el ceño. No quería seguir insistiendo en aquel tema, pero la verdad era que nunca había oído hablar de Sulamar anteriormente. Había pasado mucho tiempo aislado en la Instalación de las Fauces, desde luego…

Volvió a contemplar el esquema luminoso de la Estrella de la Muerte. Sólo veía la capa externa de la proyección, pero conocía muy bien la profundidad y complejidad de aquellos planos. Su corazón empezó a latir más deprisa, y la excitación hizo que su piel volviera a adquirir un color sonrosado.

¡Por fin tenía un nuevo proyecto al que podría dedicar todas sus energías! Lemelisk sonrió y se maravilló ante el diseño, y se acordó de la primera vez en que lo había enseñado.

—Magnífica —había dicho el Emperador, el rostro oculto dentro de su negro capuchón mientras contemplaba los planos de la Estrella de la Muerte que le habían presentado el Gran Moff Tarkin y Bevel Lemelisk.

—Sí, será un auténtico terror tecnológico —dijo Tarkin.

Delgado y de apariencia cruel, Tarkin estaba en posición de firmes junto a su Emperador mientras inclinaba la cabeza hacia la imagen.

Lemelisk y Qwi Xux, su ingenua pero brillante colaboradora, habían diseñado una estación de combate que pondría un poder temible en las manos de un solo comandante. Tarkin había quedado encantado con el concepto, los planos y el prototipo, y el resultado de todo ello fue que había sacado a Lemelisk de la Instalación de las Fauces para que presentara personalmente la idea al Emperador.

—Explícame en qué consiste —dijo el Emperador.

Palpatine extendió las manos hacia el resplandor de la simulación y las líneas se doblaron y se deformaron, enroscándose alrededor de sus dedos engarfiados. Lemelisk nunca había visto reaccionar de aquella manera a un holograma con anterioridad: era como si la misma imagen estuviera intentando huir del roce del Emperador.

El científico se quitó la transpiración de las palmas frotándoselas en la camisa y empezó a hablar a toda prisa, nervioso ante la presencia de Palpatine pero todavía más excitado al tener la ocasión de hablar de su gran idea.

—Esta estación de combate tendrá el tamaño de una luna pequeña, unos cien kilómetros de diámetro —dijo—, y contendrá una sola arma de destrucción masiva. Nos obligará a emplear al límite todas nuestras habilidades constructoras, pero yo seré el ingeniero jefe del proyecto y estoy seguro de que podré completar la tarea personalmente.

Los ojos de reptil del Emperador se clavaron en él. Lemelisk se volvió hacia los planos proyectados en el aire y deslizó las manos sobre las capas superficiales.

—La Estrella de la Muerte contará con blindaje planetario, baterías turboláser superficie-aire, una capacidad sensora de trescientos sesenta grados, potentes rayos tractores multidireccionales y cañones iónicos de gran calibre.

—Impresionante —dijo el Emperador con voz gélida—, ¡pero sólo si nuestros enemigos caen sobre nuestro regazo! ¿Cómo se supone que va a moverse esa cosa?

—¡Ah! —Lemelisk alzó un dedo y señaló el ecuador del diagrama—. La Estrella de la Muerte está equipada con gigantescos motores que la propulsarán tanto por el espacio normal como por el hiperespacio. Esta estación podrá ir a cualquier lugar que deseemos. —Sus ojos se iluminaron, y Lemelisk bajó la voz hasta dejarla convertida en un murmullo infantil—. El súper láser es lo bastante potente para destruir mundos enteros. Un solo disparo puede convertir un planeta en una nube de restos.

El Gran Moff Tarkin se inclinó y carraspeó para aclararse la garganta.

—La Estrella de la Muerte será una guarnición autónoma cuyo único propósito consistirá en imponer vuestro Nuevo Orden —dijo—. Es exactamente el arma del apocalipsis que me pedisteis que creara, mi Emperador.

»Su dotación se aproximará a un millón de tripulantes entre oficiales, personal de apoyo y soldados de las tropas de asalto. Puede que resulte enormemente cara de construir —siguió diciendo Tarkin—, pero esta única Estrella de la Muerte equivaldrá a un millar de Destructores Estelares. La mera amenaza de esta estación de combate hará que cualquier turba tiemble de terror, pues no pueden tener absolutamente ninguna defensa contra ella.

El Emperador se inclinó hacia adelante para volver a contemplar los planos. Bevel Lemelisk nunca había oído una risa de la que pudiera decirse que no había nada de humano en ella… pero ése fue exactamente el sonido que oyó salir de los labios de Palpatine.

Y las carcajadas que dejaron escapar Durga el Hutt y el general Sulamar hicieron que Lemelisk se acordara de Palpatine.

Sulamar cogió una tablilla personal de datos y tecleó en ella un resumen, que después estudió atentamente.

—Noble Durga —dijo—, me complace anunciar que el segundo par de Explotadores de Mineral Automatizados, los modelos Gamma y Delta, están en condiciones de operar y han sido reprogramados… —lanzó una mirada llena de malevolencia a Bevel Lemelisk— para eliminar los defectos fatales que aquejaban al par original. Los procesadores han empezado a explotar los recursos del campo de asteroides y están fundiendo materiales en este mismo instante.

Durga asintió con su enorme cabeza y abrió y cerró sus ojos de rana. Las ventanillas instaladas a intervalos regulares alrededor de la burbuja de observación mostraban los chorros de luz que brotaban de las masas rocosas del campo de asteroides mientras seguían sus locos cursos, lanzando destellos cuando sus superficies irregulares giraban y reflejaban la lejana luz del sol de Hoth.

—No podemos permitirnos más retrasos —dijo Durga, señalando a Bevel Lemelisk con uno de sus gordos dedos. Sacó el cilindro de datos del lector, y los diagramas resplandecientes se esfumaron entre las volutas de humo narcótico—. Quiero que esos nuevos diseños tuyos funcionen, Lemelisk… y asegúrate de que no cometes errores estúpidos como hiciste con los Explotadores de Mineral. —El hutt rió con una alegría aterradoramente salvaje—. No me gustaría tener que ejecutarte si me decepcionas.

Lemelisk reaccionó a la amenaza con un estremecimiento totalmente desproporcionado a su magnitud. Cogió el cilindro de datos de la mano viscosa del hutt y sostuvo los ficheros junto a su pecho.

—Sí, noble Durga.

Después le hizo una reverencia y fue retrocediendo rápidamente hasta salir de la burbuja de observación. Lemelisk fue corriendo a sus habitaciones: ya estaba sonriendo de oreja a oreja, y ardía en deseos de empezar a trabajar.

CAPÍTULO 14

Bevel Lemelisk exigía un silencio absoluto mientras trabajaba. Había bloqueado las cerraduras de sus habitaciones, con la esperanza de que así podría evitar que los guardias gamorreanos entraran de repente o empezaran a golpear su puerta sin darse cuenta de que se habían equivocado de camarote.

Se instaló en una tambaleante silla metálica. Lemelisk la había tirado en un acceso de ira cuando no pudo terminar su rompecabezas cristalino tridimensional. Obtener la solución correcta significaba mucho para Bevel Lemelisk, y el fracaso le disgustaba tremendamente… aunque siempre era preferible fracasar en privado a hacerlo mientras había otras personas mirando.

Cuando se dio cuenta de que llevaba casi un día entero sin comer, Lemelisk se había preparado una comida rápida con un alto contenido proteínico y había colocado el plato lleno de puré anaranjado junto a él encima del banco de trabajo. No era un alimento que le gustara especialmente, pero en realidad el comer no tenía más importancia que la de un acto necesario para proporcionar nuevo combustible a su maquinaria mental. Aun así, en cuanto hubo insertado un cilindro de datos en la terminal y empezó a trabajar, Lemelisk se olvidó por completo de la comida.

La imagen surgió de la nada delante de él: una gigantesca estación de combate esférica detalladamente mostrada cubierta tras cubierta y componente tras componente. Sólo Lemelisk conocía su verdadera complejidad.

Empezó a eliminar las capas exteriores del diagrama holográfico, suprimiendo niveles innecesarios, simplificando la construcción y adaptándola a las necesidades de los hutts. Si eliminaba todo el relleno imperial innecesario y suprimía las superestructuras y los habitáculos del personal, Lemelisk podría crear un arma con mucha más energía consagrada a la destrucción pura.

El diagrama del núcleo principal del súper láser brillaba delante de él con un sinfín de líneas luminosas indicando la situación de las vigas de soporte: la pureza del diseño de su súper láser había quedado revelada al hacer desaparecer el cascarón exterior. Sí, era mucho mejor así.

Lemelisk entrecerró los ojos y se acercó un poco más a la proyección, recordando lo emocionado que se había sentido mientras contemplaba la zona de construcción de la primera estación de combate…

El Gran Moff Tarkin había llegado al lugar en el que se estaba construyendo la Estrella de la Muerte a bordo de una lanzadera de carga de la clase Lambda. Él y Lemelisk estaban sentados en los asientos de pasajeros y discutían asuntos muy importantes mientras el esclavo alienígena de Tarkin, un calamariano llamado Ackbar, pilotaba la nave dirigiéndola hacia aquella enorme masa de vigas y maquinaria de construcción cuyas dimensiones superaban a las de cualquier estación espacial jamás concebida.

Lemelisk no podía entender por qué Tarkin pasaba tanto tiempo con el alienígena de piel color rosa salmón, que siempre le había parecido bastante desagradable debido a sus grandes ojos redondos y el olor a pez que desprendía. Tarkin había aplastado Mon Calamari y había obligado a aquellas extrañas criaturas a servirle. Después había convertido a Ackbar en su sirviente personal como otro medio de humillarle y herirle, atormentándole con los deberes que tanto odiaba.

Ackbar, completamente doblegado, obedecía dócilmente todas las órdenes de Tarkin. El calamariano pilotaba la lanzadera de la clase Lambda con una apática competencia, haciéndoles de chófer con el mínimo entusiasmo posible. El alienígena apenas reaccionaba a lo que le rodeaba, pero aun así Lemelisk se dio cuenta de que Ackbar parecía estar pendiente de cada palabra que decía Tarkin, como si estuviera almacenando información para luego darle cualquier posible uso que un esclavo pudiera encontrar a esos datos.

El astillero espacial en el que se estaba construyendo la Estrella de la Muerte orbitaba el mundo penal de Despayre, en el sistema de Horuz. Los territorios del Borde Exterior eran el coto personal de Tarkin… y Tarkin cazaba en ellos con la máxima frecuencia y salvajismo posibles. El mundo que flotaba debajo de su lanzadera era de un color verde oscuro a través del que se distinguían las fisuras azules y marrones de los ríos y los mares de poca profundidad. Despayre parecía excesivamente tranquilo para ser un infernal planeta prisión, pero Lemelisk sabía que las junglas prehistóricas de aquel mundo eran un hervidero de temibles insectos y depredadores, plantas venenosas y crustáceos carnívoros. Los convictos se acurrucaban dentro de los muros de sus fortalezas, esperando no ser exilados nunca al salvaje exterior.

La colonia penal proporcionaba una fuerza laboral más que dispuesta a trabajar en la construcción de la Estrella de la Muerte. Las listas de voluntarios contenían cinco veces más hombres de los que podían llegar a caber en el astillero, y la consecuencia de todo ello era que los trabajadores de la instalación espacial se habían convertido en un recurso que podía ser consumido y sustituido sin ninguna dificultad… pero por desgracia los trabajadores también eran apáticos y estaban faltos de educación, y carecían del adiestramiento necesario para el tipo de sofisticadas labores que exigía el proyecto.

Lemelisk dirigía las operaciones rutinarias desde su cómoda estación de control remoto. Como ingeniero en jefe, examinaba los informes sobre los progresos diarios para asegurarse de que todos los componentes encajaban correctamente. Pero prefería no exponerse directamente a los peligros de la zona de construcción: Lemelisk no era uno de esos directivos que se ensucian las manos.

Pero en aquel momento, mientras Ackbar pilotaba la lanzadera de la clase Lambda en un vector de aproximación directo al bosque de vigas, Lemelisk miró a su alrededor y vio los brillantes destellos de los soldadores láser y los extremos relucientes de las planchas de duracero recién templadas que emergían de las plantas procesadoras. Los hilillos de humo negro y el resplandor del calor residual se iban difundiendo por el espacio. El vapor brillaba en un diluvio de cristales de hielo diamantino.

Cuando la Estrella de la Muerte estuviera terminada, el mundo de Despayre quedaría envuelto en una capa de restos industriales que girarían a su alrededor en una órbita de gran altura como efecto colateral de los trabajos. Por desgracia para los convictos, los restos harían prácticamente imposible llegar hasta la colonia penal. Despayre se convertiría en un planeta inaccesible y los prisioneros tendrían que arreglárselas por sí solos… hasta que se acabaran los suministros y las feroces junglas llegaran a las fortalezas penales.

—Está haciendo grandes progresos —dijo Tarkin mientras miraba por la ventanilla.

Lemelisk hizo crujir sus nudillos.

—Impresiona, ¿verdad?

Había visto los planos muchísimas veces y conocía de la manera más íntima imaginable todos los detalles, pero aun así la zona de construcción seguía dejándole sin respiración y le hacía sentir que todos sus años en la Instalación de las Fauces habían valido la pena. El pequeño prototipo de la Estrella de la Muerte también había sido asombroso, pero en realidad sólo era un modelo para poner a prueba el concepto básico. Funcionaba, pero no era la auténtica estación de combate que había ideado.

—Enviaré mi informe al Emperador —dijo Tarkin—. Siga trabajando tan bien como hasta ahora, ingeniero Lemelisk.

La lanzadera de la clase Lambda siguió avanzando a través del complejo enrejado de la Estrella de la Muerte y acabó saliendo por el otro lado para iniciar una lenta órbita del perímetro externo de la construcción. El ojo de centrado del súper láser se abrió ante ellos como un gigantesco cráter de meteorito. Ackbar permanecía silencioso e inmóvil en el sillón de pilotaje. El alienígena no parecía demasiado feliz ante la magnificencia de la nueva arma.

Lemelisk sonrió mientras la lanzadera viraba y volvía a la base. Todo iba a la perfección. Estaba viendo cómo sus sueños iban cobrando vida, y hacía años que no se sentía tan bien.

Lemelisk presentó el diseño modificado a Durga el Hutt mientras el general Sulamar inspeccionaba cada paso del proceso con su característica brusquedad e iba mirando por encima del hombro del ingeniero. Lemelisk fue hablando mientras el general se pegaba a él, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos. El científico anhelaba una oportunidad de asestar un golpe «accidental» al estómago del general con su codo.

—Como ya saben, el diseño original consistía en una esfera gigante —dijo—, cuyo propósito principal era albergar el súper láser. La estructura general, las cubiertas y el cascarón exterior también lo convertían en una guarnición móvil para uno de los despliegues más grandes de tropas jamás llevados a cabo por el Imperio.

Durga, que estaba recostado sobre su plataforma flotante, se estiró para coger un puñado goteante de una gelatinosa sustancia azul de un cuenco y lo sorbió con su lengua y sus enormes y musculosos labios.

—Mmmm hmmmm —dijo——. Sí, todos sabemos eso.

—Pero ustedes no necesitan todo ese espacio desperdiciado —dijo Lemelisk—. No necesitan espacio habitable para un millón de tripulantes. No necesitan hangares de cazas TIE, escuadrones de apoyo, docenas de puertos de atraque… Lo único que quieren es el arma en sí.

El estómago de Lemelisk emitió un gruñido. El científico deseó haber comido, aunque por lo menos esta vez se había acordado de afeitarse. Se acarició el vello del mentón… ¿o era ayer cuando se había afeitado? Lemelisk parpadeó y después carraspeó para aclararse la garganta. Hizo aparecer sus planos modificados en el proyector holográfico, y después señaló el nuevo diagrama.

—Como pueden ver, he reducido las dimensiones del casco exterior y al mismo tiempo he incrementado la potencia. En el diseño de la Estrella de la Muerte original, el súper láser formaba el eje de la esfera. Toda la energía del núcleo reactor se dedicaba a crear cada disparo.

»En este diseño he tomado el súper láser… —la imagen proyectó el tallo de lentes de centrado y multiplicadores de alta energía— y lo he colocado dentro de una estructura cilíndrica. Su nueva arma consistirá únicamente en el súper láser rodeado por un casco blindado, con las capacidades navegacionales necesarias y un pequeño anillo exterior de habitáculos. Incluso con unos sistemas secundarios tan reducidos, esta nave podría transportar a centenares de hutts junto con sus séquitos personales.

—Pero ¿dónde está el ojo de centrado del láser? —preguntó Sulamar, juntando las manos detrás de la espalda e inclinándose hacia adelante.

Lemelisk creyó ver una oportunidad de hacerle retroceder mediante un empujón de su afilado codo, pero el general se hizo a un lado para contemplar los planos desde una perspectiva distinta.

Lemelisk suspiró y respondió.

—Fíjese en el extremo del cilindro. He desplazado el ojo de centrado de tal manera que el haz puede surgir directamente del extremo, con lo que ese disparo directo a través del súper láser nos permite obtener un índice de conversión de energía más elevado que antes. Podemos proporcionar más potencia a nuestro ataque.

Los planos se hicieron más detallados y nítidos y acabaron convirtiéndose en una simulación del arma terminada, un negro cilindro blindado que giraba en el espacio. La secuencia de animación empezó a desarrollarse y la nueva arma disparó, y un haz resplandeciente brotó de un extremo del tubo.

El general Sulamar asintió.

—Parece una de esas armas de los antiguos Jedi… una espada de luz —dijo.

Lemelisk sonrió, un poco sorprendido al ver que el pomposo general imperial había sido capaz de percibir la conexión.

—Sí —dijo—. Ahora comprenden por qué elegí como nombre en código para su arma el de Proyecto Espada Oscura, ¿verdad?

Durga soltó una risita de placer.

—Un buen nombre, ingeniero.

Sulamar permanecía rígidamente inmóvil mientras reflexionaba sobre las posibilidades del arma. Sus facciones se fueron tensando en una nerviosa mueca de impaciencia.

—Con un arma semejante seremos invencibles. —Se volvió hacia Durga y le sonrió con una sonrisa lobuna—. Podremos obtener dinero en concepto de protección, impuestos… lo que sea. Podremos tener como rehenes a sistemas enteros. Nadie será capaz de oponérsenos.

Durga sonrió con sus enormes labios de hutt y sorbió otro puñado de la pegajosa gelatina azul.

—¡Podremos convertirnos en los dueños y señores de toda la galaxia! Bevel Lemelisk desconectó el sistema de animación e hizo desaparecer los diagramas luminosos.

—Sí, noble Durga… probablemente podrán hacerlo.

CORPORACIÓN MULAKO CANTERA DE AGUA PRIMORDIAL

CAPÍTULO 15

Estaban en el hiperespacio e iban hacia un destino que Luke Skywalker esperaba fervorosamente se convertiría en el lugar donde se descubrirían a sí mismos, dirigiéndose hacia un momento en el que quizá volvería a encontrar aquel compartir interior que había experimentado con Calista.

Luke se recostó en el asiento de pilotaje del yate espacial con el que habían salido de Coruscant. Dejó escapar un suspiro de tranquila satisfacción, feliz de estar a solas con Calista sin preocupaciones, sin presiones y sin más misión que la de volver a encontrar su capacidad para emplear la Fuerza. Volvió la mirada hacia Calista, que estaba sentada junto a él, y Calista se la devolvió con sus impenetrables ojos grises. Unas puertas invisibles se habían cerrado de repente y sólo le permitían ver a Calista tal como la veían los demás, sin las claves y misterios añadidos de la Fuerza.

Calista sonrió, y Luke sintió deseos de besarla. Sus cortos cabellos rubios mostraban franjas de un color más oscuro, como un castaño teñido de malta, que daban una nueva y salvaje hermosura a su apariencia.

—Ele elegido un sitio especial —dijo Luke—. Es un lugar magnífico. Creo que te gustará.

Calista se encogió de hombros.

—Tú eres el Maestro Jedi. Guíame y te seguiré. Luke enarcó las cejas.

—Eso no suena muy propio de la Calista de la que me enamoré. Calista le estrechó la mano.

—Pues entonces vayamos en busca de esa Calista y volvamos con ella.

La nave seguía avanzando a través del hiperespacio, siguiendo su curso automatizado. Luke se levantó de su asiento y extendió la mano. Calista se levantó. Era alta, tenía las piernas muy largas y era muy atractiva. Luke se inclinó hacia adelante y rodeó delicadamente sus mejillas con las palmas de sus manos, sosteniendo el rostro de Calista entre ellas mientras la miraba a los ojos.

Calista le devolvió la mirada sin parpadear.

—¿Estás intentando sondearme con la Fuerza?

Luke movió la cabeza en una negativa casi imperceptible, pero no apartó los ojos de su rostro.

—No —dijo—. Sólo quería mirarte.

Pero el momento ya se había esfumado. Luke le tomó la mano y la llevó a la pequeña sala que había detrás del compartimiento de pilotaje.

—Vamos a probar unas cuantas cosas —dijo—. Quiero usar algunas técnicas de aprendizaje que dieron muy buen resultado con los otros estudiantes Jedi.

—Pero ya las hemos probado —dijo Calista con visible frustración.

—No de esta manera —respondió Luke—. Eres distinta de mis otros estudiantes… dejando aparte el hecho de que te amo, por supuesto —añadió con una maliciosa sonrisa—. Ya has recibido el adiestramiento de los Caballeros Jedi. Conoces las técnicas, y lo único que ocurre es que ya no puedes usarlas. Pero hay una cosa que todavía puedes utilizar.

—¿Cuál? —preguntó Calista, no entendiendo qué podía haber planeado para ella.

Luke fue hasta el compartimiento mural rectangular donde guardaba sus objetos personales y sacó dos cilindros. Arrojó uno a Calista, y la joven lo pilló diestramente al vuelo.

—Vamos a hacer un poco de esgrima con las espadas de luz —dijo—. Eso hará que vuelvas a moverte y a pensar como una Jedi. Puede que eso sea un comienzo.

Luke conectó su arma, y la hoja de energía verdosa surgió de la empuñadura.

Calista bajó la mirada hacia su espada de luz, sintiéndose un poco intimidada.

Luke sonrió para darle ánimos.

—Vamos, vamos… No te estoy pidiendo que desvíes rayos desintegradores con los ojos cerrados. Vigílame, y anticípate a mis movimientos. No tienes que usar la Fuerza: basta con que utilices tus ojos y tus reflejos.

Calista respiró hondo. Sus ojos brillaron con un destello de determinación, y conectó su arma. La mezcla de chasquido y siseo de las dos hojas crepitó en el pequeño recinto de la sala. La espada de luz de Calista brillaba con el luminoso resplandor amarillo solar del topacio, y su mirada fue más allá de la hoja resplandeciente para posarse en el rostro de Luke.

—Ya sabes que esto es peligroso, ¿no? —dijo.

Luke cruzó su hoja con la de ella, poniéndola a prueba y presionando hasta unir las dos espadas de luz con un chisporroteo de energía bruscamente liberada. Cuando le respondió, su rostro ya estaba muy serio.

—Sé que es peligroso, Calista… pero debemos correr ese riesgo. Podríamos descubrir alguna pista que nos permita devolverte a nosotros.

Luke retrocedió, levantó la hoja y atacó. Calista alzó su espada de luz para bloquear el golpe, empezando a dejarse absorber por el enfrentamiento.

—Son armas mortíferas —dijo Luke—, pero también son la mejor manera de poner a prueba tu habilidad.

Calista atacó a su vez, y una sonrisa traviesa iluminó su rostro cuando aceptó el desafío. Luke tuvo que actuar muy deprisa para detener sus golpes. Rió y aumentó la intensidad de su ofensiva. Calista la igualó movimiento por movimiento.

Aquella sesión de esgrima con Calista también suponía un desafío para Luke, pues con cualquier otro enemigo habría podido utilizar la Fuerza para percibir los estados emocionales y detectar los sutiles cambios que anunciaban movimientos inminentes, ataques inesperados y trucos sucios. Pero Calista era un desconcertante vacío para él, un hueco en el que no había absolutamente nada… y eso la convertía en una digna oponente.

Calista no podía percibir los movimientos o los planes de Luke, pero él tampoco podía percibir los suyos.

Siguieron librando su duelo, sintiendo cómo sus músculos vibraban con el esfuerzo, la repentina liberación de energías y emociones y la alegría de ponerse a prueba el uno al otro. Luke rió y siguieron luchando, con destellos luminosos llenando el aire y las espadas de luz siseando cada vez que él y Calista se atacaban. El simulacro de batalla prosiguió durante casi una hora.

El rostro de Calista estaba iluminado por una expresión de abierta fascinación, y mostraba con toda claridad la inmensa alegría que sentía al poder encontrar de nuevo una porción de su antigua identidad Jedi. Calista no había utilizado una espada de luz desde que volvió a la vida dentro de aquel nuevo cuerpo, y en aquel instante —aunque Luke seguía sin poder percibir ningún contacto entre ella y la Fuerza— estaba recobrando una parte muy importante de la confianza en sí misma que había perdido.

Las hojas de energía se cruzaron y Calista y Luke se miraron a los ojos y empujaron con todas sus fuerzas, sin que ninguno de los cediera ni un milímetro: habían llegado a una situación de tablas imposible de romper. Gotitas de sudor perlaron la frente de Luke hasta que acabó apartando la mirada de los ojos de Calista, retrocedió y apagó su espada de luz. Calista también apagó la suya.

Y después, riendo, fueron el uno hacia el otro y permanecieron abrazados durante un rato.

Calista se sentó en el sillón de pilotaje para hacer su turno en los controles, y los dos se pusieron el arnés de seguridad y contemplaron los datos de las pantallas. Luke no paraba de volver la cabeza hacia ella.

—Estamos a punto de salir del hiperespacio —dijo.

Calista deslizó la yema de un dedo a lo largo de su mentón.

—Me muero de impaciencia por ver ese sitio tan misterioso al que me estás llevando.

La cuenta atrás del ordenador de navegación llegó a su fin, y los remolinos de colores cobraron una súbita nitidez cristalina y se precipitaron velozmente por un gigantesco embudo de negrura para convertirse en luminosas estrellas suspendidas sobre el negro telón del espacio. Un sol anaranjado de tamaño mediano flotaba cerca de ellos. Las brillantes esferas de varios planetas avanzaban por sus senderos orbitales dentro del pozo de gravedad.

—Ahí —dijo Luke, señalando con un dedo.

Contempló la expresión de Calista mientras detectaba la forma hinchada de un cometa periódico cuyos gases se evaporaban en el espacio, desprendiendo una coma y una larga cola borrosa a medida que se iba aproximando al sol.

—¿Un cometa? —preguntó Calista—. Estamos terriblemente cerca. Luke asintió e intentó ocultar una sonrisa.

—Sí, Calista —respondió—. Ahí es adonde vamos.

CAPÍTULO 16

Mientras Calista le observaba, con sus ojos grises iluminados por la curiosidad, Luke fue acercando el yate espacial al cometa vagabundo. Entró en la coma nebulosa donde las partículas de gases y las estelas iónicas centellearon al chocar con sus escudos, causando estallidos de estática en el sistema de comunicaciones.

—Ésta es la Cantera de Agua Primordial de la Corporación Mulako —explicó Luke—, un cometa periódico de largo término que vuelve aproximadamente cada siglo. En estos momentos se halla muy cerca de alcanzar su punto de máxima proximidad al sol, y estamos en la temporada alta del turismo.

El yate espacial siguió acercándose a la esfera llena de irregularidades y protuberancias envuelta en una cola de vapor congelado. Luke fue señalando las masas cuadradas de las máquinas que se arrastraban sobre la superficie opaca para llevar a cabo las operaciones de minería en el hielo. Géiseres de gas lanzaban sustancias volátiles al espacio allí donde la débil gravedad del cometa no era capaz de retenerlas, creando una tenue cola que se iba esparciendo a lo largo de la órbita del cometa.

—Pero ¿qué hacen aquí? —preguntó Calista—. Nunca había oído hablar de este sistema.

—Eh, te has pasado décadas atrapada dentro de un ordenador —replicó Luke.

—No me lo recuerdes —dijo Calista.

—Durante la mayor parte de la órbita del cometa —le explicó Luke—, la corporación minera va recogiendo el agua en forma de hielo, almacenándola y destilándola. Después la venden, cobrando precios muy elevados, a los gourmets y los altos cargos a los que les encanta poder exhibirse demostrando que sólo se conforman con lo mejor de lo mejor. Estamos hablando de agua absolutamente pura que nunca había sido tocada o reciclada a través de formas de vida orgánica. —Luke se encogió de hombros—. El agua es químicamente idéntica a cualquier otra, por supuesto, pero eso no lo mencionan en sus anuncios.

—Sí, pero… Bueno, ¿por qué elegiste este lugar? —preguntó Calista.

La Cantera de la Corporación Mulako les envió una baliza de orientación, y el ordenador de guía de Luke centró sus lectores en ella y fue llevando su nave hacia una cavernosa abertura rodeada de luces —amarillo brillante alternándose con púrpura oscuro, rojo fuerte y algunas que parecían casi negras— transmitidas para aquellos clientes cuyos ojos veían en partes distintas del espectro luminoso.

—Cuando está cerca del perihelio —siguió explicando Luke—— el cometa se convierte en uno de los centros turísticos más exclusivos de este sector. El clima se va volviendo más cálido, una parte de las sustancias volátiles lo suficientemente grande como para formar una atmósfera respirable se evapora del hielo, y la gente puede vivir dentro de esa bola de nieve. Es algo muy inusual. Pensé que tal vez te gustaría… Y además, aquí nadie nos encontrará nunca.

Su yate entró por la abertura y fue dejando atrás luces indicadoras cuyos haces brillaban con tanta potencia como espadas de luz a través de las densas capas de neblina que se iban desprendiendo de la superficie del cometa.

—El gran atractivo de este lugar es su transitoriedad, por supuesto —siguió explicando Luke—. La Corporación Mulako explota el cometa en cada órbita a medida que se va dirigiendo hacia el sol y se vuelve habitable. Vuelven a montar las instalaciones, las abren a los turistas durante unos cuantos meses y luego vuelven a cerrarlas cuando el cometa se acerca demasiado al sol, ya que en ese momento la excesiva evaporación de gases, la erupción de nuevos géiseres, e incluso una pequeña posibilidad de que la bola de hielo acabe hecha pedazos debido a todos los túneles y la actividad minera, hacen que se vuelva demasiado inestable. Después, cuando el cometa se va alejando del sol y los gases empiezan a congelarse, hay otro período de varios meses durante los que el complejo turístico vuelve a ser montado y abierto. Cuando el frío acaba volviéndose excesivo, la cantera queda cerrada al público y durante los cien años siguientes la compañía minera trabaja en el espacio profundo, explotando las capas de hielo que acaban de depositarse sobre el cometa.

—Ardo en deseos de verlo —dijo Calista, y alargó el brazo para apretar la mano de Luke entre sus dedos.

Descendieron en una zona de recepción cálidamente iluminada. Tonos amarillos y anaranjados brillaban entre la neblina omnipresente, y unos androides porteadores surgieron de la nada para descargar su equipaje. Luke se ocupó de los trámites de recepción tecleando sus reservas en una terminal automatizada, y los androides los escoltaron al complejo turístico propiamente dicho.

Luke y Calista se cogieron de la mano mientras seguían a los androides cargados de equipaje. Calista no paraba de mirar a su alrededor, y sus cortos cabellos de un color rubio malta se balanceaban levemente de un lado a otro con cada movimiento. Calista contempló lo que la rodeaba con un parpadeo asombrado y después sonrió. El logotipo de la Corporación Mulako —las letras CM rodeadas por un círculo del que brotaba una larga cola cometaria— adornaban casi todas las puertas y ornamentos.

El complejo turístico del cometa estaba lleno de agua y asombrosas cavernas tropicales, y era mucho más cálido de lo que podría haber sugerido una bola de hielo. Las paredes congeladas habían sido polimerizadas, y mostraban el hielo atrapado dentro de una capa impenetrable del grosor de una molécula e iluminado por relajantes luces azuladas. Algunas secciones de la pared habían sido quitadas para que los gases helados pudieran salir flotando por ellas y cumplir una función de humidificadores mientras emitían zarcillos de niebla que se deslizaban a lo largo del suelo. Gotitas de agua ultra limpia iban bajando por las paredes como otros tantos manantiales de valor incalculable. Las cascadas caían de los techos, siseando en un telón diamantino que desaparecía con un suave gorgoteo por los desagües del suelo.

Un asombro infantil llenó el rostro de Calista.

—Esto es precioso, Luke. Tanta agua… Adoro el agua.

—Lo sé —dijo Luke—. Me contaste las historias suficientes para que sepa lo mucho que añoras Chad, tu planeta natal.

Calista parecía un poco triste. Había crecido en un planeta acuático y había vivido con su padre y su madrastra en un rancho marino, destinada a seguir con el negocio familiar. Pero la llamada de los Jedi había sido más fuerte, y Calista se había visto obligada a abandonar sus hermosos océanos… aunque seguía echándolos de menos.

Los androides porteadores guiaron a Luke y Calista por pasillos que se iban curvando suavemente, y fueron dejando atrás las puertas de elegantes suites hasta que llegaron al conjunto de habitaciones que Luke había reservado. Unidades iluminadoras multicolores reflejaban su claridad en las paredes de hielo polimerizado, creando la ilusión de que estaban caminando a través de un arco iris atrapado entre cristales.

Calista, encantada, se detuvo para besar a Luke.

—Esto es tan maravilloso… —dijo—. Puedo sentir el poder, la energía que hay en este sitio. ¡Sé que aquí podremos obtener algún resultado!

En el interior de su espaciosa suite, las fuentes burbujeaban en los rincones y las neblinas vagaban por las habitaciones, flotando junto a los calentadores iluminados que hacían que las múltiples cámaras resultaran acogedoras y hogareñas. El mobiliario tenía formas extrañas y distintos tamaños, y había sido tallado a partir de inclusiones rocosas encontradas dentro de la corteza de hielo cometario. Todos los muebles lucían el ubicuo logotipo de la corporación. Los androides porteadores depositaron sus cargas en el suelo y empezaron a hacer sonar anuncios pregrabados de los distintos restaurantes y cafeterías de los que se podía disfrutar en la lujosa Cantera CM.

Luke se apresuró a echarlos de la suite antes de que los androides pudieran iniciar un monótono recitado de todos los lugares magníficos que merecían ser vistos. Después cerró la puerta y se volvió hacia Calista con una sonrisa y un suspiro.

—Ya estamos aquí —dijo.

Se dejó caer sobre los almohadones de un sofá de piedra, y Calista se reunió con él.

—Según los folletos, hay montones de cosas que hacer en este sitio —dijo—. Podríamos explorar los túneles, o ponernos un traje de vacío y salir a la superficie. La baja gravedad hace que resulte muy divertido ir dando saltos por ahí —añadió—. O podríamos ir a ver uno de los géiseres de gases en erupción. Se supone que son francamente espectaculares.

Calista meneó la cabeza.

—Sólo quiero estar aquí contigo, Luke. Podemos relajarnos y hablar… limitarnos a estar a solas durante algún tiempo.

Luke cerró los ojos y comprendió lo maravillosamente bien que sonaba aquella perspectiva.

—No encontrarás ninguna oposición por mi parte.

Calista clavó la mirada en la fuente espumante, y sus ojos adquirieron una expresión fija y distante. Luke sabía que debía de estar concentrando sus pensamientos, aunque seguía sin poder percibirla: era como si la misma Fuerza ignorase la existencia de Calista.

—Estoy pensando en los océanos de Chad ——dijo Calista, sin mirar a Luke pero plenamente consciente de que la estaba observando— Especialmente de noche, cuando la marca estaba más alta, cuando todas las lunas llenas brillaban en el cielo al mismo tiempo… Las algas errantes que manteníamos encerradas en corrales marinos durante la temporada de apareamiento empezaban a relucir con los destellos del fósforo que habían absorbido, y brillaban como una mancha de aceite a la que hubieran prendido fuego.

—¿Qué son las algas errantes? ——preguntó Luke.

—Solíamos criarlas en nuestro rancho marino —le explico Calista— Es una forma de vida que se encuentra a medio camino entre la planta c el animal… Son realmente estúpidas, pero pueden moverse e ir adonde quieran. Un alga errante es una gran masa de hojas repletas de yodo que podíamos cortar varias veces al año para destilarlas y venderlas por su contenido medicinal, y luego usábamos el resto de la biomasa como fibra proteínica barata para alimentar a los animales.

»Vivíamos tiempos muy duros. La demanda seguía siendo tan alta como siempre, pero el gobierno opresivo del Emperador había causado serios problemas en las rutas comerciales. Todas esas tasas y reglas imposibles de cumplir habían arruinado a nuestros comerciantes. A veces teníamos que hervir los moluscos que crecían debajo de nuestros corrales para poder comer algo. Ahora toda mi familia está muerta, claro… Murieron hace años mientras yo estaba atrapada dentro de ese ordenador.

Su labio inferior empezó a temblar, y Calista se negó tozudamente a mirar a Luke. Apretó los labios.

—Una parte de mí se siente culpable porque no me quedé con ellos… pero he llevado conmigo esa culpabilidad durante todos los años en los que fui una Jedi. No tengo nada que reprocharme o que lamentar. Y sólo siento tristeza.

Calista se volvió hacia Luke y le miró. Sus ojos estaban secos y llenos de una firme decisión.

—Pero Djinn Altis, mi Maestro Jedi, entró en mi vida \ me enseñó el camino de los Jedi. Llegó en aquella enorme nave con la que viajaba de un lado a otro, el Chu'untor, una nave que no tenía ningún destino fijo… muy parecida a tu *praxeum* en Yavin 4.

—Lo sé —dijo Luke—. Encontramos los restos enterrados del Chu'untor allí donde se había estrellado en Dathomir y nos los llevamos. Calista dejó escapar un suave suspiro.

—Supongo que debía de saber que Djinn Altis estaba muerto —dijo—. Quizá se tropezó con las Hermanas de la Noche. —Sus cejas se unieron—. Recuerdo una ocasión en que el Maestro Altis me llevó en un largo viaje a baja altura por encima de los mares de Chad. Pasamos sobre enjambres de cyeens que cantaban, y vimos cómo los extraños dibujos que formaban las anguilas tubulares brillaban con reflejos rosados bajo la luz de la luna. El Maestro Altis me enseñó a percibir las formas de vida con mis nuevas capacidades. Al principio no le creí, pero cuando me enseñó lo fácil que era hacerlo… Ah, entonces supe que era una Jedi. No necesitó convencerme. Fue a mi familia a la que había que convencer… y me parece que no lo consiguió del todo.

Luke se levantó, fue hasta una mesa negra y sacó de un cajón un diminuto disco, una ficha azul que les proporcionaría un descuento si comían en uno de los excelentes restaurantes de la Corporación Mulako.

—Vamos a probar una cosa —dijo. Luke permitió que sus párpados bajaran hasta que sus ojos quedaron medio cerrados, y canalizó sus pensamientos a través de la Fuerza en un ejercicio muy sencillo. La ficha se alzó de la palma de su mano y quedó suspendida en el aire—. Voy a sostenerla —dijo——, y tú intentarás empujarla. Envíala hacia mí. Eso debería resultar más fácil que levantarla. Ábrete a la Fuerza y deja que fluya. Sólo un empujoncito, ¿de acuerdo?

—Lo intentaré —dijo Calista, no muy convencida… y un instante después la réplica de Luke hizo que torciera el gesto.

—El intentarlo no existe —dijo Luke.

—Lo sé, lo sé —respondió Calista—. No tendría que haber dicho eso.

Cerró los ojos y se concentró. Su respiración se fue volviendo más rápida y entrecortada, y su expresión se hizo más tensa, más concentrada.

Luke desplegó unos casi imperceptibles zarcillos de exploración para ver si podía detectar alguna manipulación de la Fuerza por parte de Calista. El disco azul seguía inmóvil en el aire.

El rostro de Calista fue enrojeciendo poco a poco a causa del esfuerzo, y acabó dejando escapar un suspiro tembloroso y abrió los ojos. Su frente estaba llena de arrugas de frustración.

—No puedo. No hay nada. —Calista alzó una mano antes de que Luke pudiera hablar——. No, por favor, no digas nada. Ahora no. No hace falta que me enseñes a hacerlo. Sé cómo hacerlo… pero no puedo.

Luke se conformó con apretarle la mano.

—No pierdas las esperanzas, Calista —dijo—. Por favor, no pierdas las esperanzas.

* * *

Unas horas después Luke estaba tomando sorbos de un vaso de agua de hielo primordial destilada de los depósitos del cometa. La superficie exterior del vaso estaba cubierta de gotitas de condensación. Luke contempló la niebla que brotaba de los suelos y respiró el aire húmedo, llenándose los pulmones con él y saboreando la sensación.

—Este sitio es tan distinto del planeta en el que crecí…

Calista se sentó en el enorme sillón y se pegó a Luke.

—Háblame de él —dijo—. Quiero saberlo todo sobre ti.

Luke permitió que los recuerdos agridulces volvieran a su mente.

—En una ocasión dije que si había un centro resplandeciente del universo, Tatooine era el sitio más alejado de él. —Meneó la cabeza—. Era un lugar reseco y caliente, un lugar terrible que mataba todas las esperanzas… Cualquier persona que naciera en Tatooine tenía muchas probabilidades de morir allí sin haber ido a ningún sitio. Mi tío

Owen y mi tía Beru eran granjeros de humedad, dos personas de mentes estrechas que se mataban a trabajar. Sabían la verdad sobre mi padre y me contaron un montón de mentiras, esperando contra toda esperanza que no seguiría sus pasos, que no querría llevar una vida llena de peligros y gloria como Caballero Jedi. Querían que me quedara en casa, donde estaría a salvo… y totalmente alejado de todo sin tomar parte en nada de lo que ocurriese ahí fuera. Me querían mucho, a su manera… pero cuando sientes la llamada de los Jedi, no hay forma de negarla.

—Lo sé —murmuró Calista, apoyando la cabeza en su hombro.

—Cuando Obi-Wan Kenobi empezó a adiestrarme —siguió diciendo Luke—, no tenía ni idea de cómo iba a decírselo al tío Owen y a la tía Beru. —Tragó saliva, y sintió que su expresión se endurecía—. Pero nunca tuve la oportunidad de hacerlo. El Imperio los mató y quemó su granja antes de que yo pudiera volver. También me habrían matado si hubiese estado allí.

Calista le rozó el brazo con las yemas de los dedos, irradiando un suave calor con su contacto.

—Ahora Biggs también está muerto —dijo Luke—. Biggs, el único de mis amigos que logró escapar de Tatooine… Fue a la Academia Imperial durante un tiempo, y luego se unió a la Alianza Rebelde. Volví a encontrarle en nuestra base de Yavin 4, aunque apenas tuve ocasión de hablar con él. Biggs era mi hombre de ala cuando atacamos la Estrella de la Muerte. Me salvó, pero murió en la batalla.

—¿Era el único amigo que tenías allí? —preguntó Calista.

Luke metió un dedo en la fuente y dejó que el agua fría goteara por su mano.

—Tenía otros dos amigos con los que pasaba mucho tiempo, Camie y Trucos. Solíamos rondar por la Estación de Tosche, y hablábamos de nuestros sueños y de cómo íbamos a salir de aquella bola de polvo. La familia de Camie cultivaba jardines hidropónicos en el subsuelo y le compraba el agua a mi tío. El tío Owen siempre decía que lo único que hacíamos era perder el tiempo, pero nosotros ejercitábamos nuestra imaginación, pensábamos en las cosas que podíamos hacer… aunque nunca llegáramos a hacerlas. Eso evitaba que nos volviéramos locos en aquel horrible planeta. Luke suspiró.

—Me pregunto si Camie y Trucos todavía estarán ahí. Mi vida parecía no estar yendo a ningún sitio —murmuró—, y ahora soy un Maestro Jedi. He conocido a una hermana gemela que no sabía que tuviera, y resulta que es la jefe de Estado. El Imperio ha sido derrotado, y estoy restableciendo la orden de los Caballeros Jedi. —Soltó una risita—. Muchas cosas han cambiado.

Bajó la mirada hacia Calista, y le sonrió y le acarició los cabellos. Se había quedado dormida en sus brazos.

KHOMM

CAPÍTULO 17

Kyp Durron contemplaba el enrejado asombrosamente perfecto de las ciudades mientras Dorsk 81 pilotaba su nave durante el trayecto hasta el espaciopuerto principal de Khomm.

Dorsk 81 se removía delante del panel de control y parecía un poco nervioso mientras dirigía la nave durante la maniobra de aproximación. Había unas cuantas naves más estacionadas en rectángulos señalizados, comerciantes del exterior del sistema que habían venido al planeta de los clones para ofrecer sus mercancías. Los habitantes de Khomm rara vez salían de su mundo, y preferían quedarse en casa y hacer lo que siempre habían hecho.

La piel verde aceituna del clon alienígena se oscureció un poco.

—Qué agradable es estar de vuelta —dijo—. Cuando me fui no sabía nada sobre la Fuerza, pero ahora puedo percibir y entender lo que me decían mis sentidos mientras crecía aquí. Siento la influencia tranquilizadora de este sitio, toda su cómoda familiaridad… Después de todas las decisiones difíciles con las que he tenido que enfrentarme en el *praxeum*, quiero volver a hundirme en el estanque de mi pueblo y absorber su calor y su bienvenida. Tú también percibirás todo eso, Kyp.

Kyp asintió, ocultando su escepticismo.

—Ya puedo sentir una sensación general… como ahogada, de un nivel bastante bajo.

Dorsk 81 inclinó su extraña cabeza casi carente de rasgos en un veloz asentimiento y abrió sus luminosos ojos en un parpadeo lleno de inocencia.

—Sí, sí, eso es.

Cuando les abrieron la escotilla de acceso, Kyp se quedó asombrado al ver toda una multitud venida hasta allí desde los grandes edificios. Contempló a los centenares de clones de lisa piel que se habían congregado para darles la bienvenida. Todos aplaudieron cuando Dorsk 81 salió a la suave y algo neblinosa claridad solar y alzó el brazo derecho en un gesto de saludo.

—¿Por qué hay tanta gente? —preguntó en voz baja Kyp, que estaba al lado de su amigo—. Esto es asombroso.

Dorsk 81 le respondió con una sonrisa radiante en los labios.

—Haberme convertido en un Caballero Jedi me ha dado una gran fama en Khomm. —Lanzó una mirada algo avergonzada a Kyp—. Soy la única persona en toda la memoria colectiva reciente de Khomm que ha hecho algo… impredecible.

La plataforma levitatoria siguió avanzando, y más alienígenas se asomaron a las ventanas para saludarles con la mano. Kaell 116 acabó bajándoles al suelo delante de un edificio idéntico a todos los demás. El líder de la ciudad los dejó allí con una rápida y seca despedida.

Dorsk 81 corrió hacia el edificio sin intentar ocultar su impaciencia, alzando la mirada hacia el bloque de piedra como si nunca lo hubiera visto antes.

—¡Ésta es mi casa! —exclamó.

Kyp le siguió mientras el clon alienígena subía casi a la carrera tres tramos de escalones que llevaban a su morada personal.

El corredor estaba muy bien iluminado y contenía una algo mareante sucesión de puertas idénticas, como una miríada de imágenes reflejadas en un laberinto de espejos. Una de las puertas se abrió en el mismo instante en que Dorsk 81 echaba a correr en esa dirección.

Dos figuras salieron por la puerta. Sus rostros de piel aceitunada y rasgos curiosamente suavizados estaban iluminados por grandes sonrisas, y durante un momento Kyp tuvo la sensación de estar contemplando un vórtice de secuencias temporales alternativas que le mostraban imágenes de la misma persona en distintas etapas de su vida. Los dos clones eran idénticos a Dorsk 81, uno mayor que él y con algunas señales del paso del tiempo en su rostro y otro más joven y un poco más bajo.

Los tres clones se abrazaron y empezaron a hablar rápidamente en voz baja. Kyp retrocedió un poco, sintiéndose inexplicablemente fuera de lugar allí… pero no le importaba. Observó a los clones sintiendo una punzada de nostalgia, y recordó con melancólica ternura los momentos que él, sus padres y Zeth, su hermano, habían pasado juntos en Deyer, su mundo natal: las plataformas de pesca flotantes, los apacibles crepúsculos en el lago… Pero el Imperio había destruido todos aquellos lugares, y Kyp no había vuelto a verlos desde su infancia.

Después de la breve e intensa bienvenida, Dorsk 81 le hizo una seña a Kyp para que le siguiera al interior.

—Éste es mi amigo Kyp Durron, otro Caballero Jedi. Éste… —se volvió hacia la imagen más anciana de sí mismo— es Dorsk 80, mi predecesor, y éste… —puso la mano sobre el hombro del clon más joven y lo apretó suavemente— es Dorsk 82, mi sucesor.

Todas aquellas copias genéticamente idénticas hicieron que Kyp se sintiera un poco desorientado, pero había visto muchas cosas extrañas en la galaxia. Miró a su alrededor y contempló el lugar en el que vivía la familia Dorsk, y vio un mobiliario bastante cómodo y todas las habitaciones esperadas.

—¿Alguno de vosotros tiene esposa? —preguntó, no viendo a nadie más.

Los tres clones le miraron parpadeando, y Dorsk 81 acabó dejando escapar una breve carcajada. La piel de su frente se arrugó un poco.

—Aquí nadie tiene esposa, Kyp —dijo—. Todos los habitantes de Khomm carecen de sexo. Por eso utilizamos las instalaciones de clonación, ¿entiendes? Hace miles de años que el sexo es algo desconocido en este planeta.

Kyp soltó una risita para ocultar su incomodidad.

—Bueno, es sólo que di por sentado que… Eh… Bien, está claro que me he equivocado.

—Todos cometemos errores —dijo Dorsk 80, dirigiendo un rápido y significativo fruncimiento de ceño a Dorsk Kyp lo captó, pero su amigo fingió no hacerlo.

Un rato después Dorsk 81 le ayudó a hacer la cama en su pequeña habitación extra, y Kyp aprovechó aquel momento de intimidad para hacerle una pregunta que le había estado dando vueltas por la cabeza.

—Oye, Dorsk 81 —empezó diciendo—. Ahora que he visto lo… —Kyp buscó la palabra adecuada—, lo estable y resistente al cambio que es vuestro mundo, no entiendo cómo te las vas a arreglar para ser un centinela Jedi. ¿Qué vas a hacer aquí?

Un pánico repentino se extendió por los ojos amarillos de Dorsk 81.

—¡No lo sé! —murmuró con voz enronquecida—. No lo sé…

Repitió las palabras para sí mismo y después dejó solo a Kyp para volver corriendo a las habitaciones exteriores.

Durante algún tiempo Kyp no pudo dormir. Se dedicó a mirar por la ventana y contempló una noche que relucía con el resplandor de mil millones de estrellas. Khomm se encontraba muy cerca del núcleo galáctico, próximo a los temidos Sistemas del Núcleo en los que se habían escondido los supervivientes del Imperio. Las estrellas formaban una isla borrosa en el espacio, dibujando una lente que se extendía hasta cubrir la mitad del cielo.

Kyp clavó la mirada en los Sistemas del Núcleo, temiendo lo que podían ocultar pero, al mismo tiempo, anhelando descubrirlo.

El joven Dorsk 82 pasó la mañana siguiente enseñándoles el trabajo que llevaba a cabo en los bancos de clones. La instalación de clonaje era más alta que los otros edificios y tenía un diseño general distinto: era la única estructura inusual que Kyp había visto en toda la compleja parrilla de la metrópolis. En vez de estar construida con la ubicua piedra verdosa surcada por vetas más claras, las paredes exteriores eran gigantescas láminas rectangulares de cristal transparente unidas mediante vigas cromadas que reflejaban la neblinosa claridad solar. Los ventanales de cristal estaban tan limpios que Kyp podía mirar hacia dentro desde el nivel de la calle y ver toda la cuidadosamente organizada actividad que se desarrollaba en el interior.

—Lo hemos mantenido todo exactamente tal como estaba cuando tú te fuiste —dijo Dorsk 82, alzando la mirada para dirigir una sonrisa radiante a su «padre».

En el interior el aire estaba impregnado de humedad y saturado por toda una mezcla de olores químicos y orgánicos que no eran tanto desagradables como exóticos e inusuales. Dorsk 80 les fue acompañando como un adusto maestro de escuela, dirigiendo asentimientos de cabeza llenos de orgullo a Dorsk 82, su protegido, y volviendo la cabeza de un lado a otro, rozando controles e inspeccionándolos cuando pasaban junto a ellos.

—No sabía que hicieras esta clase de trabajo antes de irte —dijo Kyp.

Su amigo asintió.

—Pues sí. La base de datos del ordenador contiene los planos genéticos de las principales líneas familiares. Cuando llega el momento de producir un nuevo descendiente, sacamos las secuencias de ADN de los bancos de datos y producimos otra copia del código que se haya elegido y luego…

—Normalmente cada clon es idéntico —dijo Dorsk 80, interrumpiéndole.

Kyp sabía que Dorsk 81 era una anomalía que, en contra de todas las probabilidades, había resultado poseer una elevada sensibilidad a la Fuerza cuando debería haber sido idéntica a todas las encarnaciones anteriores de su modelo clónico. Pero algo inexplicable había cambiado en su caso.

Filas y más filas de incubadoras metálicas se extendían formando hileras minuciosamente numeradas y controladas en las que los embriones iban creciendo hasta dejar atrás la edad infantil para ser acelerados hasta aproximarse a la adolescencia, momento en el que eran sacados de las máquinas y educados por sus unidades familiares, que irían enseñándoles los deberes y obligaciones de su secuencia genética.

El siseo de los fluidos en continuo movimiento, el susurro de los generadores de niebla y el incesante chasquear de los operadores que trabajaban en los teclados de los ordenadores hacía que la instalación de clonaje fuese una constante colmena de actividad, pero la tensión fue creciendo alrededor de Dorsk 81 como una manta de silencio.

Dorsk 82, que resplandecía de orgullo, los llevó a su puesto de trabajo. Las pantallas de las terminales mostraban la situación actual de millares de tanques de embriones.

—Aquí es donde solías sentarte —dijo Dorsk H2—. Todo sigue estando en condiciones de operar, y yo he seguido los pasos de nuestra familia… Pero ahora que has vuelto, te cedo mi lugar con suma alegría para que pueda continuar mi adiestramiento y así, algún día, llegar a convertirme en tu verdadero sucesor.

Dorsk 81 palideció.

—Pero yo no he vuelto por eso. No lo entendéis… —Miró a Kyp, como pidiéndole ayuda—. Sigue cumpliendo con tus deberes en la instalación de clonaje, Dorsk 82. No tengo intención de volver a asumirlos.

El clon más joven parpadeó.

—¡Pero debes hacerlo!

El rostro de Dorsk 80 se ensombreció.

—Eres mi sucesor, Dorsk 81 —dijo—. Siempre has sabido cuál era tu lugar.

Dorsk 81 giró sobre sus talones para mirar fijamente a su predecesor. ——No. Soy un Caballero Jedi y debo encontrar mi lugar… mi nuevo lugar. Kyp deseaba ayudar a su amigo y apoyar a Dorsk 81 de alguna manera.

Pero aquello era una discusión personal, y si interfería sólo conseguiría empeorar la situación.

Dorsk 80, que estaba muy serio, clavó la mirada en Dorsk 81.

—No tienes elección.

—Sí —dijo Dorsk 81, con el rostro lleno de angustia—. Sí, tengo una elección… Eso es lo que no entendéis.

Los ojos llenos de lágrimas de Dorsk 81 fueron de su versión más joven a la más anciana. Kyp siguió contemplando en silencio a los clones, y las expresiones de aquellos tres rostros llenaron de dolor su corazón apenado.

La familia de Dorsk 81 estuvo muy distante y silenciosa durante el resto del día, rehuyendo visiblemente su compañía. El clon alienígena, que estaba muy afectado, acabó yendo a ver a Kyp, que se había retirado al cuarto de invitados. Kyp se compadeció de su amigo. Aquel breve contacto con la forma de vida estancada e inmutable que se había impuesto en Khomm le había hecho ver con toda claridad que los otros clones no podían comprender quién era Dorsk 81 o lo que había hecho.

Dorsk 81 se sentó junto a él. Sus ojos amarillos eran muy expresivos, pero Dorsk 81 tuvo que dejar transcurrir algunos momentos antes de poder reunir el valor necesario para hablar.

—No me atrevo a quedarme aquí —dijo por fin—. Aunque intente ser fuerte, sé que si vivo en este mundo, en esta ciudad, con los miembros de mi familia… Sé que acabaré cediendo. Olvidaré lo que era ser un Jedi. Faltaré al juramento que le hice al Maestro Skywalker. Todo se irá perdiendo poco a poco, y mi vida se desvanecerá y al final no seré más que una pequeña e insignificante desviación dentro de la historia de Khomm.

»¿Qué voy a hacer ahora? Cuando me convertí en un Jedi todo parecía estar tan claro… Volvería a Khomm y sería el guardián de este sistema. Pero este sistema ni necesita ni quiere tener a un Caballero Jedi para que lo proteja. ¿Qué misión tengo ahora?

Kyp le cogió del brazo, sintiendo que su corazón latía a toda velocidad.

—Puedes venir conmigo —dijo—. Quiero que lo hagas. El rostro de Dorsk 81 se convirtió en una ventana a través de la que brilló una esperanza tan radiantemente luminosa como los rayos del sol. Kyp entrecerró los ojos, y sintió agitarse en su interior las llamas abrasadoras de su viejo deseo de vengarse del Imperio.

—Subiremos a nuestra nave y entraremos en los Sistemas del Núcleo que todavía no han sido cartografiados —dijo—. Juntos, tú y yo descubriremos qué ha sido del Imperio.

CAPÍTULO 18

Daala disminuyó la potencia de los escudos del *Tormenta de Fuego* justo lo suficiente para permitir que la lanzadera del vicealmirante Pellaeon se aproximara a su Destructor Estelar. El conteo de autodestrucción seguía avanzando hacia el cero como una avalancha de números en continua disminución.

Daala contempló con expresión sombría a la dotación de su puente. Les compadecía, pero admiraba su estoicismo. También respetaba la gélida e inconmovible bravura de que daba muestra Pellaeon —o tal vez su temeridad— al aproximarse a una nave que probablemente le estallaría en la cara.

Se volvió hacia el oficial de comunicaciones.

—¿Ha ido informando al Supremo Señor de la Guerra Harrsk sobre la situación del conteo de autodestrucción?

El oficial de comunicaciones, que se había puesto muy blanco, tragó saliva.

—Sí, almirante, pero no he recibido ninguna respuesta.

—Lástima —dijo Daala sin inmutarse—. Espero que Harrsk no piense que me limito a amenazar con algo que no tendré el valor de llevar a cabo.

—Le he asegurado que no es así, almirante —dijo el oficial de comunicaciones, y después desvió la mirada mientras sus tensos labios formaban una pálida línea exangüe.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Daala.

—Siete minutos.

—El vicealmirante Pellaeon acaba de entrar en el hangar de lanzaderas —dijo el oficial táctico.

Daala permaneció inmóvil en el puesto de control con las manos juntas detrás de la espalda. Los navíos de combate carmesíes de la clase Victoria rodeaban a la flota de Harrsk como una manada de depredadores hambrientos. Daala no entendía del todo lo que pretendía Pellaeon, pero el hecho de que muchos de sus cruceros de combate siguieran las órdenes aparentemente suicidas que había dado hacía que sintiera una gran confianza en la capacidad de liderazgo del vicealmirante.

—Escóltenle inmediatamente hasta aquí —dijo—. Quiero una guardia de honor de soldados de las tropas de asalto, y asegúrense de que Pellaeon entiende que no está prisionero. Trátenle como un negociador hacia el que sentimos el máximo respeto.

—¿Hay tiempo, almirante? —preguntó el jefe de cubierta—. Sólo nos quedan seis minutos.

—Entonces tendrán que correr, ¿no le parece? Debemos ser optimistas —dijo Daala, y sus labios se curvaron en una sonrisa llena de amargura—. Aunque el optimismo es una

emoción difícil de experimentar cuando estás tratando con un par de niños estúpidos como Teradoc y Harrsk.

Cuando la guardia de honor llegó al puente del Destructor Estelar, sólo faltaba un minuto y cuarenta y cinco segundos para que el reloj llegara al final de la cuenta atrás.

Seis soldados de las tropas de asalto entraron con paso rápido y decidido en el puente, acompañando a un hombre de edad madura, esbelto y con un abundante bigote y una cabellera canosa impecablemente recortada. Sus ojos brillaban con el vivo fulgor de la inteligencia y su cuerpo era nervudo y flexible.

—El vicealmirante Pellaeon, supongo —dijo Daala con voz firme y tranquila—. Me complace que haya podido venir aquí para estar conmigo en el momento de nuestra muerte.

Pellaeon tragó saliva.

—He oído hablar mucho de usted, almirante Daala, y soy consciente de que ya ha dado amplias muestras de su decisión y su devoción al Imperio. Estoy convencido de que tiene intención de hacer exactamente lo que ha dicho que haría. Pero… Bien, desearía que Harrsk también estuviera convencido de ello.

—¡Un minuto, almirante!

La voz del oficial apenas era un graznido ahogado.

—¿Han hecho los preparativos necesarios para lanzar el módulo de datos? —preguntó Daala—. Aunque no sirva para nada más, puede que nuestro acto de desesperación haga que los otros señores de la guerra comprendan que se han estado comportando como una pandilla de idiotas.

La imagen granulosa de Harrsk apareció en la pantalla antes de que el oficial de comunicaciones pudiera responder.

—¡Muy bien! ¡Basta, basta! Detenga la cuenta atrás. Ordeno el cese inmediato de todas las hostilidades. Daala, maldita seas… ¡Detén la secuencia de autodestrucción!

El jefe de cubierta parecía haber quedado paralizado. La dotación del puente dejó escapar un ruidoso suspiro colectivo de alivio. Pellaeon estaba contemplando a Daala con las cejas enarcadas.

Daala permaneció inmóvil donde estaba, sin hacer nada para negar sus órdenes aunque su corazón palpitaba a toda velocidad con la emoción del triunfo. Siguió inmóvil durante unos momentos más mientras la cuenta atrás llegaba a los treinta segundos. Después hizo que sus facciones se convirtieran en una máscara de desilusión cuidadosamente reprimida para convencer a quienes la estaban observando de que realmente había tenido intención de volar el *Tormenta de Fuego* —y el *Torbellino* con él— si sus exigencias no hubieran sido aceptadas.

—Preferiría negociar con usted, almirante… si dispone de tiempo para ello —dijo Pellaeon en un tono cauteloso pero persuasivo.

Su voz era suave, y sus meticulosas inflexiones demostraban la gran inteligencia que se ocultaba detrás de ella.

Daala alargó la mano en un gesto casi casual y conectó el dispositivo de PAUSA de la cuenta atrás de autodestrucción.

—Muy bien, vicealmirante. Yo también prefiero recurrir a las soluciones alternativas.

Después se volvió hacia el navegante y recitó de memoria una lista de coordenadas.

—Llevaremos el *Tormenta de Fuego* a una zona aislada para celebrar una conferencia privada —añadió—. De todas maneras, vicealmirante Pellaeon, y para disipar cualquier impresión de que pudiéramos estar secuestrándole, invito a dos de sus navíos de la clase Victoria a que nos acompañen.

Daala le miró con las cejas levantadas en un enarcamiento de interrogación.

—Pienso que es preferible estar lejos de cualquier posible traición de Teradoc o Harrsk —siguió diciendo—. No confío en ninguno de los dos y temo que puedan tratar de explotar en su beneficio la situación actual.

—Estoy de acuerdo, almirante —dijo Pellaeon con una seca inclinación de cabeza. Las patas de gallo que había alrededor de sus ojos se fruncieron levemente, y de repente Daala tuvo la impresión de que la meta final que aquel hombre había pensado para el Imperio quizá fuera la misma que ella intentaba alcanzar—. Si me permite utilizar su sistema de comunicaciones, codificaré las órdenes necesarias para mi navío insignia y una nave de acompañamiento.

Daala se volvió hacia su timonel.

—Cuando el ordenador de navegación haya calculado el mejor rumbo hiperespacial, baje los escudos y proceda hacia nuestro destino. Dos Destructores Estelares de la clase Victoria nos seguirán.

—Pero almirante… —protestó el segundo de a bordo—. Eso dejaría al *Torbellino* indefenso y rodeado por las naves de combate del Supremo Almirante Teradoc. Después de la andanada que les lanzó con el cañón iónico…

—Creo que Teradoc no querrá abrir fuego contra ellos. Pero si me equivoco… —Bajó la mirada hacia el cronómetro—. Según mis cálculos, el *Torbellino* ha dispuesto de tiempo suficiente para terminar las reparaciones. De hecho, Harrsk ya ha dispuesto de seis minutos adicionales. Si he interpretado de manera incorrecta el significado de las acciones de Teradoc, y si he sobrestimado a la tripulación del *Torbellino*… Bien, en ese caso ya presentaré mis disculpas luego —añadió con una sonrisa sarcástica.

—Entonces estamos de acuerdo, almirante —dijo Pellaeon desde el puesto de comunicaciones—. Dos de mis naves están preparadas para seguirnos. —Pellaeon inclinó la cabeza—. Confiamos en que no nos llevará a una emboscada.

Daala asintió, intentando permanecer todavía más rígidamente erguida que Pellaeon.

—Comprendo el riesgo que está corriendo, vicealmirante, pero debe creerme: le aseguro que nunca me habría tomado tantas molestias sólo para eliminar a dos Destructores Estelares de pequeño tonelaje. La flota del Señor de la Guerra Harrsk podría haberlos destruido sin ninguna dificultad.

Los escudos del *Tormenta de Fuego* desaparecieron, dejando al Destructor Estelar inutilizado de Harrsk suspendido en la oscuridad del espacio.

Flanqueado por dos navíos carmesíes de la clase Victoria, el *Tormenta de Fuego* se elevó hasta salir del plano anular y avanzó a través de los restos espaciales que flotaban alrededor de la esfera amarilla del planeta gaseoso como un collar centelleante. Las tres naves entraron en el hiperespacio.

Tres Destructores Estelares, uno grande y dos pequeños, flotaban en un erial del espacio. La estrella más cercana brillaba con un tenue resplandor a doce parsecs de distancia. Una difusa nube molecular desplegaba su frío velo a través del vacío. Daala había descubierto aquel desierto estelar cuando ella y el *Gorgona*, la nave seriamente averiada que mandaba, intentaban volver al Imperio después de haber librado una devastadora batalla por el control de la Instalación de las Fauces.

Pellaeon estaba sentado delante de Daala en la sala privada anexa al puente. El vicealmirante tomaba lentos sorbos de un refresco, haciendo obvios esfuerzos para no dejarse seducir por aquellas comodidades y no sucumbir a la tentación de la charla cortés. Daala se lo agradecía. Se quitó sus guantes negros, alisó su llameante cabellera y juntó las manos sobre la mesa. Después se inclinó hacia adelante para poder mirarle a los ojos.

—Vicealmirante Pellaeon, le ruego que me crea cuando le digo que no tengo ninguna intención de amotinarme contra los legítimos herederos del Imperio —dijo Daala—. No quiero convertirme en una gran líder del estilo de su Gran Almirante Thrawn. He leído muchos informes sobre sus hazañas, y no sólo no puedo sustituirle sino que me molesta enormemente cualquier intento de compararme con él. Somos personas distintas con distintos objetivos a corto plazo… pero creo que sus esperanzas a largo plazo son las mismas que las mías.

—¿Y cuáles son esas esperanzas, almirante? —preguntó Pellaeon, como si quisiera creerla, como si necesitara creerla… pero se sintiera obligado a formular la pregunta.

Daala asintió con una lenta inclinación de cabeza.

—Todavía amo el ideal del Imperio. La galaxia era un lugar mucho más ordenado, y no padecía el caos de ilegalidad que se ha adueñado de ella durante los últimos tiempos. Los ciudadanos sabían con toda claridad cuál era su lugar. El Emperador les dio un destino. Los rebeldes han destruido eso, y no nos han proporcionado nada con lo que llenar el vacío. Hablan, intentan convencer y fingen gobernar, pero aún no han mostrado ninguna auténtica capacidad de liderazgo. ¿Es ésta la única alternativa para aquellos de nosotros que servimos al Emperador? No lo creo.

»Por otra parte, cuando pienso en todo el daño que esa pandilla de fanfarrones que se han nombrado a sí mismos señores de la guerra ha causado a nuestras fuerzas de combate, sólo puedo sentir desprecio hacia ellos. Sí, el Imperio ha sufrido muchas derrotas durante los últimos ocho años, pero no deberíamos permitir que esas pérdidas nos convencieran de que el Imperio ya no cuenta con una fuerza de combate realmente significativa. Eso es absurdo. Si formamos una flota con todas las naves disponibles,

nuestro poderío militar resultaría como mínimo comparable al de la flota improvisada que los rebeldes han logrado reunir.

Pellaeon asintió, y volvió a tomar un cauteloso sorbo de su refresco.

—Pero esos niños que sólo saben pelear entre ellos han causado tantos daños al Imperio como la Alianza Rebelde —siguió diciendo Daala—. Si colaborasen y decidieran elegir un líder entre ellos, entonces podríamos empezar a devolver los golpes.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, almirante —dijo Pellaeon—. Pero ¿cómo lograrlo? Esas tácticas suyas basadas en el uso de la fuerza tal vez hayan pillado desprevenidos a Harrsk y Teradoc, pero los demás no cederán con tanta facilidad.

Daala deslizó las yemas de los dedos sobre el borde de su vaso, y Pellaeon la observó en silencio y vio cómo volvía la mirada hacia la ventanilla para contemplar aquel vacío negro desprovisto de estrellas.

—No he pensado ni por un instante que Teradoc o Harrsk se hayan rendido. Están planeando cómo destruirme… y ahora también quieren destruirle a usted porque ha venido hasta aquí para mantener esta conversación conmigo. No, hay que obligarles a enfrentarse con la realidad.

El rostro de Daala adquirió una expresión melancólica mientras daba la espalda a la ventanilla y clavaba la mirada en la pared y en su pasado.

—Fui adiestrada en la academia militar imperial de Carida. Era una mujer, y por eso no se me permitió ir progresando junto con mis compañeros de clase a pesar de que poseía las mismas capacidades que ellos… si es que no más grandes.

»Destaqué en todos los ejercicios de la academia. Siempre ocupaba los primeros puestos de mi clase, y sin embargo los que estaban por debajo de mí seguían siendo ascendidos y me rebasaban. Se me asignaban deberes insignificantes, y me vi obligada a hacer trabajos más propios de una criada que de un soldado. Mientras que aquellos a los que había aplastado en los combates simulados iban ascendiendo hasta mandar sus propias naves, yo me convertí en una operaria de ordenadores, y después pasé a ser supervisora de cantina y tuve que encargarme de preparar las raciones para su envío a las flotas de Destructores Estelares.

»Soporté todo eso —dijo, tabaleando con los dedos sobre la mesa— porque era un soldado imperial y porque se nos enseña a obedecer las órdenes… pero aun así tenía la firme convicción de que si permitía que mis estúpidos y miopes superiores ignoraran las cosas que podía llegar a hacer estaría faltando a mis deberes para con el Imperio. El Emperador nunca pudo soportar ni a las mujeres ni a las especies no humanas, y ésa es una de las pocas cosas en las que siempre estuve en desacuerdo con él.

—El Gran Almirante Thrawn era un alienígena —dijo Pellaeon.

—Sí —dijo Daala—, y según los registros que he examinado, el Emperador exilió al Gran Almirante a los Territorios Desconocidos a pesar de que Thrawn era uno de los mejores comandantes militares de la flota.

Pellaeon asintió.

—La entiendo muy bien. Casi enloquecí de alegría cuando Thrawn volvió y por fin encontré un comandante al que podía seguir con una auténtica esperanza de obtener la victoria, en vez de padecer una interminable sucesión de derrotas.

Se acabó su refresco y dejó el vaso vacío sobre la mesa. No pidió otro.

—Bien, ¿y qué hizo? —preguntó después—. ¿Cómo consiguió su rango de almirante?

—Me creé una falsa identidad —respondió Daala—. Empecé a desarrollar simulaciones remotas en las redes de ordenadores de Carida. Derroté una y otra vez a los mejores oponentes. Algunas de mis tácticas eran realmente revolucionarias, ya que consistían en variaciones sobre las maniobras espaciales y rutinas de combate en condiciones de gravedad cero desarrolladas por el mismísimo general *Dodonna*. Todas las naves de la Armada imperial recibieron copias de mis batallas para que las estudiaran. La guerra espacial cambió debido a los grandes saltos intuitivos que yo había llevado a cabo… todo ello bajo un nombre falso, por supuesto.

»Mis habilidades acabaron atrayendo la atención del Gran Moff Tarkin, quien vino a Carida para poder conocer al misterioso individuo que había desarrollado unas tácticas tan innovadoras. Tarkin necesitó varios meses y dos descodificadores del mercado negro para sacarme del escondite que me había fabricado en las redes. Cuando supo que era una mujer quedó asombrado, y después quedó todavía más asombrado al ver que era una simple cabo que trabajaba en las cocinas.

»Los oficiales de Carida se escandalizaron, y se sintieron terriblemente avergonzados cuando resultó que su gran estrella de las tácticas espaciales era una mujer a la que habían enterrado en las cocinas… Pero cuando Tarkin supo que no sólo no pensaban recompensarme por mi excepcional intuición, sino que los oficiales de Carida pretendían enviarme a una remota estación meteorológica en el casquete polar del sur, me transfirió a su séquito personal, me ascendió a almirante y me sacó de Carida.

Daala sonrió, deleitándose con un recuerdo que llevaba bastante tiempo sin permitirse evocar.

—En una ocasión oí cómo un joven teniente murmuraba que yo había conseguido mi rango únicamente porque me acostaba con Tarkin. —Daala suspiró—. ¿Por qué cada vez que una mujer competente es recompensada siempre hay quien da por sentado que se la recompensa única y exclusivamente porque se está acostando con un hombre?

Pellaeon no respondió, y Daala tampoco esperaba que lo hiciera.

—Tarkin arrestó al teniente —siguió diciendo Daala— y lo metió dentro de un traje ambiental con un suministro de un día de aire, y lo lanzó al espacio en una órbita baja. Los dos hicimos los cálculos necesarios, y estimamos que el teniente recorrería unas veinte órbitas antes de que descendiera lo suficiente para consumirse en la atmósfera. Ninguno de los dos sabía si acabaría muriendo incinerado, o si se le acabaría el aire antes. Cualquiera de esas dos circunstancias sería un castigo excelente, y supondría un terrible ejemplo para las dotaciones de Moff Tarkin. Que dejara conectado el sistema de comunicaciones del teniente resultó particularmente efectivo, pues eso permitió que

durante un día entero todo el personal de a bordo pudiera oír sus palabras por el intercomunicador de la nave mientras suplicaba, maldecía, gritaba…

Daala terminó su refresco y dejó el vaso vacío al lado del de Pellaeon.

—Después de aquello, nadie sugirió jamás que hubiera recibido mi rango únicamente porque Tarkin fuese mi amante.

Pellaeon palideció, pero no hizo ningún comentario.

—Pero me estoy apartando del tema principal —dijo Daala—. Usted y yo deberíamos adoptar alguna clase de decisión conjunta y volver antes de que nuestras respectivas flotas se impacienten demasiado.

—Estoy de acuerdo, almirante. ¿Qué objetivos desea alcanzar?

—Quiero unificar el Imperio —se limitó a decir Daala—. Quiero que alguien maneje el timón en calidad de líder… pero no pretendo ser yo. No me he hecho ninguna estúpida ilusión de alcanzar la gloria política, créame. Sólo quiero tener la ocasión de causar el mayor daño posible a los rebeldes.

—Bien, ¿y por qué no convocamos un consejo de pacificación? —preguntó Pellaeon—. Quizá podríamos reunir a los señores de la guerra, hacer que se sentaran a la misma mesa y hablaran… Aunque se nieguen a unirse bajo el mando de un solo líder, quizá podrían acordar una estrategia común. Cada uno de ellos podría atacar distintos objetivos en la Nueva República, utilizando sus propias tácticas y métodos para poner de rodillas a los rebeldes. Después podríamos recuperar esos territorios que siempre han sido legítimamente nuestros.

Los ojos del vicealmirante habían empezado a brillar de excitación mientras las ideas iban surgiendo de su mente.

Daala asintió.

—Es una sugerencia excepcionalmente buena, vicealmirante, y muy similar a mis ideas. Usted quizá se encuentre en mejor situación que yo para enviar esas invitaciones, aunque haré todo lo que pueda. Sin embargo —añadió, yendo hacia una caja fuerte dotada de cerradura cibernética instalada junto a su escritorio personal—, y por si eso no da resultado, quiero que se lleve esto.

Abrió la caja fuerte y sacó de ella una membrana respiratoria del tamaño de la palma de su mano, que entregó a Pellaeon.

—¿Para qué me da esto? —preguntó Pellaeon.

—Espero que nunca necesite llegar a utilizarla —replicó Daala—. Pero si todo lo demás falla, entonces sabrá qué ha de hacer con ella.

CAPÍTULO 19

La baliza de Tsoss transmitía su ciega señal a la sopa llameante de estrellas y gases que se extendía por el corazón del núcleo. La estación automatizada había sido construida por androides y cuadrillas suicidas en un planetoide azotado por la interminable marea de tormentas radiactivas y estallidos solares que barrían la región. Ninguna criatura viva había visitado Tsoss en quince años, y el flujo ionizado había hecho que la mayoría de los androides de mantenimiento se averiasen hacía ya mucho tiempo.

La almirante Daala pensó que Tsoss era el sitio ideal para celebrar una reunión de señores de la guerra imperiales.

La estación-faro consistía en un gran cuadrado pegado al suelo, una ciudadela de muros bastante bajos que tenían más de un metro de grosor para impedir el paso de la radiación. Antes de introducir su Destructor Estelar en aquella región tan hostil, Daala había enviado una lanzadera de asalto de la clase Gamma tripulada por androides de construcción que aterrizaron en la superficie del planetoide e iniciaron los trabajos de reparación de mayor envergadura, siguiendo la programación y las especificaciones desarrolladas personalmente por Daala.

Cuando los androides de construcción hubieron terminado los trabajos más urgentes e instalado generadores de escudos de radiación de alta eficiencia, Daala llevó el *Tormenta de Fuego* al interior de aquel sistema temible en el que los gases calientes se arremolinaron alrededor de ellos y las ondas expansivas surgidas de las tormentas estelares llenaron de estática sus sensores. A Daala le recordó su escondite en la Nebulosa del Caldero, cuando se había visto aislada del Imperio con sólo una flota lamentablemente pequeña para atacar a los rebeldes. Ah, si los imperiales consiguieran unir sus recursos…

En cuanto su nave estuvo en órbita alrededor del faro de Tsoss. Daala envió un grupo de soldados de las tropas de asalto a la superficie para que completaran los preparativos, y decidió ir con ellos a fin de supervisar sus esfuerzos. Escogió uno de los almacenes principales de la estación para celebrar la reunión pacificadora. Los androides de construcción ya habían llevado a cabo cambios estructurales altamente significativos en el recinto, que carecía de ventanales y no tenía más salidas que una sola puerta equipada con una gruesa cerradura blindada.

Sería el lugar perfecto.

Grupos de soldados de las tropas de asalto se llevaron el equipo inservible y los suministros olvidados que habían sido utilizados para construir el faro. La maquinaria era muy vieja, y estaba impregnada de peligrosas radiaciones secundarias. Los soldados de las tropas de asalto envueltos en sus armaduras arrojaron todo aquello a la superficie rocosa.

Daala permanecía inmóvil en su uniforme gris oliva, con su cabellera color rojo cobre cayendo sobre sus hombros y las manos enguantadas de negro unidas detrás de la espalda

mientras lo supervisaba todo. Intentaba producir una impresión intimidatoria y compasiva al mismo tiempo… aunque la parte de la compasión le resultaba bastante difícil.

Observó a los antiguos soldados de Harrsk y vio que algunos seguían estando algo inquietos ante lo que percibían como su amotinamiento, aunque la inmensa mayoría se habían convertido a la causa de Daala. Todos eran soldados imperiales adiestrados para seguir a su líder, y a Daala no le sorprendió demasiado descubrir que la mayoría de sus tropas habían despreciado a Harrsk y habían aplaudido en secreto las acciones de Daala. Todos aquellos hombres habían aprendido a respetar el ideal del Imperio, y Daala les ofrecía un regreso a aquello: Harrsk sólo les prometía la continuación de la guerra civil.

Los navíos de la clase Victoria de Pellaeon llegaron un día después de que Daala hubiera completado los preparativos. Mientras los soldados de las tropas de asalto escoltaban al vicealmirante ante su presencia, Daala sintió que se le formaba un gélido nudo de terror en la base del estómago. Si Pellaeon no había logrado llevar a cabo su misión, entonces todo estaría perdido… pero la leve sonrisa que vio en su delgado rostro y el brillo de sus ojos enseguida le revelaron que Pellaeon no había fracasado.

—Misión cumplida, almirante —dijo el vicealmirante, irguiéndose ante ella y mirándola a los ojos—. Trece de los más poderosos señores de la guerra imperiales acudirán a las conversaciones. —La sonrisa de Pellaeon se debilitó un poco, haciendo que su bigote se inclinara sobre sus labios—. Convencerles no resultó nada fácil, desde luego… Tuve que utilizar todas las tácticas que se me ocurrieron, y me vi obligado a explotar a fondo su legendaria reputación y mi período de servicio a las órdenes del Gran Almirante Thrawn. Con esto hemos consumido toda la influencia de que disponíamos. —Pellaeon bajó la voz, sabiendo que sus palabras podían ser interpretadas como una falta de respeto—. Más valdrá que haga todo lo posible para que su plan dé resultado, almirante. No tendremos una segunda oportunidad.

Daala tiró de los guantes negros que cubrían sus manos.

—Lo comprendo, vicealmirante —dijo—. No tengo ninguna intención de fracasar.

La sonrisa de Pellaeon se volvió un poco más sombría.

—Si no lo creyera, no estaría aquí con usted.

Los señores de la guerra llegaron con sus flotas armadas hasta los dientes, y Daala sabía que el más leve error podía desencadenar un holocausto que acabaría con los últimos restos de la potencia militar imperial. Meneó la cabeza con resignación, el rostro tenso y lleno de cansancio… y un instante después comprendió que si ése iba a ser el destino del Imperio, sería mejor que terminara allí en vez de hacerlo a través de un largo y deshonroso proceso de desgaste y consunción.

Daala se fue poniendo en contacto con cada flota a medida que iban llegando.

—Sólo el señor de la guerra tiene permiso para aproximarse al sector —les fue diciendo—. Ninguna fuerza armada puede acceder a este sector.

Los señores de la guerra discutieron, insistiendo en ir acompañados por sus escoltas personales, sus guardias y sus navíos de combate protectores. Pero Daala rechazó todas las peticiones.

—No. Nadie acudirá a esta reunión con armas. Nadie podrá desplegar sus fuerzas para lanzar un ataque secreto. Esto es una negociación política sobre el destino del Imperio. No hay ninguna necesidad de hacer demostraciones de poder.

La furia impotente de los señores de la guerra hizo que el comienzo de las conversaciones se retrasara dos días hasta que por fin la última flota acabó marchándose. Daala estaba convencida de que no irían más allá de los límites del sistema y que se limitarían a salir del radio de alcance de los casi inservibles sensores de su estación, pero eso ya bastaba para sus propósitos. Esa distancia le proporcionaría el tiempo suficiente para enfrentarse a una crisis, si es que llegaba a surgir alguna.

Daala esperó a los señores de la guerra en el almacén blindado, inmóvil junto a la cabecera de la gran mesa que había hecho instalar allí para que acogiera la reunión pacificadora. La mesa tenía una forma bastante irregular, con esquinas redondeadas y un perímetro serpenteante que tenía como objetivo eliminar cualquier sutil jerarquía en el orden de asientos. En lo que concernía a Daala, todos los señores de la guerra que iban a reunirse allí eran totalmente iguales en su pomposa estupidez. Pero si quería que iniciaran las negociaciones, tenía que crear una impresión de imparcialidad y juego limpio.

La falta de ventanas hacía que el almacén pareciese una mazmorra, por lo que Daala había añadido cristales de iluminación de un color azul eléctrico que habían sido esparcidos por la sala para proporcionar una fresca y relajante claridad desde sus postes metálicos que le llegaban a la altura del hombro. Eran como antorchas de alta tecnología cuya luz se reflejaba en las paredes grises. Al otro lado de la puerta, guardias imperiales de túnicas carmesíes permanecían ominosamente silenciosos, reforzando la aureola de imperioso poder que envolvía la presencia de la almirante.

Daala se recostó en su nada cómodo asiento. Prefería que el mobiliario fuese lo más rígido y funcional posible porque eso contribuía a que su atención permaneciera concentrada en los asuntos realmente importantes. Inspiró profundamente y empezó a ordenar sus pensamientos, haciendo acopio de fuerzas para lo que sabía iba a ser una reunión espantosamente difícil. Daala despreciaba las reuniones, y prefería tomar decisiones unilaterales y ponerlas en práctica costara lo que costase… pero ese sistema no daría resultado en aquel caso. Por lo menos, todavía no. Tenía que dar una oportunidad a los señores de la guerra.

Pellaeon estaba inmóvil a un lado de la puerta como una especie de guardia de honor. El Supremo Almirante Teradoc fue el primero en cruzar el umbral, gordo y con el rostro sudoroso, caminando con paso lento y tambaleante incluso en aquella gravedad tan baja. Un odio terrible iluminó sus ojillos, haciendo que pareciesen un par de cuentas de cristal cuando lanzó una mirada venenosa a Pellaeon. Teradoc, que mantenía el labio inferior extendido en una mueca desafiante, fue hacia el asiento más cercano para reducir al máximo la distancia que tenía que recorrer. Se colocó entre Pellaeon, al que consideraba un traidor, y Daala —que, en su calidad de intrusa, era probablemente todavía peor que Pellaeon—, dejando el mismo número de asientos vacíos a cada lado.

Después de él entró el Supremo Señor de la Guerra Harrsk, el hombrecillo del rostro cubierto por una horrenda masa de cicatrices. Después llegó el General Superior Delvardus, un hombre alto y esquelético de cabellos castaño oscuro y cejas muy blancas que sobresalían de su frente como un par de descargas eléctricas. Su mentón, cuadrado y firme, estaba bisecado por un profundo hoyuelo. Siguiendo a Delvardus llegó una interminable sucesión de Grandes Moffs, Excelentísimos Nobles Señores, Líderes Supremos y demás comandantes que ostentaban títulos igualmente pomposos pero carentes de todo significado.

Cuando el último señor de la guerra hubo ocupado su asiento, Pellaeon hizo entrechocar sus tacones y fue con paso rápido y decidido hacia un extremo de la sala. El vicealmirante acabó poniéndose en posición de firmes junto a Daala, asegurándose de que cada uno de sus giros fuera lo más brusco y exagerado posible.

—Quiero agradecerles a todos el que hayan venido aquí —dijo Pellaeon—. Sé que el mero hecho de acceder a reunirse ya supone un compromiso muy difícil de aceptar, pero deben escucharnos por el futuro del Imperio.

Daala se levantó lentamente, calculando meticulosamente todos sus movimientos para obtener el compás exacto que esperaba atraería su atención: no lo bastante rápido para distraerles, y sí lo bastante lento para que tuvieran tiempo de temer lo que podía llegar a decir o hacer. Sus ojos verde esmeralda chispeaban.

—Un Imperio, una flota… Sólo eso nos garantizará la victoria.

El obeso Supremo Almirante Teradoc chasqueó los labios, emitiendo un sonido claramente grosero desde su asiento.

—Esos tópicos tal vez den resultado con los soldados jóvenes que todavía se dejan impresionar fácilmente, pero no servirán de nada con nosotros —dijo—. Hemos dejado muy atrás todas esas tonterías altisonantes.

Pellaeon se envaró junto a Daala, y su rostro palideció. Daala pudo percibir la ira que hervía dentro de él mientras empezaba a hablar.

—Son algo más que tópicos y tonterías, señor —dijo Pellaeon—. Estamos hablando del destino del Imperio.

—¿Qué Imperio? —exclamó Teradoc—. Nosotros somos el Imperio —añadió, y movió su mano regordeta en un gran gesto para abarcar a los otros señores de la guerra mientras fruncía el ceño.

Daala lanzó sus palabras al aire como si fueran un puñado de trocitos de hielo.

—Supremo Almirante Teradoc, si el Emperador estuviera aquí eso sería causa de ejecución inmediata.

—Pero no está aquí —replicó secamente Teradoc.

—Y en consecuencia debemos actuar y obtener resultados sin él.

Daala fulminó con la mirada al Supremo Almirante durante una fracción de segundo, y después permitió que sus ojos recorrieran los rostros de los otros señores de la guerra, que parecían aburridos o divertidos por aquel altercado.

—He visto lo que queda de la flota estelar imperial —dijo—. Durante el último año he ido a verles a casi todos para apremiarles a que dejaran a un lado sus diferencias. El Supremo Señor de la Guerra Harrsk cuenta con una flota de Destructores Estelares de la clase Imperial. El Supremo Almirante Teradoc posee una fuerza de navíos de combate de la clase Victoria. En cuanto a los demás, tienen cañoneras, naves-capital, millones y millones de soldados de las tropas de asalto… ¡Si elegimos utilizarlo como tal, es un poderío militar incontenible!

»El Gran Almirante Thrawn demostró que los rebeldes todavía no han conseguido consolidar los escasos recursos de que disponen. Las rivalidades que enfrentan a un señor de la guerra con otro han hecho que cada uno de sus sectores haya dedicado inmensos recursos a la creación de armamento. Ha llegado el momento de utilizar esos recursos contra nuestros verdaderos enemigos en vez de que cada señor de la guerra los utilice contra los demás.

—Unas palabras magníficas, almirante Daala. —Harrsk aplaudió burlonamente—. ¿Y cómo propone que hagamos todo eso?

Daala golpeó la mesa con un puño enguantado.

—Forjando una alianza. Si los rebeldes pueden hacerlo, nosotros también.

El General Superior Delvardus, que se había sentado en una esquina bastante alejada de la mesa, se puso en pie y se alisó el uniforme, disponiéndose a marcharse.

—No pienso oír más estupideces. Esto no es más que un pésimamente mal disfrazado intento de hacerse con el poder. He gastado más fondos que cualquiera de ustedes para reforzar mi poderío militar. —Su frente se llenó de arrugas, y sus frondosas cejas blancas se unieron—. No voy a compartir mi gloria.

Mientras aquel hombre esqueléticamente delgado empezaba a girar sobre sus talones para darle la espalda, los dedos de Daala se posaron encima de un panel de control oculto debajo de la mesa. La gruesa puerta de duracero siseó sobre sus pistones hidráulicos para cerrarse con un ruidoso estruendo metálico, y los cierres de seguridad quedaron activados a lo largo de todo su perímetro. Hileras de luces multicolores parpadearon en el panel cuadrado del mecanismo de operación, yendo de un lado a otro como veloces enjambres de insectos enfurecidos.

—¿Qué es esto? —gritó Delvardus, volviéndose hacia la puerta.

—Una puerta provista de cerradura cibernética con un mecanismo de cronómetro —dijo Daala—. Ni siquiera yo podré abrirla durante las tres horas siguientes. Y ahora va a sentarse, Delvardus.

Varios señores de la guerra se apresuraron a levantarse. El Supremo Almirante Teradoc intentó ponerse en pie, pero fue arrastrado hacia atrás por su enorme masa y acabó conformándose con dejar caer una mano sudorosa sobre el tablero. Los comandantes imperiales gritaron, aullaron, golpearon la mesa con los puños e

intercambiaron feroces reproches, pero Daala se mantuvo firme y esperó hasta que sus rabietas se fueron disipando poco a poco. Pellaeon permanecía inmóvil junto a ella, visiblemente inquieto.

—Esto no es ningún intento de hacerse con el poder —dijo Daala por fin cuando el estrépito inicial se hubo calmado un poco—. Sé que otros oficiales imperiales han abandonado la flota y han decidido compartir el destino de los criminales y la escoria porque eso les proporcionaba una oportunidad de obtener patéticos beneficios personales pero, y por muy repugnantes que me parezcan sus tácticas destructivas, también sé que ustedes todavía conservan aunque sólo sea una sombra de lealtad hacia nuestro Imperio, que tan grande llegó a ser en el pasado.

»Disponen de tres horas para elegir un líder. Aparte de eso, no pueden hacer absolutamente nada más. Todos estamos atrapados dentro de esta cámara… así que quizá sería preferible que sacaran el máximo provecho posible de las circunstancias.

Daala se sentó y juntó las manos, apretando el cuero negro entre sus dedos con un leve sonido de estrangulación… y esperó.

Las discusiones se fueron volviendo más estridentes e infantiles a medida que iban transcurriendo las horas. Las rivalidades que oponían a los distintos señores de la guerra no tardaron en estallar: viejas venganzas fueron declaradas de nuevo, y las alegaciones de traición y las amenazas de represalia volaron de un rostro a otro.

Durante la primera hora Daala se sintió bastante preocupada, pero aún albergaba algunas esperanzas. Durante la segunda hora, y aunque logró mantener oculta su ira, empezó a sentir deseos de agarrarles por el cuello y hacer entrechocar sus cráneos. Mediada de la tercera hora, decidió que no seguiría tratando de ocultar el profundo desprecio que sentía hacia aquellos señores de la guerra incapaces de ponerse de acuerdo.

Harrsk acabó perdiendo el control de sí mismo durante una feroz discusión a gritos con Teradoc. El hombrecillo de las cicatrices saltó por encima de la mesa, cayendo de rodillas y levantándose rápidamente del suelo para lanzarse sobre el obeso Supremo Almirante y tratar de rodear su gorda garganta con sus cortos dedos. La silla se volcó, y los dos rodaron por el suelo entre gritos y maldiciones.

Los otros señores de la guerra se pusieron en pie, algunos lanzando vítores mientras otros les gritaban que dejaran de pelear. Pellaeon esperó hasta que no pudo seguir conteniéndose e intervino con salvaje decisión, agarrando a Harrsk y aprovechando la baja gravedad para levantarlo por los aires y lanzarlo sobre la mesa. Teradoc, que estaba tan rojo como si fuera a reventar de un momento a otro, empezó a soltar aullidos de rabia. El aire entraba y salía velozmente de sus pulmones, haciendo tanto ruido como un viejo sistema de ventilación averiado.

Daala giró sobre sus talones y agarró una de las lámparas eléctricas esparcidas a su alrededor, levantándola del suelo.

—¡Basta! —gritó.

Alzó el delgado cilindro de duracero y lo dejó caer sobre la mesa. El cristal iluminador estalló, quedando hecho añicos entre una nube de chispazos azulados, y los fragmentos salieron volando en todas direcciones. Daala volvió a golpear la mesa una y otra vez, doblando el cilindro de duracero, agrietando su extremo y dejando profundas señales en el tablero. La cuenta atrás de la cerradura cibernética terminaría dentro de cinco minutos.

Su acción, tan inesperada como violenta, sumió a los líderes enfrentados en una sorprendida inmovilidad. Daala arrojó el cilindro metálico al suelo, y la lámpara destrozada rodó ruidosamente sobre las planchas hasta acabar deteniéndose junto a una pared.

Daala estaba tan harta y tan asqueada que las palabras fueron surgiendo de sus labios con una espantosa y terrible lentitud para caer sobre el grupo de señores de la guerra, aplastándolo bajo la fuerza incontenible de un inmenso garrote invisible.

—No quería gobernar —dijo—. No tenía ninguna intención de convertirme en una líder política. Lo único que quería era aplastar a los rebeldes… pero no me dejan otra elección. No puedo permitir que el destino del Imperio esté en las manos de semejante pandilla de imbéciles.

Metió la mano en el bolsillo lateral de su uniforme gris oliva y sacó de él una membrana respiratoria traslúcida que colocó sobre su boca y su nariz. Daala activó la mascarilla con la yema de un dedo y la delgada membrana se selló sobre su rostro, adhiriendo sus bordes a las células de la piel. Pellaeon alzó súbitamente la mirada junto a ella, y los primeros destellos de comprensión iluminaron sus ojos. El vicealmirante cogió su mascarilla mientras Daala volvía a deslizar la mano por debajo de la mesa y pulsaba un botón, activando los sistemas emisores de gas nervioso que los androides constructores habían instalado obedeciendo las directrices de su programación. Los conductos del aire dejaron escapar un sonido sibilante, como serpientes que expulsaran su aliento venenoso en el interior de la sala.

Los señores de la guerra reaccionaron al unísono y la acusaron de traición con un estridente coro de gritos. Daala, divertida por aquella ironía, vio que por fin habían encontrado una manera de hacer algo juntos.

Teradoc intentó levantar su cuerpo hinchado de la silla. Daala supuso que moriría de un ataque cardíaco si el gas nervioso no acababa con él antes.

Harrsk y otros tres señores de la guerra no malgastaron el tiempo pregonando su rabia, y corrieron hacia la puerta para golpear la cerradura cibernética con los puños en un frenético intento de desactivarla y provocar su apertura. Pero el cronómetro aún tenía cuatro minutos por contar, y Daala sabía que el gas sólo necesitaba segundos para completar su acción letal.

El alto y esquelético Delvardus se llevó la mano a la insignia que adornaba su pecho mientras fruncía el rostro en una mueca de intensa concentración. Delvardus consiguió unir varias medallas y galones metálicos. Después extrajo una delgada varilla de uno de

sus entorchados, y cuando hubo terminado de unir los componentes con una rápida sucesión de chasquidos Daala vio que había obtenido un cuchillo primitivo, pero de un aspecto bastante temible.

Delvardus fue hacia ella, alzando la hoja y tambaleándose sobre sus largas piernas huesudas. Su rostro fue quedando cubierto por un espolvoreo de erupciones rosadas a medida que iban estallando los vasos sanguíneos de sus mejillas y sus ojos. Su respiración se estaba volviendo cada vez más rápida y entrecortada.

Daala permaneció inmóvil, ofreciendo un blanco muy fácil, y contempló a Delvardus con educado interés. Delvardus había aceptado el hecho de que iba a morir, y sólo quería hundir su cuchillo en el cuerpo de Daala antes de sucumbir a los efectos del gas nervioso.

Los señores de la guerra ya estaban cayendo a diestra y siniestra, derrumbándose unos sobre otros. Algunos tosían y jadeaban mientras se rodeaban la garganta con las manos, y otros vomitaban. Dos de ellos se desplomaron encima de la mesa. Casi todos habían conseguido llegar al suelo.

Delvardus seguía acercándose, dando un paso vacilante tras otro y moviéndose con tanta lentitud como si sus miembros estuvieran recubiertos por una capa de duracreto que se iba endureciendo rápidamente. Sus ojos se habían vuelto de un espantoso color rojo oscuro al ir llenándose de sangre desde dentro mientras se esforzaba por alzar el cuchillo.

Daala vio cómo Delvardus caía a sus pies. El cuchillo repiqueteó ruidosamente sobre las planchas del suelo.

Pellaeon parecía horrorizado, pero también resignado a contemplar aquella masacre tan inesperada. El gordo Teradoc seguía jadeando y tosiendo. A Daala le sorprendió bastante que el obeso señor de la guerra fuese el último en morir.

CAPÍTULO 20

La flota consolidada de la almirante Daala llegó a la avanzadilla militar del General Superior Delvardus en una amenazadora formación pocas horas después de la muerte de éste. Daala se llevó consigo una gran fuerza de desembarco como demostración de fuerza cuando fue a parlamentar con Cronus, el lugarteniente de Delvardus.

El esquelético General Superior había elegido un mundo de pequeñas dimensiones situado en los confines de la banda habitable de su sol, un lugar muy árido de arenas color óxido, rocas desnudas y cañones laberínticos que habían sido creados por viejas inundaciones evaporadas hacía ya mucho tiempo.

Daala examinó los contingentes disponibles a bordo de los Destructores Estelares que acababa de poner bajo sus órdenes y reunió a un escuadrón de lanzaderas de asalto, naves muy veloces con un curioso aspecto de escarabajos mortíferos que descendieron a través de la atmósfera color verde claro y se dirigieron hacia la fortaleza secreta de Delvardus. Daala había sacado las coordenadas de unos ficheros de espionaje altamente útiles que Pellaeon había obtenido de los bancos de datos centrales del navío insignia del Supremo Almirante Teradoc.

El escuadrón voló a baja altura sobre el escarpado paisaje surcado por grandes vetas rocosas, siguiendo las heridas que formaban las grietas y fisuras. Los enormes muros de los desfiladeros proyectaban espesas sombras. Cuando las naves entraron en el complejo de cañones, Daala pudo ver que la cañada quedaba bruscamente cortada por una imponente fachada: se hallaban ante la fortaleza personal del General Superior Delvardus.

Las lanzaderas de asalto descendieron delante de las enormes puertas de piedra y se posaron en una llanura rocosa tan sólida como el duracreto. Daala y Pellaeon salieron de su nave, acompañados por la mitad del contingente de soldados de las tropas de asalto fuertemente armados. El resto de sus tropas permaneció dentro de las lanzaderas de asalto con las armas listas para hacer fuego. Los cascos de las lanzaderas de asalto de la clase Gamma empezaron a crujir y sisear a medida que sus motores se iban enfriando y la flotilla se preparaba para el asedio.

Daala no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar el lugarteniente de Delvardus.

Dos soldados de las tropas de asalto abrieron las puertas del compartimiento de carga trasero y extrajeron de él la demostración de fuerza más importante de Daala.

—El vicealmirante Pellaeon y yo abriremos la marcha —dijo—. Dos soldados transportarán el trofeo, y los demás nos seguirán a cada lado en calidad de guardia de honor personal.

Empezaron a avanzar por la llanura rocosa y fueron hacia el gigantesco e imponente edificio de la fortaleza, con sus botas golpeando el duro suelo en un ruidoso y veloz avance que recordaba un estallido de salvas de artillería. El árido viento del pequeño planeta sopló sobre ellos como un gemido ahogado. Daala no vio ningún otro movimiento.

Los soldados de las tropas de asalto luchaban con la carga cuadrada instalada encima de unas monturas antigravitatorias que se les había ordenado transportar, intentando impedir que se bamboleara bajo aquellas brisas impredecibles. Suspendido en el centro de la estructura, preservado entre chisporroteos en un campo de energía de alta potencia como un insecto muerto atrapado en un bloque de ámbar, colgaba el flaco cuerpo de mentón hendido del General Superior Delvardus. Su rostro estaba hinchado y contorsionado en una horrible mueca, y sus ojos se habían cerrado debido a los efectos del gas nervioso.

Daala volvió la mirada hacia atrás y su cabellera rojo fuego onduló alrededor de su cabeza, agitada por las ráfagas de viento helado. Ya estaba sintiendo cómo aquella atmósfera tan tenue le abrasaba los pulmones, pero no quería llevar una mascarilla respiratoria para evitar producir una impresión de debilidad.

Pellaeon alisó su uniforme y se irguió, adoptando una postura majestuosamente imperial. Daala alzó la cabeza y fue hacia las enormes puertas, que tenían cinco veces su altura: la almirante sospechaba que aquella magnificencia tenía como propósito básico el de impresionar. A pesar de los enormes gastos militares proclamados por Delvardus, no había visto prácticamente ninguna presencia armada alrededor del planeta, y se preguntó si el lugarteniente de Delvardus podría estar planeando alguna clase de emboscada.

Daala y Pellaeon se hicieron a un lado para que todos los observadores pudieran ver el cuerpo suspendido del General Superior Delvardus, y después se detuvieron delante de la colosal entrada de piedra y esperaron. Daala vio unos cuantos receptores vocales hábilmente disimulados en grietas de las rocas.

—Tengo un mensaje y un regalo para el coronel Cronus —dijo, empleando un tono de conversación normal y volviendo la boca hacia los receptores vocales.

Las grandes puertas de piedra se abrieron un par de metros con un sonido curiosamente parecido a un suspiro de disgusto, revelando al contingente de soldados imperiales armados oculto en la fortaleza. Daala controló férreamente su expresión y se mantuvo inmóvil e impasible.

—Vuestro General Superior ha actuado de una manera tan repugnante como traicionera, y ha puesto sus deseos por delante del futuro del Imperio.

Los rostros de los guardias indicaban con toda claridad lo mucho que deseaban desintegrar a Daala para hacerle pagar los terribles insultos que acababa de lanzar contra su antiguo dueño y señor, pero no se atrevieron a actuar delante de su escolta y de las lanzaderas de asalto Gamma fuertemente armadas.

—Delvardus no actuó en solitario, pero prosiguió una guerra de desgaste y luchó con otros señores de la guerra en detrimento de todos nosotros. Os presento… —sacó un cubo holográfico de su bolsillo y lo dejó delante de la estructura centelleante que sostenía el cuerpo suspendido— una grabación de todo nuestro consejo de pacificación para que podáis ver las acciones de vuestro general, así como aquellas de los otros señores de la guerra. Cuando la hayáis visto, comprenderéis por qué fue necesario adoptar una medida tan drástica.

»Esas lanzaderas de asalto no son más que una fracción de nuestras fuerzas, pero bastarán para causar daños altamente significativos a vuestra fortaleza. El resto de nuestra flota está esperando en órbita. Pensad en lo que estáis viendo y decidid si queréis uniros a nosotros como parte de una fuerza imperial reunida… o si queréis ser considerados unos renegados al igual que vuestro antiguo comandante. Disponéis de una hora para deliberar. Si no hemos tenido noticias vuestras cuando termine ese plazo, volveremos y os destruiremos como cómplices.

Daala giró sobre sus talones. Los soldados de las tropas de asalto dejaron la pesada estructura en el suelo y desconectaron el generador de la plataforma antigravitatoria antes de seguir a Daala y Pellaeon.

Daala no se volvió a mirar, pero oyó cómo los guardias iban saliendo de la fortaleza y contemplaban a su líder caído y el peculiar cubo de mensajes durante unos momentos. Después volvieron corriendo al interior de la fortaleza, y el retumbar metálico de las pesadas puertas que se cerraron detrás de ellos creó ecos que resonaron por el angosto desfiladero.

Cuando la hora de plazo llegó a su fin, el coronel Cronus decidió unirse a las fuerzas de Daala… sin ninguna clase de reservas.

Un transporte blindado llegado de los hangares de la fortaleza llevó a Daala y Pellaeon, junto con un contingente de sus recelosos soldados de las tropas de asalto, en un rápido viaje fuera del planeta. El coronel Cronus pilotaba personalmente el transporte blindado mientras iba transmitiendo señales de identificación dirigidas al espacio profundo. Cronus fue dejando atrás los navíos de combate de Daala y fue siguiendo un rumbo directo de salida del sistema, moviéndose en una trayectoria perpendicular a la eclíptica que avanzaba hacia la dispersa nube cometaria.

El coronel Cronus no era muy alto, pero todo su cuerpo desprendía una impresionante aureola de poder. Sus hombros eran muy anchos y su pecho estaba recubierto de grandes músculos ondulados, y sus gruesos bíceps indicaban que se ejercitaba incansablemente para mantenerse en la mejor forma física posible incluso bajo la reducida gravedad de aquel pequeño y lúgubre planeta. Su rizada cabellera negra estaba surcada por hebras plateadas que le proporcionaban una apariencia bastante distinguida. Estaba muy bronceado y tenía la piel llena de arruguitas que le daban un aspecto general de haberse curtido a la intemperie, y sus grandes ojos castaños se movían continuamente de un lado a otro, absorbiendo todos los detalles. No era muy hablador, y contestaba a las preguntas que se le formulaban con la información estrictamente necesaria sin añadir ni un solo dato más.

—He de ejecutar un pequeño salto hiperespacial —dijo Cronus— para llevarnos lo suficientemente cerca del límite del sistema… a menos que prefieran viajar durante semanas con nuestros motores sublumínicos a máxima potencia, naturalmente.

Daala se envaró. Pellaeon y los guardias de las tropas de asalto se pusieron firmes, pero la almirante acabó decidiendo que Cronus tenía muy poco que ganar mediante un acto de traición repentina… y que confiarle una responsabilidad tan grande indudablemente serviría para plantar las semillas de una lealtad más profunda.

—Muy bien, coronel —dijo—. Tengo muchas ganas de ver qué consiguió crear Delvardus con todos los créditos que gastó.

Pellaeon la miró como si le estuviera lanzando una advertencia silenciosa y las puntas de su frondoso bigote parecieron inclinarse hacia abajo, pero Daala respondió con una sacudida de cabeza casi imperceptible. La vicealmirante se recostó en su asiento y se obligó a relajarse. Cronus aceptó sus órdenes sin rechistar y empezó a programar el ordenador de navegación.

Los nervios de Daala estaban tan tensos que le parecía como si su cuerpo estuviera atravesado por una red de cuerdas de piano. Mantuvo el rostro impasible, pero la adrenalina siguió corriendo a toda velocidad por su organismo mientras se ponía el arnés de seguridad. Todo había ido notablemente bien. La conquista había sido devastadora y sangrienta, pero Daala se había limitado a acabar con unos objetivos meticulosamente seleccionados —las víctimas adecuadas—, y la cosecha del Imperio se iba volviendo más potente y rica con cada semilla que recolectaba. Daala pensó en las importantísimas consecuencias de su triunfo y se sintió llena de júbilo.

Pellaeon levantó las cejas en un enarcamiento interrogativo, pero Daala no respondió a él. El riesgo había valido la pena. Siempre permanecería en guardia, pero por el momento el peligro había terminado. Todas sus acciones futuras tendrían que ir dirigidas a consolidar su poder.

Cronus hizo girar su asiento de pilotaje para volverse hacia ella y la contempló con sus profundos ojos marrones, que contenían una inesperada afabilidad. Daala se preguntó si le agradecía que hubiera decidido hacerse con el poder. Había visto cómo Cronus contemplaba el cadáver del General Superior Delvardus con un intenso desprecio que apenas se había molestado en disimular.

—Estamos entrando en el hiperespacio, almirante Daala —dijo Cronus—. Les ruego que no se alarmen.

El espacio se desvaneció en un torbellino multicolor alrededor de la nave.

Daala se inclinó hacia adelante para hablar con el coronel.

—Hemos hecho algunas averiguaciones sobre la cantidad de dinero que Delvardus gastó en sus operaciones, y no he quedado muy impresionada por lo que vi en su fortaleza. —Entrecerró sus ojos color esmeralda y siguió hablando—. Espero que no haya estado dilapidando los recursos del Imperio.

Cronus sonrió y meneó la cabeza.

—Le aseguro que no lo hizo, almirante, y creo que incluso usted quedará impresionada.

Daala cerró los ojos durante un momento para hacer un recuento mental de su flota, y le añadió los Destructores Estelares que ya había obtenido de los distintos señores de la guerra hasta hacer una evaluación global de todas las naves y la potencia de fuego que tenía a su disposición. Después se juró a sí misma que esta vez sabría usar mejor su flota.

—Ya hemos llegado, almirante.

El coronel Cronus activó los controles hiperespaciales para que devolviesen la nave y sus pasajeros a un universo normal. La negrura los envolvió de nuevo, y el lejano sol apareció como un puntito brillante en el centro del sistema. Aparte de ese sol, sólo había oscuridad espacial extendiéndose en todas direcciones alrededor del transporte blindado. Y entonces Daala vio una especie de mancha borrosa, una enorme sombra que eclipsaba las estrellas. Parecía tener varios kilómetros de longitud, y se fue haciendo más y más grande a medida que se iban aproximando a ella.

Cronus se inclinó sobre el sistema de comunicaciones y transmitió un código de identificación.

—Conecten los sistemas —le dijo a un oyente desconocido—. Quiero una exhibición lo más espectacular posible.

Daala clavó la mirada en la ventanilla, y de repente vio aparecer un torbellino de lucecitas que fueron indicando la situación de una cubierta tras otra en una nave increíblemente enorme. La inmensa sombra en forma de cuña era un solo navío cuyas descomunales dimensiones volvían insignificantes las de cualquier otro que hubiera visto hasta entonces.

—No puedo creerlo —murmuró Pellaeon junto a ella—. Sólo el *Ejecutor* era tan grande… y esa nave estuvo a punto de provocar la bancarrota del Imperio.

—¿Qué es? —preguntó Daala.

Cronus sonrió, y sus expresivas facciones mostraron con toda claridad el obvio placer que sentía ante la reacción de Daala… pero fue Pellaeon quien respondió.

—Es un Súper Destructor Estelar —dijo.

Cronus se apresuró a asentir.

—Tiene una potencia de fuego equivalente a la de veinte Destructores Estelares normales —dijo, y sus ojos brillaron con un chispazo de orgullo—. Mide ocho kilómetros de longitud y puede transportar a cien mil tripulantes… y está recubierto con un blindaje de invisibilidad. Por eso sólo era visible como una sombra negra mientras nos aproximábamos. Aunque gigantesco, es prácticamente invisible para las fuerzas enemigas.

Después bajó la voz, como si estuviera revelando un secreto muy valioso.

—Lo hemos llamado Martillo de la Noche.

El asombro desorbitó los ojos de Daala, y su respiración se volvió más rápida y entrecortada mientras contemplaba cómo Cronus iba dirigiendo el transporte blindado hacia la entrada del hangar del Súper Destructor Estelar en el que iban a atracar. Daala no

pudo contenerse y se levantó de su asiento para colocarse detrás del coronel. Después se inclinó hacia adelante, incapaz de apartar los ojos de la tenebrosa belleza del Martillo de la Noche.

—Ésa será mi nave —murmuró.

CORUSCANT

CAPÍTULO 21

En el interior del cavernoso palacio imperial, Leia Organa Solo y su familia estaban dando un paseo vestidos con prendas civiles y habían decidido hacer una parada en un agradable café para almorzar como ciudadanos normales. Resultaba muy grato no llevar uniforme allí donde Leia podía fingir que era invisible, aunque ella sabía que estaban siendo seguidos por una pequeña multitud de guardias personales, protectores profesionales y tiradores de elite que controlaba todos sus movimientos al mismo tiempo que se mantenía lo bastante lejos para no estorbarles. Esa interferencia no le gustaba nada, pero también sabía que después de los muchos intentos de acabar con ella o con su familia a los que se habían enfrentado en el pasado no podía permitirse el lujo de cometer ningún descuido. Había demasiadas cosas en juego.

Han sostenía a Anakin encima de su cadera, y el niño rodeaba el cuello de su padre con las manecitas.

—Venga, chicos, ahí hay una mesa —dijo Han.

Los gemelos, siempre rebosantes de energía, libraron una reñida carrera para ser los primeros en llegar a los asientos vacíos.

Chewbacca dejó escapar un prolongado ulular quejumbroso, insistiendo en que los niños fueran despacio y tuvieran cuidado… pero los gemelos ignoraron al enorme wookie.

Si te limitaras a permitir que yo me ocupara de estas cosas, estoy seguro de que se portarían bien —dijo Cetrespeó. Chewbacca se volvió hacia el androide de protocolo y le enseñó los dientes—. ¡Oh, Chewbacca, esto es realmente excesivo! No hay absolutamente ninguna necesidad de hacer semejantes exhibiciones.

Erredós emitió un rápido silbido electrónico, pero Cetrespeó no se molestó en responderle. El androide dorado transportaba dos bandejas de comida, y Chewbacca sostenía en sus peludas manos otra que contenía un montón de carne medio cruda.

El grupo eligió una mesa en uno de los balcones. Cortinas de niebla generadas por vaporizadores ocultos en las paredes de roca sintética flotaban lentamente a su alrededor. Las fuentes producían pequeños riachuelos de agua que iban bajando a lo largo de las docenas de pisos hasta llegar a una plaza abierta en el interior del palacio piramidal.

Cetrespeó y Chewbacca dejaron sus bandejas encima de la mesa, pero los gemelos fueron corriendo a la barandilla del balcón y se pusieron de puntillas para inspeccionar las lejanas profundidades que se extendían por debajo de ellos.

—¡Fijaos en toda esa gente! —exclamó Jaina—. Qué pequeñitos se les ve…

—¿Puedo tirar algo? —preguntó Jacen, mirando a su alrededor en busca de algún objeto que arrojar al vacío.

—No, no puedes —dijo Leia.

—Pero Jaina va a tirar algo —respondió el niño.

—No, Jaina no va a tirar nada —dijo Leia, empleando un tono más severo que antes.

—¡Yo no voy a tirar nada! —gritó Jaina.

—Vamos, sentaos de una vez —dijo Han, depositando a Anakin en una silla.

La incesante agitación de miles de funcionarios, burócratas y auxiliares que iban de un lado a otro creaba un continuo siseo de estática sonora que ondulaba a su alrededor y se mezclaba con el zumbido de la maquinaria, los intercambiadores de aire y los sistemas de control climático. Poder tomarse un breve descanso ya estaba haciendo que Leia se sintiera un poco más tranquila. Por lo menos allí no había nadie que fuera a oponerse a sus decisiones cuando eligiera algo en el menú.

Leia agradecía la confianza que Mon Mothma había depositado en ella cuando la antigua jefe de Estado le pasó la antorcha del gobierno… pero odiaba todo el trabajo presidencial, a pesar de que lo consideraba como un deber.

Jacen y Jaina se sentaron y empezaron a juguetear con su comida, y Leia sintió un cierto alivio al ver que habían elegido algo que no haría excesivos esfuerzos para huir. A los gemelos les encantaban los cubos coloreados de gelatina de proteínas, aunque Leia no los podía ni ver. Han eligió un plato corelliano saturado de grasas, y Leia se contentó con unas cuantas verduras de los jardines hidropónicos sobre las que habían espolvoreado cristales de sabor.

Se recostó en su asiento y cerró los ojos.

—Ah, qué agradable es estar con tu familia aunque sólo sea durante unos minutos…

El rugido gutural de Chewbacca indicó que estaba totalmente de acuerdo con ella.

Un androide camarero muy alto y ofensivamente eficiente apareció con una reluciente bandeja vacía adherida a un brazo metálico.

—¿Puedo proporcionarles alguna ayuda adicional, honorables clientes? —preguntó—. Me enorgullezco de ofrecerles mis servicios mientras almuerzan en nuestro magnífico establecimiento. ¿Desean solicitar alguna bebida o algún artículo complementario? ¿Condimentos, quizá? Servirles fielmente es el único e inconmensurable placer de mi existencia.

Las exageradas expresiones de hospitalidad provocaron una creciente indignación en Cetrespeó.

—Yo soy su androide de protocolo personal, montón de chatarra pretenciosa, y soy perfectamente capaz de atender todas sus necesidades. Y además pretendemos disfrutar de un almuerzo familiar, y preferiríamos que se nos dejara en paz, si no te importa. Buenos días.

El androide camarero soltó un resoplido ahogado, roto su torso en un giro de ciento ochenta grados y se alejó.

Han puso la mano sobre la de Leia y la obsequió con una sonrisa torcida.

—¿Has tenido un mal día?

—Agotador —respondió Leia sin abrir los ojos—. Cada vez que salgo de una reunión tengo la sensación de que me he pasado horas corriendo cuesta arriba en un planeta de alta gravedad. Nunca hay forma de conseguir que las cosas salgan bien a la primera… De vez en cuando me encuentro añorando los «buenos viejos tiempos» en los que bastaba con llegar pegando tiros, hacer lo que teníamos que hacer y marcharnos: misión cumplida. Ahora tengo que pasar por tantas fases distintas, asistir a tantos comités interminables, conseguir el visto bueno de un número increíble de partes enfrentadas para que ningún habitante de la galaxia se sienta ofendido por alguna norma insignificante que… Bueno, hay veces en que resulta sencillamente imposible.

Abrió los ojos y miró a su esposo y después contempló a Jacen y Jaina, que se estaban arrojando cubos de gelatina el uno al otro.

—En un caso como éste, todo está clarísimo. ¿Por qué tiene que haber discusiones? Y aun así, todavía no hemos conseguido llegar a un acuerdo.

—¿Te refieres al asunto de los hutts?

Leia se mordisqueó el labio inferior y asintió.

—Resulta obvio que los hutts están tramando algo. Ya sabemos lo que tú y Luke encontrasteis en el palacio de Jabba, tenemos el mensaje de Mara Jade y sabemos que los taurills de Durga robaron los planos de la Estrella de la Muerte. No podemos ignorar todo eso, ¿verdad?

Cogió un puñado de hojas y empezó a masticarlas, reflexionando mientras comía. Han se comió una de las salchichas verde grisáceas y chasqueó los labios.

—Existen otras maneras de averiguar qué están tramando ——dijo después. Leia sonrió.

—Lo sé. —Sintió un creciente calor en su rostro y concentró toda su atención en el desafío, apretando la mano de Han entre las suyas—. De acuerdo, hemos terminado con las reuniones del Senado y ya hemos oído discusiones suficientes para dormir a una estatua. Bien, ¿qué vamos a hacer?

Chewbacca aventuró una opinión expresada con una considerable potencia sonora.

—Sí, Chewie, eso es justo lo que estaba pensando hace unos momentos —dijo Han, y se volvió hacia Leia—. Los hutts probablemente saben que tenemos algunas sospechas. Hemos recibido noticias de tantas fuentes distintas que no podemos permitirnos el lujo de creer que esos gusanos viscosos no habrán notado que ocurre algo raro. Los hutts estarán vigilando todos tus canales oficiales, y probablemente tienen espías esparcidos por todo el palacio imperial. Hemos de ir con mucho cuidado.

Leia asintió.

—Así pues, y dado que ellos saben que estamos buscando pistas, crearemos una diversión. Les proporcionaremos una auténtica exhibición investigadora: llevaremos un buen garrote en una mano, y una sonda muy delicada en la otra.

Han la contempló con expresión pensativa y la frente llena de arrugas.

—¿Qué quieres decir?

—Que aceptaremos la oferta de Durga.

Han la miró sin entender nada.

—¿Qué oferta? Oye, ¿tú aceptarías algo de un hutt, fuera lo que fuese?

Leia se encogió de hombros.

—Nos invitó a devolverle la visita oficial. Estoy segura de que no hablaba en serio, pero la invitación ya ha sido transmitida y ahora no puede volverse atrás. Organicemos una misión diplomática, y vayamos a Nal Hutta lo más pronto posible para pillar por sorpresa a Durga.

»Y además iremos acompañados por la flota de la Nueva República —siguió diciendo mientras levantaba un dedo—. Wedge y Ackbar deben de tener muchas ganas de encontrar algún pretexto inocente para poder llevar a cabo unos cuantos ejercicios de guerra. Nuestras naves pueden proporcionar una demostración de fuerza realmente imponente, y si da la casualidad de que eso intimida un poquito a los hutts… Bueno, pues tanto mejor. Que se pongan nerviosos y que se pregunten qué pretendemos en realidad, y así nosotros podremos ir de un lado a otro para tratar de encontrar algunas respuestas.

Cetrespeó decidió intervenir en la conversación.

—Todo eso está muy bien, ama Leia, pero… ¿Cómo espera averiguar algo si lleva a cabo la investigación de una manera tan poco disimulada? ¿No cree que Durga el Hutt ocultará cuanto sepa?

Una sonrisa maliciosa iluminó el rostro de Leia.

—Si nos presentamos allí de la manera más aparatosa y deslumbrante posible, cabe la posibilidad de que eso le ciegue y le impida ver que también estamos haciendo otras cosas —explicó—. Mientras tanto, Chewbacca y Erredós pueden ir a Nar Shaddaa, la Luna de los Contrabandistas, a bordo del *Halcón*. Esa luna es un sitio de bastante mala fama en el que se hacen todos los tratos del mercado negro. Durga estará tan ocupado tratando de ocultarnos sus cartas que Chewie tal vez consiga hacer algún descubrimiento realmente importante.

Erredós soltó una serie de silbidos y pitidos.

—Y no debemos olvidarnos de Erredós, claro —añadió Leia—. Dedicaos a husmear por ahí. Ya veremos qué podéis averiguar, y luego compararemos nuestras respectivas anotaciones.

Chewbacca lanzó un rugido de aprobación, y Leia por fin se relajó lo suficiente para poder terminar su almuerzo.

NAL HUTTA

CAPÍTULO 22

El general Wedge Antilles estaba inmóvil en el puente de la fragata de escolta Yavaris y empezaba a notar la vieja y familiar excitación que acompañaba al combate espacial. Sus naves estaban entrando a toda velocidad en el sistema de Nal Hutta bajo el pretexto de las batallas simuladas que el Equipo Rojo y el Equipo Azul iban a librar en un territorio abierto que, casualmente, era el mundo natal de los hutts.

—Ah, chico, menuda sorpresa se van a llevar esas babosas… —dijo Wedge.

Qwi Xux, la investigadora alienígena de etérea belleza, se levantó de su puesto de control y se reunió con él.

—Esto es mucho mejor que cuando conquistamos la Instalación de las Fauces —dijo—. Por lo menos esta vez ninguna vida corre peligro.

Wedge asintió. Quería abrazarla, pero sabía que no debía hacerlo porque él era el comandante de la nave y ella estaba haciendo sus prácticas como jefe de ciencias de a bordo. El trabajo no encerraba ninguna dificultad para ella, y además le encantaba poder estar con Wedge. Desde que juró que nunca más volvería a colaborar en el desarrollo de nuevos sistemas de armamento, la brillante investigadora alienígena todavía no había encontrado una nueva vocación hacia la que encauzar sus considerables energías mentales.

—Quiero un informe general sobre la situación actual de la flota —dijo Wedge, volviéndose hacia el oficial táctico.

La pantalla del oficial táctico mostró una parrilla con todos los componentes del Equipo Azul. El Yavaris era el navío insignia de Wedge, pero no era la nave más grande de la flotilla. La piedra angular de su flota era la monstruosa fragata de asalto *Dodonna*, una versión altamente modificada de los temibles acorazados imperiales. El Yavaris era más pequeño, pero era la nave que Wedge había pilotado durante su victorioso ataque a la Instalación de las Fauces, el laboratorio secreto del Imperio.

Rodeando a sus naves había seis corbetas corellianas más pequeñas y versátiles cuyas enormes hileras de motores parecían emplazamientos de lanzacohetes que ardieran con un resplandor azulado en la oscuridad del espacio. Las naves de Wedge se habían desplegado en una formación de hilera, con el *Dodonna* y el Yavaris en el centro flanqueados por tres corbetas a cada lado. La flotilla ya estaba entrando en el sistema de Nal Hutta.

—¿Tenemos noticias del Equipo Rojo? —preguntó Wedge, volviéndose hacia el oficial de comunicaciones—. ¿Sabe si el almirante Ackbar ha llegado a sus coordenadas?

Ackbar había llevado a su grupo de naves por un vector de aproximación distinto: su flotilla estaba formada por tres cañoneras corellianas, más pequeñas que las corbetas, y

un enorme crucero estelar calamariano, el *Viajero Galáctico*, una de las naves más gigantescas y poderosas con que contaba la flota de la Nueva República. Pero Wedge sabía que por sí solos el tamaño y la potencia de fuego no garantizaban una victoria. Ackbar tenía que entrar en el sistema desde el otro lado, y las dos flotas se enfrentarían muy cerca de Nal Hutta.

—El Equipo Rojo confirma que está en la posición prefijada —le informó el oficial táctico.

—General Antilles, acabamos de recibir un mensaje urgente de Nal Hutta —dijo el oficial de comunicaciones—. Quieren saber qué hemos venido a hacer aquí.

Wedge intentó reprimir una maliciosa sonrisa de satisfacción.

—Hágales saber que vamos a llevar a cabo unos ejercicios de combate simulado —dijo—. No hay ninguna razón para alarmarse… a menos que intenten gastarnos alguna jugarreta, claro está —añadió en voz baja.

El almirante Ackbar estaba esperando a que su timonel anunciara que podían empezar.

—Los dos equipos están en las posiciones prefijadas, almirante —acabó diciendo el oficial calamariano.

Ackbar inclinó su enorme cabeza en un gesto de asentimiento.

—Preparados para iniciar el enfrentamiento —dijo.

El *Viajero Galáctico* era su nave favorita. Todos los cruceros de batalla calamarianos, aquellos enormes navíos de forma capsular, seguían un diseño ligeramente distinto concebido por los constructores de naves que trabajaban en las instalaciones orbitales que giraban alrededor de su mundo. Mon Calamari llevaba años trabajando incesantemente para sustituir todas las naves que la Nueva República había ido perdiendo durante las encarnizadas batallas con el Imperio, como la que tuvo lugar cuando la almirante Daala y sus Destructores Estelares atacaron los astilleros calamarianos y el mismo Ackbar causó la destrucción del Marea Estelar, un navío de guerra que aún estaba a medio construir.

—Si queremos llevar a cabo la verdadera misión que nos ha traído aquí, tenemos que mantener lo más asustados y preocupados posible a los hutts —dijo el general Crix Madine, el Comandante Supremo de Inteligencia Aliado, que estaba inmóvil junto a él.

Madine, un hombre barbudo de mediana edad, había dirigido el ataque de superficie en Endor que terminó con la destrucción del generador del escudo de energía, lo cual permitió que la flota rebelde destruyera la segunda Estrella de la Muerte. Madine había sido un alto oficial del ejército imperial, pero había desertado para pasarse a la Alianza y había traído consigo una gran cantidad de información altamente valiosa. Los datos secretos que Madine había entregado a Mon Mothma habían sido el origen de muchas de las victorias obtenidas por los rebeldes. Pero de eso ya hacía bastantes años, y en la actualidad Madine procuraba pasar lo más desapercibido posible y desempeñaba un discreto papel de supervisión en las siempre imprescindibles operaciones clandestinas.

—Ahora que nuestra flota está dentro del sistema —dijo Madine—, dudo mucho que los hutts se atrevan a hacer alguna travesura cuando la jefe de Estado llegue en su misión diplomática.

Ackbar asintió solemnemente.

—Su motivación puede ser ésa, general Madine, pero en estos momentos mi único propósito es obtener una victoria para el Equipo Rojo.

Mientras Ackbar iniciaba los preparativos de la confrontación, Madine fue hasta uno de los puestos de sensores y relevó al teniente que lo ocupaba. Crix Madine era un hombre directo y decidido al que le gustaba hacer su trabajo personalmente. No tenía ninguna forma de saber cuándo podía necesitar un conocimiento general de todos lo niveles de las operaciones, por lo que intentaba acumular la mayor cantidad de experiencia y competencia posible en lo referente a todos los sistemas de a bordo.

Madine ajustó los sensores de largo alcance del *Viajero Galáctico* para que enfocaran y amplificaran el planeta verdoso de Nal Hutta y su Luna de los Contrabandistas, Nar Shaddaa. Con la llegada de la flota de la Nueva República, Madine había percibido un notable incremento en el tráfico que salía de Nar Shaddaa, sin duda debido a que los pequeños delincuentes se apresuraban a huir de aquella impresionante fuerza militar. Madine se resignó a la idea de permitir que tantos bribones escaparan, pero en aquellos momentos no podía interesarse por las heces de la sociedad. Su auténtico objetivo en aquella misión sería mucho más insidioso y oscuro.

—El Equipo Azul ha adoptado la posición defensiva —dijo el oficial táctico.

Ackbar concentró toda su atención en los datos de su puesto de control.

—Páseme la transmisión visual. —Imágenes de la flota de Wedge aparecieron en la pantalla, una hilera de naves que se extendía por el espacio—. Muy bien —añadió—. En este enfrentamiento seremos el agresor. —Contempló la disposición de las naves del Equipo Azul y meneó su cabeza color rosa salmón—. Me parece que tendré que darle unas cuantas lecciones sobre tácticas y vulnerabilidad al general Antilles…

Madine se reunió con el almirante calamariano.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, pues siempre había estado muy interesado en las maniobras de la flota.

Ackbar señaló las imágenes con una mano-aleta.

—Nos abriremos paso a través de ellos igual que una daga —dijo—. Avanzaremos con una de nuestras cañoneras delante, y luego vendrá el *Viajero Galáctico* y las otras dos cañoneras después. Pasaremos por entre las dos fragatas, que son los objetivos primarios. La cañonera que encabece la formación llegará disparando con todas sus baterías y pasará por entre ellas sin detenerse. Después el *Viajero Galáctico* aniquilará sus defensas explotando a fondo nuestra superior potencia de fuego. Finalmente, la segunda y la tercera cañoneras acabarán con lo que quede. Una sola pasada nos permitirá eliminar al *Dodonna* y al Yavaris. Las corbetas de flanqueo del Equipo Azul no podrán utilizar su armamento porque sus propias naves estarán obstruyendo la línea de fuego.

—Parece un plan infalible —comentó Madine.

—Lo es, y enseguida podrá ver cómo da resultado —respondió Ackbar.

* * *

Wedge se dejó caer sobre el respaldo de su sillón de mando con una traviesa sonrisa iluminando su rostro de firme mandíbula cuadrada.

—¡Ha picado! —exclamó, y dio una palmada—. Muy bien, el Equipo Rojo acaba de cruzar la línea. Sabemos con toda exactitud lo que vamos a hacer, ¿no? Pues prepárense para hacerlo. —Wedge meneó la cabeza y miró a Qwi—. ¿Es que Ackbar piensa que no me he leído sus manuales de tácticas?

Vio cómo el Equipo Rojo se aproximaba en una larga línea de naves, con una cañonera encabezando la formación y el gigantesco crucero estelar a continuación, seguido por dos cañoneras más.

—Va a pasar por entre las dos fragatas —dijo—. Muy bien. ¡Todo el mundo en alerta roja! ¡A sus puestos de combate! Potencia mínima en todos los sistemas de armamento, la justa para que puedan detectar los impactos que nos anotemos.

—Todos los sistemas de armamento a potencia mínima, señor —informó el sargento artillero—. Los contadores de impactos han sido activados.

Los ojos de Wedge relucieron mientras contemplaba la aproximación de las naves. Alzó una mano.

—Máxima potencia a los escudos laterales en las dos fragatas —dijo—. Desconecten los otros escudos. Sabemos hacia dónde van a disparar.

La cañonera fue hacia el objetivo fijado, avanzando a toda velocidad por entre la fragata de asalto y el Yavaris y lanzando repetidas andanadas de disparos simulados.

—Los escudos están aguantando dijo el oficial de sistemas defensivos.

Entonces llegó el *Viajero Galáctico*, con todas sus baterías secundarias escupiendo fuego. Wedge bajó la mano.

—Cierren la red —ordenó.

El oficial táctico empezó a gritar órdenes por el sistema de comunicación codificado, y las seis corbetas corellianas de los flancos —que se suponía estaban demasiado lejos para poder abrir fuego— describieron un brusco giro que terminó con todas ellas rodeando a las dos fragatas, aparentemente tan vulnerables. Las corbetas se dispersaron como una bandada de mariposas, ocupando velozmente sus posiciones asignadas y disparando contra el crucero estelar de Mon Calamari desde arriba y desde abajo.

El Yavaris y el *Dodonna* empezaron a disparar contra el *Viajero Galáctico*, atrapándolo en el fuego cruzado que había estado esperando… pero Ackbar no había previsto los ataques desde arriba y desde abajo. Wedge ordenó al Yavaris que atacara a la cañonera que encabezaba la formación del Equipo Rojo y que disparase hasta dejarla incapacitada.

La simulación de ordenador redujo rápidamente las capacidades de la cañonera e informó a su capitán de que habían quedado varados en el espacio.

El general Madine contemplaba los contadores de impactos mientras éstos iban registrando la enorme cantidad de andanadas que caían sobre las naves del Equipo Rojo. Madine se rascó la barba y se volvió hacia Ackbar.

—Le ha atraído hasta una trampa, y usted ha caído en ella —dijo.

—¡Los escudos están empezando a fallar, almirante! anunció el timonel con voz alarmada.

—El ordenador informa de que las dos cañoneras de la retaguardia han sido eliminadas del ejercicio —dijo el oficial táctico.

El rostro del almirante Ackbar se había cubierto de manchas rojizas.

—Aumenten la velocidad —ordenó—. Salgamos de aquí para no sufrir más impactos.

—Demasiado tarde, almirante —dijo el timonel—. Nuestros escudos han dejado de funcionar.

Madine se volvió para ver cómo las cifras del contador de impactos subían a toda velocidad en una imparable reacción en cascada.

—Los disparos han atravesado las planchas del casco. Almirante, lamento informarle de que el *Viajero Galáctico* acaba de ser destruido. Ackbar encorvó los hombros.

—Una derrota.

El oficial táctico se puso en pie para informar.

—Hemos logrado incapacitar su fragata de asalto y una de sus corbetas, pero el ordenador considera que el Equipo Rojo está «fuera de servicio»… Hemos perdido al *Viajero Galáctico* y a dos cañoneras, y la cañonera que encabezaba la formación también está incapacitada.

Ackbar suspiró.

—El precio del exceso de confianza —dijo—. No he meditado lo suficientemente a fondo mis acciones. Abra un canal de comunicación con el Equipo Azul. —Madine contempló al calamariano mientras Ackbar se ponía en pie y hablaba con Wedge Antilles—. Aquí el comandante del Equipo Rojo. Le felicito por su victoria, general.

—Se ha comportado de una manera demasiado predecible, almirante —dijo Wedge.

Ackbar se rió, pero la risa sonó bastante forzada.

—Intentaré ser más… errático en el futuro, general Antilles.

Echó un vistazo a sus sensores y vio que la nave del cuerpo diplomático de Leia acababa de llegar de Coruscant exactamente en el momento previsto. Ackbar, como comandante de la flota de la Nueva República, abrió un canal de comunicaciones para dirigirse a todas las naves que habían tomado parte en los juegos de guerra.

—La nave de la jefe de Estado Leia Organa Solo ha llegado al sistema. Hagan formar a la flota y escóltenla hasta Nal Hutta —dijo—. Después volveremos a nuestras posiciones anteriores para un nuevo ejercicio.

Ackbar cerró el canal de comunicaciones.

—Y ahora a trabajar. General Madine, creo que tiene algunas cosas que hacer en la superficie…

Madine asintió y cogió el turboascensor que llevaba a la cubierta inferior, donde prepararía a su equipo de comandos para la misión secreta en el planeta de los hutts.

CAPÍTULO 23

El crucero diplomático de la jefe de Estado Leia Organa Solo entró en el sistema de Nal Hutta, flanqueado por una imponente formación de navíos de guerra de la Nueva República inocentemente enfrascados en sus ejercicios de combate.

Leia estaba sentada en el pequeño recinto en forma de cabeza de martillo que servía como compartimiento de control de su corbeta corelliana, una nave del cuerpo diplomático bastante parecida al burlador de bloqueos a bordo del que había estado viajando cuando fue capturada por Darth Vader mientras buscaba los planos robados de la Estrella de la Muerte cerca de Tatooine. Cetrespeó estaba inmóvil junto a ella, con sus planchas recién limpiadas y frotadas haciendo que reluciese bajo las luces del puente. Han no llevaba un atuendo diplomático tan aparatoso como el que había lucido durante la visita de Durga, pero aun así se removía nerviosamente dentro de su uniforme limpio.

—Han detectado nuestra presencia —dijo en cuanto empezaron a sonar las alarmas.

—Ya sabían que veníamos —dijo Leia—. Enviamos un informe completo a los hutts hace como mínimo… media hora. —Soltó una risita—. Bien, empieza el espectáculo —le anunció a la tripulación, empleando un tono más serio—. Voy a hacer una transmisión. —Fue hacia el puente superior, sola bajo las luces. Después puso las manos encima de la barandilla, dio los últimos retoques a su aspecto y adoptó una expresión levemente irritada—. Y ahora necesito un canal de comunicaciones, por favor.

Leia empezó a soltar su discurso en cuanto los hutts respondieron a la señal.

—¿Por qué no hay ninguna flota de escolta oficial? Esperaba que el noble Durga se habría ocupado personalmente de eso. ¿Qué han estado haciendo todo este tiempo?

El hutt que había respondido a su transmisión era un gusano insignificante, delgado y con una cabeza bastante estrecha, y resultaba obvio que no era un poderoso señor del crimen como Jabba o Durga. Sus enormes ojos se movieron velozmente de un lado a otro mientras hablaba en básico.

—Eh… Discúlpeme, señora presidenta, pero el noble Durga no está aquí. Lamentamos muchísimo no ser capaces de recibir…

—¿Qué quiere decir con eso de que Durga no está ahí? —replicó secamente Leia, interrumpiéndole—. Nos envió una invitación expresa para que le visitáramos en el momento que más nos conviniera. Confío en que no estará dando a entender que Durga le ha mentido a la jefe de Estado de la Nueva República, ¿o pretende sugerir que está retirando su oferta de devolvernos nuestra hospitalidad? ¡Esto es un insulto! ¿Cómo espera llegar a firmar alguna clase de tratado con la Nueva República? En vista de esta ofensa, yo diría que las probabilidades de que eso ocurra se están reduciendo tan deprisa que no tardarán en desaparecer.

Leia se cruzó de brazos y fulminó con la mirada al flaco y nervioso hutt.

—Lo siento mucho, señora presidenta, pero el noble Durga está fuera del planeta… atendiendo algunos asuntos muy urgentes. —El hutt agitó sus rechonchas manos, visiblemente desconcertado y sin saber cómo reaccionar—. Si nos hubiera advertido con

un poco de antelación, nos habríamos preparado para su visita. Pero dadas las circunstancias no disponemos de un alojamiento…

Leia le lanzó una mirada helada.

—No esperará que demos la vuelta y nos volvamos a casa como si no hubiera pasado nada después de todas las molestias y los enormes gastos que ha supuesto organizar esta expedición tan altamente visible, ¿verdad? No creo que el noble Durga quiera correr el riesgo de provocar un incidente diplomático de proporciones galácticas. No sea absurdo.

El tímido hutt miró a su alrededor, como si buscara a alguien con quien consultar, pero no encontró a nadie.

—¿Qué espera que haga? —gimoteó—. No cuento con la autoridad necesaria para…

—Tonterías —dijo Leia, y levantó el mentón en un gesto lleno de altivez—. Hemos venido aquí en respuesta a una invitación personal de Durga. ¿Qué otra autoridad suplementaria puede necesitar? Esperamos ser bien tratados. ¡Ocúpese de que así sea!

Después cortó la comunicación y se echó a reír.

Han fue hacia ella y la abrazó.

—Me parece que te lo has pasado en grande, ¿eh? —dijo en tono acusatorio mientras intentaba contener los espasmos de risa, y después dio un paso hacia atrás y aplaudió la gran interpretación de su esposa.

Cetrespeó estaba totalmente perplejo.

—¡Oh, cielos! Quizá deberíamos haberles dado algo más de tiempo, ama Leia. Por lo menos habrían tenido una oportunidad de prepararse… Me temo que ahora están tan nerviosos que esto puede desequilibrarlos por completo.

—¡De eso se trata precisamente. Cetrespeó! —exclamaron al unísono Han y Leia.

Cetrespeó retrocedió tambaleándose y meneó su dorada cabeza.

—Bueno, estoy totalmente seguro de que esta clase de enfoque no figura en ninguna de las programaciones de protocolo que he recibido. Una vez más, vuelvo a tener la impresión de que nunca entenderé la conducta humana.

Leia estaba sentada junto a Han en una de las mesas de discusión de su sala, y se inclinó sobre ella para cogerle las manos.

—Te agradezco que hayas venido conmigo, Han. Me alegra que por fin vayamos a algún sitio juntos, en vez de pasarnos toda la vida separándonos continuamente.

—Sí, a mí también me gusta —respondió Han con una sonrisa torcida—. Es un cambio muy agradable.

Leia suspiró, y después apretó los labios.

—No podemos darles ni un momento de respiro —dijo—. Los hutts ya son peligrosos, y si consiguen hacerse con una Estrella de la Muerte no habrá forma de detenerles.

Han asintió con expresión sombría y Leia siguió hablando, como si estuviera pronunciando un apasionado discurso ante el Senado.

—La primera Estrella de la Muerte fue concebida para que fuese el arma apocalíptica definitiva en manos del Imperio. Ahora los hutts se convertirán en una pandilla de matones galácticos armada con un gran garrote, ¿y qué puede impedirles que vendan esos planos a cualquier otro dictador de pacotilla que quiera imponer su voluntad a los demás? No podemos permitir una proliferación de Estrellas de la Muerte. La galaxia se convertiría en un caos. Si cualquiera que disponga de los créditos suficientes puede comprar los planos e ir por ahí destruyendo planetas, entonces nadie estará a salvo. Debemos detenerlos cueste lo que cueste.

Un guardia de la Nueva República entró en la sala.

—Discúlpeme, señora presidenta —dijo—, pero su lanzadera de descenso ya está preparada. Podemos llevarla a Nal Hutta en cuanto lo desee.

—En cuanto lo desee… —dijo Leia irónicamente—. Oh, sí, tengo muchas ganas de empezar.

Se sentía como si estuviera a punto de arrojarse dentro de las fauces de una enorme bestia babeante.

Leia y Han fueron al hangar de la corbeta acompañados por Cetrespeó y su guardia de honor, y subieron a bordo de la pequeña lanzadera diplomática.

—¿Estás preparada para esto? —preguntó Han.

Leia le miró y reflexionó en silencio durante unos momentos antes de responder.

—No —dijo, y no mentía—. Pero tenemos que hacerlo de todas maneras. Bien, vayamos a ver a los hutts…

CAPÍTULO 24

Nal Hutta era un pantano, una llanura hundida y tan líquida como un depósito de reciclaje de aguas residuales salpicada de pequeñas lagunas y plantas de las ciénagas que tenían un enfermizo color grisáceo. Era un paisaje horrible que los hutts conseguían encontrar atractivo de alguna manera inexplicable. Leia comprendió que tendría que habérselo imaginado.

Una barcaza hutt fue hacia ellos mientras la lanzadera diplomática se posaba sobre una pista de descenso cercana al complejo de Durga el Hutt. Cuando Leia vio aproximarse la lenta embarcación de lujo, cuyas velas direccionales se hinchaban bajo la brisa maloliente, el recuerdo de su último y terrible viaje al Gran Pozo de Carkoon con Jabba hizo que sintiera un escalofrío.

Leia, Han y Cetrespeó se alejaron de la nave diplomática junto con su escolta de la Nueva República, y esperaron a ser recibidos por la barcaza. El cielo estaba repleto de nubes de un color gris oscuro que se extendían sobre sus cabezas. Leia y Han permanecieron inmóviles dentro de sus trajes de recepción mientras una lluvia grasienta empezaba a caer sobre ellos, rociándolos con gotitas de agua fría impregnadas por los residuos de las colosales operaciones de minería llevadas a cabo en sectores industriales muy alejados de los lujosos palacios en los que vivían los señores del crimen hutts.

—No cabe duda de que es un lugar muy lúgubre y oscuro, ¿verdad? —comentó Cetrespeó—. Si no encontramos algún sitio donde refugiarnos de esta horrible lluvia, no me sorprendería en lo más mínimo que mis nuevas planchas de oro acabaran corroídas. —El androide de protocolo volvió sus relucientes sensores ópticos amarillos hacia los hililIos de agua que empezaban a bajar por sus brazos—. Ojalá me hubiera dejado en Coruscant, ama Leia… Estoy seguro de que habría sido mucho más útil quedándome allí y cuidando de los niños.

—¿Es que no te lo habíamos dicho, Cetrespeó? —preguntó Han con una sonrisa malévola—. Vas a ser nuestro presente especial a Durga el Hutt. Razones de estado, ya sabes… Durga va a ser tu nuevo amo.

—¿Cómo? —gritó Cetrespeó, alzando los brazos con repentino horror—. ¡Oh, no! Tiene que estar bromeando. ¡Estoy perdido! Le apremio a que lo reconsidere, ama Leia.

Leia asestó un codazo en las costillas a su esposo.

—¡No seas malo, Han!

—Sólo bromeaba, Chico de Oro —dijo Han, y le dio una palmada al androide de protocolo en un duro hombro metálico.

—¿Bromeaba? —Cetrespeó emitió un resoplido de perpleja irritación—. ¡Pues no ha tenido ninguna gracia!

El palacio de Durga se alzaba al otro lado del espaciopuerto de Nal Hutta. A pesar de la neblina marrón formada por la polución y la espesa atmósfera llena de residuos, sus muros brillaban con un resplandor de limpia blancura. Cuando Leia entrecerró sus ojos castaños, pudo distinguir las diminutas siluetas de esclavos que subían y bajaban por las

fachadas repletas de tallas y esculturas, limpiando las gárgolas y baluartes bajo aquella lluvia que todo lo volvía peligrosamente resbaladizo.

La barcaza siguió aproximándose. Un grupo de guardias permanecía inmóvil sobre la cubierta mirando en todas direcciones con el ceño fruncido. Un hutt bastante delgado se deslizó sobre el nivel superior de la cubierta, moviéndose por sus propios medios en vez de hacerlo encima de una plataforma repulsora. Leia reconoció el rostro estrecho y emaciado de la criatura con la que había discutido por el sistema de comunicaciones. Aquel ser era alarmantemente distinto a cualquier hutt que hubiera visto con anterioridad, pues estaba tan flaco que parecía una cinta de cuero verde moteado de manchas más oscuras suspendida sobre una flexible columna vertebral. No tenía muy buen aspecto.

—Saludos, jefe de Estado Leia Organa Solo. Les doy la bienvenida en nombre de Su Gran Obesidad, el noble Durga, que por desgracia no puede estar con nosotros en este momento.

Leia le devolvió el saludo con una ligera inclinación.

—Gracias. Pero quiero ver al noble Durga. Nos invitó a venir aquí. —Ah, sí, señora presidenta. Ya le he informado de su llegada, y llegará lo más pronto posible.

El flaco enviado hutt se inclinó sobre la barandilla de la barcaza.

—Estupendo —murmuró Han—. No es que me entusiasme excesivamente la idea de pasar mucho tiempo aquí, ¿sabe?

—Soy Korrda, enviado especial y esclavo del noble Durga. No soy digno de ello, pero me ha correspondido el deber de atenderles hasta que él pueda venir aquí.

—Oh, qué forma tan hermosa de expresarlo —dijo Cetrespeó. Korrda pareció complacido.

—Espero que encuentren aceptable mi básico. El noble Durga insiste en que todo su séquito aprenda el lenguaje para que podamos trabajar más eficientemente con la Nueva República. ¿Puedo ofrecerles una hospitalidad adecuada mientras tanto?

—Nunca puedes estar totalmente seguro de a qué se está refiriendo un hutt cuando habla de «hospitalidad» —murmuró Han—. Que yo recuerde, ya he tenido algunas pequeñas experiencias propias.

Korrda emitió una mezcla de siseo y chirrido que Leia identificó como una carcajada bastante forzada.

—Ah, sí, Han Solo… Estoy al corriente de su antigua relación con el derrotado Jabba, cuyo nombre ojalá siempre pueda ser pronunciado con desprecio. No era más que un miserable gusano. Ningún hutt respeta el recuerdo de alguien cuyo imperio ha caído. Les complacerá observar que los hutts han retirado la oferta de recompensa por ustedes como gesto inicial de paz.

—Qué… reconfortante —replicó Leia con una sonrisa cuidadosamente equilibrada entre la acidez y la dulzura—. Y ahora, ¿subimos a esa barcaza, o planea tenernos de pie bajo la lluvia y gritándonos los unos a los otros durante todo el día?

—¡Ah, ciertamente!

Korrda se echó hacia atrás, moviendo sus nervudas manos de un lado a otro mientras una ancha rampa se extendía hacia el suelo.

Fueron por la rampa y subieron a la barcaza. Sus estoicos escoltas de la Nueva República siguieron con los rostros tan pétreamente impasibles como los guardias de la barcaza. Korrda hizo cuanto pudo para mostrarse obsequioso, y procuró darles conversación mientras la barcaza se alzaba del suelo para alejarse del espaciopuerto y empezar a cruzar las llanuras cenagosas en dirección al palacio.

Enjambres de pequeños insectos voladores y arañas se agitaban entre la hierba por debajo de ellos. Charcas más o menos circulares puntuaban el paisaje, con sus aguas cubiertas por una delgada capa de espumilla verdosa. Bandadas de grandes aves de aspecto bastante torpe graznaban mientras surcaban los cielos entre la llovizna, perseguidas por ruidosos esbirros que disparaban rifles desintegradores de largo alcance desde sus aerodeslizadores. Los restos humeantes de las aves alcanzadas caían del cielo para hundirse en las ciénagas con un ruidoso chapoteo.

El palacio de Durga se fue alzando de una manera cada vez más imponente ante ellos a medida que se aproximaban: era una pesadilla de torres y almenas provista de enormes puertas que parecían fauces, y también contaba con una red de mazmorras subterráneas tan vasta que había llegado a ser conocida en toda la galaxia.

—Ah, no sé cuánto tiempo tardará en volver Durga —dijo Korrda mientras la barcaza entraba en el cavernoso hangar de atraque—, pero como soy el responsable de mantenerles entretenidos, ¿les gustaría visitar los niveles de las mazmorras? Los encontrarán de lo más fascinante.

—Nada de mazmorras —replicó Leia—. Gracias de todas maneras.

—No me interesan —dijo Han, apoyando a su esposa—. Ya hemos visto mazmorras más que suficientes para todo un siglo.

—Oh —dijo Korrda, obviamente decepcionado y sin tener ningún plan de reserva que pudiera sacarle de aquel apuro.

Leia no había podido obtener ningún dato de la opaca mente de Durga el Hutt. Korrda era mucho más débil, pero lo único que podía percibir era una preocupada incertidumbre, un elevado grado de frustración y nerviosismo y ningún rastro de engaño. Korrda no sabía qué estaba ocurriendo, pero temía que su cuello pudiera correr peligro.

Los poderes Jedi de Leia también le permitieron captar muchas impresiones desagradables procedentes del mismo palacio: ecos de dolor y encarcelamiento que habían perdurado a lo largo del tiempo, pensamientos de asesinato y traición que parecían rezumar de las piedras… La mezcla resultaba abrumadora, y Leia volvió a cerrar rápidamente sus sentidos a ella.

—Ah, quizá deberíamos cenar —sugirió Korrda—. Siempre tenemos animales recién sacrificados y suculentas delicadezas culinarias. Otros miembros de la familia de Durga asistirán a la cena. Tal vez sea bueno conocerlos.

—Sí, me parece una idea aceptable —dijo Leia, inclinando la cabeza en un majestuoso asentimiento.

—No sé, no sé… —murmuró Han—. Cenar con una pandilla de hutts no me parece una perspectiva mucho más agradable que visitar las cámaras de tortura.

En el comedor había aves carroñeras posadas en los dinteles de piedra que miraban fijamente hacia abajo para localizar cualquier trozo de comida que fuese arrojado a las losas del suelo, listas para bajar en picado y capturar cualquier porción de la cena que intentara escapar antes de que pudiera ser introducida en una gigantesca boca hutt.

Los otros invitados, los primos adolescentes de Durga, parecían anguilas de grandes bocas. Eran delgados y musculosos, pero algunos ya empezaban a acumular capas de grasa como preparación para la obesidad de la edad madura. Sus gruesos labios se contorsionaban y sus ojos amarillos se movían velozmente de un lado a otro, pero estaba claro que aquellos hutts gozaban de buena salud mientras que Korrda se hallaba emaciado por alguna enfermedad. Los jóvenes hutts, esbeltos como látigos, hacían mucho ruido y estaban pésimamente educados. Apenas eran capaces de pronunciar una frase coherente en básico, y no sentían ningún interés por lo que hiciera Durga.

Korrda hizo de sirviente y fue trayendo platos llenos de comida de aspecto gelatinoso: insectos estofados; parásitos recubiertos de miel caliente; y gusanos del cereal asados, la mayor parte de los cuales habían quedado reducidos a montones de carne medio quemada inmóvil en sus platos, mientras que otros todavía se agitaban en una desesperada lucha por sobrevivir.

Leia trató de hacer los honores a la cena, aunque tanto ella como Han descubrieron que no tenían mucho apetito. Se dedicó a mover la comida de un lado del plato a otro, y soportó la cena lo mejor que pudo. Han hacía lo mismo junto a ella, con los tendones de su cuello poniéndose rígidos cada vez que tensaba las mandíbulas. Cetrespeó, el único que no tenía problemas a la hora de hablar, intentaba descifrar el origen de los distintos componentes de la cena.

Pero Korrda sufrió todavía más que Han y Leia. Los hutts larvales demostraron ser excesivamente toscos y groseros, y le daban manotazos cada vez que se acercaba lo suficiente. Korrda no comía de su propio plato, sino que iba cogiendo sobras de los platos que iban siendo dejados a un lado y se las metía en la boca. Al final de la cena miró a Han y Leia con los ojos llenos de gratitud, quizá creyendo que no habían comido para que él pudiese devorar los alimentos que no habían tocado.

—Discúlpeme, pero… —dijo Leia en voz baja cuando Korrda se presentó para recoger sus platos—. Bueno, ¿por qué no se sienta y come con nosotros, ya que es el ayudante nombrado por Durga?

—No, soy el más ínfimo de sus sirvientes —respondió Korrda—. Míreme. —Señaló su cuerpo delgado como una cinta y el color enfermizo de su piel—. Sólo merezco la

humillación y el desdén. Soy despreciado porque padezco una rara enfermedad consuntiva. Ser un hutt tan falto de peso me convierte en el blanco de todas las burlas. ¿Quién puede respetar a un gusano tan consumido e indigno como yo?

—Bien, y entonces ¿por qué Durga sigue teniéndole a su servicio? —preguntó Han—. Parece que le permite ocupar una posición muy importante durante su ausencia, ¿no?

—Ah, Durga me detesta —dijo Korrda, abriendo y cerrando sus ojos inyectados en sangre mientras inclinaba su estrecha cabeza—. Me mantiene cerca de él precisamente porque soy tan despreciable… Me avergüenza colocándome en situaciones en las que debo aparentar que soy importante, aunque cualquiera que tenga ojos puede ver que no valgo nada. Eso hace que me sienta todavía más tristemente abatido… lo cual hace que Durga se sienta feliz y, por lo tanto, yo estoy contento.

Aquella lógica tan retorcida hizo que Leia sintiese que le daba vueltas la cabeza, pero no intentó discutir.

Las aves carroñeras inmóviles en sus dinteles contemplaban a Korrda, mirándole tan fijamente como si pudiera ser su próxima cena. Las criaturas graznaron cuando un worrt de gran tamaño, una criatura de larga lengua y aspecto general de batracio, entró dando saltos en el comedor procedente de uno de los pasillos exteriores. Membranas espinosas se alzaron alrededor de los ojos del worrt, y la criatura subió y bajó la cabeza en un obediente bamboleo mientras se sentaba a esperar con una placa de mensaje sujeta en su gran boca desprovista de dientes.

Korrda fue corriendo hacia el worrt para coger la placa, y después le dio unas palmaditas en la cabeza llena de verrugas mientras leía rápidamente el mensaje de la pantalla. El flaco hutt se alzó con visible deleite, y las manchitas que salpicaban su piel se volvieron más oscuras.

—¡Ah, no cabe duda de que son buenas noticias! —exclamó—. Mi amo, el noble Durga, ya viene hacia aquí y no debería tardar mucho en llegar. Insiste en que les muestre los placeres de sus baños privados mientras esperan. Estoy seguro de que los encontrarán muy agradables.

El concepto de unos baños hutt hizo que Leia sintiera una preocupante agitación en el estómago, pero se obligó a sonreír. Han levantó una ceja en un enarcamiento lleno de escepticismo, y le cogió la mano por debajo de la mesa.

—Es por la Nueva República —dijo Leia en un tono de mártir resignada.

Korrda resplandecía de orgullo mientras señalaba el laberinto oculto debajo del palacio, que contenía kilómetros y kilómetros de agua humeante tan inmóvil que casi parecía encharcada. Los muros estaban recubiertos de moho y hongos bulbosos. Una débil claridad se filtraba a través de angostas rendijas en los muros, haciendo que todo adquiriese un aspecto granuloso y opaco.

—Estos baños privados son el orgullo y la alegría del noble Durga —dijo.

—No me sorprende en lo más mínimo —murmuró Han, intentando ser cortés.

El laberinto de canales era una catacumba subterránea con techos abovedados y columnas de sostén cubiertas de algas que se sumergían en las no muy profundas aguas. Criaturas invisibles chapoteaban y nadaban en los canales serpenteantes, perdidas entre las hilachas de neblina.

—Esta agua fresca es traída directamente de las ciénagas mediante bombas —explicó Korrda, como si les estuviera confiando un gran secreto comercial—. Las bombas son tan eficaces que el agua no pierde ni una sola de sus partículas y residuos.

Los canales burbujeaban, y una capa de algas verdosas de aspecto curiosamente velludo flotaba a la deriva sobre la superficie de las aguas. Leia, envuelta en el ceñido albornoz que Korrda le había proporcionado, se rodeó el cuerpo con los brazos.

—¿Espera que nademos en esto? —preguntó.

—¡Oh, no! —Korrda retrocedió en una aparatosa demostración de horror y agitó su sinuosa columna vertebral de un lado a otro—. Estos canales son para el noble Durga y los otros hutts. Nunca podríamos permitir que un… humano contaminara el agua.

—No queremos ofender a Durga, desde luego —dijo Han con alivio.

—Ah, no… Disponemos de una sección segregada para otras especies que usamos con algunos de nuestros más distinguidos visitantes. Lamento que no podamos alojarles como se merecen: por desgracia esta sección sólo cuenta con agua pura, sin ninguno de los aditivos especiales que proporcionan una textura tan agradable a la piel de los hutts.

Korrda los condujo hasta una piscina de agua caliente tan nítida como el cristal en la que unos toscos peldaños de piedra iban descendiendo hacia el fondo, de tal manera que podrían sumergirse hasta los hombros en el agua burbujeante.

—Será más que suficiente, gracias —dijo Leia, y su gratitud no podía ser más sincera.

—Siempre que la inspeccionemos antes para ver si hay trampas —sugirió Han.

—Oh, desde luego, amo Han —dijo Cetrespeó—. He mantenido un estado de alerta máxima durante toda esta misión, y no detecto ninguna traición aquí. Les aseguro que pueden bañarse sin temor. Yo montaré guardia.

—Excelente, excelente —dijo Han en un tono bastante sarcástico—. Entonces podré relajarme y disfrutar del agua.

Leia se fue introduciendo lentamente en las aguas calientes y suavemente espumosas, y dejó escapar un suspiro de satisfacción cuando el calor líquido se arremolinó alrededor de sus doloridas articulaciones.

—Vaya, creo que esto podría acabar gustándome —dijo.

—Les ruego que se relajen —dijo Korrda—. Debo ocuparme de la llegada del noble Durga.

—Adelante, adelante —dijo Han, despidiéndole con un gesto de la mano—. Cetrespeó se quedará aquí para montar guardia, y nuestra escolta de la Nueva República está en el pasillo.

Mientras Korrda se alejaba con su sinuoso caminar, Han y Leia se sumergieron en la piscina y escucharon los sonidos de las otras criaturas que se removían en los canales

reservados para los baños de los hutts. El laberinto era tan vasto que podían sentirse solos en su pequeño rincón, aunque numerosos visitantes hutts y los siempre temerarios jóvenes nadaban en otras secciones.

—¿Deberíamos hablar? —murmuró Han.

Leia deslizó un brazo alrededor de su cintura.

—No —dijo—. No tenemos ningún tema importante que discutir en estos instantes, y no hay forma de saber si Durga está escuchando. Limitémonos a disfrutar de un momento de relajación… para variar.

Leia se fue adormilando, aunque permaneció en guardia y siguió vigilando los canales llenos de perezosa agua de las ciénagas con los ojos entrecerrados. Poco a poco se fue percatando de unas ondulaciones que agitaban la velluda capa de algas verdosas: algo bastante grande se estaba moviendo por debajo de la superficie, y venía hacia ellos. Leia se irguió en la piscina y se envaró.

—¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó—. Creo que algo se aproxima.

El androide de protocolo señaló con una mano dorada en el mismo instante en que un gran cuerpo surgía de las aguas cenagosas cerca del canal divisorio que se bifurcaba delante de Han y Leia.

El montículo redondeado que goteaba agua y algas abrió y cerró dos enormes ojos color rojo cobre.

—Oh, oh, oh —retumbó una voz hutt—. Bienvenida, Leia Organa Solo. Me complace mucho volver a verla tan pronto.

Leia retrocedió, pero consiguió ocultar su sorpresa. Apoyó la espalda en la pared de la piscina y mantuvo su fría compostura diplomática mientras reconocía la oscura mancha de nacimiento en el rostro mojado del hutt.

—Bienvenido a casa, noble Durga.

—Su visita es toda una sorpresa —dijo Durga, emergiendo un poco más del canal de tal manera que las algas se deslizaron por las curvas de su cabeza y cayeron en los canales humeantes—. No esperaba que vinieran tan pronto. ¿Significa esto que desean formar una alianza con el sindicato hutt?

—No saque conclusiones demasiado apresuradas —dijo Han.

—Deja que yo me encargue de esto, Han —dijo Leia, y le apretó suavemente el brazo—. Nuestra visita es un gesto de buena fe por nuestra parte, noble Durga. Estoy segura de que ya sabe lo deprisa que puede llegar a actuar la Nueva República en cuanto ha tomado una decisión. —Han soltó un resoplido junto a ella, porque Leia se había quejado en muchas ocasiones de lo interminables que llegaban a volverse incluso los procesos más sencillos. Pero Durga no podía saberlo—. Si decidimos que es aconsejable llegar a un acuerdo con los hutts, puede apostar a que actuaremos deprisa —añadió Leia, empleando un tono lo más despreocupado y neutral posible—. Posponer la obtención de los beneficios no tendría ningún sentido, ¿verdad?

Pero Durga parecía sorprendido y un tanto inquieto.

—No hay ninguna necesidad de que nos apresuremos a tomar una decisión tan importante —dijo—. Debemos asegurarnos de que todos quedan satisfechos con nuestra alianza.

Leia frunció los labios.

—Comprendo —dijo.

Ya se había dado cuenta de que Durga se limitaba a tratar de ganar tiempo para confundirles. La oferta inicial que le había dirigido en Coruscant había sido un simple truco para obtener acceso al Centro de Información Imperial y conseguir hacerse con los planos de la Estrella de la Muerte. Estaba muy claro que Durga no quería un acuerdo: lo único que deseaba era que continuaran persiguiendo pistas falsas mientras se construía la superarma hutt. Leia estaba decidida a averiguar la localización del proyecto secreto y qué progresos habían conseguido hacer hasta el momento.

—He visto que su flota de combate se encuentra muy cerca de nuestro sistema, señora presidenta —dijo Durga—. No puedo evitar expresar mi preocupación ante…

Leia sacó la mano de la piscina con un leve chapoteo, y los hilillos de agua corrieron por su muñeca.

—Oh, no se preocupe por eso: sólo son unos ejercicios militares rutinarios. Supongo que podrían entrenarse en cualquier sitio, pero querían acompañarme. Ya sabe lo súper protectoras que pueden llegar a ser las guardias personales… —Suspiró—. No hay ningún motivo de preocupación. Vamos a ser aliados, ¿recuerda? Si conseguimos llegar a un acuerdo, naturalmente… Yo nunca permitiría que algo tan insignificante como unas cuantas naves de guerra que libran combates simulados pudiera llegar a inquietarle.

Durga soltó una risita y sacó sus rechonchas manos del agua cenagosa.

—¿Inquietarme? No, no… No me ha entendido bien. Es sólo que yo pensaba que debe de haber algunas crisis políticas cruciales en mundos recalcitrantes de su Nueva República. Me sorprende que dispongan de un exceso de naves de guerra que puede ser desperdiciado en simples juegos.

—No hemos tenido ningún problema con el Imperio en general durante los dos últimos años —replicó Leia—. Aun así, nuestra flota tiene que mantenerse en forma.

Durga abrió mucho los ojos y se rió.

—Ooooh, el Imperio tal vez esté haciendo más de lo que ustedes creen. —Su voz retumbó en los opresivos recintos de las catacumbas—. Para demostrarle mis buenas intenciones, permítame que me ofrezca a prestarle un servicio… algo por lo que los hutts son justamente famosos.

—¿Y en qué consiste ese servicio? —preguntó Leia, no especialmente interesada.

—Nuestra red cuenta con muchas fuentes de información de gran calidad, y poseemos ciertos datos que podrían resultar bastante valiosos para su Nueva República. Aprovechando su estancia en Nal Hutta, permítame que le ofrezca los servicios de uno de mis traficantes de información. Le daré instrucciones para que averigüe qué ha estado tramando el Imperio últimamente. Pienso que tal vez se lleven una sorpresa.

Han se tensó repentinamente junto a Leia, y sus manos se cerraron hasta convertirse en puños por debajo del agua. Leia ya había dado por supuesto que toda aquella oferta no era más que otra maniobra de diversión, un truco para distraerles, pero aun así le cogió una mano y asintió.

—Acepto su oferta con gratitud, noble Durga. Todo el funcionamiento de la galaxia reposa sobre la base de un servicio de inteligencia que proporcione datos precisos y en los que se pueda confiar.

Después se levantó, dejando que los hilillos de agua resbalaran por su cuerpo para caer dentro de la piscina.

—Pero por ahora creo que ya llevo demasiado rato en el baño —dijo.

Cetrespeó se apresuró a ir en busca de toallas.

CAPÍTULO 25

Mientras caía la noche fuera del opulento palacio de Durga el Hutt, los otros habitantes del planeta cenagoso proseguían con sus desesperadas existencias. Disfrazado con unos harapos, y con el rostro barbudo cubierto por una capa de suciedad y cansancio —como cualquier otra pobre víctima oprimida de Nal Hutta—, el general Crix Madine avanzó por la creciente oscuridad con su destino indeleblemente grabado en su mente.

Empleando los fluidos y ágiles movimientos que había ido desarrollando durante años de operaciones clandestinas, Madine recorrió las oscuras calles y caminó sigilosamente por entre los viejos cobertizos prefabricados en los que se había instalado todo un barrio de gentes sin hogar. Almacenes cerrados relucían como casamatas militares bajo la pálida luz de la luna y los ásperos haces de los reflectores de seguridad que rodeaban el celosamente vigilado espaciopuerto.

Los centros de distribución trabajaban incesantemente procesando las materias primas arrancadas de la superficie de Nal Hutta y enviaban los suministros a la luna de Nar Shaddaa. Madine vio cadenas de luces, las estelas de los navíos de aprovisionamiento regulares, subiendo por los cielos llenos de nubes en dirección a la Luna de los Contrabandistas y volviendo con las bodegas de carga llenas de artículos del mercado negro que eran adquiridos y blanqueados en la misma luna.

La raza de los hutts tenía la costumbre de usurpar un mundo y luego lo exprimía hasta dejarlo seco, agotando todos sus recursos y contaminando su medio ambiente. Cuando acababan destruyendo el planeta «hogar» robado, los hutts se iban a otro sitio… y actualmente su imperio del crimen estaba muy ocupado llevando a cabo la digestión de Nal Hutta.

Centros de entretenimiento para los suburbios se alzaban sobre precarios soportes de duracero en las relucientes y húmedas superficies de los pantanos. El complejo de entretenimiento parecía una idea de última hora para proporcionar alguna clase de diversión vacía de todo significado a quienes estaban atrapados en Nal Hutta. Madine se encontraba bastante lejos de él, pero aun así pudo oír el estrépito de la música y la algarabía todavía más ruidosa de los gritos.

Al otro lado del espaciopuerto, el palacio de Durga estaba iluminado por focos blanco azulados que deslizaban sus haces sobre los muros exteriores. La estructura se elevaba hacia el cielo como un gigantesco edificio de marfil, altivo y enorme en el centro de los otros habitantes del planeta.

Madine, que llevaba consigo un iluminador medio escondido, fue avanzando hacia la valla de alambre que impedía acceder a las pistas de descenso del espaciopuerto. La nave particular de Durga, un yate hiperespacial de diseño personalizado, reposaba bajo las luces de seguridad: la nave era alargada y de líneas vermiformes, y su liso casco color gris hierro estaba adornado con aletas y estabilizadores para el viaje atmosférico.

Mientras se aproximaba lenta y cautelosamente a la barrera. Madine vio las otras siluetas furtivas acurrucadas cerca de ella que contemplaban con anhelo las naves

estacionadas en las pistas, aquellos recuerdos torturantes de que existía una forma de escapar de aquel mundo… pero todos aquellos desconocidos huyeron a la carrera en cuanto Madine se acercó un poco más. El general deseó poder llamarles para ofrecerles alguna esperanza y prometerles que los rescataría cuando todo aquello hubiera terminado… pero no podía hacerlo.

Llegó a la valla y se agarró a los delgados cables irrompibles como si fuese otro soñador atrapado. Patrullas de weequays armados montaban guardia en un rígido perímetro de vigilancia alrededor de la nave de Durga: sus rostros arrugados de piel tan reseca como el cuero estaban pétreamente impasibles, y permanecían tan inmóviles como un grupo de estatuas implacables. Madine sabía que los weequays no eran muy inteligentes, pero sí leales y feroces. No tendría ninguna posibilidad de acercarse a la nave. Pero no necesitaba hacerlo.

Se puso en cuclillas junto a la base de la valla y extrajo su iluminador de entre los pliegues de su maltrecha capa. Encontró el resorte oculto y abrió el compartimiento que había detrás de la linterna. Madine metió la mano en él y sacó a la pequeña y aleteante criatura que contenía, una mariposa lunar con delicadas alas azules que parecían hechas de gasa y que subieron y bajaron lentamente cuando intentó emprender el vuelo.

—Todavía no —dijo Madine—. Espera.

La mariposa se quedó totalmente inmóvil en mitad de un aleteo. Otros insectos nocturnos zumbaban alrededor de las brillantes luces de seguridad que iluminaban la pista de descenso del espaciopuerto. Aquella mariposa era una réplica perfecta de un insecto muy común, y había sido construida por los mejores especialistas en androides de Mequis III. La máquina-mariposa poseía una memoria de ordenador limitada, pero sabía obedecer órdenes y era consciente de la misión que se le había encomendado.

Madine sostuvo la mariposa en la palma de su mano y la volvió hacia el perfectamente iluminado yate hiperespacial de Durga.

—Adquisición del objetivo —dijo. Las antenas de la mariposa giraron y sus alas temblaron en un movimiento afirmativo. Madine esperó un instante más para estar totalmente seguro, y después dio la orden—. ¡Adelante!

La mariposa azul emprendió el vuelo, subiendo en una rápida espiral por entre las brisas nocturnas. Después voló siguiendo una pauta cuidadosamente aleatoria y minuciosamente errática, no atrayendo la más mínima atención.

Madine alzó la cabeza hacia el cielo, y gotas de fría lluvia empezaron a caer sobre él y le perlaron las mejillas. El general parpadeó y se quitó el agua grasienta de la cara, pero su barba absorbió la humedad. Madine fue siguiendo con la mirada a la mariposa mientras ésta se aproximaba a su objetivo, y notó cómo el corazón le iba latiendo cada vez más deprisa.

Aquella misión era muy sencilla y fácil de llevar a cabo. La máquina mariposa fue descendiendo hasta posarse sobre el casco del yate de Durga, justo detrás de una de las aletas estabilizadoras.

La mariposa sólo permaneció encima del casco durante un momento, justo el tiempo necesario para depositar su valioso huevo —una gotita microscópica—, y después volvió a batir sus alas y se alzó bajo la cada vez más intensa lluvia. Madine esperó hasta que el diminuto androide se hubo esfumado entre la negrura de la noche, alejándose de la nave de Durga todo lo que se lo permitían las potentes ráfagas del viento nocturno.

Madine sintió una punzada de tristeza cuando metió la mano entre los pliegues medio desgarrados de su bolsillo en busca de los minúsculos controles… y presionó el botón de destrucción.

Vio un destello de luz blanca, un fogonazo resultado de la diminuta detonación. Después giró sobre sus talones y empezó a alejarse de la valla, confundiéndose con las sombras que envolvían a los ghettos prefabricados. Tenía tiempo de sobras para llegar al punto de la cita.

La misión de la mariposa había tenido éxito, y Madine podría seguir los movimientos de Durga allí donde fuese el hutt.

DAGOBAH

CAPÍTULO 26

Luke despertó en plena noche para ver a Calista inmóvil junto a él, con su esbelto cuerpo silueteado sobre un fondo de pálida luz acuosa en una confusión de reflejos que atravesaban las paredes de hielo polimerizado de la cantera del cometa.

Luke la miró y se irguió en la cama, totalmente despierto en cuestión de segundos.

—¿Qué ocurre, Calista?

Neblinas calientes se enroscaban alrededor de ella como hilachas de vapor, y Luke experimentó una fantasmagórica sensación de déjà vu, un destello de recuerdo del momento en que había visto su imagen espectral cuando Calista estaba atrapada dentro del Ojo de Palpatine.

—No deberíamos estar aquí, Luke —dijo Calista, en voz baja y llena de preocupación.

Luke incrementó la intensidad de los paneles luminosos.

—¿Por qué no? —Salió de la cama y se puso en pie para abrazarla. Su cuerpo suave y caliente parecía haber sido hecho para que Luke lo rodeara con los brazos—. Este lugar es muy hermoso y está lleno de paz. ¿Qué sitio mejor puede haber para que pasemos algún tiempo juntos?

Calista clavó en él la profunda mirada de sus ojos grises.

—Es un sitio muy romántico en el que podemos estar a solas sin que nadie nos moleste, Luke, pero… Pero eso es todo. La cantera del cometa carece de foco, y aquí no hay ninguna conexión con nada que nos importe. No es personal. He de trabajar con algo personal. —Apretó los labios durante un momento, y después siguió hablando con más convicción—. Oh. Luke, ¿por qué no me llevas al sitio en el que aprendiste a emplear la Fuerza? Lo veré a través de mis ojos, y tú podrás guiarme.

Un tintineo plateado de agua brotaba de las fuentes. Los muros de hielo solidificado eran muy gruesos y absorbían los sonidos. Luke y Calista parecían estar aislados de todo lo demás, atrapados a una gran distancia del resto del universo… tal como Calista había estado atrapada dentro de los bancos de datos del ordenador durante tantas décadas.

Luke la estrechó entre sus brazos.

—Sí —dijo después—. Puedo enseñarte muchos sitios… Será como una peregrinación a los mundos que influyeron en mi vida.

Calista le siguió mientras Luke salía del dormitorio, entraba en la sala y murmuraba su petición por la terminal de ordenador hábilmente disimulada. Mientras el sistema de búsqueda examinaba las cartas de navegación de acceso público, Luke fue a la unidad preparadora de comida y pidió dos tazones humeantes de té jeru, una variedad muy suave

que calmaba los nervios. Le pasó uno a Calista y ella lo aceptó, sonriendo. Era su bebida favorita, y Luke había aprendido a beberla con ella.

Luke se sentó en uno de los cómodos sillones de la sala y Calista se puso detrás de él y fue moviendo sus largos dedos sobre sus hombros, creando una línea de relajación que fue derritiendo la tensión de sus músculos. Luke deslizó una mano por entre los mechones de su despeinada cabellera, intentando ordenar el caos del sueño. Tomó otro sorbo del espeso y dulce té y estudió el análisis navegacional, que había sido dispuesto en una espiral de distancias cada vez más grandes.

Un instante después sus labios se curvaron en una sonrisa llena de melancolía cuando encontró el lugar que estaba buscando.

—Muy bien —dijo, y se volvió hacia Calista—. Parece que empezaremos yendo a Dagobah.

Las nubes formaban una gruesa banda extendida a través del cielo de Dagobah, un cinturón de tormentas que estaba siendo cruzado por la nave de Luke Skywalker y Calista. Luke incrementó la potencia de los escudos para evitar una reproducción de los daños causados por los rayos que su ala-X había sufrido la primera vez que vino en busca de Yoda, el Maestro Jedi.

Dagobah tenía muchas áreas climáticas distintas, y contenía muchos lugares no tan repletos de vida como los imponentes pantanos; pero Yoda había decidido esconderse en las zonas cenagosas, donde su presencia podía ser enmascarada por la abundancia de formas de vida.

Luke fue hablando de Yoda mientras dirigía su yate espacial hacia una brecha en el dosel.

—La primera vez que vine aquí descendí en una ciénaga, y mi ala-X se hundió. Pensé que nunca podría sacarlo de allí hasta que Yoda utilizó la Fuerza para extraer mi nave del agua. Pensaba que era imposible, y Yoda me dijo que por eso había fracasado.

Luke se atrevió a desviar su atención de los controles durante un momento para lanzar una rápida mirada a Calista.

—Nunca debes creer eso, Calista —dijo—. Recuperarás tus poderes. No pienses que es imposible.

Calista asintió.

—Sé que no es imposible, y voy a conseguirlo.

Los reflectores de la nave desplegaron conos de luminosidad sobre el suelo mojado que se extendía por debajo de ellos. Luke localizó un claro que parecía un campo de peñascos blancos, pero cuando lo iluminó con los reflectores para poder ver lo que ocultaban las capas de neblina pegadas al suelo, descubrió que en realidad las rocas blancas eran hongos esféricos.

Los haces luminosos se deslizaron sobre ellos, y las altamente sensibles pieles de los hongos se agrietaron y estallaron para lanzar un diluvio de diminutas esporas. Luke pudo oír el débil retumbar de las explosiones provocadas por los hongos a medida que las masas esféricas se reproducían bajo aquel repentino diluvio de luz.

Luke posó el yate espacial en el suelo, manteniendo los dedos tensos encima de los controles por si la nave empezaba a inclinarse o corría peligro de hundirse en cuanto hubieran bajado. Pero el suelo parecía estable debajo de ellos. Luke desconectó los motores.

—¿Vamos a dar un paseo por el pantano? —preguntó, ofreciéndole la mano a Calista.

Los dos llevaban monos impermeables de una reluciente tela metalizada, y se calzaron gruesas botas para poder avanzar sin problemas a través de las aguas cenagosas. Cuando abrió la escotilla, el repentino estrépito de millones de formas de vida —graznidos, gruñidos, silbidos y gritos de agonía— agredió los oídos de Luke, un caos de sonidos naturales que hacía que en comparación las junglas de Yavin 4 pareciesen apaciblemente desiertas. Insectos diminutos y moscas de temibles aguijones y mandíbulas formaban nubes que flotaban en el aire.

Luke se detuvo al comienzo de la rampa de descenso, aturdido y un poco intimidado. Una cortina de niebla ya había empezado a desplegarse a su alrededor. La repentina nevada de esporas lanzada por aquellos hongos esféricos tan sensibles iba precipitándose lentamente sobre el suelo. Luke percibió el húmedo olor de la podredumbre y la vida recién nacida.

—Yoda —murmuró, sintiendo cómo el peso de los recuerdos caía sobre él.

—Este lugar está tan lleno de vida… dijo Calista junto a él.

La brusca interrupción del curso de sus pensamientos sobresaltó un poco a Luke. Todavía no conseguía acostumbrarse al hecho de que no podía percibir a Calista mediante la Fuerza, tal como hacía con todo lo demás.

Un hilo de desilusión casi imperceptible corría a través de las palabras de la joven.

—Puedo verla y oírla, pero no puedo sentir la red que forman las criaturas vivas tal como debería sentirla.

—Ya la sentirás —dijo Luke, apretándole la mano—. Anda, vamos.

Se alejaron de la nave y empezaron a internarse en los lúgubres pantanos. Árboles colosales alzaban hacia el cielo sus gruesos troncos nudosos, y sus raíces retorcidas parecían criaturas dotadas de múltiples patas que se mantenían en un incómodo equilibrio con las rodillas dobladas. Las raíces se arqueaban y se curvaban, formando oscuras madrigueras para innumerables criaturas. El día era gris y estaba impregnado de neblinas, y se iba volviendo más y más oscuro a medida que se aproximaba el momento del ocaso.

Luke sabía que el hogar de Yoda había sido reclamado por el pantano hacía ya mucho tiempo, y que había quedado destruido y en un estado mucho peor que la cabaña de Ben Kenobi. No quería volver al sitio en el que se había sentado junto al lecho de muerte del Maestro Jedi alienígena, allí donde se le había revelado la verdad sobre su padre y su madre mientras contemplaba cómo aquella criatura de rostro marchito y arrugado se iba

perdiendo en la nada mientras su espíritu abandonaba su cuerpo después de novecientos años de vida.

Luke y Calista avanzaron lentamente a través de los charcos y lagunas, trepando por encima de los troncos caídos y asustando a criaturas que huían velozmente hacia hondonadas más oscuras, chapoteando en el pantano. Cosas mucho más grandes que gruñían se movían en la lejanía, avanzando ruidosamente por entre los árboles.

Luke habló de Yoda y del tiempo que había pasado adiestrándose allí. Le contó cómo había corrido por el pantano, cómo había levitado rocas y a Erredós y había descubierto las pequeñas gemas de la filosofía Jedi que Yoda le iba transmitiendo con su forma de hablar tan peculiarmente retorcida.

La neblina que se arrastraba por el suelo se fue espesando hasta formar tentáculos blancos que se enroscaron alrededor de sus piernas. El rostro de Calista mostraba una expresión de asombro vacilante y de abierto interés por cuanto la rodeaba que Luke llevaba algún tiempo sin ver en él. De vez en cuando apretaba los dientes y parecía estar esforzándose, como si intentara hacer algo que se le resistía. Fuera lo que fuese lo que intentaba hacer Calista no pareció conseguirlo, y no le dijo nada. Luke le apretó la mano con un poco más de fuerza.

Una araña blanca tan alta como un ser humano surgió de una masa de maleza, con sus largas patas pareciendo anunciar la retorcida deformidad de las gruesas raíces de los árboles que se alzaban a su alrededor. Pero la flaca y desgarbada cazadora no pretendía hacerles ningún daño, y enseguida se alejó para buscar presas más pequeñas.

—Deberíamos volver a la nave —dijo Luke—. Está oscureciendo. Mañana podremos empezar con algunos ejercicios.

Describieron un círculo para regresar al claro donde habían posado el yate espacial y después se sentaron en la oscuridad, fuera de la nave. Calista sacó un iluminador portátil, y Luke cogió una caja de raciones de los almacenes de la nave. Se sentaron encima de un par de peñascos con una envoltura de luz rodeándoles, y desenvolvieron sus raciones.

—Vaya sitio para una merienda campestre —dijo Calista.

Después empezó a masticar, concentrando toda su atención en comer mientras Luke contemplaba en silencio sus insípidas raciones durante unos momentos.

—A Yoda no le gustaba esta comida —dijo—. No podía entender cómo había conseguido llegar a ser tan alto comiendo estas cosas. Un día me preparó una especie de estofado, y me parece que prefiero no saber lo que había en él.

Los enjambres de insectos giraban a su alrededor, atraídos por la luz a medida que iba anocheciendo.

—Quizá deberíamos volver a la nave —sugirió Luke—. Estaríamos más cómodos, ¿no?

Calista meneó la cabeza.

—La cantera cometaria de Mulako ya nos ofrecía todas las comodidades imaginables —respondió—. No he venido aquí para estar cómoda. —Alzó los ojos hacia aquel cielo impenetrable—. Quería sentir algo… pero no está dando resultado. —Volvió

bruscamente la cabeza y clavó sus ojos gris pizarra en el rostro de Luke, y Luke vio el dolor que había en ellos—. ¿Por qué sigues conmigo, Luke? —preguntó Calista de repente.

Luke parpadeó, perplejo y sorprendido ante su pregunta.

—Eres un Maestro Jedi —siguió diciendo Calista—, uno de los héroes de la Rebelión. Podrías tener a cualquier mujer.

Luke, asombrado, alzó la mano para interrumpirla.

—No quiero a cualquier mujer, Calista… Te quiero a ti.

Calista torció el gesto en una mueca de irritación y arrojó el resto de su ración al pantano, donde se hundió en un laguito cubierto de algas. Luke oyó una repentina agitación y estallidos de burbujas cuando las criaturas que vivían debajo del agua empezaron a luchar entre ellas para hacerse con los restos de comida.

La expresión de Calista se volvió más sombría.

—Bueno, Luke, eso es magnífico… Pero tienes que pensar en otras cosas aparte de tus sentimientos. Tienes una responsabilidad para con la Nueva República… y los Caballeros Jedi. Si no recupero mis poderes, seré un simple peso muerto que te hundirá.

Luke le acarició el brazo en una caricia llena de deseo y tristeza.

—No, Calista, no lo serás. Yo…

Calista se puso en pie y se apartó bruscamente de él.

—¡Sí! Sólo hay una forma de que podamos estar juntos. Es todo o nada. Si no puedo recuperar mis poderes, entonces no deberíamos seguir juntos. Será mejor que empieces a prepararte para esa posibilidad, Luke. No quiero pasar el resto de mi vida escondida en tu sombra, incapaz de hacer las cosas que tú haces con tanta facilidad… torturada por el recuerdo de todas las cosas que yo hacía antes. Serías un recordatorio constante que volvería a abrir una y otra vez mis heridas. Si no puedo ser tu igual, entonces no formaré parte de esta relación. Así es como tiene que ser.

—Eh, espera un momento —dijo Luke, intentando calmarla.

Y de repente un enjambre de murciélagos nocturnos surgió de los árboles del pantano con un chirriante grito subsónico y se lanzó en picado sobre ellos. Las criaturas tenían grandes alas duras como el cuero y cuerpos insectiles con seis delgadas patas segmentadas terminadas en garras pequeñas, pero muy afiladas. Atraídos por la luz, los murciélagos nocturnos fueron hacia Luke y Calista. Otras criaturas aladas revoloteaban por delante de ellos, confundidas ante aquella estridente andanada de sonidos.

Los murciélagos nocturnos atacaron indiscriminadamente, arañando a Calista y a Luke con sus garras y rajando el mono de Luke y abriéndole heridas en el cuello. Luke intentó alejarlos a manotazos. Dos murciélagos se aferraron a la rubia cabellera de Calista, tirando de sus mechones y luchando el uno con el otro mientras Calista se debatía para arrancárselos de los cabellos. Luke desenvainó su espada de luz con un sordo siseo, y Calista también empuñó la suya.

Luke utilizó la Fuerza para atacar a sus objetivos, pero los murciélagos nocturnos seguían viniendo… y ya había docenas de ellos. Las hojas de las espadas de luz

chisporroteaban y ardían con destellos color topacio y amarillo verdoso, atrayendo a más criaturas.

Calista soltó un siseo de ira y atacó ciegamente en un feroz despliegue de fuerza bruta. Su forma de luchar preocupó a Luke. Estaba llena de una furia y un salvaje abandono que nunca había visto en ella. Calista se enfrentó con las criaturas aladas, chillándoles como si los murciélagos nocturnos fueran la encarnación de su peor enemigo.

—¡No es justo! —gritó, volviendo la mirada hacia Luke durante un fugaz momento—. Por fin te he encontrado… y ahora quizá deba renunciar a ti. —Calista alzó la voz y lanzó tajos con la hoja color amarillo sol en una explosión de furia tan potente que la espada de luz se abrió paso a través de tres murciélagos nocturnos—. ¡No es justo!

Y mientras daba rienda suelta a su ira, Luke percibió una especie de destello y unas ondulaciones oscuras que emanaban de Calista. Tuvo un fugaz atisbo de su imagen dentro de la Fuerza, como el parpadeante resplandor residual de cosas vistas bajo la claridad de un estroboscopio.

—¡Dejadnos en paz! —le gritó Calista a los murciélagos nocturnos mientras usaba su mente para lanzar un poderoso empujón sin darse cuenta de lo que hacía.

Los murciélagos nocturnos restantes se alejaron de su campamento en una veloz espiral llena de confusión, abofeteados por la rabia de Calista, y huyeron chillando para perderse en la noche. Un silencio lleno de tensa perplejidad volvió al claro.

Calista bajó su hoja de energía y se encogió sobre sí misma, agotada y asustada ante lo que acababa de hacer. Luke desactivó su espada de luz y contempló a Calista con los ojos llenos de asombro. Pero ya podía oír la agitación de otras criaturas que se removían fuera del perímetro de claridad de su iluminador, depredadores más grandes que se acercaban en un ruidoso avance a través de la espesura, atraídos por toda aquella conmoción. Una rama invisible crujió y fue lanzada hacia el suelo cuando algo enorme avanzó pesadamente.

Luke apagó el iluminador, sumiendo el pantano en una oscuridad iluminada únicamente por las luces parpadeantes de los insectos fosforescentes y los hongos que brillaban débilmente en la negrura. Pero los enormes depredadores a los que ya no podían ver seguían viniendo.

Se volvió hacia Calista y la agarró del brazo, y Calista se envaró como si Luke fuese un desconocido.

—Vamos —dijo Luke—. Tenemos que volver a la nave antes de que regresen.

Calista salió de aquel extraño estupor y le siguió por la rampa de acceso que llevaba al interior del yate espacial. Luke activó los controles de la escotilla y la nave volvió a sellar su casco, preparándose para la noche.

Los dos se derrumbaron sobre una de las literas del compartimiento de pasajeros, y Calista se pegó a él. Luke le rodeó los hombros con los brazos y se los apretó con cariñosa delicadeza. Calista estaba temblando, y la capa de transpiración causada por el miedo hacía que le brillara la piel.

—Mi mente volvió a abrirse, Luke, aunque sólo durante un segundo —dijo.

—Lo sé —respondió Luke—. Pude sentirlo.

Y entonces Calista alzó la mirada hacia él, y sus ojos estaban llenos de miedo.

—¡Pero era el lado oscuro, Luke! Los dos lo hemos reconocido.

Luke asintió, y se miraron el uno al otro con una mezcla de esperanza y temor.

—Por lo menos has logrado abrirte paso a través de esa muralla invisible —dijo Luke—. Quizá ahora puedas hacer algo.

Calista se irguió en la litera, recuperándose con un visible esfuerzo. Después habló en un tono que no podía ser más firme y seguro mientras los casi inaudibles sonidos nocturnos del pantano de Dagobah envolvían el casco sellado de la nave.

—El precio es demasiado elevado, Luke. Si he de establecer contacto con el lado oscuro para recuperar mis poderes, entonces prefiero no volver a ser nunca una Jedi.

CAPÍTULO 27

Poco después de que Durga tuviera que partir a toda prisa hacia Nal Hutta debido a alguna inesperada misión diplomática, Bevel Lemelisk contempló cómo el general imperial Sulamar se convertía en una molestia todavía más pomposa e insufrible en cuanto el hutt ya no estuvo allí para aplastar sus impulsos dictatoriales.

Sulamar parecía pensar que era la reencarnación del Gran Moff Tarkin, y se pavoneaba de un lado a otro sin parar de dar órdenes. Pero a diferencia de Tarkin, Sulamar daba órdenes que no tenían ningún mérito, y el general carecía por completo del poder personal o el carisma duro como el hierro que había exhibido Tarkin.

Lemelisk no le hacía ningún caso. Los militares vanidosos nunca le habían parecido muy útiles, y tenía trabajo que hacer.

La cada vez más magnífica estructura de la Espada Oscura le llenó de alegría mientras la contemplaba desde la lejana nave expedicionaria de Minas Celestes Orko. Los soportes principales de la superarma ya habían cobrado forma, curvando el enrejado inicial de duracero en un tubo cilíndrico que recordaba a un gigantesco túnel de viento.

Se suponía que el general Sulamar había utilizado su influencia para obtener núcleos de ordenador sobrantes de viejos astilleros imperiales, y que esos núcleos eran lo suficientemente potentes para dirigir las operaciones de la Espada Oscura. Los hutts habían sido incapaces de adquirir los ordenadores adecuados a través de los canales regulares, pero Sulamar, alzando el mentón para indicar lo importante que se consideraba a sí mismo, había prometido que los obtendría. Lemelisk creería en esos núcleos de ordenador cuando por fin los viera.

Durante la ausencia de Durga, a Sulamar le encantaba permanecer en el puente de mando y lanzar miradas aparentemente llenas de significados ocultos al sitio en el que solía estar suspendida la plataforma levitatoria del hutt. En esos momentos el rostro de bebé envejecido del general siempre estaba iluminado por una expresión de orgullosa satisfacción.

Pero Lemelisk prefería la burbuja de observación privada que Durga utilizaba como sala de relajación y descanso. Allí, con los ojos clavados en los arietes orbitales de rocas medio aplastadas que chocaban incesantemente entre sí, Lemelisk podía estar a solas con sus pensamientos y permitir que su mente funcionara a toda velocidad mientras se le iban ocurriendo mil cosas nuevas, ideas que exploraría en algún momento posterior. El potencial destructivo de ese espectáculo hacía que Lemelisk fuese curiosamente consciente del poder oculto encerrado en toda aquella metralla espacial, y eso le calmaba.

En cuanto los Explotadores de Mineral Automatizados Gamma y Delta estuvieron en condiciones de operar —con la programación alterada para que se ignorasen mutuamente

como potenciales objetivos de recursos—, la construcción había progresado asombrosamente bien. Lemelisk podía ver cómo el leviatán florecía día a día, cobrando forma a partir de un amasijo de vigas sueltas que flotaban en el espacio para convertirse en la larga y resplandeciente empuñadura de una espada de luz que acabaría siendo un súper láser capaz de hacer añicos planetas enteros.

Los taurills eran la clave, por supuesto: emplearlos como trabajadores había sido una idea genial de Durga, y Lemelisk estaba dispuesto a reconocerle todo su mérito al hutt. Las criaturas simiescas de muchos brazos eran muy ágiles y fuertes y, cuando había un número lo suficientemente grande de ellas trabajando al unísono, también eran lo bastante inteligentes para llevar a cabo aquel tipo de tareas.

Lemelisk no tenía ni la más leve idea de cuál era el sitio del que Durga había sacado los miles de trajes ambientales de diseño especial, aquellos pequeños atuendos provistos de calefacción, sistemas de sellado, cuatro brazos y dos piernas con los que habían vestido a los taurills. Las diminutas criaturas iban y venían por el vacío como una manada de alimañas, correteando por toda la zona de construcción en una diligente labor colectiva.

Lemelisk había pasado horas con un par de representantes de los taurills, dos criaturas peludas que parecían mascotas malcriadas, y al principio se había sentido bastante ridículo. Les había mostrado los planos de la Espada Oscura en el proyector holográfico y había ido indicando todos los detalles del trabajo de construcción, repasando tediosamente cada paso. Al principio había tenido la impresión de estar hablando con dos bolas de pelos totalmente desprovistas de inteligencia que parpadeaban estúpidamente con los ojos clavados en él. Pero Lemelisk sabía que aquellas miradas vacías en las que brillaba una vaga luz de diversión eran ventanas a una Mente Superior mucho más grande que podía concentrar todos los datos recolectados por aquellos dos observadores, absorbiéndolos y comprendiéndolos… o por lo menos eso esperaba.

Aquellas criaturas capaces de unir sus mentes individuales tendrían que trabajar en colaboración conociendo todos los detalles del diseño global. Si todo iba bien, la superarma sería construida en una pequeña fracción del tiempo normalmente requerido para la construcción espacial.

Mientras miraba hacia fuera y veía cómo el largo tubo envuelto en vigas iba siendo creado delante de sus ojos, Lemelisk se sintió muy impresionado. Aunque sólo fuese por una vez, la experiencia de tener unos obreros que trabajaban con entusiasmo resultaba tan distinta, tan fantástica…

Los convictos del planeta penal Despayre habían demostrado ser totalmente inadecuados para soportar las duras condiciones de trabajo exigidas por la construcción de la primera Estrella de la Muerte. No estaban adiestrados, eran mentalmente inestables y no poseían la mínima resistencia física necesaria para trabajar en el espacio, lo cual los convertía en una pésima fuerza laboral en todos los sentidos. Finalmente, después de sus repetidos y costosos errores, Lemelisk expresó su disgusto e irritación al Gran Moff Tarkin, quien inició las acciones adecuadas.

Después de que Tarkin hubiera acabado de ejecutar a todas las cuadrillas de trabajadores, Lemelisk y seiscientos soldados de las tropas de asalto lo acompañaron en una «expedición de reclutamiento» al planeta Kashyyyk.

—Los wookies son animales —dijo Tarkin, el rostro tenso en una mueca brutal mientras sus ojos relucían con gélidos reflejos de pedernal—. Son peludos y violentos, y apestan… pero son lo suficientemente inteligentes. Si se los doma adecuadamente, son trabajadores aceptables, así como sacrificables en el sentido habitual de la expresión. Su planeta queda bastante lejos de las grandes rutas espaciales, y apenas está habitado. Unos cuantos comerciantes humanos lo visitan y hacen algunos negocios con ellos, pero no se trata de nada que vaya a ser echado en falta. Por eso hemos esclavizado a algunos wookies con anterioridad.

—Lo sé —replicó Lemelisk—. Utilizamos a un grupo de esas bestias para que nos ayudaran a construir la Instalación de las Fauces, pero no tuve mucho contacto con ellos.

—Ah —murmuró Tarkin, asintiendo—. Entonces ya sabe qué clase de animales salvajes son.

—Sí, pero no cabe duda de que son fuertes.

Mientras los Destructores Estelares permanecían en una órbita alta, Lemelisk acompañó al Gran Moff cuando las lanzaderas de asalto descendieron velozmente a través de la atmósfera con todo su armamento escupiendo fuego para atraer la atención de los nativos. Buscaron un lugar para bajar en el dosel de vegetación, y Lemelisk volvió la cabeza hacia la ventanilla del compartimiento de pasajeros para contemplar con alarma y consternación las hojas y las ramas que albergaban enjambres de insectos y alimañas. Le revolvía el estómago pensar que los habitantes de aquel mundo hubieran hecho tan poco para mejorar su entorno: no había desarrollo ni civilización, sólo primitivas moradas arbóreas. El bosque estaba por explotar. Lemelisk apenas podía creerlo, y rebajó sus expectativas sobre la inteligencia de los wookies.

Los soldados de las tropas de asalto localizaron una tosca pista de descenso sostenida por miles de ramas de un metro de grosor que se abría en el dosel verdoso. Parecía un poco precaria, pero la plataforma demostró ser lo suficientemente sólida cuando las lanzaderas de asalto se posaron sobre ella entre un estallido de energía de sus haces repulsores.

Los wookies con los que se encontraron hablaban un lenguaje de trompeteos y gruñidos que resultaba completamente incomprensible. Por fortuna, comprendían para qué servían los desintegradores. Algunos de sus líderes también entendían el básico, por lo que cuando Tarkin emitió sus demandas, los líderes tradujeron las palabras a ladridos y resoplidos. El rugido de desafío que lanzaron a continuación dejó bien claro que los wookies las habían entendido a la perfección.

Lemelisk suspiró. Tarkin tendría que emplear la fuerza.

Las lanzaderas de asalto empezaron a trazar un enorme círculo y fueron disparando sus cañones láser hasta que grandes secciones del imponente bosque quedaron envueltas en llamas. Columnas de humo brotaron de los árboles y fueron extendiéndose por el cielo

como manchas de sangre negra. Los animales peludos llamados wookies gimotearon, sintiéndose traicionados.

Lemelisk ya había empezado a planear cuál sería la mejor manera de utilizar a aquellas robustas bestias en la construcción de la Estrella de la Muerte, y trataba de calcular cuántos guardias humanos resultarían necesarios para cada grupo de trabajadores y cuáles serían las dimensiones óptimas de una cuadrilla de wookies. Ese tipo de detalles administrativos y de construcción siempre acosaban a Lemelisk cuando estaba embarcado en un proyecto difícil.

Los wookies fueron azotados con látigos de energía y sus crías fueron conducidas hasta campamentos para rehenes mientras que los adultos de ambos sexos eran metidos en los compartimentos de carga. Un macho enorme que tenía las puntas del pelaje de color plateado se rebeló y empezó a derribar soldados de las tropas de asalto a diestra y siniestra. Los otros wookies se unieron a la refriega en cuestión de momentos, pero Tarkin no vaciló y ordenó a sus hombres que mataran a cualquier bestia que se resistiese.

El macho del pelaje plateado fue el primero en caer, y se precipitó al vacío desde lo alto de la plataforma con un agujero humeante en el pecho. Su cuerpo fue abriendo un ruidoso camino a través del dosel verde hasta que acabó deteniéndose, atrapado entre las gruesas ramas que se extendían muy por encima del suelo. Otros wookies que se habían rebelado también fueron aniquilados, y su resistencia terminó rápidamente. A partir de ese momento, todos los wookies llevaron aros de sujeción rodeándoles las muñecas.

Lemelisk deseaba que Tarkin volviera lo más pronto posible a la zona de construcción para que pudieran empezar a entrenar a los nuevos trabajadores. Después de todo, el proyecto tenía unos plazos que cumplir y el Emperador había confiado en ellos. Lemelisk se preguntó si aquellos wookies no lo entendían, y acabó diciéndose que probablemente no. Sólo eran unos animales estúpidos.

Durante el viaje de vuelta y los interminables días de adoctrinamiento, la resistencia de los wookies quedó todavía más debilitada gracias a los transmisores sónicos de estimulación negativa, las drogas introducidas en su comida y las amenazas contra los rehenes que Tarkin había abandonado en Kashyyyk.

Pero en cuanto hubieron sido adiestrados, Lemelisk se sintió orgulloso de los considerables progresos hechos por los wookies. Los nuevos trabajadores eran fuertes y competentes… siempre que estuvieran atentamente vigilados en todo momento para evitar los intentos de sabotaje.

Volver a ver cómo la Estrella de la Muerte avanzaba con tal velocidad hacia su terminación era maravilloso.

* * *

Por lo que podía discernir Bevel Lemelisk, la construcción de la Espada Oscura se estaba llevando a cabo con toda corrección, pero mientras veía trabajar a tales velocidades a los taurills el científico tuvo un mal presentimiento. Se acordó de las dificultades que había

experimentado con las cuadrillas de wookies a los que habían obligado a trabajar en la construcción de la Estrella de la Muerte y llevó a cabo un examen telescópico, comparando las líneas de los diagramas holográficos con lo que podía ver de la estructura de duracero que formaba el enorme esqueleto cilíndrico.

Los taurills eran trabajadores diligentes y asombrosamente rápidos… pero Lemelisk había descubierto que su mayor defecto era que se distraían con mucha facilidad. La mente-colmena de los taurills poseía miles de distintas facetas de atención, y cuando un asteroide pasaba demasiado cerca de la zona de construcción o una nave de los contrabandistas se hacía visible en el firmamento, los taurills concentraban su atención en el nuevo espectáculo. A medida que la Mente Superior se iba sintiendo interesada por la novedad, más y más de sus componentes de muchos brazos se volvían para mirar en esa dirección, echando a correr para poder ver mejor lo que ocurría, escalando nuevas posiciones y contemplando aquel acontecimiento tan intrigante desde una nueva perspectiva minuciosamente tramada entre todos los taurills.

Por desgracia eso cambiaba las posiciones de sus cuerpos con el resultado de que cuando las criaturas peludas volvían a sus tareas, muchas de ellas se encontraban en un lugar distinto a aquel en el que habían estado trabajando antes, y unían las vigas equivocadas o conectaban entre sí circuitos que habrían debido permanecer separados.

Mientras estudiaba las líneas de luz, Lemelisk sintió que su corazón se precipitaba hacia las profundidades de su abultado estómago: una gran sección de la estructura exterior de la Espada Oscura estaba siendo montada de una manera errónea, y las vigas iban siendo soldadas en puntos equivocados. El receptáculo del núcleo del ordenador estaba conectado a la salida de residuos calóricos. Los puntos de anclaje del súper láser habían sido colocados con una variación de noventa grados respecto a los ángulos originales, y su disposición no podía ser más errónea.

Lemelisk, muy enfurecido, salió del apacible útero de la burbuja de observación de Durga sin perder ni un instante. Tenía que encontrar a un taurill para empezar a explicarle a gritos en qué aspectos de la construcción se habían equivocado. Daba igual con qué criatura hablase, ya que todas eran la misma y la Mente Superior le oiría. Oh, sí, la Mente Superior le oiría, desde luego…

La aterradora idea de que Durga el Hutt podía descubrir el retraso y ordenar su ejecución después de todo bastó para que se le formara un nudo de hielo en el estómago. Lemelisk no quería que volvieran a matarle.

Que el señor del crimen hutt no estuviera allí era un gran alivio, por supuesto. Lemelisk ordenaría a los taurills que hicieran turnos dobles para arrancar toda una sección de la Espada Oscura y volvería a empezar desde cero. Las criaturas que formaban la mente colmena tendrían que prestar más atención al trabajo, aunque Lemelisk se temía que probablemente eso era imposible. Pero quizá podría salir de aquel lío antes de que ocurriera algo peor.

En cuanto al general Sulamar, lo más probable era que ni siquiera llegara a darse cuenta del error.

CAPÍTULO 28

El mundo helado de Hoth flotaba debajo de su conjunto de lunas como una bola de nieve llena de grietas. Calista pilotaba su yate espacial, siguiendo las coordenadas que le había dado Luke.

Luke, que estaba sentado en el asiento de pasajeros, se inclinó hacia adelante mientras sentía un cosquilleo de expectación.

—Ahí abajo —dijo—. Ése es el sitio en el que el espíritu de Obi-Wan se me apareció por primera vez cuando yo casi estaba congelado a causa de una ventisca. Me dijo que fuese a Dagobah y que encontrara a Yoda. Han intentó convencerme de que sólo había sido una alucinación.

Calista permanecía en silencio con las manos tensas sobre los controles. Desde su contacto con el lado oscuro en Dagobah, la joven no había querido hacer ningún nuevo experimento con los poderes Jedi a los que ya no podía acceder. A Luke le preocupaba que su reticencia y nerviosa preocupación pudieran llegar a hacerle más daño que cualquiera de sus fracasos anteriores, porque su terrible experiencia había hecho que Calista no se atreviera a intentarlo de nuevo. Luke no sabía cómo, pero tenía que disipar aquel miedo.

Calista contempló el planeta helado mientras iban descendiendo por la atmósfera repleta de nieblas.

—Ojalá Djinn Altis, mi maestro, viniera a mí en una visión —dijo por fin—. Estoy segura de que podría ayudarme.

Luke no supo cómo responder a esas palabras, por lo que se limitó a apretarle la mano.

Calista se volvió hacia él y le miró con una mezcla de enfado y frustración.

—No te preocupes por mí. Luke. Tal vez no pueda tener todo lo que quiero, pero voy a hacer cuanto pueda. No me he rendido.

—Me alegra oírlo —replicó Luke—. Y ahí abajo es el próximo sitio en el que debemos intentarlo… —Señaló las masas de glaciares salpicados de aberturas blancas que se extendían por debajo del veloz vuelo de su yate espacial—. Aquí es donde aprendí a luchar de verdad. Había pilotado mi ala-X contra la primera Estrella de la Muerte, pero fue aquí, durante la batalla de Hoth, donde aprendí a ser un auténtico guerrero. Dejé atrás los restos de la Base Eco para ir en busca de Yoda —siguió diciendo, sonriendo melancólicamente ante todos aquellos recuerdos—, y una de las primeras cosas que me dijo Yoda fue que las guerras no hacen grande a una persona.

—Tu Maestro Yoda era muy sabio —dijo Calista—. Pero a veces tienes que luchar. A veces es todo o nada… Ésa es la única manera de vencer. —Tragó saliva—. Por eso hice mi sacrificio en el Ojo de Palpatine.

—Esperemos que nunca tengas que volver a enfrentarte a esa elección entre todo o nada —dijo Luke.

Calista se obligó a sonreír.

—Preferiría no tener que hacerlo.

Después fue descendiendo bajo la claridad del atardecer, dirigiendo el yate espacial hacia el lugar donde pequeños fragmentos de hielo ardían con potentes destellos bajo el cielo blanquecino. Calista oscureció los visores para reducir la intensidad de la luz.

—No sé qué tal estará la Base Eco —dijo Luke—. Sufrió bastantes daños durante la batalla, y lleva años abandonada. No esperes encontrarte un alojamiento de gran lujo como en la cantera Mulako.

Calista recorrió los campos de nieve con la mirada.

—Por lo menos no habrá insectos ni murciélagos —comentó, y un instante después se irguió bruscamente en su asiento—. Eh, ¿qué está haciendo ahí esa nave?

Cuando estuvieron un poco más cerca de la hilera de promontorios rocosos, Luke pudo ver un casco ennegrecido en el centro de una estrella de hollín grasiento y restos medio fundidos esparcidos sobre la nieve.

—No puede ser un aparato que se estrellara durante la batalla —dijo—. Ya han pasado nueve años desde entonces, y esa nave no lleva tanto tiempo aquí. —Clavó la mirada en los restos quemados y desplegó sus sentidos de la Fuerza—. No capto ninguna presencia viva. Es reciente, pero no demasiado.

Calista posó su nave cerca de los restos y de las puertas blindadas ocultas que protegían la entrada de la Base Eco en el hielo sólido, y llevó a cabo una doble comprobación de sus sensores.

—Sí, todo el metal está frío: temperatura ambiente. Como mínimo lleva unos cuantos días ahí, y quizá tanto como un par de semanas.

Luke abrió el compartimiento de los uniformes y sacó de él los dos monos provistos de sistemas de aislamiento colgados junto a un par de trajes ambientales para el vacío espacial. Se pusieron los uniformes, activaron los calentadores corporales y se colocaron los guantes. Luke se colgó la espada de luz del cinturón y entregó la segunda empuñadura negra a Calista.

—Toma —lijo—. Será mejor que cojas tu espada de luz.

—No quiero hacerlo —respondió Calista, desviando la mirada.

—Pero deberías hacerlo de todas maneras —insistió Luke—. Siempre tienes la opción de no usarla.

Calista, que tenía los labios muy pálidos y apretados, aceptó la espada de luz, y siguió negándose a devolverle la mirada mientras la tomaba.

Salieron del yate y empezaron a avanzar bajo el terrible frío de Hoth. Cerraron la compuerta, pero no activaron los sellos de bloqueo porque así podrían volver a entrar sin

perder ni un instante en el caso de que necesitaran hacerlo. Calista se estremeció mientras caminaba junto a Luke.

—Hace mucho frío —dijo.

Luke enarcó las cejas, y sintió que la escarcha ya empezaba a acumularse sobre la piel de sus mejillas.

—¿Tienes frío? —replicó—. Pues son las horas más cálidas del día.

Calista cogió un trozo de metal medio fundido del suelo, lo hizo girar entre sus manos enguantadas y acabó dejándolo caer. Su aliento se convertía en ondulaciones de vapor blanco nada más salir de su boca.

—¿Crees que se estrellaron? —preguntó—. No veo ningún cuerpo.

Luke meneó la cabeza. El aire helado entraba en sus fosas nasales con una mordedura tan afilada como la de una navaja de afeitar.

—No. Fíjate en las señales del suelo —dijo—. La nave descendió sin ningún problema, y luego estalló en el suelo. No hay surcos en la nieve, ¿ves? Si hubiera bajado desde una órbita planetaria, habría una larga estela de nieve removida.

Volvió la mirada hacia las masas de nieve que camuflaban la entrada a la Base Eco.

—Quizá buscaron refugio ahí. —Señaló las torretas de los cañones desintegradores que se alzaban a cada lado de las puertas blindadas—. Vamos a echar un vistazo… pero iremos con mucho cuidado.

El viento empezó a soplar con más fuerza, agitándose alrededor de las rocas en fugaces torbellinos que lanzaban cristales de hielo al aire y golpeaban los montículos de nieve. La entrada a la caverna de hielo estaba rodeada de rocas, aunque la mayor parte del espacio de la Base Eco había sido abierto en la nieve y el hielo acumulados a lo largo de los siglos.

Cuando se aproximaron a las puertas blindadas, los dos emplazamientos de los cañones desintegradores que flanqueaban la entrada como dos centinelas inmóviles y silenciosos cobraron vida de repente. Las torretas giraron y los largos y letales cañones buscaron un blanco… y lo encontraron.

—¡Cuidado! —gritó Calista, y empujó a Luke para apartarlo de la línea de fuego.

Luke se lanzó hacia un lado, utilizando sus poderes Jedi para impulsarse todavía más lejos. Calista rodó sobre sí misma, chocando con el suelo en el mismo instante en que los emplazamientos disparaban su primera andanada desintegradora. Chorros de vapor brotaron del cráter que apareció en el hielo.

Luke echó a correr hacia ella, pero Calista volvió a rodar sobre sí misma y se apartó velozmente hasta salir del radio de alcance de los cañones. Las torretas giraron, centrando sus miras en Luke y volviendo a disparar. Luke saltó hacia arriba. Los haces desintegradores fallaron su objetivo, y acabaron haciendo estallar una de las rocas congeladas.

Cuando el cañón desintegrador disparó por tercera vez, Luke alzó su espada de luz y desvió el haz en una reacción increíblemente rápida, oponiendo la hoja de energía al rayo

desintegrador. La tremenda potencia del cañón desintegrador hizo que Luke se tambaleara, y sólo la fuerza de su mano sintética le permitió soportar el impacto.

—Deben de estar utilizando detectores de movimiento, Luke. ¡Nos van siguiendo a medida que nos movemos! —gritó Calista—. Voy a echar a correr y atraeré su fuego. Utiliza tus poderes Jedi para avanzar lo más deprisa posible y destruye las dos armas.

—¡No! —gritó Luke—. Es demasiado…

Pero Calista ya había entrado en acción. Luke sabía que ésa era su manera de hacer las cosas: Calista tomaba una decisión, y luego actuaba sin tomar en consideración los riesgos y sin perder el tiempo tratando de dar con ideas alternativas. Para bien o para mal, Calista ya estaba corriendo en un veloz zigzag por encima de la nieve. Los dos emplazamientos de los cañones desintegradores giraron y centraron sus miras en ella.

Luke se lanzó hacia adelante hasta que estuvo justo enfrente del cañón. Trepó por la torre sosteniendo la espada de luz con una mano y dejó caer la hoja resplandeciente, separando el cañón del arma. Después se dejó caer sobre la nieve y corrió hacia la segunda torreta en el mismo instante en que el emplazamiento dañado abría fuego. Con el cañón desaparecido y el extremo sellado por una masa de metal fundido, la andanada hizo pedazos toda la torreta.

La segunda arma ya había centrado sus miras en Calista. La joven se apartó en una rápida finta, y se dejó caer sobre la nieve medio segundo antes de que el haz desintegrador cayera sobre el glaciar con una explosión lo suficientemente potente para lanzar por los aires a Calista.

Luke no podía perder ni un solo instante trepando por la torreta del segundo cañón desintegrador. Lo que hizo fue utilizar su espada de luz para abrirse paso a través del emplazamiento, atacándolo como si fuese el tronco de un árbol gigante. Fue atravesando las planchas blindadas con una feroz serie de mandobles, y un cuadrado humeante de duracero se desprendió y cayó sobre el hielo. Luke metió la hoja verde amarillenta dentro del hueco y cortó los conductos de energía y las conexiones internas del ordenador, atravesando el corazón del arma con su espada de luz. El ominoso cañón giró en un vacilante arco por encima de su cabeza, buscando otro blanco, y acabó quedándose inmóvil.

Miró hacia arriba y vio que las armas habían sido manipuladas: habían instalado sensores unidos a los sistemas de puntería automática, y después los habían conectado a unos detectores de movimiento. Luke fue corriendo hacia Calista para ayudarla a levantarse, preguntándose por qué alguien podía tomarse tantas molestias en aquel mundo vacío.

—Buen trabajo —dijo Calista mientras se quitaban la nieve el uno al otro—. Formamos un equipo incluso sin mis poderes Jedi.

La masa metálica de las puertas blindadas se rajó por el centro con un sordo rechinar, como si se resistiera a abrirse, y los dos paneles empezaron a separarse. Una lluvia de carámbanos se desprendió de ellos, y trozos de nieve cayeron ruidosamente al suelo.

Unas figuras aparecieron, siluetas de sombras inmóviles en el hueco de las puertas parcialmente abiertas.

Luke se envaró y se volvió hacia ellas con la espada de luz firmemente empuñada en su mano. Calista también empuñaba su arma, pero no la había conectado. Luke esperó para ver qué iban a hacer sus misteriosos enemigos.

—¡Bueno, no se queden ahí! —gritó secamente una voz humana—. Entren de una vez… ¡Deprisa, antes de que vuelvan esas criaturas!

Un hombre de ojos negros cuyo rostro mostraba las manchas oscuras de una barba incipiente salió por la entrada, sosteniendo un rifle desintegrador en las manos. Junto a él apareció un felino alienígena, una esbelta y peluda criatura con mechones de pelaje brotando de su mentón y colmillos sobresaliendo por debajo de unos delgados labios negros. Luke la reconoció: era un cathar. El felino alienígena también iba armado con un rifle desintegrador y olisqueó el frío aire del exterior, tenso y preparado para luchar. Pero los recién llegados no dirigieron sus desintegradores hacia Luke o Calista, sino que parecían estar intentando localizar alguna amenaza invisible oculta entre las nieves.

Otro humano se había quedado dentro del túnel principal. Era alto y de hombros muy anchos, y estaba haciéndoles señas para que se dieran prisa. Luke recorrió con la mirada la superficie de Hoth, tan árida y aparentemente desprovista de vida, y sintió una repentina punzada de inquietud. Cogió del brazo a Calista y entró corriendo con ella en el refugio del túnel.

Sólo cinco de ellos habían sobrevivido.

—Parecía una forma fácil de ganar unos cuantos créditos, ya que estaba buscando una nueva ocupación —dijo Burrk, un ex soldado de las tropas de asalto que había desertado durante la confusión que siguió a la batalla de Endor y que desde aquel entonces había vivido por su cuenta, sobreviviendo gracias a negocios sucios y actividades ilegales—. Conocí a estos dos cathars, Nodon y Nonak, y formamos un buen equipo.

Los dos felinos alienígenas gruñeron y mostraron los dientes mientras contemplaban a Luke y Calista con los ojos entrecerrados. Parecían idénticos, salvo por ligeras variaciones en el color del pelaje.

—Son de la misma camada —siguió explicando Burrk—, y eran grandes cazadores… Bueno, por lo menos dijeron que lo eran.

Los cathars volvieron a gruñir y sacaron las garras retráctiles de sus manos. Burrk ni siquiera pareció darse cuenta de ello. Se frotó el asomo de barba que le cubría el mentón. Sus ojos estaban hundidos en las cuencas y oscurecidos por el peso de una tensión incesante, como si alguien le hubiera golpeado repetidamente y pudiera volver en cualquier momento. Su grupo sólo había logrado poner en funcionamiento una media docena de paneles luminosos, y ni una sola unidad calefactora.

—El mercado negro paga precios enormes por las pieles de wampa, ya saben… —dijo.

Una chispa de orgullo y osadía apareció por fin en sus ojos. Luke percibió el profundo terror que flotaba a su alrededor en aquella sala de reuniones carente de calefacción, pero el flaco ex soldado de las tropas de asalto se fue animando un poco a medida que continuaba hablando.

—Los hermanos cathars y yo decidimos organizar esta expedición de caza mayor. A cambio de unos buenos honorarios, traeríamos cazadores a Hoth para que persiguieran y cazaran «las presas más grandes que se pueden encontrar en toda la galaxia»… Quizá exagerábamos un poquito, claro, pero eso no le importaba a los ricos barones-administradores, como él.

Burrk señaló con un gesto de la mano al hombre alto y musculoso de rasgos que parecían tallados a golpes de cincel, la sonrisa muy blanca y los ojos impasibles de mirada endurecida.

—Me llamo Drom Guldi, y soy barón-administrador de las minas de gelatina de Kelrodo-Ai —dijo el hombre musculoso, presentándose a sí mismo. Todo su cuerpo pareció hincharse de orgullo, seguro de que todo el mundo había oído hablar de él—. Somos famosos por nuestras esculturas de agua —añadió—, y éste es mi ayudante. —Señaló a un hombre de cabellos rubio grisáceos que tenía la piel cubierta de pequeñas arrugas, como si toda su capa superficial hubiera sucumbido a la ofensiva de un millar de grietas de presión, y que parecía estar bastante nervioso—. Se llama Sinidic.

Burrk, el ex soldado de las tropas de asalto, siguió con su historia mientras dirigía una inclinación de cabeza al rico cazador, como si no tuviera más remedio que admirarle y eso no le gustara demasiado.

—Teníamos cuatro clientes en este viaje, y Drom Guldi era el único que sabía cazar.

—Acabé con diez de esos wampas cuando atacaron —dijo el barón-administrador—, aunque no pudimos volver para llevarnos las pieles. —Apretó los dientes, y sus mejillas bronceadas enrojecieron—. Los otros monstruos seguían viniendo, y tuvimos que retirarnos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Calista—. ¿Cómo consiguieron colocarse en una situación tan vulnerable?

Burrk clavó la mirada en sus dedos mientras los unía y separaba nerviosamente.

—Era nuestra tercera salida. Las otras dos fueron perfectamente. Seguíamos el rastro de las criaturas, matábamos a una o dos y luego nos íbamos. Pero a esas alturas los monstruos ya habían aprendido a trabajar en equipo. Creíamos que eran bestias estúpidas, todo dientes y garras y sin cerebro… pero estábamos equivocados.

Los cathars bufaron, y se les erizó el pelaje.

—Conocíamos la existencia de esta vieja base abandonada. La usábamos como lugar de descanso porque no hay muchos cobijos en estas rocas —dijo Burrk, y alzó la mirada hacia Luke—. Formamos grupos de exploración: yo y Nodon en una nave, y Nonak y los demás en otra. Sólo era otro día más de cacería… Hacía sol, y parecía que todo iba a ir

estupendamente. —Sus ojos recorrieron las sombras de la sala—. Volvimos, y encontramos a nuestro piloto hecho pedazos… y cuando digo «hecho pedazos» no estoy exagerando. Teníamos todas esas armas… Nunca pensamos que nos atacarían.

—Subestimamos el problema —dijo Sinidic con una débil voz nasal, y después bajó la cabeza como si acabara de darse cuenta de que no debía haber hablado.

—Cuando fuimos a investigar —siguió diciendo Burrk—, los wampas debían de estar esperándonos. Las… criaturas surgieron de la nieve y cayeron sobre nosotros como una lluvia de meteoros. No podíamos verlos. Mataron a uno de nuestros guías y a los otros tres clientes. Por suerte conseguimos refugiarnos en la base… Cerramos las puertas blindadas detrás de nosotros.

Tragó saliva, reviviendo la pesadilla.

Drom Guldi retomó el hilo de la historia y empezó a hablar con voz firme y despreocupada, como si todo aquello no tuviera ninguna importancia.

—Entonces fue cuando hicieron estallar nuestra nave —dijo—. Debió de ser un accidente. No puedo creer que supieran lo que debían hacer para destruirla. No sé cómo ocurrió, pero provocaron la explosión.

—Llevamos cuatro días aquí —dijo Burrk—. No tenemos suministros, y esas cosas están esperándonos ahí fuera. Ni siquiera pudimos enviar un mensaje pidiendo socorro.

—¿Tienen armas en su nave? —preguntó Nodon, uno de los cathars. Luke y Calista intercambiaron una rápida mirada.

—¿Armas? No —admitió Luke.

—No pensamos que tuviéramos que llegar a combatir —dijo Calista.

—Habíamos conseguido poner en funcionamiento los dos cañones desintegradores —explicó Burrk—. Instalamos detectores de movimiento para que abrieran fuego contra cualquier cosa que se aproximara, pero está claro que ustedes se ocuparon de ellos. —Un ronco gruñido burbujeante brotó de las gargantas de los cathars—. Ahora no contamos con ninguna defensa aparte de esas puertas… y no podemos quedarnos aquí para siempre.

—Y nuestra nave tampoco tiene espacio para todos —dijo Calista, anticipándose a la siguiente pregunta—. Sólo es un yate espacial de pequeñas dimensiones. Pero podemos transmitir una señal de emergencia y conseguir que un grupo de rescate venga aquí dentro de uno o dos días.

—Está oscureciendo —observó Sinidic—. ¿No creen que deberíamos hacer algo lo más pronto posible? —Alzó la mirada hacia Drom Guldi—. ¿Por qué no les ordena que vuelvan a su nave y que envíen una señal de emergencia?

—Todos iremos a su nave —dijo Drom Guldi—. De lo contrario, Burrk podría tomarlos como rehenes y largarse en la nave dejándonos aquí. Y supongo que no le culparía si lo hiciera…

Los cathars gruñeron, pero a juzgar por la forma en que miraban al ex-soldado de las tropas de asalto, Luke sospechó que esa posibilidad les parecía bastante probable.

—Sólo nos queda una docena de cargas en nuestros rifles desintegradores —dijo Burrk, sin sentirse ofendido en lo más mínimo por la acusación—. Si nos atacan no duraremos mucho.

Drom Guldi tensó las mandíbulas.

—Tendremos que sacar el máximo provecho posible de nuestros recursos. Lucharemos.

La mirada de Luke se encontró con la de Calista. Ayudar a la gente era una de las primeras responsabilidades de un Caballero Jedi, y no podían dejar abandonados a su destino ni siquiera a unos cazadores furtivos tan poco escrupulosos como aquellos. Pero Luke sintió que se le erizaba el vello sólo de recordar su propio encuentro con un wampa.

Los cathars se levantaron de los recipientes de almacenamiento vacíos que habían estado utilizando como asientos y prepararon sus desintegradores con rápidos movimientos llenos de nerviosa tensión. Drom Guldi se colgó el rifle del hombro. Sinidic no iba armado, pero se mantuvo lo más cerca posible del barón-administrador. Burrk llevaba dos pistolas desintegradoras en las caderas. Las armas tenían aspecto de ser bastante viejas y haber sido utilizadas en muchas ocasiones, y parecían haber sido reparadas un número de veces lo suficientemente elevado como para que Luke no confiara mucho en ellas. Él y Calista tenían sus espadas de luz.

—Vamos a hacerlo lo más deprisa posible —dijo Burrk, conduciéndolos hacia las puertas blindadas—. Podemos echar a correr… dado que ya no tenemos que preocuparnos por los sensores de movimiento —añadió, contemplando a Luke con el ceño fruncido.

—Dejemos la puerta entreabierta como opción suplementaria —sugirió Drom Guldi—, por si se da el caso de que tengamos que retirarnos a toda prisa.

Burrk asintió.

Luke percibió una interesante variación en la cadena de mando. Burrk era el líder nominal, pero Drom Guldi —un administrador con amplia experiencia— era igualmente eficiente a la hora de tomar decisiones bajo tensión. Los dos hombres parecían haber formado un equipo para sobrevivir.

Las puertas blindadas se abrieron, y el aire helado y la nieve entraron en la base. El cielo se había vuelto de un neblinoso color púrpura a medida que el día se iba aproximando a su fin. Luke y Calista dirigieron a los cinco supervivientes en una veloz carrera junto a los restos de la nave destrozada de los cazadores furtivos, con su pequeño yate espacial como meta final.

Luke concentró sus sentidos Jedi en Burrk y los demás, temiendo que los desesperados refugiados pudieran dispararles por la espalda y apoderarse de su nave… pero sólo percibió el lento roer del miedo agazapado en sus mentes. Aquellas personas estaban demasiado asustadas para poder pensar en la traición.

Cuando Luke y Calista se aproximaron a su nave, que seguía inmóvil sobre la nieve, Luke vio que la escotilla estaba abierta: la entrada parecía una boca oscura.

—Eh, yo no dejé la puerta así —dijo Calista.

—Todo esto me huele muy mal —murmuró Luke. Los cathars se miraron y gruñeron.

—Malas noticias —dijo Drom Guldi.

El barón-administrador ya había adivinado lo que iban a encontrar. Luke subió corriendo por la rampa mientras Calista se quedaba fuera para evitar que los demás entraran en la nave.

Luke entró en la cabina y la recorrió rápidamente con la mirada. El sistema de comunicaciones había sido hecho añicos, y los paneles estaban arrancados y llenos de profundas señales plateadas dejadas por unas garras muy afiladas. El ordenador de navegación había desaparecido: algo lo había arrancado de sus conexiones y lo había convertido en una masa de alambres y chips rotos. Los cables cortados colgaban de los otros controles.

Era como si los monstruos hubieran sabido con toda exactitud lo que estaban haciendo.

Un gélido anillo de miedo le oprimió la base del estómago. Luke giró sobre sus talones para echar un vistazo al compartimiento en el que habían estado colgados sus trajes ambientales… y descubrió que las criaturas de las nieves los habían destrozado a zarpazos, dejándolos totalmente inservibles.

Entonces oyó un grito procedente del exterior, un alarido lleno de pánico al que siguió una ráfaga de fuego desintegrador. Luke salió corriendo de la cabina y bajó a grandes saltos por la rampa. Calista ya había empuñado su espada de luz, y su hoja color topacio chisporroteaba y crujía bajo el frío.

Luke apenas pudo distinguir a las criaturas que se confundían de una manera tan perfecta con la nieve y la roca. Su pelaje blanco hacía que quedaran reducidas a una veloz y borrosa mancha de movimientos, cuernos curvados que brotaban de sus cabezas y zarpas afiladas como cuchillos que se extendían hacia adelante mientras surgían de la nada, desgarrando, rajando y rugiendo.

Burrk desenfundó sus dos pistolas desintegradoras y disparó, dejando a un wampa enorme muerto sobre la nieve con agujeros humeantes en su pelaje. Los dos cathars gruñeron y agitaron sus rifles desintegradores. Burrk intentó volver a disparar, pero una de sus pistolas había quedado descargada. Los wampas gritaron, emitiendo un extraño ulular que se deslizó sobre las estepas vacías como una incontenible marea de terror.

Drom Guldi disparaba con meticulosa precisión, acabando con un wampa detrás de otro. Los monstruos restantes siguieron avanzando. Un cathar empezó a disparar indiscriminadamente, atravesando la lejanía nevada con lanzazos de fuego desintegrador hasta que su rifle también quedó descargado.

Un rugido lleno de ecos que le pareció inexplicablemente familiar hizo que Luke girase sobre sus talones para ver a un wampa gigantesco inmóvil sobre un promontorio rocoso. La criatura era más grande que las demás, y lanzaba aullidos a la noche como si estuviera dirigiendo la batalla. Luke vio que aquel monstruo sólo tenía un brazo, y que el otro terminaba en un muñón cauterizado. Cuando vio las espadas de luz Jedi, la criatura hendió el aire helado con las garras de su único puño.

Y el ejército de wampas avanzó al unísono para caer sobre sus víctimas.

NAR SHADDAA

CAPÍTULO 29

La Mente Superior de los taurills no descansaba y nunca dejaba de trabajar. El número de cuerpecillos intercambiables que se agitaba sobre la zona de construcción en gravedad cero era tan enorme que el trabajo progresaba a un ritmo implacable.

Bevel Lemelisk se sintió invadido por un éxtasis de alegría cuando vio que habían bastado dos días para que las diligentes criaturas consiguieran desmontar todo el trabajo equivocado, haciendo desaparecer los errores y reconstruyendo toda la sección defectuosa de la Espada Oscura. Lemelisk contempló sus esfuerzos y rezó para que los taurills no cometieran un error todavía peor que consiguiera escapar a su escrutinio.

Hubo un momento durante la peor fase de los retrasos, cuando una gran parte de la superestructura seguía estando desmantelada, en que el general Sulamar había aparecido detrás de él en la nave de Minas Celestes Orko con un ruidoso entrechocar de los tacones de sus botas que había sobresaltado al científico. El general de rostro de bebé se había dedicado a mirar por los ventanales de observación.

—Buen trabajo, ingeniero —dijo de mala gana, como si Lemelisk hubiera estado esperando semejantes elogios—. Siga así.

Lemelisk alzó la mirada hacia el techo y se fue en busca de algo que comer. De alguna manera inexplicable, se había vuelto a olvidar del almuerzo…

Aprovechó las horas del período de sueño designado para seguir trabajando con el rompecabezas cristalino tridimensional. La compleja estructura de cristales le divertía porque le proporcionaba un desafío que le obligaba a emplear sus facultades mentales casi hasta el límite… pero no del todo. Cuando hubo llegado al punto crítico y tuvo concentrado todo su mundo sobre el problema y estaba introduciendo delicadísimos ajustes en los parámetros, Lemelisk volvió a ser interrumpido.

El rompecabezas cristalino se disolvió en un amasijo de fragmentos inconexos con un destello de luz cuando Lemelisk, hecho una furia, se encaró con el guardia gamorreano. El estúpido coloso peludo dejó que los insultos rebotaran en su gruesa piel verdosa y se limitó a gruñir una palabra: Durga.

Lemelisk reprimió su irritación y siguió al gamorreano por el pasillo que llevaba al centro de comunicaciones. Durga le había enviado un mensaje privado a pesar de que sabía que estaban en pleno período de sueño… pero el hutt nunca había sido muy cortés con los demás.

El guardia le dejó a solas para que se enfrentase con la proyección en pantalla plana de Durga el Hutt. Durga podría haber utilizado el proyector holográfico, que transmitía una pequeña imagen tridimensional, pero al hutt no le gustaba emplear el sistema de tres dimensiones porque hacía que su enorme cuerpo pareciese diminuto. Quería la pantalla

plana, que proyectaba sus facciones llenas de curvas y medio cubiertas por la mancha de nacimiento convirtiéndolas en un rostro enorme e imperioso. Los altavoces amplificaron su voz hasta transformarla en un grito atronador.

—Bien, Lemelisk —dijo Durga—. Sé que Sulamar está disfrutando de su período de descanso, por lo que puedo hablarle sin su interferencia. Los núcleos de ordenador que ha obtenido han llegado a Nar Shaddaa. Quiero que venga a la Luna de los Contrabandistas para inspeccionarlos. No hay forma de saber qué clase de basura puede habernos proporcionado Sulamar, así que debe examinarlos.

—Pero… ¡No puedo abandonar la zona de construcción en estos momentos! —exclamó.

—¿Por qué? —preguntó Durga—. ¿Ha habido problemas?

—No, no —respondió Lemelisk, alzando las manos. Esperaba que Durga no pudiera ver la película de sudor helado que había brotado repentinamente de su piel—. Eh… No, todo va estupendamente. Los taurills trabajan muy deprisa y con gran diligencia.

—Estupendo. Voy a enviar una nave para que le recoja. No establecerá ningún contacto conmigo. Limítese a ir a Nar Shaddaa y haga su trabajo. Este molesto asunto diplomático sigue teniéndome atrapado aquí.

—¿Cuándo…? —Lemelisk tragó saliva, la mente convertida en un veloz torbellino de pensamientos caóticos—. Eh… ¿Cuándo volverá al cinturón de asteroides, noble Durga?

—Pronto —respondió el hutt—. Esta visita de la jefe de Estado es tediosa, pero necesaria. Ha traído consigo una flota de naves de guerra que se supone está llevando a cabo ejercicios de combate, pero no soy idiota: pretende exhibir su poderío. Eso está creando considerables dificultades en nuestras conversaciones diplomáticas, pero no creo que la Nueva República sospeche nada.

Durga soltó un gruñido y volvió bruscamente al tema del que habían estado hablando.

—¡Ya estoy harto de toda esta charla cortés! Vaya a la Luna de los Contrabandistas lo más pronto posible. En cuanto mi Espada Oscura esté terminada, ya no tendré ninguna necesidad de ser tan repugnantemente educado con estos asquerosos humanos.

Lemelisk no conocía el tipo de nave al que subió. Era un aparato bastante antiguo que parecía haber sufrido unas modificaciones tan grandes como poco efectivas. A juzgar por las cicatrices de fuego desintegrador que cubrían su casco, había tomado parte en numerosas batallas, y los enormes motores parecían lo suficientemente poderosos para impulsar una nave que tuviera diez veces su tamaño. La nave carecía de marcas identificatorias.

El piloto twi'lek estaba muy callado, y ni siquiera hablaba mucho con su copiloto humano. Una de las colas cefálicas del alienígena estaba cubierta de cicatrices y medio marchita, como si hubiera sido quemada o arrancada parcialmente de un disparo. Dos guardias gamorreanos acompañaron a Lemelisk a bordo de la nave. Apenas abrieron la

boca, y se limitaron a arrojar los suministros dentro de un compartimiento de carga y a gruñir durante el despegue.

El piloto twi'lek emprendió el vuelo desde el sitio en el que estaba atracada la nave expedicionaria, alejándolos de la zona de construcción de la Espada Oscura y sacándolos del cinturón de asteroides antes de que Lemelisk consiguiera ponerse las tiras de su arnés de seguridad. El científico estiró el cuello e intentó contemplar las luces de construcción que se iban empequeñeciendo en las ventanillas traseras.

Lemelisk no quería irse, especialmente en aquel momento. Nunca sabía qué podía llegar a ocurrir si no estaba allí para supervisarlo todo personalmente…

Darth Vader había subido a bordo de la primera Estrella de la Muerte cuando todavía se hallaba en construcción.

—Estoy aquí para supervisar personalmente los trabajos —dijo.

Su impenetrable máscara negra impregnaba de ecos la voz grave y gutural que surgía de ella. Su aliento, obtenido a través de bombas de aire instaladas en su pecho, recordaba el siseo de una serpiente.

Lemelisk contempló con respetuoso temor al guerrero más grande del Emperador, aquel Señor Oscuro del Sith envuelto en su capa negra que ya había manchado sus manos enguantadas con la sangre de miles de millones de seres inteligentes y al que todavía le aguardaba una larga carrera.

El Gran Moff Tarkin había insistido en que una pequeña sección de los habitáculos de la Estrella de la Muerte debía ser completada a toda prisa para que pudiera trasladar su centro de mando a la estación de combate. Tarkin había organizado una aparatosa recepción armada para la llegada de Vader, con una guardia de honor de soldados de las tropas de asalto consistente en oleadas de guerreros preparados para morir siguiendo las órdenes del Emperador.

Lemelisk se había olvidado de afeitarse, y temía que su aspecto pudiera resultar menos que adecuado mientras Vader se alzaba sobre él. El Señor Oscuro le contempló desde detrás de sus impenetrables visores negros y siseó a través del respirador.

—Estoy aquí para… proporcionar una nueva motivación a sus trabajadores —dijo mientras su mirada iba de Tarkin a Lemelisk. Lemelisk se restregó nerviosamente las manos regordetas, esparciendo manchas de aceite sobre las grietas de sus nudillos, y después se las limpió en los muslos.

—¡Excelente, noble Vader! Necesitan un poco de motivación, cierto… Las cuadrillas de wookies son robustas y competentes, pero aprovechan todas las oportunidades que se les presentan para frenar el ritmo de los trabajos.

Tarkin miró a Lemelisk, asombrado, y el ingeniero se preguntó si habría dicho algo que no debía.

—Entonces cabe la posibilidad de que los capataces de las cuadrillas deban ejercer un control más firme —dijo Vader—. O quizá es necesario que les haga una demostración de los límites de la disciplina…

Lemelisk pensó que Vader le parecía aterrador. Sí, una pequeña reprimenda de la mano derecha del Emperador haría que incluso los wookies más recalcitrantes trabajaran más deprisa y con mayores energías.

Pero Vader no estaba pensando en limitarse a pronunciar unas cuantas palabras. El Señor Oscuro del Sith fue deslizando su imponente silueta por delante de las terminales y examinó los registros de los ordenadores y los informes de actividad laboral, y después seleccionó a los capataces imperiales que supervisaban las cuadrillas de construcción que estaban obteniendo peores resultados.

El Gran Moff Tarkin hizo venir a todos los supervisores y los sentó alrededor de una gran mesa en la sala de reuniones más grande de la porción completada de la Estrella de la Muerte.

—No estoy nada complacido con sus progresos —dijo Vader, mirando fijamente a los dos capataces de las cuadrillas menos efectivas.

Mientras los demás les contemplaban, temblando de terror alrededor de la mesa, Vader alzó su guante de cuero negro. Nadie podía percibir expresión alguna a través del casco de plastiacero negro con forma de calavera.

Los dos infortunados capataces dieron un respingo y empezaron a asfixiarse lentamente, manoteando y debatiéndose como si un puño invisible tan duro como el hierro se hubiera cerrado repentinamente alrededor de sus tráqueas. Dieron patadas y se retorcieron, sufriendo espasmos y ahogándose. La saliva goteó de sus bocas… y después se oyó un horrible crujido y la saliva se volvió de un intenso color rojo oscuro. Sus ojos estuvieron a punto de salir disparados de las órbitas como frutas podridas.

Vader bajó el brazo y los dos capataces muertos se derrumbaron sobre la mesa. Vader contempló en silencio durante unos momentos a los sudorosos capataces de las cuadrillas de construcción que seguían sentados alrededor de la mesa.

—Espero que el resto de ustedes lo haga mejor a partir de ahora —dijo.

Vader ordenó a los soldados de las tropas de asalto de Tarkin que se llevaran el par de cadáveres y los arrojaran al espacio en la zona de construcción, donde usaron cables para sujetar los cuerpos congelados por el vacío a unas vigas del cascarón exterior de la Estrella de la Muerte a medio terminar.

Lemelisk quedó sorprendido y horrorizado ante las tácticas de Vader, pero cambió de parecer cuando vio que las cuadrillas de trabajadores redoblaban sus esfuerzos. Tarkin también se sintió muy complacido. Su futuro parecía realmente brillante y prometedor.

* * *

Lemelisk no sabía cómo había podido llegar a meterse en un lío tan grande. El científico mantuvo un hosco silencio mientras viajaba con los otros pilotos de la nave de los

contrabandistas y se iba aproximando a Nar Shaddaa. El tráfico espacial alrededor de la Luna de los Contrabandistas no era muy denso, ya que la presencia de la flota de la Nueva República tan cerca de allí suponía un considerable estorbo para la actividad ilegal de las naves.

Mientras contemplaba Nar Shaddaa, Lemelisk sintió cómo los agudos dientes de la preocupación le iban royendo el estómago por dentro. No quería ir allí. No quería estar cerca de tantas personas, y no quería verse obligado a entrar en aquel nido de alimañas. La tripulación que le acompañaba ya era bastante desagradable… y estaban en el mismo bando que él. Lemelisk no tenía forma de saber con qué clase de escoria se iba a encontrar en las sucias y miserables calles de Nar Shaddaa.

Se aferró a la esperanza de que podría salir de allí lo más pronto posible después de haber hecho su trabajo y, aunque en realidad no esperaba que ocurriera así, de que el general Sulamar habría obtenido componentes de ordenador aceptables para la Espada Oscura.

Lemelisk ya anhelaba poder estar a solas con sus planes y sus sueños. Pero si quería que su gran proyecto llegara a convertirse en una realidad, tendría que hacer algunos sacrificios.

Como siempre, Bevel Lemelisk cumpliría con su deber incluso si eso le costaba la vida… otra vez.

CAPÍTULO 30

La flota de la Nueva República estaba llevando a cabo pruebas de velocidad y maniobrabilidad en el interior y el exterior del sistema. Las naves de Ackbar saltaban velozmente sobre los escuadrones de Wedge mientras forzaban hasta el límite sus habilidades de pilotaje, permaneciendo en todo momento lo suficiente cerca para poder acudir si se daba el caso de que la jefe de Estado tuviera problemas.

Por suerte todo había estado muy tranquilo desde hacía varios días, y no parecía que los hutts fueran a crearles dificultades. Leia había enviado un mensaje para informarles de que creía que su misión terminaría dentro de uno o dos días, por lo que el general Wedge Antilles decidió aprovechar aquella oportunidad de disfrutar de un pequeño descanso y acompañó a Qwi Xux a la Luna de los Contrabandistas.

—Siempre me llevas a unos sitios tan interesantes, Wedge… —le dijo Qwi, contemplando las viejas y precarias edificaciones de Nar Shaddaa con sus ojos color índigo llenos de asombro y absorbiendo ávidamente todos los detalles.

Wedge se rió.

—Bueno, digamos que éste no es precisamente uno de los lugares más… románticos que te he enseñado.

Qwi se encogió de hombros y meneó la cabeza. Su cabellera parecía una masa de fragmentos de cristal maravillosamente entretejidos, y los mechones de un blanco perlino estaban formados por delicadas plumas que brillaban alrededor de su cabeza.

—No, pero sigue siendo fascinante —dijo.

Tenía una curiosa apariencia de elfo y la leve coloración azulada de su piel le daba un encanto muy exótico, pero a pesar de ello su aspecto general y su comportamiento eran totalmente humanos.

Qwi Xux había sido sometida a un concienzudo lavado de cerebro para convertirla en diseñadora de armas del Imperio cuando sólo era una niña. Había trabajado en la Instalación de las Fauces, donde había ayudado a diseñar la Estrella de la Muerte original con Bevel Lemelisk, y había desarrollado el Triturador de Soles sin ayuda de nadie. Pero Qwi apenas se acordaba de todo aquello, pues el joven Kyp Durron, invadido por los poderes del lado oscuro, había borrado una gran parte de su memoria en un desastroso intento de hacer imposible que nadie pudiera volver a crear armas semejantes. A pesar de las muchas pruebas terribles que había soportado, Qwi conservaba un sentido de la maravilla casi infantil que siempre la estaba impulsando a descubrir cosas nuevas. Wedge la encontraba muy atractiva, y la amaba más con cada nuevo día que pasaba junto a ella.

Dejaron su pequeña lanzadera en la Autoridad del Puerto y pagaron una tarifa para garantizar su protección, abonando un precio lo suficientemente exorbitante para que Wedge estuviera razonablemente seguro de que no tendrían ningún problema. No llevaba uniforme y se había puesto un viejo mono de vuelo en cuyos bolsillos había introducido todo un amplio surtido de armamento, comunicadores y balizas localizadoras. Wedge esperaba que no surgiría ninguna dificultad.

Nar Shaddaa era una pesadilla de edificios decrépitos, almacenes vacíos y puertas cerradas sobre las que había escrito «Prohibida la entrada» en numerosos lenguajes. Aerodeslizadores que parecían estar a punto de hacerse pedazos surcaban el cielo, con sus motores que nadie se preocupaba de limpiar o ajustar escupiendo chorros de humo. Centros de procesamiento industrial lanzaban residuos tóxicos al aire y a los conductos de drenaje.

La atmósfera era espesa y aceitosa, y estaba saturada de vapores que convertían la visibilidad en el equivalente a la que se habría obtenido mirando a través de un vaso lleno de agua sucia. El planeta Nal Hutta ocupaba una gran parte del cielo contaminado, una hinchada esfera verde, azul y marrón que medio asomaba por encima del horizonte como un ojo de gruesos párpados.

Wedge y Qwi fueron por la ruidosa acera móvil y contemplaron los letreros luminosos que se encendían y apagaban para anunciar servicios de lo más extraño. Gigantescos hangares para reparaciones mantenían abiertas sus puertas en un colosal bostezo, llenos de partes desmanteladas robadas de naves que no habían pagado la exorbitante tarifa de protección, como sí había hecho Wedge. La Luna de los Contrabandistas parecía un taller de mecánico del tamaño de un mundo, desordenado y manchado de grasa, repleto de componentes descartados que tanto podían acabar siendo de alguna utilidad como, y eso era igual de probable, permanecer olvidados en un rincón hasta el fin del universo.

Los vendedores metían sus carros en callejones bajo toldos impermeables que desviaban las gotitas que caían de los desagües superiores. Un alienígena que parecía una enorme planta ambulante vendía trozos siseantes de carne azulada clavados en un palito, y a su lado había un carnívoro con grandes colmillos que vendía verduras cortadas en finas rebanadas. Los dos se fulminaban mutuamente con feroces miradas cargadas de animosidad.

Pasaron por delante de salas de juego y cubículos de lectura de las cartas donde los futuros eran predichos, ganados o perdidos. Qwi parpadeó mientras contemplaba un juego aleatorio de luces que se encendían y apagaban y las esferas metálicas lanzadas por los jugadores. Si los jugadores conseguían darle a una de las luces mientras estaba encendida ganaban alguna clase de premio, que normalmente consistía en un cupón para poder participar en otra ronda.

Wedge encontró totalmente incomprensibles los matices del juego, pero Qwi los fue absorbiendo poco a poco y acabó moviendo la cabeza en una lenta sacudida.

—Las probabilidades hacen que resulte extraordinariamente difícil ganar en este juego —dijo.

Wedge sonrió.

—Ahora estás empezando a entenderlo.

Un par de viejas naves espaciales pasaron por encima de sus cabezas con un rugido ensordecedor, y los sonidos de las explosiones hicieron que Wedge levantase la mirada. Las dos naves estaban intercambiando disparos, y de repente la nave perseguidora estalló

en una nube de metralla que se precipitó sobre los edificios. Wedge vio cómo los clientes sentados en un balcón al otro lado de la explanada que se disponían a cruzar salían corriendo para no morir en cuanto los trozos de metal repiquetearon sobre el edificio. La nave victoriosa se alejó lentamente: sus ruidosos motores habían sido alcanzados por varios disparos y estaban empezando a fallar. Los motores dejaron de funcionar con una especie de trueno ahogado, y la nave fue descendiendo en una veloz espiral hasta que acabó estrellándose en la lejanía.

Qwi se detuvo en una zona de estacionamiento para vehículos de mantenimiento e inspeccionó la mesa que un vendedor callejero había llenado de baratijas y objetos exóticos, entre los que había botas hechas con cuero de rancor y garras relucientes que el vendedor afirmaba habían pertenecido a unos wampas, aquellas temibles criaturas de los hielos.

—¿Cómo sabemos que realmente son lo que usted dice que son? —le preguntó Qwi al vendedor, una criatura reptiliana de larga frente curvada y tres ojos esparcidos a lo largo de su prominente entrecejo.

—Tiene mi palabra —replicó el vendedor.

—No, gracias —dijo Wedge.

Tomó a Qwi del codo y la llevó hacia una pequeña cafetería de autoservicio instalada bajo los toldos aleteantes de un bazar al aire libre. Wedge pidió las escasas especialidades reconocibles que figuraban en el menú, y volvió con una bandeja llena de bebidas multicolores que hervían y espumaban y pastelillos de delicadas superficies relucientes.

—Este sitio es muy distinto de Coruscant —dijo Qwi, resumiendo sus opiniones sobre la Luna de los Contrabandistas—. Todo está mucho más viejo y gastado, y parece tener muchos años de antigüedad.

Wedge enarcó las cejas.

—Puedes volver a decirlo.

Qwi parpadeó y le miró fijamente.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Oh, olvídalo —dijo Wedge, sonriendo con indulgencia.

Escogieron una mesa alejada de aquella en la que dos enormes criaturas de piel grisácea y aspecto bestial se lanzaban gritos la una a la otra en lo que parecía ser una vieja querella de sangre o una simple discusión. Pero cuanto más rato dedicó Wedge a contemplarlos, más se fue convenciendo de que no pasaba nada y de que aquél era su método habitual de conversar.

El parasol que había encima de sus cabezas tenía un par de desgarrones que dejaban pasar una pequeña parte de los residuos líquidos que llovían del cielo, por lo que Wedge y Qwi se trasladaron al otro lado de la mesa, que estaba relativamente limpio. Contemplaron las calles atestadas y vieron un largo muro formado por almacenes totalmente idénticos, algunos vigilados y otros meramente cerrados.

Qwi tomó un sorbo de su bebida y se irguió, sobresaltada, cuando el líquido empezó a espumear dentro de su boca. Lo tragó, hizo varias inspiraciones rápidas y se estremeció.

—¡Es muy buena, pero tendré que ir con cuidado y no beber mucho! —jadeó.

—Ve tomándola a sorbitos y la disfrutarás más —dijo Wedge.

—Me has enseñado tantos sitios, Wedge —dijo Qwi con voz un poco ausente mientras clavaba la mirada en un pastelillo—. La Instalación de las Fauces sigue siendo una mancha borrosa, aunque puedo recordar cómo era… por lo menos desde que me llevaste allí. Era mucho más pequeña que este sitio, y no había tantas personas. Silencio, intimidad, limpieza… Todo estaba en su sitio, y todo estaba ordenado y resultaba muy fácil de encontrar.

—Pero no había mucha libertad —observó Wedge.

—Sí, creo que en eso tienes razón —respondió Qwi—. Por aquel entonces no lo sabía, naturalmente. La verdad es que apenas sabía nada… El número de recuerdos dignos de ser conservados que tú me has dado ya supera con mucho al de los que perdí —siguió diciendo—. Hay momentos en los que pienso que Kyp Durron sólo eliminó las partes malas de mi cerebro, dejando espacio para que tú me mostraras más prodigios.

—¿Quieres decir que crees que nunca recuperarás tu pasado? —preguntó Wedge.

—Las piezas que faltan se han esfumado para siempre —dijo Qwi—, pero las que siguen ahí son imágenes muy vívidas, fragmentos llenos de luz y de colores que puedo relacionar entre sí dentro de mi mente. Puedo unirlos de tal manera que parece como si recordara el pasado, a pesar de que una gran parte de ello es sólo mi imaginación.

Qwi clavó la mirada en los almacenes que se alzaban al otro lado de la plaza, su atención repentinamente atraída por algo que acababa de ver.

Wedge se dedicó a observarla. Le gustaba contemplar su rostro y ver sus reacciones ante cosas nuevas, y eso hacía que él también viera los sitios familiares con nuevos ojos. Wedge lo encontraba muy refrescante.

Qwi se envaró de repente, y sus labios dejaron escapar un silbido absurdamente estridente mientras hacía una rápida y entrecortada inspiración de aire. Después se levantó, moviéndose demasiado deprisa y derribando su refresco. El líquido espumeante se esparció sobre la mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wedge, alargando la mano hacia su delgada muñeca.

Qwi señaló los almacenes.

—Acabo de verle… ¡Ahí! Le he reconocido.

—¿A quién? —preguntó Wedge, no viendo nada que se saliera de lo corriente.

Qwi tenía una vista bastante más aguda que la suya —Wedge lo sabía por experiencia propia—, pero no vio nada de particular en ninguna de las figuras que iban hacia los almacenes: eran un surtido de humanoides de aspecto hosco, con unos cuantos alienígenas curtidos por el espacio y un tipo bastante barrigudo, todos los cuales desaparecieron dentro del viejo y sucio edificio.

—Le conozco —insistió Qwi—. Trabajé con él… Bevel Lemelisk. Diseñamos la Estrella de la Muerte juntos. Está aquí. ¿Por qué está aquí? ¿Cómo podía estar aquí?

Wedge la abrazó, y descubrió que todo el cuerpo de Qwi estaba temblando.

—Vamos, Qwi… No podía ser él. —Bajó la voz—. No puedes ver nada con la suficiente claridad desde aquí. Estábamos hablando de tus viejos recuerdos, nada más… Eso debió de provocar alguna reacción dentro de tu mente. No te dejes llevar por la imaginación.

—Pero estoy segura de que era él —dijo Qwi.

—Quizá era Lemelisk —respondió Wedge, no muy convencido—. Pero en ese caso, ¿qué importa? La Instalación de las Fauces ya no es una amenaza. El Imperio ha desaparecido. Quizá esté trabajando con algunos contrabandistas.

Qwi se sentó, todavía visiblemente afectada.

—No quiero seguir aquí ni un momento más —dijo.

Wedge le ofreció su refresco.

—Podemos compartir mi copa. Anda, bebe —dijo—. Volveremos a nuestra nave… a menos que quieras ir en busca de una de esas casas de baños de los hutts de las que tanto hemos oído hablar, claro —añadió con una sonrisa maliciosa.

—No, gracias —dijo Qwi.

Bevel Lemelisk y sus acompañantes fueron por las calles más alejadas del centro de Nar Shaddaa hasta que llegaron al sector de los almacenes. Lemelisk se paraba continuamente para restregarse los pies en las zonas más limpias del pavimento, intentando eliminar los residuos pegajosos y las sustancias viscosas que pisaba cada vez que desviaba los ojos del camino.

El capitán twi'lek desenfundó su desintegrador y fue hacia un viejo almacén que tenía aspecto de estar bastante descuidado. La enorme puerta corroída se hallaba cerrada, y unas letras gigantescas pintadas sobre su superficie llena de remaches proclamaban que LOS INTRUSOS SERÁN DESINTEGRADOS y que el acceso al interior estaba RESTRINGIDO… pero un instante después Lemelisk cayó en la cuenta de que en Nar Shaddaa no había ningún sitio al que se pudiera acceder libremente, por lo que en realidad las advertencias apenas tenían importancia.

Mientras esperaban a que el twi'lek abriera la gruesa puerta, Lemelisk miró a su alrededor y contempló la oscura y lúgubre ciudad. Tuvo la inquietante sensación de que alguien le estaba observando, y notó que se le erizaba el vello. Giró sobre sus talones y miró en todas direcciones, pero no vio nada que se saliera de lo corriente. Cuando el twi'lek abrió la puerta que reveló el interior frío y saturado de olor a moho del almacén, Lemelisk se agachó para ser el primero en entrar.

El twi'lek conectó una hilera de paneles luminosos. Uno de ellos parpadeó y se apagó, pero los cuatro restantes proyectaron su sucia luz sobre el almacén repleto de cajas. Un gran montón de recipientes de carga se alzaba delante de la pared del fondo. Las superficies de los contenedores estaban recubiertas de inscripciones trazadas en un

lenguaje indescifrable, y muchos recipientes se habían roto y dejaban rezumar una sustancia de aspecto inquietantemente tóxico.

El copiloto humano llamó a Lemelisk con un gesto de la mano y soltó un gruñido, y después llevó al científico hasta un par de cajas en el centro de la sala. Las pisadas visibles en el suelo cubierto de polvo indicaron a Lemelisk que las cajas habían sido colocadas allí recientemente. Las inscripciones de sus lados las identificaban como «Sistemas de inspección de filtrado - Muestras de control de calidad».

Los guardias gamorreanos abrieron las cajas, apartando a un lado el material de embalaje autodigerible y revelando un par de núcleos de ordenador de gran tamaño, dos viejos sistemas cibernéticos bastante lentos que ya habían quedado anticuados hacía mucho tiempo.

Lemelisk reprimió el impulso de echarse a reír. ¿Aquello era lo mejor que podía obtener Sulamar con sus grandes conexiones imperiales? Fue hacia las cajas y quitó el polvo que cubría las placas de identificación, intentando ver sus números. Aquellos sistemas ya habían sido viejos cuando la Instalación de las Fauces fue construida, pero si no tenía otra elección para la Espada Oscura… Lemelisk empezó a pensar en las posibilidades. Era un desafío, y le gustaban los desafíos.

Los núcleos de ordenador necesitarían grandes modificaciones y una considerable labor de puesta al día, pero Lemelisk sabía que si se lo proponía podía dejarlos en condiciones de ser utilizados. La Estrella de la Muerte sólo tenía una milésima parte de los sistemas que había requerido la Estrella de la Muerte original, ya que carecía de defensas de superficie o habitáculos para alojar a un millón de tripulantes. La Espada Oscura sólo necesitaba desplazarse a sí misma y disparar su arma, y eso era todo. Los núcleos de ordenador eran tan prehistóricos que cabía la posibilidad de que incluso esas dos tareas relativamente sencillas resultaran excesivas para sus limitadas, capacidades.

Los desechos del espacio que le habían acompañado hasta allí se pusieron firmes de repente mientras Lemelisk estudiaba el equipo. Los guardias gamorreanos gruñeron y giraron sobre sus talones.

—¿Servirán, ingeniero Lemelisk? —preguntó Durga el Hutt, emergiendo de las sombras encima de su plataforma repulsora.

Lemelisk, sobresaltado, apartó las láminas de material de embalaje que le habían caído encima e intentó componer su respuesta.

—¡Esto es una auténtica sorpresa, noble Durga! No sabía que estaría aquí personalmente.

—¿Servirán? —volvió a preguntar Durga.

—Se puede conseguir que sirvan —respondió cautelosamente Lemelisk—. No sé qué le dijo Sulamar, pero son chatarra de la peor calidad. Aun así, creo que pueden ser mejorados y puestos en condiciones. Daré máxima prioridad a esa tarea.

—Excelente —dijo Durga—. He presentado mis excusas a la jefe de Estado de la Nueva República y he puesto fin a nuestra reunión diplomática. Tengo muchas ganas de volver y ver qué progresos ha ido haciendo en mi superarma.

—Creo que quedará complacido, noble Durga —dijo Lemelisk.

—Más vale que así sea —respondió Durga—. Volveremos al cinturón de asteroides en mi nave —siguió diciendo—. Quiero estar donde pueda ver mi Espada Oscura.

Lemelisk asintió, totalmente de acuerdo con el hutt.

—Salir de Nar Shaddaa será un gran placer para mí —dijo, inclinándose hacia adelante para dirigir un susurro de conspirador a la hinchada masa del hutt—. ¡Aquí hay demasiados tipos desagradables!

CAPÍTULO 31

Pilotando el *Halcón Milenario* con sólo Erredós a bordo para ayudarle, Chewbacca hizo que el carguero ligero modificado saliera del hiperespacio todo lo cerca del sistema de Nal Hutta que se atrevía a aproximarse. Con la hilera de motores sublumínicos despidiendo llamaradas blancas detrás de ellos, Chewbacca avanzó hacia la Luna de los Contrabandistas.

Pilotar la nave en solitario no suponía ningún problema para el wookie. Chewbacca había acumulado un número de horas de vuelo a bordo del *Halcón* lo suficientemente elevado como para que la inmensa mayoría de los pilotos humanos envidiaran su experiencia, pero aun así la ausencia de Han hacía que se sintiera un poco solo. Muchos años antes Chewbacca había contraído una deuda de vida para con el humano mediante el juramento más sagrado de su pueblo, y aunque no cabía duda de que a esas alturas ya había cumplido sobradamente con su obligación, el wookie seguía considerando que era responsable de la vida de Han.

Había visitado Nar Shaddaa con Han en más de una ocasión, y habían estado a punto de morir. En aquellos momentos Han también estaba en el sistema de los hutts, tomando parte en uno de los inexplicables rituales diplomáticos que llevaba a cabo Leia, por lo que Chewbacca había aceptado su misión de buena gana. El wookie estaba decidido a husmear por todas partes y averiguar cuanto pudiera sobre las actividades secretas de Durga.

Erredós empezó a seguir las trayectorias del tráfico que entraba en el sistema, y Chewbacca se unió al flujo de naves sin señales de identificación que se aproximaba a Nar Shaddaa. La flota de la Nueva República aparecía conspicuamente en los sensores: grandes navíos de combate enfrascados en falsos ataques que disparaban sus baterías turboláser activadas a mínima potencia contra falsos objetivos. Chewbacca contempló los puntitos de la pantalla. Han se encontraba a bordo de una de esas naves de guerra, o en la superficie de ese enorme planeta repleto de señales oscuras curiosamente parecidas a morados que se extendía debajo de ellos.

Chewbacca no podía correr el riesgo de ponerse en contacto con Han para informarle de que habían llegado. El wookie y Erredós tenían que permanecer totalmente invisibles, y debían perderse en Nar Shaddaa como cualquier otro visitante anónimo. Tenían que averiguar cuál era la auténtica historia del arma secreta hutt, y descubrir qué se ocultaba detrás de las mentiras diplomáticas que probablemente Durga le soltaría a Leia.

Chewbacca posó el *Halcón* en una de las pistas de descenso de tarifas astronómicamente elevadas esparcidas entre los sucios sectores sobrecargados de tráfico. Mientras Erredós bajaba por la rampa de acceso, Chewbacca cogió unas cuantas balizas de señalización, luces de advertencia cuyo encendido indicaría que el *Halcón* estaba rodeado por un campo letal de protección. Las balizas eran falsas, por supuesto, pero parecían reales y eliminaban la necesidad de pagar las exorbitantes sobrecargas de

protección que cobraban muchos de los barones de las zonas de atraque, y que los visitantes que no habían venido preparados se veían obligados a abonar.

Chewbacca aspiró un poco de aire por su húmedo hocico y detectó los acres olores del refrigerante de motores, los vapores de los sistemas propulsores, los motores en mal estado que necesitaban urgentemente una reparación y los cuerpos de un millar de especies distintas mezclados con las exóticas especias que consumían para alimentarse.

El wookie y Erredós se alejaron rápidamente del *Halcón* y se sumergieron en la metrópolis recubierta de grasa que vibraba con el zumbido de las máquinas. Tenían créditos que gastar e información que comprar… y Nar Shaddaa era el sitio ideal para ello.

* * *

Erredós se conectó al «puesto de información turística» más cercano, que ofrecía un directorio apenas disfrazado de vendedores y servicios disponibles en el mercado negro. Los contrabandistas ni siquiera intentaban ocultar sus verdaderas actividades, aunque algunas de las crípticas descripciones parecían francamente ominosas.

El pequeño androide astromecánico fue repasando el listado electrónico en busca de cualquier criatura que estuviese dispuesta a proporcionar información detallada sobre los hutts. Pero Nar Shaddaa era un mundo controlado por los hutts, y en consecuencia el número de informadores dispuestos a ofrecer una ayuda tan peligrosa era extremadamente reducido: sólo uno de los centros de información listaba específicamente a Durga entre sus recursos.

Chewbacca intentó descifrar un mapa de los niveles superiores de la ciudad. Después el wookie y Erredós necesitaron casi una hora para encontrar el centro relacionado con Durga, y al final se llevaron la decepción de descubrir que el pequeño despacho sólo era una fachada de relaciones públicas para Minas Celestes Orko.

Soportaron un holograma de presentación propagandística sobre los prodigios que Minas Celestes Orko traería a la galaxia. Cuando Chewbacca empezó a hacer preguntas sobre Durga al representante, un burócrata con aspecto de sapo, éste agitó sus manos de largos dedos y curvó sus gruesos labios en una sonrisa.

—Mi querido amigo wookie, debe entender que toda esa información sobre las actividades del noble Durga es estrictamente confidencial, ya que debemos proteger la identidad de los grandes inversores de Minas Celestes Orko. —El representante abrió y cerró sus enormes ojos y volvió a obsequiar a Chewbacca con una sonrisa de sus gruesos labios—. Sin embargo, y en el caso de que desee donar un millón de créditos, podría convertirse en uno de esos inversores y obtener acceso a todos nuestros ficheros.

La reseca piel coriácea de su frente se arrugó en un fruncimiento de falsa esperanza que no resultaba nada convincente.

El wookie y el pequeño androide se marcharon, muy indignados.

Chewbacca decidió que debían olvidarse del directorio de servicios del mercado negro y empezó a hacer preguntas a las criaturas que tenían aspecto de poder dedicarse a la venta de información con las que se encontraban por las calles. Gastó un centenar de créditos y fue saltando de una migaja de información a otra… hasta que llegaron a un angosto y oscuro callejón en el que por fin encontraron a un viejo y decrépito traficante de información cuyo rostro era una masa de llagas supurantes y escamillas de piel medio desprendida. El traficante de información llevaba consigo su propia terminal portátil y un soldador láser que utilizaba para obtener acceso a las fuentes de energía y conectar sus cables de entrada a los sistemas de ordenador, a través de los cuales se deslizaría luego para buscar información sin ser detectado durante unas horas o un día. Después se iría en busca de otro sitio donde trabajar.

El traficante de información aceptó sus créditos, y no pareció importarle en lo más mínimo cuál pudiera ser la razón por la que querían obtener información sobre los hutts. Se limitó a verificar que los créditos no eran falsos y empezó a introducirse en los sistemas de ordenadores de Nal Shaddaa.

—No figura en los bancos de datos —acabó diciendo—. No hay ni una sola referencia a Durga.

Chewbacca gruñó una pregunta.

—No he pretendido decir que no existan, claro —dijo el traficante de información, hablando a través de un par de labios hinchados mientras contemplaba su teclado con el ceño fruncido—. No, lo que pasa es que no consigo encontrar esos ficheros… Deben de estar codificados, o protegidos mediante una contraseña. La única forma de que pudiera acceder a ellos sería saber con toda exactitud dónde se encuentran.

Erredós dejó escapar un silbido de decepción.

—Eh, un momento… Intentemos enfocar el problema desde otro punto de vista —dijo el traficante de información, deslizando un dedo a lo largo de su labio inferior y haciendo que todavía más piel se desprendiese de él—. Estaba buscando ficheros sobre Durga, pero podríamos hacer una búsqueda más amplia y seguir la pista de cualquier tipo que esté vendiendo cosas a Durga.

Sus dedos volaron sobre el teclado, moviéndose con increíble rapidez a pesar de las llagas y la armadura de callosidades que los recubrían. Una borrosa masa de números desfiló por la pantalla, y el traficante de información empezó a reír. Después extendió las manos, solicitando más créditos. Chewbacca gruñó, pero pagó sin más protestas con la esperanza de que la información lo mereciese.

—He encontrado un buen cliente que parece trabajar para Durga —dijo el traficante de información, y después bajó la voz—. Es un cliente imperial —añadió, y las palabras salieron de sus labios bajo la forma de un susurro.

Antes de que Chewbacca pudiera gruñir una nueva pregunta, otra criatura corpulenta y achaparrada entró en el callejón: su cuerpo consistía en un gran torso cilíndrico rodeado por tentáculos ondulantes y con un grupo de zarcillos oculares brotando de la parte superior. Una gorgoteante voz alienígena surgió del orificio bucal de la criatura.

—Estoy ocupado —dijo el traficante de información—. ¿Es que no ves que tengo un cliente? Vuelve más tarde y te proporcionaré todos los datos que quieras.

Pero la criatura tentaculada insistió en que quería ser atendida inmediatamente y se lanzó hacia adelante, agitando amenazadoramente sus tentáculos como si quisiera convencer al traficante de información a base de golpes.

Chewbacca rugió e irguió toda su imponente estatura de wookie, erizando su pelaje marrón. Se enfrentó a la criatura alienígena, y después de una breve lucha consiguió unir cinco de sus tentáculos en una compleja serie de nudos. El wookie gruñó y envió a la gimoteante e impaciente criatura a la calle de un feroz empujón, donde ésta se alejó tambaleándose mientras emitía borboteos ahogados pidiendo que alguien la ayudara a soltarse los tentáculos.

Cetrespeó se acuclilló junto al traficante de información y le indicó que siguiera hablando con un gesto de su peluda manaza.

—Sí, un cliente imperial, alguien que vende cosas a Durga —dijo el traficante—. Es un gasto bastante elevado: núcleos de ordenador, y de gran potencia. No consigo imaginarme para qué puede necesitarlos un hutt, y especialmente tratándose de unos modelos tan antiguos.

Chewbacca, que se sentía más animado después de la pequeña refriega, le escuchó con gran atención.

—El cliente es un humano, un tal general Sulamar que parece estar haciendo negocios con los hutts. Tiene alguna clase de relación con desertores imperiales, gente que dejó de servir al Emperador y empezó a trabajar para sí misma… Según estos ficheros —siguió diciendo el traficante, golpeando suavemente la pantalla con la punta de un dedo—, el general imperial Sulamar es el gran jefe que está al frente de todo lo que los hutts hacen por aquí.

»De ser así, han conseguido impedir que me enterara de ello —añadió el traficante, y enarcó las cejas. Más escamas de piel muerta se desprendieron y cayeron al suelo—. Se supone que Durga sólo es un socio de poca importancia en la operación —dijo con una risita.

Erredós silbó una pregunta, y Chewbacca la reforzó.

—¿Quién es el tal Sulamar? —preguntó el traficante—. ¿Es eso lo que queréis saber? No esconde sus credenciales, desde luego. De hecho, las escribe en letras mayúsculas y afirma ser un genio militar del Imperio. Asume toda la responsabilidad por la Masacre de Mendicat, y se hace llamar el Azote de Celdaru.

Chewbacca soltó un gemido ahogado. Entregó unos cuantos créditos más al traficante de información y después se puso en pie e indicó al androide que le siguiera. El wookie empezó a alejarse sobre sus largas y peludas piernas mientras Erredós se apresuraba a ir detrás de él. El pequeño androide emitió un silbido lleno de preocupación, y expresó su alarma con una serie de chillidos electrónicos. Tenían que volver al *Halcón* para poder transmitir la información obtenida a Coruscant. Habían averiguado más de lo que nunca habían esperado llegar a descubrir.

Chewbacca sintió que una rabia bestial empezaba a hervir en su interior mientras pensaba en todas aquellas posibilidades tan altamente ominosas. Si el Imperio y los hutts realmente se habían aliado, constituirían un enemigo formidable.

Aquella amenaza era mucho más grave de lo que habían temido hasta el momento.

CAPÍTULO 32

Crix Madine, Supremo Comandante Aliado de las Fuerzas Especiales, estudiaba la pantalla del puente de mando auxiliar del *Viajero Galáctico* que mostraba la brillante línea verde del rastreador que había colocado en la nave particular de Durga. Madine se rascó su barba castaña y observó a Trandia, su mejor comando, mientras la joven comprobaba las lecturas.

—Sigue sin haberse movido, señor —dijo Trandia.

Tenía una larga cabellera rubio rojiza recogida en una complicada trenza que bajaba en ordenado descenso a lo largo de su espalda. Era un peinado bonito, pero al mismo tiempo cómodo y discreto: Madine sospechaba que cuando estaba fuera de servicio Trandia llevaba el cabello suelto. Su rostro, libre de todo maquillaje, estaba un poco ruborizado por la concentración mientras sus ojos azules permanecían clavados en el ordenador.

—Partió de Nal Hutta hace varias horas, señor, y descendió a la Luna de los Contrabandistas. Desde entonces no ha habido ninguna novedad. Podríamos ponernos en contacto con el Yavaris —sugirió Trandia—. El general Antilles se ha tomado un par de días de descanso para visitar la luna, y quizá podría echar un vistazo.

Madine meneó la cabeza.

—Demasiado peligroso. Hemos colocado el rastreador, y Durga no sospecha nada. Limitémonos a ver adónde va. La jefe de Estado ha dicho que Durga concluyó su reunión con ella de una manera bastante brusca, por lo que debe de estar volviendo a su escondite. Lo encontraremos. Tenga paciencia.

Madine atravesó la cámara de mando auxiliar. No había ventanales por los que mirar, sólo pantallas de diagnóstico. El puente secundario había sido diseñado para funcionar como puente alternativo si los compartimentos delanteros principales del crucero calamariano llegaban a quedar fuera de servicio por la causa que fuese.

Madine empezó a pasear nerviosamente de un lado a otro, deseando tener algo que hacer. El general era un hombre obsesionado que durante los últimos nueve años había entregado todas sus energías y toda su imaginación a la causa de la Nueva República, a la que había servido desde su deserción de las fuerzas militares imperiales. Trabajar con la Alianza Rebelde le gustaba porque le ofrecía una causa en la que podía creer… y cuanto más se consagraba Madine a servir a la Nueva República, más fácil le resultaba olvidar durante un rato la tenaz sombra de aquella culpabilidad que aún no se había disipado.

Madine había jurado defender el Nuevo Orden de Palpatine y servir al Emperador, y su juramento no había podido ser más firme y sincero. Crix Madine no era de los que daban su palabra a la ligera, y antes de su deserción nunca había faltado a ella. Esperaba no tener que volver a tomar nunca una decisión tan terriblemente desgarradora para su conciencia.

Hubo un tiempo en el que su futuro parecía brillar con el resplandor dorado del Imperio. Madine había ido ascendiendo muy deprisa, y los continuos progresos de su

rango indicaban que el porvenir le reservaba cosas muy importantes. Se le habían encomendado responsabilidades muy pesadas, y había recibido un número realmente notable de medallas, citaciones honoríficas y felicitaciones. El mismo Emperador había hecho más de un comentario elogioso sobre su brillantez y su impecable hoja de servicios.

Había estado profundamente enamorado de la hija de un embajador muy importante, y se iban a casar. Karreio, su prometida, era una devota del Nuevo Orden de cuya boca no paraba de brotar propaganda sobre los defectos y debilidades de la Antigua República, pero que estaba ciega a los excesos del Imperio. Durante su carrera militar, Madine había visto y hecho muchas cosas que Karreio habría encontrado repugnantes… como por ejemplo utilizar a sus comandos de elite para plantar las semillas de la Plaga Candoriana en Dentaal, un mundo que se negaba a cooperar con el Imperio.

Aquella última y horrenda misión había estado a punto de hacer añicos los cimientos de la personalidad y el concepto de la moral de Madine, y el general había acabado prefiriendo sacrificarlo todo antes que renunciar a sus creencias. Aquella represalia tan salvaje y despiadada era injustificable. Madine había vuelto la espalda al futuro brillante y garantizado que le aguardaba. Había actuado como si su rango no existiera, y no le había hablado de sus planes a Karreio porque eso la habría convertido en una cómplice de su traición, con lo que se habría visto obligada a delatarle o a sufrir el destino de una traidora.

Durante unos ejercicios en las tierras más salvajes de Dentaal, Madine se había puesto al frente de sus comandos de asalto y se había limitado a… desvanecerse dentro de una serie de cavernas. Después de una semana de dura supervivencia en la jungla, Madine había vuelto a la base temporal imperial, había subido a una lanzadera y se había marchado en ella, llevándose consigo varios archivos robados llenos de códigos imperiales, datos clasificados y planes secretos.

Había huido por el cielo estrellado del Centro del Borde sin tener ni idea de adónde iba. Madine se había aferrado a la esperanza de que conseguiría encontrar a un representante de la Alianza Rebelde antes de que los cazadores de cabezas imperiales dieran con él, y se había limitado a dejarse guiar por ella.

Durante todo el tiempo transcurrido desde entonces, nunca se había atrevido a enviar un mensaje a Karreio y nunca había intentado volver a verla. Esperaba que hubiera sobrevivido sin él… y esperaba que creyese las historias que le habían marcado con el estigma de la traición al Imperio y que hubiera encontrado otro hombre al que amar.

Cuando los rebeldes consiguieron reconquistar Coruscant después de una larga y encarnizada batalla, Madine había examinado los archivos personales y había rebuscado en los registros en un desesperado intento de encontrar a Karreio y asegurarse de que estaba viva y a salvo. En vez de eso, había descubierto que murió durante el ataque: Karreio había pasado a ser un nombre más en una larga lista a la que iban unidos números de identificación y descripciones de las circunstancias de la muerte. El número de civiles que perecieron durante la batalla de Coruscant había sido tan elevado que al

lado del nombre de Karreio sólo había una solitaria F, una letra que parecía arder en su lacónica abreviatura de la palabra «fallecida».

Crix Madine tenía muchas cosas de las que sentirse culpable. Una de sus primeras misiones después de haberse pasado a la Alianza Rebelde consistió en planear la incursión de comandos llevada a cabo en Endor que acabó con el generador del escudo defensivo y permitió que la flota rebelde destruyera la segunda Estrella de la Muerte. Las acciones de Madine habían tenido como resultado final la muerte del Emperador Palpatine, el hombre que en una ocasión le había entregado una citación honorífica para recompensar sus servicios ejemplares y su encomiable lealtad.

El momento de los remordimientos y las vacilaciones ya había pasado para Madine. La decisión había sido tomada. No tenía ninguna duda, fueran cuales fuesen las consecuencias. La Nueva República seguía estando acosada por un gran número de amenazas, y Madine no podría descansar hasta que el gobierno que había elegido no corriese peligro.

Y temía que eso significara que nunca podría descansar.

El movimiento del puntito verde en el diagrama de Nar Shaddaa hizo que volviera a la realidad. Trandia se había erguido delante de la pantalla.

—El objetivo se marcha, señor —dijo—. Estamos siguiendo su trayectoria.

—Así que va hacia allí —dijo Madine, y entrelazó los dedos con nerviosa expectación. Después hizo una profunda inspiración de aire antes de entrar en acción—. Bien, estamos listos para la persecución. Trandia, quiero que estés en mi equipo… y también quiero a Korenn —añadió, pensando en el entusiasmo y el indudable talento de aquel muchacho de cabellos rubio pajizos, que parecía mucho más joven de lo que sugerían su experiencia y capacidades—. Vamos a prepararnos. Ackbar nos ha proporcionado tres alas-A del modelo que se emplea para las misiones de exploración. Iremos detrás de Durga y averiguaremos qué anda tramando.

»Pero —dijo, y extendió un dedo— también emplearemos transmisores de emergencia porque tal vez andemos escasos de tiempo. Sea cual sea el sitio en el que está escondida esa arma secreta, debemos aprovechar la oportunidad de sabotearla en el caso de que llegue a presentarse. No podemos permitir que los hutts acaben de construir su Estrella de la Muerte particular.

Madine estaba inmóvil en el hangar de lanzamiento y admiraba los esbeltos y eficientes contornos de los tres alas-A. Trandia fue hacia él, moviéndose con esa gracia flexible y ágil que le había convencido de que sería una buena agente de operaciones clandestinas. La joven se había puesto un mono de vuelo, y su trenza estaba oculta debajo del cuello de la prenda. Trandia sostenía un casco en el hueco del brazo.

—Listos para partir en cuanto dé la orden, señor —dijo.

—¿Sabemos ya cuál es nuestro destino? —preguntó Madine.

Los labios de Trandia se curvaron en una débil sonrisa.

—El cinturón de asteroides de Hoth, señor —dijo— Ahí es donde Durga ha ido a esconderse.

Madine enarcó las cejas.

—Interesante… Esos asteroides nos obligarán a hacer unas cuantas maniobras bastante complicadas. —Volvió la vista hacia Korenn y Trandia—. ¿Son buenos pilotos?

—Excelentes, señor —respondieron al unísono.

—Bien —dijo Madine—. Entonces, vamos allá.

CAPÍTULO 33

Las criaturas de los hielos atacaron en una masa de pelaje blanco, garras extendidas y chorros de sangre que volaban por los aires.

—¡Vigila tu espalda, Calista! —gritó Luke, asestando un mandoble mientras un monstruo cubierto de pelos blancos se lanzaba sobre ella.

La espada de luz de Luke abrió un siseante surco ennegrecido a través de la caja torácica del wampa y la criatura cayó al suelo, dejando escapar bilis caliente en un largo gorgoteo.

Calista atacó, decapitando a otra criatura en el mismo instante en que saltaba sobre Luke con la boca llena de colmillos abierta y preparada para desgarrar su carne.

—Vigilaré mi espalda si tú vigilas la tuya —replicó, alzando una ceja en un enarcamiento de desafío.

Burrk, el ex soldado de las tropas de asalto, siguió disparando hasta que hubo descargado su segunda pistola desintegradora. Su rostro estaba oscurecido por una sombría desesperación, pero también contenía una terca e insensata decisión. Luke comprendió que Burrk continuaría luchando hasta que los wampas acabaran con él.

—¡Eh, Jedi! —gritó Burrk—. Tenemos que volver a la base. ¿Podéis abrirnos un camino con vuestras espadas de luz?

Luke y Calista asintieron con una rápida inclinación de cabeza. Las gruesas puertas blindadas que se alzaban debajo del saliente de hielo eran su único refugio. Luke se sintió invadido por una repentina oleada de alivio cuando recordó que las habían dejado entreabiertas para poder entrar lo más deprisa posible.

Uno de los cathars, Nodon, disparó las últimas briznas de energía de la carga de su rifle desintegrador en el mismo instante en que un wampa enorme se alzaba delante de él, con sus musculosos brazos colgando hasta las rodillas y las garras curvadas extendiéndose una docena de centímetros más allá. Nodon chilló y dejó escapar un extraño y primigenio sonido felino, y después dirigió el rifle desintegrador hacia el monstruo de las nieves como si fuese una lanza roma para golpear debajo del esternón al monstruo que intentaba atacarle. La criatura soltó un rugido de dolor, y uno de sus terribles brazos salió disparado hacia adelante para derribar a Nodon. El cathar se desplomó encima de la nieve, con el hombro desgarrado en una secuencia de tajos paralelos de los que brotaron surtidores rojos.

El hermano del cathar emitió un siseo de furia y se apresuró a ir en su ayuda. Nonak saltó sobre la espalda del wampa que atacaba a su hermano y empezó a usar sus propias zarpas mientras desgarraba el cuello del wampa con sus afilados colmillos. El monstruo se olvidó del cathar herido y aulló, manoteando frenéticamente para arrancar al temible

felino alienígena de su espalda. Nodon, herido, se fue alejando lentamente a cuatro patas, intentando levantarse mientras su sangre iba manchando la nieve.

El coloso de un solo brazo rugió una orden incomprensible desde el promontorio rocoso encima del que estaba dirigiendo la batalla. Otros wampas se volvieron hacia Nonak, que seguía luchando con el wampa que había herido a su hermano. Los wampas se fueron aproximando, un grupo de bestias temibles que habían elegido el mismo objetivo.

E hicieron pedazos a Nonak.

—¡Seguidme! —gritó Drom Guldi, sin que en su voz hubiera ni la más pequeña sombra de terror y ni siquiera de tensión.

Sinidic, su ayudante, se acurrucó bajo la protección del rifle que empuñaba su musculoso jefe, una flamante arma de caza de alta potencia. A Drom Guldi todavía le quedaban varias cargas de energía y las fue disparando con lenta precisión: no lanzó ninguna rociada de chorros desintegradores esparcidos al azar, sino que empleó disparos de precisión quirúrgica que mataban o herían a una criatura de los hielos cada vez que Drom Guldi presionaba el botón de disparo.

El barón-administrador fue avanzando hacia las puertas de la base, sin apresurarse y asegurándose de que los demás le iban siguiendo. Nodon se levantó y gimió al ver los restos ensangrentados de su hermano. Burrk agarró al cathar por el pelaje del cuello y tiró de Nodon hasta obligarle a dar la vuelta.

—¡Vamos! —gritó.

Luke y Calista flanquearon a Drom Guldi mientras luchaban para volver a la Base Eco. Cada uno mató a otra criatura con su espada de luz. Las puertas de la base parecían estar a una distancia inconmensurable, pero Luke y Calista siguieron avanzando.

Drom Guldi eliminó a tres wampas más que se interponían entre ellos y las puertas blindadas. Reanudaron su avance, pero Sinidic, el ayudante del barón-administrador, parecía paralizado y avanzaba con paso torpe y tambaleante, como si continuara moviéndose únicamente porque su jefe le decía que lo hiciera. Sinidic tropezó con el cuerpo humeante de una criatura de los hielos. Drom Guldi agarró a su ayudante por el cuello de la chaqueta sin dejar de avanzar y lo levantó de un tirón, volviendo a ponerle en pie igual que si pesara tan poco como un trapo. El barón-administrador llegó a las puertas blindadas y empujó a Sinidic hacia la oscuridad que aguardaba al otro lado del umbral.

Burrk ayudó a Nodon a entrar en la Base Eco, empujando al cathar herido por delante de él aunque resultaba obvio que el felino quería volver a lanzarse sobre los monstruos, dominado por un frenesí de salvajismo animal que lo impulsaba a morir mientras los hacía pedazos.

Luke y Calista esperaron en el frío delante de la puerta, haciendo retroceder al último wampa.

—¡Entrad de una vez, Jedi! —gritó Burrk—. ¡Ahora!

Luke y Calista saltaron hacia la oscuridad que los aguardaba. Burrk dejó caer la mano sobre los controles de la puerta, y los pesados paneles metálicos se cerraron con un golpe

seco. Los wampas avanzaron en el último instante y trataron de sujetar las puertas de duracero con sus garras, pero ni siquiera aquellas criaturas podían vencer la potencia de los implacables pistones del mecanismo de cierre.

Luke, Calista y los cuatro supervivientes se quedaron inmóviles durante unos momentos bajo la débil claridad de los escasos paneles luminosos que todavía funcionaban, y después se fueron apoyando en las duras paredes de nieve y resbalaron por ellas hasta quedar sentados en el suelo a medida que sentían los efectos de la repentina pérdida de adrenalina, y cómo su desaparición dejaba únicamente agotamiento en su lugar. Todos temblaron en silencio durante unos segundos, a salvo por fin detrás de la seguridad temporal que ofrecían los muros.

Y entonces oyeron arañazos, aullidos ahogados y un repetido golpear procedente del exterior. Burrk volvió sus ojos inyectados en sangre hacia las puertas cerradas. Sinidic, visiblemente aterrorizado, alzó la cabeza y miró a Drom Guldi en busca de protección y consuelo.

—Pueden llamar, pero no pueden entrar —dijo Drom Guldi.

Calista se levantó y fue hasta el revuelto montón de suministros, donde encontró viejos uniformes rebeldes que pudo desgarrar y convertir en vendas para atender las heridas de Nodon. Pero las capacidades curativas del cathar ya habían detenido el flujo de sangre. Mientras permanecía sentado en silencio, con los ojos entrecerrados clavados en el desnudo muro blanco de nieve dura como la piedra, las garras felinas de Nodon entraban y salían repetidamente de sus vainas mientras el alienígena intentaba controlar la ira que hervía en su interior.

Los monstruos siguieron golpeando las puertas blindadas en un estúpido intento de encontrar una manera de entrar, aunque la base era impenetrable. La noche estaba descendiendo sobre Hoth, y la temperatura pronto caería en picado. Todas las criaturas vivas deberían buscar refugio hasta que el débil calor de la luz solar volviera una vez más… pero los wampas no iban a ceder. Habían conseguido acorralar a sus presas.

El rostro de Drom Guldi, bronceado y tan hermoso como una escultura, había adquirido una expresión meditabunda.

—Pensad en todas esas pieles de primera categoría que se han quedado ahí fuera… —murmuró meneando la cabeza—. Qué desperdicio.

Un ruidoso tañido metálico reverberó a través de los gruesos paneles de las puertas. Los wampas habían cogido un trozo de roca, pero podían pasarse años golpeando inútilmente sin lograr abrirse paso a través del duracero.

Una agotada resignación se había adueñado de las flacas facciones de Burrk.

—Ahora habría sido el momento ideal para utilizar esos cañones de perímetro —dijo, lanzando una mirada bastante significativa a Luke y Calista.

—Alejémonos de las puertas —dijo Luke—. Si continuamos oyendo esos golpes, sólo conseguiremos ponernos todavía más nerviosos de lo que ya estamos.

Fueron con paso lento y vacilante hasta la sala sumida en la penumbra en la que Burrk había contado su aterradora historia. El ex soldado de las tropas de asalto llevó a cabo un rápido inventario.

—Mis pistolas desintegradoras se han quedado sin carga —dijo en cuanto hubo terminado—. El rifle de Nodon también está descargado. ¿Qué nivel de energía le queda. Drom Guldi?

El cazador inspeccionó su arma.

—Diez disparos —dijo, como si fuera imposible que pudieran necesitar disparar más veces.

—Y tenemos sus dos espadas de luz —dijo Burrk, mirando a Luke y Calista.

Luke frunció los labios.

—Si dispusiéramos del tiempo suficiente, podríamos encontrar alguna manera de recargar los desintegradores. Tiene que haber alguna forma de montar una conexión improvisada con una fuente de luz o una unidad térmica para introducir la energía en los acumuladores de carga de los desintegradores.

Burrk se encogió de hombros.

—Si cuenta con el tiempo, los recursos y la inspiración…

Luke empezó a hurgar entre las pilas de equipo abandonado. Burrk se puso en cuclillas y utilizó un enfoque más primitivo: fue extrayendo cañerías y varas metálicas, y después usó adhesivo instantáneo para adherirles cuchillos hechos a partir de trozos de metal. El ex soldado de las tropas de asalto fabricó cuatro toscas lanzas. Aquellas armas no servirían de nada contra un ataque en masa de las criaturas de los hielos, pero Burrk no tenía ninguna intención de darse por vencido.

Drom Guldi se dedicó a limpiar su rifle desintegrador y le sacó brillo. Sinidic estaba apáticamente sentado junto a él y se retorcía nerviosamente las manos. El barón-administrador asestó un codazo a su ayudante.

—Necesitamos algo que nos levante un poco la moral —dijo—. A ver si consigues encontrar algunas raciones, Sinidic… Quizá algo caliente para beber y comer. No hay gran cosa, pero tenemos que conservar las fuerzas.

—¿Yo? —preguntó Sinidic, parpadeando estúpidamente.

—Estás sentado ahí como si te hubieras quedado paralizado… Necesitas hacer algo. Has de mantenerte ocupado. En una situación como ésta, es lo principal.

Sinidic se levantó, tragó saliva y asintió. Su piel grisácea adquirió un poco de color. Miró a Drom Guldi buscando una confirmación de sus órdenes, y después fue trotando hacia un almacén para obedecer la voluntad de su dueño y señor.

Luke y Calista estaban sentados el uno al lado del otro, y se abrazaban en un intento de obtener algo de calor y consuelo humano.

—Bueno, no son exactamente las vacaciones que había planeado… —dijo Luke.

Calista apoyó la cabeza en la suya.

—Recuérdame que no debo permitir que vuelvas a convencerme nunca más con tus discursos.

Burrk se puso en pie, cogió una de sus nuevas lanzas y la arrojó al otro lado de la sala. La afilada punta se hundió en la pared de nieve y la lanza quedó colgando de ella, subiendo y bajando en una veloz oscilación.

—Creo que servirá —dijo.

Un estridente chillido surgió repentinamente del oscuro almacén, seguido por un sonido de desgarramiento líquido y un gorgoteo ahogado. Los cinco supervivientes que se habían quedado en la sala se levantaron de un salto, Drom Guldi el primero. Apenas habían dado unos cuantos pasos por el corredor de muros de hielo cuando un wampa cubierto de sangre salió del almacén, con las garras goteando sangre y su blanco pelaje empapado por las manchas de una carnicería recién cometida.

Drom Guldi titubeó durante una fracción de segundo, y después alzó su rifle desintegrador y disparó tres veces en rápida sucesión. El barón-administrador dio en el blanco con cada disparo: el estómago del wampa, el centro de su pecho y su horrenda cabeza. El monstruo sólo tuvo tiempo de emitir una tos hueca y se desplomó sobre el suelo, haciendo tanto ruido como un carguero al estrellarse.

—¡Debe de haber entrado por la puerta mientras estábamos luchando fuera! —gritó Burrk.

Drom Guldi volvió la mirada hacia el almacén al que había enviado a su ayudante. El barón-administrador no se molestó en entrar allí. Lo que hizo fue extender un brazo hacia Burrk y coger una de las lanzas que el ex soldado de las tropas de asalto acababa de improvisar. Drom Guldi usó la hoja metálica para cortar uno de los grandes colmillos curvados del wampa. El cazador sostuvo el trofeo goteante en su mano y lo inspeccionó con gran atención.

—Éste… —dijo con voz gélida—. Sí, éste es el que me llevaré como recuerdo de esta cacería. Por mí, y por Sinidic. —Lanzó una segunda mirada hacia el almacén lleno de sombras y su rostro se volvió tan duro e impenetrable como la piedra—. Estos monstruos son muy tozudos.

Los golpes ahogados procedentes del exterior siguieron y siguieron, indicando que las criaturas de los hielos todavía estaban intentando entrar en la base.

Y entonces, para empeorar aún más la situación, todas las luces se apagaron.

—Han destruido el generador —dijo Burrk, su voz brotando del vacío de la oscuridad.

Luke empuñó su espada de luz y presionó el botón de activación. El haz verde chisporroteó y crujió, desprendiendo un fantasmagórico resplandor que iluminó los muros de hielo y nieve. Calista también hizo aparecer su hoja de energía, y se colocó junto a él.

Luke se puso tenso. Había oído algo… un ruido de excavación y arañazos. Se preguntó si habría más wampas escondidos en la oscuridad de las salas. El golpear procedente del exterior se hizo repentinamente más potente y ruidoso, y todos se volvieron hacia las puertas blindadas aunque sabían que los wampas no podían abrirse paso a través de ellas.

Y de repente los muros se derrumbaron a su alrededor, y bloques de nieve tan dura como la piedra cayeron al suelo cuando más criaturas se abrieron camino directamente a través del hielo.

Luke comprendió que todo aquel fútil golpear y arañar las puertas blindadas había sido una distracción, un truco para mantener distraídas a las víctimas mientras los wampas cavaban a través de la nieve e iban abriendo un túnel para llegar al interior de la Base Eco. Un ejército de espectrales monstruos blancos invadió los corredores lanzando gritos de triunfo e impaciente expectación.

Nodon, sin nadie que le contuviera, lanzó un feroz maullido y se arrojó sobre el wampa más cercano, pero los demás se volvieron y cayeron sobre él. El cathar cayó luchando, una confusa masa de pelaje y garras y dientes que mordían… y repentinos chorros de sangre que salieron disparados en todas direcciones.

Burrk fue retrocediendo hasta pegar la espalda a una roca que sobresalía de la nieve. El ex soldado de las tropas de asalto empuñó una lanza en cada mano y las agitó de un lado a otro, asestando lanzadas e intentando intimidar a las criaturas de los hielos… pero aunque las hojas eran afiladas y las puntas largas, las lanzas eran unas armas insignificantes que no servían de nada contra aquellos monstruos sedientos de sangre. Burrk siguió manejando sus lanzas en silencio. Su rostro permaneció hoscamente tensado en una mueca de sombría derrota mientras luchaba… hasta que la masa de monstruos de las nieves que lo atacaba acabó engulléndole. Finalmente, en el último instante, Burrk gritó.

Luke y Calista habían permanecido espalda contra espalda, repartiendo mandobles con sus espadas de luz y haciendo pedazos a los monstruos que se aproximaban más de lo debido, pero había demasiados.

—¡Volvamos a las puertas blindadas! —gritó Calista—. Tenemos que llegar a nuestra nave. Trataremos de repararla… Es nuestra única posibilidad.

—No tengo ninguna idea mejor —dijo Luke.

Hizo girar su espada de luz y la hoja siseante partió en dos a una inmensa criatura blanca con un chisporroteo de energía. Luke fue vagamente consciente de que los monstruos habían dejado de golpear las puertas. Todos los wampas se habrían precipitado hacia las nuevas aberturas que les permitían acceder al interior de la base. La entrada tal vez estuviera despejada.

Drom Guldi utilizó los siete disparos que le quedaban y fue matando a un wampa cada vez que presionaba el botón de disparo, pero eso agotó la carga del arma. El barón-administrador arrojó el rifle desintegrador al suelo, deslizó el colmillo de wampa debajo de su cinturón de cacería como si siguiera siendo muy importante para él, y después empuñó la lanza que le había cogido a Burrk y la agitó de un lado a otro. Se echó a reír, con los ojos brillantes y el rostro bronceado repentinamente enrojecido. Los wampas le rodearon, y Drom Guldi sonrió.

—¡Venid! —gritó—. ¡Vamos, probad lo que os espera!

Y los wampas así lo hicieron.

Calista y Luke se abrieron paso por el pasillo y avanzaron hacia las puertas blindadas, luchando ferozmente mientras intentaban no oír los últimos gritos gorgoteantes de Drom Guldi. Los dos iban abatiendo a las criaturas de los hielos que se lanzaban temerariamente sobre las hojas resplandecientes. Calista era incapaz de usar la Fuerza para combatir, pero los wampas —aquellas inmensas masas de pelaje blanco y tensos músculos— no eran blancos difíciles de alcanzar. Aun así, bastaría con un instante de descuido para que el barrido de una garra abriera en canal a Luke o a Calista.

Dejaron atrás el lugar por el que habían entrado los wampas, y el número de monstruos que los atacaban fue disminuyendo poco a poco. Luke y Calista por fin pudieron echar a correr. Las puertas blindadas reflejaban la luz de sus armas, y Calista corrió hacia los controles.

—Nos encerraremos en la nave, y esperemos que podamos despegar en cuestión de minutos —dijo Luke—. Esas cosas no necesitarían mucho tiempo para abrirse paso a través del casco.

Las puertas blindadas se abrieron. Calista se volvió para defender sus espaldas mientras Luke se preparaba para echar a correr por la noche. La oscuridad helada de Hoth le golpeó con un impacto tan potente como el de un martillo pilón y las ráfagas de aquel aire gélido envolvieron su cuerpo en el frío más intenso que recordaba haber sentido jamás, cortándole la respiración. Y justo enfrente de la entrada de la base, inmóvil bajo la pálida luz de las lunas múltiples, estaba el wampa que sólo tenía un brazo, la más alta de todas las enormes criaturas de los hielos, bloqueando su ruta de huida de la Base Eco.

El monstruo rugió en la noche iluminada por los extraños destellos del hielo y alzó su única y enorme mano, extendiendo las garras. Luke experimentó un fugaz instante de miedo recordado y se detuvo, sin saber qué hacer y con la espada de luz levantada delante de su rostro. Calista, que no había encontrado ningún peligro detrás de ellos, se volvió para ver cuál era el problema.

Y con sus ojos clavados en Luke, su viejo enemigo… el monstruo que sólo tenía un brazo atacó y se lanzó sobre Calista en vez de sobre él.

Calista no consiguió reaccionar lo bastante deprisa. Luke vio el veloz arco de descenso de las afiladas garras y la increíble velocidad con que el wampa se lanzaba a la carga, y gritó un «¡No!» lleno de desesperación mientras asestaba un mandoble lateral con su espada de luz.

Luke puso toda la Fuerza detrás del ataque, y partió por la mitad a la criatura de las nieves que sólo tenía un brazo.

El monstruo muerto siguió gruñendo y gorgoteando mientras yacía humeando sobre el umbral de las puertas blindadas.

—Creía que ya había hecho eso hacía mucho tiempo —murmuró Luke.

Más wampas surgieron de los túneles en los niveles inferiores. Otras criaturas de las nieves decidieron que ya no era necesario que continuaran escondiéndose y se fueron alzando sobre los promontorios rocosos.

—No te quedes ahí —dijo Calista, empujando a Luke mientras éste permanecía inmóvil con los ojos clavados en la criatura de un solo brazo muerta—. ¡Corre!

Los dos echaron a correr sobre la dureza de la nieve congelada. El frío hirió sus pulmones con una mordedura tan afilada como una navaja de afeitar mientras intentaban tragar aire con jadeos entrecortados, ya agotados por la batalla.

Los restos de la nave de los cazadores furtivos habían adquirido un aspecto ominoso bajo la luz acuosa, pero su yate espacial brillaba ante ellos como su única esperanza. Perseguidos por los wampas que avanzaban a grandes saltos por entre las rocas cubiertas de nieve, Luke y Calista consumieron sus últimas reservas de energía en una desesperada carrera final.

Luke llegó a la nave y dejó caer la mano sobre los controles de la puerta. Calista se colocó detrás de él, con la hoja de su espada de luz resplandeciendo en la penumbra. La puerta se hizo a un lado, y Luke metió a Calista dentro de la nave y volvió a sellar la entrada.

Después fue corriendo al compartimiento de pilotaje y contempló los controles, intentando no dejarse paralizar por la oleada de desesperación que amenazaba con adueñarse de él. Los controles estaban destrozados. El ordenador de navegación ya no existía. El sistema de comunicaciones había sido arrancado de su panel. Los wampas no habían destruido los motores, aunque los cables de control direccional habían sido arrancados de sus conexiones.

Luke y Calista empezaron a trabajar y fueron apartando los paneles abollados o rasgados a zarpazos e intentaron establecer conexiones improvisadas, limitándose a las reparaciones estrictamente necesarias para poder despegar.

Los wampas ya habían empezado a golpear el casco de la nave con rocas de cantos afilados. Luke sabía que si lograban abrirse paso a través del casco, él y Calista nunca conseguirían salir de la atmósfera de Hoth. Calista estaba encorvada junto a él, trabajando en otro panel. Iba clasificando cables y seguía el trazado de las conexiones, moviéndose con una energía frenética y eficiente que no desperdiciaba ni un solo segundo.

—Prueba con esto —le dijo, y le alargó una fuente de energía alternativa que Luke se apresuró a conectar a los controles de impulsión.

—Podemos encender los motores y salir de aquí —dijo Luke. Calista asintió.

—Si volvemos a bajar, nunca podremos encenderlos de nuevo —dijo—. Tenemos que hacer algo ahora, y tenemos que salir de este planeta.

Luke pulsó el botón de activación y los motores del yate espacial cobraron vida con un rugido, funcionando a plena potencia. Se habían quedado sin control direccional. La nave se alzó con una violenta sacudida… y el último sonido producido por los wampas que llegó a sus oídos fue el prolongado chirrido ululante de las garras que se deslizaban sobre el casco mientras la nave empezaba a alejarse a toda velocidad, subiendo hacia la noche en una trayectoria casi vertical. La superficie helada llena de grietas se fue empequeñeciendo con una vertiginosa rapidez debajo de ellos. No podían maniobrar, y su huida se redujo a un ciego lanzamiento balístico que los lanzó hacia la atmósfera.

Calista estaba inspeccionando los otros controles. Luke ya sabía qué daños habían causado los wampas, pero la voz de Calista tembló y estuvo a punto de quebrarse cuando le dio su evaluación.

—Sin comunicaciones, sin ordenador de navegación y con el sistema de apoyo vital a sólo un cinco por ciento de potencia. —Calista suspiró—. ¿Quién sabe dónde acabaremos? Quizá habría sido mejor que nos quedáramos allí abajo…

NAL HUTTA

CAPÍTULO 34

Cetrespeó aún no había superado la irritación que le produjo el que Durga el Hutt hubiera interrumpido la visita diplomática tan repentinamente (después de ofrecer un torrente de excusas y disculpas), pero Leia sintió que un peso opresivo se esfumaba de sus hombros en cuanto aquella gorda oruga se hubo marchado del planeta.

Ya había quedado claro que o bien Durga no podía ejercer una autoridad indiscutible sobre los hutts, o que no tenía ningún deseo de llegar a un acuerdo con la Nueva República… tal como había sospechado Leia desde el principio. Sus negociaciones no habían llegado a ninguna parte, y Durga fingía ignorancia cada vez que Leia sacaba a relucir el tema de las armas secretas.

—Somos negociantes, no guerreros —había dicho Durga—. Nuestras batallas consisten en discretas negociaciones hechas por debajo de la mesa, no en desintegradores y detonadores.

Aunque Han miró a Leia con una expresión de ya-te-lo-dije en el rostro, Leia se dio cuenta de que había conseguido poner un poco nervioso a Durga. El gordo hutt de rostro oscurecido por la gran marca de nacimiento había esperado poder ganar más tiempo y parecía haberse sentido decididamente incómodo durante su visita «diplomática», pero Leia no le había proporcionado ninguna oportunidad de librarse de ellos.

Pero tanto Han como Leia quedaron bastante sorprendidos cuando, incluso después de su apresurada marcha, Durga les proporcionó acceso a uno de sus traficantes de información particulares: el hutt había hecho honor a su palabra. Antes de que Leia y Han partieran en su nave diplomática, Korrda, el hutt enfermo y emaciado, ordenó que trajeran a uno de los traficantes de información para que les «prestara sus servicios».

Varios guardias gamorreanos aparecieron tirando de un carro de ruedas crujientes que introdujeron en el comedor. Las aves carroñeras seguían instaladas en sus dinteles, esperando que un poco de comida cayera al suelo o que un comensal dejara de moverse durante el tiempo suficiente para que pudieran lanzarse en picado.

El carro era viejo y estaba manchado por la suciedad que brotaba de grandes masas de desperdicios en descomposición, como si alguien lo hubiera confundido con un cubo de la basura. Una enorme concha espiral de molusco llenaba la plataforma. Los rebordes de aquella curiosa concha, que recordaba un sacacorchos, estaban desgastados y cubiertos de algas, y la abertura era negra y desprendía vaharadas de un olor bastante repugnante. En cuanto la vio, Leia no estuvo muy segura de querer saber qué acechaba dentro de ella.

Korrda avanzó con su paso furtivo y deslizante y golpeó enérgicamente la concha con un palo. Un apéndice carnoso surgió del agujero de la concha espiral acompañado por un ruido bastante parecido al que habría producido un chorro de arena dejado caer con

mucha lentitud encima del barro, y fue sobresaliendo de él como una larga lengua. La criatura fue emergiendo como un gusano que saliera de un trozo de fruta podrida. El traficante de información alienígena tenía la piel de un feo color marrón grisáceo, y poseía un cúmulo ocular formado por cinco ojos de un blanco lechoso esparcidos sobre su lisa cabeza redondeada.

—¿Qué quieres? —preguntó la criatura, empleando un tono de voz bastante malhumorado.

Korrda se irguió para fulminar con la mirada al habitante de la concha.

—El noble Durga te ordena que proporciones información a estos invitados suyos. Necesitan estar al corriente de las actividades imperiales.

Tener la ocasión de dirigirse a una criatura que ocupaba una posición todavía más baja en la jerarquía del palacio que la suya hizo que Korrda por fin pareciese sentirse lleno de seguridad y confianza en sí mismo.

El traficante de información soltó un gruñido.

—Información sobre las actividades imperiales, ¿eh? Y supongo que no es posible restringir ni siquiera un poquito la amplitud de la pregunta, ¿verdad? Noooooo, eso es esperar demasiado, ¿eh? Por lo menos podríamos limitarnos a las actividades imperiales actuales, ¿no?

—Sí —dijo Leia—. Queremos saber qué están haciendo los restos del Imperio en estos momentos.

—Oh, estupendo… Eso es mucho más sencillo, ¿verdad? —replicó sarcásticamente la criatura de la concha—. Supongo que desearán un listado detallado de las actividades de cada individuo, claro está. Tengo acumulados datos sobre unos cinco mil millones, y eso sin llevar a cabo una búsqueda realmente concienzuda. Me pregunto si bastaría con algunas generalidades, ¿hmmmm?

—Las generalidades serían suficientes —respondió Leia en un tono bastante seco.

La lustrosa cabeza desapareció con un chasquido húmedo por la oscura abertura sin haber dicho ni una palabra.

Leia oyó débiles sonidos de movimiento y búsqueda mientras la criatura se agitaba de un lado a otro, como si estuviera intentando encontrar algo en un laberinto oculto dentro de la gigantesca concha. Se preguntó qué podía estar haciendo la criatura allí dentro, y un instante después la cabeza de piel húmeda y viscosa volvió a surgir de la abertura y dirigió su cúmulo ocular hacia Leia.

—Están de suerte, ¿eh? Hay muchísimos planes en marcha. Las fuerzas imperiales han sido unificadas, y los señores de la guerra que siempre estaban luchando entre ellos han sido ejecutados. La construcción de naves estelares se ha multiplicado por diez, y los nuevos soldados aparecen por decenas de millares… ¿Es el tipo de cosa que andaban buscando? Las fuerzas militares imperiales se han agrupado alrededor de un solo liderazgo, y parece ser que incluso las mujeres y los alienígenas pueden servir al Imperio de cualquier manera posible y hasta allí donde lleguen sus capacidades. Eso supone un

considerable cambio respecto a la forma de pensar del Emperador, ¿no les parece? Resulta encantador encontrarse con un liderazgo imperial tan progresista, ¿verdad?

Han la miró, y Leia se inclinó hacia adelante. El traficante de información alienígena había conseguido despertar su interés a pesar de su resistencia inicial. Leia se preguntó si todo aquello sería verdad. Sospechaba que toda aquella mascarada formaba parte del plan de Durga, y que era una simple distracción urdida con el objetivo de conseguir que se preocuparan por otra amenaza mientras los hutts completaban la que estuvieran tramando. Pero aunque Durga tuviese motivos ulteriores ocultos… Bueno, eso no quería decir que no pudiese existir una auténtica conspiración imperial.

—¿Sabe qué planean hacer? —preguntó—. ¿Puede decirnos si el Imperio ha desarrollado alguna clase de estrategia global?

El traficante de información onduló en el aire.

—Las distintas flotas imperiales dispersas por el espacio se han unido, y la acumulación de armamento es tan grande que se puede estar prácticamente seguro de que planean lanzar un gran ataque contra la Nueva República. ¿No les parece lo más lógico? El objetivo específico es desconocido, por lo que no sirve de nada preguntar cuál es. Dicha verdad resulta evidente, ¿no?

El traficante de información volvió su cúmulo ocular hacia Korrda.

—¿Puedo irme? Tengo muchas cosas que hacer… Ya pueden ver lo ocupado que estoy, ¿no?

—Un momento —intervino Han—. ¿Quién ha unido a todas las facciones del Imperio? Necesito saberlo.

El traficante de información emitió un gorgoteo gutural que retumbó en las profundidades de su cuerpo.

—Oh, con que eso es todo lo que quieres, ¿no? ¿Por qué no preguntas cuál es el número de granos de arena que hay en las playas de Pil-Diller, o me pides que cuente las hojas de los bosques de Ithor? Korrda volvió a golpear la concha con su palo.

—Calla y contesta a la pregunta.

—Muy bien, muy bien. A eso iba, ¿no? —replicó el traficante de información, y volvió a desaparecer dentro de la concha, donde estuvo rebuscando durante un rato que pareció interminable antes de emerger de nuevo—. Daala —dijo la criatura—. La almirante que manda las fuerzas imperiales se llama Daala, ¿entendéis? Pero eso es todo… He rascado las paredes, ¿no? Y dado que no dispongo de más información, ¡buenas noches!

La viscosa cabeza se introdujo en la concha, dejando a Leia y Han boquiabiertos y lanzándose miradas de perplejidad. Leia no había esperado nada parecido.

Han parecía muy preocupado, y abría y cerraba los ojos como si no entendiera nada.

—Pero ¿cómo puede ser Daala? —murmuró—. Daala… está muerta. Los ojos de Leia se encontraron con los suyos, y decidió que de momento ni quería ni necesitaba una explicación.

—Al parecer no lo está —dijo—. Esto lo cambia todo. ¿No te parece, Han?

SISTEMAS DEL NÚCLEO

CAPÍTULO 35

En las manos de la almirante Daala, los restos del Imperio se convirtieron en una máquina, un gigantesco artefacto que fue minuciosamente reparado y ajustado para que funcionara con la máxima eficiencia posible.

Los engranajes giraron. Los componentes encajaron entre sí. Las fábricas de armamento procesaron los recursos disponibles para obtener armas adicionales: cazas TIE, cañoneras, caminantes de superficie, componentes estructurales para nuevos Destructores Estelares… Los hiperimpulsores fueron producidos en masa e instalados en una nave detrás de otra. Los núcleos de armamento fueron cargados con gas tibanna. Trabajadores que habían sido implacablemente oprimidos y castigados —incluso alienígenas y mujeres— vieron cómo se les asignaban nuevas responsabilidades, y se los puso a trabajar para la gloria del Imperio.

Daala leía con gran placer los informes sobre los progresos que iba recibiendo. A bordo de su enorme nave negra, el Martillo de la Noche, iba de un sistema a otro para unir alianzas que habían estado mucho tiempo dispersas, cimentar lealtades y obtener más esfuerzos de unos súbditos que llevaban demasiados años sin hacer nada, tensando la red imperial de todas las formas posibles a su alcance.

Acompañada por los impresionantes Guardias Rojos imperiales, la almirante habló en astilleros y fábricas de armamento, alzando la voz y reforzando la moral, y haciéndose visible para que todos pudieran contemplar a una líder llena de carisma que estaba allí para hacer algo contra el enemigo y volver a crear la esperanza de que habría un futuro mejor.

Daala estaba yendo y viniendo por la sala de reuniones del Martillo de la Noche, una cámara de estrategia privada tan grande como todo el puente de mando de un Destructor Estelar de la clase Victoria. Se detuvo delante del ventanal de observación y se dejó absorber por la magnificencia de los cúmulos de estrellas que llenaban el corazón de la galaxia. El material nebular formaba grandes cintas resplandecientes que se extendían sobre las acumulaciones de estrellas.

La enorme sala de reuniones parecía un capricho extravagante, y casi intimidaba. Daala habría preferido disponer de un sitio más pequeño para reflexionar y poder poner algo de orden en sus pensamientos, pero dada su nueva posición no podía asumir el mando de ninguna nave menos poderosa e imponente que el Súper Destructor Estelar. La sala contaba con sus propios dormitorios y unidades procesadoras de alimentos, e incluso tenía acceso a los módulos de escape del nivel de mando por si se diera el caso de que el navío de guerra acabase sucumbiendo a alguna catástrofe. El Martillo de la Noche era inmenso, pero funcionaba con una tripulación relativamente pequeña y confiaba en

sistemas de control automatizados, que habían sido duplicados una y otra vez en un obsesivo despliegue de redundancia para garantizar un máximo de seguridad.

El vicealmirante Pellaeon carraspeó y esperó a que le prestara atención. Daala sabía que su veterano subordinado estaba allí, pero se permitió unos momentos de meditación más.

—Nuestra flota se va haciendo más y más fuerte a cada día que pasa —dijo por fin—. Puedo sentirlo.

Pellaeon aguardó en silencio durante un par de segundos antes de hablar.

—Sí, almirante.

—No quiero atacar antes de que estemos preparados… pero ardo en deseos de volver a luchar. —Suspiró y se volvió hacia Pellaeon, quien permanecía inmóvil sosteniendo en sus manos un cuaderno de datos que contenía las últimas estadísticas sobre la flota. Daala se permitió un fruncimiento de ceño y se dejó caer en uno de los sillones—. Pero estoy harta de tantos detalles administrativos —gruñó.

Sólo estuvo sentada durante un instante y enseguida se levantó y reanudó sus paseos por la sala, moviéndose como un veloz torbellino de pura energía nerviosa.

—Esos detalles son necesarios —dijo Pellaeon—. Si no se presta la suficiente atención a los detalles, entonces todo su trabajo no servirá de nada. Si tiene intención de gobernar el Imperio, debe entender eso.

Daala clavó los ojos en el rostro de Pellaeon.

—Pero es que no tengo ninguna intención de dirigir el Imperio. No es lo que pretendo. Seguramente a estas alturas ya lo habrá comprendido, ¿no? En cuanto la batalla haya sido ganada, tengo intención de renunciar al mando con sumo placer… para transmitírselo a usted, o a la persona que resulte más adecuada para encargarse de ese odioso trabajo.

Pellaeon irguió la cabeza, y la sorpresa hizo que sus ojos un poco acuosos parecieran a punto de salirse de las órbitas.

—¿Yo, almirante? ¡No soy ningún emperador!

Daala soltó una carcajada.

—Y yo tampoco, vicealmirante… pero no nos preocupemos por eso hasta que la guerra haya terminado. Bien, infórmeme de la situación general. ¿Qué tal va todo?

Pellaeon acogió el cambio de tema con visible alivio y se sentó a la mesa mientras Daala continuaba yendo de un lado a otro. El vicealmirante hizo aparecer largas hileras de números en su cuaderno de datos.

—Ahora contamos con ciento doce Destructores Estelares de la clase Victoria que están en condiciones de operar —explicó—. Los he puesto bajo el mando del coronel Cronus, tal como acordamos que se haría durante nuestra última reunión.

—Sí, es una buena elección —dijo Daala—. Parece un comandante muy competente.

—También tenemos cuarenta y cinco Destructores Estelares de la clase Imperial… y el Martillo de la Noche, por supuesto. —Pellaeon deslizó el cuaderno de datos sobre la mesa—. Ahí tiene una lista completa de nuestros cazas TIE, interceptores y bombarderos,

así como una relación de lanzaderas de asalto de las clases Gamma y Lambda, caminantes de superficie, transportes de exploración y cañoneras. La siguiente entrada es un resumen puesto al día de nuestro personal y sus distintas capacidades.

Daala echó un vistazo a las cifras, pero enseguida notó que sus verdes ojos se deslizaban sobre ellas sin verlas. Estudiar informes era algo que nunca se le había dado demasiado bien.

—Lo examinaré más tarde —dijo—. En estos momentos tengo otros asuntos en los que pensar y que me preocupan mucho más. —Respiró hondo—. Estamos muy, muy cerca… Usted y yo debemos discutir la estrategia de nuestro primer ataque. Prefiero no tomar esta decisión en solitario. Usted tiene décadas de experiencia y un auténtico tesoro de conocimientos acumulados. La puerta está sellada y no hay nadie observándonos… y quiero que me dé su opinión con la máxima sinceridad. —Daala bajó la voz—. No volveré a cometer los mismos errores.

Pellaeon tragó saliva con un movimiento casi imperceptible del cuello.

—Aprecio su fe en mí, almirante, pero supongo que sabe que esta vez tiene una verdadera flota a su disposición.

Daala dejó caer la palma de su mano sobre la mesa. Sus ojos echaban chispas.

—¡Y sabré sacarle provecho!

Pellaeon se levantó.

—¿Quiere beber algo, almirante?

Daala asintió y volvió la mirada hacia el ventanal para contemplar las estrellas. No dijo nada hasta que Pellaeon hubo vuelto con un vaso alto lleno de té estimulante frío.

—Tal como yo veo la situación, almirante —dijo Pellaeon, hablando despacio y escogiendo cuidadosamente sus palabras—, tenemos dos objetivos primarios obvios. El primero es Coruscant, la capital… el mundo más poderosamente fortificado y más poblado de la Nueva República. Si destruimos ese planeta, eso convertiría a los rebeldes en un rebaño disperso de animales acosados que volverían a huir a un centenar de bases distintas para buscar refugio en ellas.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Daala—. Pero la batalla por Coruscant será larga y difícil… y muy encarnizada. Si elegimos Coruscant como nuestro primer objetivo, perderemos una gran parte de nuestra nueva flota.

Pellaeon asintió y tiró de las puntas de su bigote canoso.

—Me veo obligado a mostrarme de acuerdo, y también debo confesar que siento una cierta reluctancia ante la idea de devastar un antiguo planeta imperial.

Los labios de Daala se tensaron para formar una sombría mueca de irritación.

—Busco obtener una victoria decisiva, Pellaeon —dijo—. Quiero encontrar un objetivo rebelde importante al que podamos aplastar por completo con unas pérdidas mínimas para nuestras fuerzas. Necesitamos asestar un golpe que refuerce nuestra moral y haga tambalearse a los rebeldes, y que embriague a nuestras tropas con un éxtasis de patriotismo renovado. Entonces podremos volver con el doble de fuerzas y atacar

Coruscant hasta dejarlo convertido en un montón de escombros. Ya he encontrado ese objetivo —añadió—. ¿Estamos pensando en el mismo blanco?

Pellaeon tomó un sorbo de su té frío. Daala contempló al vicealmirante sin decir nada. Pellaeon guardó silencio durante unos momentos más, y después respondió sin vacilar.

—Yavin 4 —dijo, y enarcó las cejas—, la sede del nuevo centro de adiestramiento Jedi.

—Sí —dijo Daala, felicitándole con su sonrisa—. Los Caballeros Jedi son unos símbolos muy poderosos para los rebeldes… y si permitimos que proliferen, tal como parece ser la intención del enemigo, serán unos adversarios muy poderosos. Si atacamos ahora y arrancamos de raíz esa mala hierba antes de que pueda propagar sus semillas, podemos asestar un golpe mortal a esos rebeldes.

Daala se acordó de Tarkin, su mentor de férrea voluntad, y de cómo le había enseñado todo lo que sabía sobre las tácticas, la firmeza de carácter y el amor al Imperio. Tarkin había muerto mientras atacaba la base rebelde de Yavin 4… y Daala pensó que Yavin 4 sería el objetivo ideal para su nueva campaña.

—Discúlpeme, almirante… —dijo Pellaeon, sobresaltándola y cortando bruscamente el hilo de sus pensamientos.

Daala le miró y se dio cuenta de que Pellaeon acababa de decirle algo.

—Lo siento —dijo—. No le he oído.

—Sugiero que diversifiquemos nuestro ataque. Permita que el coronel Cronus use su flota de navíos de la clase Victoria para atacar docenas de objetivos menores, de tal manera que los rebeldes crean que están siendo atacados por todas partes. Eso causará grandes daños con un mínimo de riesgos, y reforzará la confusión y el caos que rodearán a nuestro ataque por sorpresa.

Daala sonrió.

—Una idea excelente, vicealmirante. El coronel Cronus lanzará sus ataques. Usted partirá con una flota de Destructores Estelares para iniciar la destrucción de la pequeña luna selvática, y yo le seguiré a bordo del Martillo de la Noche para asegurarme de que conservamos la posesión de ese sistema carente de todo valor.

Daala se acabó su té estimulante. La sensación de frialdad del líquido bajó por su garganta como un delgado riachuelo de hielo y se extendió por todo su cuerpo.

—Empezaremos inmediatamente —dijo.

CAPÍTULO 36

Kyp Durron se inclinó sobre el panel de control. Sus ojos oscuros se entrecerraron mientras contemplaba a las fuerzas enemigas desplegadas a su alrededor.

Dorsk 81 había pilotado su nave imperial robada hacia la flota de combate. Sus esbeltas manos color verde aceituna bailoteaban nerviosamente sobre los controles; y sus ojos amarillos se desorbitaron por el asombro, como si todavía fuera incapaz de creer que Kyp hubiera logrado convencerle de que hiciera aquello.

—Apuesto a que ésta es la flota más grande que han logrado reunir desde la batalla de Endor —dijo Kyp—, o por lo menos desde el último ataque de Thrawn.

Dorsk 81 se lamió sus delgados labios y asintió, manteniendo los ojos clavados en la frenética actividad de las naves, que se agitaban de un lado a otro como restos sacudidos por un huracán.

—No cabe duda de que hay un montón de naves —dijo—. Nos harán pedazos apenas sospechen de nosotros.

Kyp descartó esa posibilidad con un airoso gesto de la mano y volvió a inclinarse hacia adelante para mirar por el visor delantero.

—No sospecharán nada. Esta nave tiene todas las identificaciones necesarias, ¿no? Vamos, no permitas que este espectáculo te ponga nervioso —dijo, y después concentró toda su atención en el ordenador y empezó a llevar a cabo un análisis completo de las fuerzas enemigas.

Durante los últimos días Kyp y Dorsk 81 se habían ido adentrando cada vez más y más en los Sistemas del Núcleo. Kyp había ido sintiendo un creciente horror a medida que iba comprendiendo lo mucho que habían progresado los planes del Imperio. Habían visto depósitos de armas, gigantescas factorías que escupían cazas TIE recién terminados por centenares, astilleros con las siluetas esqueléticas de Destructores Estelares de la clase Imperial en proceso de construcción… Habían presenciado una migración de proporciones colosales, soldados preparándose para un conflicto letal y docenas de convoyes de aprovisionamiento sobrecargados llevando recursos hacia el interior del Núcleo.

Kyp había convencido a Dorsk 81 de que siguieran a uno de los convoyes manteniéndose en los límites del alcance de sus sensores. Pero cuando llegaron al punto de reunión de la nueva flota imperial, Dorsk 81 quedó aterrorizado.

—Sigo pensando que deberíamos salir de aquí —dijo el clon Jedi—. Tenemos que transmitir esta información a la Nueva República. Ni siquiera tienen idea de que los imperiales estén reuniendo todas estas fuerzas.

Kyp meneó la cabeza.

—Todavía no sabemos lo suficiente. Necesitamos averiguar qué están tramando… No tendremos una segunda oportunidad como ésta.

—Pero si nos capturan, entonces todo… —empezó a decir Dorsk 81.

Kyp alzó la mano y vio cómo Dorsk 81 se callaba y tragaba saliva con un visible esfuerzo. En el pasado, el clon alienígena había tenido que enfrentarse a su falta de confianza en sí mismo y había salido triunfante de aquella dura lucha. Kyp no tenía a Dorsk 81 por un cobarde: sólo pensaba que aún era incapaz de emplear todo su valor.

Kyp señaló a su amigo con un dedo. Su rostro estaba muy serio.

—Eres un Caballero Jedi, Dorsk 81 —dijo—. Un Jedi no toma el camino más fácil. Haremos lo que tenemos que hacer.

Dorsk 81 asintió lentamente, inclinando la cabeza en una firme aceptación de las palabras de Kyp.

El sistema de comunicaciones cobró vida con un chisporroteo que sobresaltó tanto a Kyp como a Dorsk 81.

—Piloto de la lanzadera —dijo una voz seca y firme… una voz femenina, lo que en sí ya resultaba muy inusual dado que la inmensa mayoría de los soldados imperiales eran hombres. La mujer siguió hablando—. La concentración está a punto de empezar y ustedes llevan bastante retraso. Dense prisa. Sigan este vector… ¡y no pierdan ni un segundo! La almirante dijo que se sentiría muy disgustada si las llegadas de última hora afectaban a los discursos.

Dorsk 81 contempló el sistema de comunicaciones poniendo cara de no entender nada, pero Kyp respondió al instante.

—Vamos hacia allá. Lamentamos las molestias que hayamos podido causar —dijo, y desconectó el sistema de comunicaciones—. Nos dejarán entrar —añadió.

Su mente ya estaba empezando a funcionar a toda velocidad, y Kyp se preguntó quién podía ser «la almirante».

Naves de todos los tamaños estaban estacionadas en una parrilla de plataformas de descenso y hangares de atraque de dimensiones casi incomprensiblemente grandes, un enorme conector metálico que relucía con los destellos de los paneles de transpariacero. Se ocultaba en el negro vacío del espacio entre dos sistemas estelares, y no resultaría nada fácil de localizar a menos que ya se supiera dónde buscar. El complejo estaba erizado de antenas y sistemas trazadores, satélites de defensa del perímetro y navíos automatizados que iban controlando el vertiginoso fluir de la actividad de las naves. Los vectores de las coordenadas los llevaron hasta una plataforma central en la que ya se habían posado miles de naves.

Dorsk 81 se envaró en su asiento.

—Calma, calma —dijo Kyp—. Tenemos que hacerlo.

El alienígena respondió con una temblorosa inclinación de cabeza y fue dirigiendo la lanzadera en un rápido descenso para posarla entre las otras naves.

Filas de siluetas se dirigían hacia la explanada de la estación conectora, que era lo suficientemente grande para acoger a una audiencia de decenas de millares. Los soldados de las tropas de asalto iban y venían rápidamente de un lado a otro, dirigiendo a los espectadores hacia los lugares más adecuados para presenciar la reunión.

—No puedo salir ahí —dijo Dorsk 81—. El Imperio no permite que los no humanos sirvan en sus fuerzas militares.

—Parece que han cambiado sus reglas —respondió Kyp, señalando a algunas de las siluetas uniformadas y contemplando el despliegue de humanoides exóticos y extrañas criaturas aladas—. Espera un momento. —Hurgó en el compartimento de uniformes de la lanzadera, y acabó sacando de él dos monos con las insignias del equipo de reparaciones asignado al depósito exterior en el que Kyp y Dorsk 81 habían robado la lanzadera—. Nos los pondremos y nadie notará nada raro.

Dorsk 81 contempló los monos de vuelo con cara de no estar muy convencido, pero la adrenalina ya estaba corriendo velozmente por las venas de Kyp y susurraba en sus oídos.

—Oye, esta reunión debería proporcionarnos toda la información que necesitamos —dijo, intentando que su voz sonara lo más persuasiva y tranquilizadora posible—. Averiguaremos qué está tramando el Imperio… y después podremos volver y presentar nuestro informe. —Puso la mano sobre el brazo del clon alienígena y se lo apretó—. Intenta aguantar durante un rato más, Dorsk 81. Hazlo por mí, ¿de acuerdo?

Bajaron por la rampa de descenso, y la corriente de la multitud los arrastró hacia la explanada de la estación conectora. Los sonidos y olores cayeron sobre Kyp, agrediéndole con una mezcla exótica de lo familiar y lo fantástico. El lenguaje principal era el básico imperial, aunque algunos comentarios murmurados en voz baja llegaban hasta él en una variedad de lenguajes que Kyp no pudo reconocer. Dorsk 81 le seguía de cerca, pareciendo rígido y nervioso.

En el lejano centro del gran espacio abierto se había erigido una cubierta para oradores que abarcaba un escenario, enormes amplificadores y un turboascensor que podía llevar a los invitados hasta el escenario sin que estuvieran obligados a pasar por entre las multitudes apelotonadas a su alrededor. Guardias Imperiales envueltos en sus capas color escarlata permanecían inmóviles en las cuatro esquinas del escenario. Pantallas de alta resolución se alzaban sobre la audiencia como gigantescos videocarteles que proyectaban una imagen de quien estuviera hablando en el podio, con lo que convertían a la distante figura en un titán que se elevaba sobre quienes habían acudido a la gran concentración.

Un hombre flaco que vestía un uniforme impecable estaba hablando con una voz seca y monótona que no poseía mucho carisma. Tenía los ojos claros, y su frente estaba llena de arruguitas que sugerían un gran peso invisible de pensamientos ocultos detrás de ella. Un frondoso bigote canoso cubría su labio superior.

—Me resulta familiar —dijo Kyp—. He visto su imagen antes.

Guardias de las tropas de asalto surgieron de la nada entre chasquidos de sus armaduras blancas, y sus voces resonaron secamente a través de sus cascos.

—Guardad silencio mientras habla el vicealmirante Pellaeon.

Kyp contuvo el impulso de contestar, y logró dominarse a pesar de que la creciente excitación que sentía hacía que le resultara difícil conservar el control de sí mismo. Asintió dócilmente con un considerable esfuerzo de voluntad, y se volvió para

contemplar el gigantesco rostro del comandante imperial. ¿Era aquél el líder que estaba al frente de las nuevas tropas? Kyp ya había reconocido su nombre. A juzgar por lo que había oído decir, Pellaeon había tenido algo que ver con el Gran Almirante Thrawn, aunque Kyp estaba atrapado en las profundidades de las minas de especia de Kessel cuando tuvieron lugar los devastadores ataques de Thrawn.

Al parecer el vicealmirante ya llevaba algún tiempo hablando. Estaba claro que Kyp y Dorsk 81 habían llegado con bastante retraso, y Kyp se preguntó cuánta información valiosa se habrían perdido ya.

—La fase principal de nuestra ofensiva consistirá en un ataque decisivo contra la nueva instalación de adiestramiento en la que los rebeldes están intentando crear una fuerza de comandos de sus hechiceros Jedi —siguió diciendo Pellaeon—. Nuestra flota atacará su centro de adiestramiento y lo destruirá antes de que los rebeldes hayan podido enterarse de que nos hemos puesto en movimiento. Sin sus Caballeros Jedi, la Alianza Rebelde quedará reducida a un grupo impotente de idealistas ineptos.

La audiencia estalló en vítores y Kyp se sintió obligado a aplaudir para que nadie se fijara en él. Dorsk 81 parecía enfermo, y nada más mirarle Kyp supo qué estaba pensando el clon alienígena: Dorsk 81 creía que debían marcharse inmediatamente de aquel lugar, advertir a la Nueva República y empezar a organizar las defensas alrededor de Yavin 4.

Pero moverse en aquel momento significaría atraer la atención de toda la flota imperial hacia ellos. Tenían que esperar.

Pellaeon siguió hablando, y Kyp notó que se estaba poniendo cada vez más tenso. La audiencia parecía estar entusiasmada. Imágenes holográficas del Emperador Palpatine se agitaban a lo largo de las colosales paredes, murales animados que mostraban cómo el Nuevo Orden había traído una supuesta edad de oro, desgraciadamente demasiado corta, a la galaxia.

—Nuestros preparativos ya casi están terminados —dijo Pellaeon—. Sus oficiales superiores les darán todos los detalles del movimiento de las tropas y les explicarán qué han de hacer para ser lo más útiles posibles en este ataque, que será tan repentino como decisivo. Pero antes, permítanme que les presente a la persona responsable de unirnos a todos.

Señaló el turboascensor en el mismo instante en que sus puertas se abrían en el escenario detrás de él. Las colosales pantallas de vídeo mostraron una silueta saliendo del turboascensor, una figura alta y esbelta con una ondulante cabellera que parecía una masa de cobre envuelta en llamas.

—¡La almirante Daala! —anunció Pellaeon, y se hizo a un lado.

Kyp tuvo la sensación de que una bomba controlada por un detonador que se activaría en cuestión de segundos acababa de ser arrojada dentro de sus entrañas. La almirante imperial fue hacia el podio para dirigirse a la gigantesca reunión, avanzando en silencio con el rostro afilado y consumido por el fracaso. Su belleza, que ya había sido dura y temible en el pasado, se había vuelto todavía más angulosa… y más maligna.

Daala había capturado a Han Solo y Kyp después de que escaparan de las minas de especia de Kessel, y había ordenado la ejecución de Kyp por considerar que era un prisionero carente de todo valor. Kyp había creído destruirla en la Nebulosa del Caldero cuando utilizó el Triturador de Soles para provocar la ignición de una masa de soles azules. Sin embargo, Daala había logrado escapar de alguna manera inexplicable y milagrosa para volver a atacar la Instalación de las Fauces… pero había muerto allí. Kyp estaba seguro de ello. ¡No podía estar encima de aquella plataforma! ¡No podía estar al frente de la nueva flota imperial!

Todos aquellos pensamientos desfilaron por su mente en una fracción de segundo, y Dorsk 81 percibió a través de la Fuerza el volcán que estaba aguardando el momento de entrar en erupción dentro de Kyp. El clon alienígena puso sus manos color verde oliva sobre el hombro de su amigo para evitarlo… pero aquella presión repentina sobresaltó a Kyp lo suficiente para que perdiera el control de sí mismo.

—¡No! —gritó, retorciéndose hasta quitarse de encima las manos de Dorsk 81—. ¡Está muerta! ¡Daala tiene que estar muerta!

Mientras el resto de la audiencia seguía aplaudiendo y lanzando vítores, los que estaban más cerca de él se volvieron ante aquella repentina agitación. Kyp logró recuperar la compostura, furioso consigo mismo por no haber sido capaz de controlarse.

Los soldados de las tropas de asalto volvieron a aparecer, veloces y eficientes.

—¡Esta alteración del orden debe cesar inmediatamente! —ordenó el jefe de la patrulla, cuyos integrantes ya tenían sus desintegradores desenfundados y listos para hacer fuego—. Es la segunda advertencia que recibe. Enséñeme su asignación de puesto y sus documentos de identificación.

Varios soldados más surgieron de la nada y apuntaron a Kyp y Dorsk 81 con sus armas.

—Sí, sí… Claro —dijo Kyp, llevando lentamente la mano hacia su bolsillo.

Su cerebro estaba funcionando a toda velocidad. Dorsk 81 parecía estar a punto de desmayarse, aunque el clon alienígena permanecía erguido y tenso, preparado para luchar en el caso de que llegara a ser necesario. Kyp sabía que no les quedaba otra elección. Metió la mano en el bolsillo de su mono, fingiendo que iba a extraer la tarjeta de asignación de puesto… y curvó los dedos alrededor de la empuñadura de su espada de luz.

Los soldados de las tropas de asalto estaban más irritados que inquietos. Kyp los pillaría totalmente por sorpresa.

La voz de la almirante Daala brotó de los sistemas de amplificación convertida en un trueno ensordecedor, como un eco horrible del pasado de Kyp.

—Todos podéis sentiros orgullosos de lo que estáis a punto de hacer —dijo.

«Sí —pensó Kyp de repente—. Sí, me siento orgulloso de lo que voy a hacer…» Empuñó su espada de luz, y la hoja de energía apareció con un chasquido sibilante. Kyp la movió en un arco fulgurante que separó la mano acorazada del soldado de las tropas de asalto de su muñeca, llevándose la pistola desintegradora con ella para seguir avanzando

a través de su primer objetivo y caer sobre el segundo soldado. Kyp se movió tan deprisa como un látigo agitado en el aire, y su espada de luz cobró vida en un estallido de energía llameante para derribar a un tercer soldado.

Los asistentes a la reunión más cercanos a Kyp y Dorsk 81 retrocedieron, sorprendidos y confusos. Las espadas de luz eran las armas inconfundibles de los odiados Caballeros Jedi. La conmoción se fue extendiendo como la onda expansiva surgida de una estrella en explosión. Unos espías acababan de aparecer repentinamente en la reunión, y la turba de devotos defensores del Imperio exigiría sangre.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Kyp mientras repartía mandobles a diestra y siniestra con su espada de luz.

La multitud de humanos y trabajadores alienígenas se abrió ante él como un campo de trigo maduro bajo la acometida de un vendaval, aunque fueron muchos más los que huyeron dominados por el pánico que los que cayeron bajo la abrasadora energía de las espadas de luz. Kyp y Dorsk 81 lucharon hombro con hombro.

—¡Caballeros Jedi! —gritó la almirante Daala desde el podio. Estaba bastante lejos, pero aun así había podido reconocer el característico fulgor de las espadas de luz… y su rostro, de docenas de metros de altura y reflejado una y otra vez en las inmensas pantallas de vídeo, parecía el de una deidad ofendida que exigiera justicia—. ¡Matad a los Caballeros Jedi!

Los soldados de las tropas de asalto convergieron sobre ellos y empezaron a disparar sus rifles desintegradores. La espada de luz de Dorsk 81 desvió el primer haz, enviándolo hacia el techo del final de la explanada, y el segundo disparo atravesó la espalda de un teniente imperial que huía a la carrera.

—No luches a menos que te veas obligado a hacerlo —dijo Kyp—. Sólo serviría para hacernos perder más tiempo… ¡Corre!

Kyp acababa de comprender que su compañero había tenido toda la razón al querer marcharse antes. Debían transmitir su información a la Nueva República: si permitían que el Imperio los capturase, miles de millones de seres inteligentes morirían sin haber tenido tiempo de defenderse.

El tamaño de la multitud era un factor que trabajaba a su favor, y cuando las ondulaciones del pánico empezaron a rebotar en los muros, la confusión de la masa engulló todos los detalles que pudieran indicar dónde se encontraba la perturbación y en qué consistía exactamente.

Kyp y Dorsk 81 volvieron corriendo al lugar en el que habían posado su lanzadera robada. Los haces desintegradores persiguieron a los dos Caballeros Jedi por los corredores de la estación conectora y rebotaron en las planchas de las paredes, pero los disparos no estaban lo suficientemente bien dirigidos para poder llegar a dar en el blanco.

Llegaron a su nave y salieron disparados de la pista de descenso, con los haces repulsores y los motores sublumínicos ardiendo a máxima potencia en una huida desesperada. Mientras Dorsk 81 se ocupaba de los sistemas estabilizadores para enderezar la lanzadera, su errático curso los ayudó considerablemente en su fuga porque

las naves automatizadas de vigilancia del perímetro, que estaban tratando de centrar sus miras en ellos, lanzaron repetidas andanadas pero no consiguieron acertarles.

—¡Tenemos que entrar en el hiperespacio, y deprisa! —gritó Kyp.

Los largos dedos de Dorsk 81 revolotearon sobre el teclado del ordenador de navegación.

—No disponemos de tiempo para calcular una trayectoria larga —dijo.

—¡Pues entonces da un salto corto! Basta con que nos saques de aquí.

—Las coordenadas de Khomm están programadas —respondió Dorsk 81 mientras tecleaba una lectura—. Yo… Eh… Bueno, las introduje antes de bajar. Khomm está al otro lado del núcleo exterior. Podemos enviar una transmisión de alerta desde mi mundo natal.

—¡Estupendo, estupendo! —dijo Kyp.

Y entonces una de las naves de vigilancia automatizadas logró centrar sus miras el tiempo suficiente para dar en el blanco, y su disparo se esparció sobre los motores sublumínicos de los fugitivos. La lanzadera perdió casi toda su potencia motriz, y la considerable inercia acumulada fue lo único que les permitió seguir avanzando.

—Los daños son serios —informó Kyp mientras Dorsk 81 conectaba los motores lumínicos principales e iba incrementando la entrada de energía—, pero sólo le han dado a los propulsores sublumínicos y todavía contamos con el hiperimpulsor. Tenemos que salir de aquí.

Centenares de naves ya habían empezado a despegar de la estación conectora por detrás de ellos.

—Conectando la hiperimpulsión —dijo Dorsk 81 por fin.

Las defensas de perímetro automatizadas giraron para centrar los sistemas de puntería en su nave. Más haces destructivos de energía turboláser pasaron junto a ellos, fallando el blanco por muy poca distancia. La andanada de un cañón iónico se deslizó alrededor de la lanzadera imperial robada, esparciéndose sobre sus escudos y causando daños mínimos.

—Si consiguen darnos de lleno con un cañón iónico, quedaremos varados en el espacio —dijo Kyp—. Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

—¡Todo listo! —gritó Dorsk 81—. Agárrate, Kyp.

Y los dos Caballeros Jedi desaparecieron entre un estallido de líneas estelares mientras el Imperio enviaba todas sus fuerzas contra ellos.

CINTURÓN DE ASTEROIDES DE HOTH

CAPÍTULO 37

Tres cazas ala-A modificados para poder alcanzar grandes velocidades surcaron el espacio, alejándose del grupo de naves que rodeaban al *Viajero Galáctico* del almirante Ackbar, y se desvanecieron en el hiperespacio con un silencioso estallido de luz.

El general Crix Madine bajó la mirada hacia los controles de su cabina de pilotaje y los contempló a través de la suave curva del visor de su casco. Potentes motores rugían a su alrededor, haciendo vibrar el casco del ala-A. Madine había pilotado muchas naves con anterioridad, desde navíos muy veloces hasta cargueros pasando por interceptores y aparatos de exploración. Había tomado parte en incursiones de la Alianza Rebelde, y en ataques imperiales antes de eso. Pero desde la batalla de Endor había dedicado la mayor parte de su tiempo a trabajar entre bastidores, organizando misiones secretas que eran llevadas a cabo por reclutas más jóvenes.

Pero esta vez no sería así.

El parpadeante resplandor fantasmagórico del hiperespacio rugía a su alrededor mientras los alas-A se abrían paso a través de los muros del espacio-tiempo, atravesando la galaxia a una velocidad superior a la de la luz. El equipo de Madine no había enviado ningún mensaje o señal de comunicación a Ackbar con anterioridad al despegue. Los hutts no debían enterarse de su partida.

Su ordenador de navegación había trazado el rumbo más corto a las coordenadas proporcionadas por el rastreador colocado en la nave particular de Durga. Korenn y Trandia volaban por el hiperespacio flanqueando a Madine, manteniendo un silencio absoluto de comunicaciones y totalmente concentrados en su misión. Madine conocía muy bien la valía de sus compañeros, y se permitió una sombría sonrisa de satisfacción. Los rebeldes siempre habían sabido conseguir voluntarios de primera categoría.

Envuelto por el vacuo aburrimiento del hiperespacio, Madine dejó vagar sus pensamientos durante las horas programadas de su vuelo. Él también había sido uno de esos reclutas de los rebeldes, otro de los imperiales convencidos de que debían desertar del Imperio por algunos de sus compañeros, amigos de los viejos tiempos antes de que el Nuevo Orden destruyera los fundamentos de la Antigua República: amigos como Carlist Rieekan, que había ascendido hasta el rango de general en la Alianza Rebelde y había estado al mando de la Base Eco en Hoth.

Poco después de unirse a la Rebelión, Madine había empezado a trabajar en estrecha colaboración con Mon Mothma, quien había aceptado su presencia como consejero de confianza a pesar de que otros no estaban tan seguros sobre aquel nuevo desertor. Ackbar se había convertido en un buen amigo suyo después de su propio rescate del Imperio. Hosco y lleno de coraje, el calamariano sabía cómo dirigir la flota rebelde.

Pero Crix Madine siempre había sido distinto de ellos tanto en sus prioridades como en lo lejos que estaba dispuesto a llegar para alcanzar sus objetivos. Mon Mothma valoraba sus opiniones porque Madine le proporcionaba una nueva perspectiva. Madine había luchado contra los rebeldes en el bando del Emperador. Sabía qué tácticas eran efectivas, y cuáles habían fracasado por completo.

Madine también sabía cuál era el lugar que le correspondía: era un hombre necesario, aunque las operaciones clandestinas no siempre eran demasiado agradables. Antes de la batalla de Endor, mientras planeaba su estrategia y descifraba los datos de incalculable valor que iban llegando en un lento goteo a través de una frágil red de espías bothanos, el plan original de Mon Mothma había consistido sencillamente en destruir la segunda Estrella de la Muerte cuando aún se hallaba en fase de construcción. Pero cuando los rebeldes se enteraron de que el Emperador Palpatine inspeccionaría la estación de combate, Crix Madine se había alegrado enormemente ante aquella oportunidad.

Pero Mon Mothma parecía muy preocupada.

—El asesinato de líderes políticos no es la clase de táctica que la Alianza Rebelde está dispuesta a utilizar ni siquiera si esos líderes son nuestros enemigos —había dicho en una reunión a puerta cerrada con Madine y Ackbar.

—Entonces perderemos —dijo Madine—. El Imperio no conoce esos frenos. Mon Mothma, ¿acaso cree que dudarían ni un instante en asesinarla si se les diera la oportunidad de hacerlo?

Mon Mothma permaneció inmóvil con el rostro levemente enrojecido, y cuando respondió alzó la voz de una forma que no era nada propia de ella y golpeó la mesa con los puños.

—¡No permitiré que mi gobierno llegue a volverse tan retorcido y maligno como el del Imperio!

—Ya hemos corrido demasiados riesgos para organizar esta operación, Mon Mothma —dijo Ackbar—. Nuestra flota está preparada para partir hacia Endor. Nuestra misión de distracción ya ha empezado a actuar en Sullust. No podemos volvernos atrás meramente porque el Emperador esté a bordo de la Estrella de la Muerte.

—Salvaremos millones de vidas inocentes —dijo Madine—. Tendremos que pagar un precio, pero la recompensa es potencialmente mucho más grande. Si permitimos que la Estrella de la Muerte sea terminada, Alderaan sólo será el primero en una larga cadena de planetas que irán siendo convertidos en restos espaciales a capricho del Emperador.

Y Mon Mothma había acabado consintiendo en que el Emperador también fuera considerado como un objetivo. En cuanto se hubo tomado la decisión, Mon Mothma la aceptó con todo su entusiasmo y energías, y empezó a dar órdenes con firme determinación.

Y así la Estrella de la Muerte fue destruida y el Imperio derribado, y se estableció la Nueva República… aunque la paz y la armonía no habían llegado tan deprisa como esperaban entonces.

Años después de todo aquello, Madine se encontraba surcando el hiperespacio a bordo de un ala-A de exploración con rumbo hacia otra superarma que estaba siendo construida por otro tirano que esperaba poder gobernar la galaxia.

A veces tenía la sensación de que aquello no terminaría nunca.

* * *

Los alas-A surgieron del hiperespacio en los confines del cinturón de asteroides, y de repente pareció como si un gigantesco puño invisible hubiera lanzado una rociada de rocas medio aplastadas contra ellos. El rastreador colocado en la nave de Durga les había proporcionado la localización exacta en el corazón de aquella peligrosa zona repleta de escombros, pero no ofrecía ningún camino seguro que seguir.

Madine corrió el riesgo de enviar un haz de comunicaciones de tráfico concentrado a las dos naves que avanzaban en rumbos paralelos al suyo.

—Ve delante, Trandia —dijo—. Tienes que enhebrar la aguja. Encuentra un camino a través de todas estas rocas para que podamos llegar hasta la zona de construcción y averiguar qué está ocurriendo allí.

—Sí, señor —respondió Trandia.

La voz de la joven burbujeó con una vibración de alegría por el entusiasmo de haber sido elegida. Madine dejaría que Korenn guiara a la pequeña formación durante el trayecto de vuelta.

El ala-A de Trandia empezó a abrirse paso por entre los cúmulos de asteroides, moviéndose en apretadas curvas y acelerando a través de las aberturas creadas por la lenta separación de los cuerpos de piedra. Sus motores traseros brillaron con un resplandor blanco azulado cuando incrementó la velocidad. Madine y Korenn se mantuvieron pegados a ella y fueron siguiendo su tortuoso curso.

Madine admiró la habilidad con que Trandia pilotaba la nave y vio cómo su ala-A iba avanzando por entre los guijarros que flotaban a la deriva en el espacio. Sus escudos delanteros emitieron débiles destellos cuando Trandia aumentó su potencia. Madine hubiese preferido no volver a romper el silencio de las comunicaciones, pero abrió otro canal.

—No es necesario que me impresiones, Trandia —dijo—. Ten cuidado.

—No se preocupe, señor —respondió Trandia.

Pero antes de que Madine pudiera decir nada más, Korenn hizo que su ala-A describiese un brusco viraje y redujo la velocidad.

—He sido alcanzado por un pequeño fragmento de asteroide que ha atravesado mis escudos traseros, señor —dijo.

—Reduce la velocidad, Trandia —ordenó secamente Madine—. Dame un informe general de situación, Korenn. ¿Qué daños has sufrido?

—Hay una pérdida parcial de potencia motriz —dijo el joven piloto.

Madine volvió la cabeza para mirar por el visor de su cabina y vio pequeños chorros de chispas azuladas que bailoteaban alrededor de las hileras de motores del ala-A de Korenn. Había sufrido algo más que daños menores, desde luego: el núcleo tenía una brecha.

—Escúchame, Korenn… —empezó a decir Madine con el corazón latiéndole a toda velocidad.

El ala-A averiado se desvió bruscamente hacia un lado y se bamboleó por el espacio mientras los asteroides seguían girando a su alrededor como una gigantesca trituradora.

—Pérdida de control de altitud —dijo Korenn, alzando la voz—. ¡No consigo estabilizar la nave!

—¡Korenn! —gritó Trandia, y su ala-A viró en redondo.

—¡Sube, sube! —gritó Madine.

Trandia fue hacia su compañero por un vector de velocidad máxima. Madine no sabía qué esperaba hacer, pero el ala-A de Korenn chocó con una gran roca espacial antes de que Trandia hubiera podido llegar hasta él. El núcleo motriz cedió bajo el impacto, y la nave estalló en una erupción de llamas.

Trandia hizo una pasada por encima de los restos que seguían ardiendo sobre la superficie del gran asteroide: la detonación había esparcido algunas planchas del casco y nubes de componentes medio fundidos, colocándolos en órbita.

—Buscando supervivientes, señor —dijo Trandia, con la voz a punto de quebrarse.

Madine sabía que Korenn no podía haber sobrevivido a la colisión, pero permitió que la joven dedicara unos momentos más a hacer varias pasadas sobre la roca que giraba lentamente en el espacio hasta que Trandia desistió y volvió a acercar su nave a la suya.

—Nada que informar, señor —dijo Trandia con voz átona.

—Lo sé —dijo Madine—. Pero tenemos que seguir adelante.

—Ha sido culpa mía, señor —dijo Trandia en un tono casi suplicante.

—Y mía, por haberte ordenado que fueras delante —respondió Madine—. Y de la jefe de Estado, por haber ordenado esta misión, y de los hutts por estar construyendo el arma… y así hasta el infinito. Podríamos dedicar años a ir repartiendo culpabilidades en una cadena interminable, pero prefiero continuar con nuestra misión. ¿No crees que es lo mejor? Trandia tardó unos momentos en responder.

—Sí, señor —dijo por fin.

Siguieron avanzando a velocidad reducida y se fueron aproximando al corazón del cinturón de asteroides. Los dos alas-A prosiguieron su avance con los motores al mínimo de potencia y las balizas de situación apagadas, y acabaron llegando a la gran masa de luces de la zona de construcción.

Madine fijó su curso y transmitió una trayectoria comparable a Trandia. Una vez colocados en el rumbo adecuado, los dos apagaron sus motores y siguieron adelante, flotando en una lenta deriva como hacían todos los fragmentos de basura espacial.

Madine, con los ojos secos y toda su atención concentrada en lo que tenía delante, vio cómo la zona de construcción iba viniendo hacia ellos en una aproximación de infinita

lentitud. El general fue absorbiendo los detalles: estaba contemplando una inmensa fortaleza cilíndrica, una reluciente estructura metálica ya casi completada que parecía un túnel gigante abierto en el espacio. A juzgar por su aspecto general, la estación de combate contenía uno de los superláser destructores de planetas a lo largo de su eje.

Los hutts habían introducido muchas modificaciones en los planos originales de la Estrella de la Muerte. Eso sólo podía significar que disponían de unos recursos de ingeniería realmente impresionantes.

Madine y Trandia posaron sus alas-A en un gran asteroide, uno de los restos espaciales más cercanos a la zona de construcción. La estación de combate recién construida se recortaba sobre la negrura del cielo salpicado de estrellas. Madine volvió a enviar un haz concentrado de comunicaciones.

—Nos quedaremos en este asteroide para hacer el reconocimiento general ——dijo—, y después nos pondremos los trajes de vacío e intentaremos infiltrarnos.

CAPÍTULO 38

Mientras su nave seriamente averiada se iba alejando poco a poco de Hoth, Calista trabajó codo a codo con Luke Skywalker. Los dos lucharon desesperadamente contra el tiempo: hicieron conexiones de emergencia, anularon componentes destrozados y volvieron a colocar el equipo más vital en su sitio, tratando de reparar cada avería antes de que se produjera otra.

Los wampas no habían logrado abrir ninguna brecha en el casco del yate espacial, pero habían causado muchos daños. Los propulsores sublumínicos de la nave, que habían perdido más de la mitad de su potencia, los fueron alejando del planeta helado y, aunque no de muy buena gana, acabaron colocándolos en una órbita de salida. Los motores intentaron fallar por completo en varias ocasiones, pero consiguieron seguir funcionando.

Se habían quedado sin hiperimpulsión, y su ordenador de navegación estaba tan dañado que no había forma de repararlo. Luke y Calista se adentraron en el campo de asteroides que se extendía alrededor de Hoth con los escudos al mínimo de potencia y sin tener prácticamente ningún control sobre su trayectoria. Los asteroides empezaron a hacerse más y más numerosos a su alrededor, y las rocas flotantes giraron en amenazadoras curvas alrededor de la diminuta nave. Calista tenía mucho miedo, pero no lo expresó en voz alta.

Luke alzó la mirada hacia ella y la contempló con los ojos enrojecidos y un poco vidriosos, el rostro tenso por el cansancio y la preocupación. Calista, con su rubia cabellera despeinada y sus ojos grises inyectados en sangre, sabía que probablemente tenía tan mal aspecto como él, pero una débil esperanza había empezado a dar algo de color a la pálida piel de Luke.

—Quizá pueda usar la Fuerza para guiar la nave —dijo Luke—. Por lo menos lo suficiente como para evitar una colisión seria… pero no sé adónde iremos.

—Ojalá pudiera ayudarte —dijo Calista—. Pero no puedo. No puedo, y no me atrevo a intentarlo.

—Usaste muy bien la espada de luz contra las criaturas de las nieves —replicó Luke, intentando tranquilizarla—, y no percibí ningún destello del lado oscuro. No sentí nada de lo que capté en Dagobah.

—No —susurró Calista—. No permití que llegara a aparecer.

Pero sabía que el lado oscuro había estado allí, como unas alas negras suspendidas en el límite de su consciencia que exigían ser liberadas. Calista se había negado, pero… Oh, la tentación había sido tan grande…

Los sistemas de apoyo vital tosieron y murieron entre un diluvio de chispas y una nube de humo de los circuitos quemados. Luke y Calista empezaron a extraer componentes de ordenadores no esenciales, intentando conseguir que los sistemas volvieran a funcionar.

—Está tan dañado que sólo puede operar a un diez por ciento de eficiencia —dijo Luke—. Eso no va a servirnos de mucho.

Calista se estremeció. La temperatura ya había empezado a descender rápidamente dentro de la cabina.

—No vamos a salir de ésta, ¿verdad? —preguntó con tranquila y brutal sinceridad.

Luke la contempló en silencio durante un momento interminable, y después se obligó a sonreír.

—No de ninguna manera obvia —acabó diciendo con un suspiro—. Pero eso sólo quiere decir que debemos buscar una solución que no es obvia.

Luke y Calista empezaron a inspeccionar los trajes ambientales que los wampas habían desgarrado con sus zarpas. Después, usando varios equipos de reparaciones y parches de tela que encontraron en paquetes olvidados dejados allí por algún mecánico de estación desconocido de Coruscant, consiguieron reparar un traje… pero sólo uno.

Una hora después la atmósfera ya se había vuelto perceptiblemente más tenue, y el calor de sus cuerpos no podía hacer gran cosa para calentar la cabina a medida que el frío del espacio se iba infiltrando en ella.

Luke deslizó los dedos sobre las rugosas protuberancias de los toscos parches con que habían remendado el traje, y tomó la mano de Calista.

—Has de ponértelo, Calista.

—No permitiré que te sacrifiques —respondió Calista—. Tú no dejaste que lo hiciera a bordo del Ojo de Palpatine.

Luke le alzó la mano y se la llevó a la mejilla.

—No tengo ninguna intención de sacrificarme —dijo—. Puedo sumirme en un profundo trance Jedi y reducir el ritmo de mi metabolismo hasta colocarme en un estado muy próximo a la animación suspendida. Después aguardaremos… sin perder las esperanzas.

Calista contempló el traje reparado, todavía no muy convencida, y después clavó la mirada en los límpidos ojos azules de Luke, deseando poder leer sus pensamientos y sus emociones.

—Quizá pueda utilizar la Fuerza para contactar con alguien y enviar un mensaje mediante mis pensamientos —siguió diciendo Luke—. Dudo de que nadie sea capaz de percibirlo, pero tenemos que intentarlo.

Calista fue deslizando lentamente la gruesa tela metalizada del traje ambiental sobre sus largas piernas.

—Sí —dijo, derrotada—, tenemos que intentarlo. —Acabó de ponerse el traje y besó a Luke antes de colocarse el casco—. ¿Estarás bien? —preguntó.

Luke intentó sonreír.

—Mientras estés aquí para cuidar de mí, sí.

Los ojos azules de Luke se cerraron y giraron lentamente dentro de sus cuencas cuando se hundió en los niveles más secretos de su mente, utilizando sus técnicas Jedi para entrar en un profundo trance cuyas murallas invisibles lo mantendrían alejado del resto del universo.

Calista anhelaba unirse a él, pero su percepción de la Fuerza se había vuelto tan débil y poco fiable que ya no podía utilizar sus antiguas capacidades. Ni siquiera podía iniciar el profundo trance en el que Luke acababa de sumir a su organismo.

Siguió contemplando a Luke en silencio, sintiendo el doloroso palpitar de amor que llenaba su corazón mientras luchaba con el silencio de la Fuerza dentro de su mente. Volvió a ver las oscuras sombras de posibilidades agitándose en sus pensamientos, atrayéndola con una manera de volver a usar la Fuerza que resultaría tan seductoramente sencilla…

«¡Únete al lado oscuro!»

… incluso si eso significaba que debía sucumbir a influencias malignas.

—No —murmuró para sí misma, aunque sabía que no debía hacer nada que pudiera sacar a Luke de su trance.

Calista huyó de aquella oscura alternativa, asustada ante la facilidad con que las persistentes sombras habían podido llegar hasta ella en esa ocasión.

La cabina sumida en el silencio estaba cada vez más fría. El traje ambiental crujió a su alrededor cuando Calista se hizo un ovillo al lado de Luke, conservando sus energías y deseando estar junto a él.

Luke parecía una estatua. Las casi imperceptibles exhalaciones de su aliento habían formado una capa de escarcha sobre sus mejillas. Calista deseó desesperadamente poder percibir sus pensamientos y ser capaz de compartir sus esfuerzos para enviar una súplica de auxilio… pero la mente de Luke continuaba estando cerrada para ella.

La nave averiada siguió flotando a la deriva por el perímetro exterior del cinturón de asteroides, con los escudos al mínimo y el sistema de apoyo vital prácticamente inservible, y Calista permaneció inmóvil y sola en la oscuridad.

Y mientras tanto Luke Skywalker, alejado de todo dentro del cascarón de la Fuerza con el que había envuelto su cuerpo y su mente, concentró sus pensamientos en un solo proyectil, un grito tangible lanzado a través del espacio y del tiempo. Sus palabras temblaron dentro de su mente y vibraron a lo largo de las líneas de la Fuerza que conectaban cuanto existía en el cosmos.

Se acordó de cómo había colgado de las antenas inferiores de la Ciudad de las Nubes, suspendido sobre las nubes mientras se aferraba desesperadamente a las varillas de metal. Entonces, cuando aún no conocía la verdad sobre su hermana y antes de comprender que estaban unidos por una conexión invisible, Luke había lanzado una llamada similar. A pesar de su ignorancia, Luke había sabido a quién debía dirigir su petición de socorro.

—¡Leia! —gritó desde los confines del cinturón de asteroides, enviando sus pensamientos a través del espacio en un mensaje que vagaría por la negrura y el vacío—. Leia… Leia…

CAPÍTULO 39

Agotada por los devastadores efectos de la tensión constante a que había estado sometida durante la misión diplomática a la fortaleza de Durga —agravados por la asombrosa información de que la almirante Daala seguía viva y estaba preparando otro ataque contra la Nueva República—, Leia estaba sentada en su cómodo sillón de la lanzadera diplomática. Han pilotaba la nave en una rápida trayectoria de alejamiento de Nal Hutta, evitando por completo la Luna de los Contrabandistas primero y lanzándola hacia el espacio abierto en el que aguardaba la flota de Ackbar después.

El que ya no necesitara llevar los atuendos de gala diplomáticos suponía un gran alivio para Han, que volvía a vestir sus prendas de costumbre: chaleco negro, camisa blanca y unos pantalones oscuros que habían visto días mejores. Leia deseó haberse traído algo cómodo, pero se había olvidado de coger ropa informal mientras se estaba preparando para su gran actuación en el mundo de los hutts.

Inmóvil junto a ella, Cetrespeó intentaba ser útil recitando la lista de todas las obligaciones que estarían esperando a Leia cuando volviera a Coruscant. La estridente voz metálica del androide de protocolo fue enunciando un deber después de otro: Leia se había olvidado de algunos y había ignorado otros, y también había unos cuantos de los que sencillamente no quería acordarse. Mientras Cetrespeó seguía hablando de las reconfortantes trivialidades de la vida gubernamental con un entusiasmo que no parecía conocer límites, Leia se dio cuenta de que se estaba adormilando poco a poco. Las vibraciones de la nave diplomática canturreaban dentro de sus huesos como un masaje electrónico. Sus pensamientos empezaron a vagar sin rumbo fijo. Su respiración se volvió más regular…

Y de repente una lanzada de pensamientos atravesó su mente. Leia se irguió de golpe, y sintió cómo todo su cuerpo era recorrido por un estremecimiento convulsivo que le puso la piel de gallina. Abrió y cerró sus grandes ojos castaños y dejó escapar un jadeo ahogado. El pensamiento volvió una vez más, como una bala de hielo que atravesara su mente a una velocidad vertiginosa.

«Leia… ¡Leia!»

—¿Luke? —murmuró.

Cetrespeó, que seguía recitando su lista, por fin se dio cuenta de que le ocurría algo.

—¿Se encuentra bien, ama Leia?

Leia se estremeció y cerró los ojos. Deslizó las yemas de sus dedos sobre su frente… y la voz siguió resonando dentro de su cráneo, una distante súplica envuelta en ecos que carecía de detalles y se reducía a aquella petición repetida una y otra vez.

«¡Leia!»

—Es Luke —dijo—. Tiene problemas.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Han.

Su rostro estaba lleno de preguntas que no quería formular en voz alta. Durante los años que llevaban juntos, Han había aprendido a no interesarse por ciertos detalles de los

Jedi… porque de todas maneras nunca los entendería. Ya no consideraba que la Fuerza fuese «una religión de pacotilla», pero seguía sin comprenderla.

—No —dijo Leia. La voz etérea de Luke se retiró a las profundidades de su mente, donde continuó resonando. Su insistente llamada no se hizo más apremiante, pero siguió llegando hasta ella en una súplica incesante—. Pero creo que puedo averiguarlo si me concentro lo suficiente. Tenemos que…

—¡Eh, mira! —exclamó Han, señalando con un dedo mientras se aproximaban a la flota de la Nueva República. El Yavaris, la fragata de escolta de Wedge, flotaba delante de ellos como una monstruosidad llena de ángulos y aristas. La vieja y familiar silueta del *Halcón Milenario* estaba inmóvil sobre una de las entradas de atraque—. Chewie debe de haber vuelto con Erredós. —Han hizo girar su asiento y miró a Leia—. Cuando nos reunamos con la flota, les contaremos todo lo que hemos averiguado sobre los hutts. Después podemos llevarnos a todas esas naves de guerra con nosotros para rescatar a Luke… o podemos ir solos a bordo del *Halcón*.

—Muy bien. —Leia se mordisqueó el labio inferior—. Pero no creo que llevarnos a toda la flota vaya a servir de mucho. —Tragó saliva, intentando aliviar la dolorosa tensión de su garganta reseca—. Tendremos que informar a Ackbar de lo que hemos averiguado sobre las actividades imperiales. Necesitará algo de tiempo para planear su estrategia.

La lanzadera diplomática entró en el hangar de recepción del Yavaris, y Han y Leia salieron corriendo de ella acompañados por su escolta armada de la Nueva República. Antes de que Han pudiera orientarse, la imponente y desgarbada silueta de un wookie que lanzaba gritos ensordecedores fue corriendo hacia él. Chewbacca estrechó a Han entre sus brazos con tanta fuerza que Leia creyó poder oír cómo le crujían los huesos.

Wedge Antilles también llegó a la carrera, jadeando y sin aliento.

—¡Han, Leia! Me alegro de veros… Chewie y Erredós descubrieron algunas cosas en Nar Shaddaa, pero cuando se enteraron de que veníais de camino insistieron en esperar.

Chewbacca soltó una rápida serie de ladridos y resoplidos wookies, contando a toda velocidad una historia que Leia no consiguió entender. Erredós surgió de la nada y contribuyó a la confusión con una tempestad de silbidos y trinos electrónicos.

—¡Eh, esperad un momento! —dijo Leia, alzando la voz.

Han extendió las manos con las palmas hacia adelante.

—Chewie —dijo—. Eh, amigo, calma… ¡Habla más despacio! No consigo entenderte.

Han necesitó unos minutos para poder comprender aquel mensaje sobre el general imperial Sulamar y cómo estaba colaborando con los hutts para construir su superarma. Aquello —unido a la información de que la almirante Daala había unificado los restos de las fuerzas imperiales y estaba planeando su gran ataque— convertía la galaxia en un lugar realmente muy peligroso.

Leia escuchó en silencio, aturdida de pura preocupación por Luke, pero sabiendo que tenía que emitir instrucciones y dar órdenes a su flota antes de salir corriendo en busca de su hermano.

—Vayamos a la sala de guerra y pongámonos en contacto con el almirante Ackbar, general Antilles —dijo después—. Tenemos que hablar de la estrategia que seguiremos, pero Han y yo debemos irnos lo más pronto posible: mi hermano Luke tiene problemas. Todo está ocurriendo simultáneamente.

—¿Luke tiene problemas? —preguntó Wedge—. ¡Bien, vamos!

Fueron corriendo a la sala de guerra, y una transmisión codificada hizo aparecer ante ellos un simulacro holográfico del almirante Ackbar. Leia tabaleó sobre la mesa con las puntas de los dedos y miró a su alrededor, sintiendo que la llamada mental de Luke seguía siendo tan intensa como antes.

Luke la necesitaba. Estaba atrapado, y necesitaba su ayuda. Leia tenía que irse. Tenía que irse, ¡y enseguida!

—Los hutts están construyendo su propia superarma con ayuda imperial —explicó—. Y la almirante Daala, nuestra vieja amiga, está unificando una nueva flota para atacar a la Nueva República. Todo eso está ocurriendo justo delante de nuestras narices.

Su mirada fue del rostro de facciones enérgicas y decididas de Wedge a los vidriosos e indescifrables ojos calamarianos de Ackbar.

—Quiero que todos nuestros equipos entren en estado de alerta amarilla a partir de este momento —siguió diciendo—. Asegúrense de que todo el mundo está preparado para entrar en combate inmediatamente y desplegarse en cualquier sitio que pueda ser atacado por los imperiales. —Se volvió hacia Wedge—. Pero debemos ser discretos. Ellos no saben que sabemos lo que andan tramando, y ésa es la única ventaja de que disponemos. Probablemente son conscientes de que sospechamos algo porque hemos estado husmeando por aquí… pero seguramente creen que no hemos averiguado nada. Continuarán con sus maniobras tal como han estado haciendo hasta ahora.

»Han, Chewie y yo iremos a rescatar a Luke en el *Halcón*. No podemos permitir que los hutts piensen que se ha producido el informe sobre la misión algún cambio en la situación. Esperen a recibir del general Madine, y actúen en consecuencia si no hemos regresado… Confío en todos ustedes. Leia se puso en pie con el rostro lleno de decisión. —Ahora he de ir a salvar a mi hermano. Han le cogió la mano mientras corrían hacia el *Halcón*.

Leia estaba inmóvil debajo de las tiras del arnés de seguridad de su asiento. Continuaba concentrándose, y estaba siguiendo el rastro de la cada vez más débil petición de ayuda de Luke. Sus capacidades para usar la Fuerza habían sido reforzadas y aguzadas a través del adiestramiento de Luke y, aunque no había podido proporcionar a Han ninguna coordenada directa para su ordenador de navegación, sí podía guiar el *Halcón* hacia la

dirección general correcta. Después Leia fue precisando cada vez más la posición de Luke a medida que se iban aproximando.

El maltrecho yate espacial parecía un pecio abandonado que flotaba a la deriva, siguiendo una trayectoria aleatoria a lo largo de los confines del cinturón de asteroides. Erredós soltó un chillido electrónico cuando detectó la nave en los sensores, y Chewbacca llevó a cabo una triangulación de su posición mientras pilotaba el *Halcón* en su misión de rescate.

Usaron el haz tractor del *Halcón* para ir acercando el yate hasta que sus escotillas quedaron unidas, y después las sellaron para que Han, Leia y Chewie pudieran abrir la compuerta exterior y entrar en el oscuro interior de la nave incapacitada. Leia ya había visto unas señales muy inquietantes en el casco exterior: no eran simples abolladuras y cicatrices dejadas por impactos de meteoros, sino largos arañazos que parecían haber sido producidos por unas garras imposiblemente afiladas.

No podía entender qué había estado haciendo Luke en el sistema de Hoth. Cuando él y Calista partieron de Coruscant, Luke tenía intención de ir al muy romántico y altamente exclusivo centro turístico comentario de la Cantera de Agua Primordial Mulako… pero algo debía de haber cambiado.

Han se introdujo en la bodega vacía de la nave de Luke con un jadeo y un golpe sordo, y pidió que le pasaran los respiradores.

—Aquí dentro casi no queda aire —boqueó—, y hace un frío terrible. Me recuerda a Kessel.

Chewbacca le arrojó unos cuantos iluminadores y varias mascarillas antes de bajar cautelosamente su cuerpo peludo hacia la cámara sumida en la penumbra. Han y Leia se pusieron las mascarillas y cogieron un iluminador cada uno, dirigiendo sus haces luminosos hacia la oscuridad que se había adueñado de la nave. Chewbacca se estremeció y se frotó los brazos cubiertos de hirsuto pelaje.

—Se han quedado sin energía —dijo Leia—. Los sistemas de apoyo vital están prácticamente muertos.

—Y el control de propulsión también parece estar fuera de combate —dijo Han.

Leia meneó la cabeza.

—Pero puedo percibir la presencia de Luke. Ahora ya sólo es un murmullo, pero está ahí.

Encontraron los dos cuerpos inmóviles en la cámara de atrás, el pequeño dormitorio de la nave: Luke yacía en el suelo, tan quieto como una estatua, y Calista, que llevaba un traje ambiental lleno de parches al que apenas le quedaba energía, se aferraba a él. Luke parecía estar congelado. Una capa de escarcha cubría sus cejas, sus pestañas y su labio superior. Su piel había perdido todo el color, y estaba tan amarillenta como la cera.

Calista se removió dentro de su traje y dejó escapar un gemido ahogado. El movimiento resquebrajó la fina capa de escarcha acumulada sobre las articulaciones de sus brazos, desmenuzándola y convirtiéndola en un polvillo blanco.

—Su traje está a punto de dejar de funcionar —dijo Han—. Metámoslos en el *Halcón*. Ocúpate de Luke, Chewie… Leia y yo nos encargaremos de Calista.

Llevaron los cuerpos inconscientes de los dos Jedi al calor y el aire del *Halcón* y después separaron su escotilla de la de aquel yate espacial destrozado que ya nunca volvería a surcar el espacio, permitiendo que el cascarón fuera internándose en el campo de asteroides, como un resto de basura olvidado, para desaparecer allí donde no tardaría en ser aplastado por el implacable caos de la tempestad de meteoros.

Calista revivió primero. La ropa de abrigo y generosas dosis de té estimulante hicieron que se recuperase lo suficiente para insistir en ayudar mientras atendían a Luke Skywalker y trataban de hacerle recuperar el conocimiento. Su profundo trance había consumido sus reservas de energía, y Luke se había mantenido suspendido al borde de la muerte cuando el sistema de apoyo vital dejó de funcionar. Sólo su voluntad de sobrevivir había hecho posible que su corazón siguiera latiendo y que las moléculas de oxígeno continuaran moviéndose a través de sus pulmones: unas horas más, y habría sucumbido.

Calista, sus ojos grises rodeados de círculos rojizos, cogió una esponja empapada en agua caliente y la pasó por la cara, la frente y el cuello de Luke.

—Tuve que ver cómo se iba quedando sin fuerzas mientras yo me debilitaba más y más —le murmuró a Leia, y se estremeció—. Lo abracé, pero no podía tocarle. Le dije tantas cosas…

Alargó la mano y acarició delicadamente la mejilla de Luke con la punta de un dedo.

Y de repente Luke abrió sus ojos azules y respiró hondo. Parpadeó, y el color fue volviendo a sus mejillas. Hizo varias inspiraciones más lentas y fue reviviendo, como en una de esas secuencias de la apertura de una flor obtenidas mediante una serie de fotogramas rodados a lo largo de varios días.

—¿Estamos a salvo? —preguntó.

Su voz era un graznido enronquecido, pero estaba vivo… ¡Estaba vivo!

Calista rodeó a Luke con los brazos. Han, Chewie y Leia se inclinaron sobre ellos, teniendo que hacer un gran esfuerzo para mantenerse inmóviles y no aplastarle bajo el maravilloso peso de su alivio y su alegría.

—Sí, Luke, ahora estás a salvo —dijo Leia—, y ya hemos puesto rumbo hacia Yavin 4. Te llevaremos a la Academia Jedi, donde podrás descansar y recuperarte.

CAPÍTULO 40

Bevel Lemelisk estaba en su despacho personal de la Espada Oscura, la estación de combate ya casi terminada, y contemplaba la hilera de ventanales mientras estudiaba las últimas fases de aquel descomunal proyecto de construcción.

Su despacho era casi desafiantemente austero, con fríos muros metálicos, muy poco mobiliario y una ausencia total de decoración. Lemelisk no malgastaba el tiempo en frivolidades como el arte o las comodidades. Lo que más le importaba en el mundo era asegurarse de que disponía del equipo adecuado… y en abundancia. Lemelisk sólo era realmente feliz cuando se hallaba rodeado de juguetería tecnológica.

Mientras contemplaba el caos continuamente cambiante del cinturón de asteroides, siguiendo las pautas de movimientos erráticos de aquellas rocas a la deriva que eran impulsadas por sus propias y casi imperceptibles gravedades para formar complejas permutaciones de quinto orden, Lemelisk se fijó en un distante destello de luz reflejado por el casco de otra nave inmóvil en el cinturón de asteroides. Entrecerró los ojos. Sí, no cabía duda: era un navío, no otro asteroide.

—¿Espías? —se preguntó, sintiendo cómo la adrenalina empezaba a correr por sus venas.

Lemelisk lo dudaba. Aquel arma tan colosal no estaba haciendo nada para mantenerse oculta. Lo más probable era que se tratase de un grupo de contrabandistas que creían hallarse a salvo en una zona del espacio que todavía no había sido cartografiada.

Pero lo más molesto, en su opinión, era el hecho de que los taurills habían vuelto a caer en un frenesí de distracción provocado por aquel movimiento inesperado. Lemelisk no conseguía imaginarse cómo se las arreglaban aquellas criaturas tan pequeñas y diligentes metidas en sus diminutos trajes espaciales para percibir algo tan insignificante y lejano, pero la Mente Superior de los taurills tenía millares de ojos… y sólo se necesitaba uno para percibir la presencia de una novedad.

Los diminutos taurills empezaron a desplazarse por toda la zona de construcción para poder ver mejor el movimiento de las luces reflejadas, y fueron abandonando sus posiciones de trabajo para poder alzar la mirada y señalar con múltiples brazos.

Lemelisk frunció el ceño. Eso significaba que tendría que llevar a cabo otra exhaustiva inspección de la Espada Oscura, examinándola placa por placa para asegurarse de que no habían vuelto a cometer algún error. El científico había logrado ocultar la primera debacle a Durga el Hutt, pero no confiaba en poder seguir engañando al señor del crimen.

Lemelisk fue por el pasillo con su caminar pesado y contoneante, cogió un turboascensor que bajaba hasta el hangar de acceso a la zona de construcción y se metió en un viejo y maloliente deslizador de inspección, una diminuta nave esférica que sólo tenía capacidad para una persona… y a duras penas.

Lemelisk logró instalar su barriga detrás de los toscos controles y selló la compuerta. Los no muy eficientes sistemas de recirculación del aire no podían hacer gran cosa para

eliminar el olor a tapicería medio podrida que continuaba impregnando la atmósfera a pesar de los muchos años transcurridos desde que el deslizador había entrado en servicio.

Lemelisk hizo despegar el pequeño vehículo y atravesó el campo magnético de retención atmosférica, y después fue avanzando lentamente a lo largo del casco cilíndrico de negras planchas anodizadas.

Se acordó de la ocasión en que había hecho un recorrido de inspección similar de la Estrella de la Muerte original con el Gran Moff Tarkin… y esperó que esta vez el viaje no terminara de una manera tan catastrófica como en el pasado.

* * *

Lemelisk y el Gran Moff Tarkin habían salido del palacio del gobernador de Eriadu, un centro mercantil y gubernamental bastante importante del Borde Exterior en el que Tarkin había establecido su base primaria de operaciones cuando se convirtió en gobernador regional de los mundos del perímetro galáctico. La Estrella de la Muerte ya estaba terminada y Tarkin había traído a Bevel Lemelisk hasta Eriadu, apartándolo de uno de los nuevos proyectos de desarrollo armamentístico que se le acababan de asignar, para que pudieran llevar a cabo la primera prueba de vuelo de la estación de combate.

Tarkin se llevó consigo a Ackbar, su «mascota» calamariana, para que pilotase la lanzadera de la clase Lambda carente de señales de identificación que los llevaría hasta el sistema de Horuz, donde la Estrella de la Muerte flotaba en una órbita de baja altura sobre la colonia penal de Despayre.

Tarkin prefería viajar acompañado por una dotación completa de guardias porque eso le permitía moverse con la máxima libertad e introducirse en sitios donde podía oír palabras que supusieran un delito de traición y castigarlas de la manera adecuada. Además, la Estrella de la Muerte ya estaba prácticamente terminada, y Tarkin no quería atraer ninguna atención hacia el paradero de la superarma.

—¿A qué estás esperando, Ackbar? —preguntó secamente Tarkin desde el asiento de pasajeros contiguo al que ocupaba Lemelisk—. Vamos a ver esa arma que aplastará toda resistencia al Nuevo Orden del Emperador.

El calamariano se encorvó sobre sus controles sin decir nada y empezó a pilotar la lanzadera en un vector de alejamiento de Eriadu, dirigiéndola hacia el punto de salto por el que entrarían en el hiperespacio.

Tarkin aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para acosar y torturar a su silencioso e impasible esclavo calamariano. Ackbar era una criatura inteligente, al menos según Tarkin, y Lemelisk sabía que el implacable Gran Moff dedicaba bastante tiempo a mostrarle todas las tácticas que utilizaría para derrotar a los rebeldes, explicándole minuciosamente los trucos, planes secretos y fintas calculados para llenar de desesperación a quienes se resistían al poder imperial. Ackbar parecía adecuadamente abatido, toda chispa de esperanza extinguida… o por lo menos profundamente enterrada.

—Preparándonos para entrar en el hiperespacio —dijo el calamariano con la más completa falta de entusiasmo imaginable y sin que hubiera ninguna inflexión en sus palabras—. Destino: Despayre, en el sistema de Horuz.

Y entonces tres alas-Y rebeldes surgieron repentinamente de la nada y se precipitaron sobre la lanzadera de Tarkin mientras abrían fuego con sus cañones láser.

—¡Es un ataque rebelde! —exclamó Tarkin—. Inicia las maniobras de acción evasiva, Ackbar.

El calamariano se movió con repentina eficiencia… pero en vez de lanzarlos inmediatamente al hiperespacio, Ackbar desconectó los escudos.

—¡Idiota! —gritó Tarkin.

—Eh… ¿Qué piensa que deberíamos hacer ahora? —preguntó Lemelisk.

Los alas-Y rebeldes volvieron en una nueva pasada y lanzaron andanadas de precisión. Un rosario de explosiones cubrió la popa de la lanzadera de la clase Lambda, y la nave se bamboleó violentamente. Chorros de llamas y humo brotaron del compartimento trasero, y la lanzadera inició una caótica serie de giros por el espacio.

—Morirás por esto, Ackbar —dijo Tarkin.

Los rebeldes atacaron de nuevo y sus disparos hicieron que la lanzadera, seriamente dañada, empezara a girar sobre su eje. Tarkin acababa de ponerse en pie, y la nueva sacudida lo lanzó contra la pared del fondo. El Gran Moff cayó sobre Lemelisk, que todavía estaba unido a su asiento por las tiras del arnés de seguridad.

—Los escudos no funcionan y nuestros motores están averiados —dijo Ackbar—. Y ya vuelven para asestar el golpe de gracia… —El calamariano alzó la mirada hacia el visor delantero—. Sólo quería que entendiera que yo soy el causante de todo esto, Gran Moff Tarkin, y que es así como le devuelvo todo el dolor que nos ha infligido a mí y a otros muchos.

Lemelisk vio que las naves rebeldes volvían a aproximarse, con su letal armamento empezando a iluminarse como preparación a otra andanada de disparos. Tarkin se levantó de un salto y agarró a Lemelisk por el cuello de la chaqueta, alzándolo en vilo de su asiento.

—El módulo de huida —dijo—. Dejaremos a este traidor aquí para que sufra el destino que se ha ganado.

Tarkin y Lemelisk se metieron en el pequeño módulo de huida, que había sido diseñado para acomodar a una sola persona. Lemelisk tropezó y se derrumbó sobre el mamparo, y notó que algo se partía en su cara: chorros de sangre empezaron a brotar de su nariz. Tarkin no le prestó ninguna atención y pulsó el botón del lanzamiento automatizado. La escotilla trasera del módulo de huida quedó sellada y el módulo salió disparado de la lanzadera con una explosión aparentemente más potente que cualquiera de las que les habían infligido los alas-Y rebeldes mientras éstos se aproximaban para lanzar su último ataque.

El universo osciló locamente, girando en un confuso torbellino mientras Lemelisk intentaba detener su hemorragia nasal. Vio cómo las naves rebeldes trazaban veloces

círculos alrededor de la lanzadera, pero en vez de hacerla estallar inmediatamente los alas-Y se acercaron a ella hasta que pudieron unir sus escotillas al casco.

Y de repente, en un auténtico milagro de buena suerte, el espacio de los alrededores del sistema de Eriadu vibró y tembló y un Destructor Estelar de la clase Imperial surgió del hiperespacio como una gigantesca daga. Después Lemelisk se enteró de que era el navío insignia del almirante Motti, quien había venido para escoltar a Tarkin aunque el Gran Moff no le había pedido que lo hiciese.

El Destructor Estelar captó la señal de emergencia y fue hacia los rebeldes que habían pretendido acabar con ellos, desgarrando la oscuridad del espacio mediante las lanzas de luz desintegradora que brotaban de sus baterías turboláser.

Lemelisk alzó la mirada y vio que los tres alas-Y que los habían atacado volvían a abrir fuego contra la lanzadera rebelde, y esta vez las andanadas la destruyeron por completo. Un instante después de que estallara, los tres alas-Y se alejaron en tres direcciones distintas y se esfumaron en la distancia protectora del espacio…

Mientras giraban locamente, cada vez más mareado dentro del módulo de huida que flotaba a la deriva, Lemelisk pensó que iba a sucumbir al vértigo espacial y que acabaría vomitando. La parte de ingeniero de su mente se preguntó distraídamente cuáles serían los efectos de vomitar dentro del diminuto recinto del módulo mientras éste rodaba sobre sí mismo como el juguete de un niño.

—Ha sido muy extraño —comentó después—. Parecía como si esas naves rebeldes quisieran rescatar a su esclavo calamariano.

Tarkin reaccionó con visible incredulidad.

—¿Rescatar a Ackbar? ¿Por qué iban a tomarse tantas molestias para rescatar a un mero animal?

Lemelisk se encogió de hombros mientras el Destructor Estelar del almirante Motti seguía la emisión de la baliza de emergencia y se iba aproximando a ellos para rescatarlos.

—Nunca he entendido la mente rebelde, pero… —murmuró.

Después se recuperaron en las salas de enfermería de la Estrella de la Muerte. Lemelisk tenía la nariz rota y Tarkin, envuelto en vendajes, tenía que guardar cama a causa de varias luxaciones y quemaduras superficiales. Fue allí donde recibieron la mala noticia de que el intento de asesinato de Tarkin sólo había sido una parte de la traición rebelde. Un grupo de comandos había conseguido robar una copia de los planos de la Estrella de la Muerte, llevándose consigo todos los datos técnicos que detallaban cada sistema y cada componente y todos los recursos armamentísticos de la gran estación de combate, y los habían llevado a la Estación Transmisora de Toprawa… y después se había esfumado.

Un cabo muy joven de botas impecablemente lustradas, uniforme limpísimo y cabellos pulcramente recortados permaneció rígidamente inmóvil mientras transmitía su mensaje, temiendo que Tarkin se dejara dominar por la rabia y ordenara su ejecución.

—Darth Vader está siguiendo el rastro de los rebeldes de Toprawa, señor. Espera capturarlos antes de que puedan entregar los planos que han robado.

Lemelisk estaba observando a Tarkin, y se asombró ante la aparente falta de preocupación del Gran Moff. El temible líder del Imperio se limitó a curvar los labios en una débil sonrisa llena de misterio mientras sus ojos implacables lanzaban un fugaz destello.

—Bueno, hasta cabe la posibilidad de que ver todos sus detalles haga que la estación de combate les parezca todavía más temible —dijo—. No encontrarán ningún defecto. —Se volvió hacia Lemelisk, quien se sentía bastante ridículo con aquel molesto y aparatoso vendaje que le cubría la nariz—. Mi Estrella de la Muerte es invencible.

Lemelisk se recostó en su cama de la enfermería y esperó que Tarkin estuviese en lo cierto.

Y muchos años después, mientras iba avanzando por encima del casco de la Espada Oscura en su deslizador de inspección, Lemelisk no podía tener ese tipo de confianza en la nueva superarma de los hutts. Tendría que volver a sermonear a los taurills porque habían hecho mal su trabajo, y las pequeñas criaturas se apresurarían a ejecutar las reparaciones necesarias… hasta el próximo fallo.

Pero los taurills no eran el único problema.

Los viejos núcleos de ordenador obtenidos por Sulamar seguían fallando sin importar lo muy meticulosamente que los reprogramara y reforzase Lemelisk. Aquellos artilugios ya debían de haber salido defectuosos de la misma fábrica, y estaban tan anticuados que casi nadie se acordaba de cómo había que repararlos.

Lemelisk también había descubierto que algunas de las gruesas planchas adquiridas a suministradores especializados en gangas tenían millones de agujeros microscópicos. Eso ya era suficientemente grave en el caso de un material estructural, ¡pero aquellas planchas iban a constituir el blindaje del motor! Todo el proyecto de la Espada Oscura se estaba convirtiendo en un desastre detrás de otro.

Los extremos de las vigas delanteras de aquel cilindro de varios kilómetros de longitud mostraban una pequeña discrepancia angular con los de las vigas de la parte posterior, y si el superláser no estaba perfectamente alineado cuando Durga disparase el arma, entonces el haz letal podía acabar vaporizando a la Espada Oscura en vez de al objetivo que se pretendía aniquilar.

Y había más cosas…

El gemido de Lemelisk creó ecos dentro del deslizador de inspección. Había concebido y supervisado las reparaciones de cada uno de esos problemas, pero encontrar tantos ejemplos de ineptitud hizo que empezara a pensar en los muchos problemas que aún no había descubierto.

CAPÍTULO 41

Crix Madine y Trandia escondieron sus cazas ala-A en las densas sombras de un promontorio rocoso que brotaba de la accidentada superficie de un pequeño asteroide.

—Todos los sistemas activados y en modalidad de espera —dijo Madine—. Aun suponiendo que todo vaya tal como hemos planeado, tendremos que salir de aquí lo más deprisa posible.

Trandia respondió con el sombrío fatalismo que había mostrado desde la muerte de Korenn, el tercer miembro de su equipo.

—¿Vamos a volver de esta misión, señor? —preguntó.

Madine pensó en darle una respuesta tranquilizadora, pero acabó decidiendo que la joven merecía un poco más de honestidad.

—No debemos dejarnos dominar por el pesimismo —dijo—. Hay una posibilidad de que acabemos volviendo a casa.

—Me basta con eso, señor —dijo Trandia.

Los dos llevaban trajes espaciales con protecciones y refuerzos extra, dos pesadas armaduras que les daban el aspecto de dos naves móviles. El general y la joven comando se detuvieron sobre la quebradiza superficie del asteroide e inspeccionaron sus detonadores, mochilas de apoyo vital y sistemas de vigilancia.

—Preparada, señor —dijo Trandia.

Madine estaba inmóvil junto a ella, una silueta enorme envuelta por aquel traje de supervivencia blindado. Los dos volvieron la mirada hacia la enorme estructura suspendida en un punto estable del cinturón de asteroides que iba tomando forma poco a poco delante de ellos.

—Lanzamiento —dijo Madine.

Saltaron hacia arriba y se liberaron de la casi despreciable gravedad del asteroide. La inercia fue llevándolos a través del espacio y hacia la superarma en construcción. Mientras él y Trandia flotaban hacia el gigantesco objeto cilíndrico como dos diminutos fragmentos de roca, Madine dispuso de mucho tiempo para contemplar el gran proyecto de los hutts a través del visor de su casco.

El diseño le pareció muy preocupante. Sabía que los hutts habían copiado los planos de la Estrella de la Muerte en el Centro de Información Imperial… pero aquello no era una Estrella de la Muerte. Parecía no ser más que un superláser, un cilindro que podría ser utilizado como arma ofensiva de destrucción. Si el arma llegaba a ser completada, los hutts no se lo pensarían dos veces antes de usarla contra cualquier sistema que no les pagara lo que le pidiesen en concepto de «protección».

Y los trabajos de construcción ya casi parecían haber terminado.

Las dos figuras envueltas en los trajes blindados se fueron aproximando en un lento flotar, dos motas que se deslizaban sobre aquella zona de construcción de varios kilómetros de longitud. Madine usó el haz concentrado de contacto visual para dirigirse a Trandia.

—Si conseguimos entrar y colocar los detonadores en los lugares adecuados, quizá podamos dejar inservible el arma.

—A juzgar por su aspecto será mejor que no esperemos demasiado, señor —dijo Trandia—. Parece que los hutts ya casi están preparados para empezar a utilizarla.

Sus botas magnéticas por fin establecieron contacto con las planchas del blindaje, aquel metal negro que reflejaba muy poca luz de las estrellas. Madine usó sus guantes adhesivos para trepar por el casco como si fuese un insecto. El arma de los hutts era tan vasta que no podía percibir la curvatura del cilindro por debajo de él.

El general y Trandia fueron avanzando a lo largo de las planchas metálicas, y Madine se sorprendió al ver que muchos segmentos del casco no estaban bien ajustados y parecían a punto de soltarse: las planchas estaban unidas mediante soldaduras, pero había huecos y junturas desiguales. Aquella estructura nunca podría retener una atmósfera, y Madine quedó atónito ante la escasa calidad del trabajo.

Bien, por lo menos resultaría muy fácil entrar en ella.

Llegaron a una plancha que estaba particularmente suelta, y Madine extrajo una tosca palanqueta del compartimento de herramientas de su enorme traje blindado. La barra metálica le permitió arrancar algunas de las frágiles soldaduras que ya habían empezado a desprenderse. La lámina de blindaje se fue alejando a la deriva, girando lentamente sobre sí misma. La plancha que acababa de extraer dejó un hueco lo bastante grande para que Madine y Trandia pudieran meterse por él incluso llevando puestas sus pesadas armaduras.

Entraron en un oscuro corredor a medio terminar que apenas llegaba a ser un espacio de acceso entre aquel casco exterior tan mal acabado y un muro interior no mucho mejor construido. Los brillantes haces luminosos de sus cascos les fueron mostrando su camino a medida que iban avanzando por él. Madine y Trandia acabaron llegando a una puerta de mamparo que les permitió seguir adentrándose en la estructura y continuar su avance hacia las cámaras interiores de popa. Los dos comandos pasaron por una pequeña escotilla, utilizando el ciclo del mecanismo sucesivamente.

Madine, haciendo bastante ruido con sus gruesas botas, entró en otro pasadizo tenuemente iluminado y se detuvo para esperar a Trandia. Cuando se hubo reunido con él, Madine se quitó el casco.

—Aquí hay atmósfera. Vamos a quitarnos los trajes —dijo—. Necesitaremos la libertad de movimientos que eso nos proporcionará. Puede que tengamos que escondernos a toda prisa, y apenas puedo moverme dentro de este artilugio.

Trandia desmontó los pesados componentes y colocó su armadura junto a la de Madine en una pequeña alcoba de almacenamiento que no estaba siendo utilizada. Los trajes vacíos formaban un montón de metal lo suficientemente grande para crear la impresión de que un caminante de exploración imperial había sido convertido en chatarra allí mismo. La trenza de Trandia se había deshecho, y mechones de cabellos bailoteaban alrededor de su cara. La transpiración le había humedecido el cuello y estaba un poco sonrojada, pero sus ojos brillaban con la implacable dureza del pedernal.

Madine y Trandia sacaron las herramientas y los detonadores de sus mochilas. El general se rascó la barba y alzó un puño en el aire.

—Por el éxito de nuestra misión.

Trandia imitó su gesto.

—Triunfaremos —respondió.

Empezaron a avanzar por los pasillos, moviéndose en silencio y con el cuerpo encorvado, y fueron hacia el sitio en el que debían de estar los sistemas de propulsión. Algunas de aquellas cubiertas ya estaban habitadas por un turno reducido de tripulantes, y los dos comandos titubearon en los rincones y se arrastraron sigilosamente hasta dejar atrás el zumbido de las voces de los guardias y los tripulantes que acechaban en las salas.

Pero mientras avanzaban, Madine se fijó en que había muchos paneles luminosos a oscuras, así como cables que colgaban de las planchas del techo pero que no estaban unidos a nada y terminales de ordenador apagadas que parecían no haber funcionado nunca.

—Tal vez no hace falta que saboteemos el arma después de todo —le susurró a Trandia—. Toda esta estructura no es más que un desastre que espera la ocasión de estallar.

Las secciones motrices eran una inmensa mazmorra palpitante llena de olores de aceite y refrigerante y chorros de vapor sibilante que tanto podían haber sido dejados en libertad de manera intencionada como estar escapando de los núcleos de los reactores por accidente. La tempestad de ruidos y luces parpadeantes se agitó a su alrededor, ahogando los cautelosos sonidos de su avance mientras se infiltraban en el caótico amasijo de los motores.

Más guardias patrullaban las pasarelas que se extendían sobre sus cabezas. Había gamorreanos de rostros estúpidos y toda una colección de criaturas alienígenas de aspecto nada agradable: weequays, niktus y aqualish de rostro de morsa. Madine inspeccionó su pistola desintegradora y los cuatro detonadores que llevaba, y después movió la mano para indicar a Trandia que debían separarse.

Los ordenadores de dirección y alineamiento de la Espada Oscura estaban formados por gigantescas hileras de tableros de circuitos rodeadas por una rejilla transparente de la que brotaban nubes de vapor producidas por el aire superrefrigerado que circulaba a través de las masas recalentadas de los circuitos.

Los gigantescos motores palpitaban detrás de un grueso muro protector. Si podían colocar detonadores de control remoto en varios lugares del compartimento, no necesitarían la ayuda de nadie para causar daños irreparables a la enorme arma y podrían dejar que siguiera flotando en el espacio, colosal e inservible, hasta que las fuerzas de la Nueva República tuvieran ocasión de terminar el trabajo.

Madine y Trandia se internaron en las zonas de sombras más profundas y avanzaron entre el retumbar de la maquinaria desprovista de silenciadores. Trandia sostenía contra su pecho su preciada provisión de detonadores mientras serpenteaba por entre la

penumbra, corriendo velozmente de un precario refugio a otro en un rápido avance para superar el muro de blindaje que les impedía acceder a los motores.

En cuanto se hubo quedado solo, Madine fue hacia la rejilla que rodeaba los ordenadores de propulsión. Se inclinó y sacó una herramienta cortadora de la bolsa de su equipo, con la intención de usarla para abrirse paso a través de la valla protectora. Un par de detonadores bastarían para destruir los ordenadores que guiaban la superarma. Madine conectó la pequeña hoja vibratoria y sintió el agudo zumbido a través del mango. Empezó a atacar la delgada rejilla flexible… pero el graznido estridente de una alarma brotó del extremo superior de los ordenadores apenas hubo cortado los cables de apariencia cristalina.

Madine desactivó la hoja vibratoria con una maldición y empuñó su pistola desintegradora. Los guardias apostados en el compartimento motriz se pusieron en movimiento para descubrir la naturaleza de la perturbación, aunque reaccionaron con una cierta apatía. Madine se preguntó con qué frecuencia tendrían que responder a falsas alarmas como resultado de la ineptitud con que había sido construida la enorme estructura.

Madine decidió que todavía no era el momento de empezar a disparar, y volvió a internarse en las sombras mientras los guardias alienígenas iban hacia él con su caminar pesado y tambaleante y las armas desenfundadas. Si conseguía no hacer ningún ruido, quizá no percibieran su presencia y volvieran a su rutina. El corazón le latía a toda velocidad. Los guardias estaban cada vez más cerca.

Y de repente Trandia se puso en pie, abandonando el escondite que había encontrado junto al muro del compartimento motriz. La joven agitó los brazos y chilló para atraer la atención hacia ella. Mientras los guardias giraban sobre sus talones con los rostros llenos de asombro, Trandia disparó su desintegrador contra ellos. El haz de energía cayó sobre un niktu de rostro coriáceo, que soltó un siseó mientras se derrumbaba.

Los otros guardias lanzaron una andanada de rayos desintegradores contra Trandia. La joven se agachó, pero un haz le atravesó el brazo. Trandia gritó y se dejó caer detrás de una de las consolas, buscando refugio. Los guardias convergieron sobre su nuevo escondite, olvidándose por completo de Madine.

—¡Corra! —le gritó Trandia, con la voz a punto de quebrarse a causa del dolor—. Corra…

Madine masculló otra maldición y deseó que Trandia no hubiera sido tan impulsiva. Empezó a arrastrarse para alejarse lo más posible de los ordenadores de propulsión y después desenfundó su desintegrador y miró a su alrededor, buscando una oportunidad de atraer a los guardias y apartarlos de ella. Los feroces alienígenas siguieron avanzando hacia Trandia… y entonces la joven activó todos los detonadores que llevaba encima en el mismo instante en el que los guardias llegaban hasta ella.

La explosión ahogó incluso la cacofonía de sonidos de los motores. Un muro de llamas brotó de su centro y se fue desplegando para formar un anillo de fuego. La

explosión acabó con todo el grupo de guardias así como con Trandia, aunque apenas dañó el muro del compartimento motriz. Las luces parpadearon y se apagaron.

La onda expansiva derribó a Madine, convirtiendo su consciencia en una confusa estática de insectos negros suspendidos delante de sus ojos. El general meneó la cabeza y jadeó, intentando tragar aire mientras luchaba por levantarse. El enemigo estaba alertado y la infiltración había fracasado. Quedarse allí no serviría de nada.

Madine inició una torpe y tambaleante carrera. No podía pensar con claridad, aturdido como estaba por la pérdida de Trandia y por la explosión. Pero el núcleo más profundo de su personalidad, reforzado por los años de adiestramiento a que había sido sometido y por todas las lecciones que el mismo Madine había impartido a los miembros de sus equipos de comandos, no tardó en imponerse a la confusión que se había adueñado de su cerebro.

La misión estaba por encima de todo.

Tenían que conseguirlo.

La misión…

Madine se levantó y descubrió que le sangraba la espalda: algunos fragmentos de la metralla metálica provocada por la explosión se habían incrustado en ella. Las alarmas seguían chillando y aullando, exigiendo que se les prestara atención. Madine logró llegar hasta el umbral, arreglándoselas para caminar sin saber muy bien cómo a pesar de que estaba muy confuso y no podía recordar qué camino debía seguir para regresar al sitio en el que habían dejado sus trajes blindados.

Salió por la puerta abierta, avanzó tambaleándose por el corredor débilmente iluminado… y se tropezó con otro grupo de guardias alienígenas que venían corriendo para averiguar cuál era la causa de toda aquella conmoción.

Madine se detuvo, consternado. Trandia había dado su vida con la esperanza de causar daños irreparables y de permitir la huida de su superior… pero no había conseguido ninguna de las dos cosas.

Los gamorreanos le rodearon los brazos con sus gruesos dedos de punta roma, arrojando a Madine al suelo y amontonándose encima de él como si quisieran impedir que hiciera ningún movimiento.

—¡Saboteador! —rugió uno de los weequays, inclinándose sobre él.

Levantaron a Madine de un salvaje tirón. Cinco guardias lo sujetaron, como si estuvieran compitiendo entre ellos para averiguar cuántos podían llegar a atribuirse el mérito de su captura. Madine se debatió, pero no dijo nada.

Los guardias se lo llevaron, un trofeo que presentar ante Durga el Hutt.

CAPÍTULO 42

Bevel Lemelisk estaba en la cubierta de control de la Espada Oscura, que teóricamente ya podía ser utilizada, y contemplaba la alegría infantil evidente en los rostros del general Sulamar y de Durga el Hutt. Los dos socios, normalmente tan callados y hoscos, parecían fascinados por los controles que tenían al alcance de la mano y ardían en deseos de iniciar su gran plan de conquista.

A pesar de las dificultades que Lemelisk había experimentado con los taurills y el resto de complejos problemas con los que se había ido tropezando durante la construcción de la gigantesca superarma, el proyecto Espada Oscura se las había arreglado de alguna manera misteriosa e inexplicable para seguir adelante, y había logrado cumplir los plazos previstos más a través de la aniquilación mutua de los errores que de una verdadera eficiencia.

Tal como había exigido Durga, la Espada Oscura estaba técnicamente terminada, construida según los planos modificados de Lemelisk y completada en conjunción con las cuadrillas de trabajo e inspección… aunque Lemelisk no estaba dispuesto a garantizar la calidad de ninguna porción del proyecto. De hecho, sentía una gran preocupación cada vez que empezaba a pensar en la posibilidad de que Durga quisiera utilizar el arma inmediatamente.

—Observen esto —dijo Durga.

El señor del crimen hizo aparecer un mapa holográfico de la galaxia centrado en el sistema de Nal Hutta que se desplegaba hacia el exterior mostrando el camino proyectado para el «programa de expansión» de los hutts, que utilizaría la Espada Oscura para exigir inmensas sumas de dinero a los planetas ricos y vulnerables.

Sulamar dio demasiados consejos no solicitados ni deseados y Durga se negó a seguir escuchándolos ni un segundo más. El obeso hutt casi babeaba de satisfacción sobre el mapa holográfico, y sus gruesos labios gomosos formaron una sonrisa malévola que empujó la marca de nacimiento hacia arriba e hizo que subiera por el lado de su cara que medio cubría.

Los otros miembros de la dotación de Durga estaban sentados en sus asientos, inmóviles debajo de las tiras de los arneses de seguridad. Todos los mecanismos de apertura habían sido bloqueados con aros de sujeción porque Durga no quería que pudieran saltar de los letales sillones en el caso (le que hicieran algo que le disgustara.

Lemelisk se frotó el vello rasposo que le cubría el mentón mientras Durga seguía contemplando el mapa de la galaxia, que no tardaría en estar bajo su control absoluto.

Y entonces las alarmas empezaron a sonar de repente, lanzando sus estridentes alaridos desde los puestos de seguridad. Los bocinazos resonaron por los corredores vacíos de la Espada Oscura, llenándolos de ecos. Muchos tripulantes de la cubierta de mando se sobresaltaron lo suficiente para tratar de huir, pero los arneses de seguridad bloqueados los mantuvieron atrapados en sus sillones.

—¡Exijo saber qué significa todo este tumulto! —aulló Durga.

—Es la alarma de seguridad, señor —dijo Bevel Lemelisk—. Seleccioné personalmente su sonido para que resultara particularmente desagradable y capaz de atraer la atención.

Sulamar le lanzó una sonrisita burlona.

—Hizo muy bien su trabajo, ingeniero.

Durga no había quedado satisfecho con su respuesta.

—¿Y por qué ha empezado a sonar esta alarma?

Lemelisk se encogió de hombros.

—¿Debido a un problema de seguridad, quizá? —sugirió.

—¿Se refiere a un sabotaje? —dijo el hutt.

Antes de que Lemelisk pudiera responder, el sordo retumbar de una explosión lejana vibró a través de los muros.

—Creo que podemos apostar por esa posibilidad sin temor a equivocarnos, noble Durga —dijo.

—Informe de daños, señor —dijo uno de los tripulantes devaronianos—. Se ha producido una explosión en los niveles inferiores. Un saboteador colocó una bomba.

—¿Extensión de los daños? —preguntó Lemelisk.

—Desconocida por el momento —replicó el devaroniano.

Durga empezó a lanzar aullidos de furia.

—¡Sabotaje! Esto nos retrasará… ¿Cómo es posible que alguien haya atravesado nuestras defensas? —Sus enormes ojos de linterna recorrieron a los miembros de su dotación—. ¡Exijo saber quién es el responsable de seguridad! —Durga se irguió sobre su plataforma levitatoria—. ¿Quién es?

Todos los ocupantes del puente se encogieron sobre sí mismos y trataron de pasar lo más desapercibidos posible hasta que un twi’lek de rostro blanco como la harina acabó alzando una mano de dedos terminados en garras. Las colas cefálicas, aquella especie de gruesos gusanos de carne que sobresalían de la parte de atrás de su cráneo, temblaban de miedo.

—Yo… Yo soy el responsable de seguridad, noble Durga. Nunca pudimos prever que…

Durga rugió y alargó la mano hacia su pequeño panel de control para dejar caer un gordo dedo verdoso sobre uno de los botones. El twi’lek soltó un gritito de terror ante el destino que preveía… pero entonces un infortunado weequay sentado en otro sillón aulló y empezó a retorcerse mientras arcos azules de fuego eléctrico surgían de la base de su sillón-trampa mortal. La descarga asó su carne, electrocutándole en un instante. El cadáver humeante del weequay se derrumbó sobre sus paneles de navegación.

Durga frunció el ceño y bajó la mirada hacia su teclado de control.

—Oh —dijo—. Lo siento, me he equivocado de botón.

El olor de la carne desintegrada fue llenando el puente, esparcido por las hilachas de humo negruzco que brotaban del cuerpo caído sobre los controles.

—Bueno, entonces… Eh… Que esto te sirva de lección —dijo Durga, fulminando con la mirada a la víctima que había elegido originalmente.

El devaroniano de rostro demoníaco estaba consultando su panel de comunicaciones. Toda la dotación temblaba de miedo.

—Yo… Eh… Tengo algo más que informar, señor —dijo el devaroniano—. Seguridad ha anunciado la captura de un terrorista. Otro murió.

Durga gruñó y siguió contemplando el cadáver del weequay derrumbado sobre su puesto de control.

—Habrá más ejecuciones cuando lleguemos al fondo de todo este asunto.

Sus palabras hicieron que Bevel Lemelisk se estremeciese e intentara no atraer la atención del hutt. La mera mención de la palabra «ejecuciones» había bastado para hacer volver a su mente todo el horror de las ejecuciones del Emperador, todas aquellas muertes espantosamente insoportables que Palpatine había infligido a Lemelisk cada vez que cometía un error…

Las muertes seguían estando agazapadas en la mente de Lemelisk, pesadillas oscuras eternamente presentes. El total había ascendido a siete ejecuciones. En una ocasión Palpatine había ordenado que Lemelisk fuera lanzado al espacio desde una escotilla: el dolor había sido horrible, aunque la muerte llegó con misericordiosa rapidez cuando la repentina caída en la presión y el frío glacial destruyeron sus órganos internos.

También recordaba haber sido introducido con terrible lentitud en una cuba llena de cobre fundido y haber visto cómo su cuerpo iba siendo consumido centímetro a centímetro. («¿Y por qué cobre fundido?», se había preguntado Lemelisk. Finalmente un día, más de un mes después, se lo preguntó al Emperador. La respuesta de Palpatine había resultado sorprendente en su total y absoluta normalidad. «Era lo que el fundidor estaba utilizando aquel día.»)

Lemelisk también había quedado atrapado en una bóveda llena de una niebla ácida que se fue espesando rápidamente, con el resultado final de que sus pulmones se disolvieron y tosió sangre, y el ácido siguió royéndole desde dentro hacia fuera. Las otras muertes habían sido tan imaginativas como aquellas, y prácticamente igual de dolorosas.

Lemelisk se alegraba muchísimo de que el Emperador hubiera perecido en la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte. Si Palpatine no hubiera muerto… ¡Bueno, entonces Lemelisk se habría visto metido en un lío realmente serio!

Años después, el general Sulamar vio una oportunidad en la cubierta de control de la Espada Oscura mientras Durga intentaba recuperarse de la perplejidad que le había producido la noticia de la captura de un saboteador. El general se volvió todavía más imperioso y altivo, e hinchó el pecho hasta hacer tintinear sus medallas. Como si estuviera intentando superar la obvia irritación de Durga, Sulamar se volvió hacia Lemelisk y le lanzó una mirada acusadora.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? —resopló, como si Lemelisk hubiera causado aquel problema al no haber incluido los terroristas y el sabotaje en sus diseños holográficos originales—. En todos mis años de servicio al Imperio, con miles y miles de hombres

bajo mis órdenes, llevamos a cabo las acciones más sucias y difíciles. Pero nunca hubo ni un solo acto de sabotaje desastroso en todo mi historial… no mientras yo estaba al mando.

Lemelisk desvió la mirada.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo —murmuró.

* * *

Los guardias de Durga eran brutales y estaban enfurecidos. Golpeaban a Crix Madine cada vez que se tambaleaba, lo cual hacía que volviera a tropezar… lo cual les permitía volver a golpearle…

Cuando lo metieron a empujones en el turboascensor que llevaba hasta la cubierta de mando, Madine estaba ensangrentado y cubierto de morados. Pero no sentía ningún dolor y sus pensamientos estaban rígidamente concentrados, sin haber superado todavía la ira y la horrible sorpresa de ver morir a Trandia. Aun así, Madine había aceptado su captura y sus consecuencias. Aquella posibilidad siempre había sido una sombra suspendida sobre todas las misiones que dirigía.

Madine se retorció las manos, logrando completar el gesto a pesar de que estaban atadas detrás de su espalda. Se sentía satisfecho y lleno de confianza en sí mismo: había logrado activar el transmisor implantado en su palma. El mensaje de alta potencia en una frecuencia específica ya estaba siendo transmitido a través del espacio, atravesándolo a inmensas velocidades para pedir ayuda. La señal codificada sería transmitida instantáneamente a través de un canal de seguridad de la Holorred Galáctica y llegaría directamente a la flota de Ackbar.

Sólo era cuestión de tiempo… si Madine podía aguantar un poco más.

Los guardias gamorreanos lo hicieron avanzar a empujones en cuanto se abrieron las puertas del turboascensor, y Madine parpadeó bajo el repentino diluvio de luz de la cubierta de mando. La vista se le nublaba para volver a aclararse un momento después. Se preguntó si estaría sufriendo los efectos de una conmoción cerebral causada por alguno de los salvajes golpes que le habían propinado los guardias.

Madine avanzó con apática resignación. Había perdido a su equipo: Korenn muerto en el cinturón de asteroides, Trandia volándose en pedazos a sí misma para salvarle y dañar la estación de combate de los hutts… Después de haber desertado para unirse a la Rebelión, Madine siempre había sospechado que aquel día llegaría, que seguiría ofreciéndose voluntario para operaciones clandestinas cada vez más y más difíciles… como si quisiera ser capturado. No hubiese podido explicarlo, pero siempre había sabido que sería capturado y que comparecería, cargado de cadenas, ante el enemigo.

Los guardias arrastraron al general de la Nueva República ante la presencia de Durga el Hutt. Madine intentó curvar los labios en una sonrisa despectiva, pero su rostro apenas consiguió producir una mueca y un gesto de dolor. La sangre de un corte cercano a su ojo goteaba por su mejilla y bajaba hacia su barba.

El obeso e hinchado hutt estaba recostado en su plataforma repulsora, con la forma descolorida de su rostro pareciendo una mancha de pintura que alguien hubiera arrojado sobre ella. Madine volvió su palpitante y dolorida cabeza y vio a un hombre de aspecto altanero que vestía un uniforme de general imperial. El general atravesó la cubierta metálica, yendo hacia él con veloces zancadas de sus impecablemente lustradas botas negras.

Madine alzó la mirada hacia aquellos ojos un poco más juntos de lo normal, el rostro de muchacho, el mentón apenas definido… y un géiser de recuerdos brotó de las profundidades de su pasado. Reaccionó con asombro, irguiéndose mientras tropezaba con los guardias que lo sujetaban. Madine vio cómo un destello de reconocimiento horrorizado también pasaba velozmente por el rostro del general.

Y en el momento en que sus ojos se encontraron, los dos gritaron al unísono «¡Tú!».

KHOMM

CAPÍTULO 43

A través del hiperespacio, la frenética huida hacia Khomm sólo duró una hora. Dorsk 81 pilotó a toda velocidad su lanzadera robada en dirección a su mundo natal, impulsado por el desesperado deseo de transmitir su advertencia a los clones alienígenas y la Nueva República. Después quedó consternado al ver que el control de tráfico aceptaba su presencia como la de una nave más que se aproximaba al sistema, sin sentir ninguna alarma ante aquel aparato imperial al que no esperaban ver llegar y que se acercaba como una exhalación.

—Aquí Dorsk 81 enviando una llamada de emergencia —dijo—. Debemos utilizar sus sistemas de comunicación de largo alcance inmediatamente. Prepárense para un ataque imperial. Pónganse en estado de alerta roja.

—Mensaje recibido, Dorsk 81 —respondió el controlador del tráfico. Le concertaremos una reunión con Kaell 116, el líder de la ciudad, lo más pronto posible después de su llegada.

—No lo entiende —dijo Dorsk 81.

Su piel olivácea se volvió de un verde más oscuro, y sus manos empezaron a temblar. El Jedi alienígena lanzó una mirada llena de desesperación a Kyp Durron, quien parecía bastante disgustado.

—No te preocupes por eso ahora. Discutiendo sólo conseguirás desperdiciar el aliento —dijo Kyp, y después se inclinó sobre el sistema de comunicaciones—. Aquí el Caballero Jedi Kyp Durron. Solicito que se me conceda pleno uso de sus sistemas de comunicaciones de su espaciopuerto.

Su calma Jedi apenas podía mantener controlada la ira que ardía detrás de los ojos de Kyp.

—Eso puede arreglarse —replicó el controlador con voz insufriblemente tranquila.

Se posaron en la parrilla vacía del espaciopuerto y Kyp salió de un salto por la escotilla de acceso, con Dorsk 81 pisándole los talones inmediatamente detrás.

—Iré a transmitir la alerta en banda ancha para la Nueva República —dijo Kyp—. Tú te encargarás de advertir a tu gente. La almirante Daala sólo tardará un par de días en lanzar su ataque. Disponemos de ese tiempo para movilizar a la flota.

Su rostro estaba tenso y sombrío mientras echaba a correr hacia la enorme torre de transmisiones.

Dorsk 81 fue a reunirse con los clones alienígenas que habían estado aguardando su llegada. Todos estaban un poco inquietos y nerviosos… pero Dorsk 81 sabía que el origen de su preocupación no había que buscarlo en la terrible advertencia que traían consigo, sino en lo inesperado de la situación.

—Debemos darnos prisa —le dijo al conductor de rostro pétreo e impasible que pilotaba la plataforma flotante—. Disponemos de muy poco tiempo. Kyp y yo tenemos que ir a la Academia Jedi para ayudar a defenderla.

El conductor asintió sin inmutarse, pero no incrementó la velocidad del vehículo. La plataforma flotante fue alejando a Dorsk 81 de la parrilla de descenso, y mientras se iban el Jedi alienígena volvió la mirada hacia la torre de transmisión y esperó que Kyp consiguiera enviar el mensaje.

Llegaron a los imponentes cuarteles generales políticos, en los que se había preparado una reunión improvisada para la que se había logrado encontrar un hueco en el apretado programa de Kaell 116, líder político por derecho generacional. Dorsk 81, que todavía llevaba el mono de trabajo que habían sacado del compartimento de la ropa de la lanzadera imperial, deslizó sus delgadas manos por la tela en un intento de ponerse más presentable. Todo él olía a humo, sangre y violencia.

Kaell 116 ya estaba esperándoles en la gran sala de reuniones blanca. Las paredes estaban formadas por grandes arcos que destellaban bajo la luz, como si hubieran sido moldeados con sal solidificada. Dorsk 81 nunca había estado en un lugar donde se decidieran asuntos tan importantes, y también dudaba mucho de que ningún representante de su línea genética hubiera puesto jamás los pies allí.

El líder de la ciudad llevaba todo su atuendo diplomático de gala. Su expresión estaba formada por una mezcla de irritación ante aquella inesperada interrupción de la rutina y continuada admiración ante la celebridad galáctica de Khomm.

—Para una persona de tu importancia, Dorsk 81, podemos alterar nuestro programa a fin de permitir una breve audiencia, pero no debe durar más de quince minutos —dijo—. Sugiero que nuestro objetivo principal sea el de decidir un momento mejor para una auténtica conferencia que tenga la duración apropiada y un orden del día oficial.

—No —dijo Dorsk 81, golpeando la mesa con el puño y asombrando a todos los presentes—. Quince minutos serán suficientes… si me escuchan.

Kael 116 soltó un suave resoplido.

—Por supuesto que te escucharemos. Siempre escuchamos.

Dorsk 81 se inclinó sobre la mesa y clavó sus ojos amarillos en el político.

—Pero esta vez deben oír lo que digo además de escucharme. Tienen que entender esto, porque el destino de nuestro mundo y de la galaxia tal vez estén en juego.

Kaell 116 se removió nerviosamente y se sentó.

—Sí, sí, por supuesto… Tomaremos notas detalladas.

La puerta volvió a abrirse antes de que Dorsk 81 pudiera hablar, y un chorro de luz del exterior entró en las blancas cámaras y arrancó destellos a los cristales incrustados en las paredes. Dorsk 81 se volvió para ver a su copia más anciana y a la más joven, su predecesor y su sucesor en la instalación de clonaje. Los dos llevaban los uniformes de su profesión, y parecían algo confusos ante aquella llamada inesperada que los había apartado de sus tareas cotidianas.

Dorsk 80 dejó escapar un siseo ahogado apenas vio a Dorsk 81.

—Tendría que habérmelo imaginado —dijo.

La mirada de la versión más joven fue primero al clon más anciano, y luego se posó en Dorsk 81.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó Dorsk 82.

Kaell 116 movió una mano para indicarles que se sentaran. Durante la interrupción, un ayudante entró trayendo unos refrescos. Todos los aceptaron con caras de gratitud y tomaron unos sorbos, dando las gracias mediante un asentimiento de cabeza. Pero Dorsk 81 ignoró el vaso cubierto de gotitas de condensación que le habían puesto delante.

—Kyp Durron y yo acabamos de volver de los Sistemas del Núcleo —dijo, hablando despacio y articulando cada palabra con mucho cuidado.

—No debisteis ir allí —dijo Dorsk 80.

Dorsk 81 miró a su predecesor y apuntó a Dorsk 80 con un dedo.

—Guarda silencio y escucha. Esto es importante. El clon más anciano, visiblemente ofendido, fulminó a Dorsk 81 con la mirada.

—Kyp y yo nos encontramos con toda una flota imperial reunida y preparada para ponerse en marcha —siguió diciendo Dorsk 81—. Nos infiltramos en una de sus reuniones y nos enteramos de sus planes. El Imperio ha vuelto bajo el mando de la almirante Daala. Atacarán a la Nueva República en cuestión de días. Hasta ahora nadie lo sospechaba, y Khomm… —Dorsk 81 extendió los brazos para indicar el mundo en el que se hallaban— se encuentra justo en la periferia de los Sistemas del Núcleo. El Imperio podría atacar aquí. Debéis prepararos. Activad vuestras defensas. Estableced planes de emergencia.

Kaell 116 se inclinó sobre la mesa y apoyó los codos en aquella superficie que parecía salpicada de granitos de sal.

—Khomm siempre ha permanecido neutral en estos conflictos galácticos, y nunca hemos tenido problemas. No veo por qué en este caso tiene que haber ninguna diferencia.

—No es necesario que lo vea —dijo Dorsk 81—. Escúcheme. La almirante Daala tiene intención de atacar allí donde menos se la espere, y sabe que Kyp y yo oímos cómo exponía sus planes. Todo este mundo corre un gran peligro.

—Sí… bueno. —Kaell 116 se puso en pie con una vaga sonrisa de despedida en los labios—. Bien, entonces ya veremos qué se puede hacer. Gracias por habernos informado de todo esto.

—No pueden correr el riesgo de seguir manteniendo esta actitud de complacencia —dijo Dorsk 81, que estaba empezando a impacientarse—. He hecho y visto cosas que no pueden ni imaginar. Le estoy diciendo que el peligro es muy grande, y tiene que creerme.

Dorsk 80 se puso en pie para rebatir sus palabras.

—Nos dejaste. Hace muchas eras nuestros predecesores determinaron que nuestra sociedad era el modelo perfecto, pero tú estabas convencido de saber más que nuestros antepasados. Has olvidado nuestras costumbres y las has sustituido por tu independencia. ¿Por qué deberíamos escucharte? Tú no nos has escuchado. En todas tus huidas, ¿dónde

está la voz de la sabiduría? Nunca conseguirás hacer nada más importante que lo que podías haber hecho aquí.

Dorsk 81 se volvió hacia él. Estaba claro que su predecesor daba por sentado que sus reproches destruirían la compostura del clon más joven… pero Dorsk 81 sólo podía sentir compasión y pena ante la terrible limitación de los puntos de vista del Dorsk más anciano.

—Te equivocas —le dijo con voz gélida—, y tu ceguera hará que nunca llegues a ver lo equivocado que estás.

Dorsk 82 fue hacia él, y por unos momentos pareció como si el clon más joven realmente pudiera llegar a creer en una parte de la advertencia de Dorsk 81.

—No sabemos cómo crear defensas —dijo—. Pero tú has tenido esa experiencia, tú has sido adiestrado en esas cosas… —Los ojos amarillos de Dorsk 82 relucían—. Quizá podrías quedarte aquí y ayudarnos a establecer nuestras defensas. Entonces estarías aquí para defendernos si realmente tienes razón. Si te equivocas… Bueno, aun así podrías quedarte aquí y cumplir con tus antiguos deberes en la instalación de clonaje… hasta que la amenaza haya pasado.

El rostro del clon más joven contenía todo un océano de esperanza. Dorsk 81 oyó la súplica y pensó en su hermoso y apacible mundo natal, y en los años que había pasado formando parte de la gigantesca máquina que funcionaba con perfecta fluidez, sin preocupaciones y sin temer ninguna amenaza. ¿Cómo podía dejar abandonado a su destino a aquel lugar? Pero ¿y si las palabras de Dorsk 82 no eran más que una estratagema, un ardid inspirado por la desesperación para conseguir que Dorsk 81 se quedara en Khomm y todo pudiera volver a ser normal?

—No —dijo, y se levantó. Sus dedos rozaron la forma cilíndrica de la espada de luz que había guardado en el bolsillo de su mono de mecánico—. Soy un Caballero Jedi, y tengo un trabajo muy importante que hacer.

—Y nosotros debemos volver a la instalación de clonaje —dijo Dorsk 80 en un tono bastante hosco—. Sabemos cuál es nuestro sitio… y además también tenemos un trabajo muy importante que hacer.

Dorsk 81 no respondió, y se limitó a volver a su nave para reunirse con Kyp Durron. Mientras partían en su lanzadera, Dorsk 81 contempló los neblinosos panoramas de Khomm con una vaga aprensión y tuvo la inexplicable premonición de que nunca más volvería a ver su mundo natal…

Mientras el combate y la confusión interrumpían tan bruscamente la reunión de los imperiales, la almirante Daala y el vicealmirante Pellaeon corrieron hacia el turboascensor más próximo e iniciaron un veloz descenso que fue alejándolos de la multitud enloquecida. Daala respiraba muy deprisa, y el aire frío silbaba al pasar por entre sus dientes apretados. No podía creerlo.

—¡Espías Jedi! Y en el mismísimo centro de nuestra base… Lo oyeron todo.

Pellaeon asintió.

—Tendremos que hacer una revaluación de nuestras normas de seguridad.

Daala meneó la cabeza, y su llameante cabellera color cobre onduló a su alrededor.

—Más tarde. De momento debemos reconsiderar nuestros planes… —empezó a decir, y un instante después una sonrisa se abrió paso a través de su furia al ocurrírsele una nueva táctica.

El turboascensor se detuvo en un nivel inferior, y el coronel Cronus fue hacia ellos. Cronus parecía muy preocupado.

—Han escapado, almirante —dijo—. Los androides defensivos del perímetro dispararon contra ellos y les causaron daños menores, pero aun así su nave consiguió dar el salto al hiperespacio.

Daala asintió mientras contemplaba en silencio al robusto y no muy alto coronel. Cronus pareció sorprenderse al ver que la almirante no ordenaba su ejecución inmediata.

—¿Han seguido su trayectoria? —preguntó.

—No del todo, almirante, pero fijamos su vector y creemos que sólo hay un lugar de los alrededores al que puedan haber ido: un planeta llamado Khomm que se encuentra en la periferia de los Sistemas del Núcleo.

Daala deslizó la yema de un dedo a lo largo de sus labios.

—¿Es habitable?

—Sí —dijo Cronus—, aunque no tiene nada de particular. Sus habitantes se mantuvieron neutrales durante nuestros conflictos anteriores con los rebeldes, pero hicimos una comparación entre la apariencia física del espía Jedi alienígena y la de los nativos. Si un Caballero Jedi ha surgido de Khomm, entonces ese planeta tiene que ser algo más que un mundo neutral.

Los músculos del pecho y los brazos de Cronus tensaron las costuras de su ceñido uniforme.

Daala avanzó por el pasillo con Pellaeon y Cronus flanqueándola, y guardó silencio mientras las posibilidades desfilaban velozmente por su cerebro.

—He aprendido la lección de que mi estrategia debe ser flexible —dijo por fin—. Antes fracasé, pero ahora adaptaré nuestros planes sin perder ni un instante. Nuestra flota está preparada para partir, ¿no? —preguntó, y sus ojos fueron de Cronus a Pellaeon.

—En su mayor parte sí, almirante —dijo Pellaeon—. Lo que falta por hacer durante los próximos días es básicamente secundario: repartir los puestos entre el personal, tareas de inventario, ocuparse de los suministros y…

Daala interrumpió al vicealmirante con un barrido lateral de la mano.

—Esos espías Jedi me oyeron decir que planeábamos lanzar el ataque dentro de unos días, pero en vez de eso entraremos en acción inmediatamente. Coronel Cronus, ¿tiene la lista de objetivos preferenciales para su flota de navíos de la clase Victoria?

—Sí, almirante.

—Ponga al planeta Khomm en el primer lugar de la lista. Reúna a sus fuerzas, y parta ahora mismo.

Cronus le sonrió.

—Sí, almirante.

—Recuerde que las órdenes son atacar deprisa y frecuentemente en muchos sistemas distintos —dijo secamente Daala—. Cause los máximos daños posibles, pero no olvide que su meta principal es crear confusión, no obtener victorias. Los rebeldes dispersarán su flota para dar con usted… mientras nosotros nos aproximamos al objetivo principal. —Daala giró sobre sus talones—. En cuanto a usted, vicealmirante Pellaeon…

—¿Sí, almirante?

—Llevará su flota de Destructores Estelares de la clase Imperial a Yavin 4 siguiendo un rumbo directo y procederá a la destrucción total del objetivo. Yo les seguiré con el Martillo de la Noche y llevaré conmigo las fuerzas suficientes para ocupar la base rebelde de forma permanente. —Sus luminosos ojos verdes se clavaron en sus dos subordinados—. Quiero que la flota parta dentro de una hora.

Pellaeon y Cronus fueron corriendo a sus puestos de mando respectivos. Cuando faltaban dos minutos para que terminara la hora que les había dado de plazo, la flota imperial de Daala fue puesta en movimiento como un gigantesco monstruo babeante al que se hubiera dejado repentinamente libre para que se lanzara sobre la Nueva República.

Los navíos de la clase Victoria se dispersaron por las rutas orbitales de Khomm como proyectiles carmesíes, con todas sus baterías turboláser dirigidas hacia las ciudades que se extendían debajo de ellos.

El coronel Cronus estaba sentado en el sillón de mando del 13X, la antigua nave del vicealmirante Pellaeon, e iba dando órdenes a los artilleros de su flota.

—Elijan los satélites de comunicación y observaciones como primeros blancos.

Las palabras apenas acababan de salir de su boca cuando un diluvio purificador de haces turboláser ya estaba surcando la negrura del espacio, aniquilando los puntos plateados de los satélites colocados en órbita y dejando grandes nubes de restos centelleantes detrás de ellos.

—Ahora están ciegos, y ni siquiera han tenido tiempo de enterarse de lo que ocurre —dijo Cronus.

Se recostó en su sillón y juntó las manos, empujando con los dedos para ejecutar su interminable ritual de ejercicios isométricos que oponían un músculo a otro para fortalecer su cuerpo incluso mientras permanecía sentado y contemplaba la masacre de Khomm.

Cronus usó el canal de comunicaciones abierto para dirigirse a todas las naves.

—Escojan blancos indiscriminadamente en la metrópolis que estamos sobrevolando —ordenó—. Éste es nuestro primer objetivo, así que vamos a convertir nuestro ataque en

algo memorable. Lancen los escuadrones de bombarderos TIE, y que no pierdan el tiempo.

Contempló como la lluvia de llamas láser caía a través de la atmósfera y las nubes de cazas ligeros brotaban de las cubiertas de los hangares. Cronus observó la frenética actividad de la destrucción. Según los viejos informes de inteligencia, Khomm apenas tenía unas cuantas defensas y eran más simbólicas que efectivas. Cronus dudaba de que los habitantes se acordaran de cómo usarlas. Cuando su flota hubiera acabado, desearían haber hecho las cosas de otra manera.

—Rápido y sin problemas —murmuró.

Un cosquilleo de cansancio provocado por sus ejercicios empezó a recorrer los músculos de sus brazos, pero Cronus siguió ejerciendo más presión hasta convertir la molestia en dolor.

Después de haber estado contemplando la batalla durante media hora, envió un nuevo mensaje a las otras naves.

—Terminen lo más deprisa posible —dijo—. Tenemos un montón de objetivos más en la lista.

Un Dorsk 82 bastante inquieto salió de la instalación de clonaje cuando terminó el turno de la tarde, como hacía siempre, mientras Dorsk 80 se quedaba allí para aportar una hora extra de trabajo, compensando así la pérdida de Dorsk 81… como hacía siempre. La predictibilidad era tranquilizadora y reconfortante. En Khomm esas dos palabras regían las vidas de todos.

Pero el clon más joven seguía oyendo resonar dentro de su mente las palabras de Dorsk 81. Aquel repentino cambio en las posibilidades sacaba a la luz ideas en las que nunca había pensado. ¿Y si, en contra de toda la historia anterior, el Imperio decidía atacar su pacífico planeta? «Pero ¿por qué? —sintió deseos de preguntar Dorsk 82—. ¿Qué iban a obtener con ello?»

Sabía que aquella cuestión sería meticulosamente examinada y resuelta por Kaell 116 y los líderes políticos. Era su trabajo. No tenían ninguna otra tarea aparte la de tomar ese tipo de decisiones. El joven Dorsk 82 confiaba en el sistema de Khomm. Había funcionado a la perfección durante siglos, y en aquellos momentos Dorsk 82 no tenía ningún motivo para dudar de él.

Un instante después ríos de fuego surgieron del neblinoso cielo blanquecino, incendiando los edificios idénticos y dibujando dedos destructores a través de la parrilla perfecta de la organizada ciudad de los clones. Los bombarderos TIE rugieron en las alturas, desfilando a una velocidad increíble que llenó de terror a los peatones. Las naves dejaron caer explosivos protónicos que aniquilaron bloques enteros con un solo estallido. Las llamas salieron disparadas hacia el cielo cuando los depósitos de combustible y los materiales inflamables de las edificaciones más antiguas empezaron a arder.

Escuadrones de cazas TIE bajaron aullando del cielo, disparando sus cañones láser y haciendo pasadas mortíferas sobre los aterrorizados alienígenas, que salían huyendo de sus edificios pero no sabían adónde ir.

Dorsk 82 buscó refugio en un angosto callejón entre dos grandes edificios. Un instante después el joven clon pensó que no era una decisión muy sabia, teniendo en cuenta todas las imponentes estructuras que se estaban derrumbando a su alrededor. Su mente estaba paralizada por el horror y el aturdimiento. ¡Dorsk 81 no se había equivocado! Khomm no tenía ni planes ni defensas… ni posibilidades de sobrevivir al ataque.

Una bomba protónica estalló por encima de los edificios como el barrido de una mano gigantesca que derribó sus muros. Dorsk 82 se pegó al suelo, esperando que la avalancha lo aplastara en un momento… pero las losas que habían formado las paredes cayeron unas encima de otras y formaron una milagrosa especie de tienda sobre él. El polvo de roca y los fragmentos de piedra desmenuzada se hundieron en su lisa piel. Dorsk 82 supuso que tenía un par de huesos rotos —una experiencia nueva para él en su tranquila y predecible vida—, pero se acurrucó en la inesperada oscuridad y esperó mientras el caos aullante seguía a su alrededor durante lo que pareció una eternidad, aunque Dorsk 82 sabía que debió de durar menos de una hora.

El dolor físico llegó mientras intentaba salir de debajo de las losas de piedra que le habían caído encima. Estaba dolorido y lleno de morados, golpeado y cubierto de arañazos… pero estaba vivo. Fue apartando los cascotes y emergió parpadeando a un crepúsculo prematuro causado por las humaredas negras y las llamas anaranjadas.

Después se quedó inmóvil, totalmente atónito e incapaz de reaccionar. Veía la magnitud de la devastación que lo rodeaba, pero no podía comprenderla. Las relucientes instalaciones de clonaje habían desaparecido por completo, y habían quedado convertidas en un confuso amasijo de vigas fundidas y polvo cristalino, lo único que quedaba de los enormes ventanales de transparencia perfecta que habían brillado luminosamente bajo el sol no hacía mucho rato. Nubes de humo grasiento se alzaban hacia el cielo, como un dedo acusador que señalara a la flota imperial suspendida en su órbita.

El viejo Dorsk 80 había estado dentro de la instalación de clonaje, y el clon más joven se internó con paso apático y tambaleante por entre los escombros, buscando —sin ninguna esperanza de encontrarla— alguna señal de que su predecesor hubiera sobrevivido.

Aquel terrible descubrimiento compitió con las abrumadoras consecuencias dentro de su mente. La devastación de todo su mundo, la destrucción de las instalaciones de clonación… ¿Qué iban a hacer en el futuro? ¿Cómo podría seguir existiendo su civilización después de haber recibido una herida tan mortal? Los supervivientes de Khomm —que gritaban quejumbrosamente a causa del dolor de sus heridas o lanzaban gemidos de pena mientras se tambaleaban por la metrópolis convertida en un inmenso montón de ruinas— tendrían que cambiar.

Y eso también le asustaba.

El coronel Cronus contempló cómo los últimos cazas volvían a sus naves. El mundo incendiado de Khomm yacía debajo de ellos como una gran llaga infectada.

Lanzó una mirada llena de impaciencia al cronómetro y a las evaluaciones de daños de su flota. Habían perdido dos cazas. A juzgar por la falta de defensas de Khomm, Cronus supuso que los dos cazas TIE que no habían regresado habrían sido destruidos por un accidente, una avería o algún disparo mal dirigido de sus propias fuerzas.

Meneó la cabeza ante la increíble debilidad del mundo de los clones.

Después se inclinó sobre su ordenador de control e introdujo las coordenadas de los objetivos designados por la almirante Daala. Esperaba que todas las incursiones tuvieran tanto éxito como aquélla.

—Siguiente sistema —dijo—. Bien, vamos hacia allá… Tenemos un programa, y hemos de cumplirlo.

NAL HUTTA

CAPÍTULO 44

A mediados del turno de noche a bordo de la fragata de escolta Yavaris, el general Wedge Antilles estaba sentado en su sillón de mando, relajado pero prestando atención a cuanto le rodeaba. A pesar de la situación de alerta amarilla, el Yavaris parecía engañosamente tranquilo. Los soldados llevaban a cabo sus actividades rutinarias con calmada eficiencia, los paneles luminosos habían sido ajustados a una intensidad reducida y los sonidos de los movimientos sonaban curiosamente débiles y ahogados. La tensión era considerable, aunque invisible.

La situación de alerta ya llevaba un día de duración. No habían tenido ninguna novedad —no había informes de Crix Madine, ni noticias de que se hubiera producido ningún ataque imperial—, y el peso de aquella espera estaba empezando a hacerse notar.

Qwi Xux apareció detrás de él en el puente y le apretó los hombros con sus largos dedos de un suave color azul pálido. Wedge se encogió sobre sí mismo, un poco sobresaltado, y después subió el brazo para estrecharle la mano contra su hombro.

—¿Tampoco podías dormir? —preguntó, dándose la vuelta para contemplar el índigo de sus ojos.

Qwi meneó la cabeza, y su plumosa cabellera perlina pareció relucir.

—La espera resulta tan dura… —dijo.

Wedge asintió.

—Por mucho que odie la guerra, en momentos como éste casi deseo que ocurra algo… cualquier cosa.

Y su deseo se vio cumplido, porque de repente todo pareció ocurrir a la vez.

La silenciosa señal de emergencia de Crix Madine llegó a través del espacio, dotada de prioridad de urgencia y con su frecuencia específica dirigida hacia la flota de la Nueva República. Las señales empezaron a sonar en la consola de comunicaciones, que activó alarmas automáticas de Alerta Roja por todo el Yavaris. El transmisor implantado en la palma de la mano de Madine no podía dar detalles, y se había limitado a enviar una petición de ayuda.

Wedge sabía que el general Madine, el Supremo Comandante Aliado de Inteligencia, sólo la utilizaría en las circunstancias más extremas.

—Tenemos que ir a sacarle del lío en el que se ha metido —dijo.

Qwi se había quedado repentinamente inmóvil y rígida, y estaba abriendo y cerrando sus enormes ojos. Sus dedos se tensaron sobre los hombros de Wedge.

—Eso significa que ha descubierto la situación de la superarma de los hutts —dijo—. Tenemos que destruirla antes de que el artefacto pueda ser empleado. No podemos

permitir que los hutts, el Imperio o cualquier otra facción disponga de armas como las que yo diseñaba en el pasado.

—Tienes razón —dijo Wedge.

Una pantalla se iluminó para mostrar el mensaje enviado por el almirante Ackbar desde su crucero estelar de Mon Calamari.

—Esto puede ser el comienzo del ataque general —dijo Ackbar, que llevaba su impecable uniforme blanco y mantenía sus manos-aletas extendidas hacia fuera en un gesto de tensión.

—Sí, almirante. ¿Desplegamos a la flota? Podemos rastrear la señal de Madine y llegar hasta allí a velocidad máxima. No sabemos en qué clase de situación se ha metido, y…

Pero antes de que Wedge pudiera acabar de hablar, otro mensaje en la banda ancha del espectro llegó por el sistema de comunicaciones. Era una segunda señal de emergencia, y también tenía prioridad sobre cualquier otra transmisión que circulara por la Holorred de la Nueva República.

—¡Aquí Kyp Durron con un mensaje urgente para las fuerzas militares de la Nueva República!

Wedge no pudo evitar torcer el gesto, y apretó los dientes. Qwi mantuvo la compostura junto a él, pero Wedge notó que se ponía todavía más rígida. El joven había vuelto del lado oscuro para ponerse al servicio de las reglas Jedi, y Qwi afirmaba haber perdonado a Kyp… pero aun así los dos encontraban un poco inquietante el exceso de entusiasmo de aquel Caballero Jedi.

Sin embargo, Kyp estaba transmitiendo su mensaje a cualquiera que pudiese escucharlo y daba la alarma.

—Dorsk 81, otro Caballero Jedi, y yo hemos entrado en los Sistemas del Núcleo. Hemos descubierto una gigantesca fuerza de asalto imperial preparada para ponerse en movimiento dentro de uno o dos días. La almirante Daala está al mando de esa flota. Repito: la almirante Daala está al mando de esa flota. No está muerta tal como suponíamos.

»Parece ser que su objetivo principal es Yavin 4. Daala pretende destruir a todos los nuevos Caballeros Jedi. En estos momentos Dorsk 81 y yo nos dirigimos hacia la Academia Jedi para ayudar en el combate. Solicitamos cualquier tipo de ayuda posible.

—Así que se trata de un doble ataque simultáneo —dijo Ackbar—. El cinturón de asteroides de Hoth y Yavin 4… Deben de tener una gran confianza en su capacidad de pillarnos por sorpresa.

—Ahora conocemos sus planes —dijo Wedge—. ¿Piensa que deberíamos dividir nuestras fuerzas?

—Ese mensaje ha sido enviado a toda la flota de la Nueva República —respondió Ackbar con su profunda voz de calamariano—. Tal vez podamos esperar recibir refuerzos… pero creo que ahora deberíamos dividir nuestras fuerzas. Dudo que ninguno

de los dos ataques sea una finta. Yo iré a Yavin 4 en el *Viajero Galáctico*, y usted irá a rescatar al general Madine. No podemos ignorar la amenaza de los hutts.

—Entendido, almirante —dijo Wedge.

La imagen de Ackbar inclinó la cabeza en un profundo asentimiento.

—Debo poner en situación de combate al resto de la flota —dijo—. Esto no es más que el comienzo.

—No se preocupe: sacaremos de allí a Madine y a su equipo —dijo Wedge—. Y ya que vamos a hacerles una visita, también intentaremos destruir la superarma de los hutts.

Toda la dotación fue bruscamente sacada de su período de sueño. Las luces se volvieron más brillantes en todas las cubiertas del Yavaris. Los soldados empezaron a correr por los pasillos, preparados para entrar en acción.

La flota había mantenido una actitud lo más discreta posible durante todo aquel ejercicio de juegos de guerra, ocultando su verdadero propósito y su nivel de preparación para actuar. Pero una vez dada la alarma, todas las naves dejaron de fingir e ignoraron a los hutts, que sin duda las estaban observando desde el planeta verdoso que giraba debajo de ellas.

La flota de la Nueva República abandonó sus juegos de guerra, se dividió en dos formaciones separadas y estableció sus vectores de curso para empezar a alejarse.

Ackbar y sus naves se precipitaron por el embudo de líneas estelares que las sumergió en el hiperespacio, mientras que Wedge ordenaba que el Yavaris avanzara a velocidad máxima con rumbo hacia el cinturón de asteroides de Hoth y la señal de emergencia de Madine… esperando que llegaran allí a tiempo.

YAVIN 4

CAPÍTULO 45

Los diecisiete Destructores Estelares a las órdenes del vicealmirante Pellaeon surgieron del hiperespacio formando una flota impecablemente dispuesta. Aquella formación tan perfecta demostraba el grado de precisión e implacable dedicación alcanzado por las nuevas fuerzas imperiales que había forjado Daala.

Pellaeon estaba inmóvil en el centro del puente del *Tormenta de Fuego* —el Destructor Estelar que la almirante Daala había mandado cuando hizo caer al criminal de guerra Harrsk en su trampa—, y contemplaba aproximarse la joya verde de la luna selvática, una esfera de vida esmeralda empequeñecida por Yavin, el monstruoso gigante gaseoso cuya gravedad tiraba de la flota de naves con la que iba a atacar.

El veterano militar imperial mantuvo los ojos entrecerrados mientras clavaba la mirada en los visores de la torre del puente. Había recortado su bigote canoso, y se había asegurado de que sus cabellos quedaban pulcramente recogidos debajo de su gorra de vicealmirante. Pellaeon se había cepillado el uniforme a fin de presentar una imagen más imponente, pues quería ser un auténtico líder para su flota en aquella misión victoriosa. Volver a estar al mando de una nave digna de ese nombre, en vez del pequeño Destructor Estelar de la clase Victoria, hacía que se sintiera revigorizado… a pesar de que el coronel Cronus utilizaría la flota de navíos carmesíes para causar un significativo grado de destrucción en los mundos que se habían puesto del lado de los rebeldes.

Pellaeon pensó en aquellos días en que había mandado el Quimera a las órdenes del Gran Almirante Thrawn, y en lo cerca que habían estado de derrotar a la Rebelión de una vez y para siempre. Con la almirante Daala volvían a tener esa oportunidad… y Pellaeon no la desperdiciaría.

—Inserción orbital terminada con éxito, señor —anunció la navegante desde su puesto.

Pellaeon continuaba maravillándose ante las nuevas oficiales de la flota de Daala, y le sorprendía que todas parecieran servir al Imperio todavía con más dedicación que los otros soldados.

—¿Alguna señal de defensas? —preguntó.

La luna selvática parecía demasiado tranquila, demasiado vulnerable. A Pellaeon le asombraba que un lugar tan importante para la Rebelión no tuviera ninguna defensa visible.

—No se ha detectado ninguna, vicealmirante —dijo el jefe táctico.

El oficial, que al parecer también sentía las mismas preocupaciones que su superior, empleó un tono dubitativo.

—Muy bien —dijo Pellaeon, pasando a la siguiente fase—. Desplieguen la red generadora de interferencias. Tenemos que colocarla en su sitio y dejarla en condiciones de operar antes de que los hechiceros Jedi puedan enviar una señal de emergencia a sus fuerzas militares.

Los diecisiete Destructores Estelares lanzaron grupos de pequeños satélites transmisores que fueron ocupando sus posiciones alrededor de la luna verde, formando una red electromagnética interconectada capaz de bloquear cualquier mensaje que pudieran enviar los estudiantes Jedi. Los satélites interferidores sólo necesitaron unos momentos para situarse en las posiciones asignadas y transmitir una señal de conformidad al *Tormenta de Fuego*.

Pellaeon habló por la unidad comunicadora del canal interno de la flota, y su voz resonó en todas las naves.

—Que los equipos de ataque se preparen —dijo—. Iniciaremos el ataque dentro de cinco minutos. Todos los transportes de exploración de superficie y vehículos de asalto de la jungla formarán la primera oleada. Los cazas TIE proporcionarán cobertura aérea.

»Nuestro objetivo es un mundo relativamente despoblado, y no deberíamos necesitar mucho tiempo para completar la misión. La victoria que obtendremos hoy en Yavin 4 supondrá el primer gran paso en el renacimiento de un nuevo Imperio todavía más fuerte que el anterior.

Pellaeon cerró el canal y se apoyó en la barandilla del puente. Le complacía estar al frente de una operación de éxito garantizado, en vez de mandar otro desesperado intento de recuperar la supremacía imperial condenado a fracasar. Pellaeon pensó en el inmenso poderío imperial que la almirante Daala había puesto bajo su control.

No esperaba mucha resistencia de unos cuantos aspirantes a Jedi que nunca habían tenido que entrar en combate.

El Súper Destructor Estelar Martillo de la Noche se preparaba para salir al espacio en la estación conectora oculta en las profundidades del vacío galáctico. La almirante Daala dedicó los últimos momentos de frenética actividad a asegurarse de que todos los preparativos de su gran ataque decisivo habían sido llevados a cabo de la manera correcta.

A esas alturas el vicealmirante Pellaeon ya debía de estar atacando la luna de los Jedi, y Daala anhelaba estar allí con él para extraer una satisfacción personal de cada Jedi muerto, cada edificio rebelde destruido y cada árbol envuelto en llamas… pero no iba a alterar sus planes. Sabía que ésa era la forma de asestar el mayor golpe psicológico a los rebeldes. Su ataque inicial tenía que terminar con una derrota totalmente aplastante del objetivo rebelde.

En aquel mismo instante, y de manera simultánea con esa gran ofensiva, el coronel Cronus estaba causando terribles daños con sus ataques de precisión quirúrgica contra

distintos objetivos de la galaxia seguidos por una rápida huida. Su enjambre de navíos carmesíes de la clase Victoria llegaría rugiendo a una velocidad vertiginosa, destruiría los objetivos más convenientes y luego volvería a desaparecer en el hiperespacio… dejando detrás de él la destrucción, la confusión y el pánico.

Pero la luna selvática de Yavin 4, con su centro de adiestramiento Jedi, sería la verdadera victoria simbólica. Daala sonrió, y sus ojos verdes adoptaron una expresión absorta y distante mientras se imaginaba a aquellos hechiceros que aún no habían conseguido dominar sus habilidades siendo atacados por las fuerzas tremendamente superiores en número y poderío de Pellaeon. Después se imaginó la desesperación que sentirían cuando vieran llegar su enorme nave. Sería como un segundo golpe mortal: ni refuerzos ni una misión de rescate, sino un Súper Destructor Estelar negro. Su desesperación quedaría decuplicada.

Después de aquel día, cuando Daala partiera triunfante, la luna cubierta de junglas de Yavin 4 no debía ser más que una bola de cenizas. Hasta el último estudiante Jedi tenía que perecer, y sus cuerpos quedarían esparcidos por la jungla en llamas como un mensaje de inequívoca claridad dirigido a aquellos que siguieran osando resistirse al Imperio.

Como última orden antes del lanzamiento, Daala dedicó unos momentos a rebautizar su oscura nave. A partir de aquel instante el Súper Destructor Estelar sería conocido como *Caballero del Martillo*, sólo para demostrar que Daala tenía sentido del humor… siempre que el resultado final fuese la derrota total y absoluta de la Alianza Rebelde.

CAPÍTULO 46

Dorsk 81 y Kyp Durron volvieron a Yavin 4 sin dejar de emitir su constante mensaje de alarma ni un solo instante del trayecto. Posaron su lanzadera imperial cerca del Gran Templo y llamaron a las armas a los estudiantes Jedi: faltaba menos de una hora para la llegada de las fuerzas de Pellaeon.

El estómago de Dorsk 81 había sido un nudo de tensión desde su apurada huida de la zona de reunión de la almirante Daala, y se había sentido todavía peor cuando presenció la apática negativa de su mundo natal a aceptar la posibilidad de una amenaza inminente. Los reproches de Dorsk 80 y Dorsk 82 habían dado en el blanco, y le habían afectado todavía más que su decisión de convertirse en un Jedi. Pero era un Jedi. No podía cambiar eso. Dorsk 81 se juró que haría cuanto pudiera y sacaría el máximo partido posible de su potencial, tal como le había enseñado el Maestro Skywalker.

Los dos Caballeros Jedi salieron de la lanzadera imperial robada para encontrarse con un silencio total. Las junglas saturadas de humedad parecían envueltas en una manta invisible de tensa expectación.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Kyp—. Tenemos que encontrar al Maestro Skywalker.

Dorsk 81 alzó la mirada hacia la enorme pirámide escalonada en la que se había establecido el *praxeum* Jedi. Su rostro fue recobrando la calma y Dorsk 81 cerró sus ojos amarillos, desplegando un zarcillo de la Fuerza hasta que percibió la presencia del grupo de estudiantes Jedi al otro lado de un angosto tributario del río que fluía junto a uno de los viejos templos en ruinas.

—Están ahí —dijo—. Se han reunido en el Templo del Cúmulo de la Hoja Azul.

Kyp asintió y sus oscuros ojos brillaron.

—Tenemos que advertirles e iniciar los preparativos.

Fueron corriendo por los estrechos senderos de la jungla y cruzaron el río para llegar a la gran ruina massassi, una torre cilíndrica de piedras medio desmoronadas que necesitaban urgentes reparaciones. Dorsk 81 vio a los estudiantes Jedi, unos treinta en total, trabajando juntos.

Reconoció a Kirana Ti, la guerrera de Dathomir, y a Streen, el siempre un poco aturdido y distante ermitaño de Bespin, trabajando en colaboración para sacar rocas caídas de una parte del templo que se había derrumbado. Estaban utilizando sus poderes Jedi para apartar las losas desprendidas y para protegerse de los guijarros que seguían cayendo a medida que iban quitando escombros. Kam Solusar, el endurecido veterano Jedi, contemplaba con expresión sombría las actividades, dirigiendo el trabajo de los estudiantes Jedi que habían llegado al *praxeum* el año pasado y que todavía se hallaban en las primeras fases de su adiestramiento.

Tionne, la estudiosa Jedi de los cabellos plateados, fue la primera en verlos.

—¡Kyp! —gritó—. ¡Dorsk 81! ¡Habéis vuelto! Estupendo: un poco más de ayuda no nos vendrá nada mal. —Tionne sonrió, y sus ojos color madreperla se iluminaron.

Después empezó a explicarse con voz entrecortada, acompañando las palabras con rápidos gestos de sus delicadas manos—. Están llegando tantos estudiantes que hemos tenido que encontrar algún sitio donde alojarlos. Este viejo templo es…

Y entonces por fin percibió la alarma y el *Torbellino* emocional que emanaba de ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kam Solusar, añadiéndose a la conversación.

Kirana Ti apareció detrás de él, alta e imponente en su coraza de pieles de reptil.

—¿Dónde está el Maestro Skywalker? —preguntó Kyp.

Faltó poco para que se le quebrara la voz, y las palabras surgieron de sus labios en un tono frío y cargado de tensión.

—Él y Calista se fueron hace más de una semana —dijo Tionne—. Sólo estamos nosotros. Estoy dirigiendo unas cuantas sesiones de adiestramiento mientras el Maestro Skywalker está fuera, pero…

—¡La Academia Jedi corre un gran peligro! —explicó Dorsk 81—. La almirante Daala ha reunido una nueva flota imperial, y esta vez ha elegido Yavin 4 como objetivo. Los Destructores Estelares podrían estar aquí en cualquier momento.

—No —dijo Streen, meneando su canosa cabeza y abriendo y cerrando sus ojos ribeteados de rojo mientras alzaba la mirada hacia el cielo azul claro—. No. Ya están aquí.

El viejo ermitaño apenas había acabado de hablar cuando Dorsk 81 también sintió la misteriosa presencia de una amenazadora opresión que flotaba sobre su cabeza, como una mancha de oscuridad vacía de estrellas extendiéndose por el gran lienzo del espacio.

—Mirad —dijo una de las nuevas estudiantes.

La joven alienígena extendió un dedo terminado en una garra mientras la cresta azulada que coronaba su cabeza se erguía en señal de alarma. Un siseo de serpiente brotó de su gran boca escamosa.

Un chorro de chispas bailoteó por las capas superiores de la atmósfera y avanzó velozmente hacia la jungla, dibujando una red de líneas de fuego trazadas por afiladas uñas de lava.

—Transportes de superficie y vehículos de asalto —dijo Kam Solusar.

—Debemos prepararnos para enfrentarnos a ellos —insistió Kirana Ti.

—¡Pero el Maestro Skywalker no está aquí! —gritó uno de los nuevos estudiantes.

Kyp Durron se irguió ante ellos, aunque era menos alto que muchos de los Jedi que se habían reunido en las ruinas del templo.

—El Maestro Skywalker no siempre estará aquí para ayudarnos cada vez que tengamos problemas. Dorsk 81 y yo ya hemos dado la alarma, y las fuerzas de la Nueva República deberían estar en camino. Pero de momento tendremos que defender la Academia Jedi por nuestra cuenta.

—Pero somos tan pocos… —graznó un estudiante que parecía un cruce entre ave gigante y humano, y su duro pico se abrió y volvió a cerrarse con un ruidoso chasquido.

—Sí, así que no esperarán mucha resistencia —replicó Kyp—. Tendremos que demostrarles que se equivocan.

Dorsk 81 se puso junto a su amigo.

—Somos Caballeros Jedi. Recordad lo que nos ha enseñado el Maestro Skywalker: «El intentarlo no existe».

Los transportes imperiales se abrieron paso por la jungla no muy lejos de ellos, y empezaron a desplegar vehículos gigantes desde sus módulos de lanzamiento.

—Aquí llega el ataque aéreo —anunció Kyp, en el mismo instante en que una bandada de puntitos negros se acercaba velozmente por los aires envuelta en un rugido de motores iónicos gemelos.

Estaban siendo atacados por un ala entera de cazas TIE a la que acompañaba una considerable fuerza de bombarderos TIE.

—¡Poneos a cubierto! —gritó Kirana Ti, empujando a Streen hacia dos gigantescos bloques de piedra que se habían desprendido de la fachada del viejo templo.

Los cazas TIE pasaron por encima de sus cabezas mientras los estudiantes Jedi se dispersaban buscando algún refugio. Los cañones láser de las naves imperiales abrieron fuego, incendiando los enormes árboles y haciendo brotar chorros de cascotes del viejo templo. Los cazas TIE se desplegaron, no muy seguros de cuáles eran sus objetivos mientras buscaban a los Caballeros Jedi que se habían escondido en la jungla.

Los bombarderos TIE hicieron una pasada a baja altura y dejaron caer proyectiles detonadores cuyo estallido creó pilares de fuego y humo que se alzaron por encima del grueso dosel de la jungla, convirtiendo en astillas árboles massassi que tenían un millar de años de existencia. Pero en cuanto la primera oleada de cazas TIE divisó a los estudiantes del Templo del Cúmulo de la Hoja Azul, las fuerzas imperiales concentraron toda su potencia de fuego sobre el otro lado del río.

—No tenemos armas —dijo Streen mientras se tapaba la cabeza.

—Tenemos la Fuerza —replicó Dorsk 81.

Tres cazas TIE llegaron rugiendo, con sus cañones láser disparando sin cesar mientras se aproximaban en una formación triangular. Kirana Ti, la guerrera de Dathomir, salió al claro que se extendía junto a las masas de escombros que los estudiantes Jedi habían ido sacando con tanta meticulosidad de las ruinas. Los cazas TIE la vieron y dispararon. Ignorando el peligro que corría, Kirana Ti movió la mano y, usando la Fuerza como si fuese una honda, tomó uno de los grandes bloques cuadrados que los esclavos de los massassi habían tallado hacía miles de años… y lo lanzó hacia arriba, impulsándolo con todo su poderío Jedi.

La gran piedra voló por los aires y destrozó una de las pantallas de propulsión del caza TIE. El aparato se inclinó bruscamente hacia un lado, y el piloto no consiguió recuperar el control. La nave estalló entre los árboles al otro lado del templo.

Kam Solusar se había apostado al otro extremo del claro, y también empezó a utilizar la Fuerza para lanzar rocas contra los dos cazas TIE restantes. Los peñascos llovieron sobre las naves imperiales y se abrieron paso a través de sus carlingas. Todos los

estudiantes Jedi habían comprendido la idea, y un diluvio de duros fragmentos rocosos cayó sobre las dos naves que intentaban huir y las borró del cielo. Los dos cazas TIE estallaron entre los vítores de los enfurecidos estudiantes Jedi.

La segunda oleada, formada por cuatro cazas TIE, llegó inmediatamente después. Pero Streen no cogió rocas u otras armas con la Fuerza. Utilizó el mismo aire, moviendo las moléculas de la atmósfera para invocar a las corrientes de la tempestad y dispersar la formación de ataque aéreo con un muro de viento que se intensificó hasta alcanzar la potencia de un huracán. Las terribles corrientes abofetearon a los cazas TIE lanzándolos en todas direcciones, y obligaron a los pilotos a concentrarse en tratar de controlar sus naves sin permitirles hacer ni un solo disparo.

Streen alzó la mirada hacia el cielo, los ojos desorbitados e inyectados en sangre y los cabellos ondulando alrededor de su cabeza. Después extendió sus dedos temblorosos y juntó las manos en un brusco gesto simbólico, haciendo chocar sus manos invisibles hechas de viento con tanta violencia que las poderosas corrientes de aire empujaron a los cuatro cazas TIE, lanzándolos unos contra otros. Los cuatro aparatos chocaron para convertirse en un solo nudo de restos fundidos que se precipitaron hacia el suelo.

Un par de bombarderos TIE que volaban a baja altura aparecieron por detrás de ellos, apenas visibles por encima de las copas de los árboles pero avanzando a velocidad máxima. Kyp gritó una advertencia. El primer bombardero TIE pasó por encima del templo y dejó caer tres proyectiles detonadores desde su hangar de lanzamiento… pero Kyp desplegó el poder de la Fuerza con la mirada clavada en la nave mientras mantenía la palma de la mano rígida y vuelta hacia arriba. Después empujó mediante la Fuerza, visualizando los tres proyectiles detonadores lanzados sobre ellos, y devolvió los explosivos al hangar del bombardero TIE… donde estallaron.

El segundo bombardero TIE dejó caer un solo proyectil y después, viendo el destino sufrido por su compañero, salió disparado en dirección opuesta. Dorsk 81 utilizó la Fuerza para coger un peñasco que lanzó con todas sus energías. La roca volante cruzó como una exhalación la distancia que la separaba del bombardero y chocó con la segunda cabina, dañando su control de altitud. El bombardero TIE giró por los aires y acabó cayendo entre la espesura al otro lado del río. El proyectil detonador que había lanzado se estrelló contra el suelo cerca de allí y estalló, produciendo una vibración que recorrió la jungla e hizo temblar el Templo del Cúmulo de la Hoja Azul. Varios bloques de piedra se desprendieron de las paredes entre una lluvia de polvo y cayeron con gran estrépito alrededor de los estudiantes Jedi.

—¡Esta vieja estructura no aguantará mucho rato! —gritó Kyp—. Tenemos que volver al Gran Templo. Es más fácil de defender.

Otra oleada de cazas TIE, ésta formada por el doble de naves que el ataque anterior, llegó a toda velocidad. Los estudiantes Jedi echaron a correr sin rechistar, alejándose del templo secundario para empezar a abrirse paso por entre la espesura.

Más trazos de fuego aparecieron en las alturas cuando los diecisiete Destructores Estelares de Pellaeon lanzaron otra oleada de maquinaria de asalto de superficie para terminar la limpieza del objetivo.

Cuando llegaron a la gigantesca pirámide que había sido fortificada para servir como base rebelde en el pasado, Dorsk 81 vio que la desesperada defensa organizada por los estudiantes Jedi entre las ruinas del templo también había servido a un inesperado propósito secundario: había creado una diversión, un señuelo para las fuerzas imperiales, y había convencido a los atacantes de que el Templo del Cúmulo de la Hoja Azul era la fortaleza Jedi. Los cazas TIE y los bombarderos estaban concentrando sus fuerzas allí.

A pesar del miedo que se agitaba dentro de él, Dorsk 81 se sintió invadido por una oleada de júbilo y camaradería con los otros Jedi. Estaba luchando por algo que tenía un significado. En toda su vida, que había pasado siendo meramente otro duplicado más en un mundo de clones, Dorsk 81 nunca había creído tener la posibilidad de elegir su destino. Se lo había encontrado todo decidido de antemano hasta que salió del profundo surco excavado en el linaje de los Dorsk. Pero Dorsk 81 se había convertido en un Caballero Jedi porque así lo había elegido… y acababa de demostrar que podía ser un buen Caballero Jedi.

La larga puerta horizontal que protegía los niveles de hangares del Gran Templo estaba entreabierta, una oscura boca con un leve aliento de aire fresco surgiendo del interior lleno de sombras. Los estudiantes Jedi se agacharon para pasar por debajo de ella y entraron corriendo en los hangares, esperando que aquellos muros de milenios de antigüedad podrían ofrecerles un refugio donde escapar a la furia del ataque imperial.

Tionne pasó corriendo junto a Kyp Durron, pero éste la detuvo cogiéndola del brazo.

—¡Ve al centro de comunicaciones! —gritó—. Ponte en contacto con la Nueva República y hazles saber que ya estamos siendo atacados. Los imperiales han actuado más deprisa de lo que esperábamos.

Tionne asintió. Su rostro, pálido como la porcelana, estaba tan tenso que parecía como si pudiera hacerse añicos en cualquier momento.

Un grupo de cazas TIE trazaba círculos sobre el Templo del Cúmulo de la Hoja Azul al otro lado del río, disparando repetidamente sus cañones láser. Hilos de humo negro flotaban en el aire.

Kyp volvió la mirada hacia la lanzadera imperial que habían robado, que seguía posada sobre la parrilla de descenso cubierta de hierba, y la señaló con la mano mientras Dorsk 81 se dirigía hacia la relativa seguridad de los niveles más profundos de los hangares.

—Voy a volver a la nave —dijo—. Ahí hay algunas armas, y no contamos con otra cosa.

Dorsk 81 titubeó durante unos momentos, y después siguió a Kyp cuando éste echó a correr a través del claro sin mirar hacia atrás. Dorsk 81 se detuvo cuando un chirriante ruido metálico surgió del perímetro de árboles y la cabeza trapezoidal de un caminante imperial emergió del bosque. El artefacto produjo dos estrepitosos truenos con sus patas metálicas antes de encontrar puntos de apoyo en aquel terreno tan abrupto. La cabeza giró y las miras de sus cañones láser entraron en acción, centrándose en Kyp para seguir su carrera.

Dorsk 81 se quedó paralizado, pero sólo durante un momento. Vio lo que iba a ocurrir… pero no podía permitir que ocurriese. En un gesto instintivo, dejó en libertad a la Fuerza: no se contuvo y no canalizó o dirigió el flujo, limitándose a dejar en libertad todo su miedo y su deseo de alejar al caminante de exploración imperial de su amigo.

Un muro de poder invisible cayó sobre el caminante, aplastando su cabina y haciendo que saliera despedido hacia atrás hasta chocar con un árbol.

Kyp giró sobre sus talones para contemplar boquiabierto el caminante de exploración destrozado. Todo había ocurrido en un segundo.

—Gracias —dijo.

Dorsk 81 descubrió que estaba temblando.

—Fue una reacción totalmente automática —dijo—. Ni siquiera pensé en lo que hacía.

—Entonces eres un verdadero Jedi —replicó Kyp con afable admiración, pero no desperdició ni un instante más antes de meterse en la lanzadera y salir de ella con un arsenal lamentablemente reducido: cinco pistolas desintegradoras y un cortador láser—. Siempre es mejor que nada —añadió.

Dorsk 81 contempló las armas.

—No es gran cosa.

Después alzaron los ojos hacia los sonidos atronadores que continuaban retumbando incesantemente en el cielo a medida que oleada tras oleada de vehículos de asalto de superficie eran escupidos por la flota de Destructores Estelares en órbita…

Los Caballeros Jedi se reunieron en la sala de guerra del segundo nivel de la pirámide, pero incluso estando en las profundidades del templo de guerra no podían dejar de oír los sordos ecos del constante ataque.

Tionne meneó su cabeza plateada.

—Los imperiales han colocado una red generadora de interferencias en el espacio —dijo—. Ningún mensaje puede atravesarla. Tendremos que conformarnos con la esperanza de que la Nueva República oyera tu advertencia original, Kyp.

—Vendrán —dijo Kirana Ti con hosca confianza.

La guerrera de Dathomir sostenía en su mano la espada de luz desactivada. Era el arma que había sido construida por Gantoris, otro de los estudiantes Jedi, hacía un año…

cuando los estudiantes se enfrentaron al espíritu oscuro de Exar Kun. De hecho, entonces los estudiantes Jedi —también sin Luke Skywalker— ya se reunieron en aquella misma sala de guerra para planear la derrota de Kun y liberar a su Maestro Jedi.

—Pero ¿llegarán a tiempo esos refuerzos? —preguntó Kam Solusar con visible escepticismo.

Kyp Durron empezó a ir y venir por el pétreo recinto.

—Los Destructores Estelares en órbita son la amenaza principal —dijo, alzando una mano para señalar hacia arriba—. Estamos siendo atacados por los cazas TIE y la maquinaria de asalto de superficie, pero sólo vemos una fracción del contingente de fuerzas que transportan esos Destructores Estelares. Tionne, ¿pudiste determinar cuántas naves hay en órbita alrededor de la luna?

Tionne volvió sus ojos mercuriales hacia él.

—Diecisiete, creo que de la clase Imperial.

Algunos de los nuevos estudiantes dejaron escapar jadeos ahogados, pero Kyp se limitó a erguirse. Colocó las manos sobre la mesa y presionó el tablero con las uñas hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

——En estos momentos nos sentimos fuertes debido a todos los cazas que destruimos en el otro templo… Pero no importa lo hábiles que seamos utilizando la Fuerza o qué parte de sus tropas de superficie consigamos aniquilar, porque esos Destructores Estelares seguirán enviando una nave detrás de otra.

—Pero ¿de qué otra manera podemos luchar contra un Destructor Estelar desde aquí? —preguntó Kirana Ti.

Kyp miró a su alrededor, intentando encontrar un poco de esperanza.

—Supongo que nadie tiene ninguna idea, ¿verdad? Dorsk 81 permanecía rígidamente inmóvil, con las manos unidas encima de la mesa mientras un caos de pensamientos a medio formar giraba locamente dentro de su cabeza. Se acordó de lo fácil que le había resultado aplastar al caminante imperial, y de cómo había utilizado la Fuerza para apartarlo de un empujón. Si pudiera…

—Tengo una sugerencia —dijo por fin.

Sus labios se habían tensado hasta formar una línea muy delgada, y la piel verde oliva de su rostro estaba salpicada de manchas más oscuras mientras las emociones hervían bajo su piel.

Kyp se volvió hacia su amigo, y Dorsk 81 pudo percibir la repentina oleada de expectación que emanó de los estudiantes reunidos en la sala de guerra. Tenía que darles algo a lo que aferrarse. Tragó saliva.

—Si nos limitamos a librar pequeñas batallas de manera individual, entonces nunca podremos triunfar —dijo—. Pero juntos somos más poderosos que la mera suma de nuestras partes. Podemos unir nuestras capacidades.

Kirana Ti y Kam Solusar le miraron fijamente con expresión pensativa. Dorsk 81 se inclinó sobre la mesa y extendió las manos en un gesto que abarcó a todos los estudiantes.

—Algunos de vosotros estabais allí cuando por fin logramos derrotar a Exar Kun —siguió diciendo—. Unimos nuestras habilidades y nos unimos hasta ser uno solo, como campeones de la Fuerza… y así, unidos, logramos encontrar una reserva de energías mucho más grande que ninguno de nosotros podría haberse imaginado jamás.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó la joven estudiante de apariencia reptiliana.

Su voz era un débil siseo que brotaba de las profundidades de su garganta, y su cresta azul seguía levantada.

Dorsk 81 titubeó durante un instante. La sugerencia era ridícula… pero en aquellos momentos la situación era tan desesperada que sus compañeros se tomarían en serio incluso una idea imposible.

—Podemos utilizar la Fuerza para… empujar a los Destructores Estelares y alejarlos de aquí —dijo, empleando el tono de voz más firme y desprovisto de inflexiones de que fue capaz.

Los estudiantes Jedi respondieron con un jadeo colectivo en el que la incredulidad se mezclaba al deleite.

—No, es una tarea demasiado enorme —dijo Kam Solusar—. Hay demasiadas naves… ¡Diecisiete Destructores Estelares de la clase Imperial!

Dorsk 81 no se inmutó.

—El tamaño no importa —replicó—. ¿Cuántas veces nos lo ha repetido el Maestro Skywalker? Al principio muchos de nosotros no creíamos que pudiéramos levitar un guijarro o una hoja. Hace un rato lanzamos peñascos gigantescos contra naves que volaban muy por encima de nuestras cabezas. Streen derribó a cuatro cazas TIE haciendo que chocaran entre sí, y sólo empleó el viento. Todo eso se hizo sin planificación, sin preparación y sin ayuda.

»La Fuerza está en todas las cosas —siguió diciendo Dorsk 81—. No existe ninguna diferencia fundamental entre un guijarro y un Destructor Estelar. Además, las naves no pueden hacer nada para resistir semejante ataque.

Los demás empezaron a murmurar entre ellos, pero Kyp detuvo los susurros dejando caer su puño sobre la mesa.

—¡Eh! ¿Es que no habéis escuchado las enseñanzas del Maestro Skywalker? —preguntó—. Si esto no funciona, tendremos que buscar otra solución… pero creo que deberíamos hacerlo.

Sus palabras hicieron que no hubiese más discusiones. Dorsk 81 se levantó.

—Estos templos fueron construidos hace mucho tiempo por la raza massassi. Hemos descubierto —señaló a Tionne con una inclinación de cabeza— que su propósito original era servir como foco a las energías que manipulaban los Señores Oscuros del Sith. Podemos utilizar estos templos para un propósito similar… pero a fin de servir al lado de la luz y para protegernos.

»Iré a la cima de este templo y actuaré como punto focal de todas vuestras energías. Todos uniremos nuestras capacidades… treinta de nosotros conectados mediante la Fuerza.

Dorsk 81 alzó la voz. Un extraño poder interior fue creciendo dentro de él a medida que hablaba. Nunca había deseado ninguna clase de liderazgo, pero de repente ya no se sentía como un mero seguidor. Se sentía fuerte y lleno de decisión, e impulsado por un gran propósito.

—Unid vuestros recursos y yo extraeré el poder de vosotros, canalizándolo a través de mí, y empujaré tal como hice con ese caminante de exploración imperial. Los enviaré muy lejos de aquí empujándolos con la Fuerza, y haré que salgan dando tumbos a través del espacio hasta que los Destructores Estelares estén perdidos en el vacío.

Dorsk 81 estaba temblando mientras pronunciaba aquellas palabras, y Kyp fue hasta él y apretó suavemente el delgado hombro del clon alienígena.

—Y después de que hayamos expulsado a los cruceros de batalla —dijo—, podremos acabar con los restos de las fuerzas de ataque esparcidos por la selva. —Sonrió—. Cuando la Nueva República llegue aquí, todo habrá terminado.

—No debemos esperar —dijo Dorsk 81—. Ahora todos estamos juntos, pero el ataque se está intensificando. Ni siquiera este Gran Templo podrá mantenerse en pie durante mucho tiempo a menos que hagamos algo.

Dorsk 81 estaba inmóvil en el ápice de la pirámide, descalzo sobre las losas calentadas por el sol que habían sido meticulosamente unidas para constituir una plataforma de observación. Los estudiantes Jedi solían subir allí para contemplar el amanecer impregnado por todos los colores del arco iris que se deslizaba sobre la circunferencia del gigante gaseoso suspendido en el cielo.

Los incendios que ardían en las junglas que rodeaban el complejo del templo crujían y elevaban sus llamas hacia las alturas. Debajo de ellas, escuadrones de caminantes de exploración y maquinaria de asedio que masticaba el suelo se deslizaban sobre la superficie de la selva en un lento avance hacia la fortaleza Jedi.

Los imperiales habían descubierto que los Caballeros Jedi ya no estaban en el Templo del Cúmulo de la Hoja Azul. Los estudiantes se habían reunido en el más alto de todos los templos massassi, y los atacantes de Pellaeon no tardarían en dirigir su ofensiva contra la pirámide escalonada.

Dorsk 81 alzó el rostro hacia el cielo y mantuvo las manos pegadas a los costados con los dedos extendidos. La piedra desplegaba su firme solidez bajo las plantas de sus pies, y el clon alienígena se fue llenando de calma y se sumergió en el interior de su ser, buscando las hebras que podría entretejer con las de los demás.

Kyp y Kirana Ti, Kam Solusar y todos los otros estudiantes Jedi —a algunos los conocía bien, a otros apenas los había tratado— también concentraron sus capacidades. Dorsk 81 se acordó de cómo se habían unido para enfrentarse a Exar Kun, y volvió a sentirse rodeado por el mismo torbellino invisible de entonces.

Los nuevos Caballeros Jedi se unieron unos a otros con cordones de luz invisible. Los vínculos eran muy sólidos, y se extendían de una persona a otra reforzando sus habilidades. Dorsk 81 permaneció inmóvil en el centro de aquella red, el ojo de la tempestad, aguardando allí donde podría recurrir a la Fuerza y magnificarla con un poder más grande de lo que jamás hubiera llegado a concebir.

Una sombra maligna de duda se agitó dentro de su mente, y de repente Dorsk 81 se preguntó si no sería realmente imposible mover una flota tan enorme. Su duda empezó a crecer, y volvió a acordarse de la expresión que había visto en el rostro de su predecesor cuando Dorsk 80 contemplaba al clon convertido en Caballero Jedi con el ceño fruncido.

«Nunca conseguirás hacer nada más importante que lo que podrías haber hecho en Khomm.»

«¿Por qué no te quedas con nosotros? —le había suplicado Dorsk 82, su sucesor—. Todo irá bien, todo será como ha sido siempre…»

Pero Dorsk 81 quería algo más. Su vida había adquirido un propósito más grande. Lo había percibido casi desde el principio, pero lo había ignorado durante mucho tiempo. Todo eso había quedado atrás, y Dorsk 81 se había convertido en un Caballero Jedi. Un Caballero Jedi…

Su determinación formó una tenaza irresistible que eliminó la duda dentro de su mente… y antes de que pudiera ser distraído por otros pensamientos, Dorsk 81 desplegó sus poderes y aferró las hebras de la Fuerza que le estaban ofreciendo los otros estudiantes Jedi. Sintió como si acabara de acceder a una inmensa fuente de potencia, una sobrecarga de energía que canalizó a través de sí mismo sin titubear.

Alzó las manos hacia el cielo y se imaginó a los Destructores Estelares en órbita: diecisiete máquinas de muerte en forma de cuña, erizadas de armamento, cargadas con más cazas TIE y tropas de asalto… Sus pensamientos volaron hacia las alturas y dejaron atrás la jungla color verde esmeralda, y avanzando detrás de su presencia llegó un ariete de Fuerza invisible e irresistible que no podría ser detectado por ningún sensor imperial. Los Destructores Estelares aguardaban, poderosos, excesivamente seguros de sí mismos… sin sospechar nada.

Dorsk 81 los encontró y los tocó con su mente. Eran gigantescos, con una masa muy superior a lo que se había imaginado. Pero aun así, Dorsk 81 utilizó la Fuerza para empujar.

Dorsk 81 siguió esforzándose, estableciendo contacto con la formación de naves… pero demostraron ser imposibles de mover. Eran demasiado enormes. La Fuerza las abrazaba y las rodeaba, pero no podía hacer lo que Dorsk 81 necesitaba que hiciera. El clon alienígena se esforzó con una nueva desesperación.

Extrajo más energía de los demás. Podía sentir la decisión y la ira controlada de Kyp Durron, las límpidas proezas guerreras de Kirana Ti, el profundo y poderoso conocimiento de Tionne, el oscuro dolor de Kam Solusar, el asombro infantil de Streen… y había más, mucho más. Dorsk 81 tomó a todos los estudiantes Jedi y los atrajo hacia su interior, uniendo las hebras hasta convertirse en un inmenso y complejo conjunto de

recuerdos, poderes y habilidades. Dorsk 81 siguió profundizando, descendiendo cada vez más y más.

La Fuerza parecía un pozo sin fondo que ofrecía mucho más de lo que nunca hubiera creído posible… pero mientras se introducía en él, Dorsk 81 también percibió el peligro y el potencial destructivo que encerraba: una cantidad demasiado grande de aquel poderío podía suponer su perdición.

Volvió a empujar, esforzándose todavía más que antes y olvidando toda cautela.

Los Destructores Estelares se movieron ligeramente en el espacio, bamboleándose y resistiendo… pero seguía sin ser suficiente. Dorsk 81 vio con los ojos de la mente cómo otra oleada de cazas TIE era lanzada de sus hangares después de haber recibido la orden de completar la destrucción de los Caballeros Jedi.

Eso no debía llegar a ocurrir jamás.

Dorsk 81 volvió a forzar su mente, llevándola hasta los límites de su resistencia. Su cuerpo temblaba. Sus ojos amarillos ya no veían nada de cuanto había a su alrededor, porque cada pensamiento estaba concentrado en el espacio, allí donde aguardaban los Destructores Estelares de Pellaeon.

«Eres un Caballero Jedi —le había dicho Kyp—, y a veces eso significa que debemos tomar decisiones difíciles.»

Dorsk 81 sabía en lo más profundo de su corazón que así era, y no se permitió sentir miedo. La Fuerza estaba con él, quizá mucha más de la que podía llegar a controlar… pero seguía teniendo una misión que cumplir sin que importase el precio que pudiera llegar a pagar por ello. Los otros Caballeros Jedi dependían de él, y Dorsk 81 sabía que debía alcanzar esa meta. Tenía que hacerlo. Aquélla era la gran tarea que Dorsk 80, su predecesor, nunca sería capaz de entender.

Y sin pensárselo ni un instante más, Dorsk 81 siguió descendiendo y recorrió el resto de la distancia sin ninguna vacilación, extrayendo el poder de los profundos pozos de Fuerza que los treinta Caballeros Jedi habían abierto para él. Tomó más y más energías, cogiéndolas sin límite alguno y almacenándolas en su interior, y fue permitiendo que se incrementaran y crecieran mientras absorbía todo el temible poder amplificado a través del Gran Templo y lo enfocaba a través de su cuerpo para lanzarlo contra la flota de Destructores Estelares.

—¡Moveos! —gritó.

La misma palabra era poder hecho sonido, energía al rojo blanco que surgió de su boca y de las puntas de sus dedos como una llamarada, deslizándose por todo su cuerpo y consumiendo, consumiendo…

El interior de su cabeza quedó tan repentinamente inundado de luz como si una estrella acabara de convertirse en supernova detrás de su cráneo, y su consciencia cabalgó sobre la marea de la Fuerza. Dorsk 81 sintió cómo chocaba con los diecisiete Destructores Estelares, y cómo las naves salían despedidas hacia atrás igual que pajitas en un tifón. La colosal onda expansiva proyectó a toda la flota hacia la lejanía, enviándola con un empujón incontenible más allá de los límites del sistema de Yavin con los

ordenadores quemados y los sistemas de propulsión inutilizados, todavía acelerando bajo el impulso de la tempestad de la Fuerza.

Y la flota de Destructores Estelares de Pellaeon… se perdió en el infinito.

Dorsk 81 también cabalgó la tormenta, yendo con ella hacia su ignoto destino final.

La Fuerza dejó caer a Kyp tan bruscamente como una cuerda cortada. Todos los estudiantes Jedi cayeron de rodillas, incapaces de seguir manteniéndose en pie. Cuando pudo volver a ver, parpadeando para distinguir algo a través de las manchas de colores que flotaban delante de sus ojos, Kyp vio a Dorsk 81 —o lo que quedaba de él— aún tambaleándose en el centro de la plataforma de observación.

Las piernas de Kyp también querían ceder, pero intentó ir hacia su amigo y fue dando un lento paso detrás de otro. Dorsk 81 se derrumbó y cayó sobre él. Los dos se deslizaron sobre las losas calentadas por el sol.

—Dorsk 81… —murmuró Kyp.

Bajó la mirada hacia él, sintiéndose lleno de horror, y vio cómo la piel del clon alienígena siseaba y chisporroteaba en un implacable calcinamiento que avanzaba desde el interior, como si todos sus tejidos hubieran sido recalentados hasta hacerlos hervir. Los grandes ojos amarillos de Dorsk 81 habían quedado reducidos a cuencas humeantes. Hilos de vapor brotaban de su cuerpo.

Una nubecilla de palabras surgió del agujero ennegrecido de su boca.

—Se han ido, amigo mío —dijo Dorsk 81.

—¡Espera! —gritó Kyp—. Espera, encontraremos a alguien con poderes curativos… Haremos venir a Cilghal. Encontraremos… Pero Dorsk 81 ya había muerto en sus brazos.

CAPÍTULO 47

La negra mole del *Caballero del Martillo*, el navío insignia de la almirante Daala, llegó a su destino para lanzar la segunda oleada del ataque contra la fortaleza Jedi. La nave quedó suspendida en el vacío como una cuña opaca de ocho kilómetros de longitud, recortándose igual que la hoja de un cuchillo contra la esfera color naranja claro de Yavin.

Las tropas de Daala se hallaban en estado de alerta total, y sus sistemas de armamento habían sido activados hasta el nivel máximo de energía. Daala, inmóvil en el centro del puente, contempló la inmensa llanura metálica que formaba el casco superior del *Caballero del Martillo*.

Esperaba llegar al sistema y encontrarse con que Pellaeon ya casi había concluido su ataque, lo que le permitiría disfrutar de la destrucción final de los Caballeros Jedi. Pero mientras el *Caballero del Martillo* surcaba el espacio, Daala sintió que su entusiasmo se desmoronaba para convertirse en asombro. No veía ni rastro de la flota de Pellaeon en órbita alrededor de Yavin 4.

Los Destructores Estelares de la clase Imperial, aquellas enormes naves blancas como el hueso, sencillamente no se encontraban allí. El espacio estaba totalmente vacío alrededor de la luna cubierta de verdes junglas.

—¿Dónde está? —quiso saber Daala—. Abran un canal de comunicaciones. Encuentren a Pellaeon.

—Estamos examinando la zona, almirante —dijo la jefe de sensores——. No hay ni rastro de los Destructores Estelares dentro del sistema de Yavin.

Daala, tan atónita que se había quedado sin habla, clavó la mirada en la luna selvática.

—Pellaeon ha estado aquí, almirante —dijo el oficial táctico—. La red de satélites interferidores ha sido colocada alrededor de Yavin 4. Los Caballeros Jedi no han enviado ninguna señal, al menos por lo que podemos ver, y detecto cierta actividad en la superficie. Hay fuego de armamento pesado en las junglas. También se han desplegado varios contingentes de tropas de asalto… pero los Destructores Estelares ya no están aquí.

Daala deslizó un dedo enguantado a lo largo de su mentón y frunció el ceño.

—Algo ha salido terriblemente mal. —Se volvió hacia la jefe de sensores—. Expanda el radio de alcance de su sondeo —ordenó—. Busque en todo el sistema planetario, y no se limite a los alrededores del gigante gaseoso. ¿Se ha retirado Pellaeon? El vicealmirante sabía que iba a venir a reunirme con él.

La jefe de sensores comprobó sus lecturas una y otra vez y acabó meneando la cabeza.

—No hay ni rastro de él, almirante —dijo, alzando la mirada hacia Daala—. He hecho un barrido de largo alcance llegando hasta los planetas exteriores del sistema, y no he encontrado ninguna nave. Tampoco hay restos. El vicealmirante Pellaeon estuvo en la luna de las junglas… pero ahora ya no está aquí.

Daala sintió el cosquilleo de miles de agujitas de sudor helado en su cuero cabelludo cuando la ira elevó la temperatura de su cuerpo. Bajó la vista hacia la luna selvática y pensó en los Caballeros Jedi que se ocultaban allí abajo, aquellos aspirantes a hechiceros que empleaban una Fuerza que Daala no entendía. Tendrían que haber sido un blanco tan fácil… Pero Daala sabía hacia dónde debía canalizar su ira.

Durante la mayor parte de su vida profesional, Daala había mantenido firmemente controladas unas inmensas reservas de rencor y veneno, todo un almacén de furia a duras penas reprimida que podría haber escapado en un estallido incontenible si no hubiera encontrado una forma de expresarlo.

Hubo un tiempo en el que la vida había sido apacible y hermosa para Daala, cuando era joven y estaba enamorada… pero todo eso era anterior a la Academia Militar de Carida y a Tarkin (al que había admirado más que amado). Todo eso había quedado atrás, y ya sólo le quedaba la ira.

Por suerte para el Imperio, los métodos con los que Daala descargaba esa presión interior solían dar como resultado la devastación del enemigo. Daala sólo podía conservar su fortaleza psicológica si contaba con un objetivo… y acababa de decidir que los Caballeros Jedi de Yavin 4 debían ser ese objetivo. Los Caballeros Jedi habían convertido en cenizas aquella victoria total que Daala esperaba obtener con tanta facilidad.

Los hangares de lanzamiento del *Caballero del Martillo* estaban repletos de millares de cazas y bombarderos TIE en condiciones de combatir y listos para ser desplegados, pero Daala decidió no lanzarlos. Pellaeon habría seguido ese curso de ataque, y si los Caballeros Jedi se las habían arreglado de alguna manera misteriosa e inexplicable para contar con una defensa secreta contra ese tipo de aparatos individuales, entonces Daala tendría que adaptarse… y utilizar una estrategia distinta.

—Ordene a todos los pilotos de los TIE que abandonen los hangares —dijo—. Haga que vuelvan a sus salas de dotación, y que permanezcan en estado de alerta total. No voy a lanzar sus naves, al menos por el momento.

Daala no quería desperdiciar ni un segundo.

—¿Tenemos planes para un ataque, almirante? —preguntó el jefe de armamento desde su puesto de control, pareciendo bastante desilusionado mientras contemplaba su despliegue de armas.

—Sí —dijo Daala—. Atacaremos desde nuestra órbita actual. Que todas las baterías turboláser disparen a máxima potencia. Abran fuego a discreción, y escojan como blanco cualquier estructura de la jungla.

—¡Sí, almirante! —respondió el jefe de armamento con obvio entusiasmo.

Lanzas de energía resplandeciente descendieron hacia la plácida superficie de la pequeña luna que se extendía por debajo de ellos. Yavin, el gigante gaseoso, no pareció inmutarse en lo más mínimo ante el holocausto que estaba teniendo lugar en su pequeño pariente.

El jefe de armamento del *Caballero del Martillo* disparó otra andanada de mortíferos haces turboláser, y luego otra y otra más. Daala mantenía los ojos clavados en el objetivo.

La almirante golpeaba la barandilla del puente con su mano enguantada a cada nuevo disparo, como si con eso pudiera aumentar el potencial destructivo de la ráfaga.

Daala permaneció inmóvil y esperó, sintiendo cómo su ira humeaba con una satisfacción apenas expresada. Aquello sólo había servido para abrirle el apetito de destrucción. Incluso desde su posición en el *Caballero del Martillo*, en aquella órbita de gran elevación por encima de Yavin 4, ya podía ver cómo los bosques empezaban a arder.

CAPÍTULO 48

Como aves de presa acorazadas, los Destructores Estelares de la clase Victoria atacaron un blanco tras otro y fueron dejando un reguero de llamas y destrucción detrás de ellos.

El coronel Cronus se recostó en el no muy cómodo sillón de mando del 13X y contempló la cada vez más reducida lista de objetivos compilada por la almirante Daala. Después juntó las manos y se las estrujó, flexionando los músculos de los brazos. Todo su cuerpo estaba tenso, y lo notaba a punto de estallar de puro orgullo salvaje. Su mente ardía con el fuego glorioso de un éxito detrás de otro, pero Cronus no se permitió dejarse aturdir por la satisfacción, porque entonces podría llegar a bajar la guardia y consentir que el nivel de cumplimiento de su deber descendiera por debajo de la perfección. No podía permitirse eso… no después de haber acumulado un historial tan deslumbrante.

Se envolvió en las tiras del arnés de seguridad y se preparó para otra batalla.

—Levanten los escudos —dijo.

—Orden recibida y ejecutada —respondió el oficial táctico.

—Preparados para entrar en combate.

Los otros navíos de la clase Victoria fueron contestando automáticamente a medida que sus ordenadores enviaban respuestas codificadas. Cronus se inclinó hacia adelante y apretó los brazos de su sillón de mando con tanta fuerza que las yemas de sus dedos dejaron señales en ellos.

—Adelante a toda potencia —dijo.

La flota de navíos carmesíes se abrió paso a través de los astilleros de Chardaan, una instalación espacial rebelde que producía una amplia gama de cazas estelares, desde los viejos modelos ala-X y ala-Y hasta los más recientes cazas ala-A, B y E. Cronus pensó que después de aquel ataque los astilleros ya no producirían gran cosa.

Los hangares presurizados de gravedad cero de los astilleros eran grandes esferas plateadas unidas en grupos que proporcionaban un entorno laboral tubular a los mecánicos que iban uniendo los componentes para dar forma a las esbeltas naves. La flota de Cronus pasó rugiendo junto a sus objetivos para alejarse rápidamente, y los hangares estallaron con satisfactorias erupciones de aire quemado y metales que salían despedidos en todas direcciones. Las bajas enemigas habían sido significativas. Los imperiales no habían sufrido pérdidas.

Un lento y pesado transporte de mineral se puso en movimiento y empezó a alejarse poco a poco. El gigantesco vehículo corroído había visto días mejores, y ya sólo contaba con una dotación mínima que estaba intentando sacar a su viejo navío de aquel lugar tan peligroso.

Cronus centró las miras en los motores posteriores del transporte de mineral, y disfrutó enormemente disparando contra el coloso hasta dejarlo fuera de control. La nave fue dibujando una estela de llamas y acabó chocando con un anillo de atraque exterior que albergaba los habitáculos de los ingenieros.

Cronus siguió adelante sin detenerse. El coronel guió a su flota a través de la zona de construcción, y los navíos carmesíes continuaron disparando indiscriminadamente.

Las fuerzas rebeldes se movilizaron con notable rapidez. Cazas estelares, tanto viejos como nuevos, salieron disparados hacia los navíos de la clase Victoria, pilotados por trabajadores de la construcción y pilotos de guerra que estaban disfrutando de un permiso.

—Ataquen todos los blancos que puedan, pero no entablen combate con las defensas rebeldes —ordenó Cronus—. No merecen que nos tomemos la molestia de destruirlas. Haremos una pasada a toda velocidad y los dejaremos temblando cuando nos marchemos.

La rapidez con la que los rebeldes estaban desplegando sus fuerzas le indicó que debían haber sido alertados. No podía saber cómo había ocurrido, pero tenían que estar al corriente de los planes de Daala. Cronus volvió a flexionar los músculos de sus brazos.

Las pequeñas naves rebeldes concentraron su potencia de fuego en dos de los cruceros de combate carmesíes, y Cronus admiró su estrategia. Los cazas eran demasiado pequeños y su número demasiado reducido para que pudieran causar daños significativos a la flota de Cronus… pero si iban escogiendo un blanco cada vez, quizá podrían…

Un navío de la clase Victoria estalló, dispersando chorros de restos metálicos en todas direcciones y llevándose consigo a una docena de alas-X rebeldes que habían estado acosándolo.

Cronus sintió tanta irritación como desilusión.

—¡Aumenten la velocidad! —gritó—. ¡Salgamos de aquí!

El segundo navío de la clase Victoria atacado por los rebeldes estalló, pero esta vez el comandante de la nave no fue lo suficientemente previsor para saber utilizar la aniquilación de su destructor estelar con vistas a obtener una última ventaja, y la detonación resultante no causó ningún daño colateral.

El historial de Cronus había dejado de ser perfecto, y el coronel empezó a sentirse un poco preocupado.

Cuando pasaron a través de una estación de suministro de combustible envuelta en explosiones y un peligroso bosque de vigas sueltas que flotaban a la deriva, Cronus ordenó a sus Destructores Estelares que lanzaran sus detonadores-buscadores provistos de cronómetro y los esparcieran entre nubes de restos y señuelos. Las pequeñas y potentes minas buscarían objetivos que pareciesen inofensivos en los que podrían ser activadas después, con lo que dejarían una sorpresa para que los rebeldes se la encontraran durante las operaciones de limpieza. Cronus extrajo una considerable satisfacción del saber que proseguiría con la destrucción incluso después de haberse ido.

—Las defensas rebeldes están desplegadas y va incrementando la intensidad de sus represalias, señor —informó el jefe de sensores. Cronus asintió y se inclinó hacia adelante.

—Es hora de irnos. Ya hemos causado toda la devastación posible en este lugar.

La flota de navíos de la clase Victoria ejecutó una impecable huida al hiperespacio mientras las fuerzas rebeldes la perseguían con todas sus armas escupiendo fuego.

Los gigantescos museos culturales de Porus Vida eran famosos en toda la galaxia, tenían siglos de antigüedad… y estaban asombrosamente indefensos contra un ataque. El coronel Cronus no los consideraba objetivos militares… pero la almirante Daala los había incluido en su lista por el valor psicológico que tendría atacarlos, y Cronus obedeció sus órdenes.

Para sus naves resultó de lo más sencillo pasar sobre los almacenes de documentos y colecciones artísticas con las baterías turboláser lanzando llamas e incendiarlos. Los sensores remotos de Cronus le transmitieron imágenes de jardines escultóricos derritiéndose bajo oleadas de calor y le mostraron gráciles siluetas, que habían tenido los brazos alzados en expresiones de alegría maravillosamente estéticas, doblándose en agonía a medida que se iban fundiendo para convertirse en lava.

La hierba verde de los jardines meticulosamente cuidados se volvió marrón en el momento del fogonazo calórico. Los estanques reflectantes y las lagunas llenas de peces hirvieron en nubes de vapor, y los visitantes corrieron tambaleándose de un lado a otro y se derrumbaron lanzando alaridos. Los museos ardieron, y sus casas de los tesoros fueron aniquiladas.

El coronel Cronus hizo entrechocar suavemente las puntas de sus dedos y frunció los labios. Bueno, y de todas maneras, ¿a quién le importaban los archivos culturales? Cronus estaba destruyendo su historia, y la sustituía con la suya a cada ataque.

La flota imperial se tropezó con el convoy diplomático por pura casualidad, pero Cronus supo sacar provecho de la sorpresa.

El convoy consistía en nueve cilindros redondeados de los que brotaban velas solares tan delgadas que parecían hechas de gasa, lo cual les daba el aspecto de pétalos de flor que giraban por el espacio, y que complementaban esa propulsión con el impulso de los motores sublumínicos mientras se iban aproximando a una estación de aprovisionamiento. «Son muy hermosas —pensó Cronus—, pero también son lentas y poco maniobrables, y necesitan mucho tiempo para responder a un ataque abierto.»

Cuando las desesperadas transmisiones de los alienígenas llegaron a él, Cronus vio que los ocupantes de las naves eran una especie de criaturas insectoides de frágil apariencia y con grandes alas de mariposa… y muy poco armamento. Cuando su flota de navíos de la clase Victoria se lanzó a la carga por entre las naves, convirtiendo sus velas solares en láminas de partículas calcinadas, recibió una rendición inmediata e incondicional.

Pero el coronel Cronus no estaba interesado en la rendición.

Comprobó su identificación y el propósito de su misión, y archivó los datos por si se daba el caso de que Daala pudiera necesitarlos. Después ordenó su completa aniquilación.

—Son aliados de nuestro enemigo que traen regalos y van a jurar lealtad a Coruscant —dijo—. Han escogido el bando equivocado en este conflicto galáctico, y ahora pagarán por ello.

Abrió fuego sobre la nave que encabezaba la formación del embajador, y utilizó haces turboláser afilados como navajas al rojo vivo para abrir el estómago metálico de la nave, con lo que la atmósfera y los pasajeros salieron despedidos al espacio como chorros de sangre que brotaran de una gran herida.

Sus naves continuaron el bombardeo hasta que los depósitos de combustible de reserva de los alienígenas estallaron. Cronus volvió a usar el canal interno de comunicaciones para dirigirse a su flota.

—Este convoy carece de armamento, así que podemos tomarnos nuestro tiempo y terminar el trabajo.

Los navíos de la clase Victoria y sus pilotos, todavía enfurecidos por la pérdida de dos naves en los astilleros de Chardaan, disfrutaron enormemente haciendo pedazos hasta la última nave-mariposa.

Después se quedaron inmóviles en el espacio durante unos momentos, rodeados por los restos de la destrucción. Cronus, tan excitado que apenas podía respirar, ordenó a la flota que siguiera adelante.

—Un trabajo muy bien hecho —dijo por el sistema de comunicaciones—. Y ahora, a reunirnos con la almirante Daala en Yavin 4.

Cerró los ojos y disfrutó de un momento de relajación mientras su flota de Destructores Estelares proseguía su avance sin que nada se opusiera a él.

CAPÍTULO 49

En el profundo silencio mecánico de la cubierta de control de la Espada Oscura, el general Crix Madine, Supremo Comandante Aliado de Inteligencia, lanzó una mirada acusadora a Sulamar.

El oficial imperial permanecía rígidamente inmóvil en una tiesa postura impregnada de pomposidad, pero su rostro estaba lleno de pánico. Sus mejillas habían enrojecido hasta volverse de color escarlata y sus ojos, pequeños y un poco más juntos de lo normal, se movían velozmente de un lado a otro. Los guardias inmovilizaron a Madine, agarrándole los brazos con la fuerza suficiente para producir morados.

Durga el Hutt se inclinó hacia adelante y chasqueó sus enormes labios mientras la marca de nacimiento distorsionada que cubría la mitad de su rostro ondulaba como tinta derramada.

—General Sulamar… ¿Conoce a este saboteador?

Madine se rió, y después se aseguró de que hablaba en un tono de voz lo bastante alto para que todos oyeran sus palabras.

—¿Le está llamando general? —preguntó—. Ese bufón no es ningún general.

Sulamar empezó a manotear frenéticamente, como si pudiera hacer desaparecer a Madine con un gesto. Sus ojos se abrían y cerraban en un parpadeo tan veloz como el aleteo de un insecto nocturno atraído contra su voluntad hacia la claridad abrasadora de una luz muy intensa.

—¡No escuche a este hombre, noble Durga! Es un traidor al Imperio…

Madine soltó un bufido.

—Y tú eres un técnico de tercera categoría, un inútil que nunca ha servido para nada… ¡al que se iba transfiriendo de un puesto a otro porque siempre estabas cometiendo errores! —replicó brutalmente, terminando su acusación con un resoplido despectivo.

Sulamar dio un paso hacia adelante, visiblemente enfurecido, pero enseguida se detuvo. Sus puños se tensaban y aflojaban espasmódicamente. Parecía estar a punto de ahogarse, como si tuviera la garganta llena de una ira tan intensa que se había vuelto sólida. El imperial giró sobre sus talones para encararse con el hutt.

—Noble Durga, ya ha sido testigo de mis dotes de mando… No permita que este espía traidor le mienta.

El corpachón de Durga tembló cuando se echó a reír.

—¡Jooo, joooo, jooo! Sí, Sulamar, he sido testigo de cómo empleaba lo que llama dotes de mando… y me inclino a creer a este hombre.

Sulamar jadeó y empezó a abrir y cerrar la boca como si estuviera buscando las palabras adecuadas, pero su lengua parecía incapaz de articularlas. Los ojos de la variopinta dotación de guardias armados, que cada vez estaban más nerviosos, pasaron de Madine —su enemigo conocido— a Sulamar, quien quizá fuera otro objetivo oculto entre ellos.

—Nos ocuparemos de este prisionero, Sulamar —dijo Durga, y su voz resonó en la cubierta de control como un trueno ahogado. Madine observó que el hutt había omitido intencionadamente el título de general, y sintió una pequeña punzada de satisfacción—. No debe temer nada. Le ruego que me entregue su pistola desintegradora.

El hutt, que seguía reclinado sobre su plataforma repulsora, alargó una mano gris verdosa de rechonchos dedos.

Sulamar seguía rígidamente inmóvil. Gotitas de sudor aparecieron sobre su ancha frente. Su uniforme de general imperial —un mero disfraz, como bien sabía Madine— parecía inmaculadamente cuidado: las costuras estaban impecables, las esquinas meticulosamente planchadas resaltaban nítidamente, y todas las insignias de su rango habían sido frotadas hasta sacarles brillo.

—Pero… Noble Durga —dijo Sulamar—. Tal vez debería ser yo quien…

—¿Está cuestionando mis órdenes, Sulamar? —aulló Durga, empleando todo el amenazador volumen que era capaz de generar desde las profundidades de su vasto estómago tembloroso.

El impostor imperial se apresuró a obedecer. Sacó la pistola desintegradora de la funda que colgaba de su cadera y la alargó con el cañón por adelante, apuntado hacia Durga. Un instante después comprendió su error y le dio torpemente la vuelta, ofreciendo la culata al señor del crimen.

—Muy bien —dijo Durga, empuñando el arma pero manteniendo el cañón lanzador de energía dirigido hacia Sulamar—. Y ahora va a sentarse en el sillón de pilotaje de la Espada Oscura.

Durga agitó la pistola desintegradora, señalando el puesto vacío rodeado por terminales de mando y todo un despliegue de sistemas de navegación.

Madine pudo ver que el sillón había sido manipulado para dotarlo de alguna clase de trampa mortal: había cables de energía que brotaban del soporte del asiento, y unos cuantos electrodos colocados a intervalos regulares encima de puntos de contacto metálicos.

Sulamar volvió la mirada hacia el sillón de pilotaje y palideció.

—¡Oh, vamos, noble Durga! En realidad yo puedo servirle mucho mejor si…

—¡Siéntese ahí! ——gritó Durga.

Sulamar parecía aterrado, como si estuviera dominado por un pánico mucho más intenso del que hubiera podido esperarse por el simple hecho de haber visto repentinamente expuesta su mentira. Pero se movió como un androide sometido a una programación incontrovertible, y avanzó con paso lento y resignado hacia el asiento vacío. Se puso el arnés de seguridad del sillón de pilotaje de la Espada Oscura y se

encorvó debajo de las tiras, pareciendo más resignado a su destino que Madine, quien ya estaba marcado para la muerte.

Crix Madine, dolorido, cubierto de morados y totalmente exhausto, siguió inmóvil. Tensó los puños y esperó. Con los ojos cerrados, percibió la silenciosa señal invisible que brotaba del transmisor implantado que solicitaba ayuda, suplicando la llegada inmediata de un grupo de rescate. ¿Por qué estaban tardando tanto?

Madine apretó las mandíbulas, dirigiendo una súplica mental a las naves para que se dieran prisa.

El vacío del espacio desfiló a toda velocidad junto a ellos hasta que empezó a llenarse de restos. El general Wedge Antilles se inclinó hacia adelante en el puente de mando del Yavaris y clavó la mirada en los ventanales de proa.

—Vamos… —murmuró—. ¡Vamos!

Qwi Xux frunció los labios junto a él, captando su ansiedad y compartiéndola.

—¿Seguimos a velocidad máxima? —le preguntó Wedge al timonel.

—Vamos todo lo deprisa que podemos, señor —respondió el joven oficial—. Pero nos acercamos a una zona bastante peligrosa… La señal del general Madine nos está llevando directamente al cinturón de asteroides de Hoth.

Acompañado por la fragata de asalto *Dodonna* de su ala de la flota, Wedge clavó la mirada en la proa del Yavaris, que avanzaba velozmente hacia el cinturón de asteroides.

—Escudos a máxima potencia —ordenó.

—Muy bien, señor —replicó el timonel—. Pero no estoy seguro de que avanzar a velocidad máxima en una zona tan peligrosa para la navegación sea muy buena idea.

Wedge meneó la cabeza. No sabía cómo, pero tenían que darse prisa. ¡Tenían que llegar allí lo antes posible!

—Mantenga los ojos bien abiertos, teniente —dijo—. ¡Y siga avanzando tan deprisa como pueda!

Los asteroides volaron a su alrededor como una salva de cascotes disparada por un inmenso cañón, pero la flota de Wedge siguió avanzando sin dejarse asustar por el peligro, dirigiéndose hacia la señal de Madine con la esperanza de poder efectuar el rescate a tiempo.

Sulamar, que apenas podía moverse bajo las tiras del arnés de seguridad que mantenían aprisionado su cuerpo en el sillón de pilotaje, estaba lívido.

El imperial hizo girar el sillón hasta quedar de cara al señor del crimen, todavía balbuceando y tratando de justificar su existencia.

Durga el Hutt soltó un gruñido y le contempló desde lo alto de su plataforma repulsora.

—¿Por qué no vuelve a hablarnos de esa Masacre de Mendicat de la que siempre está alardeando, Sulamar?

Madine puso los ojos en blanco y resopló. Un weequay le asestó un puñetazo en los riñones. Madine dejó escapar un jadeo de dolor, pero se recuperó enseguida.

—¿Mendicat? —dijo con voz despectiva, sabiendo que si podía provocar a aquellos conspiradores y conseguir que siguieran peleándose entre ellos tendría una oportunidad… aunque muy pequeña—. Mendicat era una estación de reciclaje de escoria minera. —Madine clavó la mirada en Sulamar—. Su «general» cometió un error al programar los ordenadores orbitales, y la estación se salió de su curso y cayó dentro del sol. Ese hombre logró salir con vida por los pelos, y ahora veo que fue un esfuerzo desperdiciado.

Durga empezó a reír con profundas carcajadas guturales que resonaron por todo su corpachón de hutt.

—Después de todo el tiempo que pasé trabajando con Xizor, el gran señor del crimen, ya tendría que haber aprendido a comprobar si las historias pretenciosas que cuentan mis subordinados contienen algo de verdad.

Madine respondió al hutt como si estuviera hablando con un igual.

—He llegado a la conclusión de que las personas que realmente hacen grandes cosas no sienten la necesidad de estar hablando continuamente de ellas.

—Debe dejar de escucharle, noble Durga —graznó Sulamar, debatiéndose en un desesperado intento de escapar a las tiras del arnés de seguridad que él mismo había colocado sobre su pecho—. ¡Debemos ejecutar a este hombre, noble Durga! —Adoptó un tono más suave, y sus palabras se volvieron más insidiosas—. Imagínese las posibilidades… Podríamos utilizar un soldador láser para cortarlo en pedacitos, o podríamos encadenarlo al núcleo del reactor de la Espada Oscura mientras lo activábamos, para que se cociera encima de su blindaje.

Bevel Lemelisk, el viejo ingeniero de cabellos canosos y estómago prominente, que parecía estar contemplando todo aquel drama con una mezcla de diversión y repugnancia, hizo un comentario aparentemente dirigido a sí mismo, pero en un tono de voz lo suficientemente alto para que todo el mundo pudiera oírlo.

—El Emperador podría haber imaginado ejecuciones más… interesantes —dijo, e hizo un visible esfuerzo para reprimir un escalofrío.

Durga, que seguía agitando la pistola desintegradora de Sulamar, volvió a gruñir.

—No veo ninguna necesidad de prolongar esto —dijo—. Después de todo, tenemos mejores cosas que hacer. Hay toda una galaxia que conquistar, por ejemplo…

Madine hizo entrechocar sus talones en un valeroso gesto de desafío y clavó la mirada en los enormes ojos color cobre de Durga el Hutt. El general guardó silencio durante unos instantes mientras pensaba en sus años de servicio a la Nueva República.

Había hecho un buen trabajo y había ayudado a la Nueva República a crecer y fortalecerse… y había acabado siguiendo su deber hasta el final. Madine no lamentaba

haber desertado del Imperio, pero sí deseaba haber podido ver una vez más a Karreio, su prometida… aunque ya era demasiado tarde para ese tipo de reproches y remordimientos. Vio su imagen delante de sus ojos. Karreio había muerto en la batalla por Coruscant, y Madine nunca había podido llegar a darle ninguna explicación de sus actos. Se había conformado con la esperanza de que si realmente le amaba, tendría que haber acabado entendiéndolo todo… y si no lo entendía, entonces eso querría decir que nunca había llegado a conocer a Crix Madine.

Siguió mirando fijamente hacia adelante, viendo cómo las hileras de luces blancas del campo de asteroides se agrupaban alrededor de la zona de construcción, esperando contra toda esperanza que en aquel último minuto podría divisar una flota de naves aproximándose en misión de rescate. Madine decidió no dar a Durga la satisfacción de suplicar por su vida.

El hutt apuntó a Madine con la pistola desintegradora y manipuló los controles hasta que acabó logrando averiguar cómo dejar ajustada el arma en la intensidad letal.

—¿Quiere decir sus últimas palabras antes de morir? Madine alzó su barbudo mentón.

—No a ti.

Entonces vio por el rabillo del ojo el parpadeo blanco de unas naves que se aproximaban, y una oleada de alegría invadió su corazón. ¡Venían a rescatarle!

Los enormes hombros de Durga ondularon en un leve encogimiento.

—Muy bien.

Los guardias se apresuraron a apartarse.

Durga disparó la pistola desintegradora, dejando en libertad un largo haz de energía mortífera.

Madine fue arrojado hacia atrás hasta chocar con el muro metálico cuando el abrasador haz asesino se abrió paso por su pecho hasta llegar al corazón. Toda su vida se evaporó en un fugaz destello de dolor.

Y después sólo hubo negrura.

YAVIN 4

CAPÍTULO 50

Mientras iban hacia Yavin 4 a bordo del *Halcón Milenario*, el viaje por el espacio sirvió para que Luke Skywalker y Calista se fueran recuperando rápidamente de las duras pruebas sufridas. Los dos esperaban poder disfrutar de un largo y bien merecido descanso en la Academia Jedi.

Han, Leia y Chewbacca intentaron animarlos, pero tanto Luke como Calista se sentían abrumados por una insoportable sensación de fracaso y frustración. Los un tanto irritantes cuidados de Cetrespeó tampoco sirvieron de nada, aunque el androide de protocolo obraba impulsado por las mejores intenciones. Erredós procuraba mantenerse lo más cerca posible de Luke en una actitud visiblemente protectora, y soltaba silbidos electrónicos mientras vigilaba a su amo como una mascota fiel.

Cuando por fin estuvieron a solas, Luke clavó la mirada en los ojos grises de Calista. Incluso sin poderes Jedi, todavía podían compartir algunos pensamientos.

—No va a dar resultado, ¿verdad, Luke? —preguntó Calista—. Nunca recuperaré mis poderes Jedi.

—Siempre hay una posibilidad… —empezó a decir Luke.

—No me trates como si fuera una niña —le interrumpió secamente Calista.

Después desvió la mirada, aunque los músculos de debajo de sus mejillas temblaron como si quisiera —como si anhelara— volver a mirarle, pero no se atreviera a hacerlo.

—Lo hemos intentado todo —dijo—. No hemos parado de trabajar, pero no hemos conseguido nada. La Fuerza me ha abandonado. Sus corrientes se desvían a mi alrededor sin tocarme, y en consecuencia yo tampoco puedo tocarlas.

—Pero llegaste a tocarlas —dijo Luke—. En Dagobah… Lo sentí.

—Eso era el lado oscuro —replicó Calista.

—Pero podría ser la clave para recuperar tus poderes —insistió Luke, que no quería renunciar del todo a la esperanza.

—El lado oscuro nunca puede ser la clave de la luz —dijo Calista—. Tú nunca enseñarías eso a tus estudiantes en el *praxeum*, así que no intentes conseguir que me lo crea.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —preguntó Luke—. ¿Rendirnos?

—No puedo rendirme —dijo Calista—. Te amo demasiado, pero he de tomar mis propias decisiones.

Luke se inclinó hacia adelante, le cogió las manos y se las sostuvo hasta que Calista acabó alzando la mirada hacia él.

—Puedes hacerlo —dijo en voz baja y suave—. Pero me gustaría formar parte de ellas.

La expresión de Calista se suavizó, y cuando respondió lo hizo en un tono más bajo.

—Formarás parte de ellas, Luke… si consigo encontrar alguna forma de que así sea.

Después permanecieron abrazados durante un breve momento, pero su intimidad fue bruscamente interrumpida cuando Cetrespeó entró corriendo en la sala.

—¡Amo Luke! ¡Amo Luke! —gritó—. Ya casi hemos llegado al sistema de Yavin, y el capitán Solo pensó que tal vez desearía reunirse con nosotros en la cabina de pilotaje.

Luke y Calista siguieron abrazándose, y el androide de protocolo dio un paso hacia atrás y empezó a tartamudear.

—Oh, cielos… ¿He vuelto a aparecer en un momento inconveniente? Les suplico que me disculpen. Me temo que tengo una habilidad realmente espantosa para este tipo de cosas.

—No, Cetrespeó —dijo Luke, poniéndose en pie y alargando la mano para ayudar a Calista a levantarse—. Ya habíamos terminado de hablar.

Cogidos del brazo, Luke y Calista siguieron a Cetrespeó por el pasillo que llevaba hasta la cabina de pilotaje acristalada del *Halcón*, donde Leia estaba sentada detrás de Han, un poco inclinada hacia adelante y observando cómo Chewbacca manejaba los controles.

—Bueno, chico, es un placer tenerte con nosotros —dijo Han—. Ya va siendo hora de volver al trabajo.

Erredós soltó un trompeteo electrónico desde la consola de navegación, y Han fue tirando de la palanca de control para reducir el nivel de propulsión hasta la velocidad sublumínica.

—Bienvenidos a Yavin 4, el gran centro de vacaciones Jedi —dijo, acompañando sus palabras con un ampuloso gesto de la mano.

El *Halcón Milenario* emergió del hiperespacio y empezó a emitir el anuncio de que Luke Skywalker había vuelto. Fueron hacia la luna color verde joya que orbitaba el gigante gaseoso… y estuvieron a punto de chocar con el *Caballero del Martillo*, el colosal Súper Destructor Estelar.

—¡Uf! —gritó Han.

Chewbacca rugió y agarró los controles, enviando al *Halcón* en una veloz combinación de giro y ascensión que sacó su nave del vector de colisión con los interminables kilómetros de longitud del Súper Destructor Estelar.

—Pero ¿qué…? —balbuceó Han—. ¡No ha sido culpa mía!

El *Caballero del Martillo* siguió disparando contra la luna selvática, pero unos cuantos haces de energía turboláser empezaron a surcar el espacio para dirigirse hacia ellos en cuanto Han salió del hiperespacio.

—¡Acción evasiva, Chewie! —gritó Han, pero el copiloto wookie ya iba un paso por delante de él.

—Deja de transmitir tus señales de identificación, Han —ordenó secamente Leia—. Estás atrayendo su atención.

—Eh… Oh, claro —dijo Han, un poco avergonzado, y desconectó la baliza del sistema de comunicaciones con un rápido manotazo.

Un haz de transmisión brotó de sus altavoces, crujiendo y chisporroteando a un volumen ensordecedor debido a la inmensa energía emisora de que disponía el Súper Destructor Estelar.

—Aquí la almirante Daala, comandante del *Caballero del Martillo*. Se rendirán inmediatamente o serán destruidos.

Han gimió. Chewbacca soltó un rugido. Erredós dejó escapar una estridente nota de alarma.

—¡La almirante Daala! ¡Oh, cielos! —exclamó Cetrespeó.

Han conectó el sistema de comunicaciones.

—Daala, te confieso que me tienes francamente harto —dijo por el canal directo.

Después cortó la comunicación y esquivó otra andanada de las baterías turboláser del *Caballero del Martillo*, haciendo que el *Halcón* describiese un veloz ocho por delante de los sistemas de centrado de puntería del Súper Destructor Estelar.

—Deja de lucirte, Han —dijo Leia.

Una nube de cazas TIE surgió de los hangares de proa del Súper Destructor Estelar y giró para dirigirse hacia el *Halcón*.

—¡Escudos arriba! —dijo Han, y Chewbacca lanzó un gruñido de asentimiento. Han se volvió hacia Luke—. Vaya, vaya… Te vas de vacaciones unos cuantos días, y todo empieza a caerse a pedazos.

Chewbacca rugió.

—Eh… Han —dijo Leia, señalando con un dedo—. ¡Han!

Dos cazas TIE vinieron rugiendo hacia ellos y los disparos de sus cañones láser rebotaron en los escudos delanteros del *Halcón*, que estaban a máxima potencia. Han disparó sus cañones láser, alcanzando a un caza TIE y haciendo que su piloto perdiera el control de la nave. El otro caza TIE pasó aullando junto a ellos sin haber sufrido ningún daño.

—¿Podemos transmitir una señal a la Nueva República? —gritó Leia—. ¿Podemos dar la alarma? Tenemos que hacer venir a toda la flota. Chewbacca conectó el sistema de comunicaciones y soltó un gemido.

Han echó un vistazo a los paneles.

—¿Qué dices que está haciendo Daala? Eso requiere muchísima energía.

—Creo que la almirante Daala está interfiriendo con éxito todas las bandas de emergencia —dijo Cetrespeó.

—Estupendo —dijo Leia.

—Ve al pozo artillero —dijo Han.

—Yo me encargo del láser —respondió Luke.

—Yo iré al otro —dijo Leia.

—¿Tú? —preguntó Luke.

Leia se encogió de hombros.

—He estado practicando —replicó, y se fue corriendo. Luke se instaló en el asiento del pozo artillero.

—¡Daala tiene tantas naves que no podemos enfrentarnos a todas! —le gritó a Han—. No te dediques a dar vueltas por ahí para luchar con ellas. Llévanos a la luna, ¿de acuerdo?

Disparó los cañones láser, y Leia disparó desde debajo de él y alcanzó a otro caza TIE.

—¿Estás seguro de que no sería mejor que nos limitáramos a volver al hiperespacio? —murmuró Han.

Calista se puso detrás de él, y sus manos se tensaron sobre el respaldo del sillón de pilotaje de Han.

—La Academia Jedi está siendo atacada —dijo, conociendo con toda exactitud el torbellino emocional que se agitaba dentro de la mente de Luke—. Tenemos que ayudar. Tenemos que hacer todo lo que podamos.

—Muy bien —dijo Han—. Máxima potencia a los escudos delanteros, Chewie, y ten mucho cuidado. Vamos a seguir un vector de aproximación directa.

El *Halcón Milenario* pasó por debajo de la inmensa mole del *Caballero del Martillo*. Un enjambre de cazas TIE les obstruyó el camino, volando en una apretada formación mientras sus pilotos lanzaban una pauta continua de andanadas. Han fue hacia ellos a toda velocidad. Chewbacca soltó un rugido de alarma.

—Oh… Pero… Eh… Amo Han… —farfulló Cetrespeó.

—Los veo —dijo Han—. Ya se apartarán.

Los cazas TIE mantuvieron su posición sin dejar de disparar. Los escudos delanteros del *Halcón* empezaron a debilitarse, pero Han siguió avanzando por el mismo vector… lanzándose sobre los cazas imperiales. Luke y Leia continuaron disparando desde sus puestos respectivos, eliminando cazas TIE con sus andanadas.

—Huuuuum… Por favor, ¿tendríais la bondad de quitaros de en medio? —murmuró Han.

Los cazas TIE se hicieron a un lado en el último momento, desviándose en una serie de maniobras tan frenéticas que dos de ellos colisionaron mientras los otros perdían el control y empezaban a dar tumbos por el espacio. El *Halcón* atravesó la formación defensiva a toda velocidad y entró en contacto con la atmósfera de la luna selvática para iniciar un rápido descenso hacia las copas de los árboles.

Sobrevolaron la jungla. Nubes de humo negro brotaban de los incendios esparcidos por entre los árboles. Franjas enteras de selva habían quedado devastadas e incineradas allí donde los potentes haces de las baterías turboláser habían caído desde la órbita de ataque elegida por Daala.

Calista se volvió hacia Luke y le puso la mano en el brazo cuando éste salió del pozo artillero del *Halcón* con una traviesa sonrisa de muchacho en los labios.

—Había pasado mucho tiempo desde la última vez en que hice eso. —Pero la sonrisa se desvaneció enseguida—. La Academia Jedi debe de estar siendo atacada. Tenemos que ir allí.

—Lo sé —replicó Calista—. Ya se lo he dicho a Han.

—¡Eh, voy lo más deprisa que puedo! —gritó Han desde la cabina. Leia fue a reunirse con él—. Tienes muy buena puntería, Leia —dijo Han.

—El que los imperiales nos estén utilizando como blancos de práctica supone un gran incentivo —respondió Leia.

Dos cazas TIE aparecieron por encima de las copas de los árboles, y empezaron a disparar contra el *Halcón* desde los lados.

—Estos tipos no se rinden nunca, ¿verdad? —masculló Han.

Lanzó uno de sus proyectiles detonadores directamente contra un caza TIE, cuyo piloto obviamente esperaba una represalia mediante el cañón láser. El caza TIE intentó virar, pero el sensor colocado en la punta del proyectil centró su mira en uno de los paneles de dirección y estalló, haciendo que los restos del aparato imperial salieran despedidos en un loco girar, por el cielo.

El segundo caza TIE, que al parecer no deseaba seguir adelante con el enfrentamiento, subió a toda velocidad hasta quedar fuera del radio de alcance del armamento de Han. La maquinaria de asalto de superficie avanzaba por debajo del *Halcón*, hileras de caminantes de exploración y enormes fortalezas volantes que peinaban la jungla y se dirigían hacia el Gran Templo.

—Tenemos que averiguar si los estudiantes están a salvo —dijo Luke. Han miró a su alrededor.

—Bueno, tal, vez podríamos meterlos en el *Halcón* y llevarlos a un lugar seguro.

—Creo que no nos vamos a ir de Yavin 4 —replicó Luke mientras contemplaba a Han con expresión ensombrecida.

—¡Pero eso es una locura, Luke! —exclamó Han.

—Oye, si sólo es una cuestión de supervivencia, entonces mis estudiantes Jedi probablemente estarían más seguros dividiéndose en pequeños grupos y dispersándose por la jungla que a bordo del *Halcón* —dijo Luke—. No te lo tomes como un insulto a tus habilidades de pilotaje, Han, pero si evacuamos a los estudiantes Jedi en el *Halcón*, un solo disparo bien dirigido del Destructor Estelar de la almirante Daala acabaría con prácticamente todos los Caballeros Jedi de la Nueva República. No puedo correr ese riesgo. Lucharemos aquí. Puedes irte. Ve a buscar ayuda, o quédate y toma parte en algunas de las batallas de superficie. Pero los Jedi no se van a marchar de Yavin 4.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Han—. Aun así, creo que antes deberíamos averiguar cuál es la situación.

—Bueno, si quieren saber mi opinión, creo que yo preferiría que intentáramos escapar —dijo Cetrespeó.

—Cállate, Cetrespeó —dijo Leia.

—¿Por qué que nadie escucha nunca mi opinión? —se quejó el androide dorado.

Han posó el *Halcón* al lado de una lanzadera imperial que había descendido delante del Gran Templo. Los restos de un caminante medio aplastado estaban esparcidos allí donde empezaba la jungla. Unos cuantos árboles ardían en los alrededores, e incluso el gran templo massassi daba la impresión de haber cambiado: estaba ennegrecido por los ataques aéreos, aunque parecía conservar su solidez estructural.

Luke esperaba que los estudiantes Jedi se hubieran refugiado dentro de la pirámide o que hubieran ido a esconderse en la jungla.

La rampa del *Halcón* sobresalió del casco y Luke y Calista fueron los primeros en bajar corriendo por ella, seguidos rápidamente por Han, Leia y Chewie. Erredós bajó rodando por la rampa, emitiendo nerviosos sonidos electrónicos. Cetrespeó se quedó inmóvil en el comienzo de la rampa, como si no supiera qué hacer.

—Quizá deberíamos quedarnos aquí, Erredós… para defender la nave, ya sabes —dijo.

Pero el pequeño androide electromecánico replicó con una seca reprimenda electrónica.

Luke y Calista corrieron hacia el templo. La pesada puerta horizontal del hangar subió un par de metros, y una silueta apareció en el hueco mientras el atronar de la batalla seguía a su alrededor.

Kyp Durron salió a la luz del sol, sosteniendo en sus brazos el ennegrecido y flácido cuerpo de Dorsk 81. Calista y Luke dejaron escapar un jadeo ahogado.

—Había diecisiete Destructores Estelares más —dijo Kyp con voz enronquecida y llena de cansancio mientras los otros estudiantes Jedi iban apareciendo detrás de él—. Trabajamos juntos, y unimos nuestras capacidades mediante la Fuerza. Dorsk 81 nos guió. Concentró el poder dentro de su cuerpo. Nos libró de los otros Destructores Estelares… pero el hacerlo le costó la vida.

Otro caminante de exploración imperial entró en el claro con un rechinar metálico y un estrépito de árboles aplastados y dirigió sus cañones desintegradores hacia el grupo de Caballeros Jedi. Pero antes de que pudiera hacer ni un solo disparo, un haz de llamas surgió rugiendo de uno de los pozos artilleros del *Halcón* y destruyó al caminante imperial con una gran explosión. Su humeante cabeza trapezoidal quedó inmóvil en un profundo cráter, indicando el lugar donde se había sentado el piloto.

Un instante después un Cetrespeó muy nervioso salió de la nave y se detuvo en el comienzo de la rampa de abordaje.

—¡Lo hice! Oh, cielos, ¿han visto eso? Dije que defendería la nave. ¡Oh, cielos, he disparado contra un caminante imperial! De todas maneras, puedo asegurarles que yo no tenía ninguna intención…

Erredós lanzó un estridente zumbido de triunfo.

Calista se volvió hacia Kyp.

—Ahora no tenemos tiempo para llorar la pérdida de Dorsk 81 —dijo.

—Era un Jedi —murmuró Kyp—. Era un Caballero Jedi…

—Todos lo sois —dijo Luke—. Vamos… Tenemos que defender la Academia Jedi.

Oyeron más estrépito en la jungla: explosiones, zumbidos de maquinaria que se iban aproximando a medida que los vehículos de asalto de superficie convergían sobre su objetivo principal…

Han llamó a Leia y Chewbacca con un gesto de la mano.

—Venga, volvamos al *Halcón* —dijo—. Repartiremos nuestras armas.

Luke y Calista fueron hacia los estudiantes Jedi y se dispusieron a tomar parte en la batalla.

CAPÍTULO 51

—Podemos desplegarnos y atacar a los imperiales —dijo Luke, mirando a los estudiantes Jedi que se habían congregado delante del Gran Templo.

Las tropas de asalto mecanizadas seguían atravesando la jungla en un estrepitoso avance, disparando contra objetivos imaginarios. Erredós fue hacia la puerta abierta del Gran Templo, y desapareció entre las negras sombras del hangar.

—Estarán aquí dentro de un momento —siguió diciendo Luke—. Si conseguimos dispersarnos por la jungla, podremos caer sobre ellos en una serie de ataques por sorpresa.

Tionne estaba preocupada.

—Son muchos más que nosotros, y su potencia de fuego es muy superior —dijo.

—Sí —dijo Kirana Ti, con el rostro lleno de una sombría solemnidad—, pero podemos escondernos mejor de lo que pueden hacerlo ellos.

—Y somos Caballeros Jedi —añadió Kam Solusar—. Ellos no son más que imperiales.

Luke sonrió al ver lo seguros que estaban de sí mismos.

—Quizá deberías ir a bordo del *Halcón* con Han y Leia, Calista —dijo—. Allí estarías más segura.

Calista respondió con una vigorosa sacudida de la cabeza, y sus cortos cabellos color rubio malta ondularon en la húmeda atmósfera de la jungla.

—Ni lo sueñes. Me quedaré contigo.

Luke le sonrió con cariñosa dulzura.

—De acuerdo. Te protegeré con mis poderes Jedi… pero procura no alejarte de mí.

La joven frunció el ceño ante aquel repentino recordatorio de su incapacidad para usar la Fuerza, pero eso no impidió que su rostro siguiera iluminado por una salvaje determinación. Calista tenía su espada de luz, y Luke activó su hoja de energía verde amarillenta. Kirana Ti empuñó el arma de Gantoris, cuya hoja brillaba con una cegadora claridad color blanco amatista. Kyp también empuñó su arma. Algunos de los estudiantes Jedi que llevaban menos tiempo en Yavin 4 cogieron los desintegradores que Kyp había sacado de la lanzadera imperial robada.

Luke alzó su espada de luz.

—¡Que la Fuerza os acompañe, Caballeros Jedi! —gritó.

Los estudiantes se dispersaron y desaparecieron en la espesura de la jungla.

Kirana Ti procuró mantenerse cerca de Streen mientras las lianas empapadas y la maleza se enroscaban a su alrededor. Formaban una pareja bastante extraña, pero el algo perturbado ermitaño de Bespin era su amigo. Kirana Ti era alta, fuerte y musculosa, y podía ser una guerrera temible incluso sin utilizar la Fuerza. Streen, en cambio, siempre

estaba distraído y un poco alejado de todo, y lo que más deseaba en el mundo era estar solo. Kirana Ti aceptaba al anciano tal como era. Sabía que Streen podía llegar a desplegar un enorme poder cuando se sentía lo suficientemente seguro de sí mismo para acceder a su potencial oculto. Juntos formaban un excelente equipo.

Las máquinas de asedio imperiales avanzaban ruidosamente hacia ellos: era otro pelotón de desgarbados caminantes de exploración que se abría paso a través de la espesura. Los caminantes disparaban contra los árboles que se interponían en su camino, derribando gruesas ramas y arrancando las masas de lianas que se enredaban en sus enormes y pesadas patas articuladas.

—No se están esforzando demasiado en no hacer ruido —dijo Kirana Ti—. Es una mala táctica… Demuestra un peligroso exceso de confianza.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Streen, retorciéndose nerviosamente de un lado a otro—. ¿Cuál es nuestro plan? ¿Hay alguien que tenga un plan? Deberíamos hacer planes.

La guerrera de Dathomir buscó refugio entre las sombras de un matorral y tiró de Streen para que la siguiese mientras contemplaba con los ojos entrecerrados a los caminantes que se aproximaban. El sudor le perló la frente, y Kirana Ti se lo quitó con el dorso de la mano. Después aferró con más fuerza la empuñadura de su espada de luz.

—Los imperiales no esperaban mucha resistencia de un puñado de estudiantes, así que no están organizados. No es más que una acometida salvaje con montones de armas y ningún plan.

—No hay ningún plan —corroboró Streen, asintiendo vigorosamente.

Un par de caminantes entraron en el claro.

—¡Yo me ocuparé de esos dos! —anunció Streen, levantándose de un salto antes de que Kirana Ti pudiese impedírselo.

El ermitaño de Bespin salió corriendo de la espesura para quedar totalmente expuesto ante las dos máquinas exploradoras de cabeza cuadrada.

—¡Streen! —gritó Kirana Ti.

Los dos caminantes hicieron girar sus voluminosas cabezas y dirigieron sus armas hacia Streen, pero el anciano levantó los puños en el aire y dejó escapar un potente grito mientras impulsaba los brazos hacia adelante en un brusco movimiento de barrido, utilizando la Fuerza para impulsar un incontenible ariete de viento.

Kirana Ti quedó asombrada ante la rapidez con la que Streen concentraba su mente en la Fuerza, canalizando sus pensamientos con toda exactitud hacia lo que quería hacer, y dejaba en libertad sus poderes después. O quizá Streen ni siquiera se concentraba… y ésa era la razón de su inusual fortaleza.

Los dos transportes de exploración se derrumbaron hacia atrás como si hubieran sido golpeados por una mano gigantesca, y rodaron por el suelo hasta que acabaron chocando con el tronco de un viejo árbol massassi, aplastados por la Fuerza.

Streen se restregó las manos.

—Ya está —dijo, y después se volvió hacia Kirana Ti y le dirigió una sonrisa torcida.

Un tercer caminante de exploración surgió de la jungla y esta vez Kirana Ti reaccionó con gran rapidez. La guerrera de Dathomir activó su espada de luz y saltó hacia el transporte blindado de dos patas. Lanzó un mandoble lateral con la resplandeciente hoja blanco purpúrea, y seccionó una pata metálica a la altura de la rodilla. El caminante de exploración se derrumbó hacia un lado, y Kirana Ti se apartó de un salto para que no le cayera encima.

El piloto disparó sus cañones láser mientras la máquina caía, pero los haces de energía fallaron el blanco y se limitaron a incinerar las gruesas ramas de los árboles. Los animales escondidos que habían estado agazapados entre la maleza emprendieron una veloz huida, chillando y graznando mientras escapaban por entre los restos medio podridos de la selva.

Kirana Ti abrió la escotilla blindada del caminante de exploración con un golpe de su espada de luz. El soldado imperial que había dentro estaba intentando librarse de las tiras de su arnés de seguridad y ya alargaba la mano hacia su pistola desintegradora… pero Kirana Ti lo atravesó con la hoja llameante de la espada de luz. El soldado dejó escapar un corto grito, y después el agujero chisporroteante que apareció en su pecho impidió que emitiera más sonidos.

Kirana Ti subió de un salto a la estructura humeante del caminante de exploración, como una guerrera que acabara de vencer a un monstruo. Streen se había quedado inmóvil y estaba contemplando los dos vehículos que había destruido.

—¡Tres menos! —dijo Kirana Ti.

—¿Quedan muchos más? —preguntó Streen, pareciendo un poco preocupado.

—Montones —respondió ella.

Kam Solusar, con su eterno fruncimiento de ceño, se enfrentó al Colosal en solitario. Su enemigo era un viejo y no muy maniobrable vehículo de asalto de superficie que ya estaba obsoleto en la mayor parte del Imperio, aunque todavía se podían encontrar muchos de ellos en los Territorios del Borde Exterior. Solusar no había olvidado aquellas enormes «losas rodantes» que habían sido usadas para aterrorizar a los que se oponían al Imperio gracias a sus dimensiones descomunales, aunque ciertamente no su eficiencia o su flexibilidad.

El Colosal era un inmenso tanque del que sobresalían tres cañones láser de gran calibre, un par de lanzadores de granadas de onda expansiva y un cañón desintegrador de calibre mediano. Sus cinco juegos de ruedas se movían sobre ejes independientes, lo que le permitía desplazarse por los terrenos más abruptos y difíciles. El Colosal contaba con dos cabinas, una delante y otra detrás, para que los pilotos pudieran conducir su torpe y lento vehículo en cualquiera de las dos direcciones, ya que era prácticamente imposible hacer girar a aquella monstruosidad.

Una torre de vigilancia brotaba al final de un estrecho tallo carente de protección por encima de la cabina delantera, y era el sitio en el que el soldado de las tropas de asalto de menos rango cumplía con la nada envidiable misión de localizar los blancos… con lo que él mismo se convertía en el blanco más obvio. El Colosal era uno de los vehículos de asalto menos sofisticados que había llegado a diseñar el Imperio, por lo que Kam Solusar supuso que su tripulación no había sido seleccionada entre lo mejor que podía ofrecer la flota de la almirante Daala.

El Caballero Jedi estaba solo y no tenía ningún arma visible: todavía no había construido una nueva espada de luz, en parte por reluctancia ante la idea de volver a esgrimir semejante poder. Kam Solusar ya había causado suficientes daños cuando renunció temporalmente a su herencia Jedi. Pero además de eso, consideraría una ironía enormemente agradable poder convencer a los imperiales de que se destruyeran a sí mismos usando sus propias armas. Kam Solusar no podía imaginar un desenlace más delicioso.

El veterano guerrero desplegó un zarcillo de la Fuerza y percibió la presencia de los ocho tripulantes a través del grueso blindaje de duracero. No encontró ningún oficial carismático o con auténticas dotes de mando, y sólo halló un grupo de idiotas carentes de voluntad… exactamente lo que había esperado.

Kam Solusar ni siquiera se tomó la molestia de mostrarse. Permaneció escondido detrás de un viejo árbol mientras cerraba los ojos y se concentraba. Lo que iba a hacer tendría que hacerse muy deprisa.

Utilizó la Fuerza para tirar de los cañones láser de gran calibre del Colosal, haciendo que girasen hasta quedar dirigidos hacia la estructura del vehículo. Las soldaduras temblaron y el metal chirrió bajo la tensión mientras Kam Solusar colocaba los cañones en posiciones de disparo para las que nunca habían sido diseñados.

Después envió un dardo de pensamientos, un mensaje urgente dirigido a la mente más débil que encontró: la de un artillero imperial que no tenía ni idea de dónde se encontraba o por qué estaba luchando.

«¡Dispara contra el enemigo!», le ordenó Kam Solusar.

El artillero obedeció la orden sin pensar, y disparó los dos cañones láser de gran calibre a máxima potencia. El Colosal estalló bajo su propia andanada.

Kam Solusar se agachó, pero el tronco del árbol massassi protegió su cuerpo del diluvio de metralla metálica que voló por los aires. El veterano guerrero meneó la cabeza con expresión disgustada.

—Malditos idiotas… —murmuró, y después se alejó en busca de otro blanco.

La puerta horizontal del hangar que ocupaba el nivel inferior del Gran Templo estaba abierta, un agujero de vulnerabilidad practicado en la fortaleza piramidal de la Academia Jedi.

Un caminante de exploración avanzó ruidosamente hasta dejar atrás la lanzadera imperial abandonada que Dorsk 81 había posado en la luna selvática. El caminante hizo varios disparos que ennegrecieron partes de la estructura rocosa del templo. En cuanto se

hubo asegurado de que no había ninguna oposición, el caminante atravesó la parrilla de descenso y fue hacia el hangar abierto que parecía esperar su llegada.

La enorme máquina de guerra se detuvo delante de la puerta y titubeó, y un instante después potentes haces de luz blanca atravesaron la cavernosa oscuridad del interior del hangar. Nada se movió, y los focos sólo encontraron la inmovilidad de las negras sombras. Unos cuantos roedores-lagartos se apresuraron a huir para escapar de la luz.

El comandante, que al parecer todavía estaba un poco nervioso, lanzó dos andanadas hacia el interior de la cámara vacía. Los haces de energía de sus cañones láser rebotaron en las paredes internas y se esparcieron sobre la piedra, causando pequeños daños en las viejas superficies rocosas. La ausencia de fuego de represalia hizo que el caminante imperial avanzara. Su comandante debía de estar pensando que podía conquistar la fortaleza de los Jedi por sí solo y evitar un asedio prolongado.

Pero mientras el caminante de exploración pasaba por debajo de la gran puerta levantada, Erredós —que había estado escondido entre las sombras— dejó escapar un trino electrónico y avanzó para activar los controles de liberación del mecanismo. La pesada losa blindada, que era lo bastante gruesa como para poder proteger el interior del templo de los disparos de un cañón desintegrador de gran calibre, descendió con un veloz estruendo.

Impulsada por pistones hidráulicos, la puerta dejó aplastado al caminante de exploración en un momento y lo incrustó en el suelo de piedra. Los depósitos de combustible hicieron erupción, los líquidos refrigerantes se derramaron y el humo flotó por los aires. La estructura del caminante de exploración había quedado totalmente irreconocible, y había sido reducida a un montón de trozos de metal laminado.

Erredós celebró su triunfo con una serie de silbidos y pitidos y después volvió a activar los controles de la puerta, levantando la gran losa y dejando de hacer ruido. El templo se oscureció y recuperó su inmovilidad y su silencio anteriores, volviendo a ser vulnerable.

Erredós contempló la jungla iluminada por el sol que se extendía fuera del hangar, esperando la ocasión de atraer a un nuevo blanco.

Kyp Durron fue corriendo a reunirse con Han Solo a bordo del *Halcón Milenario*, y Calista siguió a Luke y Tionne mientras contorneaban el Gran Templo para desaparecer dentro de la zona más frondosa de la jungla, en la que se estaban reuniendo más imperiales.

Calista estaba volviendo a sentir la opresión paralizadora de la ira y la impotencia. Luke obraba impulsado por las mejores intenciones y sus palabras tenían como único origen su preocupación por ella… pero sin darse cuenta de lo que hacía, acababa de restregarle por la cara el hecho de que él tenía poderes Jedi y había dado a entender que Calista estaba indefensa sin ellos.

«Te protegeré», había dicho Luke.

Era lo peor que se le podía decir a Calista. No quería que Luke la protegiese. Quería hacer su parte del trabajo. Calista tenía que encontrar alguna manera de asestar tantos golpes en defensa de la Academia Jedi como él. Necesitaba demostrar que podían existir en términos de igualdad. De lo contrario su relación no tendría futuro… al menos en lo que a ella concernía.

Percibió el leve zumbido y los débiles arañazos de las oscuras sombras que se agazapaban en las profundidades de su mente, tentándola y atrayéndola para que recurriese a sus poderes malignos, pidiéndole que los empleara sólo durante unos momentos y prometiéndole que luego sería capaz de utilizar el lado de la luz.

Pero Calista sabía que eso era una mentira. Aferró su espada de luz y corrió junto a Luke mientras se abrían paso por entre una maraña de lianas y delicados helechos purpúreos.

Una enorme y pesada máquina de asalto se bamboleó a través de la jungla, avanzando en dirección al templo. Luke movió una mano para indicarles que le siguieran, pero Calista se fue quedando más y más rezagada. Luke y Tionne trabajarían en una estrecha colaboración, uniendo sus poderes Jedi de una manera que Calista ya no podía compartir.

Calista acabó llegando a la temida comprensión de una verdad que no le gustaba nada. Quizá no había podido tratar de usar nuevas técnicas a fin de recuperar sus poderes porque estaba demasiado cerca de Luke. Su presencia la intimidaba con sus propias capacidades, y subrayaba de una manera inconsciente el hecho de que a Calista le quedaban muy pocos recursos que utilizar. Quizá necesitaba estar a solas durante algún tiempo y trabajar con sus propios recursos, sin expectativas y sin ninguna necesidad de actuar para Luke Skywalker y estar a la altura de su nivel de capacidad. Ella y Luke estaban unidos por un vínculo del corazón y el espíritu… pero Calista quizá necesitaba volver a encontrar sus propias fuerzas internas para así poder establecer contacto con las de Luke.

Y en aquel instante, con las batallas de la jungla rodeándola por todas partes, Calista se sintió impotente y sola, más una carga que una compañera de lucha. No necesitaba demostrarle nada a Luke… pero tenía que demostrárselo a sí misma.

—Ahí vienen —dijo Luke.

Pero su atención estaba concentrada en Tionne mientras los dos caballeros Jedi se preparaban para enfrentarse a la máquina de guerra imperial. Calista aprovechó que no la miraban, y fue formando su propio plan.

La Fortaleza Volante imperial se aproximaba hacia ellos a unos cuatro metros por encima del suelo, suspendida sobre un viejo despeñadero en el que se habían desplomado varios gigantescos árboles massassi después de ser derribados por las tormentas hacía ya muchos años.

Luke reconoció el inmenso vehículo. Tácticamente, era como un enorme caminante imperial, pero sin las patas y reducido al cuerpo blindado cargado de armamento pesado. Tenía forma rectangular con las esquinas redondeadas, y poseía dos cañones desintegradores de gran calibre montados en una torreta superior. Una red de identificación de blancos operaba desde sensores instalados por todo el casco. La máquina emitía un débil zumbido mientras avanzaba, abriéndose paso a través de las gruesas ramas y partiéndolas cuando se negaban a ceder ante su morro.

Las planchas del blindaje ya mostraban las señales de los impactos sufridos, así como los arañazos dejados por las ramas más duras y las manchas pegajosas de la savia derramada. La Fortaleza Volante siguió avanzando, moviendo de un lado a otro sus gruesos cañones desintegradores como si fueran par de tentáculos rígidos. Los cañones iban recibiendo señales de la red de identificación de blancos, y disparaban andanadas letales contra cualquier infortunada criatura de la selva que escogiera el momento equivocado para emprender la huida.

Luke se concentró en la monstruosidad acorazada que avanzaba hacia ellos.

—Tendremos que hacerlo juntos —le susurró a Tionne—. ¿Ves ese tronco de árbol caído que tiene la punta tan afilada? Cuando la Fortaleza pase por encima de él…

Tionne asintió, y esperaron mientras el suave zumbido de los haces repulsores impulsaba a la Fortaleza Volante por encima del viejo despeñadero. Luke clavó sus ojos azules en la afilada punta del gran tronco.

—¡Ahora! —gritó.

Luke y Tionne usaron la Fuerza juntos y lanzaron el tronco hacia arriba, impulsándolo como si fuese una estaca para que atravesara el casco interior de la Fortaleza Volante. El vehículo de asedio empalado giró sobre sí mismo con un estridente rugido de potencia motriz. Sus cañones desintegradores abrieron fuego en todas direcciones e incendiaron los árboles… pero el coloso ya no podía moverse.

—Ahora utilizaremos ese árbol —dijo Luke.

Inclinó la cabeza, señalando otro viejo tronco. El coloso vegetal estaba medio derrumbado, pero seguía manteniéndose en pie gracias a una red de lianas. Luke y Tionne tiraron del árbol muerto con hilos invisibles de Fuerza, partiendo las masas de cuerdas vegetales y haciendo que el enorme tronco cayera con la fuerza irresistible de la hoja de un hacha. Muchas toneladas de madera se desplomaron sobre la Fortaleza Volante atrapada en el despeñadero, aplastándola y convirtiéndola en un amasijo irreconocible de planchas humeantes.

Luke y Tionne surgieron de su escondite con un salto triunfal, y se estrecharon las manos en un apretón de celebración.

—¿Has visto, Calista? —gritó Luke—. ¡Iremos acabando con ellos uno a uno!

Pero cuando se volvió para mirar hacia atrás, no vio ni rastro de ella.

—¿Calista? —llamó, mirando a su alrededor alarmado.

Tionne también la buscó, pero no vieron ningún movimiento en la espesura de la jungla y no recibieron ninguna respuesta de ella. Calista estaba totalmente oculta a la

Fuerza, y eso hacía que fuera invisible incluso para sus poderes Jedi. Por mucho que se esforzara, Luke no podía percibirla.

—¡Calista! —volvió a gritar.

Pero Calista se había esfumado en la selva.

CAPÍTULO 52

Qxi Xux se inclinó hacia adelante y señaló con un dedo en el mismo instante en que Wedge empezaba a distinguir la masa de luces organizadas que había delante de ellos. Los ojos azul índigo de la joven alienígena eran más agudos que los suyos, y Qwi podía percibir detalles que Wedge todavía no había sido capaz de imaginar.

—Muy bien, aumenten la amplificación —ordenó.

La pantalla visora les mostró el largo cilindro que flotaba entre islas de escoria endurecida y componentes descartados. El arma de los hutts parecía estar terminada y lista para entrar en acción.

—Han llegado a construirla —murmuró Qwi—. Espero que no lleguemos demasiado tarde.

—Así que todo era verdad —dijo Wedge—. Y los hutts han conseguido llegar tan lejos sin que nos enterásemos… —Dirigió una sombría inclinación de cabeza a su timonel—. Pero no llegarán más lejos.

Seguidos por sus tres corbetas corellianas, el Yavaris y el *Dodonna* avanzaron hacia la gigantesca estructura de la Espada Oscura.

Sin más ceremonias, los guardias de Durga sacaron el cadáver de Crix Madine de la cubierta de control de la Espada Oscura.

Bevel Lemelisk contempló al caído saboteador rebelde sintiendo una curiosa confusión de emociones, y tensó los labios y frunció el ceño bajo el peso de un millar de pensamientos encontrados. La expresión que había en el rostro de Madine —fijada allí para siempre de tal manera que Lemelisk nunca podría olvidarla— encerraba un triunfo secreto, como si Madine supiera algo que los hutts y los imperiales nunca llegarían a entender. Lemelisk también sintió una cierta envidia mientras contemplaba el cadáver, pues sabía que por lo menos Madine seguiría muerto y no tendría que preocuparse por la posibilidad de ser devuelto a la vida una vez y otra y otra para enfrentarse a nuevos tormentos.

Varios taurills habían venido corriendo a través del puente para contemplar la ceremonia de la ejecución con una apasionada curiosidad. Lemelisk los echó de allí, y las criaturas de muchos brazos se apresuraron a volver a las cubiertas interiores para reunirse con el resto de la mente-colmena, que estaba reposando después de haber completado su labor.

Durga el Hutt, que seguía imperiosamente sentado en su plataforma levitatoria, empezó a dar órdenes a Sulamar, el impostor imperial.

—Conecte los motores —dijo—. Va a sacarnos de aquí ahora mismo. Ardo en deseos de iniciar la operación.

—Pero… Noble D-Durga, yo no puedo… —tartamudeó Sulamar.

—Confío en sus capacidades, Sulamar. —Durga acarició uno de los botones de las trampas letales con la punta de un dedo verdoso—. ¿O preferiría que me librara de usted y escogiera a algún otro?

—¡No hay ninguna necesidad de hacer eso, noble Durga! —se apresuró a decir Sulamar, y concentró su atención en los controles—. Le agradezco enormemente que tenga fe en mis capacidades. No le decepcionaré.

—Me aseguraré de ello —replicó Durga—. Mi Espada Oscura está terminada. Ya estoy harto de esperar en este rincón perdido del espacio. Empecemos a imponer nuestro poder por toda la galaxia y tomemos lo que nos pertenece por derecho de conquista.

Las palabras de Durga hicieron que Bevel Lemelisk irguiese bruscamente la cabeza y contemplara al hutt con la boca abierta y los ojos llenos de incredulidad.

—No… No irá a utilizar el arma, ¿verdad? —preguntó—. Todavía no ha sido probada. —Lemelisk estaba tan nervioso que las palabras salieron atropelladamente de sus labios—. Noble Durga… Tenemos que verificar todos los subsistemas y…

Durga emitió un ruido tan potente como grosero y barrió los comentarios de Lemelisk con un gesto de su gorda mano.

—Tonterías, ingeniero jefe. Su trabajo ya casi está terminado. No intente prolongar su utilidad. Mis taurills han seguido sus planes con toda exactitud. ¿Qué ha podido salir mal? —Hizo un gesto a Sulamar—. Le he dicho que adelante. Venga, muévase.

Lemelisk retorció nerviosamente los dedos y contempló a los otros miembros de la tripulación. Todos estaban inmóviles en sus sitios, sujetos a los sillones mortíferos. No expresó sus preocupaciones en voz alta, pero tenía un mal presentimiento acerca del funcionamiento general de la superarma. Había encontrado con demasiada frecuencia errores del estilo de los viejos núcleos de ordenador incompatibles y los materiales que no alcanzaban los niveles de eficiencia necesarios. Se habían producido demasiados fallos de comunicación, había demasiadas cosas que no funcionaban como era debido…

Lemelisk sabía que los hutts estaban obsesionados con la idea de sacar el máximo provecho posible a su dinero, pero Durga había aceptado la oferta más barata con una frecuencia muy superior a la permisible para el control de calidad. Los hutts, que eran unos temibles señores del crimen, habían conseguido que se les pasara por alto un axioma comercial básico: siempre recibes aquello por lo que pagas, y nada más que aquello por lo que has pagado.

Lemelisk fue retrocediendo lentamente hacia la puerta del turboascensor mientras la dotación del puente empezaba a trabajar y preparaba la superarma para su primer vuelo.

—Ah… Discúlpeme, noble Durga —dijo—. Creo que debería estar abajo, con el superláser, vigilándolo para asegurarme de que todo funciona correctamente.

Durga, que estaba demasiado absorto en el emocionante momento de la largamente esperada entrada en acción, despidió a Lemelisk con un distraído gesto de la mano. Lemelisk entró en el turboascensor, y sintió cómo su estómago intentaba caer hacia sus pies cuando la plataforma inició su rápido descenso. Se palmeó la barriga y oyó cómo dejaba escapar un gruñido de hambre. Se preguntó si tendría tiempo de coger algo de comer, pero acabó decidiendo que no debía correr el riesgo que supondría ese retraso. Si la Espada Oscura no funcionaba tal como Durga esperaba, entonces Bevel Lemelisk estaría metido en un lío muy serio… y el anciano científico no tenía ninguna intención de estar por allí cuando eso ocurriera.

Ejercitó la parte más útil del valor y, en vez de ir a los sistemas de control del superláser, fue hacia su hangar de lanzamiento particular, donde se apresuró a dirigirse hacia el pequeño deslizador de inspección que había utilizado para supervisar las últimas fases de la construcción de la gran arma.

Toda la tripulación de la Espada Oscura había sido convocada a sus puestos, por lo que el hangar estaba vacío y sumido en la penumbra, con sólo la tenue claridad de los sistemas en fase de activación para iluminar su camino. Lemelisk fue corriendo hasta el deslizador y se metió por la escotilla, doblando sus rígidas rodillas y sus débiles brazos hasta que consiguió instalarse en el asiento. La pequeña carlinga seguía apestando, y Lemelisk deseó haberse acordado de ordenar a los taurills que la limpiaran… pero ya era demasiado tarde para ello.

Se puso el arnés de seguridad, conectó el sistema de propulsión del deslizador y flotó a través del campo de retención atmosférica, empezando a alejarse de aquel arma gigantesca.

Bevel Lemelisk prefería los riesgos del espacio a la hipotética seguridad de la Espada Oscura.

CAPÍTULO 53

—¡A los puestos de combate! —ordenó Wedge Antilles.

—El arma de los hutts se está moviendo —dijo el oficial táctico, expresando con palabras lo obvio en el mismo instante en que el gigantesco cilindro conectaba sus motores traseros con un destello tan potente como la explosión de una estrella.

—Es enorme —murmuró Qwi—. Ahora entiendo lo que han hecho… Se han librado de toda la superestructura prescindible y han canalizado directamente toda la energía hacia el superláser. Esta arma debería ser más maniobrable que la Estrella de la Muerte, y también debería poder resultar más fácil de recargar y ser capaz de disparar con mayor frecuencia.

—No permitiremos que escape —dijo Wedge.

—Malas noticias, señor —dijo el jefe de sensores, un teniente de nariz puntiaguda y ojos azules un poco más juntos de lo normal. El teniente se dio la vuelta antes de seguir hablando—. Hemos… Señor, hemos perdido la señal del transmisor del general Madine.

La noticia afectó a Wedge con la terrible fuerza de un puñetazo en el estómago.

—Oh, no —dijo, dejándose caer contra el respaldo de su sillón.

Qwi no comprendió su reacción.

—Pero hemos encontrado el arma —dijo—. Ahora ya no necesitamos el transmisor, ¿verdad?

Wedge respondió con voz tensa y enronquecida. Su intención inicial era dirigirse únicamente a ella, pero el silencio que acababa de adueñarse del puente permitió que todos oyeran sus palabras.

—Ese transmisor está sintonizado con el monitor vital de Madine. Si el transmisor ha dejado de enviar su señal, eso quiere decir que…

Wedge se irguió en su sillón y señaló hacia adelante con un violento gesto de la mano.

—Todos los sistemas de armamento a máxima potencia —dijo—. No debemos permitir que escapen. El Yavaris y el *Dodonna* seguirán un vector de aproximación directo. Las corbetas corellianas dispararán contra los motores traseros para reducir su velocidad. —Apretó los dientes—. Esta vez los hutts han escogido las víctimas equivocadas.

El jefe de sensores devaroniano lanzó un graznido de alarma en la cubierta de mando de la Espada Oscura y alzó su cornuda cabeza.

—¡Se aproxima una flota rebelde, noble Durga! Están activando sus sistemas de armamento.

—¿Qué? —Durga retrocedió, abriendo y cerrando sus enormes ojos que parecían linternas—. ¿Cómo nos han encontrado? —Después se volvió hacia Sulamar—. Bien, ha llegado el momento de poner a prueba sus habilidades de pilotaje.

Los motores lanzaron un nuevo estallido de luz y la Espada Oscura se puso en movimiento y fue adquiriendo velocidad. El palpitar ahogado vibró por todo el casco en

una ondulación de potencia contenida a duras penas. La Espada Oscura fue acumulando más y más inercia. Durga dejó escapar una carcajada de deleite, complacido ante el excelente comportamiento de su superarma.

Y entonces un estridente gemido metálico brotó de los motores ocultos en las profundidades del núcleo, y fue seguido por un retumbar y un golpe sordo.

Durga miró a su alrededor, visiblemente preocupado. Sulamar estaba concentrado en los controles de pilotaje, mordiéndose los labios y fingiendo no haber oído nada que se saliera de lo corriente. Chorros de sudor brotaban de sus sienes. El extraño sonido se desvaneció, y Durga lo ignoró.

—Activen el superláser —ordenó el señor del crimen hutt—. Debemos estar preparados para disparar cuando llegue el momento adecuado. Aniquilaremos a la flota rebelde y la convertiremos en polvo espacial.

Los navíos de combate de la Nueva República persiguieron a la Espada Oscura, abriéndose paso a través de los restos de basura espacial del cinturón de asteroides en una veloz trayectoria. Los escudos empezaron a emitir cegadores destellos a medida que iban desintegrando las pequeñas rocas que se cruzaban en su camino. Pero algunos fragmentos más grandes lograron abrirse paso y chocaron con el casco del Yavaris.

—Esa arma hutt es como un inmenso ariete —dijo Wedge—. Está rompiendo los restos rocosos.

Una corbeta corelliana sufrió un impacto lateral al chocar con un meteoro de grandes dimensiones que daba tumbos por el vacío, y empezó a quedarse rezagada. El capitán informó a Wedge de que sus motores habían padecido serios daños, pero los campos de retención y los mamparos estancos habían impedido que el aire escapase por las pequeñas brechas abiertas en el casco.

—No hemos perdido ningún tripulante —añadió—, pero las reparaciones nos mantendrán ocupados durante algún tiempo. Vayan a acabar con los hutts por nosotros, señor.

Wedge asintió.

—Haremos cuanto podamos.

—Se dirigen hacia la parte más densa del campo de asteroides, general Antilles —dijo la navegante, que tenía el rostro empalidecido por la tensión.

—Entonces vamos a ir detrás de ellos —replicó Wedge.

La fragata de asalto disparó sus baterías turboláser e hizo pedazos un asteroide que venía hacia ellos. El *Yavaris* atravesó la nube de pequeños fragmentos rocosos sin que éstos causaran daños graves.

—Gracias, *Dodonna* —dijo Wedge.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca de la superarma hutt, Wedge ordenó que todas las naves abrieran fuego.

Los asteroides empezaron a girar locamente a su alrededor a medida que el campo se fue volviendo más y más denso, y Sulamar hizo frenéticos esfuerzos para mantener a la Espada Oscura en la trayectoria de evasión correcta. Era una tarea imposible, y Durga dedicaba demasiado tiempo a mantener su rechoncho dedo suspendido sobre el botón de «ejecución» conectado al sillón de Sulamar.

—No podré seguir este rumbo durante mucho rato, noble Durga —acabó diciendo Sulamar—. Estamos en la parte más letal del cinturón de asteroides. Ninguno de nuestros navíos de exploración se ha atrevido jamás a entrar aquí.

—Entonces los rebeldes no osarán seguirnos —dijo Durga.

—¡Pero mire lo que hay ahí fuera, Durga! —chilló Sulamar, señalando las rocas del tamaño de lunas que se deslizaban unas sobre otras como los molares de una bestia que tuviera las dimensiones de un planeta.

—¿He de elegir otro piloto? —preguntó Durga.

—No, noble Durga —replicó Sulamar con un murmullo lleno de exasperación.

El hutt asintió.

—Nuestro superláser está activado y cargado —dijo—. No tenemos ningún motivo de preocupación.

Sulamar tragó saliva, y pensó que a él sí se le ocurrían muchas cosas de las que preocuparse.

La flota rebelde se lanzó sobre ellos y abrió fuego con todos sus sistemas de armamento. Cada andanada era insignificante en sí misma, pero centenares de haces surgidos de las baterías turboláser dieron en el blanco y empezaron a arrancar planchas más o menos sueltas del casco de la Espada Oscura, sacudiendo los componentes con las vibraciones de los impactos y haciendo que sus conexiones se fueran aflojando poco a poco. Los inquietantes ruidos procedentes de las profundidades del núcleo se volvieron más estrepitosos.

La Espada Oscura no tenía ninguna defensa exterior o torreta turboláser propia, y tampoco contaba con escuadrones de cazas TIE para hacer huir a las naves rebeldes que la acosaban. Algunos de los asteroides de mayor tamaño surgieron repentinamente a un lado de ellos, y los choques abollaron el casco del arma con sus tremendos impactos… pero Sulamar siguió adelante con el rostro paralizado en una mueca de tensa preocupación. Durga castigaría severamente cualquier error… si conseguían sobrevivir a él.

El impostor que se había fingido general alzó la mirada hacia su trayectoria de vuelo y contempló una pesadilla. La Espada Oscura estaba avanzando demasiado deprisa para poder maniobrar con efectividad. La estructura volvió a gemir y chirriar, y los sonidos que llegaban de las profundidades del núcleo sobresaltaron a Sulamar.

Dos de las rocas más grandes que había visto hasta aquel momento giraban delante de ellos y se unían en un pesado rechinar, como fauces de granito que aguardaran una nueva

presa. Sulamar sabía que a la velocidad a la que avanzaban nunca podrían esquivar los planetoides lanzados en sus trayectorias de colisión mutua, y cerró los ojos.

Durga alzó la mano en un gesto desafiante.

—Quite de en medio a esos asteroides que se interponen en nuestro camino —dijo con arrogancia—. ¡Dispare el superláser!

El dedo de Sulamar tembló sobre el botón de disparo, pero no podía vacilar. Iban directos hacia los asteroides. Pulsó el botón y se tapó los ojos para protegerlos del cegador destello del mortífero haz de energía.

—¡Disparando el superláser, señor!

Pero en vez de un aullido de destrucción y una oleada de poder lanzada a través de la superarma, Sulamar sólo oyó un ruidoso siseo. Un chorro de chispas brotó del extremo delantero de la Espada Oscura, pero eso fue todo.

—¡Oh, no! —gritó Sulamar.

Pulsó el botón una y otra vez… pero la Espada Oscura se negó a disparar.

Los dos planetoides chocaron, atrapando a la superarma hutt entre ellos. La Espada Oscura quedó aplastada en un instante y se convirtió en otro gigantesco resto espacial que se pasaría toda la eternidad flotando a la deriva en el campo de asteroides de Hoth.

YAVIN 4

CAPÍTULO 54

La voz de Luke Skywalker resonó por la frondosa jungla y se abrió paso a través de los sonidos de la batalla. Calista se quedó paralizada cuando le oyó gritar su nombre, y su determinación empezó a derretirse. No tendría que haberse separado de Luke… pero tenía que hacerlo. Sólo había una manera… si Calista tenía el valor necesario para seguir adelante.

—¡Calista! —volvió a gritar Luke.

Pero la joven continuó avanzando por entre la vegetación sin mirar hacia atrás.

Martillos de fuego turboláser se abrieron paso a través de la atmósfera por encima de sus cabezas, dejando aullantes senderos de ionización mientras el *Caballero del Martillo* de la almirante Daala continuaba atacando Yavin 4. Calista alzó la mirada y vio otra ráfaga que bajaba hacia la selva. El Súper Destructor Estelar destruyó todo un acre de vegetación antiquísima con una sola andanada de sus baterías. Un disparo afortunado podía volatilizar todo el Gran Templo.

Según Kyp Durron, Dorsk 81 había enviado a las profundidades del espacio a toda una flota imperial. Diecisiete Destructores Estelares habían sido violentamente sacados del teatro de la batalla. De no ser por la repentina aparición del Súper Destructor Estelar, los estudiantes Jedi ya no correrían ningún peligro. El verdadero enemigo seguía en órbita, allí donde no podía ser atacado.

Calista apartó unas ramas espinosas de su cara y buscó una oportunidad. Un instante después vio un bombardero TIE atrapado entre las ramas rotas y el suelo removido de una parte de la selva donde los árboles habían quedado medio aplastados. La nave tenía un par de planchas propulsoras colocadas en ángulo y una carlinga doble: la primera acogía al piloto/bombardero, y la segunda contenía proyectiles detonadores. La nave había sufrido algunos daños y una parte de los tubos de escape de los motores traseros había quedado doblada, como si hubiera tenido que soportar el impacto de una roca lanzada por los aires.

El piloto del TIE llevaba un casco negro opaco y un mono de vuelo acolchado que parecía incómodo y bastante pesado. Estaba trabajando frenéticamente, y se hallaba solo. Había logrado dejar más o menos enderezados los tubos de escape de los motores con las herramientas de la cabina, y estaba haciendo pruebas con los motores para averiguar si podían funcionar.

Calista decidió aprovechar aquella oportunidad, y empezó a planear una forma inesperada de atacar a Daala. No tenía poderes Jedi, y su armamento se reducía a una espada de luz… pero Calista sabía que podía acabar con el Súper Destructor Estelar. Esa

responsabilidad era única y exclusivamente suya, y no le quedaba más remedio que cargar con ella.

Avanzó sin hacer ningún ruido, moviéndose con una fluida agilidad que no había nacido de la Fuerza sino de su propio adiestramiento personal. Calista salió de la maleza espinosa y corrió hacia el piloto del TIE cuando éste iba hacia la escotilla, preparándose para volver a entrar en su bombardero.

Pero el piloto debió de percibir algún destello de movimiento a través del visor de su casco, alguna señal delatora que le avisó de la cautelosa aproximación de Calista. El piloto se dio la vuelta, y Calista se encontró enfrentándose a su oscuro reflejo sobre el plastiacero negro de la máscara facial.

El piloto reaccionó con una velocidad sorprendente y desenfundó el desintegrador que llevaba colgando del costado. Calista siguió adelante, adquiriendo más impulso mientras movía el brazo en un arco y presionaba el botón activador de la espada de luz. La hoja color topacio surgió de la empuñadura con una mezcla de chasquido y silbido, y su potente claridad deslumbró al piloto del bombardero TIE.

Calista separó su mano enguantada de negro de la muñeca con un solo golpe. Después lanzó un mandoble contra su pecho antes de que el piloto, que había alzado su muñón chisporroteante delante de él, tuviera tiempo de gritar.

Calista desactivó la espada de luz y apartó el cuerpo humeante de una patada, alejándolo del bombardero TIE reparado sin perder ni un solo instante. Después trepó hasta la escotilla y se dejó caer dentro de la pequeña carlinga.

La voz de Luke resonó por entre los árboles tan débilmente como la de un fantasma. Estaba gritando su nombre, pero Calista se obligó a no oírla. Había podido ver con toda claridad su debilidad personal cuando contempló cómo los otros Caballeros Jedi luchaban en estrecha colaboración: Calista ya no formaba parte de su hermandad. Tendría que luchar de una forma distinta, a su manera… y todos juntos triunfarían.

Selló la escotilla de acceso. La carlinga era muy pequeña y olía a lubricante viejo y monos de vuelo no demasiado limpios. En circunstancias normales el piloto llevaría una mascarilla respiratoria y un casco, por lo que no notaría que estaba rodeado de aire recirculado. Calista estaba dispuesta a soportarlo.

Descifró los controles sin ninguna dificultad. El Imperio no desperdiciaba tiempo o energías modificando sus sistemas de vuelo, y un bombardero TIE todavía funcionaba de la misma manera que habían funcionado los cazas imperiales décadas antes, cuando Calista había empezado a luchar contra el Emperador.

La nave oscura se fue elevando lentamente sobre la cicatriz dejada por el descenso de emergencia, alzándose poco a poco a medida que sus motores se iban calentando. Calista siguió subiendo hasta quedar por encima las copas de los árboles, y pudo ver la quemadura negra que indicaba el sitio por donde la nave había atravesado el dosel verde.

Los motores iónicos gemelos entraron en acción con un rugido estremecedor, y el bombardero TIE empezó a subir en una veloz trayectoria angular hacia las capas más tenues de la atmósfera… y hacia el *Caballero del Martillo*.

—Lo siento, Luke —murmuró Calista, y siguió adelante.

La nave, que parecía surgida de una pesadilla, flotaba sobre ella, una masa color negro eclipse tan colosal que Calista apenas podía hacerse una idea de sus verdaderas dimensiones. No sabía gran cosa sobre su configuración interior, aunque en una ocasión había estudiado algunos diagramas del *Ejecutor*, el navío insignia de Darth Vader. Pero sí sabía que el Súper Destructor Estelar —fabulosamente caro y difícil de maniobrar a pesar de las ventajas que le proporcionaba la pura y simple magnitud de sus sistemas de armamento— tenía muy pocos puntos vulnerables.

Tenía que arreglárselas de alguna manera para subir a bordo y trabajar desde el interior.

Los motores del bombardero no respondían al máximo de su capacidad, pero Calista fue hacia el *Caballero del Martillo* siguiendo un vector lo más rápido posible. La cabeza le daba vueltas mientras intentaba urdir un engaño lo suficientemente audaz para que le permitiera descender dentro de sus hangares: eso resultaba doblemente difícil porque Calista era una mujer y no podía hacerse pasar por un piloto de bombardero TIE. Tendría que hablar en un tono de voz lo más ronco posible, y procurar que el sistema de comunicaciones distorsionara sus palabras.

Otros cazas TIE giraban por el espacio. La superioridad de que disfrutaba la almirante Daala sobre Yavin 4 parecía completa, y la almirante imperial podía permanecer a salvo en su órbita y lanzar una andanada letal detrás de otra contra toda la luna sin necesidad de correr ningún riesgo personal.

Calista se sorprendió al oír una voz femenina surgiendo del canal de comunicaciones: era una directora de combate, y le pedía que se identificara e informase sobre su situación. ¡Una mujer! Calista nunca había oído hablar de que el Imperio tuviera oficiales y tripulantes del sexo femenino a bordo de sus naves: la almirante Daala debía de haber introducido algunos grandes cambios. Calista tragó saliva y se inclinó hacia adelante para responder después de haber dejado intencionadamente el sistema de comunicaciones un poco desviado de la frecuencia correcta.

—Aquí el bombardero TIE número… —Calista movió el dial del transmisor para producir un estallido de estática que eliminara su identificación, y después volvió a sintonizar el canal en una señal clara—. Hemos sufrido graves daños. Todos nuestros Destructores Estelares han desaparecido. Los Caballeros Jedi hicieron algo, y toda la flota… fue barrida. No hay ni rastro de ellos.

—Bombardero TIE, tenga la bondad de repetir su transmisión dando más detalles —dijo la directora de combate—. Proporciónenos un resumen completo de la batalla que se está desarrollando en la luna selvática.

—Casi todas las fuerzas de superficie han sido destruidas —dijo Calista—. Los Caballeros Jedi han ofrecido una resistencia increíble, muy superior a la que

esperábamos. Hemos sufrido grandes pérdidas. He conseguido escapar, pero mis motores están averiados. Necesito un sitio donde bajar ahora mismo.

Volvió a hacer girar el dial, añadiendo unos cuantos estallidos de estática para resultar lo más convincente posible.

—Describa la extensión de los daños sufridos —pidió la directora de combate.

—Los motores están a punto de fallar —replicó Calista—. Mi panel solar está dañado. Creo que estoy perdiendo líquido refrigerante o sufriendo pérdidas de radiación, pero no puedo saberlo con seguridad… Sugiero que busquen un hangar aislado en el que pueda descender. Evacuen el hangar y sellen las entradas por si algo sale mal. Inspeccionaré las filtraciones y volveré a informar.

—Recibido y entendido, bombardero TIE —dijo la directora de combate—. Esperamos con impaciencia su información sobre la batalla de Yavin 4. Calista sonrió, pero procuró que su voz sonara cansada y apática. —Comprendido.

Siguió avanzando hacia el último Destructor Estelar hasta que la directora de combate le dio instrucciones sobre dónde tenía que descender.

El hangar de bombarderos de popa era como una inmensa caverna, aunque la entrada apenas parecía una diminuta peca negra en el casco del *Caballero del Martillo*. Calista dirigió su nave robada hacia el interior y se sintió inmensamente complacida cuando vio que había llegado a un hangar que contenía un escuadrón entero de bombarderos TIE. Al parecer la almirante Daala no planeaba utilizar aquel escuadrón, y se contentaría con sembrar la destrucción mediante sus baterías turboláser. Todo el personal había sido evacuado del hangar para ponerlo a salvo de las posibles filtraciones peligrosas que pudiera padecer el bombardero de Calista.

En cuanto hubo posado su nave, Calista se encontró en una vasta cámara donde sólo había hilera tras hilera de bombarderos TIE, cada uno de ellos provisto de una carga completa de proyectiles detonadores.

Los labios de Calista se curvaron en una tensa sonrisa. Por mucho que lo hubiera deseado, no habría podido esperar nada mejor.

CAPÍTULO 55

Los motores del *Halcón* rugieron mientras Chewbacca, sentado en el asiento del copiloto, empuñaba los controles para el despegue. Leia se puso el arnés de seguridad mientras Han Solo, inmóvil al comienzo de la rampa de abordaje, llamaba a Kyp Durron con impacientes gestos de la mano.

—¡Si vas a venir con nosotros será mejor que te des prisa, Kyp! Desde el *Halcón* por lo menos podremos proporcionar cobertura aérea.

Han sintió cómo una dolorosa punzada de pena le atravesaba el corazón mientras contemplaba al joven Caballero Jedi que ya había pasado por tantas pruebas terribles, y que no había podido hacer nada para salvar a su compañero mientras Dorsk 81 perecía a causa de la sobrecarga sufrida durante su contacto con la Fuerza. Kyp, que tenía el rostro tensado en una mueca de sombría decisión, lanzó una última mirada a la jungla y los templos y después echó a correr hacia el *Halcón*, moviéndose con nerviosa rapidez.

—Arriba, Chewie —dijo Han.

Cetrespeó acababa de aparecer detrás de ellos. El androide de protocolo parecía bastante preocupado.

—¡Oh, cielos! No irá a pedirme que vuelva a manejar los cañones láser del pozo artillero, ¿verdad, amo Han?

Han se dejó caer en el sillón de pilotaje y se puso el arnés de seguridad.

—No sé, Chico de Oro… Puede que todavía logremos convertirte en un auténtico comando de elite.

—Muchas gracias, amo Han, pero mi programación no incluye ese tipo de habilidades.

Han ignoró al androide y conectó los aceleradores.

—Bien, vamos allá —murmuró— Tenemos algunos cabos sueltos de los que ocuparnos.

—Yo me encargo de uno de los pozos artilleros —dijo Kyp.

Han se apresuró a asentir, intentando darle ánimos.

—Como si estuvieras en tu nave, amigo. —Después se volvió hacia su esposa—. ¿Te apetece obsequiarnos con una nueva exhibición de puntería, Leia?

Leia sonrió.

—Como jefe de Estado, no suelo tener ocasión de emprender ningún tipo de acción directa —replicó—. Si el Consejo se encontrara aquí, todavía estarían reunidos tratando de decidir qué botón hay que pulsar para disparar los cañones láser.

El *Halcón* se alejó del Gran Templo con un estridente rugido y sus motores sublumínicos, que ya estaban funcionando a máxima potencia, dejaron tras de sí un trueno ondulante que se esparció por el cielo neblinoso de Yavin 4. Han fue siguiendo los trazos de fuego que brillaban a través del dosel verde que se extendía por debajo de ellos y vio maquinaria acorazada que iba de un lado a otro, desde caminantes de exploración

que avanzaban a través de los gruesos troncos hasta vehículos de asalto de superficie, pasando por Colosales y Fortalezas Volantes.

Kyp y Leia lanzaron repetidas andanadas desde los pozos artilleros, pero el amasijo de ramas de los árboles hacía que les resultara bastante difícil centrar sus miras.

—¿Ves esa Fortaleza Volante de ahí abajo, Chewie, la que apenas se distingue entre las ramas? —dijo Han, señalando con un dedo a través del ventanal de la cabina. Chewbacca respondió soltando un gruñido de asentimiento—. Vamos a dejar caer un proyectil detonador encima de ella.

Chewbacca lanzó uno de los proyectiles del *Halcón* en una veloz trayectoria que se abrió paso a través de las copas de los árboles para terminar estallando debajo de ellas. Han observó la densa masa de árboles, y sólo vio restos metálicos allí donde había estado la Fortaleza Volante hacía un momento. Chewbacca dejó escapar una serie de resoplidos ahogados, la carcajada de los wookies.

—¡Tenemos compañía acercándose por arriba! —gritó Leia, con la voz convertida en un hueco sonido metálico por el pasillo del pozo artillero desde el que llegaba.

—Los veo —dijo Kyp.

Los dos pozos artilleros empezaron a disparar. Un escuadrón de cazas TIE se aproximaba a gran velocidad por encima de ellos: o eran restos de las fuerzas de Pellaeon, o se trataba de un ala nueva desplegada por el *Caballero del Martillo* de Daala.

—Estos blancos ya me gustan más —dijo Han, y asumió la iniciativa, dirigiendo el *Halcón* en un vector directo hacia la flotilla que se aproximaba rápidamente.

Chewbacca soltó un gemido de preocupación y Cetrespeó se tapó los sensores ópticos con sus manos doradas. Pero el temerario truco de la embestida volvió a dar resultado, y los cazas TIE se apresuraron a apartarse de la trayectoria del *Halcón*, lanzando andanadas sin apuntar que se perdieron en todas direcciones mientras dispersaban su formación.

Han se sintió un poco desilusionado al ver que la torpeza habitual con que los imperiales pilotaban sus naves parecía haber disminuido un poco, pues ninguno de los haces disparados a ciegas por los TIE causó bajas entre ellos. Kyp y Leia concentraron toda su potencia de fuego sobre el aparato que encabezaba la formación, y los dos soltaron un grito de júbilo cuando lo vieron estallar a mitad de su frenética huida.

Han decidió sacar toda la ventaja posible de su nueva táctica y lanzó al *Halcón* hacia adelante en una veloz persecución del escuadrón de cazas TIE que trataba de huir. Se preguntó cuánto tardarían en comprender que sólo se enfrentaban a un oponente solitario, y que tenían muchos más cañones láser que él para usarlos en su contra.

Y de repente un río de fuego desgarró la atmósfera, hendiendo el aire en un aullante sendero de ionización. Una colosal andanada turboláser lanzada desde la órbita del *Caballero del Martillo* cayó sobre uno de los cazas TIE y lo desintegró por completo, convirtiéndolo en una vaharada de energía súbitamente liberada. La onda expansiva abofeteó al *Halcón*, y Han y Chewbacca tuvieron que hacer grandes esfuerzos para recuperar el control de la nave. Han apartó al *Halcón* de la perturbación, ejecutó un rizo hacia atrás y salió disparado a toda velocidad en dirección opuesta. Los cazas TIE

giraban locamente por el cielo, atrapados en una espiral incontrolada. Habían perdido su formación, y los pilotos estaban tan confusos que no conseguían hacerse con el control de sus aparatos.

Otra andanada de fuego turboláser cayó del cielo en la lejanía e incendió una sección de la jungla que se encontraba a varios kilómetros de ellos.

—Muy típico de Daala —murmuró Han, meneando la cabeza mientras ponía cara de disgusto—. Ni siquiera sabe contra qué está disparando.

Kyp salió del pozo artillero, y la mueca de salvaje determinación que había en su rostro hizo estremecer a Han.

—La almirante Daala ha contraído una deuda muy grande con nosotros dos, Han. —Kyp volvió la cabeza y clavó sus negras pupilas en la lejanía—. Dorsk 81 se sacrificó para librarnos de la primera flota imperial. Si no fuese por Daala, ahora todos estaríamos a salvo. Es el objetivo que quiero aniquilar.

Cetrespeó se levantó, visiblemente indignado.

—¡Pero ese curso de acción sería altamente irracional, señor! El *Halcón Milenario* no puede enfrentarse a una nave tan poderosa como ese Súper Destructor Estelar.

—Estás loco, chaval —dijo Han con voz vacilante.

Kyp se encogió de hombros.

—No es locura, sino simple decisión… y ya me ha dado buen resultado en ocasiones anteriores.

Chewbacca expresó sus reservas mediante un largo gruñido, pero Kyp se acuclilló junto a Han.

—Antes de que viniéramos a Yavin 4, Dorsk 81 y yo enviamos un mensaje de alarma a la flota de la Nueva República. Los refuerzos ya deberían venir hacia aquí. No sé cuánto tiempo tardarán en llegar, pero no podemos permitir que Daala lo destruya todo antes de que hayan llegado.

Han volvió a pensar en cómo la almirante Daala había ordenado que lo ataran a la silla de torturas del *Gorgona*, su Destructor Estelar.

—Lo que tú digas, chico —respondió por fin—. Esto es como una gran partida de sabacc, así que arrojemos todas nuestras cartas sobre la mesa… y esperemos que Daala no se dé cuenta de que nos estamos tirando un farol.

El *Halcón* atravesó la piel exterior de la atmósfera y puso rumbo hacia la negrura del espacio, allí donde el inmenso planeta Yavin llenaba la mayor parte de los alrededores como un ojo gigantesco que contemplara la batalla. El *Caballero del Martillo*, colosal y temible, flotaba sobre la diminuta luna cubierta de selvas, una oscura ciudad cargada de armas letales suspendida en el vacío.

—A toda máquina, Chewie —dijo Han.

El *Halcón* salió disparado hacia adelante, incrementando su velocidad para seguir un rumbo que los llevaría directamente al *Caballero del Martillo*.

Leia entró en la cabina de pilotaje y se detuvo al lado de Kyp, que seguía inmóvil junto a Han.

—No sé qué estás haciendo, pero espero que tengas un plan —dijo.

—¿Un plan? —replicó Han, enarcando las cejas—. De momento sólo estoy intentando atraer la atención de Daala.

Un enjambre de cazas TIE revoloteaba por delante del Súper Destructor Estelar, pero el *Halcón* llegó a tales velocidades que no tuvieron tiempo de dispersarse e introducir un nuevo blanco en sus sistemas de puntería. Han conectó el sistema de comunicaciones.

—¡Hola, almirante Daala! Aquí Han Solo, con mi amigo Kyp Durron… Quizá se acuerda de nosotros.

Unos segundos después el *Caballero del Martillo* ya había dejado de bombardear la luna selvática y había elegido al *Halcón* como nuevo objetivo de sus andanadas.

—¡Salgamos de aquí, Chewie! —gritó Han, y volvió a quedar incrustado en el respaldo de su asiento cuando una repentina oleada de aceleración empezó a alejar su nave del *Caballero del Martillo*.

—Ésa ha sido una acción realmente muy inteligente —comentó Leia.

—Por lo menos hemos atraído su atención —dijo Han—. Por no mencionar el hecho de que durante unos minutos han dejado de disparar contra la Academia Jedi.

Las puertas del hangar delantero del Súper Destructor Estelar se abrieron, y cuatro escuadrones de cazas TIE despegaron en pos del *Halcón Milenario*.

—Espero que nuestros escudos sean lo suficientemente sólidos —dijo Leia.

Los cazas TIE de Daala se aproximaron, disparando repetidas andanadas. El *Halcón* vibró y se tambaleó bajo el interminable diluvio de impactos que caía sobre sus escudos. Han echó una mirada llena de inquietud a sus niveles de energía y vio que sus escudos se estaban debilitando drásticamente a pesar de que el *Halcón* volaba a velocidad máxima… y los cazas TIE se estaban aproximando cada vez más.

—Amo Han, según mis cálculos hay doscientos dieciocho cazas TIE persiguiéndonos, y cada uno está disparando sus dos cañones láser —dijo Cetrespeó—. Eso proporciona un número de disparos anticipado que asciende a…

—No quiero saberlo, Cetrespeó. Estamos haciendo cuanto podemos.

—Pero lo que quiero decir —prosiguió Cetrespeó— es que estadísticamente no podemos tener ninguna esperanza de…

—¡Creo que ya lo habíamos descubierto sin tu ayuda, Cetrespeó! —exclamó Leia.

Y entonces una andanada de fuego turboláser surgió repentinamente de la nada, abriéndose paso a través del enjambre de cazas TIE con una rápida sucesión de terribles explosiones y haciendo que sus pilotos sucumbieran a la más absoluta confusión.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Han.

Chewbacca soltó un estridente aullido wookie, y Kyp sonrió.

—Son nuestros refuerzos —dijo.

El *Viajero Galáctico* del almirante Ackbar entró a toda velocidad en el sistema, flanqueado por cuatro cañoneras corellianas. El crucero calamariano se abrió paso a través de las densas formaciones de cazas TIE, barriendo a la mitad de ellas con su primera pasada. Las cañoneras corellianas, diseñadas específicamente para acabar con los

cazas estelares enemigos, se encerraron en un capullo de fuego desintegrador mientras las hileras de artilleros independientes concentraban sus disparos sobre la masa de naves enemigas y unos cuantos fugitivos huían desesperadamente hacia el *Caballero del Martillo* con sus motores iónicos gemelos a máxima potencia.

La voz de Ackbar surgió del sistema de comunicaciones.

—¿Es usted, general Solo? Tengo la impresión de que no les iría nada mal un poco de ayuda.

—¡Nos alegramos mucho de verle, almirante! —respondió Han.

—Sugiero que suban a bordo del *Viajero Galáctico*, donde estarán más seguros —dijo Ackbar.

—Oh, me parece una idea realmente espléndida —exclamó Cetrespeó.

—Así lo haremos, almirante —dijo Han, y se disponía a cerrar el canal cuando Leia se inclinó sobre el sistema de comunicaciones.

—Estoy segura de que ya puede ver lo que está ocurriendo ahí abajo, almirante Ackbar —dijo—. Luke y sus estudiantes necesitan nuestra ayuda en la Academia Jedi, pero no sé si dispone de las fuerzas suficientes para enfrentarse al Súper Destructor Estelar de Daala.

Ackbar emitió un sonido indescifrable, pero claramente lleno de furia.

—Jamás perdonaré a la almirante Daala los daños que infligió a mi hermoso planeta natal —dijo el calamariano.

Kyp meneó la cabeza mientras sus labios se curvaban en una sonrisa irónica.

—Daala nunca ha dominado el arte de hacer amigos, ¿verdad?

El *Halcón* entró en el hangar protegido del crucero calamariano de Ackbar en el mismo instante en que Daala abría fuego sobre el navío de combate de Mon Calamari. Las cuatro cañoneras corellianas siguieron limpiando el espacio de cazas TIE, pero aun así el *Caballero del Martillo* continuaba superando en potencia de fuego a toda su fuerza combinada…

—El resto de la flota de la Nueva República viene a reunirse con nosotros —anunció Ackbar.

Han, Leia, Chewbacca y Kyp acababan de entrar en el puente del *Viajero Galáctico*. Cetrespeó se había tropezado con otro androide de protocolo, y enseguida estuvo muy ocupado deleitándole con el relato de las aventuras que había vivido hasta el momento.

—El Imperio ha lanzado un ataque concertado contra todos los sectores de la Nueva República ——siguió explicando Ackbar—. El general Antilles ha partido con su ala de la flota para responder a una señal de socorro enviada por el general Madine. Creemos que Madine ha conseguido descubrir el paradero del arma secreta de los hutts… y hemos estado recibiendo informes sobre ataques imperiales altamente destructivos contra objetivos estratégicos esparcidos por toda la Nueva República.

—Tenemos que detenerlos aquí y ahora —dijo Kyp.

—Lo haremos —dijo Leia, y alzó la mirada hacia Han y Ackbar—. Ese Súper Destructor Estelar es un enemigo demasiado poderoso para que podamos acabar con él,

pero disponemos de la potencia de fuego suficiente para resistir y retrasar el ataque de Daala hasta que lleguen los refuerzos. No deberían tardar mucho en aparecer.

Como si acabara de oírles, Daala lanzó una potente salva de haces turboláser.

—Escudos a máxima potencia —ordenó Ackbar—. Retrocedan.

Mientras el *Viajero Galáctico* y las cuatro cañoneras corellianas iniciaban un rápido viraje, incrementando la distancia que las separaba del *Caballero del Martillo*, un invencible muro de fuego turboláser apareció repentinamente a estribor. Los escudos de la nave de Ackbar quedaron seriamente dañados y una de las cuatro cañoneras corellianas, pillada totalmente por sorpresa, se partió por la mitad y estalló debajo del *Viajero Galáctico*.

Ackbar se tambaleó en el puente, consternado y aturdido al ver que el espacio se había llenado de naves… imperiales. Los refuerzos habían llegado.

Y venían en ayuda de Daala.

El coronel Cronus volvió a Yavin 4 con veinte de sus Destructores Estelares carmesíes. El resto de su flota había sido enviado a los objetivos de la lista secundaria para que continuara con su labor de acoso, pero Cronus ya había llevado a cabo con éxito su misión principal.

Aun así, Cronus se vio rápidamente obligado a reconsiderar la situación en cuanto los navíos de la clase Victoria llegaron al sistema de Yavin. Los diecisiete Destructores Estelares del vicealmirante Pellaeon no eran visibles por parte alguna. El *Caballero del Martillo* de la almirante Daala flotaba sobre la luna selvática en una órbita de proximidad y estaba disparando andanadas turboláser contra un grupo de navíos de combate rebeldes, que no debería haberse hallado en el sistema y que estaba formado por un gigantesco crucero de aspecto orgánico de Mon Calamari y cuatro cañoneras corellianas. La flotilla rebelde era una fuerza de combate bastante significativa, aunque su potencia de fuego no igualaba ni siquiera a la del Súper Destructor Estelar en solitario.

El coronel Cronus sonrió. Con la adición de sus veinte Destructores Estelares de menor tamaño, acabarían rápidamente con los rebeldes y sólo dejarían detrás de ellos unos cuantos cascos destrozados enfriándose en el espacio, allí donde la potente gravedad del planeta Yavin no tardaría en atraerlos hacia sus remolinos de nubes gaseosas.

Cronus sólo necesitó un segundo para pasar por todas las fases de aquella cadena de pensamientos, y después entró en acción inmediatamente y empezó a dar órdenes a su flota.

—Que todas las naves tomen parte en el enfrentamiento —dijo—. Vamos a acabar con unos cuantos objetivos más.

Los navíos de combate de la clase Victoria atacaron sin ninguna advertencia previa y empleando todo su letal poderío. En su primera pasada acabaron con una de las cañoneras corellianas y causaron daños significativos en los escudos del crucero calamariano. Pero el navío de combate rebelde salió rápidamente de su perpleja vacilación, y sus potentes sistemas de armamento empezaron a disparar lanzas de energía letal contra los Destructores Estelares de la clase Victoria.

Cronus deseó haber traído consigo a toda su flota, aunque estaba seguro de que veinte de sus naves bastarían. El coronel imperial flexionó los músculos de sus brazos y se inclinó hacia adelante.

—Fuego de desgaste —ordenó—. Acaben con las otras cañoneras corellianas antes de ocuparse del crucero.

Ordenó a cinco de sus Destructores Estelares de la clase Victoria que concentraran toda su potencia de fuego sobre las tres naves más pequeñas restantes, mientras que su 13X y catorce navíos de guerra se enfrentaban al crucero calamariano.

El *Caballero del Martillo* de Daala seguía desparramando haces de energía turboláser por todo el frenético combate, y sus disparos causaron serios daños a una de las naves de Cronus. El coronel soltó un siseo de ira, pero no se atrevió a abrir un canal de comunicaciones para criticar las acciones de la almirante. El crucero calamariano lanzó una tempestad de disparos de represalia mientras que las tres cañoneras corellianas supervivientes se desplegaban y se añadían a la contienda… en la que estaban condenadas a perecer.

La batalla había entrado en una fase tan salvajemente complicada que Cronus sintió que le daba vueltas la cabeza, y se obligó a concentrarse en su objetivo primario mientras sus otros Destructores Estelares se enfrentaban a las naves que les había designado como blancos. Los haces de energía turboláser revoloteaban por el espacio, yendo y viniendo a su alrededor. Cronus recibió un mensaje de uno de sus escuadrones.

—Una segunda cañonera corelliana ha sido destruida, coronel —dijo la voz—. Otra ha sufrido graves daños cerca de usted y ha quedado incapacitada.

Cronus se inclinó sobre sus sensores para averiguar la situación de la cañonera que estaba a punto de quedar fuera de combate y retrocedió, súbitamente alarmado. El navío cilíndrico expulsaba llamas por una docena de heridas fatales, pero sus motores todavía estaban funcionando a plena potencia. Algunas baterías continuaban lanzando haces de energía en todas direcciones, pero la cañonera —aunque sólo tenía una cuarta parte de las dimensiones del 13X— siguió avanzando en un último y desesperado esfuerzo de propulsión. Estaba condenada, su casco empezaba a desintegrarse, sus sistemas de apoyo vital perdían sus líquidos refrigerantes y los derramaban por el espacio, sus motores ardían a causa de las llamaradas internas… pero aun así el capitán se las arregló de alguna manera inexplicable para seguir avanzando en una embestida directa contra el navío insignia del coronel Cronus.

—¡Acción evasiva! —gritó Cronus.

El 13X giró sobre su eje central y empezó a virar hacia la izquierda, pero la cañonera corelliana herida de muerte ya había adquirido velocidad y se estaba moviendo hacia ellos mucho más deprisa de lo que Cronus podía apartarse de su trayectoria.

—¡Aumenten…! —tuvo tiempo de gritar Cronus.

Después cerró los ojos y lanzó un alarido inarticulado mientras la cañonera embestía al 13X por la popa, estrellándose contra la hilera de tubos de escape de los motores del navío de la clase Victoria y estallando un instante después para crear una bola de fuego

que convirtió todo el compartimento del puente en un abrasador vacío blanco alrededor de Cronus.

—¡Sigan disparando! —gritó Ackbar—. ¡Informe de situación general! Un oficial táctico calamariano se encargó de proporcionárselo. —Tres navíos de la clase Victoria destruidos, almirante, pero ya sólo nos queda una cañonera corelliana.

La flota de navíos de la clase Victoria seguía disparando contra el *Viajero Galáctico*, y el *Caballero del Martillo* de la almirante Daala les lanzaba andanadas todavía más potentes desde el otro lado.

Han se volvió hacia Leia y le cogió la mano. Se miraron a los ojos durante unos momentos sin decir nada, y después clavaron la mirada en la incontenible marea de la batalla.

Ackbar seguía dando órdenes mientras Kyp Durron se inclinaba hacia adelante, el rostro vacío de toda esperanza e iluminado únicamente por un débil núcleo de decisión que buscaba desesperadamente algún objetivo sobre el que centrarse.

—Los escudos están empezando a fallar, almirante —dijo el oficial calamariano—. Nos quedan aproximadamente diez segundos antes de que fallen por completo.

Los destructores estelares de la clase Victoria y el *Caballero del Martillo* seguían aproximándose por ambos lados, continuando con su implacable e incesante ataque.

Y el navío del almirante Ackbar, prácticamente indefenso y sin escudos, estaba inmóvil y atrapado en el centro de la mortífera flota enemiga.

CAPÍTULO 56

El vicealmirante Pellaeon no tenía ni idea de lo que le había ocurrido.

En un momento dado él y sus diecisiete Destructores Estelares se hallaban en órbita alrededor de la cuarta luna de Yavin, absortos en su potente ofensiva. Se habían encontrado con alguna resistencia, pero no era nada que no pudieran aniquilar mediante un par de ataques más.

Y un instante después se encontraron empujados a través del espacio como si una mano gigantesca los hubiera apartado de un bofetón.

Pellaeon había sido arrojado por encima de la barandilla del puente para acabar cayendo de espaldas sobre un puesto de control, y podía considerarse extremadamente afortunado por no haberse roto la columna vertebral.

Sus tripulantes fueron lanzados de un lado a otro como briznas de polvo en un sistema de tormentas. Varios soldados uniformados yacían inconscientes, posiblemente muertos. Otros intentaban incorporarse, parpadeando y cubiertos de sangre. La maltrecha tripulación se fue recuperando poco a poco y las ondulaciones de asombro dieron lugar a conversaciones, mantenidas en susurros primero y luego en voz cada vez más alta hasta terminar en la más lamentable algarabía de confusión y miedo que se pudiera imaginar.

Las alarmas automáticas resonaban por todo el *Tormenta de Fuego*. Los canales de comunicaciones empezaron a zumbar con una creciente actividad a medida que los otros dieciséis Destructores Estelares quisieron saber qué había ocurrido… pero Pellaeon no podía darles ninguna respuesta.

El vicealmirante se levantó, se pasó las manos por el uniforme para alisarlo y se tambaleó cuando una nube de puntitos negros surgió repentinamente de la nada para invadir su campo visual, saturándolo como la estática de una transmisión bloqueada.

—Informe de situación —logró decir.

Pellaeon tosió y se limpió un poco de sangre de la comisura de los labios. Sus tripulantes hablaban en voz baja e intercambiaban miradas de confusión y aturdida perplejidad.

—¡A sus puestos! —dijo Pellaeon, levantando la voz. Más sangre brotó de sus labios, pero su imperioso tono de mando sacó a la dotación de su estupor—. ¡He dicho que quiero un informe de situación! ¿Qué nos ha ocurrido? Díganme dónde estamos.

—Estabilizando los navíos, señor —dijo el navegante.

Las estrellas giraban en un enloquecido torbellino al otro lado de los ventanales de la torre del puente del *Tormenta de Fuego*. Pellaeon, que ya estaba bastante desorientado, descubrió que el efecto resultaba altamente mareante, pero el Destructor Estelar fue estabilizándose lentamente hasta acabar quedando inmóvil en el espacio.

Pellaeon se agarró a la barandilla del puente para no perder el equilibrio. La estrella más brillante de todas las que tenía delante de él era un lejano puntito amarillo situado a una gran distancia. Pellaeon tuvo la horrible premonición de que aquella estrella tan distante podía ser el sol del sistema de Yavin.

—He conseguido hacer una comprobación posicional, señor —anunció el navegante—. Hemos sido bruscamente arrojados al exterior del sistema solar en cuestión de segundos.

—Nuestro hiperimpulsor ha sufrido daños —añadió el timonel—. Podemos llevar a cabo las reparaciones necesarias en unas cuantas horas, pero no podremos hacer ningún salto —especialmente intrasistémico—, porque el ordenador de navegación ha perdido todos los datos de su memoria.

Pellaeon se agarró a la barandilla del puente, haciendo un gran esfuerzo de voluntad para evitar que su cuerpo se encorvara bajo el peso invisible de la consternación que sentía.

—Quiero que todos nuestros hiperimpulsores queden reparados lo más pronto posible. De momento, iniciaremos el regreso a Yavin 4 con los motores sublumínicos a máxima potencia.

—¡Pero tardaremos semanas, señor! —exclamó el timonel.

Pellaeon le lanzó una mirada gélida e impasible.

—Mientras tanto —siguió diciendo—, calcularemos microsaltos… Si es necesario, prescindiremos del ordenador de navegación y los calcularemos manualmente. ¡Debemos volver a Yavin 4!

La dotación de su puente de mando percibió la determinación que impregnaba la voz del vicealmirante, y todos se pusieron a trabajar. Los tripulantes intentaron recuperar la compostura y se dispusieron a hacer todo lo posible para conseguir que los Destructores Estelares volvieran a alcanzar su nivel de eficiencia máxima lo más pronto posible.

La flota empezó a moverse e inició un lento avance a través de aquel abismo espacial imposiblemente enorme. Pellaeon no podía imaginar qué pensaría la almirante Daala cuando llegara al sistema de Yavin y se encontrase con que toda la flota del vicealmirante se había desvanecido. Tembló, imaginándose ya su furia y sintiéndose lleno de abatimiento ante la incompetencia de que había dado muestra… aunque cuando había Caballeros Jedi involucrados, las predicciones lógicas solían ser irrelevantes.

Volvió nuevamente la cabeza hacia el gran ventanal del puente y clavó los ojos en el repentinamente distante sol amarillo del sistema de Yavin. Pellaeon se retorció las manos en un incontrolable frenesí de nerviosismo y frustración mientras la brillante luz de la vergüenza ardía en sus ojos.

Cuando su flota por fin consiguiera volver, la batalla sin duda ya habría terminado.

CAPÍTULO 57

El hangar de bombarderos repletos de proyectiles del *Caballero del Martillo* era como una trampa que esperase ser activada… y mientras Calista posaba la nave seriamente dañada que había secuestrado entre las demás, se juró que desencadenaría la energía destructiva que la estaba aguardando allí.

Todos los pilotos habían sido evacuados debido a su advertencia de que padecía filtraciones en un núcleo motriz, pero los investigadores no tardarían en llegar. Calista tenía que darse prisa.

Escuadrones enteros de cazas y bombarderos TIE que aguardaban la llegada de sus pilotos se alineaban sobre la reluciente cubierta metálica. Las naves habían sido preparadas para el lanzamiento y tenían todos los sistemas activados, pero Daala debía de haber acabado decidiendo que permanecieran a bordo del Súper Destructor Estelar. Calista supuso que la almirante había optado por continuar con la batalla desde una distancia que le evitara correr riesgos antes que poner en peligro sus bombarderos sin ninguna auténtica necesidad. Daala estaba convencida de que acabaría venciendo de todas maneras, y podía permitirse continuar la terrible ofensiva desde su órbita actual.

Calista acababa de posar su nave y las puertas del hangar aún se estaban cerrando cuando oyó el gemido de nuevas alarmas resonando a través del *Caballero del Martillo*: estaban anunciando la llegada de una nueva flota rebelde y que el Súper Destructor Estelar iba a librar un combate espacial. «Excelente», pensó. Eso tal vez retrasaría a los imperiales durante unos cuantos minutos más antes de que vinieran a interferir con sus planes.

El bombardero averiado de Calista se había posado en un área despejada que había sido usada no hacía mucho tiempo para la reparación y el mantenimiento de naves. El bombardero TIE se había portado bastante bien a pesar de los daños sufridos, y Calista pensó que el piloto al que mató había conseguido completar las reparaciones más necesarias de una manera admirable.

Calista bajó a la cubierta de un ágil salto y se encogió sobre sí misma mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que no había nadie esperando para recibirla, temiendo que pudiera haber algún grupo de médicos o partida de rescate enviada «para ayudar»… pero el hangar estaba desierto. Empezó a trabajar, moviéndose deprisa y respirando con jadeos entrecortados. Podía oír cómo los sordos ecos del palpitar de la batalla resonaban por el casco del *Caballero del Martillo*. Calista titubeó un momento, diciéndose a sí misma que le daba igual lo que estuviera ocurriendo ahí fuera… pero tenía que saber qué estaba pasando.

Fue corriendo hasta una pantalla mural y solicitó un informe sobre la situación actual de la batalla, y se sorprendió al ver cómo el *Halcón Milenario* desaparecía dentro de un hangar del *Viajero Galáctico*, el navío insignia del almirante Ackbar. Eso quería decir que el combate se había complicado de repente. El crucero calamariano de Ackbar

contaba con armamento pesado, pero ni siquiera el poderío combinado de todas las naves de la Nueva República sería capaz de enfrentarse a un Súper Destructor Estelar.

La almirante Daala disparó sus baterías, infligiendo un severo castigo a los escudos de Ackbar, y el crucero calamariano retrocedió. Calista sabía que tenía que darse prisa, pero en el mismo instante en que empezaba a darse la vuelta vio cómo otra flota de Destructores Estelares de la clase Victoria surgía del hiperespacio y se unía al ataque contra la flota de Ackbar. Los navíos de la misión de rescate enviada por la Nueva República quedarían hechos pedazos en cuestión de momentos… si Calista no actuaba pronto.

Activó el código de bloqueo de la puerta que permitía acceder al hangar desde los pasillos exteriores para asegurarse de que no la molestarían. La protección que le ofrecía no duraría mucho rato si un descodificador imperial trataba de abrirse paso a través de ella, pero Calista necesitaba obstaculizar al máximo cualquier posible interferencia.

Volvió corriendo a su bombardero TIE dañado y abrió los paneles de las reservas de armamento, donde evaluó el cargamento de proyectiles detonadores almacenados detrás de sus sistemas de lanzamiento.

Después volvió corriendo al muro y estudió el diagrama del *Caballero del Martillo*. No era muy detallado, y tenía como fin principal ayudar a los nuevos reclutas que pudieran extraviarse a bordo de un navío tan inmenso, pero Calista enseguida pudo ver materializadas sus mayores esperanzas. Los hangares de bombarderos TIE se encontraban en la parte de atrás del *Caballero del Martillo*, y quedaban separados de los gigantescos motores y sistemas de propulsión por unos gruesos mamparos.

Calista clavó sus ojos grises en el muro blindado que se alzaba al otro extremo del hangar y dirigió los proyectiles del bombardero TIE directamente hacia él. Después ajustó sus cronómetros para el lanzamiento automático. Deberían bastar para abrir una brecha… y eso sólo sería el comienzo.

Después fue corriendo hasta el primer bombardero TIE de la hilera, abrió su lanzador y empezó a preparar toda la fila de proyectiles detonadores. Su respiración se había convertido en un jadeo entrecortado, y sus pensamientos parecían retumbar dentro de su cabeza. «¡Tantos explosivos y tan poco tiempo!», pensó mientras curvaba los labios en una sonrisita burlona.

Muchos años antes Calista había intentado emplear un truco parecido para detener al Ojo de Palpatine, la máquina de muerte automatizada del Emperador, e impedir que destruyera más colonias Jedi. Su espíritu había quedado atrapado dentro de un ordenador, donde había permanecido suspendido en el limbo durante décadas. El sacrificio de Calista había retrasado al Ojo de Palpatine, y lo había desviado de su misión original hasta que Luke Skywalker terminó el trabajo y la rescató al mismo tiempo.

Luke… Calista expulsó el pensamiento de su mente con un terrible esfuerzo de voluntad y se concentró en su misión.

De momento estaba sola… y lo prefería así, porque de esa manera no tendría que preocuparse por nadie que no fuese ella misma. No tendría que discutir con Luke sobre

cuál era la mejor manera de evitar el fracaso de una misión. Los riesgos y los costes serían única y exclusivamente suyos.

Calista deseó desesperadamente haber vuelto a encontrar sus poderes de la Fuerza y que ella y Luke hubieran podido crear una vida juntos como dos poderosos Caballeros Jedi. Le amaba muchísimo… pero en aquellos momentos lo que estaba haciendo era mucho más importante. Si no era detenido, el *Caballero del Martillo* de Daala aniquilaría a todos los nuevos Caballeros Jedi… y Calista lo detendría.

Tenía una segunda oportunidad. Calista había intentado salvar a los hijos de los Jedi muchos años antes, y de repente se había encontrado con que el número de los nuevos Jedi era espantosamente reducido y había tenido que hacer una elección terrible. Era una elección estrictamente personal, por supuesto, pero dado que Calista ya no conservaba ninguno de sus poderes… Bueno, su pérdida no supondría una herida tan terrible para la Nueva República.

¿O sí?

Calista podía asestar un gran golpe al Imperio. Ninguna otra cosa tenía importancia.

Fue corriendo de un bombardero TIE a otro y dirigió cada cargamento de proyectiles hacia su objetivo, desviando unos cuantos para que chocaran con los depósitos de combustible de otros bombarderos de tal manera que la explosión se perpetuaría, formando una reacción en cadena que iría volviéndose más y más incontenible.

El *Caballero del Martillo* caería.

En cuanto hubo acabado de activar todas las cargas explosivas, Calista cerró la puerta de acceso detrás de ella y echó a correr por el pasillo bajo la áspera claridad blanca que brotaba de los paneles luminosos. Siguió corriendo hasta que encontró un tubo de transporte que la llevó en un veloz viaje a lo largo del casco interno, alejándola del lugar en el que se producirían las mortíferas explosiones.

El *Caballero del Martillo* y los Destructores Estelares de la clase Victoria estaban lanzando su ataque final contra el navío insignia de Ackbar. Las defensas del crucero calamariano habían empezado a fallar, y su destrucción era inminente.

Calista esperaba no haberse equivocado en sus cálculos y no haber retrasado excesivamente el momento de activación de los cronómetros automáticos.

El *Caballero del Martillo* empezó a alejarse de la luna selvática e inició un rápido avance por el espacio, lanzándose en persecución de la nave de Ackbar mientras ésta intentaba retirarse hacia Yavin, el gigante gaseoso… pero el inmenso planeta no ofrecía ningún refugio.

Calista sabía que no tenía ninguna esperanza de escapar, y lo aceptaba. Si su plan daba resultado, el *Caballero del Martillo* quedaría destruido… y si su intentona fracasaba, entonces se quedaría allí y lucharía hasta la muerte, intentándolo una y otra vez y haciendo cuanto estuviera en sus manos para detener a las brutales tropas imperiales.

En cualquiera de los dos casos, Calista se juró a sí misma que llegaría hasta el puente del Súper Destructor Estelar. Quería encararse con la almirante Daala para poder mirar a la destructiva renegada a sus ojos esmeraldas y asestarle el golpe final con sus manos.

Calista apretó la empuñadura de su espada de luz mientras el tubo de transporte iba desplazándola kilómetro tras kilómetro a lo largo del navío de combate negro. Acababa de iniciar la subida hacia el puente cuando todas las cargas explosivas detonaron…

Un proyectil detonador salió disparado contra el muro blindado que protegía el gigantesco compartimento motriz del *Caballero del Martillo*. La primera oleada de explosiones abrió una gran brecha en el muro de protección, y un instante después más cronómetros llegaron al cero y más proyectiles volaron por los aires, atravesando los cráteres de las explosiones o desviándose hacia los lados para hacer estallar los depósitos de combustible de otros bombarderos TIE… lo que a su vez fue provocando un frente de explosiones de creciente potencia que dobló y redobló su poder destructivo.

Con sus ocho kilómetros de longitud y sus gruesos blindajes, el *Caballero del Martillo* era un navío demasiado inmenso para poder ser destruido ni siquiera por una explosión tan espectacular. Pero Calista sólo quería acabar con el núcleo motriz, incapacitando al Súper Destructor Estelar de tal manera que quedara suspendido en el espacio sin ningún medio de propulsión.

Las luces se apagaron alrededor de Calista. El tubo de transporte dejó de funcionar con una violenta sacudida, y las alarmas empezaron a aullar con un volumen lo bastante estridente para hacer vibrar los huesos. Calista rió en un éxtasis de adrenalina, y después abrió la escotilla de evacuación. Respirando con jadeos entrecortados, salió al túnel de acceso sumido en la oscuridad.

Activó su espada de luz y la claridad color topacio de su hoja le permitió encontrar una salida de emergencia que la llevó a los caóticos corredores del navío gigante. Calista se encorvó en una postura defensiva, sacudió la cabeza haciendo que un diluvio de gotitas de sudor saliera despedido de sus cortos cabellos rubios y fue hacia las cubiertas del puente, moviéndose lo más deprisa posible.

Tenía una cita con Daala.

Y el *Caballero del Martillo* empezó a flotar a la deriva por el espacio.

CAPÍTULO 58

La almirante Daala, que estaba contemplando cómo la última fase de la batalla avanzaba hacia su inevitable conclusión, dio un paso hacia atrás y curvó sus delgados y pálidos labios en una sonrisa.

Al verse tan terriblemente superada en potencia de fuego, la pequeña flota rebelde estaba intentando escapar… pero el *Caballero del Martillo* y los Destructores Estelares de la clase Victoria se habían lanzado detrás de ella mientras huía hacia la gigantesca bola anaranjada de Yavin, y continuaban castigando los escudos del crucero calamariano. Según las lecturas de Daala, las defensas de la flota rebelde estaban prácticamente exhaustas: unos instantes más y el crucero de combate quedaría aplastado entre las temibles fauces de acero imperial.

Un joven teniente de cabellos oscuros fue corriendo hacia Daala. Su rostro había sido lavado de una manera tan concienzuda que estaba cubierto por un débil rubor rosado, el cual todavía más visible debido a su excitación. Las palabras surgieron de los labios del teniente en un chorro balbuceante.

—¡Buenas noticias de la estación de sensores, almirante!

Daala, que estaba disfrutando de aquella deliciosa satisfacción continuada, se permitió una sonrisa.

—Siempre estoy dispuesta a recibir una buena noticia. ¿De qué se trata, teniente?

El teniente estaba radiante.

—Hemos localizado a la flota del vicealmirante Pellaeon.

Daala giró sobre sus talones y concentró toda su atención en el joven oficial.

—¿Dónde están?

—Se encuentran en la periferia del sistema de Yavin, almirante, y vienen hacia aquí tan deprisa como pueden. Hemos establecido comunicación con ellos.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó Daala—. ¿Sufrieron problemas de propulsión? ¿Todas las naves a la vez?

El teniente meneó la cabeza.

—No, almirante… Es algo muy extraño. —Desvió la mirada, como si se avergonzara de lo que iba a decir a continuación—. Los Caballeros Jedi hicieron que saliesen físicamente despedidos del sistema mediante su hechicería. El vicealmirante no puede incrementar la velocidad, y quizá pasen días antes de que puedan llegar a la zona de combate.

Daala juntó sus manos enguantadas de negro delante de ella y asintió.

—Muy bien —dijo—. Para entonces ya habremos terminado esta operación… pero me alegra saber que todas esas naves no fueron destruidas.

Daala se obligó a no demostrar el inmenso alivio que sentía al comprender que otro fracaso desastroso había sido evitado en el último momento. ¡Qué inmensamente agradable resultaba la sensación de saberse victoriosa por fin!

Se inclinó sobre el ventanal del puente y se golpeó la palma con el puño.

—Bien, redoblemos nuestros esfuerzos y así podremos estar celebrando la victoria cuando llegue el vicealmirante.

Respiró hondo, sintiéndose llena de orgullo y satisfacción. El Gran Moff Tarkin por fin habría estado complacido ante la forma en que Daala había reparado sus errores pasados. Esta vez lo había hecho todo bien, y los rebeldes pagarían el precio de su traición… en sangre.

Y entonces toda la porción trasera del Súper Destructor Estelar estalló en una gigantesca explosión que destruyó todos los sistemas de propulsión del *Caballero del Martillo*.

La onda expansiva necesitó varios segundos para recorrer los kilómetros de blindaje y mamparos herméticos. La torre del puente tembló bajo aquel golpe colosal. El suministro de energía se interrumpió de repente, dejando el puesto de mando bañado en la claridad rojiza de las luces de emergencia. Daala fue arrojada al suelo.

Los Destructores Estelares de la clase Victoria seguían persiguiendo al crucero rebelde. Los haces de llamas turboláser que brotaban de sus baterías mostraron el fantasmagórico despliegue de fuegos artificiales que temblaba sobre la popa del *Caballero del Martillo*. Durante un momento los Destructores Estelares no comprendieron qué había ocurrido… y Daala tampoco.

—¿Qué ha sido eso? —gritó—. Informe de situación. Quiero que el suministro de energía sea normalizado… ¡y ahora mismo!

Varios miembros de su dotación yacían en el suelo, aturdidos o inconscientes a causa de la explosión, y uno había muerto aplastado debajo de un puesto de control táctico que se había volcado. Las alarmas seguían sonando.

El teniente de rostro sonrosado se levantó de un puesto de control que no era el suyo, y tecleó valientemente un resumen bajo el resplandor sanguinolento de las luces de emergencia. Su rostro se había convertido en una tensa máscara de horror.

—¡Ha habido numerosas explosiones de gran potencia en los compartimentos motrices, almirante! Fuente: hangares de bombarderos TIE posteriores número 14 y número 17. Los muros internos de la zona motriz han sufrido grandes brechas, y todas nuestras cámaras de propulsión están inutilizadas. Estamos ardiendo. El tercio posterior del *Caballero del Martillo* ha quedado sellado por los sistemas de emergencia automáticos. Los sistemas de apoyo vital… han dejado de funcionar.

Hizo una pausa y respiró hondo, pero aún no había terminado con su letanía.

—Los sensores informan de que hay brechas en el casco exterior en las cubiertas 293, 181 y 75. Pérdida masiva de estanqueidad. Grandes cantidades de desechos tóxicos y radiactivos están infiltrándose en las cubiertas de alojamiento. Todos nuestros hangares de bombarderos posteriores han quedado destrozados.

Cada frase era como un bofetón para Daala.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —quiso saber.

El teniente estaba mirándola fijamente, boquiabierto y con los ojos vidriosos.

—La causa es desconocida, almirante. Parece imposible.

Pero Daala sabía muy bien cuál era la única respuesta admisible: se trataba de un sabotaje directo. Una destrucción tan amplia no podía ser accidental.

Varios Destructores Estelares de la clase Victoria interrumpieron su persecución del navío de Ackbar. El sistema de comunicaciones emitió un graznido.

—*Caballero del Martillo, Caballero del Martillo*… ¡Respondan, por favor! —Daala reconoció la voz de uno de los comandantes de los navíos de la clase Victoria, aunque estaba tan aturdida que no consiguió recordar su nombre—. Su nave está ardiendo, almirante Daala. Desde aquí parece… parece que su situación es desesperada, almirante Daala.

Daala fue con paso tambaleante hacia el puesto de comunicaciones.

—¿Dónde está el coronel Cronus? —preguntó—. Necesitamos que redoble sus esfuerzos. Quizá necesitemos asistencia de rescate.

La voz del comandante se quebró de una manera claramente audible cuando respondió.

—El navío insignia del coronel Cronus fue destruido durante el ataque rebelde, almirante. Creo… No estoy seguro de quién está al mando en estos momentos…

—¡Yo estoy al mando! —replicó secamente Daala.

Pero un instante después retrocedió como si un golpe invisible acabara de dejarla sin aliento. Pellaeon tardaría días en llegar hasta allí. Cronus estaba muerto. El *Caballero del Martillo* había sufrido graves daños. Todo había cambiado en cuestión de minutos. Daala giró sobre sus talones.

—¿Cuánto tiempo tardarán en hacerse las reparaciones? —le gritó a todo el puente—. ¿Cuándo podremos volver a utilizar nuestros motores?

Un ingeniero estaba mirándola fijamente, perplejo y aturdido. Un hilillo de sangre brotaba de un pequeño corte cercano a su sien y bajaba por su mejilla.

—¡No lo entiende, almirante! Nuestros motores han desaparecido. Harían falta meses para instalar un nuevo sistema de propulsión. No tenemos ninguna esperanza de repararlos. Ninguna… Todo está ardiendo.

—¿No tenemos propulsión? —dijo Daala.

—Ni la más mínima, almirante. Flotamos a la deriva sin control, y no hay nada que podamos hacer al respecto… ¡Nada!

Daala se volvió primero hacia un lado y luego hacia otro, dominada por la rabia. Apoyó sus puños enguantados en las caderas, pero no consiguió encontrar ninguna forma de dar salida a su furia.

—¿No podemos navegar? ¿No podemos movernos? —gritó.

Después se volvió lentamente hacia su pantalla visora mientras el inmenso gigante gaseoso iba llenando todo el campo de visión, haciéndose más y más grande a cada segundo que pasaba. El *Caballero del Martillo* flotaba a la deriva sobre una irresistible oleada de inercia, siguiendo su último rumbo… pero de repente empezó a virar, atraído por las irrompibles cadenas de gravedad que emanaban del enorme Yavin.

Los verdes ojos de Daala parecieron nublarse, como si estuvieran siendo invadidos por un vapor invisible que brotaba de las profundidades de su ser.

—Compruebe nuestro curso —murmuró—. Dígame que me equivoco.

El navegante clavó los ojos en el ventanal, como si hubiera visto y comprendido el mismo destino horrible que Daala acababa de imaginar.

—¡He dicho que compruebe nuestro curso! —gritó Daala para sacarle de su estupor.

El navegante se irguió, sobresaltado, y después se apresuró a solicitar los datos de las pantallas que necesitaba consultar.

—Los ordenadores no funcionan, almirante. Permítame hacer una doble comprobación manual. —Tecleó los códigos de una serie distinta de sensores y su rostro se ensombreció—. Vamos directamente hacia el planeta, almirante… Es una caída en picado. A menos que consigamos recuperar toda la potencia motriz y pronto, no hay ninguna forma en todo el universo de salvar esta nave.

Daala fulminó con la mirada al crucero rebelde que seguía huyendo. En aquellos momentos lo único que deseaba era verlo estallar, porque al menos así podría disfrutar de esa pequeña satisfacción.

Cinco Destructores Estelares de la clase Victoria habían continuado persiguiendo a los rebeldes sin dejar de lanzarles andanadas cuando el resto de la flota de la Nueva República apareció de repente ante ellos. Había docenas y docenas de refuerzos: fragatas de asalto, corbetas corellianas, cinco cruceros más de Mon Calamari, cruceros de asalto de la clase Loronar, cañoneras… La fuerza rebelde era realmente abrumadora.

Daala quiso lanzar un grito de furia y desesperación, pero lo guardó en su interior y la ira fluyó como lava, comprimiéndose hasta convertirse en un diamante de desesperada decisión. Daala empezó a pensar a toda velocidad. Tenía que ser realista. No debía permitir que su furia afectara a su capacidad de pensar racionalmente tal como había hecho la última vez. Tenía que pensar en el futuro del Imperio, no en su venganza personal.

La venganza llegaría después. Ya habría tiempo para eso.

Todavía contaba con la flota de Pellaeon. Seguía teniendo numerosos navíos de la clase Victoria. Un número cada vez mayor de grandes cruceros de batalla estaba siendo construido en los astilleros imperiales. Aquello sólo era un revés temporal. Tenía que reconsiderar su estrategia… aunque quizá había quedado tan humillada que nunca más debería tratar de guiar a la flota imperial.

Pero de momento el *Caballero del Martillo* estaba condenado, y no había nada que Daala pudiera hacer al respecto. Daala tuvo la extraña sensación de que le habían arrebatado todas las opciones. Sólo le quedaba una posibilidad: tenía que escapar y reunirse con la flota de Pellaeon.

El elevado nivel de automatización del *Caballero del Martillo* hacía que sólo necesitara una tripulación relativamente pequeña. Toda la dotación podía caber sin problemas en los centenares de módulos de evacuación si iban hacia allí sin perder ni un instante. Su tripulación de leales soldados podría escapar para volver a combatir.

Daala hizo sonar su alarma personal, y su voz atronó desde los sistemas de intercomunicación.

—Aquí la almirante Daala —dijo—. Estoy ordenando la evacuación inmediata de este Súper Destructor Estelar. ¡Que todo el personal abandone la nave! Vayan a los módulos de evacuación más cercanos y láncenlos al espacio. Hay varios Destructores Estelares de la clase Victoria cerca para recogernos, y la flota del vicealmirante Pellaeon viene hacia aquí. Pero esta nave va a chocar con el planeta.

Cerró el canal de comunicaciones y contempló el puente bañado por la claridad rojiza de las luces de emergencia. Los paneles del techo emitieron un breve parpadeo blanco, pero no lograron encenderse. Su dotación estaba mirándola fijamente, asombrada al ver que Daala había dado la orden de retirada.

—¡Váyanse! —les gritó—. Es una orden. Vayan a los módulos de evacuación.

—Pero almirante… ¿Y usted? —preguntó el teniente de rostro sonrosado.

Las lágrimas brotaban de sus ojos. El aire estaba lleno de humo, pero Daala comprendió que el teniente no lloraba debido a una irritación química, sino que su llanto se debía a la desesperación que sentía ante la gloria perdida del Imperio.

—Les he dado órdenes de evacuar la nave, teniente —dijo Daala y le dio la espalda, negándose a moverse.

La dotación del puente lanzó una última mirada a su comandante y después echó a correr por los pasillos, dirigiéndose hacia los módulos de evacuación.

Daala se quedó sola en su puesto de mando mientras el universo se derrumbaba a su alrededor. Clavó la mirada en el ventanal sin decir palabra, con el rostro blanco y los labios apretados en una tensa línea.

El *Caballero del Martillo* siguió precipitándose hacia su destrucción, una colosal masa metálica cuya parte posterior ya fundida dejaba escapar chorros de fuego radiactivo. Pero Daala permaneció inmóvil, como una capitana decidida a cumplir el último deber de perecer con su nave.

CAPÍTULO 59

Pero Daala no tenía ninguna intención de permitir que todo acabara allí.

Cuando el personal del puente lo hubo evacuado, dejándola sola delante del timón mientras la nave caía hacia su inevitable destrucción, Daala supo que aquella imagen quedaría grabada de forma imborrable en las mentes de sus tripulantes. Si alguno de ellos sobrevivía gracias a los módulos de evacuación, Daala podía estar segura de que su leyenda seguiría viviendo.

Pero Daala estaba decidida a sobrevivir, aunque el hacer planes secundarios nunca estaba de más. Tenía otras batallas que librar por el Imperio, y contaba con más formas de seguir atacando a la Alianza Rebelde.

Esta vez al menos había causado serios daños al enemigo. Su victoria no era total… pero su derrota tampoco lo era.

Daala fue hasta el muro que se alzaba junto al puesto de mando, desde donde accedió a su espaciosa sala y los compartimentos privados que contenían módulos de evasión programados para responder única y exclusivamente a los códigos de los altos oficiales. Hasta entonces Daala había pensado que aquel enorme recinto, con todas sus comodidades y sistemas duplicados para circunstancias especiales, era un lujo extravagante e injustificable, pero en aquel momento bendijo al diseñador que había previsto todas las contingencias posibles.

Otra oleada de explosiones esparció su sordo palpitar por el casco del *Caballero del Martillo,* sacudiendo violentamente la nave de un lado a otro. Daala lanzó una última mirada a los ventanales del puente y vio cómo el gigantesco pozo gravitatorio de Yavin se iba haciendo más grande a cada minuto que pasaba, abriendo sus fauces hambrientas mientras esperaba la ocasión de devorar su nave. Tenía que escapar… y de inmediato. El Súper Destructor Estelar quedaría aplastado en cuestión de instantes, y su casco exterior ya había empezado a arder mientras se abría paso a través de las capas superiores de la atmósfera con un estridente aullido.

Daala se tambaleó cuando otra explosión hizo temblar la nave negra. Las luces de su sala privada parpadearon durante unos momentos antes de que el rojo resplandor de los sistemas de emergencia volviera a estabilizarse. Daala buscó la pequeña cámara trasera que contenía los módulos de emergencia… y se quedó inmóvil cuando vio una silueta solitaria esperándola allí.

Era un Caballero Jedi.

Una mujer se alzaba delante de ella, empuñando una espada de luz cuya hoja de energía relucía con el resplandor amarillo de un sol. El haz color topacio crujió y chisporroteó en la penumbra impregnada de rojo de la nave condenada a la destrucción.

—Te he estado esperando, almirante Daala —dijo Calista.

Por fin podía encararse con su némesis imperial.

Calista hizo una rápida inspiración de aire, sintiéndose levemente mareada de puro júbilo e impaciencia. Unas explosiones maravillosamente ruidosas seguían ondulando a través del Súper Destructor Estelar, indicando la progresión de las reacciones en cadena que se iban produciendo a medida que la destrucción avanzaba por el interior del *Caballero del Martillo*.

Daala, la impredecible almirante imperial de férrea voluntad sobre la que Calista había oído contar tantas leyendas, tenía un aspecto acosado y cadavérico bajo las luces de emergencia de su sala particular.

Daala se había quedado paralizada al verla, y su rostro estaba contorsionado en una mueca de furia.

—No puedo creerlo… ¡Vaya donde vaya, siempre me encuentro con alguna alimaña Jedi! —Daala escupió las palabras y dio un paso hacia adelante—. No puedes detenerme.

Calista se mantuvo inmóvil delante de las escotillas de acceso a los módulos de emergencia.

—Me basta con hacerte perder unos momentos, Daala —dijo—. Eso será suficiente. —Su espada de luz latía en su mano—. Y cuento con los medios necesarios para conseguirlo.

Calista sintió cómo la profunda ira oculta en sus entrañas empezaba a hervir dentro de ella. La almirante Daala era el blanco para su rabia… y en aquel momento tan cercano al dramático final de su vida, al igual que había ocurrido a bordo del Ojo de Palpatine, Calista se encontró llena de una repentina libertad. Quería volver a establecer contacto con la Fuerza una sola vez más, y dejarse manchar por el lado oscuro ya no le importaba en lo más mínimo si ésa era la única forma… y lo era. Daba igual, porque la nave quedaría destruida en cuestión de momentos.

Lo único que importaba era impedir la huida de Daala y que pudiera seguir sembrando la destrucción por toda la Nueva República. Si se enfrentaba a la tentación de las sombras, Calista podría volver a utilizar la Fuerza. Podría utilizar su lado oscuro, y sería capaz de emplear las capacidades que resultaban más fáciles de manejar y aquella fuerza que se volvía más y más poderosa debido a sí misma y no a cualquier cualidad innata que pudiera tener quien la empleaba.

Las posibilidades bailotearon ante sus ojos grises como volutas de humo, torturándola con sus promesas y pidiéndole que alargara las manos y las cogiera, aunque entonces tal vez ya no fuera capaz de volver a soltarlas…

La almirante Daala percibió su instante de vacilación y extrajo la pistola desintegradora de la funda que colgaba de su cadera. Un veloz gesto de su dedo colocó el dial de intensidad en MATAR, y Daala disparó un rayo desintegrador contra Calista.

Calista no podía evitar el haz letal, pero sí podía usar la Fuerza para mejorar sus capacidades. No tenía otra elección, y le bastó una fracción de segundo para dejarse llevar por sus reflejos.

Usó la espada de luz como si fuera una extensión de sí misma, y lanzó un potente golpe defensivo con ella. Su arma Jedi sabía adónde tenía que ir, y fue siguiendo el camino inexorable de la Fuerza hasta que la hoja color topacio chocó con cada haz desintegrador mientras Daala disparaba una y otra vez. Las llamas mortíferas se reflejaron en la espada de luz de Calista y salieron despedidas en todas direcciones para dejar manchas negras sobre las paredes metálicas de la sala.

Daala disparó cuatro veces, pero Calista permitió que la Fuerza fluyera a través de ella en cada ocasión y dejó que el lado oscuro guiara sus acciones. Hirviendo de ira, lanzó golpes a diestra y siniestra, desviando los haces desintegradores de Daala.

—La Fuerza es más poderosa que tú, Daala —dijo Calista por entre sus dientes apretados.

Podía sentir aquel poder aterrador que se agitaba dentro de ella a medida que su ira se iba alimentando de sí misma y se iba volviendo más y más poderosa. ¡Podía volver a sentir la presencia de la Fuerza! Calista intentó alejarse del lado oscuro y se concentró en reprimir sus esfuerzos, tratando de liberarse antes de que su presa llegara a volverse demasiado fuerte.

Daala dejó de disparar… pero sólo durante un instante mientras ajustaba el dial de intensidad en ATURDIR. Después la almirante volvió a disparar antes de que Calista pudiera reaccionar. Esta vez el ataque no consistió en un chorro de energía concentrada, sino en grandes arcos de tenue energía azulada.

Calista alzó la espada de luz para desviar la oleada aturdidora, pero la energía paralizante onduló a su alrededor, llegando desde todas las direcciones a la vez, y su impacto hizo que Calista cayera al suelo. Su espada de luz sufrió un cortocircuito y se apagó con un último destello… y Calista se hundió en la negrura…

Daala se alzó sobre la Jedi caída y apartó la espada de luz apagada con una patada de su reluciente bota negra.

La atmósfera de Yavin arañaba el casco del *Caballero del Martillo* con un gemido de espíritus condenados. Los vientos tiraron salvajemente de la nave indefensa mientras se precipitaba hacia las profundidades de aquel pozo gravitatorio que no tardaría en aplastarla.

Daala clavó los ojos en la Jedi aturdida, irritada ante la temible idea de que aquella breve batalla pudiera haber supuesto un retraso excesivo y ya no le fuese posible escapar.

—Te dije que no podías detenerme —murmuró, y pasó por encima del cuerpo inconsciente de Calista para ir al módulo de emergencia.

CAPÍTULO 60

Las batallas de la selva seguían su encarnizado curso, pero la ofensiva de los vehículos de asalto de superficie imperiales empezó a perder su ímpetu inicial a medida que los Caballeros Jedi iban organizando una brutal defensa de guerrillas, destruyendo caminantes de exploración, Colosales y Fortalezas Volantes. Los cazas y bombarderos TIE restantes trazaban círculos en las alturas, pero la mayoría ya habían sido borrados de los cielos por proyectiles lanzados mediante la Fuerza.

Luke Skywalker luchaba con todas sus energías, la espada de luz palpitando en su mano… pero su atención estaba concentrada en su desesperada búsqueda mental de Calista.

Si alzaba la mirada hacia el maltrecho dosel de la jungla, podía ver la hinchada masa del planeta Yavin llenando una gran parte del cielo sobre su cabeza. La astilla negra que era el *Caballero del Martillo* resultaba claramente visible y producía un extraño eclipse triangular sobre el gigante gaseoso.

Relucientes haces de fuego turboláser bailoteaban a través del espacio creando un parpadeante espectáculo de luces y sombras… y Luke se acordó de un momento ya muy lejano en el tiempo, cuando no era más que el sobrino adoptado de un granjero de humedad, un muchacho de ojos muy abiertos y lleno de entusiasmo que había alzado la mirada hacia los pálidos cielos de Tatooine para contemplar la distante batalla espacial que se libraba sobre su mundo. Nunca había soñado que el que Darth Vader capturase la nave a bordo de la que viajaba la princesa Leia cambiaría de tal manera su vida… y el futuro de la galaxia con ella.

Por aquel entonces Luke sólo había oído algunos rumores sobre los Caballeros Jedi, no tenía ni idea de quién era su padre y no podía imaginarse las posibilidades de la Fuerza… y muchos años después su amada Calista se encontraba tan indefensa e impotente como él lo había estado entonces, con la terrible diferencia de que además Calista conocía muy bien todo lo que había tenido y había perdido.

Echó a correr por entre la espesura, gritando su nombre una y otra vez. Calista se hallaba rodeada por muros invisibles que la mantenían alejada de la Fuerza, y Luke no podía percibirla y no tenía ni idea de dónde estaba.

—¡Calista! —volvió a gritar.

Su desesperada llamada atrajo el fuego de un caminante de exploración oculto en la jungla. Andanadas de llamas láser hicieron erupción a ambos lados de Luke, pero consiguió esquivarlas aunque todavía estaba parcialmente distraído por su búsqueda de Calista. Luke movió su espada de luz en un rápido barrido que se abrió paso a través del tronco de un gran árbol massassi, y después utilizó la Fuerza para empujarlo y hacer que se derrumbara sobre el caminante imperial entre un diluvio de chispas y llamas.

Tenía que encontrar a Calista. Sus Caballeros Jedi habían luchado notablemente bien: un pequeño grupo de soldados capaces de emplear la Fuerza había combatido de manera

independiente, y había infligido un castigo terriblemente destructivo a la tecnología imperial a pesar de que ésta era muy superior a ellos.

Hasta hacía no mucho tiempo Luke Skywalker había sido uno de los poquísimos Caballeros Jedi existentes, pero por fin había conseguido crear el núcleo de una nueva orden de valerosos guerreros leales a la Nueva República y adiestrados en el uso de la Fuerza. Los Caballeros Jedi resurgirían, y a Luke no le cabía ninguna duda de ello.

Mientras pensaba en Tionne, Streen, Kirana Ti, Kyp Durron, Kam Solusar, Cilghal y todos los demás con los que había trabajado, Luke volvió a meditar en las objeciones expuestas por Calista: que no podía estar con él porque aún no había recuperado sus talentos Jedi… que si se casaban y tenían descendientes, temía que sus hijos e hijas no serían capaces de usar la Fuerza y estarían tan aislados de ella como Calista.

Pero ¿qué importaba todo eso? Luke amaba a Calista tanto si tenía poderes Jedi como si carecía de ellos. Ya había creado un soberbio grupo de defensores de la Nueva República, y seguiría adiestrando nuevos Jedi en Yavin 4. El que sus hijos tal vez no poseyeran el potencial de utilizar la Fuerza carecía de importancia. Que Calista pudiera usar sus capacidades Jedi o no carecía de importancia. ¡Todo aquello no importaba en lo más mínimo!

Luke sólo amaba a Calista, y no podía amar a ninguna otra mujer. Tenía que hacérselo entender cuando por fin la encontrara. Ya había conseguido reconstruir la orden de los Caballeros Jedi. Luke se había pasado toda la vida buscando a Calista, y no podía permitirse perderla.

Fue hacia el Gran Templo y volvió al claro en el que algunos de sus estudiantes Jedi se habían reunido para formar una fuerza combinada y enfrentarse a los maltrechos restos de las tropas de asalto de superficie enviadas por el vicealmirante Pellaeon. Luke sintió que el corazón se le helaba dentro del pecho cuando no vio a Calista entre ellos.

¿Adónde había ido Calista? ¿Por qué no la había vigilado mejor? Luke tenía tantas cosas que contarle, tantas promesas que hacerle…

Pero Calista no estaba allí.

—Calista… —murmuró con voz anhelante, sabiendo que ella no podía oírle.

Pero entonces alzó la mirada hacia el neblinoso cielo blanquecino, y de repente sintió la presencia de Calista a través de la Fuerza. Era como si una puerta se estuviera abriendo para dejar entrar un rayo de luz.

La mirada de Luke se clavó en la negra silueta del Súper Destructor Estelar condenado a la destrucción. El *Caballero del Martillo* estaba envuelto en llamas, y caía hacia el gigante gaseoso. Unos cuantos módulos de emergencia salieron despedidos en todas direcciones cuando la tripulación evacuó la nave… y Luke, con un súbito terror que le desgarró las entrañas, supo que Calista se las había arreglado de alguna manera inexplicable para llegar hasta allí.

Dejó escapar un gemido ahogado, comprendiendo con toda exactitud lo que debía de haber hecho. Sintiéndose impotente sin sus poderes Jedi, Calista se había enfrentado al problema de la forma más directa posible y se había lanzado hacia la única solución que

creía podía dar resultado, yendo hacia ella con una rígida adherencia y toda su atención ferozmente concentrada en el objetivo. Calista nunca tomaría en consideración otras posibilidades, y se aferraría ciegamente a su tozuda decisión.

—No, Calista —dijo—. ¡No!

Sólo captó un destello de sensaciones procedente de ella, como un oscuro atisbo llegado a través de la Fuerza que le produjo una sensación curiosamente parecida a la de un estremecimiento que bajara por su columna vertebral. Calista había vuelto a abrirse a los poderes, pero sólo estaba utilizando el lado oscuro. Calista había sido tentada y se había permitido ceder a la tentación, pero por lo menos así Luke al fin podía sentir su presencia a través de la compleja y enredada trama de la Fuerza.

Y entonces el parpadeo se esfumó y la puerta volvió a cerrarse con un golpe seco, como si Calista hubiera perdido sus poderes… o como si le hubiera ocurrido algo.

Luke levantó hacia el cielo sus ojos abrasados por el llanto y clavó la mirada en los nítidamente perfilados contornos del *Caballero del Martillo*, contemplando con feroz atención aquella silueta cada vez más diminuta mientras intentaba concentrar sus sentidos Jedi para que reforzaran su capacidad visual. Pero ya no podía percibir ningún rastro de la presencia de Calista. La puerta que daba acceso a la Fuerza se había cerrado del todo, arrebatándole el uso de cualquier capacidad Jedi con la que pudiera detectar a Calista… pero Luke sabía que estaba a bordo de aquella nave agonizante.

Luke vio cómo el Súper Destructor Estelar se abría paso a través de la atmósfera de Yavin, hendiéndola igual que la hoja de un cuchillo, con su casco negro envuelto en resplandores color rojo cereza producidos por la fricción con los gases atmosféricos y el terrible impacto de las tormentas.

Con una última serie de explosiones que crearon destellos amarillos y carmesíes en las capas superiores de las nubes, el *Caballero del Martillo* se desvaneció en Yavin, engullido para siempre… y llevándose a Calista consigo.

CINTURÓN DE ASTEROIDES DE HOTH

CAPÍTULO 61

El Yavaris y la fragata de asalto *Dodonna* viraron mientras escapaban al traicionero núcleo del campo de asteroides de Hoth, dejando detrás de ellos los restos de la Espada Oscura.

—Nos ha ahorrado el problema de destruirla —dijo Wedge, meneando la cabeza—. Pero hemos perdido a Madine. Ojalá tuviera alguna forma de saber qué ocurrió realmente aquí.

Qwi miró hacia atrás con sus enormes ojos color índigo.

—Por lo menos el arma fue destruida sin que tuviéramos que hacer ni un solo disparo —dijo, y después dejó escapar un largo suspiro—. Ah, si la gente dejara de tratar de construir medios de destrucción cada vez más grandes y mejores…

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Wedge, abrazándola—. No me importaría en lo más mínimo tener que buscar otra clase de trabajo.

—General Antilles —dijo el jefe de sensores—, estamos captando la presencia de una nave de dimensiones muy reducidas que contiene una forma de vida. Tiene que ser una nave realmente pequeña.

Wedge frunció el ceño. Durante un momento sintió un repentino resurgir de sus esperanzas y pensó que quizá Madine hubiera escapado… pero sabía que eso no podía ser verdad, porque su monitor de detección vital era incapaz de mentir.

—Quizá sea alguien que consiguió escapar de la destrucción de la Espada Oscura —dijo—. Activen los rayos tractores. Recojan la nave y tráiganla a bordo.

Salió del puente de mando del Yavaris, haciendo una seña a Qwi para que le siguiese.

—Vamos a ver cómo la traen —dijo, y conectó el intercomunicador—. Quiero que un pelotón del servicio de seguridad se reúna conmigo en el hangar de atraque delantero, y que vengan armados. Puede que tengamos algunos problemas.

Wedge y Qwi aguardaron dentro del hangar. Un pelotón de guardias armados sostenía los rifles desintegradores sobre sus hombros alrededor de ellos, removiéndose nerviosamente y todavía con el cuerpo en tensión debido a todos los días en situación de alerta que acababan de experimentar, así como a la semana de batallas espaciales simuladas en el sistema de Nal Hutta.

Wedge fue contemplando a través del campo atmosférico transparente cómo un puntito brillante se iba aproximando poco a poco: era el casco metálico de una pequeña nave esférica que reflejaba la luz del lejano sol. Un extraño cambio de perspectiva le permitió comprender de repente lo diminuta que era aquella nave, y ver que ya estaba suspendida al otro lado del campo de retención. Wedge estaba contemplando un vehículo

de inspección monoplaza, un módulo de construcción redondo que no tendría más de cuatro metros de diámetro.

—¿Adónde esperaba ir en eso? —preguntó.

—A veces has de aprovechar lo único de que dispones —dijo Qwi—. La desesperación no te deja muchas opciones.

Wedge la miró, sorprendido ante su repentina muestra de agudeza mental. Qwi siempre le había parecido sincera, pero ingenua. Aun así, había aprendido muchas cosas desde que fue rescatada de la Instalación de las Fauces.

El maltrecho vehículo de inspección atravesó el campo atmosférico y se posó con un golpe sordo sobre las planchas de la cubierta, guiado por la presa de los rayos tractores del Yavaris. Los guardias de la Nueva República alzaron sus rifles desintegradores, preparados para utilizarlos en el caso de que fuera necesario.

La escotilla emitió un débil siseo al desbloquearse y se fue abriendo lentamente. Wedge se envaró y después parpadeó, muy sorprendido, cuando un anciano barrigudo emergió de ella. Su despeinada cabellera blanca sobresalía en todas direcciones, y hacía tiempo que no se afeitaba. El recién llegado hizo varias profundas inspiraciones mientras contemplaba el interior de su vehículo de inspección con cara de disgusto.

Los guardias echaron a correr hacia él para hacerle prisionero. El anciano no se resistió y se limitó a mirar a su alrededor, visiblemente confuso.

—¡Bevel Lemelisk! —exclamó Qwi, con los ojos llenos de ira y sorpresa.

—¿Conoces a este hombre? —preguntó Wedge.

Qwi asintió. Su resplandeciente cabellera envolvió su cabeza en un sinfín de destellos.

—Me ayudó a diseñar la Estrella de la Muerte —dijo—. El Gran Moff Tarkin se llevó a Lemelisk de la Instalación de las Fauces para que trabajase como ingeniero jefe en el proyecto del sistema de Horuz. ¿Te acuerdas de que creí haberle visto en Nar Shaddaa?

Wedge enarcó las cejas.

—Bueno… Quizá no eran imaginaciones tuyas después de todo.

Los guardias hicieron avanzar a Lemelisk. El viejo ingeniero miró a Wedge, y después sus ojos legañosos se abrieron y cerraron en un parpadear lleno de asombro cuando vio a Qwi.

—Ah, Qwi Xux… ¡Nunca me habría podido imaginar que te encontraría aquí! ¿Ahora estás trabajando para estas personas? ¡Qué coincidencia!

La piel azul claro de la hermosa alienígena se oscureció. Wedge nunca había visto a Qwi dando tales muestras de ira y nerviosismo, y un instante después comprendió que la visión de su antiguo colaborador científico debía de estar haciendo volver a la superficie viejos recuerdos que habían permanecido enterrados durante la amnesia que se le había impuesto por la fuerza.

—Me engañaste, Lemelisk —dijo Qwi con voz seca y estridente—. ¡Me mentiste! Mientras trabajábamos en la Instalación de las Fauces nunca me dijiste que nuestras

armas serían utilizadas para causar tantas muertes y tanta destrucción. Afirmaste que todas tenían propósitos perfectamente legítimos y pacíficos.

Lemelisk volvió a contemplarla sin dejar de parpadear, y un fruncimiento de incredulidad arrugó su frente.

—Siempre fuiste muy brillante, Qwi… pero en otros aspectos conseguiste ser increíblemente estúpida.

Qwi reaccionó como si acabaran de abofetearla, y Wedge sintió que empezaba a enfurecerse.

—¿Estaba a bordo de esa superarma hutt? —preguntó.

—¿Que si estaba a bordo de la Espada Oscura? —replicó Lemelisk—. ¡Les ayudé a construirla! La diseñé. Oh… ¿Han conseguido escapar después de todo? —preguntó, enarcando las cejas.

—No, el arma fue destruida en el campo de asteroides.

—Ah —dijo Lemelisk—. Lástima… No es que me sorprenda, desde luego. Dudaba de que pudiera funcionar.

—¿Qué hay de nuestro equipo de comandos de la Nueva República? —preguntó Wedge—. ¿Los vio?

Lemelisk asintió.

—Ah, sí, el saboteador rebelde… Matamos a uno de su equipo cuando intentaron sabotear nuestros sistemas motrices. El otro, creo que se llamaba Madine, fue traído ante el noble Durga y ejecutado sumariamente. Murió como un valiente, por supuesto.

Wedge sintió un repentino hervor de ira en su interior e hizo una seña a los guardias armados.

—Llévense al prisionero y enciérrenlo. Lo llevaremos a Coruscant para que sea juzgado. —Después bajó la voz hasta adoptar un tono amenazador—. Pero no me cabe ninguna duda de que tenemos pruebas suficientes para ordenar su ejecución por ser una amenaza a la paz galáctica.

—Ah, bueno. —Sorprendentemente, Bevel Lemelisk reaccionó con resignación en vez de con miedo—. Si van a ejecutarme —añadió—, asegúrense de hacerlo bien esta vez.

YAVIN 4

CAPÍTULO 62

Diecisiete Destructores Estelares flotaban en el vacío cerca de los límites del sistema de Yavin después de haber recibido la orden de no avanzar más y no enfrentarse a las abrumadoramente superiores fuerzas rebeldes que habían convergido sobre esas coordenadas, un navío de combate detrás de otro, para defender la Academia Jedi. Durante más de un día todo había sido confusión, pero los rebeldes parecían estar restableciendo el orden.

Poco después de la destrucción del *Caballero del Martillo*, la mayoría de los Destructores Estelares de la clase Victoria se fueron a toda velocidad para volver a su punto de cita en los Sistemas del Núcleo. La flota de Pellaeon había esperado, convertida en una amenaza distante incapaz de hacer nada.

—Hemos detectado otro módulo de evacuación, vicealmirante —dijo el jefe de sensores.

Pellaeon tabaleó con los dedos sobre la barandilla del puente de mando y deslizó su mano derecha por encima de su bigote.

—Muy bien —dijo—. Centren las miras en esas coordenadas y recójanlo. Creo que ya no faltan muchos.

—Éste es ligeramente distinto, señor —dijo el jefe de sensores—. Está transmitiendo en una de las frecuencias de mando. Lleva bastante tiempo en el espacio.

Pellaeon sintió que le daba un vuelco el corazón.

—¿Un módulo de mando? Llévenlo a nuestro hangar delantero. Voy a bajar allí para estar presente cuando llegue.

Fue con paso rápido y decidido hacia el turboascensor y descendió sobre su plataforma, sintiéndose muy viejo. La flota imperial había quedado terriblemente maltrecha. La batalla librada en Yavin 4 había terminado con la derrota más absoluta para las fuerzas imperiales. El *Caballero del Martillo* había caído envuelto en llamas: el navío de combate más poderoso de la recién unificada flota de Daala, así como un símbolo del poderío imperial, había sido destruido por una combinación de suerte ciega caprichosamente inclinada del lado de los rebeldes y temeraria determinación.

El vicealmirante entró en el hangar de atraque delantero en el mismo instante en que el casco recubierto de cicatrices espaciales del módulo atravesaba los campos de retención atmosférica. Pellaeon se sintió invadido por una repentina oleada de esperanza al verlo: era otro módulo lanzado desde el *Caballero del Martillo*, pero su blindaje era más grueso y carecía de señales de identificación externas. Resultaba obvio que era uno de los módulos reservados a los mandos. Una capa de escarcha había empezado a acumularse encima de él.

Pellaeon no sabía qué pensar. No tenía ni idea de qué debía hacer el Imperio a continuación, o de cómo podían evitar que aquella catástrofe tan completa y sin paliativos supusiera su fin. La pérdida de moral sería devastadora. Dio un paso hacia adelante. Hileras de guardias de las tropas de asalto permanecían inmóviles junto a los muros del hangar de atraque con sus armas preparadas para hacer fuego, por si se daba el caso de que el módulo hubiera sido provisto de alguna trampa letal.

Pero antes de que Pellaeon pudiera abrir la escotilla, la gruesa plancha se abrió por sí sola: alguien había utilizado un panel de acceso interno. La atmósfera estancada brotó del interior del módulo con un siseo para mezclarse con el olor aceitoso y metálico del hangar del *Tormenta de Fuego*, y la almirante Daala salió por la escotilla.

Su rostro estaba manchado de hollín. Su uniforme color verde oliva, normalmente tan impecable, estaba sucio y lleno de desgarrones. Daala tenía sangre en una mejilla, pero Pellaeon no pudo ver si era suya o de otra persona.

El vicealmirante sintió un alivio tan grande al verla que notó cómo le flaqueaban las rodillas. Daala sabría qué tenían que hacer. Daala podría dar las órdenes necesarias para reagrupar a los restos de la flota imperial.

La almirante se fue irguiendo lentamente. Su mirada se encontró con la de Pellaeon mientras se pasaba las manos por su maltrecho uniforme.

—Vicealmirante Pellaeon —dijo en un tono extrañamente átono y carente de vida, como si estuviera empujando las palabras a través de sus dientes al precio de un terrible esfuerzo de voluntad—. A la vista de este desastre, yo… yo presento mi dimisión formal. Renuncio a mi rango y le entrego el mando de todas las fuerzas imperiales.

El instante de silencio que siguió a aquella declaración fue tan devastadoramente abrumador como el estrépito de una avalancha.

—Obedeceré sus órdenes y ayudaré de cualquier manera posible en la labor de reconstrucción del Imperio, pero pienso que ya no soy capaz de mandar a tantos magníficos soldados —siguió diciendo Daala—. No se les puede pedir que expongan sus vidas en el campo de batalla y que juren lealtad a una persona que ha sido derrotada en tantas ocasiones.

Daala saludó a Pellaeon con un movimiento rígidamente preciso e implacable, sin permitir que la intensa mirada de sus ojos color verde esmeralda se apartara ni un solo momento de su rostro. Los soldados de las tropas de asalto se pusieron firmes mientras absorbían ávidamente todos los detalles de aquella escena.

—Pero almirante… No puedo aceptar su decisión. La necesitamos para reconstruir…

—Tonterías, vicealmirante —dijo Daala—. Debe ser fuerte. Siga el camino que le marquen sus convicciones. Necesitamos una oportunidad para recuperarnos de esta debacle. Necesitamos su fortaleza.

Daala permaneció inmóvil junto a él y clavó la mirada en sus ojos durante unos momentos.

—Ahora está al mando del Imperio, Pellaeon —dijo por fin.

Y siguió rígidamente inmóvil en posición de firmes hasta que Pellaeon acabó devolviéndole el saludo.

CAPÍTULO 63

Los cielos de Coruscant ardían con el resplandor de un sinfín de brillantes señales de fuego. Escuadrones de cazas ala-X descargaban nubes de plasma para formar un difuso estandarte suspendido en las alturas del crepúsculo. Los gases ionizados relucían con un despliegue de vivos colores, desplegándose por el cielo y sirviendo a un doble propósito: celebrar otra victoria contra el Imperio, y también honrar a quienes habían muerto durante las últimas batallas.

Luke Skywalker aguardaba inmóvil junto a Leia y Han Solo para asistir al servicio conmemorativo en honor de Crix Madine, pero su mente se encontraba muy, muy lejos de allí. Luke se sentía vacío, como si estuviera helado por dentro. El grupo esperaba en la cima del palacio imperial al lado de una baliza de señales que lanzaba sus cegadores rayos hacia los confines de la atmósfera. Las frías corrientes de aquel aire tan tenue se agitaban a su alrededor, pero Luke no las sentía.

Los cazas ala-X continuaban surcando las alturas, esparciendo su espectáculo por el cada vez más oscuro cielo.

Cetrespeó, recién pulido y frotado y brillando con destellos dorados bajo las intensas luces, se alzaba orgullosamente junto a Erredós.

—¡Oh, Erredós! —exclamó el androide de protocolo—. Volver a trabajar contigo ha sido un verdadero placer. Ojalá no tuvieras que volver a Yavin 4 para ayudar al amo Luke en su Academia Jedi.

Erredós soltó unos cuantos silbidos y trinos… y Cetrespeó se envaró, visiblemente alarmado.

—¿Cómo? ¿Yo? ¿Acompañarte a esa jungla tan densa y traicionera? ¡Ah, no, no creo que sea una buena idea! Tengo muchas obligaciones importantes que atender en Coruscant y… y además esto es mucho más civilizado.

Erredós soltó un resoplido despectivo. Chewbacca, que estaba inmóvil detrás de ellos con su pelaje pulcramente peinado y lavado, dirigió un gruñido ahogado a Cetrespeó. El androide de protocolo reaccionó con indignación y se volvió hacia el wookie.

—Ya es más que suficiente, Chewbacca —dijo—. Para tu información, debes saber que estoy desempeñando a la perfección mi importante puesto de ayudante del ama Leia en sus deberes y obligaciones como jefe de Estado.

Leia alzó la mirada hacia el cielo, y sus oscuros ojos relucieron con el brillo de las lágrimas no derramadas. Una guardia de honor formaba un gran círculo alrededor de la plataforma superior del inmenso palacio imperial desde la que se podían contemplar las impresionantes torres del horizonte urbano de la ciudad que recubría todo el planeta. Han

estaba junto a ella, preocupado pero intentando ocultarlo, y deslizó un brazo sobre los hombros de Leia tratando de consolarla.

El pequeño Anakin y los gemelos Jacen y Jaina llevaban rígidas e incómodas prendas de gala, pero se estaban portando muy bien y parecían percibir la atmósfera sombría y solemne de aquella reunión.

Luke contempló a la familia de Leia. El verlos tan cerca hizo que un extraño dolor le atravesara el corazón, como si la hoja de un cuchillo embotado estuviera hurgando en él. No sentía celos de su hermana y de su matrimonio, —Leia y él habían tenido vidas muy distintas—, pero había anhelado un futuro similar con Calista. Sólo Calista…

Como dos poderosos Caballeros Jedi, habrían sido la pareja ideal. Podrían haber sido increíblemente felices, hechos el uno para el otro y perfectamente unidos… y así habría sido si las circunstancias no hubieran conspirado repetidamente contra ellos. El rostro de Luke permaneció tan inmóvil e impasible como el de una efigie de piedra, una máscara cansada que ocultaba sus emociones. Pero el dolor interior que sentía por la pérdida de Calista era tan terrible que incluso Leia podía percibirlo. Su hermana se encogió levemente sobre sí misma y le lanzó una mirada llena de preocupación, pero Leia tenía sus propios y abrumadores deberes como jefe de Estado. Luke le dirigió un breve asentimiento de cabeza para tranquilizarla.

Se sentía como si siempre se le hubiera negado una faceta de su humanidad. ¿Sería quizá que el haberse convertido en Jedi le había impuesto una elección ignorada, obligándole a permanecer eternamente alejado de las alegrías y los amores que estaban al alcance del resto de los seres humanos? Luke nunca se había imaginado que el precio a pagar pudiera llegar ser tan elevado.

Leia fue hacia el estrado y los guardias de honor de la Nueva República se pusieron firmes y miraron fijamente hacia adelante. La mirada de Luke recorrió los rostros de los héroes cubiertos de condecoraciones y medallas que se habían enfrentado a la última ofensiva imperial. Su viejo amigo Wedge Antilles estaba rígidamente inmóvil, con nuevas medallas en su pecho, y la etérea investigadora alienígena Qwi Xux abría y cerraba velozmente sus ojos color índigo junto a él, como si volviera a sentirse asombrada al estar siendo el centro de la atención de todos. El almirante Ackbar llevaba su deslumbrante uniforme blanco, orgulloso de ser el comandante de la flota de la Nueva República.

Los alas-X que habían estado revoloteando sobre sus cabezas terminaron su exhibición y se alejaron hacia las estaciones de combate orbitales. Las masas de colores que habían estado temblando en el aire se fueron desvaneciendo poco a poco, centelleando con brillantes puntitos de fuego que se extinguieron gradualmente.

Leia empezó a hablar, y docenas de sistemas de grabación de imágenes, androides de los noticiarios y representantes del Servicio de Información Galáctica transmitieron su discurso a todos los mundos de la Nueva República.

—Estamos aquí para celebrar otra victoria —empezó diciendo Leia—, y para reconocer lo que ha costado. El Imperio ha vuelto a tratar de derrocar al legítimo

gobierno de la galaxia, y una vez más han fracasado. Siempre los derrotaremos, porque tenemos a la luz de nuestra parte.

Volvió la mirada hacia Luke, que permanecía tan inmóvil como una estatua de piedra y mantenía los ojos clavados en la nada.

—Pero esta victoria no se ha obtenido sin dolor y sufrimientos. Muchos valerosos luchadores han perecido a bordo de varias naves que fueron destruidas mientras servían a la Nueva República.

»Dos Caballeros Jedi han caído también. Dorsk 81 se sacrificó a sí mismo para hacer retroceder a una flota de Destructores Estelares imperiales. Su acción salvó las vidas de los otros Caballeros Jedi de Yavin 4, que siguieron luchando hasta que el almirante Ackbar y sus refuerzos pudieron llegar allí.

»Quizá debamos alegrarnos de que Dorsk 81 no viviera lo suficiente para llegar a enterarse de que Khomm, su mundo natal, fue uno de los primeros objetivos del nuevo ataque de la almirante Daala. Ese planeta ha quedado devastado, y en estos mismos instantes la Nueva República está enviando ayuda y equipos de reparaciones en honor del gran sacrificio hecho por su congénere.

»También debemos recordar la pérdida de Calista, la Jedi que, aunque había perdido sus poderes, consiguió provocar la destrucción del Súper Destructor Estelar enviándolo al planeta Yavin, donde creemos que perecieron tanto ella como la almirante Daala, su temible enemiga.

»En otro frente de la lucha —siguió diciendo, volviéndose hacia Wedge—, nos alegra poder informar de que se ha conseguido evitar que los hutts obtuvieran su versión particular del superláser de la Estrella de la Muerte, que habrían utilizado para sembrar el caos y la destrucción en muchos sistemas pacíficos. El general Antilles dirigió con éxito el ataque que acabó con la destrucción de la superarma conocida como Espada Oscura.

»Pero esta misión también ha tenido un precio muy elevado para nosotros. —Leia bajó la voz—. El general Crix Madine siempre procuró pasar desapercibido, por lo que no será muy conocido para muchos de vosotros. Era nuestro Supremo Comandante de Inteligencia. Trabajando siempre en la clandestinidad, Madine puede atribuirse el mérito de más victorias de lo que la mayoría de nosotros podemos llegar a imaginar y de haber alcanzado metas que no era políticamente posible perseguir de una manera abierta. Madine y sus comandos siguieron la pista del arma secreta de los hutts y guiaron al general Antilles hasta su paradero, aunque los esfuerzos de Madine le costaron la vida a él y a su equipo.

Leia hizo una pausa, respiró hondo y se estremeció. Luke volvió la mirada hacia ella y pudo sentir el peso de la responsabilidad que recaía sobre su hermana. Pero Leia era fuerte, y podía soportarlo. Cuando volvió a hablar, pareció como si estuviera dirigiéndose de manera individual y directa a cada ciudadano.

—La Nueva República vuelve a estar a salvo, gracias a los esfuerzos altruistas de nuestros defensores. Todos debemos seguir contribuyendo a hacer que sea más fuerte. —Tragó saliva—. Y que la Fuerza os acompañe…

* * *

Luke volvió a Yavin 4 con la intención de concentrarse al máximo en sus deberes como Maestro Jedi, instruyendo estudiantes y creando más defensores de la Nueva República.

Ésa había pasado a ser su labor principal, y el único propósito que le quedaba en la vida.

Siguiendo un impulso nostálgico, Luke y Erredós regresaron a la luna selvática a bordo de un caza ala-X que ya había sido retirado del servicio, el mismo tipo de nave que Luke había pilotado hacía tanto tiempo durante sus primeras batallas en defensa de la Alianza Rebelde. Cuando descendió delante del Gran Templo, Luke sintió una entre dolorosa y reconfortante punzada de ternura al ver que sus estudiantes Jedi estaban muy ocupados reparando los daños que el ataque imperial había causado a la vieja estructura de piedra.

Salió de su ala-X y después usó la Fuerza para sacar a Erredós de su hueco navegacional, y lo fue bajando delicadamente hasta depositarlo sobre la parrilla de descenso. El androide astromecánico había sido utilizado tantas veces como objeto de pruebas experimentales por los estudiantes Jedi que ya se había acostumbrado a ser trasladado de un lado a otro por manos invisibles.

Kyp Durron fue corriendo hacia Luke. Sus ojos oscuros estaban ensombrecidos por la falta de sueño.

—Bienvenido, Maestro Skywalker —dijo—. Sabíamos que no tardaría en venir.

Luke asintió.

—He de ayudar a reparar los daños que ha sufrido Yavin 4 —replicó—. Ocurra lo que ocurra a nuestro alrededor, la búsqueda de nuevos Caballeros Jedi debe continuar.

Kyp asintió solemnemente.

—Sepultamos a Dorsk 81 en la jungla —dijo, y su tono se volvió repentinamente vacilante—. Al principio pensé que debíamos llevar su cuerpo a Khomm para que fuese enterrado allí, pero…

Luke le interrumpió, meneando la cabeza.

—Ya tienen suficiente con sus muertos.

Kyp estaba de acuerdo con él.

—Sí… y llegué a conocerle lo suficientemente bien para saber qué pensaba y sentía —murmuró—. Dorsk 81 era un Caballero Jedi. Hubiese preferido descansar aquí, en el lugar de los Jedi, antes que ser enviado de regreso a ese mundo natal suyo del que estuvo intentando escapar durante tanto tiempo. Nunca consiguió adaptarse a Khomm.

Luke alzó la mirada hacia Yavin, el melancólico ojo anaranjado que llenaba una gran parte del cielo cubierto por las neblinas. Sus sistemas de tormentas parecían tan apacibles, tan inofensivamente suaves y blandos… Y sin embargo Luke sabía que la gravedad de aquel planeta gigantesco había engullido a Calista y a Daala, y a toda la mole del *Caballero del Martillo*. Un estremecimiento recorrió su columna vertebral, y durante un momento albergó la esperanza de que iba a oír la voz de Calista y tendría una

visión de su rostro ondulando sobre la superficie del planeta, recibiendo un mensaje que Calista le enviaba desde el más allá.

Pero sólo eran imaginaciones suyas, y las palabras pronunciadas por la voz de Calista que esperaba oír no llegaron hasta Luke.

Tionne fue hacia él, con sus ojos color madreperla resplandeciendo. Su cabellera plateada onduló alrededor de ella cuando sacudió la cabeza.

—La nave de aprovisionamiento llegó cuando usted estaba fuera, Maestro Skywalker —dijo—. Todo vuelve a ir bien, y todos estamos trabajando en estrecha colaboración… pero haríamos más progresos bajo su dirección.

Luke se obligó a sonreír y contempló en silencio a la estudiosa y recopiladora de las tradiciones Jedi.

—Has hecho un trabajo magnífico, Tionne.

—Oh, casi se me olvidaba… —dijo Tionne, negándose a prestar atención al elogio—. La lanzadera de aprovisionamiento trajo un mensaje para usted, Maestro Skywalker. Lo hemos dejado en sus habitaciones. Luke frunció el ceño.

—¿Quién lo envía? —preguntó, esperando más problemas. Tionne meneó la cabeza.

—No lo hemos reproducido. Es un mensaje particular.

—Muy bien —dijo Luke—. Venga, Erredós… Vayamos dentro.

Luke alzó la mano para saludar a los Caballeros Jedi que proseguían su adiestramiento, y que estaban utilizando los ejercicios de prueba para completar las reparaciones en el edificio de piedra del Gran Templo.

Luke avanzó por los fríos pasillos llenos de sombras de la pirámide massassi hasta llegar a sus habitaciones mientras Erredós rodaba detrás de él, emitiendo ocasionales silbidos y trinos electrónicos para demostrar lo mucho que le complacía volver a estar en casa.

Luke encontró un cilindro de mensajes sellado encima de su catre. Lo hizo rodar en la palma de su mano e intentó adivinar quién podía habérselo enviado, pero no se le ocurrió ningún nombre. Un fruncimiento de suspicacia arrugó su ceño. No estaba muy seguro de querer saberlo. Quizá fuera alguien que expresaba unas condolencias no deseadas, y eso sólo serviría para que su dolor se volviera todavía más profundo y terrible.

Se quitó su holgado y cómodo mono de vuelo y se envolvió en una de sus túnicas Jedi, sintiendo la familiaridad y el poder asociativo de la Fuerza. Finalmente, una vez recobrada su apariencia habitual de Maestro Jedi, abrió el cilindro de mensajes, extrajo el haz de datos y unió los componentes para que reprodujeran la grabación. Una imagen se formó delante de él, y Luke dejó escapar un jadeo ahogado.

—¡Calista!

El rostro de la joven, que no podía verle, mantuvo la mirada clavada en la lejanía. Luke no tenía forma alguna de saber cuándo había sido grabado aquel mensaje. Calista parecía débil y cansada, pero también se la veía llena de una nueva fuerza interior.

—Hola, Luke. Supongo que lo primero que necesitas saber es que no estoy muerta. Si te he hecho sufrir, lo lamento de veras… No tenía ninguna forma de volver. Conseguí

escapar del Súper Destructor Estelar por los pelos en uno de los últimos módulos de emergencia antes de que la nave chocara con Yavin.

Calista hizo una pausa, como si estuviera pensando en lo que iba a decir a continuación, y después siguió hablando.

—Después de que lograra huir, estuve flotando a la deriva por el espacio. Los módulos de emergencia para los altos mandos del compartimento privado de Daala disponían de sistemas de propulsión extra. Pero en cuanto estuve fuera de peligro, cuando hube logrado escapar… Entonces comprendí que no podía volver a tu lado… todavía no. Lo siento, Luke.

»Los poderes Jedi están un poco más cerca de mí que antes, pero todavía no se hallan a mi alcance. La muralla del lado oscuro me impide llegar hasta ellos. Si estoy demasiado cerca de ti y trabajamos juntos, temo que volveré a sufrir la tentación. Cuando estoy contigo, Luke… Ah, entonces el deseo de recuperar mis poderes se vuelve tan terriblemente intenso que estoy dispuesta a hacer cualquier cosa… o casi cualquier cosa. No puedo correr ese riesgo.

—No, Calista —le susurró Luke a su imagen—. Por favor…

—He de seguir mi propia odisea —dijo Calista—. Confío en que algún día volveré a encontrar mis poderes, y así podré volver a tu lado siguiendo mi camino y a mi manera. Necesito tiempo, Luke. Sólo necesito un poco de tiempo. Te prometo que volveré… si llega el momento en el que pueda demostrarme a mí misma que soy digna del gran Maestro Jedi al que amo.

Calista tragó saliva. Su imagen se alejó un poco, como si tuviera intención de desconectar el sistema de grabación, pero después se volvió nuevamente hacia Luke. Sus ojos grises estaban muy abiertos y brillaban con una firme decisión.

—Con el tiempo acabaremos estando juntos, Luke. —Calista respiró hondo—. Y hay muchísimo tiempo en el universo…

La imagen se esfumó con un último parpadeo y Luke alargó la mano hacia ella. Sus dedos rozaron el aire como para capturar aunque sólo fuese un segundo más con su amada… pero la imagen de Calista ya no estaba allí.

Un frenético torbellino de emociones giró locamente dentro del corazón de Luke, y una incontenible oleada de júbilo se extendió por todo su ser al saber que Calista no estaba muerta después de todo. Calista seguía estando viva. ¡Estaba viva! Pero Luke la había perdido, al menos por el momento…

Salió del Gran Templo y caminó lentamente bajo los últimos rayos de sol del atardecer de Yavin 4. Los Caballeros Jedi iban y venían a su alrededor, muy ocupados en sus actividades. Luke alzó la mirada hacia el colosal planeta anaranjado y envió sus pensamientos a través del espacio, transmitiendo a Calista su amor y su esperanza de que llegara el día en el que su búsqueda se vería coronada por el éxito.

—Hay muchísimo tiempo en el universo —murmuró—, y con el tiempo tú y yo acabaremos estando juntos, Calista.

Los nuevos Caballeros Jedi siguieron trabajando, unidos unos a otros por los lazos invisibles de la Fuerza, y Luke Skywalker fue a reunirse con ellos.



KEVIN J. ANDERSON, (n. el 27 de marzo de 1962) es un escritor estadounidense de ciencia-ficción. Publicó su primer relato de Ciencia Ficción en 1982. Ha escrito varias novelas de las continuaciones de Star Wars: Trilogía de la academia Jedi. Su primera novela fue publicada en 1988, Resurrection, Inc.

Actualmente trabaja con el hijo de Frank Herbert, Brian Herbert, en la continuación de la saga Dune.

Ha publicado veinticinco bestsellers y ha sido galardonado con los premios Nebula, Bram Stocker y el SFX Reader’s Choice. Ostenta el récord Guinness por ser el autor más prolífico a la hora de firmar libros.